

Teodoro Bustamante Ponce

Historia de la conservación ambiental en Ecuador Volcanes, tortugas, geólogos y políticos

FLACSO Ecuador



FLACSO
Ecuador

© 2016
FLACSO Ecuador
Editorial Abya Yala

Cuidado de la edición: Unidad Editorial de FLACSO Ecuador
Impreso en Ecuador, noviembre de 2016
ISBN FLACSO: 978-9978-67-472-7
ISBN Abya Yala: 978-9942-09-397-4

FLACSO Ecuador
La Pradera E7-174 y Diego de Almagro, Quito-Ecuador
Telf.: (593-2) 294 6800 Fax: (593-2) 294 6803
www.flacso.edu.ec

Editorial Abya-Yala
Av. 12 de Octubre N24-22 y Wilson, bloque A UPS, Quito-Ecuador
Apartado postal: 17-12-719
Telf.: (593-2) 396 2800 Tefax: (593-2) 250 6267
editorial@abyayala.org
www.abyayala.org

Bustamante Ponce, Teodoro

Historia de la conservación ambiental en Ecuador : volcanes,
tortugas, geólogos y políticos / Teodoro Bustamante Ponce.
Quito : FLACSO Ecuador : Abya Yala, 2016

xv, 510 páginas : cuadros, gráficos, mapas. – (Serie Atrio)

ISBN:978-9978-67-472-7 ; Flacso Ecuador
ISBN: 978-9942-09-397-4 ; Abya Yala

CONSERVACIÓN AMBIENTAL ; PROTECCIÓN FORES-
TAL ; MEDIO AMBIENTE ; RESERVAS NATURALES ;
CONSERVACIÓN DE LA NATURALEZA ; PROTECCIÓN
DE LA FLORA Y FAUNA ; PARQUES ; GEOLOGÍA ; ES-
PACIOS URBANOS ; HISTORIA ; POLÍTICA ; CULTURA
; ESTADO ; RELACIONES INTERANCIOALES ; ONGS ;
ECONOMÍA ; REGIONALISMO ; ECUADOR

333.72 - CDD

A En la serie académica Atrio se publican libros previamente evaluados por pares anónimos.

Índice de contenidos

Siglas y acrónimos	XI
Presentación	XIII
Agradecimientos.	XV
Introducción	1
Parte 1	
El espacio y la ciencia en el periodo colonial	11
Introducción: un seminario internacional	11
La comprensión del mundo y el discurso sobre la naturaleza	16
El contacto con América en la nueva imagen del mundo	19
El espacio en América en la herencia preeuropea	26
El discurso del cronista: una bisagra del pensamiento europeo.	38
Contactos, cambios y continuidades en América	43
¿Colonias doctas?	70
Cambios en el mundo científico	95
La expedición geodésica francesa	104
Debates de la Ilustración y América	126
Once expediciones científicas.	131
Visita de Darwin a una América independiente.	154
Las complejidades del paso a la Independencia	164

Parte 2	
El espacio y la ciencia en los inicios de la República	185
Problemas del espacio y de la ciencia en el inicio de la República.	185
El poder extranjero en el nuevo Estado	192
El mundo académico y científico.	194
Cambios en la mirada extranjera	198
Las expediciones de Spruce y Jiménez de la Espada	201
Gabriel García Moreno, ¿despotismo ilustrado criollo?	207
Reflexiones sobre las particularidades del espacio ecuatoriano	213
Organización del espacio en el interior del país	235
Fin de siglo: nuevamente el papel dirimente del Ejército	238
El mundo al inicio del siglo XX.	240
¿Un inicio de siglo pobre en la ciencia?	246
Parte 3	
Áreas protegidas.	263
Historia de las áreas protegidas	263
Bosques protectores y otras formas de conservación.	287
Las áreas protegidas en cifras	291
Otras estadísticas y su significación	294
Los parques y los indígenas	301
Un perfil ocupacional orientado hacia los recursos naturales	302
Situaciones educativas muy variadas	303
Tendencias demográficas claras	307
Cortes espaciales de parques	309
Discurso sobre los parques desde su propia institucionalidad.	315
La ciencia de la conservación	336
La evolución reciente.	351
Las propuestas del sistema de protección del cóndor	359
Primer balance sobre las áreas protegidas	361
Algo sobre las relaciones con las poblaciones circundantes y residentes	366
Parte 4	
Las relaciones entre el Norte y el Sur.	371
La cooperación internacional y las ONG.	371

Del universalismo a la administración y la ayuda	380
Organizaciones no gubernamentales a fines del siglo XIX	386
Los cambios a raíz de la Segunda Guerra Mundial.	388
Las ONG, mecanismo privilegiado para intervenir en temas ambientales.	391
Papel de los socios y donantes en la construcción de la legitimidad	395
Las enormes expectativas surgidas en torno a las ONG	398
Decepción, críticas y cuestionamientos	401
La perspectiva internacional.	418
Crítica al modelo occidental	419
La cuestión indígena: un tema central que requiere abandonar los estereotipos	428
Parte 5	
Conclusiones	433
Síntesis de lo encontrado	433
Una hipótesis central: los límites para comprender la sociedad son también los límites para comprender la naturaleza.	436
Una posible causa de esta dinámica	437
¿Cómo funciona este discurso frente a la ciencia?.	439
El problema de la ciencia periférica	442
Repercusiones que limitan los esfuerzos de conservación	445
La cooperación internacional: un elemento fundamental con complejidades y conflictos.	463
La perspectiva espacial: una geografía con cambios promovidos por diferentes intereses.	465
Perspectivas recientes: cambios, avances y dudas en la gestión de las áreas protegidas	469
Caminos de futuro	472
Referencias.	481

Índice de gráficos

Gráfico 1.1. Cronología de las expediciones científicas en América	133
Gráfico 2.1. Guayaquil: evolución de las exportaciones de cacao entre 1837-1860	189
Gráfico 2.2. Colectores botánicos en Ecuador en los siglos XVIII y XIX	212
Gráfico 2.3. Perfil de la cordillera de los Andes en Pasto, 1°12'N	217
Gráfico 2.4. Perfil de la cordillera de los Andes en Riobamba, 1°40'27"S	218
Gráfico 2.5. Perfil de la cordillera de los Andes, 3°30'S a la altura de Huaquillas	218
Gráfico 2.6. Perfil de la cordillera de los Andes, 5°S, extremo sur del territorio ecuatoriano	219
Gráfico 2.7. Perfil de la cordillera de los Andes en Trujillo, 8°06'45"S	219
Gráfico 2.8. Ancho de la cordillera de los Andes	221
Gráfico 2.9. Especímenes botánicos colectados a inicios del siglo XX	247
Gráfico 3.1. Evolución anual de las superficies declaradas bosques protectores	292
Gráfico 3.2. Superficie promedio anual declarada bosque protector: valores anuales y acumulativos	292
Gráfico 3.3. Evolución de la superficie incluida en el Sistema Nacional de Áreas Protegidas del Ecuador	293
Gráfico 3.4. Hectáreas declaradas área protegida, por año	293
Gráfico 3.5. Porcentaje de la población diferenciada étnicamente en las zonas de influencia de las áreas protegidas (datos de cada quinquenio)	304
Gráfico 3.6. Evolución del empleo estatal (porcentajes quinquenales)	304
Gráfico 3.7. Promedios quinquenales de la participación porcentual de la población autoocupada	305

Gráfico 3.8. Índices de concentración de actividades extractivas (valores acumulativos)	305
Gráfico 3.9. Índice de concentración del nivel educativo (años de escolaridad), por área y acumulado	306
Gráfico 3.10. Índice de fecundidad	306
Gráfico 3.11. Índice de población inmigrante	308
Gráfico 3.12. Primera línea de perfil	308
Gráfico 3.13. Segunda línea de perfil	312
Gráfico 3.14. Tercera línea de perfil	312
Gráfico 3.15. Cuarta línea de perfil	313
Gráfico 3.16. Quinta línea de perfil	313

Índice de imágenes

Imagen 1.1. Esquema de Steward sobre la difusión cultural	33
Imagen 1.2. Esquema de Lathrap sobre la expansión de las culturas amazónicas hasta los Andes	33
Imagen 1.3. El espacio peruano en la Colonia, según Mesclier	168
Imagen 1.4. Visión del espacio republicano peruano, según Mesclier	169
Imagen 1.5. Visión del espacio ecuatoriano, según Schek	172
Imagen 1.6. Visión del espacio andino, según Mardoy	173
Imagen 1.7. Representación del espacio sudamericano a inicio del siglo XVIII	176
Imagen 1.8. Representación del espacio sudamericano a fines del siglo XVIII	177
Imagen 1.9. Representación del espacio sudamericano después de la Independencia	178

Índice de mapas

Mapa 2.1. Sudamérica, según Levasseur, 1847	223
Mapa 3.1. Ubicación de las líneas de perfil	310

Índice de tablas

Tabla 3.1. Índice de concentración de variables sociales	295
Tabla 3.2. Diferencias entre el promedio de las parroquias con áreas protegidas y el promedio de todas las parroquias	297
Tabla 3.3. Coeficiente de correlación r2 entre el porcentaje de la superficie de la parroquia incluido en áreas protegidas y algunas variables socioeconómicas	298
Tabla 3.4. Evolución de los indicadores de áreas protegidas	334
Tabla 4.1. Densidad de membresías de varias organizaciones	396

Siglas y acrónimos

BINGO	Big International NGO
CEPAL	Comisión Económica para América Latina y el Caribe
CI	Conservation International
CICAME	Centro de Investigaciones Culturales de la Amazonía Ecuatoriana
CODEFF	Comité Nacional Pro Defensa de la Flora y Fauna
CONGO	Commercial NGO
ECOSOC	Economic and Social Council
FAM	Fondo Ambiental Mundial
FLACSO	Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
FUDENA	Fundación para la Defensa de la Naturaleza
FVSA	Fundación Vida Silvestre de Argentina
GEF	Global Environment Facility
GIZ	Gesellschaft für Internationale Zusammenarbeit
GRINGO	Government Run NGO
IERAC	Instituto Ecuatoriano de Reforma Agraria y Colonización
IFEA	Instituto Francés de Estudios Andinos
IGM	Instituto Geográfico Militar
ILV	Instituto Lingüístico de Verano
ITT	Ishpingo, Tiputini, Tambococha
KFW	Kreditanstalt für Wiederaufbau
MAG	Ministerio de Agricultura y Ganadería

MONGO	My Own NGO
MRREE	Ministerio de Relaciones Exteriores
ONG	Organización No Gubernamental
ONU	Organización de las Naciones Unidas
ORSTOM	Office de la Recherche Scientifique et Technique d'Outre-Mer
PNUD	Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo
PNUMA	Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente
PREDESUR	Programa Regional para el Desarrollo del Sur
Pronaturaleza	Fundación Peruana para la Conservación de la Naturaleza
SNAP	Sistema Nacional de Áreas Protegidas del Ecuador
TNC	The Nature Conservancy
UICN	Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza
UNEP	United Nations Environment Program
UNESCO	Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura
WCMC	World Conservation Monitoring Centre
WCS	Wildlife Conservation Society
WRI	World Resources Institute
WWF	World Wide Fund for Nature

Presentación

Las paradojas del tema ambiental en el Ecuador son abundantes: una riqueza biológica excepcional, políticas ambientales originales y pioneras unidas a resultados ambiguos o pobres, un alto perfil político de los temas ambientales junto a constantes refundaciones de los marcos institucionales para tratarlos.

Para entender esa realidad, Teodoro Bustamante publica este libro, una propuesta en la que él asume que lo ambiental, en el caso ecuatoriano, no corresponde solo a un espacio especializado ni técnico, sino que está fuertemente mezclado con los conflictos de toda la sociedad y, en ello, lo determinante es el tema de la legitimidad. El ambiente es más un espacio de debate de la legitimidad del poder político que una reflexión sobre las dimensiones ecológicas de la vida social.

El autor adopta una perspectiva histórica para reflexionar sobre la evolución del discurso relacionado con la naturaleza. En la Colonia inicia un proceso de continuidades y rupturas con el mundo prehispánico, una reorganización del espacio y un terreno en el cual científicos, como La Condamine y Humboldt, desarrollaron sus estudios. Se establece un vínculo con cuestiones que rebasan la ciencia misma, y que se relacionan con lo legítimo, con el progreso y con el poder. Aparece una relación bivalente: el poder busca a la ciencia, se apoya en ella, pero no tiene ninguna dificultad en sacrificarla cuando percibe, en su lógica, en las nuevas maneras de ver la naturaleza, una amenaza. Se instaura una forma de relación que persiste luego en la República; tanto liberales como conservadores le rinden culto

a la razón y se esfuerzan por impulsarla, esfuerzos que son sacrificados por razones políticas, una y otra vez.

En el siglo XX se produce un cambio cuando, en medio de la interlocución con los procesos internacionales, Ecuador adopta el modelo que en ese siglo se desarrolla a escala mundial: los sistemas de áreas protegidas cuyos significados y consecuencias van más allá de sus fines declarados. El área protegida es una estrategia de soberanía, de negociación internacional, de manejo del territorio, de resolución o disimulación de conflictos. Esto es abordado a través de una dimensión geográfica (la relación con el espacio) y a través de las variables demográficas. Se muestra, así, un proceso dinámico y cambiante del rol social de la conservación, en el cual siempre hay una discusión y redefinición de la legitimidad. En esto juega también un rol importante la relación con la cooperación internacional. En este libro, Teodoro Bustamante analiza sus aportes, conflictos y limitaciones.

Historia de la conservación ambiental en el Ecuador. Volcanes, tortugas, geógrafos y políticos es el resultado de esa exploración, en múltiples dimensiones, que el autor desarrolla. Ilustrándonos sobre el proceso de la creación del sistema de áreas protegidas en el país, nos propone algunas orientaciones concretas sobre su gestión, así como un conjunto de miradas para entender el Ecuador, sus contradicciones y el permanente debate sobre la legitimidad en esta sociedad.

Con esta publicación, FLACSO Ecuador pone a disposición, no solo de la comunidad académica, sino de una amplia gama de lectores y lectoras, un libro cuyo contenido orientará el trabajo de todas aquellas instituciones y personas comprometidas con el tema ambiental: ecologistas, jóvenes, ONG y funcionarios-as de las instituciones públicas que deciden sobre políticas ambientales.

PhD. Juan Ponce Jarrín
Director de FLACSO Ecuador

Agradecimientos

Este libro es un parte de la tesis doctoral que presenté al finalizar el programa “El Medio Ambiente Natural y Humano y las Ciencias Sociales”, en la Universidad de Salamanca. Quiero agradecer, en primer lugar, a todas aquellas personas e instituciones que hicieron posible mis estudios. En Salamanca, agradezco a Valentín Cabero, quien aceptó dirigir la tesis y me abrió los ojos a las dimensiones del espacio en la realidad social. Además, extendiendo mis agradecimientos a todos mis profesores del doctorado.

En el plano laboral, están el apoyo de FLACSO Ecuador y de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador.

Tan importante como el apoyo académico y laboral es el apoyo personal. A Francisco, Felipe, Margarita, Irene, José y todas las otras personas que me extendieron su mano una o más veces en momentos difíciles, mil gracias.

Finalmente, siempre estuvo mi familia. Valentina, nuestra última hija, llegó al mundo durante estos esfuerzos, y fueron testigos del proceso entero mis hijos e hijas mayores: Juan Carlos, Martín, Ana María y Sofía. A María Cristina, mi compañera, le debo toda esta aventura y a ella le extendiendo un muy especial abrazo.

Introducción

En el siglo XX, las áreas protegidas se han convertido en el instrumento de la conservación por excelencia.¹ Desde su inicio, un poco emblemático y pionero en el siglo XIX, pasando por su desarrollo vertiginoso en el siglo XX, ha sido necesario relativizar la originalidad que se le asignaba a Yellowstone. Se han reconocido otras formas, otras prácticas de conservación muy anteriores en otros contextos culturales (bosques sagrados, la declaración del Rey Ashoka en la India, en el 252 a. C., los decretos de Guillermo I de Inglaterra en 1084 sobre la protección de bosques, formas como el Pet kot Maya) (MacKinnon et al. 1990; Oviedo 1992). Además, se ha constatado que la concepción del parque nacional aislado e impermeable a la actividad humana es algo simple y llanamente imposible en la mayoría de los casos. Surgen, entonces, múltiples perspectivas y enfoques para integrar los sistemas de protección con corredores de interconexión o los llamados enfoques ecosistémicos (Shepherd 2006). En todo esto, la relación con las poblaciones circundantes es un tema complejo que ha provocado numerosos debates. El hecho de que esas poblaciones sean, en gran parte, indígenas agrega una nueva dimensión a la reflexión. Precisamente este fue el tema central en el congreso “Parques de Caracas” en 1992.

¹ Son numerosos los textos que muestran esta centralidad de las áreas protegidas para las estrategias de conservación. Un ejemplo es: Suárez de Freitas (1997). Esta perspectiva es acogida además por instituciones como la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (UICN) en Sygne (1994). En el contexto europeo, la “Declaración de Bad Urach” (Congreso de EUROPARC, 2011) es otro testimonio de esta perspectiva.

Si tenemos parques nacionales que cubren desde un dos hasta un cinco por ciento de un territorio nacional, estamos hablando de una realidad de dimensiones moderadas. Podríamos decir que se trata de una forma de especialización en el uso del espacio, simplemente una función más o, en algunos casos, una modernización de funciones que ya existían. Pero si las áreas protegidas representan cerca del 20% del territorio, como sucede en varios países latinoamericanos, esto ya no es algo marginal en el ordenamiento del espacio. Parecería, al contrario, corresponder a un elemento central de su organización.

La superficie bajo protección en todo el mundo ha crecido enormemente. La base de datos de las Naciones Unidas (UNEP, WCMC) y UICN (2011) muestra que el promedio de la superficie bajo protección en todos los países del mundo llegó, en el año 2010, al 9,41%. Esto significa que las superficies latinoamericanas son más altas que el promedio mundial. Sin embargo, no se puede hacer una correlación entre tipología socioeconómica y el porcentaje de la superficie bajo protección, pues hay países con muy altos niveles de superficie protegida tanto en Europa, especialmente en los países alpinos, como en América del Sur y África.

Si nos adentramos un poco en este tema, nos daremos cuenta de que existe una serie de dimensiones complejas. Por una parte, en el Ecuador es clara y evidente la desproporción entre las extensiones de territorio a las cuales se les asigna este uso y los presupuestos que deberían hacer posible el funcionamiento de esos sistemas.² Incluso más allá de la precariedad presupuestaria, se presentan problemas institucionales que reflejan los diversos conflictos que atraviesan a esta sociedad. Mencionaré solo uno, que se refiere a la organización subnacional. ¿Cómo se ubican las autoridades provinciales en torno al tema de la descentralización y a la compleja red de intereses que se pueden tejer alrededor de estos espacios? En el sentido inverso, es decir, desde lo global, me atrevo a afirmar que todo el discurso de las áreas protegidas carece de sentido en estos países si no es entendido, al menos parcialmente, como un discurso hacia afuera, uno que responde a la mirada exterior que se percibe, se busca y se manipula, en unas ocasiones con éxito, en otras con altos costos.

² Más adelante abordaré el tema del presupuesto que, según las estimaciones oficiales, no llega al 50% del mínimo requerido.

En los libros sobre las áreas protegidas predominan los estudios que abordan las relaciones entre estas y la biodiversidad. Los temas centrales son la tecnología de la conservación, es decir, los instrumentos de zonificación, las regulaciones, el monitoreo y la adecuada comprensión de las relaciones ecológicas que suceden en su interior. Es también un aspecto destacado la relación con los aparatos institucionales: los sistemas de gobierno, lo que se ha llamado la gobernanza (De la Maza, Cadena y Piguérón 2003; González y Martín 2007; Monterroso 2001; Rivas, Ulloa y Gutiérrez 2005).

En Ecuador, el perfil internacional de la protección de la naturaleza es destacado no solo por el prestigio de Galápagos, sino por la capacidad del país de vincularse a la institucionalidad internacional. No es accidental que la sede de la UICN para América del Sur esté en Ecuador. Se relaciona con ello el hecho de que esta nación sea una de las que más acuerdos internacionales sobre el ambiente ha suscrito; también una de las que más rápidamente los ratifica. Esto, sin embargo, no significa que su política ambiental sea sólida y consistente.

Este conflicto, entre el alto perfil internacional y la precariedad en los resultados, me conduce a explorar tres perspectivas de análisis que pueden arrojar luces sobre aspectos hasta ahora poco comprendidos. En primer lugar, exploraré la ya mencionada perspectiva de que estas áreas son también un elemento de un discurso hacia afuera. El presupuesto es que existe una ciencia externa y metropolitana interesada en la naturaleza de estos países. La sociedad ecuatoriana responde a ese interés estructurando un producto, una forma de elaborar esa naturaleza para que sea valorada por ese interlocutor externo; ese producto es el área protegida. En un inicio, la terminología es la de las zonas reservadas, pero luego todo se vuelve más sofisticado y se homogenizan categorías según la perspectiva de una institucionalidad internacional. En este proceso, la ciencia de la naturaleza se convierte en el eje legitimador que fluye desde el exterior. Esto tiene varias consecuencias, pues el éxito de la legitimación es tal que luego es invocada para otros fines internos.

La segunda mirada que usaré, siempre tratando de combinarla con la primera, es la perspectiva histórica. Analizaré cómo evoluciona el discurso,

la manera que tiene el europeo de pensar esa naturaleza exótica. Esto tiene muchas consecuencias; la ciencia metropolitana solo puede construirse en la medida en que asume pretensiones globales y llega a todas las regiones del globo. En este sentido, toca a todo el planeta, pero en cada sitio desarrolla relaciones diferentes en un proceso histórico en el cual, al mismo tiempo que se crea la perspectiva planetaria de Europa Occidental, se crean formas diferentes de participar, se crea la marginalidad respecto a ella.

El discurso “científico” que anima este proceso tiene también sus polaridades. En la metrópoli el eje central es la corrección científica. Lo social merece un lugar, pero es complementario a la legitimidad de la ciencia. Lo inverso sucede en el Ecuador. La equidad y la justicia asumen el rol primordial en el discurso, y la ciencia es una especie de complemento o instrumento de esos valores asumidos previamente. Esta forma diferenciada de participar en una interlocución sobre estos temas tiene consecuencias en la capacidad de cada participante para elaborar sus mensajes, para poder actuar sobre la realidad, incidir en ella y también para ubicarse en los flujos de recursos.

La comprensión de los fenómenos relacionados con las áreas protegidas en el Ecuador exige una mirada diacrónica.³ Esta realidad nos enfrenta a un problema: cómo abordar la dimensión histórica, y cómo en ello no caer en un historicismo esquemático y simplista.⁴ La dificultad consiste en que no me es posible, en este libro, efectuar una investigación histórica detallada de las fuentes. Solo pretendo mostrar una nueva mirada sobre materiales ya documentados.

Esta forma de ver, de relacionar hechos y datos permite despejar, en parte, la neblina que se ha creado con las versiones míticas de la historia de este país. La mencionada confusión afecta también la comprensión de la

3 Para una explicación de la importancia del pasado en la comprensión de un territorio se pueden consultar varios textos de Valentín Cabero (2006a; 2006b).

4 Este peligro es grave en el caso del Ecuador, país en el cual la historia ha estado cargada de concepciones muy ideológicas que muestran dos visiones: la conservadora tradicional de la escuela del obispo González Suárez, que es fuertemente criticada por la segunda visión, la Nueva Historia aglutinada en torno a Enrique Ayala, en la cual la carga doctrinaria cambia de signo, pero aún está presente. En muchos casos solo recientemente se está elaborando una nueva visión menos maniquea (por ejemplo, Demélas y Saint Geours 1988). Sin embargo, por esta misma necesidad de ver los procesos históricos con otra luz que ilustre lo que sucede con la naturaleza, es inevitable hacer una referencia a los elementos históricos.

naturaleza y la conservación y, por lo tanto, es necesario despejar esa bruma dando alguna atención a los procesos históricos. Lo que presento es evidentemente una simplificación; he intentado no perderme en los múltiples detalles y recovecos que toda indagación del pasado ofrece. En este sentido lo propongo con carácter provisional.

Para efectuar este recorrido abordo el discurso de los cronistas, y luego esa forma especial de diálogo cultural que se estructura en torno a las expediciones científicas. Estas desembocarán en la constitución de instituciones nacionales que darán vida local al discurso de la ciencia. Instituciones que, sin embargo, fueron débiles hasta que no se logró combinar su fuerza cognitiva con un llamado ético. Este es el espacio de las organizaciones no gubernamentales (ONG) que intervienen en cierto momento con mucha fuerza, y que renuevan las formas de interlocución hacia el exterior. En el proceso, desarrollan un sistema por el que fluyen recursos que es lo que conocemos como la cooperación internacional para temas ambientales. Desde esta perspectiva, por la que busco entender la dimensión histórica del surgimiento de las áreas protegidas, abordo cómo cambia la figura, el contenido y el significado de esta forma de conservación. Estudiaré los discursos oficiales sobre este tema. Examinaré el lenguaje de las propias normas legislativas que establecen estas áreas. Veremos cómo esta argumentación se modifica y evoluciona hacia un discurso actual que expresa los conflictos y contradicciones que se han acumulado en su larga evolución.

La tercera perspectiva que exploré en la tesis será omitida en esta publicación. En dicho trabajo analicé cómo evolucionan las representaciones del espacio en la cartografía colonial y republicana temprana. Pero hay, en esta perspectiva del espacio, un elemento que merece mencionarse. La reflexión sobre el tema en el Ecuador ha tenido un desarrollo que se puede definir como intermitente. Uno de los motores fundamentales ha sido la cooperación francesa, que cumplió un papel central en la producción de cartografía temática, que inició el trabajo sobre sistemas agrarios y que planteó, en vinculación con los trabajos sobre el espacio andino del Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA), propuestas para una comprensión macro del espacio ecuatoriano (Deler 1987). Sin embargo, ese esfuerzo de

la década de los ochenta ha tenido diversos problemas. Una parte, la relacionada con el Ministerio de Agricultura y Ganadería (MAG), fue archivada y dejó de tener uso y, sobre todo, dejó de ser actualizada. El segundo problema es que casi nada se ha avanzado en la comprensión de escalas menores. En realidad, no tenemos estudios que nos permitan entender la forma en la que el pueblo, la comunidad indígena o incluso los complejos sociales relacionados con las grandes propiedades han organizado el modo de construir un paisaje, y cómo esa construcción se relaciona con formas más o menos prudentes y sensatas de manejar los recursos naturales. Esto determina que en la práctica sea muy limitada la literatura sobre sistemas agrarios y gestión del entorno.⁵

Las ideas relativas a la “cultura territorial” o a la “cordura ecológica”, tal como las plantea Cabero (2006a; 2010b), no han sido desarrolladas y esto representa un vacío que, como veremos más adelante, tiene relación directa con las dificultades para articular la protección de la biodiversidad con la dinámica real en el territorio. Más aun, la perspectiva que propone este autor, quien relaciona directamente la defensa del ambiente con la responsabilidad cívica, muestra que toda comprensión de los problemas ambientales que no esté inmersa en las dinámicas sociales más generales es limitada, es incompleta.

He tratado de entender qué representa el sistema de áreas protegidas como un conjunto en el espacio. El desafío es que no es posible entender una categoría que representa casi el 20% del territorio de un país sin tratar de comprender todo el espacio de esta nación. Me he apoyado en los trabajos clásicos y seminales, pero he tratado de seguir en esa dirección, combinándolos con las dimensiones geográficas e históricas.

En estas interrogantes sobre el espacio surge la pregunta relativa a qué de particular tiene la organización espacial del Ecuador en el contexto latinoamericano. Es claro que en este país actúan los elementos de la verticalidad andina (Murra 1972; 1975); el dinamismo que modifica los ejes de articulación en torno a las fuerzas externas (Cunill Grau 1995), así como

⁵ La mayor parte de los textos al respecto se refiere a los impactos ambientales de la producción de exportación: palma, flores, plantaciones forestales... Pero no existe una documentación adecuada de los sistemas tradicionales que son impactados por estas propuestas “modernizadoras”.

la forma en que la organización horizontal de contigüidad se combina con las verticales de jerarquía y poder (Santos 2000).

Desde esta exploración he encontrado, sin embargo, algunos matices que, sin modificar el patrón general continental, le dan algún grado de particularidad. Como detallaré más adelante, existen ciertas especificidades. Se trata de Andes estrechos, húmedos y dotados de una apreciable llanura litoral junto al océano Pacífico. En este territorio, la tendencia general de los mayores ríos andinos a correr de sur a norte y hacia el Atlántico es interrumpida por el escalonamiento de cuencas que vierten hacia los dos océanos.

Sin embargo, las particularidades más especiales se encuentran en el terreno humano. Un indicador es que se trata del país sudamericano más densamente poblado, lo cual es, en sí, un fenómeno interesante.⁶ Pero desde mi punto de vista, el elemento más importante es la forma en la que el poder ejerce el control sobre la sociedad.⁷ En definitiva, se trata de cómo una organización de populismo oligárquico logra movilizar diversos mecanismos de intermediación política para producir, con niveles relativamente bajos de represión y de violencia política, una jerarquización social pronunciada y una especulación con muy pocos frenos en el uso y abuso del territorio.

Esta dinámica tiene su repercusión en las instituciones y en el discurso. En el primer caso tenemos una institucionalidad a merced de los cambios en el poder que se refunda con tanta frecuencia como se destruye. En la ideología y en los enunciados son necesarios elementos legitimadores. Sostengo que, en gran medida, la conservación y la ciencia son utilizadas para tales fines a niveles mayores que en otras partes, generando de esta manera un discurso muy grandilocuente y poco útil para encarar las actividades concretas.

⁶ Esta densidad es producto de un clima que permitió mantener las bases de la subsistencia, sin que se sufriese el cataclismo demográfico que en el Perú representó la conquista, por la ruptura de los mecanismos de mantención del regadío en un clima particularmente seco.

⁷ Lo reducido del territorio ecuatoriano me parece que no ha permitido la organización de poderes regionales que puedan mantenerse en guerra prolongada con sus vecinos al estilo de lo sucedido en Colombia. Tampoco tenemos la gigantesca concentración del poder político presente en el Perú, y que ha permitido acciones de confrontación extraordinariamente violentas en las luchas contra poderes surgidos en las periferias.

Como se hace evidente en la presentación de esta temática, una de mis preocupaciones centrales es la construcción de asimetrías entre distintas regiones del planeta, en lo que respecta al tratamiento de lo ambiental. Podría decirse que en esto retomo el más clásico eje de las ciencias sociales latinoamericanas. En este sentido, suscribo esta preocupación y reconozco que a ella ha contribuido la larga tradición de reflexiones, muchas veces muy polémicas, que se inspiran, en su origen, en las ideas de Marx sobre el imperialismo, y luego en las teorías del desarrollo de Rostow, para asumir una inspiración keynesiana, a través de la escuela de pensamiento expresada en la revista de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). Dicho proceso incluye las críticas de la teoría de la dependencia que, de alguna manera, evolucionan hasta las más recientes formulaciones sobre el sistema-mundo, sin dejar a un lado la plétora de críticas posteriores al concepto del desarrollo.

Esta orientación tiene dos expresiones recientes que cuestionan la posibilidad de una acción de conservación eficiente sin modificar los marcos mayores de la organización social. La primera, toda la vertiente de la economía ecológica y sus dos ideas centrales: la de la sustentabilidad fuerte, que alerta contra la pretensión de sustituir el capital natural con capital creado, y la propuesta de entender los procesos económico-ambientales estudiando los flujos materiales en las economías (Naredo y Valero 1999; Naredo 2006).⁸

Otra vertiente es la de la ecología política que tiene también muchas expresiones. Uno de sus aspectos centrales es mostrar cómo la dinámica de producción globalizada tiende a asignar los más altos costos ambientales a los sectores más pobres (Martínez Allier 1994) y cómo esto tiene una relación directa con la movilización política en lo que se llama el ecologismo de los pobres.

Mi perspectiva, sin embargo, se esfuerza más bien por combinar algunas otras inspiraciones. Por una parte, una perspectiva tomada de Dussel, quien, además de haber publicado una obra cuyas dimensiones hacen im-

⁸ Esta perspectiva está fuertemente influida por el trabajo de Georgescu-Roegen (1980) sobre lo que pueden enseñar la termodinámica y la biología a la economía. En el Ecuador esta perspectiva ha producido un trabajo interesante: Vallejo (2006).

posible cualquier pretensión de manejarla en su integridad, ha generado dos elementos que me parecen fecundos para este esfuerzo. En primer lugar, una radical reubicación de los fenómenos europeos en el conjunto de la humanidad. Con ello se revaloriza el papel que han tenido otros pensamientos en la modernidad, y se genera un acercamiento a las preguntas relativas a la dinámica de esas otras historias intelectuales. En segundo lugar, su concepto de transmodernidad, una crítica que no solo se ubica en la confrontación con el mundo moderno, sino que lo asume plenamente para seguir adelante (Dussel 2004). Sin embargo, no pretendo suscribir una perspectiva que simplemente retome lo que De Sousa Santos (2010) llama una epistemología del Sur. Esta, desde mi punto de vista, estructura dualismos (capitalismo-no capitalismo, colonialismo-anticolonialismo y hegemónico-contra hegemónico) que no me parecen reveladores, sino más bien rígidos, y pueden entorpecer la comprensión de lo que quiero analizar. Que la presión y el deterioro ambiental en el Ecuador estén relacionados con las formas en que se articula la economía de este país al mercado mundial es algo cierto y claro; pero lo interesante es entender que esa articulación no es un proceso mecánico, sino que tiene formas específicas y problemas propios vinculados a las dificultades para conformar instituciones y para debatir y pensar los problemas ambientales. En este sentido, me inspiro en lo que Zemelman (2004) llama un pensar epistémico, un pensar guiado por la libertad de preguntarme de muchas maneras, más que por un conjunto de conceptos fijos.

Mi interés es también combinar algunas perspectivas surgidas de la sociología de las ciencias, en especial lo planteado por Latour (2005), quien al describir de manera sistemática cómo se hace la ciencia en los países desarrollados, sobre todo las ciencias exactas, nos confronta con un conjunto de dinámicas con respecto a las cuales es conveniente preguntarnos: ¿Qué cambia y qué se modifica cuando hablamos de la ciencia, en la cual participan países con relaciones económicas asimétricas? ¿Hay modificaciones específicas cuando se trata de las ciencias sociales?

Esto me lleva a sugerir algunas reflexiones sobre la manera en la cual las personas de los países periféricos participamos del surgimiento, desarrollo, consolidación y hasta sacralización de estas asimetrías. En este recorrido se

han presentado cientos de preguntas sugerentes, necesidades de reflexionar sobre implicaciones adicionales, pero ha sido necesario limitarme solamente a ciertas líneas de exploración de las muchas posibles.

Con todos estos elementos podré esbozar, en cuanto a las conclusiones, una mirada distinta de las áreas protegidas, esto es verlas menos como productos de su lógica interna, de sus objetivos, de sus metodologías, de los esfuerzos de gobernanza que se pueden estructurar, y más a partir de otros factores que determinan esta dinámica: la estructura del espacio, las dinámicas de discurso de la ciencia, las relaciones hacia afuera, las dinámicas socioeconómicas. Evidentemente, el esfuerzo es incompleto, pero si solamente logro sugerir ideas para que sean exploradas, me sentiré satisfecho.

He usado una metodología ecléctica: he analizado textos, estudiado mapas, analizado cifras, construido perfiles... Lo más importante, sin embargo, es que he intentado interpretar estos elementos para proponer una nueva mirada.

Todo lo hallado en estas búsquedas me lleva, en las conclusiones, a proponer una perspectiva que, creo, contribuye a entender mejor la dinámica real de este proceso, sus límites, contradicciones y, a partir de ello, algunas sugerencias sobre cómo podría ser superada.

Señalo, por último, que respecto a la versión presentada y aprobada en la Universidad de Salamanca se ha introducido una modificación adicional: la actualización de datos que corresponden a temas sobre los cuales está disponible nueva información.

Parte 1

El espacio y la ciencia en el periodo colonial

Introducción: un seminario internacional

En un hotel de cinco estrellas en la avenida 24 de Washington, D.C., se inicia una sesión de trabajo especial.¹ Un grupo destacado de la comunidad científica va a presentar una nueva propuesta para desarrollar una estrategia más completa y más eficiente a fin de orientar los esfuerzos de conservación a escala planetaria. Quienes asisten provienen de todo el mundo. Sus rostros recogen todos los colores de la piel humana. En cuanto a idiomas, se pueden detectar acentos y particularidades de todos los continentes, pero domina el inglés. Es frecuente encontrar grupos hablando castellano y, por aquí o allá, hay quienes se comunican en francés, portugués, japonés, chino, alemán y otras lenguas que son más difíciles de identificar.

Esta gran diversidad lingüística es menor en el grupo de expositores: con pocas excepciones, o bien hablan un inglés muy correcto y formal, como corresponde a su lengua materna, o lo hacen como quien ha pasado varios años en el mundo académico anglosajón. De vez en cuando un acento fuerte muestra una historia profesional y académica regida por otros códigos lingüísticos.

Con el evento culminan muchos años de trabajo, la estrategia de comunicación es avasalladora. La tecnología está presente de mil maneras: equi-

¹ Esta descripción corresponde a una experiencia personal; la incluyo para mostrar la motivación que generada por las preguntas que exploro en este libro.

pos proyectores y de sonido trabajan al unísono para presentar fotografías de gran belleza, además de gráficos, esquemas y mapas que seducen a cerca de un millar de asistentes.

Cientos de rincones del planeta han sido trabajados. Asistentes de la academia anglosajona no solo han visitado las islas, valles y ríos sobre los cuales se discute, sino que han aprendido de sus colegas locales. Una buena representación de este grupo está presente también por haber participado en la elaboración de la propuesta mencionada, cuyo propósito es revolucionar la conservación a escala planetaria.

La calidad intelectual de las exposiciones no puede ser cuestionada: hombres y mujeres de renombradas universidades, autores, en algunos casos, de *best sellers* de divulgación científica, editados en veinte idiomas con más de un millón de ejemplares en circulación.

Se encuentran funcionarios de importantes organismos de cooperación internacional, pero también dirigentes indígenas de cinco continentes. Están los representantes formales, personas que vienen directamente de una comunidad localizada en el manglar, o pastores de los altos Himalayas que, con el apoyo de traductores, están entre los focos de atención que se arman y diluyen para dar paso al siguiente punto de atención.

El esfuerzo para incluir la diversidad de razas, clases, lenguas y culturas es evidente. Esto no corresponde solamente a una exhibición de diversidad. La clara, y a veces militante, convicción de que la conservación no será posible o no tiene sentido sin la participación de comunidades locales se refleja en la agenda: hay iniciativas específicas para tratar estos temas, además de esfuerzos crecientes para difundir e intercambiar experiencias respecto a un revalorizado rol local e indígena en la conservación de la naturaleza.

Esta descripción podría corresponder a varias reuniones mundiales en las cuales la ciencia, los sensores remotos y las más revolucionarias teorías sobre la dinámica de los ecosistemas se unen, a fin de generar y legitimar las estrategias de conservación que se plantean.

También en este tipo de reuniones hay muchos matices, muchas particularidades. Algunas, convocadas por las mayores organizaciones de conservación, se dedican a la planificación del trabajo. Otras tendrán un énfasis más técnico: en talleres y con metodologías participativas buscan

discutir los resultados de una investigación, las aproximaciones metodológicas de una propuesta específica. Se trata de un mundo de conservación en movimiento y con muchos clivajes.

Se perciben tensiones y conflictos. Personas que buscan un puesto o el acceso a una línea específica de financiamiento; al saber que también están allí sus competidores, desarrollan todas las prácticas, las mañas y bajezas que los seres humanos acostumbramos usar cuando luchamos por poder, dinero o prestigio. Asimismo, están presentes personas que transmiten una calidad humana que llega a conmovir. Destruyen los celos con su generosidad y desarmen las envidias para convertirse en los modelos que muchos desearían alcanzar.

En algunas instancias se constatan niveles de gasto y de consumo que bordean la ostentación. Pero la persona que comparte la mesa de discusión puede estar alojada en un *bed and breakfast* que cuesta la quinta parte que el hotel de su vecino. No sería raro que haya calculado su ruta de llegada a la reunión para que su viaje implique la menor contribución posible al efecto invernadero, aunque ello le signifique esotéricas combinaciones de trenes y aviones.

Una buena parte de los reportes se refieren a los éxitos que se están logrando en los esfuerzos de conservación, pero hay también cierta desesperación. El lenguaje enfatiza que el problema es grave y planetario; nuestros esfuerzos han sido una heroica forma de enfrentarlo, pero falta mucho. No obstante, si ahora hacemos uso de la ciencia avanzada, si además conseguimos las generosas donaciones y aplicamos nuevas y revolucionarias propuestas, tendremos enormes posibilidades de garantizar que la lucha contra la crisis ambiental tendrá un resultado positivo.

Los resultados no son claros. Son contradictorios. Parecería ser que, en buena medida, se han logrado acuerdos encaminados a salvar a las ballenas de la extinción. Pero las medidas siguen siendo cuestionadas y desafiadas. Parecería que se ha logrado gran éxito en reducir las emisiones de los gases que afectan a la capa de ozono, pero al mismo tiempo que los problemas sobre el efecto invernadero siguen escapándose de las manos.

Hay algo en lo cual las diferencias geográficas parecen marcar los niveles de éxito. Me refiero a los problemas relativos a la capacidad de gestión

de los países y, en lo fundamental, la de los más pobres. Japón y la Unión Europea están efectivamente aumentando la superficie bajo cobertura boscosa; incluso en países como Holanda, tierras que fueron desecadas y habilitadas para la agricultura se revierten a su condición anterior de humedales silvestres en el delta del Rin. En contraste, en los países pobres las tasas de deforestación se mantienen altas, evidenciadas por los miles de kilómetros cuadrados de bosques convertidos en tierras agrícolas.

Es cierto que en nuestros países encontramos, de vez en cuando, algún éxito. Una especie que se consideraba desaparecida es hallada; el trabajo de una comunidad permite rescatar un bosque o un conjunto de manglares. Pero las listas de especies en peligro de extinción siguen creciendo. Los niveles de erosión no bajan. Y los propios documentos oficiales revelan los problemas de estabilidad y sostenibilidad que enfrentan las instituciones encargadas de proteger el ambiente.

Ante tal panorama surge la pregunta sobre cuán acertada y adecuada es la forma en que estamos implementando nuestros esfuerzos por la conservación. ¿No es algo contradictorio que, a pesar de la capacidad técnico-científica, de las generosas donaciones, de la voluntad y el compromiso político de líderes y millones de personas alrededor del mundo, sigamos permanentemente en una situación de repetidas y crecientes alarmas sobre la situación ecológica de nuestro planeta?

En este libro indagaré sobre un elemento central que puede dar luz sobre cómo mejorar las gestiones para la conservación del ambiente. El esfuerzo planetario para defender la naturaleza parte, como cualquier empresa humana, de ciertos supuestos. En estas páginas cuestiono algunos, sobre todo la manera en la que la visión “planetaria”, generada por la ciencia occidental, logra o no convertirse en el referente adecuado para que ese esfuerzo común tenga éxito.

En efecto, desde los países del Sur, lograr el adecuado tratamiento de los problemas ambientales pasa, con mucha frecuencia, por la posibilidad de atraer recursos de la cooperación internacional. Esto significa que, desde el inicio de las negociaciones relativas a la cooperación, existe cierta dualidad. A la vez que se pone en juego el problema de la conservación, se actúa sobre temas de dinero, manejo y control de recursos y poder. Se trata,

desde mi punto de vista, de una verdadera interferencia; como resultado, lo que está en juego nunca es solo lo que está señalado explícitamente en los términos de la negociación. Probablemente esto sea cierto en toda negociación, pero considero que es útil analizar este caso particular. En efecto, analizaré algunas dimensiones no mostradas de los diálogos en torno a la conservación. También reflexionaré sobre cómo y por qué hay límites para que lo implícito pueda ser abordado de manera explícita.

En otras palabras, el diálogo o el intercambio sobre la naturaleza no es realmente un diálogo exclusivo sobre ese tema. Incluye además a las personas que viven en torno a la naturaleza, lo cual ha sido reconocido más o menos abiertamente. También —y esto es menos aceptado— es un diálogo sobre la capacidad de diferentes interlocutores para hablar sobre ella y, en ese proceso, convertirse en protagonistas de un hablar sobre lo natural, lo cual implica una posibilidad de hablar sobre el mundo y, por lo tanto, sobre todos los seres que lo habitan. Para desenmarañar la lógica de las conversaciones sobre la conservación, desde este punto de vista es necesario tratar de reflexionar sobre cómo los actores externos e internos a nuestras sociedades deliberan acerca de la naturaleza. Esto implica reflexionar, especialmente, sobre cómo, en esa dinámica, nos hablamos sobre nosotros mismos, a propósito de estar hablando sobre el mundo natural.

Para ello aplico una metodología que recoge diferentes momentos históricos. Opté por este acercamiento porque sospecho que lo que llamaré el “malentendido contemporáneo sobre la naturaleza, los nativos y la ciencia” no es sino el producto de un largo proceso construido laboriosamente y alejado de la conciencia de sus protagonistas.

Creo que la toma de perspectiva desde diferentes momentos históricos ayudará a dilucidar este gigantesco malentendido. Pero no pretendo tampoco recoger toda la génesis de estas formas de interrelación. He optado por ciertos momentos históricos que, sin obligarme a recoger una larga cronología, proporcionan diferentes perspectivas y, por ello, una mejor visión del conjunto. Pretendo que esa visión con perspectiva temporal sea útil para luego regresar a los textos más contemporáneos, que nos hablan de una forma de gestión concreta del territorio.

La comprensión del mundo y el discurso sobre la naturaleza

La visión occidental moderna del espacio lo presupone como un sistema de dimensiones que simplemente contienen el mundo, o de condiciones para que este pueda existir. Esta visión, menos natural y evidente de lo que podría parecer, está basada en presupuestos que requieren de un exhaustivo proceso de abstracción y que van contra la experiencia cotidiana. El espacio como receptáculo neutro de objetos no corresponde a dicha experiencia. En la vida diaria vemos el espacio como consecuencia de los flujos, y estos cargan las diferentes direcciones con valores, puntos de origen y puntos de destino que, en sus interrelaciones, van creando una realidad articulada por polos.

¿Qué más evidente a este respecto que los ríos, fenómeno geográfico tan vital para la mayor parte de las sociedades agrícolas? Tienen siempre un punto de origen y un destino. Esto hace que el espacio sea asimétrico. Incluso hoy nuestra forma cotidiana de vivir está estructurada en torno a muy fuertes polaridades espaciales: la cadena de jerarquías urbanas de la planificación territorial es un ejemplo de ello.

El espacio no es algo dado, lo aprendemos siempre provisionalmente, a través de un esfuerzo, que en el caso del desarrollo infantil ha sido documentado (Piaget 1982). En la historia del pensamiento, comprender el espacio ha sido materia de intensos debates. Su carácter infinito, o no, ya generó discusiones en la antigüedad que fueron retomadas en el Renacimiento.²

De todas maneras, no estoy en condiciones de remontarme a debates tan profundos. Solamente plantearé el problema sugiriendo que nuestra percepción del espacio y nuestra capacidad de pensar sobre él parten de su heterogeneidad; es porque no todo está en todas partes que podemos imaginar y hablar del espacio. La naturaleza en sí es diferenciada. Los fenómenos naturales tienen dinámicas que se expresan de manera desigual en el espacio. Pero el problema aquí no es el de cómo está estructurado el mundo físico, sino cómo se estructura la actividad y la comprensión que el ser humano tiene de él.

2 Ver, por ejemplo, la descripción de Goycochea 2000.

Según Santos (2000, 90-91), la estructura del espacio está determinada por la división del trabajo. Esto lleva a pensar el espacio como el conjunto de interacciones que un fenómeno despliega, como la “acumulación y expresión de dimensiones físicas de actividades específicas”. Se trata de una perspectiva pragmática: es la actividad la organizadora del espacio. Pero a mí esto me sugiere una perspectiva con un énfasis diferente. La representación, la elaboración de significados y hasta la percepción son actividades que deben ser destacadas como tales para evitar pasar por alto una dimensión que, parafraseando a Santos, llamaré la “organización y división simbólica del espacio”.

Es cierto que el espacio cotidiano de los seres humanos está cargado de dimensiones prácticas. En la sociedad moderna son los sitios de compras, de descanso, trabajo y recreación; en las sociedades más tradicionales, los campos con su infinita variedad, los bosques, ríos y caminos. Pero hay algo más. Nuestro espacio está organizado por elementos de la tierra que no vemos ni experimentamos cotidianamente. La fuente de un río o su desembocadura pueden ser referentes organizadores, pero no vividos prácticamente. El espacio se arma por la praxis, pero la praxis tiene también una dimensión simbólica. Hay realidades del espacio que, sin ser vividas directamente, nos ayudan a organizarlo. Nos ayudan a pensarlo. Las fuentes de los ríos o el mundo más o menos “salvaje” del monte tienen cargas concretas; el templo, la ciudad y el palacio tienen otras. Lo que quiero destacar es que las dimensiones prácticas están siempre integradas en aparatos conceptuales que le dan al espacio polaridades, cargas y direcciones que van más allá de la experiencia. Corresponden en gran medida a polos, es decir, a sitios a los cuales usualmente no pretendemos llegar, pero que organizan flujos y la comprensión de nuestro espacio.³ Se pueden incluir también los “ceros” de las medidas del espacio, por ejemplo, a nivel del mar.

La cultura moderna propone una lógica y esta es la de la indiferencia básica del espacio. En todo sitio rigen las mismas leyes y, por lo tanto, todos los sitios son objetivamente iguales. Nuestra concepción acepta que,

3 El Polo Norte no corresponde a un espacio de actividad para la mayor parte de los habitantes del mundo de hoy; sin embargo, constituye un punto de referencia y un requisito para sostener la comprensión de las dimensiones espaciales de nuestro mundo.

a pesar de ello, los recursos pueden distribuirse desigual y concomitantemente, y que las actividades humanas se diferencian generando polos de actividad, polos de valor. Suponemos que el mundo natural no tiene jerarquías espaciales, solamente las que se derivan de los flujos y concentración de hechos naturales o de actividades e infraestructuras humanas.

Se puede proponer esta perspectiva por la enorme potencia de nuestra tecnología y, sobre todo, por nuestro gigantesco uso de energía que nos permite recorrer los continentes ignorando su geografía, atravesar océanos sin enterarnos de las olas. Pero no debemos olvidar que estas posibilidades son el resultado de un proceso histórico que ha organizado el espacio progresivamente y, en este sentido, la mirada temporal es fundamental (Cunill Grau 1995).

Pero pensemos un poco en que el mundo tal cual lo concebimos hoy no es sino una de las formas que existen para tratar de entenderlo, y que esta propuesta, la propuesta moderna, implica un deseo de objetividad. Creemos haber conquistado una forma de entender la redondez de la tierra y de lanzar sobre ella redes satelitales que nos confirman la corrección de nuestras ideas, que suponemos que son, sobre todo, objetivas. Algunos de los incidentes sobre los que reflexionaré más adelante se refieren a los esfuerzos por conseguir esta visión. Pero para entenderlos es necesario que tratemos también de considerar las otras formas de pensar el mundo, las que le precedieron, de las cuales nuestra modernidad es la hija o la nieta.

El mundo antes de Colón no solo, ni fundamentalmente, se diferenciaba del nuestro por ser plano. De hecho, existe una amplia bibliografía de autores que desde la Antigüedad proponían un mundo esférico. La diferencia más relevante para esta discusión es que el centro del mundo pasa a ser un problema geométrico, ya no ético. La forma de plantear el problema cambia paulatinamente. Ya no es la discusión entre Roma o Constantinopla, ni Roma o La Meca; incluso el rol de Jerusalén pasa a un segundo plano.

El mundo siempre, hasta la Edad Moderna y quién sabe si aun en ella bajo otras formas, ha estado marcado justamente por una abierta y reconocida polaridad, que no solamente es operativa. Lo tradicional es la construcción de una representación en la cual existen dimensiones que so-

brepan las variables físicas; una distribución de significados que apuntan a un lugar y un rol de la sacralidad en el mundo (Eliade 1973).⁴ Las concepciones medievales del espacio están cargadas de lógicas diferentes a las nuestras: la analogía como principio básico de la magia, la solidaridad de lo semejante, la distribución de atributos por simpatía, lo que es cierto para algo es cierto para todo lo que le es parecido (Berman 1987). Esas eran las formas de entender el mundo cuando se inició la relación de Europa con América.⁵ Propongo entonces el primer momento de nuestra relación: el descubrimiento de América y el papel de Cristóbal Colón.

El contacto con América en la nueva imagen del mundo

La reveladora aproximación de Todorov (1984) da cuenta de varios aspectos de este encuentro o colisión que fue el descubrimiento de América. Un primer aspecto relevante es aquel que muestra esa mezcla de sentimientos modernos y premodernos que animan al descubridor del continente. Su deseo es el de descubrir, con una curiosidad ilimitada: se precipita en recorridos acelerados en los cuales salta de una isla a otra, buscando al Gran Khan. Exhibe una gran agudeza de marinero para identificar vientos y corrientes en lo que parecería ser una actitud de curiosidad moderna, pero al mismo tiempo muestra una fijación con los modelos medievales en varios aspectos. Su mentalidad, que le asigna tanta importancia al descubrimiento del oro, parecería ser un anticipo de la lógica crematística de la modernidad. Pero en sus argumentaciones, conservadas en su diario (en este caso, el 26 de diciembre, esto es durante su primer viaje y solamente tres meses después del primer contacto con la nueva tierra), Colón señala que espera encontrar oro “y aquello en tanta cantidad que los reyes antes

⁴ Si bien el trabajo de Eliade se basa, sobre todo, en ejemplos de la Antigüedad, me parece que es absolutamente válido y pertinente para el mundo europeo, en el cual la imposición de la cultura humana en el espacio, al menos durante la Edad Media, estuvo asentada sobre la construcción de templos y la identificación de reliquias que dieron origen al sistema de peregrinaciones que, tal vez, tienen en el Camino de Santiago su más fuerte expresión.

⁵ No desconozco la existencia de contactos previos en el actual Canadá, pero estos no generaron una conexión permanente.

de tres años emprendiesen y aderecasen para ir a conquistar la Casa Sancta” (Colón 1986, 155).⁶

En esta primera argumentación se ve con claridad que su descubrimiento del Nuevo Mundo está guiado por un fuerte convencimiento y por una errónea traducción de las millas árabes a millas genovesas (Todorov 1984, 29). Asume, además, como motivo fundamental, una concepción del espacio en la cual el sentido de sus actividades, de su esfuerzo y de sus penurias es el acceder a ese sitio especial del mundo donde el sentido del universo reside: la Tierra Santa.

Tal como el autor búlgaro indica, Colón es el ejecutor de hechos históricos que son indispensables para que surja la modernidad, pero él es todavía un representante de ese mundo premoderno y feudal. Él se ubica en esa bisagra del tiempo que, cargada con las ideologías de la Edad Media, vislumbra una promesa nueva en el Renacimiento. Surge un humanismo, pero marcado todavía por el pesimismo derivado de la realidad de la peste. Las tres religiones del Medievo, islam, judaísmo y cristianismo, son religiones de la palabra que es el orden y la salvación, pero esa palabra debe encarnarse en el rito, en la fórmula adecuada de invocación. Esa necesidad de que el mensaje se concrete debe llegar al espacio, y es así como tenemos innumerables manifestaciones de ese orden en el territorio. Las iglesias, los conventos, pero también las rutas de peregrinación están marcando una concepción jerarquizada del espacio, en la cual fuerzas, de un orden que no es lo que hoy día llamamos natural, se hacen presentes de mil maneras.

La Europa cristiana es también una Europa pagana. Allí siempre existen las cavidades oscuras, la dualidad salmantina de su catedral a pocos metros de las cavernas donde se expresaban las otras y opuestas fuerzas sobrenaturales, basadas en poderes, en palabras, y también materializadas en sitios, espacios y rituales.

Así, en Occidente se ve un esfuerzo permanente por someter los mundos concretos y las lógicas distintas a las dominantes, a un poder que está siempre en una encarnizada lucha por mantenerse e imponerse. De la mis-

⁶ La preocupación por la toma de Jerusalén es lo suficientemente grande como para que el descubridor de América haga las cuentas exactas de cuál será el ejército que deberá preparar; debía componerse de cien mil soldados de a pie y diez mil caballos (Todorov 1984, 11).

ma manera, en América se busca imponer aquella norma del catolicismo ibérico a los órdenes, a las lógicas prehispánicas.

La visión de Colón es premoderna, el espacio que explora está explicado por las fuerzas descritas en los relatos bíblicos.⁷ La discusión sobre la forma de la Tierra anticipa lo que muchos años después animará el debate que entablará César Cassini con Newton. Además, da origen a ese otro viaje de descubrimientos que no está desprovisto de elementos delirantes: el de La Condamine.

Pero regresando a Colón, su viaje y su mirada muestran muchos otros bordes con los cuales él se encuentra. El siguiente límite es el de la frontera entre lo humano y lo no humano. Colón cree en la existencia de seres humanos que nacen con rabo, y también asegura haber visto a las sirenas. Su expedición muestra los límites de la Tierra de una nueva manera que ni él mismo comprende, pero también lleva a las preguntas sobre el límite del género humano.

En este aspecto Colón no muestra demasiada modernidad. Su manera de ver a los otros seres humanos refleja una variabilidad enorme. En algunos casos los alaba, aduciendo que serán los mejores vasallos del rey; en otros momentos los vilipendia, apuntando que son cobardes y faltos de entendimiento, para en otras ocasiones calificarlos de salvajes y brutales. Queda claro que la realidad del mundo que descubre cambia enormemente según la conveniencia subjetiva del descubridor. En ciertos momentos, Colón necesita mostrar a sus majestades católicas los logros que está consiguiendo, en cuyo caso los vasallos son una gran adquisición. En otros momentos muestra su atraso ante la insumisión de los habitantes indígenas a sus deseos y proyectos y, así, justifica la violencia para someterlos.

⁷ Dos textos tomados de la carta a los soberanos, del 31 de agosto de 1498, durante el tercer viaje, ilustran este punto; “[...] me puse a tener esto del mundo, y hallé que no era redondo en la forma que escriben; salvo que es de la forma de una pera que sea toda muy redonda, salvo allí donde tiene el pezón, que allí tiene más alto, o como quien dice una pelota muy redonda, y en lugar de ella fuese como una teta de mujer allí puesta, y que esta parte de este pezón sea la más alta y más próxima al cielo y sea debajo la línea equinocial y en esta Mar Océana el fin del Oriente”. Y unas líneas más adelante: “Creo que el Paraíso Terrenal se encuentra aquí, y a él salvo la voluntad de Dios ningún hombre puede llegar” http://www.biblioteca.tv/artman2/publish/1498_263/El_tercer_viaje_a_las_Indias_Carta_de_Crist_bal_Co_432.shtml (consultado por última ocasión el 8/5/2016).

Tal subjetivismo llega a su punto culminante cuando decide que la isla de Cuba es el continente y resuelve que los castigos para quien afirme lo contrario serán muy radicales: quien lo haga pagará una multa de mil maravedíes, será azotado y se le cortará la lengua (Todorov 1984, 22). En esta subjetiva resolución del conflicto geográfico, quien en ese entonces tuvo la autoridad se consideró con derecho a establecer la verdad, lo cual permite replantear el problema que la conquista desencadena para el discurso del europeo.

En Europa, en el momento del descubrimiento, hay discusiones sobre la forma en que debe imperar la verdad y cómo debe ser establecida. El discurso europeo sobre la verdad se enfrenta, en América, a circunstancias algo nuevas. Para entender esa novedad conviene reflexionar sobre la manera en la cual la verdad era disputada en Europa en 1492.

Existe una forma que llamaré la discusión represiva. Busca perseguir y anular todas aquellas representaciones del mundo que no partan de los presupuestos básicos del cristianismo en su versión oficial, o que se niegan a adaptarse a él. Es el combate a la superstición, que a veces se manifiesta como una lucha contra la brujería, contra los pactos con el demonio y similares formas de representar el mundo. En general, estas formas evidencian fuertes bases locales, un alto contenido contestatario. Si bien pueden infiltrarse en la estructura del poder, lo hacen aparentemente de manera oculta y recubriéndose de la retórica hegemónica para legitimarse. De esta manera fue vista buena parte de las concepciones precristianas que no aceptaron o que no podían aceptar la opción de disfrazarse de cristianismo.⁸

Si la discrepancia no se mueve en el ámbito de aceptar, o no, la legitimidad del cristianismo, existe otra forma de contestación, la que abandona la afirmación clandestina y adopta una más o menos pública para expresar otra versión de la misma verdad cristiana. Se tiene, entonces, el fenómeno de la herejía. Es decir, una verdad alternativa y legítima. Esto generó una verdadera guerra de represión: las luchas contra los herejes.

Por último, existe la visión más externa, cuando se crea una legitimidad distinta que reclama el título de la verdad y que logra un acceso al poder, lo

⁸ Gran parte de las concepciones precristianas fueron cristianizadas. Sin embargo, había un reducto que tal vez expresaba componentes de un inconsciente colectivo, que necesitaba sobre todo expresarse como negación de la norma o como subversión de esta.

que le permite diferenciarse del pensamiento occidental y calificar a este de infiel, de anormal. Los casos que corresponden a este fenómeno han estado acompañados de una diferencia lingüística y cultural. El caso más extremo, el del mundo musulmán, se presenta con una dinámica civilizadora nueva, que aparta al norte de África de su origen histórico común con la Europa mediterránea para organizar su propia dinámica de civilización. Esta separación asume una manifestación cultural cuya más visible expresión es un alfabeto nuevo que se separa del latino y el griego.

Una escisión algo menor es la que se produce con el mundo griego y su capital, Constantinopla. Un problema de traducción, una discusión sobre el uso de los idiomas del rito son la base o el pretexto sobre el cual se construyó otra oposición, que separó al mundo católico romano del ortodoxo.

Estas tres categorías de conflictos ideológicos son siempre conflictos de poder. Son útiles para entender el nuevo manejo del espacio en la conquista de América.

El primer tipo de conflicto, al que denomino el conflicto subalterno, es tratado con una mezcla de negociación, redefinición, sincretismo y ocultamiento. Las fiestas de nuevos santos que se sobreponen a festividades paganas son su expresión más clara, típica y tradicional. Ocurren ocasionales persecuciones, pero generalmente se orientan a aquellos usos de la ideología oculta que representan más abiertos desafíos al orden establecido o que intentan consolidarse. Esta lucha cultural adquiere una dinámica fundamentalmente política, y sirve para perseguir al rebelde.

La segunda fórmula de lucha, la de la herejía, ataca a la ideología dominante de una manera más osada y agresiva. Le asigna el sitio de una imposura y, en general, reclama la extraordinaria, casi omnipotente, legitimidad que los dominantes se asignan a sí mismos. En estos casos, la lucha política adquiere un carácter masivo. No se trata de asuntos que exclusivamente sean competencia de una policía, sino que llegan al terreno militar. Ese es el carácter de las luchas contra los herejes, y ese será el carácter de la lucha religiosa luego de la Reforma. Pero aquí hay también un cambio a otro ámbito: la palabra en discusión está representada más equitativamente.

En el caso de las brujerías, los testimonios de qué es lo que piensan las personas perseguidas nos han llegado casi exclusivamente desde la mirada

de quien les persigue. En el caso de los herejes, los vencedores desarrollaron una intensa actividad para borrarlos. No obstante, nunca lograron negar el hecho de que ellos, los disidentes, estructuraron sus propios mensajes, sus propios textos. Incluso cuando fueron quemados, exigieron un debate, todavía subsistente, aunque sea como la sola referencia que se busca desacreditar. Fue necesario un trabajo intelectual de discusión, que se modificó en el momento de la Reforma, dado que ni el bando de la Reforma ni el del papado logró imponerse como autoridad única: fue necesario el debate permanente entre las posiciones en conflicto.

Con respecto a las sociedades que se diferenciaron en procesos civilizatorios independientes —fundamentalmente el mundo griego y árabe, pero especialmente este último—, la necesidad del debate, de la batalla conceptual tuvo algunos elementos distintos. En primer lugar, la posibilidad de borrar esa realidad pasaba por una victoria militar, victoria que nunca llegó. Se tomaba una plaza, se conquistaba un reino, pero no se los borraba. Al contrario, el contacto permanente entre las partes llevó a múltiples combinaciones y alianzas.

Lo importante para mi análisis es destacar que quienes llegaron a América trajeron consigo una larga tradición de contacto y relación con culturas diferentes que representan, en sí mismas, un cuestionamiento al cristianismo oficial. Esa relación fue compleja, pues incluyó desde alianzas militares ocasionales⁹ hasta diversas formas de convivencia y colaboración,¹⁰ algunas de ellas prolongadas y fecundas.

Pero la historia del pluralismo y la tolerancia no fue larga. Con el incendio de la aljama de Sevilla, en 1391, se inician persecuciones, el antisemitismo se extiende y se torna agresivo. Algunos judíos se convierten para evitar la persecución o por sincero convencimiento. Algunos ganan poder; muchos podrían ser calificados, hoy día, como los intelectuales, los profesionales que son requeridos por el Estado y por los monarcas. Además,

⁹ Tanto en las cruzadas de Medio Oriente como en la historia española son frecuentes las alianzas de cristianos y moros para enfrentar a otras fuerzas compuestas también por miembros de las dos religiones. Ver al respecto García de Cortázar (1973, 343-4).

¹⁰ Tal vez su expresión más clásica fue la escuela de traductores de Toledo; al respecto, ver González Palencia (1942).

son quienes manejan préstamos, cobran impuestos y, por esta razón, son considerados seres que se aprovechan de los pobres. Esto genera reacciones ya no contra los judíos, sino contra los cristianos nuevos, es decir, los conversos. A quienes no profesaban el catolicismo o eran sospechosos de no profesarlo, en su fuero interno se les hacía responsables de toda desgracia que pudiera acontecer. Pestes, sequías y heladas eran su culpa (Caro Baroja 2000). Se llegó así a su expulsión de España. Esta decisión, que no fue muy original, habla de un cambio en la forma de tratar a quien no participa de la misma versión de la verdad.

Las explicaciones que se han dado a esta decisión destacan el interés económico que podría tener la Corona en la confiscación de los bienes de los sefardíes. Esto está en directa relación con el rol que la Inquisición desempeña en esta persecución. Pero no se trata solamente de un dispositivo mediante el cual quienes están en la lucha por el poder se denuncian y confiscan mutuamente. Se hacen presentes otros elementos: la necesidad de controlar lo más subjetivo del individuo, su conciencia y, al mismo tiempo, crear una uniformidad basada en la discriminación, en el trato diferenciado al nuevo converso que vive sometido a una constante amenaza, no solo de ser inspeccionado sino de ser coaccionado. De este contexto surge la pureza de sangre, que luego en América será reinterpretada en términos raciales.

La política respecto a los moros tendrá similitudes después de las capitulaciones de Granada que garantizaban varios derechos a los árabes. La monarquía castellanoaragonesa se desentenderá gradualmente de sus compromisos para terminar expulsando no ya a los moros sino a los moriscos, desde 1609 a 1611 (Caro Baroja 2003).

Pero para el tema bajo análisis lo más relevante de estos dos casos es que esta relación con un pueblo distinto implica una relación con una cultura capaz de documentar sus puntos de vista por escrito. Lo que es más, la cultura vencida enriqueció a la cultura vencedora con aportes de gran valor, que incluso fueron determinantes para la evolución intelectual y cultural de los dominadores. Este tema, como se verá más adelante, toma una forma sustancialmente diferente en el caso americano.

La relación con las otras culturas o civilizaciones es una parte del texto de la propia cultura y determina también las concepciones europeas

del espacio. La descripción básica en torno a un sitio privilegiado (Jerusalén), alrededor del cual se unen las tierras de los tres linajes del género humano,¹¹ se reflejará en muchas de las representaciones del espacio, fundamentalmente en la cartografía que, como se verá, debe transformarse para incorporar el hecho americano. Las concepciones europeas del espacio son confusas antes del descubrimiento de América, enormemente dependientes de la información que, a través de los árabes, reciben sobre Asia. La concepción moderna del espacio formulada por Europa solo podrá surgir después del descubrimiento de América. Este constató que las visiones previas eran incompletas y erróneas. Lo que es más, fue la constatación de que la América contactada tenía sus propias formas de pensar el espacio y el mundo, un hecho que aún hoy no se reconoce suficientemente, y del cual la documentación es muy precaria.

El espacio en América en la herencia preeuropea

Las culturas americanas no habían desarrollado una gran tradición de navegantes de altura,¹² y por ello no contamos con elementos que muestren las posibles discusiones sobre la forma del mundo. Pero sin lugar a dudas su reflexión sobre el espacio fue central en la conformación de su visión del mundo y de sus estructuras sociales. Si bien no conocemos técnicas de navegación transoceánicas en América, esto no significa que no conociesen el firmamento; más aún, la visión que sobre él tuvieron en los pueblos amerindios fue clave en la organización de su espacio. Esto no es válido solamente para las llamadas grandes culturas andinas y mesoamericanas. Todo el continente está marcado por una percepción de que el orden de los astros, fundamentalmente el del sol, es el del universo entero. Es por ello que los alineamientos de las viviendas, en sentido este-oeste, son la norma generalizada. El orden del mundo está representado por el de los movimientos solares a los que se suman los movimientos de los ríos en las

11 Se trataría de los linajes originados en los tres hijos de Noé: Cam, Set y Jafet.

12 De todas maneras, la navegación costera permitía el comercio entre Mesoamérica, México y Sudamérica. Se conocía el uso de orzas para navegar contra el viento (Estrada 1988).

culturas más dependientes del recurso fluvial, de sus crecidas y vaciones, y de las migraciones de los peces (Hildebrand 1987; Descola 1987; 2003).

Esta construcción de un orden universal combina la visión del entorno con las manifestaciones más domésticas de la vida cotidiana. Se trata de la organización de la vivienda y surge, por lo tanto, a una escala relativamente modesta: una casa con un máximo de unos veinte habitantes en el caso shuar, documentado por Descola. En el caso de los tucanos, presentado por Hildebrand, tenemos una maloca, que si bien puede ser impresionante por su capacidad de albergar cerca de doscientas personas, es un hito de referencia en la organización del territorio. Esto no significa que el orden desaparezca al salir de la vivienda. Al contrario, tal como muestra Descola, el orden familiar entre sexos y edades organiza los conflictos, se proyecta a toda la naturaleza. Se podría decir que cada casa, cada hogar en estas culturas es un eje organizador del universo.

Esa organización en torno a unidades domésticas en algunos casos evoluciona: se organizan federaciones, Estados, imperios. Si bien es todavía difícil describir su desarrollo (la información que tenemos está cambiando, tanto por la aparición de nuevos elementos como por el desarrollo de nuevos instrumentos para comprenderlos), intentaré presentar aquí una esquematización provisional. Para ello me basaré en el libro de Portais (1983), al que trataré de agregarle algunos elementos nuevos en cuanto a la dimensión simbólica del espacio.¹³

Se puede utilizar la esquematización comúnmente usada por los arqueólogos sudamericanos, quienes dividen la prehistoria americana en varios momentos (Ravines 1982; Valdez y Veintimilla 1992; Escalante 1994; Rojas de Perdoma 1995; Cáceres Macedo 1999). Un primer momento corresponde al Precerámico, que se prolonga hasta los 4000 a. C. En este período existe una cierta homogeneidad cultural de pueblos cazadores nómadas. No se conocen elementos que permitan un acercamiento a las concepciones del espacio y la naturaleza de tales culturas, pues la información que tenemos de ellos es muy reducida y pobre, especialmente en lo referente al mundo simbólico.

13 Una perspectiva complementaria es la que Miño documenta sobre las dimensiones políticas de la división *Hanan y Hurin* de la trama urbana del Cuzco. Tal perspectiva tiene importancia para comprender la dinámica de los conflictos dinásticos, pero no la abordaré aquí (Miño 1994).

De igual forma, no está completamente documentado el proceso de surgimiento de la cerámica. No obstante, los hallazgos de Valdivia y Puerto Hormiga hablan ya de un proceso dinámico ligado a los particulares ecosistemas de la línea de Costa para el año 4000 a. C. La presencia de ricos recursos marinos, entre ellos los mariscos, parece haber dado lugar a comunidades sedentarias que experimentaron con la agricultura.¹⁴

De todas maneras, a partir de ese momento lo que tenemos es el gran horizonte cultural del Formativo, según la terminología ecuatoriana, y Horizonte Temprano, según la peruana, que luego evoluciona hacia el Desarrollo Regional (Intermedio Temprano en el Perú), en el cual una estética específica se irradia por amplias zonas, sin que eso implique una unificación política. Al contrario, en las fases iniciales, al menos, no contamos con representaciones que hablen de estructuras jerarquizadas. La expresión más conocida de este gran horizonte es la cultura Chorrera y sus derivados en el Ecuador, pero ejerce clara influencia en el norte peruano y en los procesos que allí se desarrollarán luego.

En 1200 a. C. de este entorno surge Chavín, una gran cultura con centralización política. Esta centralización política se corresponde a un cambio en la iconografía encontrada, en la cual los elementos militares tienen gran peso (Ravines 1982). Pero Chavín no solo exhibe una estética que resalta lo militar; existen también otros elementos, como las imágenes de alucinógenos, en este caso del San Pedro (*Trichocereus pachanoi*). El cacto, que todavía es hoy el centro de circuitos de un turismo psicodélico en el sur del Ecuador y el norte del Perú (Vivanco 2000), parece estar relacionado con las imágenes de seres humanos con otros egos. Aparentemente representan el espíritu en la persona que viaja al ingerir la sustancia psicotrópica, a una concepción de la persona con diversas almas.

Se trata de una temprana expresión de lo que hace el *yachak*¹⁵ o chaman, elemento fuertemente presente en todas las culturas de esta región.

14 Sin embargo, hallazgos recientes en la cuenca del Chinchipe (esto es, en la vertiente amazónica, y a más de 900 msnm) con dataciones comparables a las de Valdivia, pueden cuestionar las concepciones tradicionales que ligaban el desarrollo de la agricultura y la cerámica a las específicas condiciones que se producen en la ribera del mar, esto es, el acceso a recursos marinos en tal magnitud que permiten la sedentarización (Valdez 2009).

15 La traducción literal de término kichwa, *yachak*, es “el que conoce”.

Para mis fines, lo importante de este elemento cultural es que muestra la convicción de que existe una realidad diferente a la empírica. En ella, los seres humanos que han logrado dominar las técnicas del conocimiento pueden desplazarse sin los límites que nuestros cuerpos tienen en el espacio habitual. En otras palabras, en el espacio actúan fuerzas y existen conexiones que sobrepasan lo que vemos en el mundo material. Esto no es radicalmente diferente de lo que acontece en la propia tradición occidental, en la cual las dimensiones espirituales también pueden superar las limitaciones del espacio.

La aparición de Chavín es contemporánea de una gran gama de diferenciaciones regionales que dan origen a una arquitectura religiosa basada en montículos y con un carácter local.

Alrededor de los inicios de la era cristiana, algunas culturas adquieren un esplendor especial y se convierten en santuarios o unidades políticas de gran fuerza regional. Están Salinar y Sipán, en la costa norte del Perú, o Paracas, más al sur. Pero es alrededor del año 700 de nuestra era cuando se establecen dos imperios de dimensiones ya comparables a un Estado-nación moderno, de unos 300 000 y 200 000 km² respectivamente: el Imperio Wari y el Imperio Tiahuanaco.

En estas culturas hay dos manifestaciones sobre el espacio, relevantes para este análisis. La primera, expresada en el templo semisubterráneo de Tiahuanaco, es la simbolización de fenómenos de grandes áreas geográficas. Las 175 cabezas de piedra enclavadas en sus muros, cada una de ellas representando una etnia diferente, nos transmiten un mensaje sobre la diversidad cultural y espacial que es recogida, al menos simbólicamente, en este recinto. El templo incluye realidades geográficamente muy diversas; habla de una escala espacial que atraviesa la particularidad cultural de cada grupo para presentar una imagen de lo cosmopolita que comienza a ser construida. Esta característica, es decir, la construcción de una imagen del mundo transpolítica, tendrá mayor desarrollo y será parte constitutiva del Imperio inca. La segunda manifestación, presente tanto en las estelas de Tiahuanaco como en las imágenes de la cultura Moche, es la multiplicación del concepto iniciado en Chavín, de los seres con diversas identidades superpuestas, es decir con un *alter ego*, con una esencia espiritual que dobla la física y visible.

La organización del espacio de esta región se fragmenta nuevamente luego de la decadencia Wari y Tiahuanaco; se desarrollan imperios más pequeños, sobre los cuales se ha logrado obtener información etnohistórica. Es de especial significación el conjunto de organizaciones de los Estados preincásicos descritas por Murra (1972; 1975; 1985a). Un aspecto destacado es la organización discontinua del espacio político vinculada a un manejo de los diferentes recursos que se encuentran en los diversos pisos ecológicos. Básicamente se trata del uso que cada etnia y las unidades políticas que estas conforman dan a los nichos de recursos. Estos están distribuidos en un amplio rango discontinuo, a través de lo que Murra llama el archipiélago vertical. Si bien esta forma de discontinuidades no es un invento exclusivo del mundo andino, sí es una forma específica: cada etnia maneja un espacio que le obliga a proyectarse más allá de su propio territorio. El espacio es, necesariamente, pluriétnico. La perspectiva de Murra es heredera de los grandes geógrafos que analizaron el espacio andino y que iniciaron, así, una reflexión sobre los Andes. Entre ellos están Dollfus (1981), Brush ([1974] 1987) y Troll (1987).

Otra dimensión del espacio andino, trabajada por Earls (1998), muestra un elemento de las perspectivas que se han desarrollado para analizar la ecología cultural de las montañas. Se trata de cómo las pequeñas variaciones en la insolación o en la retención del agua alteran la reacción de los diferentes terrenos frente a las heladas, una limitación clave en la producción agrícola. Los pequeños matices de cada terreno generan, así, potencialidades y riesgos, a nivel micro, acerca de los cuales es necesario conocer para actuar sobre ellos. Dicha actuación toma la forma de obras de riego, manejo de variedades y, sobre todo, un adecuado ajuste del calendario agrícola para minimizar y asimilar los riesgos. Esto crea una particular combinación de un manejo intensivo y cuidadoso de cada parcela, que puede ser modificado por obras de infraestructura, y que se inserta en las relaciones de complementariedad entre pisos ecológicos. Se trata de lo que se podría llamar las bases ecológicas de dos ámbitos de organización: el *ayllu* y comunidad local, por un lado y, por otro, el Estado y, eventualmente, el Imperio.

La visión en torno a la diversidad de ecosistemas muestra la fuerte articulación política que existió entre ecosistemas distintos, en gran medida

definidos por la polaridad: alto y bajo (*Hanan* y *Hurin*, en quechua). En todas las regiones del mundo existen montañas, que generalmente cumplen más una función de barrera, de límite y que, con frecuencia, son un espacio algo excepcional donde se pueden encontrar ciertos recursos como bosques, pastos, fuentes de agua. Pero aquí tenemos algo más, pues se trata de una dimensión continua que si bien divide, en el caso del Perú, el mundo seco de la costa del océano Pacífico del húmedo de la Amazonía, además crea y constituye, en sí, una zona nuclear para el desarrollo de gran parte de las poblaciones. Las montañas serán el eje que articula y combina los diversos pisos de las sierras, los valles regados de la Costa y el acceso al mundo húmedo y cálido de la Amazonía.

Los testimonios arqueológicos, lingüísticos y etnohistóricos hablan desde muchos lados de un contacto permanente e intenso entre la Amazonía y los Andes. Este es, en realidad, un tema clásico de la arqueología sudamericana, que dio origen a la hipótesis de la expansión andina hasta la desembocadura del Amazonas. Es la propuesta original de Betty Meggers al encontrar similitudes entre las cerámicas policromas de los Andes, del Yasuní y de la cultura Marajoara. La autora se inspira en esta similitud para proponer y organizar su visión sobre las determinaciones ecológicas del desarrollo cultural amazónico difundido en su muy conocido libro *Amazonía: hombre y cultura en un paraíso ilusorio* (Meggers 1999). El texto se basa en las propuestas del *Handbook of South American Indians* (Steward 1948), sobre todo al considerar que son los determinantes ecológicos los fundamentales para explicar la dinámica cultural sudamericana.

Si bien en este aspecto Meggers sigue al coordinador del *Handbook*, en un elemento toma distancia. En el gráfico que Steward presenta se concibe, de acuerdo con los supuestos difusionistas de la época, un eje generador de cultura en los Andes. El eje se expande por el Caribe, sube por los ríos, fundamentalmente por el Amazonas, para toparse con las culturas andinas. Propone una ruptura entre el mundo andino y el amazónico que es útil para entender las dinámicas sociales y, sobre todo, la comprensión del espacio de este continente.

Meggers introduce una corrección a Steward cuando propone un flujo directo. En su visión desde el altiplano, por el Napo, fluye la cultura hasta

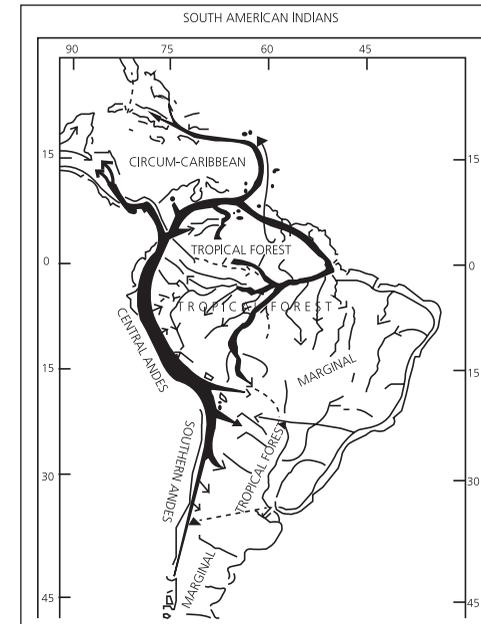
la desembocadura del Amazonas sin necesidad del rodeo por el Caribe. Meggers no duda de la imposibilidad de que la Amazonía sea el centro generador de grandes culturas. Será necesario que otro autor proponga la tesis contraria para que el debate comience a armarse. En *The Upper Amazon*, Larthrap (1970) propone la perspectiva radicalmente contraria: el centro de difusión cultural estaría en el Amazonas, sería en este río desde donde surgen grandes culturas que avanzan por el Ucayali y el Maraón hacia el altiplano andino, para cristalizar en las altas culturas altiplánicas.

Las relaciones culturales entre la Amazonía y otras regiones son complejas. A su descubrimiento contribuyen otros trabajos, por ejemplo, *Parmana* (Roosevelt 1980), que plantea un efecto “revolucionario” de la introducción del maíz desde Centroamérica. A esto se pueden agregar los trabajos publicados por el IFEA (Renard Casevitz, Saignes y Taylor 1988).

Estos trabajos, que destacan las interrelaciones de cañaris y paltas, entre otros, con la Amazonía, sirven para plantear cómo la expansión del Imperio incaico introdujo un quiebre en la organización del espacio. Las que antes fueron múltiples y diversas relaciones transversales entre la Sierra y la Amazonía fueron limitadas. Si bien se organizan diferentes expediciones militares que, desde los Andes, bajan intentando asegurar la conquista de territorios amazónicos, sus resultados son ambiguos. Hay un aparente éxito en la zona actualmente boliviana de los llanos de Mojos y Chiquitos. Fracasa la expedición de Huayna Cápac por el Alto Mayo. Finalmente, se produce una relación ambivalente en la expansión por el Napo a la zona de los Quijos que, aparentemente, habría iniciado cierta forma de alianzas mediante el intercambio de hijos de los caciques (Oberem 1980).

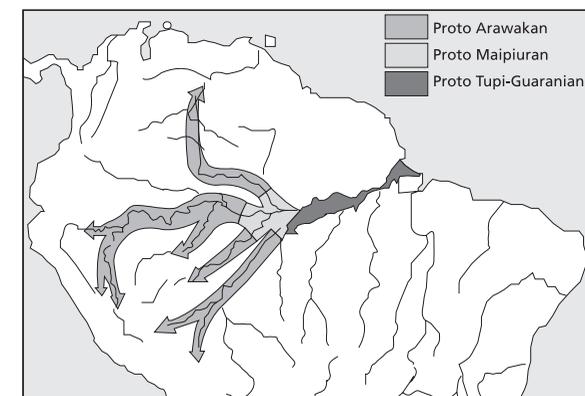
Para entender lo que eso significa, recorro a otros elementos que explican la dinámica de la expansión inca. Según Bray (2003), este Imperio y toda la ideología andina se basan en la importancia de la redistribución, la reciprocidad y la autoridad como el eje organizador. ¿Cómo se expande el Imperio? Desarticulando las redes por las que circulan los productos de las sociedades vecinas y rearticulándolas bajo la autoridad del Estado. Se busca desarmar los flujos de bienes entre las sociedades limítrofes. En cambio, se les propone y se les impone el flujo controlado por el Imperio, que ofrece un abanico más extenso, variado y grande de productos.

Imagen 1.1. Esquema de Steward sobre la difusión cultural



Fuente: Steward 1948, 770.

Imagen 1.2. Esquema de Lathrap sobre la expansión de las culturas amazónicas hasta los Andes



Fuente: Lathrap 1970, 76.

En este, como en cualquier caso, la intervención militar es solo parte del juego geopolítico. Busca sobre todo desarmar los elementos que alimentan la imagen redistribuidora del adversario. De esta manera, desarma su legitimidad política, que se basa –entre otros elementos– en la posibilidad de controlar los canales por los cuales se abastecen los bienes especiales provenientes de otros nichos ecológicos.

¿Cuáles fueron los elementos que el núcleo central del Imperio incaico importaba de los valles amazónicos? En los valles no muy bajos, el principal producto era la coca; adicionalmente, tienen un papel determinante las plumas utilizadas para elaborar los ornamentos que establecían los grados militares, algunas maderas, plantas medicinales y pieles de animales (Zuidema 1989).

En la mitología inca los personajes de fuerza no son solamente los andinos, por ejemplo, el cóndor y el puma, sino que tienen una fuerte presencia el *amaru* y el *otorongo*,¹⁶ especies amazónicas. En otras palabras, los símbolos del poder incluyen muchas dimensiones de lo amazónico, pero a la vez, en múltiples ocasiones, ese mundo es calificado como el mundo de los *aucas*,¹⁷ es decir, al margen de la civilización. La historia inca, en la cual se describen con frecuencia las guerras contra los chancas, ubicados ecológicamente en un piso altitudinal inferior, habla de esta doble relación de antagonismo con lo selvático. Y, a la vez, habla del deseo y del temor inspirados por su fuerza y por todas las potencias presentes en ese piso ecológico.

El sistema que monopoliza la redistribución de fuerzas y productos de diversos niveles ecológicos da legitimidad y permite usar el trabajo de la población, movilizarlo ya sea a través de la mita o el yanacónaje.¹⁸ Esto se mezcla y combina con un determinado uso de la violencia, que se ejecuta y exhibe en las campañas militares.

Lo anterior revela la manera en la cual se vinculan y se interrelacionan los elementos en el espacio. Pero a esta descripción hay que añadir otros elementos que se interrelacionan. El primero se refiere a la población.

16 'Boa' y 'jaguar', respectivamente, en quechua.

17 'Salvaje', en el mismo idioma.

18 La mita es el servicio temporal (generalmente un año) en una tarea del Imperio. El yanacónaje y los mitimaes son la reubicación permanente en otro territorio.

Si bien en América del Sur encontramos, en algunos momentos de su prehistoria, el desarrollo de ciudades –como la mencionada Chavín o, luego, Sipán–, llama la atención que en la última etapa, especialmente al momento de la invasión europea, el único centro realmente urbano sea Cuzco. Se trata de un centro político y ceremonial imitado por otros centros, por ejemplo Tomebamba en la actual Cuenca y, en alguna medida, Quito, pero en general no existen ciudades. La población está dispersa. Los nombres de los lugares, que hoy día son ciudades, se refieren a los centros ceremoniales, templos, las residencias de los señores o curacas. Esta ausencia determina que no haya ciudades fortificadas. No encontramos murallas. Sin embargo, el rol articulador de la política es fundamental para los centros urbanos, lo que lleva a tratar de reproducir la ciudad del Cuzco en otras fundaciones, algunas provisionales, como señala Cieza de León (1880, 222) con respecto a Guarco. En otras, como las de Tomebamba y Quito, son permanentes: incluso se traen piedras del Cuzco. Esto describe un vínculo entre la expansión inca y la conquista ibérica, ya que en los dos casos construir ciudades es parte del orden que el conquistador crea.

El segundo elemento es el de las construcciones militares. La violencia que la actividad militar implica siempre impone leyes al espacio. Restringe movimientos y pone exigencias. En América de Sur, sin embargo, el espacio no está marcado, como en Europa, por construcciones militares a cada paso. Buena parte de aquellas construcciones, que usualmente se denominan fortalezas, generan todavía discusiones sobre si es ese realmente el uso para el cual fueron edificadas. Saksahuaman, la gran "fortaleza" sobre el Cuzco, es un ejemplo. Las impresionantes construcciones de piedra se ubican en un sitio que sería fácil defender, y sus dimensiones permitirían proteger a una apreciable población asediada; pero la cantidad de otros elementos hacen pensar en otros posibles usos. No obstante, es poco sistemático el material sobre la guerra prehispanica en los Andes. No hay una descripción detallada de la Guerra Florida Mexicana, aunque se sabe que existe una mezcla de dimensiones religiosas con la propiamente militar, lo que se expresaría en los templos fortificados descritos por Ghezzi (2007).

Para los tiempos más recientes han sido documentadas por lo menos dos batallas famosas de la expansión inca: la de Yahuarpamba¹⁹ contra los chancas, y la de Yahuarcocha²⁰ contra los caranquis. Ambas se desarrollaron en llanuras. En esta última batalla, Echeverría (2007) afirma, siguiendo a los cronistas, que se produce en primer lugar una victoria sobre las fortalezas (*pucarás*) en zonas prominentes, para luego dar paso a una batalla en la llanura colindante a la laguna. No se toman un centro poblado, pues no existe. Es un proceso en dos pasos: primero, el control de los sitios estratégicos y, luego, la batalla a campo abierto, que sella el resultado.

Además, hay combates en los pocos centros ceremoniales y de poder político. Hay conspiraciones que matan a soberanos en sus palacios. Existen referencias a saqueos de los templos, y también masacres de los parientes, especialmente de las mujeres del inca (Cieza de León 1880) Sin embargo, aquí hay algo que se parece más a la guerra civil.

Los *pucarás* en la zona norandina no exhiben la opulencia de las construcciones del Cuzco. Son murallas de piedra que, rara vez, superan los dos metros de altura, o bien zanjas –hasta siete– que rodean la cima de una colina. Son sitios adecuados para un refugio transitorio, especialmente para reponerse del esfuerzo de una batalla, pero no parecen adecuados para una resistencia prolongada. De todas maneras sus emplazamientos, con grandes horizontes de visibilidad, permiten a los ocupantes obtener información sobre lo que sucede en el terreno, y eso es, por sí solo, un valor estratégico.

Cabe considerar también que la orografía de los Andes del norte se caracteriza por sus grandes valles con aperturas hidrográficas escalonadas entre las vertientes del Pacífico y el Atlántico. Cada una tiene una longitud que, de sur a norte, varía entre sesenta y noventa kilómetros. Si a esto se agrega una distancia entre las cordilleras longitudinales de alrededor de cuarenta kilómetros, las unidades varían entre 2000 y 4000 km² de superficie. Estas parecen constituirse en bases naturales para la organización política. Es cierto que existen matices, por ejemplo, cañones profundos que dividen algunos de estos valles, creando una natural subdivisión, al

19 'Llanura de sangre', en quechua.

20 'Laguna de sangre', en quechua.

igual que subcuencas menores que a veces podrían vincularse a un espacio político diferente.

La base de valles grandes contiene una porción de territorio apreciable, hasta un 30% de tierras templadas, aptas para la agricultura, rodeadas de otras tierras con aptitud para el pastoreo y la recolección de productos naturales, todas ellas interconectadas por caminos para el comercio. En las tierras más productivas se desarrollan centros ceremoniales políticos. Generalmente, uno de estos centros logra imponerse a los demás y conformar un sistema político relativamente unificado. El espacio se controla a través de las vías de acceso, de los sitios idóneos para el control visual, y de los espacios simbólicos de templos y palacios en las partes más fértiles.

El espacio montañoso se caracteriza por su poca homogeneidad. Cada colina, cada caño marca y diferencia el territorio. Esas marcas naturales son procesadas, culturalmente, con los elementos de una vida ritual sobre el terreno. Se marcan símbolos. La construcción tiene un lenguaje, una arquitectura que se manifiesta en la *huaca*,²¹ que viene a ser sinónimo de entierro, de tumba, y que tanta atención ha merecido por la posibilidad de encontrar objetos de metales preciosos. También se manifiesta en la *apachita*,²² mucho más humilde y cotidiana. Estas dos formas de marcar el territorio se relacionan con la manera en la cual la política se impone sobre la geografía. Se da un significado cultural a los accidentes geográficos, pero también se representa en ella a la sociedad: ancestros, símbolos de identificación comunitaria.

Un detalle adicional es que las montañas, en gran medida símbolos de identidades locales, pueden ser vistas, ordinariamente, desde unos ochenta kilómetros de distancia, y desde miradores privilegiados se pueden llegar a ver hasta ciento cincuenta kilómetros de distancia. Ello significa que cada valle ve sus propios montes y con mucha frecuencia las marcas del territorio de otros valles. Esta es una forma muy cotidiana de percibir los símbolos de otros, de quienes viven bajo otras montañas, bajo otras divinidades protectoras.

21 Palabra quechua que describe el sitio donde moran espíritus; también, el sitio de una sepultura importante.

22 La *apachita* es un sistema de marcar hitos en los caminos, a través de la costumbre de que cada transeúnte deposite, a su paso, una pequeña piedra.

El discurso del cronista: una bisagra del pensamiento europeo

El contacto ibérico produjo dos consecuencias importantes: modificó a los europeos y, lógicamente, modificó a las sociedades que estos invadieron. Los europeos, concretamente todos los que hicieron contacto bajo la autoridad de la Corona española, tenían instrumentos intelectuales que provenían de tres fuentes para entender todo lo nuevo que encontraban. La más directa era su propia experiencia con otros pueblos. Colón había navegado a Guinea y eso le daba una perspectiva sobre la diversidad que era posible encontrar en nuevas tierras. El segundo conjunto de información provenía de los relatos que, a través de fuentes árabes, señalaban no solo la existencia del Gran Khan (China), sino también de Sipango. Estas fuentes eran confusas, con gran cantidad de fábulas, lo que les predisponía a encontrar y ver mundos en los cuales los límites de lo que hoy día llamaríamos fantasía no eran claros. Tenían además –y esto es una fuente más reconocida y valorada– el conjunto de conocimientos y formas de pensar que provenían de la Antigüedad clásica. Pero todo ello debía incluirse dentro de un pensamiento religioso, que en ese entonces se encontraba en una doble ebullición: la revolución renacentista y las luchas de la Reforma.

En esa perspectiva se encuentra un elemento clave: lo que ese pensamiento discutía sobre el ser humano. Encontrar animales diferentes o cordilleras gigantescas era parte de lo previsible y no planteaba todavía la necesidad de romper esquemas arraigados de pensamiento. Sin embargo, un aspecto presenta problemas especiales: el problema antropológico. ¿Cuáles son los límites de lo humano? ¿Cuán humanos son los nuevos seres encontrados? Estas preguntas darán origen a un debate que se expresa en la discusión entre Sepúlveda y Las Casas, pero que va mucho más allá, pues tiene otros exponentes y otras elaboraciones que han sido documentadas por Pagden (1995), sobre todo en el segundo capítulo, entre otros. Aborda tanto el tema del imperio universal como las dimensiones plausibles para el funcionamiento de una autoridad central. Los primeros cronistas abundan en descripciones de realidades fantásticas. Para la Amazonía tenemos un sugerente artículo del libro *Colombia amazónica* (Llanos Vargas 1987).

Recogiendo las imágenes de uno de los más famosos incunables del año siguiente al descubrimiento de América (Schedel [1493] 2001), muestra la gran variedad de formas humanas que se creían reales entonces. Con esa matriz mental se explora el mundo y es por ello que se considera posible la existencia de realidades no solo diferentes a las europeas sino, sobre todo, regidas por otras leyes.

La primera forma de discurso sobre la realidad americana, desde el punto de vista europeo, es la de los cronistas. Su iniciador es Cristóbal Colón, y ya en él vemos un proceso de evolución. En su inicio, observamos la admiración por lo bello; no deja de prodigar alabanzas sobre lo que ha encontrado, tanto en lo relacionado con la naturaleza como con los seres humanos. La valoración inicial de estos últimos es superlativa, por ejemplo: “Son gente de amor y sin codicia, conveniente para todo caso que certifico a vuestras altezas que en el mundo no hay mejor gente ni mejor tierra, ellos aman a sus prójimos como a sí mismos y tienen un hablar de lo más dulce del mundo y siempre con risa” (Colón [1791] 1972, 56). Esta visión idílica, que corresponde a la paradisíaca descripción de Todorov (1984), va a ser matizada por el propio Colón en una descripción posterior, en la cual señala que los indígenas son ladrones. Más aún, en su cuarto viaje compara a las mujeres con las prostitutas.

En todo esto se ve una enorme ambigüedad. Si bien en sus comentarios iniciales Colón ensalza la posibilidad de convertir a los indígenas a la fe, a través del convencimiento, pronto abordará el tema de una manera muy diferente. Esto lo vemos especialmente en el segundo viaje, en el que por razones económicas inicia el comercio de esclavos buscando convertirlo en la fuente de riqueza hasta encontrar las minas de oro. Con ello no solo rompe con toda su propia prédica de humanidad, sino que lo hace infligiendo crueles persecuciones hasta capturar a miles de indígenas e iniciar un primer embarque en el cual cientos murieron.

Poco después comenzarán a llegar otras versiones, por ejemplo la de Américo Vespucio, que habla del canibalismo, llegando a sostener que se encuentran localidades donde solo comen carne humana (Vespucio [1500] 2013). Con la multiplicación de expediciones se van decantando varias posiciones; la primera, la que se podría describir como “rousseauiana” de

Colón a su llegada; y la segunda, que denuncia el canibalismo y otros “salvajismos” de los indígenas (Fernández de Oviedo en Urteaga 1938; Bravo 1985). Pero la descripción de los seres humanos está íntimamente relacionada con la descripción del mundo natural. Así, tenemos que es fácil aceptar formas humanas distintas, como cuando Colón señala: “[...] por que allende destos quanto siete leguas me quedan de la parte del poniente dos provincias que yo no he andado, la una de las cuales llamada Cuaur, donde nace la gente con cola” (Colón [1791] 1972, 20). Esto se refuerza con otra aseveración: “En todos estos lugares que yo avía estado falle verdad todo lo que avia oido” (Colón 1986, 196). Es claro que el límite entre lo que hoy día describiríamos como la fantasía y la realidad no está establecido. En esto el Almirante no está solo, pues también otro gran descubridor cuenta relatos en los cuales la fantasía parece mezclarse con la realidad. Así, Américo Vespucio, en la ya mencionada carta, narra la existencia de gigantes en Curazao (Vespucio [1500] 2013, 8 y 13).

Otros datos ayudan a vislumbrar por qué y con qué dificultad se trata de entender lo que se está descubriendo. Colón, a pesar de su interés por conocer todo aquello nuevo que descubría, muestra algunas limitaciones que él mismo reconoce: “Son estas islas muy verdes y fértiles y de aires muy dulces y puede haber muchas cosas que yo no se, por que no me quiero detener para conocer y andar muchas islas sino para hallar oro” (Colón [1791] 1972, 34).

El primer límite que él reconoce es su sed de oro; hoy podemos identificar también su limitado instrumental para entender y describir la naturaleza.²³ La capacidad de observar, demostrada por Fernández de Oviedo, pone de manifiesto, nuevamente, los límites de la formalización del conocimiento sobre la naturaleza,²⁴ por ejemplo, cuando refiriéndose probablemente

23 Un ejemplo de ello es la sorpresa del descubridor cuando se encuentra con plantas que tienen varios tipos de hojas, “y de ellos muchas que tienen las ramas de muchas maneras y todo en un pie” (Colón [1791] 1972, 37; entrada del diario del 16 de octubre de 1492). Se trata en realidad de la abundancia de las epífitas en el continente recién descubierto.

24 Quien, al referirse a los ajolotes, lo hace de la siguiente manera: “Comían así mismo una manera de sierpes que a la vista son muy fieras y espantables, pero que no hacen mal ni está averiguado si son animal o pescado” (Fernández de Oviedo, 1525. *La natural Historia de la Indias*, 13, versión en línea de la Biblioteca Nacional de España: <http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000050339>. Consultada el 8/5/2016). De igual manera, al referirse a los lagartos americanos, los compara con la cocotriz

a los ajolotes no dispone de recursos para dirimir si se trata de serpientes o peces. El cronista, quien formó parte de la expedición de Pedrerías,²⁵ expone esa visión de los americanos que incluye el “salvajismo”, simbolizado fundamentalmente por el canibalismo.

El hallazgo en el nuevo mundo de rasgos que corresponden a lo que, en la visión de la época, es lo nefasto, está presente inclusive en cronistas con raigambre indígena. El propio Garcilaso de la Vega, por ejemplo, al explicar los castigos que el inca Huayna Cápac propina a los sublevados del norte del Imperio, lo hace desde el punto de vista de sus nefandas costumbres (Garcilaso de la Vega [1609] 1945; Larraín Barros 1980).

Estos hechos, que corresponden a lo que propongo llamar la inauguración de una asimetría cognitiva sobre el otro, no son novedosos por el hecho de que un pueblo hable con fantasías y con un desprecio incluso deshumanizante de otro pueblo. Lo novedoso es que uno de esos pueblos logra desposeer al otro de su capacidad de hablar a través del lenguaje explícito. Los moros fueron arrojados violentamente de España, contra ellos se usó la crueldad. Pero el mundo árabe contó, y sigue contando hasta el día de hoy, con instrumentos para pensar con cierta simetría a ese otro, para ellos también infiel e insuficientemente humano. En la conquista de América, los pueblos indígenas, especialmente aquellos que tenían culturas más desarrolladas, fueron privados de sus aparatos intelectuales. Incluso algunos de quienes se sentían parcialmente herederos de esos pueblos legítimos, como Garcilaso de la Vega, su pasado indio, argumentando que ellos también fueron civilizadores al estilo europeo.

Desde el punto de vista actual, es fácil sentirse superiores a los españoles, riéndonos de sus prejuicios, de su incapacidad de tolerar la desnudez, su intolerancia ante hechos como el canibalismo, sus prejuicios “patriarcales” frente a la homosexualidad. Pero cuando juzgamos, con aires de superioridad, a los españoles del siglo XVI, tal vez no tenemos presente que ciertos hechos que horrorizaron a los conquistadores ibéricos aún hoy nos causan un rechazo y

africana, pero le atribuye al animal africano tener dos mandíbulas como los tiburones (página 64 del texto citado).

25 Una de las expediciones más crueles, que da la razón a Las Casas en sus denuncias indignadas, y que cuenta hechos que anuncian ya otros acontecimientos del más sádico genocidio.

una aversión de tal grado, que consideramos legítimas las intervenciones en culturas distintas para imponerles nuestros conceptos de humanidad.

Es cierto que hoy en día nadie organizaría una intervención militar aduciendo la existencia de prácticas homosexuales. Pero ¿qué pasaría si se identificara un país en el cual una clase sacerdotal sacrificara anualmente decenas de personas para las festividades religiosas o se identificaran prácticas caníbales? Incluso el rito de enterrar en ofrenda a muchachas vivas, como lo hacían los civilizados incas, sería motivo suficiente para organizar una expedición militar.²⁶

Para el tema que analizo, lo determinante es la creación de una asimetría al pensar un espacio donde se ubican las diversas formas de seres humanos. El europeo describe y registra la diversidad diferente a él. Este es el primer paso para lo que luego será el desarrollo de la ciencia. El americano de culturas imperiales se ve obligado a hacer un esfuerzo especial para mostrar que su tradición es una tradición civilizadora. Además, debe hacerlo pidiendo prestada, a los conquistadores, gran parte de sus instrumentos: su idioma, sus conceptos y sus valores o, como Garcilaso de la Vega, convirtiéndose en uno de ellos.

Es cierto que la perspectiva de la sociedad conquistadora tiene el mérito de no ser monolítica. En ella encontramos, junto a la retórica despectiva de Oviedo, la perspectiva lascasiana que busca defender los derechos de los indígenas y que denuncia los crímenes contra ellos cometidos. También tenemos otra visión: la representada por Bernardino de Sahagún que trata de entender lo indígena, testimoniando sobre ello para darle así un espacio a la intelectualidad indígena. Sin embargo, incluso esta visión es dependiente y solo posible por la existencia de un mediador: el traductor. Además, esta propuesta no fue bien recibida: hubo sospechas y se prohibió el trabajo de traducción. Se realizó un claro esfuerzo para desposeer a las culturas indígenas de su pensamiento más elaborado. Esto, sin embargo, no significa que se deje de pensar desde el espacio colonizado. Es imposible dejar de hacerlo porque la sociedad diezmada y golpeada continúa existiendo. Y sigue haciéndolo en sistemática y constante contradicción con el discurso oficial.

26 Me refiero a las *capacuchas*, descritas por Zuidema (1989).

La dinámica de este proceso solo se puede entender en términos de la ocupación de las Indias. Dicho esquema partía de las Capitulaciones colombinas, que eran de un fuerte contenido feudal. Teóricamente, Colón debía ser virrey de todo lo que descubriese, pero en un acuerdo más moderno, por cuanto el Estado asumía mayores poderes que el señor vasallo. Debía producirse un cogobierno entre la Corona y Colón. Esto no sucedió. Pronto se presentaron problemas en todos los frentes. Los colonizadores se sintieron defraudados por las condiciones de vida: las enfermedades, la dificultad de sojuzgar a las poblaciones indígenas y el impacto epidemiológico impresionante que ellos mismos sufrían (Cook 2005). Surgió el descontento entre los europeos que deberían haber sido los súbditos de esta especie de virrey. Otros europeos no se sometieron a la ley, y aventureros que esperaban tener suerte se lanzaron a expediciones por todo el Caribe. Las propias autoridades de la Corona española desarrollaron políticas contradictorias que llevaron incluso a una fallida entrega de un feudo a los flamencos de la corte de Carlos I, cuando este llegó con sus funcionarios extranjeros a Castilla.

Es este el terreno en el cual se da el debate de Las Casas quien, aliado con Cristóbal y Diego Colón (Pérez de Tudela 1970; Ramos 1970), propone un conjunto de reformas que se convertirán en las Nuevas Leyes de Barcelona, en las cuales se limita sobre todo la encomienda. Se intenta frenar la crueldad del conquistador y se proponen mecanismos como el proyecto algo utópico del propio Las Casas en Venezuela. Esto no se consolida. Ocurre, al contrario un desplazamiento sistemático de quienes participan en la conquista bajo fórmulas feudales, para dar campo y espacio a una estructura de conquista dirigida por funcionarios. Finalmente, luego de las sublevaciones de Martín Cortés y Pizarro, se llega a una fórmula intermedia entre lo administrativo y lo feudal.

Contactos, cambios y continuidades en América

La discusión sobre derechos, justicia y sistema político internacional parte del debate humanista que el descubrimiento de América generó y fue central para el desarrollo europeo y sus instituciones. América modificó a

los europeos en Europa, pero también y de otra manera, cambió a quienes de ese continente llegaron a las nuevas tierras. En primer lugar, cambió la situación y el rol de los conquistadores. Esto lo vemos en el propio Colón quien, de ser un deslumbrado y enamorado admirador de América y los americanos, comenzó a describir sus vicios y defectos. Otros llegaron más lejos y se convirtieron en verdaderos genocidas.²⁷

Los europeos que llegaron a América no eran santos, pero ¿era su comportamiento usual en las guerras europeas? ¿Era ese el comportamiento en la conquista de Granada? Es cierto que los cruzados dieron muestras de crueldad, pero aquí estamos ante algo nuevo. Sospecho que los comportamientos que encontramos en toda América se deben a que el conquistador, al encontrarse en un contexto nuevo, pierde al menos parcialmente la relación con las regulaciones de su sociedad. Ve en este nuevo espacio manifestaciones de violencia, ve que algunos de los límites de su sociedad, por ejemplo, los que prohíben sacrificios humanos o el canibalismo, aquí no se cumplen. No entiende los contextos de la violencia americana ni su ritualidad ni sus contenidos religiosos. Cree que es una violencia sin límites y se lanza a participar en ella con entusiasmo. Se siente fuera de toda regla y produce una síntesis. Es la peor de las síntesis posibles: la exacerbada retórica de la muerte local, con la codicia y superioridad tecnológica europea. El resultado es funesto.

Pero esto llega a Europa y se produce una paradoja: los teólogos y los juristas que están dando nuevos pasos en el humanismo asesoran a la Corona que auspicia estas masacres. El conflicto es claro, en él se mezclan otros elementos, sobre todo los políticos relativos al grado de autonomía de los conquistadores. Se produce una reacción. En Valladolid, Burgos y Barcelona se discute, se busca remedio y se expiden las nuevas leyes (Arrom 1992). Se establecen reglas más humanitarias, se desarma el poder feudal de los conquistadores. Estos deben acomodarse, no sin protestas, a la nueva realidad. El virrey Colón pierde sus dominios, y tanto en Nueva España

²⁷ Descripciones de la masacre de niños, mujeres y ancianos que protagonizaron los conquistadores constan no solo en las denuncias lascasianas, sino también en los propios testimonios de varios conquistadores o de sus cronistas. Ver, sobre todo, el caso de Pedrerías descrito por Fernández de Oviedo, en Urteaga (1938) y Bravo (1985).

como en Perú se producen rebeliones. Es en esta última región donde la sublevación cobra mayores dimensiones, hasta llegar a una guerra civil en la que muere el propio virrey Blasco Núñez, a pesar de ello, se imponen en todas partes las fuerzas leales al rey. Esto no deja de ser sorprendente, ya que la distancia es muy grande y la coalición de los encomenderos muy fuerte. Disponían de recursos locales y tenían experiencia en combatir en este territorio, con lo cual el desenlace no correspondió a lo que se podría prever. Más aún, La Gasca, el pacificador, llegó a América sin ningún ejército de apoyo. ¿Cómo logró entonces su victoria? Gonzalo Pizarro, el jefe de los rebeldes, logró formar una coalición muy fuerte entre los encomenderos del Perú. Por su parte, el representante del rey implementó una estrategia que consistió, en primer lugar, en reclutar un ejército compuesto por españoles de toda América. No contó con refuerzos de la Península, pero logró agrupar soldados desde Guatemala a Chile. Además negoció con los rebeldes, convenciendo a varios de que cambiasen de bando.

Lo que observamos en este hecho es que si bien Pizarro logró armar los hilos de la política en el ámbito de un virreinato, no pudo moverse con éxito en un ámbito ya continental y, por ello, su propia coalición local se fracturó. Cualquiera podría pensar que quienes estaban asentados ya en las tierras de lo que quedaba de un imperio poblado y rico, y que conocían las técnicas militares con absoluta solvencia, podrían defenderse de las tropas llegadas del exterior. No fue así. En ese momento controlar un virreinato no era suficiente: el control de las redes continentales fue lo que determinó la victoria.

Este hecho muestra otra dimensión. Gran parte del conflicto gira en torno a las leyes nuevas, las que representaban el triunfo, al menos aparente, de la tendencia más humanista. Contra ellas se sublevaron los encomenderos, y aquí viene algo significativo. La Gasca negoció el contenido de esas leyes y llegó a acuerdos para que se cumplieren de manera mitigada. En el triunfo del modelo burocrático y moderno se produce un retroceso: se negocia de tal manera que las normas no se cumplen, aunque se mantiene la subordinación a la Corona.

¿Cuál es el resultado? A través de toda la legislación de Indias, se eliminan las formas más sanguinarias de violencia, se prohíbe la esclavitud de los indios, se establecen varias instituciones destinadas a protegerlos. Pero

todo se cumple a medias. De esta manera, las disposiciones de la Corona no son las que arman y dan organización a la práctica cotidiana de los conquistadores, o lo hacen parcialmente. Estos están obligados a actuar políticamente, y para ello deben ser capaces de actuar con las fuerzas políticas que existen en ese nuevo mundo. Esto les lleva a exacerbar las dinámicas de violencia que ya estaban presentes pero con recursos totalmente nuevos. Lo más relevante es que la propuesta, preñada de humanismo de un incipiente Estado moderno, retrocede ante las situaciones de hecho, ante la necesidad de organizar el poder, de asegurarlo. Estamos ante el principio del “se acata pero no se cumple”.

No obstante, así como hay rupturas en el mundo americano, me refiero específicamente al andino, también existen continuidades. Es indispensable comprenderlas para entender a las sociedades que surgen de este proceso. Para ello examinaré las características nuevas en el juego político que trajo la invasión europea.

El mundo andino es un mundo en proceso, en dinámica. Al contacto con los españoles, ya ha creado estructuras de dominio imperial, pero estas se encuentran en una intensa renegociación. La sociedad vive conflictos y contradicciones. Los europeos no se limitan a imponer un orden nuevo y paralelo, sino que actúan en toda la estructura, usan los mecanismos que la caracterizan, pero lo hacen con elementos nuevos. Los elementos más significativos son seis.

En primer lugar, se introduce un sistema de comunicación distinto y más poderoso. En el caso de La Gasca y Pizarro, es evidente que la política de esas sociedades ya no se juega en el ámbito de lo que fue un imperio; ahora los recursos que se movilizan son reclutados en el ámbito continental, y las decisiones se toman en algo parecido a un sistema mundial. Procesar ese flujo de información hacia afuera de esa sociedad se convierte en algo vital. La Gasca maneja información desde España de la que Pizarro no puede disponer, y logra que esa información le permita actuar incluso en el ámbito de lo local. Allí está su victoria.

En segundo lugar, esta red de comunicación incluye un componente novedoso: la posibilidad de que a determinados objetos que existieron con cierta abundancia en este nuevo mundo se les asigne un nuevo valor. Me refiero

a los metales preciosos que, en sí, no tienen un valor especial, pero sí dentro de un sistema que los convierte en medios de cambios universales, capaces de movilizar voluntades y energías humanas en proporciones descomunales.

En tercer lugar, esa misteriosa fuerza del oro, que no es otra cosa que las convenciones y las expectativas humanas movilizadas, incluye siempre una dimensión política. Implica una forma de organizar e imponer las regulaciones para su circulación, control y uso. Las fuerzas anárquicas que desata ese proceso logran ser controladas por una forma de ejercicio del poder que combina el uso de la información, un control sobre la navegación, una capacidad militar desequilibrante y una ideología que legitima tal proceso. Ideología monárquica y católica que, a pesar de innumerables contradicciones y cuestionamientos, logra imponerse en una España conflictiva y entre los propios conquistadores no menos belicosos.

En cuarto lugar, estos europeos son portadores de un elemento clave. Sin entenderlo, sin desearlo, llevan nuevas bacterias, plasmidios y virus que producen una devastación demográfica sin precedentes.

En quinto lugar, ellos son portadores de nuevos elementos tecnológicos nuevos: el caballo, el hierro, la pólvora y la navegación de alta mar. El caballo tiene una importancia en el terreno militar. El jinete logra más velocidad y fuerza y puede convertirse, por ello, en un elemento decisivo. Sin embargo, no conviene sobrestimarlo. Su uso es especialmente adecuado en terrenos poco arbolados y relativamente planos. Las selvas y las montañas muy agrestes no son los terrenos en los que se pueda aprovechar al máximo su potencial. Su capacidad como medio de transporte tampoco es tan adecuada para estas condiciones geográficas. De hecho, durante mucho tiempo la sociedad colonial continuó dependiendo de los cargadores indígenas para el transporte. Cuando se produce la transición a los equinos, el animal de transporte predilecto para la montaña no es el caballo sino la mula, mucho más adecuada para terrenos escabrosos.

El hierro representa un metal con cualidades superiores al bronce, y es toda una tecnología que no se limita a las armas y las corazas. El hierro es más abundante y barato que el cobre y el estaño; da origen a una amplia y variada tecnología: clavos, poleas, ruedas reforzadas con hierro y ejes son productos cotidianos. Cuando llegaron a América, los europeos casi no prestaron aten-

ción a las posibilidades de este mineral. La primera minería del hierro que he podido identificar son las minas frailesacas de los capuchinos catalanes en Venezuela, que inician su trabajo en 1724²⁸ (Museo Geológico Virtual de Venezuela 1997). Esto no significa que el uso del hierro no se haya generalizado rápidamente. La sociedad importaba hierro porque resultaba más barato hasta bien entrado el siglo XIX, durante la República.²⁹

La pólvora es, desde el punto de vista militar, más decisiva que el propio caballo, ya que permite una acción a distancia mucho más poderosa que cualquier arma prehispánica. Su eficacia, sin embargo, debe ser acotada, pues si bien permite una acción a distancia que destruye a los liderazgos, no reemplaza el grueso del esfuerzo militar desarrollado con picas, lanzas y espadas en el campo de batalla.³⁰ Surge la pregunta: ¿Cuándo se produce la pólvora en Sudamérica? Los datos indican la segunda mitad del siglo XVIII, época en la que existen referencias a las fábricas de Lima, Latacunga y Bogotá. Parece ser que las reformas borbónicas, al buscar incrementar la capacidad autónoma de defensa de América frente al asedio de piratas y de la Armada inglesa, contribuyen a multiplicar esta producción.³¹

La navegación es parte integrante del sistema de comunicación. Es el factor que trastorna la política. Ya no funciona en el ámbito de las unidades políticas previas, sino que ahora los recursos se mueven dentro y fuera del continente.

En sexto lugar está un sistema de legitimación. Esto implica tanto una ideología como un sistema político. Si bien estos temas pueden ser considerados como una tecnología política y social, requieren de un tratamiento distinto, puesto que no se trata de dispositivos que puedan ser trasladados de un continente a otro.

28 Llama la atención que la minería del hierro no se haya desarrollado en América del Sur, a excepción del caso mencionado, hasta bien entrado el siglo XIX: 1851 en México y 1886 en Chile, mientras que en el actual Estados Unidos esto ya sucedió en 1715. En Perú, no obstante, se han descubierto minas preincásicas de hierro que solo fue usado como pigmento.

29 La inversión en la explotación del hierro se desarrolla en casi toda América Latina, en la segunda mitad del siglo XIX.

30 A este respecto puede ser útil la descripción de la batalla de Toledo contra Túpac Amaru I. Los españoles asediados obtienen respiro cuando los indígenas ven a sus generales arcabuceados: entonces logran cambiar el curso de la batalla.

31 Es decir, durante toda la conquista y las guerras civiles se dependió de la pólvora importada de Europa.

Las tecnologías, las bacterias y la guerra son elementos fundamentales de cambio, pero nada de eso opera sobre un vacío. Nada de eso cambia la subsistencia de un día para otro. El grueso de la alimentación continúa dependiendo, durante muchos años, de la papa y el maíz, además de cientos de otras plantas autóctonas. El grueso del transporte lo siguen haciendo personas a pie. La población española durante siglos sigue siendo una pequeña minoría. Los idiomas indígenas continuaron siendo mayoritarios, incluso como lenguas francas; lo que se difunde inicialmente no es el castellano sino el kichwa. Quisiera destacar que si bien todas las dimensiones negativas del contacto son reales y se provocaron trastornos dramáticos, las sociedades americanas siguieron funcionando. Diezmadas, trastornadas, en agudas crisis, pero lo que surgió de ese encuentro tuvo mucho más de lo que usualmente se reconoce de las sociedades indias. Según la versión habitual, se construyó una sociedad española sobreimpuesta a la realidad indígena, pero sostengo que eso es inexacto: la élite dominante del sistema colonial siempre fue mestiza. Con esto no quiero hacer referencia al mestizaje sanguíneo, dado por el hecho de que las mujeres de los conquistadores (y, por ello mismo, las madres de las siguientes generaciones) eran indias, con frecuencia nobles, sino al hecho de que esas mujeres tuvieron un rol reproductor y además fueron transmisoras de cultura. Tampoco me quiero limitar a su rol educador, sino que propongo enfatizar algo evidente desde cualquier perspectiva antropológica: todo matrimonio es una alianza e involucra tanto a la pareja en cuestión como a sus parientes. Cada relación de pareja con una mujer india, noble o no, era una relación con cuñados y suegros. Era una introducción en un sistema de parentesco.³²

Esto me permite regresar al tema político, puesto que esta relación opera en muchos ámbitos. El matrimonio es el hecho político por excelencia, y en las sociedades americanas esto sucede con mucha claridad. El matrimonio permitió reorganizar las relaciones con los pueblos vencidos después de las guerras de conquista incas, y los matrimonios fueron los mecanismos que armaron la nueva élite después de la conquista ibérica. Ello implica

32 Este tema requeriría trabajos de mayor detalle. Señalo solamente dos casos: Garcilaso de la Vega y Martín Cortés, el hijo de La Malinche. Los dos fueron sacados del entorno familiar materno, lo cual estaría mostrando un deseo de romper o no reconocer ese parentesco mestizo.

que se establecieron lazos, alianzas entre parentelas, en las cuales fueron entrando los peninsulares o sus descendientes.

Un segundo elemento de esta dimensión política se refiere al sistema de legitimación. Se trataba de una legitimación monárquica que buscaba transferir la legitimidad previamente acumulada por los monarcas incas. La ideología española así lo reconoce pues, según la versión oficial, lo que se produjo fue un cambio de dinastía que, por lo tanto, asumía los derechos y obligaciones de los monarcas anteriores.³³ Pero el cambio de dinastía no se limitó al rey; también cambió la dinastía religiosa. Un dios fue destronado, otro asumió su lugar. En este punto conviene regresar al papel de la religión en la sociedad europea, y la española en particular. En la descripción de los elementos que determinaron el éxito de la conquista, destaco la existencia de mecanismos políticos que permitieron consolidar lo que hoy día llamaríamos el dominio del rey. Parte de este dispositivo político fue el sistema religioso. Existían tres modalidades de lucha por la “verdad” en la Europa de ese entonces: la lucha contra el infiel, la lucha contra el hereje (o el papismo, desde el otro lado) y la lucha contra la brujería.

¿Cómo podrían estos mecanismos funcionar con respecto a la realidad americana? Podría intentarse una similitud con la conquista de un reino infiel, por ejemplo, Granada. Pero ahora no cabría ni una rendición que respetase las religiones preexistentes, puesto que eso iría contra la bula papal que justificaba la conquista bajo el título de evangelización. Tampoco se podría pensar en expulsar de América a los conversos recientes, pues sería toda la población. Herejía tampoco puede identificarse, pues los pueblos indígenas accedieron muy limitadamente a las posibilidades de entablar un debate religioso que recogiese algunos de los principios del cristianismo con una interpretación local.³⁴

33 Un ejemplo de esto es el testimonio que hace veinticinco años recogí de un líder campesino analfabeto en Loja. Mostrándome una copia republicana de los títulos de tierra coloniales, aseguraba: “Aquí están los títulos que Atahualpa, el rey de España, nos concedió” (testimonio recogido en la Comuna de Chinchanga, Loja, 1985).

34 En realidad, algunos esfuerzos en tal sentido existieron; por ejemplo, Guamán Poma de Ayala y, mucho tiempo después, la sublevación de Pachakutec, en el siglo XVIII, incluyeron un discurso religioso, así como algunos de los mesianismos amazónicos, pero estos fueron muy tardíos.

La opción lógica era asimilar las divinidades aborígenes a demonios. Eso fue lo que se hizo. Los europeos usan dos registros: a veces se refieren a demonios que se comunican con los infieles y los someten, y en otras ocasiones hablan de la ignorancia y llegan a considerar que se trata de simples errores. Pero aquí se presenta con más fuerza un problema que también en Europa fue relevante. La religión abstracta muestra poca utilidad. Es necesario que la religión se concrete en ritos, en relatos, en marcas del tiempo como las fiestas, y del espacio como los templos. El sincretismo ha sido la experiencia de toda religión en expansión, pero el proceso de construcción de ese sincretismo toma tiempo. Europa, con quince siglos de expansión cristiana, había logrado evangelizar a las personas que habitaban los sitios de las divinidades preimperiales, a los personajes de las leyendas que reaparecen en fiestas y en el propio santoral romano. En América ese trabajo simplemente no se podía realizar a la velocidad de los acontecimientos políticos. Buena parte de las bases de la religión previa no solo perduraban aún, sino que eran indispensables para que la sociedad pudiera seguir funcionando.

El Imperio inca se basó en una centralización de las esferas de redistribución y en intervenciones, a veces profundas, en los ámbitos rituales y políticos de las esferas locales. Pero estas, con sus ritos y su propia política, seguían funcionando. Esto creaba las condiciones adecuadas para que se le asignara a la nueva religión, con la nueva estructura de poder, un sitio preexistente: el sitio del dios depuesto, del dios inca. En una primera instancia esto se presentaría fácil y, en general, las conversiones parecerían haber sido rápidas. Las religiones andinas no eran religiones individuales en el sentido occidental; no se trataba de un problema de conciencia individual. Había una dificultad en otro ámbito, pues las religiones básicamente comunitarias podían ceder terreno frente al poder, pero no podían renunciar a seguir existiendo en la dimensión comunitaria. La reacción cristiana fue la misma que en Europa: organizar los sincretismos (en lo cual los franciscanos cumplieron un papel destacado). Pero en este esfuerzo se produce una especial tensión, pues lo que en Europa tomó mil años, en Los Andes se comprimía, debiendo realizarse en décadas el desarrollo de un verdadero mestizaje religioso. No existió un período de siglos para procesar las tradi-

ciones precristianas y organizar una versión oficial de la nueva mezcla que surgió, como, por ejemplo, el cristianismo.

Sin embargo, se trató de un apresuramiento temporal. Las condiciones que en Europa permitieron que el platonismo, el estoicismo y los elementos míticos, maniqueos y gnósticos se expresasen y debatiesen y fueran produciendo una síntesis más o menos coherente, o por lo menos que contenía en sus debates esa realidad preexistente, no se presentaron en América. Los elementos religiosos prehispánicos no accedieron al lenguaje escrito que se hacía crucial en cualquier debate. Es cierto que, en un inicio, los cronistas indígenas (y en México, el trabajo de Sahagún) intentaron traducir y documentar lo anterior, pero fueron intentos de corta duración que terminaron censurados. La consecuencia fue que todo lo anterior acabó siendo borrado del lenguaje oficial, de la palabra escrita: fueron reprimidos, no debatidos, no procesados.

Puesto que la realidad que daba vida a esa sociedad seguía existiendo, ese mundo se expresó con otro lenguaje. Los ritos, sobre todo las fiestas, seguían vivas, y en contradicción con la palabra oficial. No se trata de mundos aislados entre sí. Los poderosos no vivían en un mundo desconectado de esa realidad censurada. La conocían, la practicaban, pero le negaban la posibilidad de acceder a una expresión oficial, a un debate discursivo. En algunos casos, era censurada y reservada para un mundo clandestino; en otros, era degradada.³⁵ Podía ser ritualizada en ceremonias públicas o en fiestas, como la diablada de Oruro, documentada por Abercrombie (1992). Esto implica algo muy concreto: la reflexión sobre la sociedad, las voces que se expresan comienzan a adquirir, desde muy temprano, una ubicación especial. Aunque tengan contradicciones con el discurso del poder, deben aparentar sometimiento. El que todo lo dicho no corresponda a la realidad de la vida cotidiana es un hecho asumido. Esto implica una tendencia a discutir mucho sobre la doctrina y poco sobre la realidad. Este mundo inexpresable en el discurso no corresponde solamente al mundo del oprimido. No me estoy refiriendo aquí a los fenómenos de resistencia al estilo de lo que plantea Scott (1990). Gran parte de lo que no puede ser dicho

³⁵ Hay trabajos que describen esa estrecha interrelación de símbolos entre el hacendado y los indígenas; el más clásico es el de Guerrero (1995).

es el *ethos*, el comportamiento, las reglas de valoración de los propios poderosos. Es su realidad la que no puede ser expresada. Esto marca algo más que una simple inconsistencia en el ordenamiento jurídico: nos muestra que cuando no tenemos la posibilidad de cuestionar en el discurso aquello que nos parece inadecuado, lo que hacemos es simplemente diluirlo en acciones de incumplimiento. No refutamos las normas en el debate sobre ellas, sino en su ejecución.

Las sociedades americanas prehispánicas seguían existiendo atravesadas por conflictos agudos, pero la posibilidad de que estos sean pensados expresamente, hablados, se encontraba mutilada. Se hacía necesario, entonces, elaborar un pensamiento no explícito. En él se podían expresar muchas de las realidades de las dinámicas sociales a través de los hechos, las connotaciones, las representaciones, y no necesariamente a través de las argumentaciones. Pero este reino de las ambigüedades también es una forma de ejercicio del poder, en concreto de un poder esencialmente personal o de alianzas grupales. En ello se producen otros discursos que, si bien no se registran en el mundo oficial, están presentes en el funcionamiento cotidiano.

El contenido de ese pensamiento es, en gran medida, el pensamiento sobre el poder y, en este caso, sobre el “extranjero” que lo detenta. Es, en cierto sentido, el conjunto de atributos que se le asignan y, con mucha frecuencia, está marcado por una enorme ambivalencia. El extranjero (tanto inca como español, y luego inglés) es el vehículo de un poder supralocal. Es el representante de esa circulación de recursos que cada vez asumen un rol más determinante en el mundo político. Es la puerta de acceso a recursos escasos, nuevos, poderosos. Pero al mismo tiempo representa la violencia, la ruptura de los pactos de reciprocidad que, en general, son la base de toda legitimación monárquica. Los “extranjeros” son egoístas, asociales, sanguinarios y, a veces, llegan a ser vistos como caníbales.³⁶

Este sentimiento parecería ser sencillo y lógico si lo entendemos como algo que se produce entre los dos extremos de la pirámide social; pero en una sociedad atravesada por lo que se llamó las medias castas es complejo, lleno de matices, de sospechas. En esa dinámica, los elementos de los sec-

³⁶ El canibalismo no se refiere exclusivamente a devorar carne humana; en algunas versiones se acusaba a los españoles de sacar del cuerpo de los indígenas remedios para venderlos en Europa.

tores más europeizados pueden ser vistos no ya en su contenido concreto, sino desde la perspectiva de lo que significan en el ordenamiento social. Hablamos, entonces, de la jerarquía y no del origen.

Esto es perfectamente aplicable a elementos culturales e ideológicos de dichos sectores, entre ellos la ciencia y, de alguna manera, la religión. La pretensión académica significa, así, algo más que lo que lo académico y científico pretenden ser. Se trata de señales de ubicación en una estructura social. Son un símbolo por excelencia de esa fuerza y poder externo. Esto lleva a que lo académico tenga sobre sí cargas que van más allá de su capacidad de elaborar el discurso que la sociedad hace sobre sí y sobre la naturaleza. Lo académico representa el poder y, por lo tanto, se lo odia y desea.

Existió otra forma de armar el pensamiento desde la propia sociedad: fueron los grupos que lograron mantener su independencia y su autonomía. Esto no significa que no fueran impactados, pero hubo muchos grupos humanos en América que lucharon, muchas veces de manera sangrienta, para mantenerse al margen de la dominación. Allí están araucanos y todos los grupos amazónicos no misionarizados. Ya en otro estudio (Bustamante 1988) proponía, para el caso del pueblo shuar, que la cultura descrita por etnógrafos del siglo XX no era la original, sino aquella que surgió del contacto y que les permitía mantener su independencia.

Pero tampoco esto es absoluto. Muchos de los pueblos guerreros desarrollan una actividad de comercio con el mundo controlado por la sociedad virreinal. Saignes (1986) presenta un estudio contundente sobre las complejas dinámicas de alianza y conflicto en el caso chiriguano (retomaré más adelante esa descripción para abordar esos territorios desde el punto de vista espacial). Este caso y otros nos muestran la posibilidad de una subsistencia subordinada —con altos grados de independencia— que se inclina hacia la rebeldía. No obstante, es claro que hay algún tipo de elaboración y manipulación del discurso cristiano ibérico. Aun cuando los pueblos indígenas optan por el camino de la rebeldía, con mucha frecuencia organizan sus propuestas mediante una reelaboración de los elementos de los dominadores. Allí están los diversos mesianismos amazónicos que se proclaman como nuevos cristos o los hermanos de Jesús (Santos Granero 1993). Una

vez que se conforma la sociedad colonial, no es posible criticarla sin usar o sin acceder a los instrumentos conceptuales que esta elabora.

El cristianismo en su expansión muestra éxitos y debilidades. Su capacidad de mezclarse es al mismo tiempo las dos cosas, su fuerza y su punto flaco. Lógicamente, es también parte de su fuerza el respaldo de las armas, pero no por ello se deben desconocer dos elementos adicionales que lo hacen atractivo. El primero: una creencia y también un lenguaje, que permite la comunicación con los vencedores y con el aparato estatal efectivamente instalado en las esferas políticas de la nueva sociedad. El segundo elemento: su contenido humanista probablemente tiene capacidad de atracción en un contexto de cataclismo institucional e ideológico.

Lo ideológico es un aspecto de la vida social que influye toda la dinámica del poder y repercute en la orientación general de la marcha imperial. La religión es la que permite la aglutinación y el esplendor de los momentos iniciales de la Casa de Austria, pero es también un factor que le quita flexibilidad. La represión se hace parte del tejido social y muchos años después, cuando la dinastía de los Borbones busca con Carlos III reformar y modernizar el Imperio, logra abrir puertos y multiplica los flujos comerciales; pero lo que no puede es abolir la Inquisición o eliminar la represión.

La ideología religiosa imperial tiene muchos elementos y varias coyunturas. La lucha contra los musulmanes es central, como hemos visto, en los primeros momentos y se manifiesta en todo el siglo XVI. La defensa de Viena frente al asedio otomano (1529) y la Batalla de Lepanto (1571) son dos momentos importantes. Es también parte de esta ideología imperial toda la discusión humanista, que se manifiesta en el debate jurídico y en las aspiraciones a una comunidad universal. A finales del siglo XVIII comienza a delinarse una problemática distinta: surge por primera vez la idea de que los reinos de América podían ser pensados como colonias o, en otras perspectivas, como una comunidad de naciones con un solo soberano. Surge una ilustración española, y parte de ella es una ilustración americana.

En cuanto a la organización del espacio, el Imperio tiene también varias formas de estructurarse. La situación precedente es de un conjunto de espacios agrícolas que manejan los recursos en un ámbito local, con mucho detalle en el conocimiento de las particularidades de cada valle o colina.

Estos se articulan entre sí en dos ámbitos: el primero, todavía local, que implica el acceso a recursos de pisos ecológicos distintos; y el segundo, que interconecta superficies mayores, controlado por la administración del Imperio inca. Los españoles entran a ocupar estos espacios, aquellos de valor político ceremonial, que son articulados por el sistema político de la comunicación estatal. En un inicio, lo hacen con muchos territorios subordinados a sistemas políticos que siguen funcionando, lo que permite, por ejemplo, el surgimiento de la sublevación o la reorganización de una unidad política inca con Túpac Amaru I (1572).

El virrey Toledo representa un momento temprano. Marca cambios con las reducciones de indios (1550) que rediseñan la estructura del espacio. Estos reasentamientos mezclan familias, las fijan en el territorio y crean una situación en la cual las posibilidades políticas de los líderes indígenas están sustancialmente restringidas a sus relaciones con los intermediarios de los blancos. El espacio se hace bicultural: una cultura en las ciudades, en la administración, y otra en el campo. Sin embargo, así como el poder urbano llega a través de *curacas* y curas a todos los pueblos indígenas, asimismo lo indio, a través de sirvientes y de sus productos, llega y permea toda la vida urbana. El dualismo cultural es fuerte, es una oposición que organiza al conjunto de la sociedad y su espacio. Más aún, ya desde Toledo se hace evidente que esto no es solamente una reorganización política. Se trata del sistema de flujo económico, porque todo el sistema se basa en el trabajo indígena; su control y su distribución son las claves de toda la economía colonial.

En la organización social se refleja el dualismo ideológico descrito. Incluso la política real obligaba a separar las residencias de españoles de las de los indígenas. Los agentes del Estado eran el cura y el *curaca*, este último una autoridad indígena que hacía de vínculo con el poder y que organizaba la provisión de mano de obra para los españoles. Esto implica una organización dualista del espacio: el espacio local, que es el espacio indio, y el espacio del poder, que se centra en las fundaciones españolas pero que articula los elementos de lo cotidiano. El espacio indígena es inicialmente rural y disperso, pero con las reformas del virrey Toledo, en 1551, se organizan los poblados que crean, así, un claro eslabón intermedio, que de

alguna manera se asemeja a la estructura más concentrada de los poblados europeos.

Con estos elementos se puede sintetizar lo sucedido: un cataclismo a nivel humano y social que se desarrolla en medio de conflictos exacerbados. Las tecnologías de muerte preexistentes en América se potencian, y en ello juegan un rol decisivo, en primer lugar, los elementos tecnológicos nuevos, pero sobre todo la nueva realidad política. Dicha realidad articula los acontecimientos americanos a una valoración europea del oro, y a un sistema político que logra, sorprendentemente, establecer un relativo monopolio en el ejercicio de la violencia abierta. De este modo, logra establecer un orden donde la violencia es cotidiana, pero de intensidad menor.

Este es el momento para explicar cómo me ubico en las discusiones sobre lo que fue la conquista de América (en ese entonces conocida como el Perú). El debate tradicional sobre este acontecimiento ha consistido en oponer la narración civilizadora del proceso de conquista a la denuncia antiimperialista, que a ratos ha llegado a conformar la llamada “leyenda negra” de la conquista americana. No es este el espacio para discutir los límites de este debate mal propuesto, pero sí replantearé el tema a fin de sentar las bases para el proceso que describiré luego.

La conquista de América fue un hecho imperialista, no cabe duda; pero no creo que conduzca a ninguna comprensión del proceso trasponer los criterios éticos y morales del siglo XX o XXI a la comprensión de hechos ocurridos en otro contexto sociocultural. Ese hecho, entre los miles sucedidos en la historia europea, americana y mundial, ha tenido consecuencias y repercusiones especiales y singulares. Revisemos algunas perspectivas relevantes. La primera es la de Todorov (1984) quien básicamente nos muestra que los occidentales no llegan a ser realmente occidentales sino después del contacto con el Nuevo Mundo. Esta perspectiva es muy similar a la que Turner toma de Mignolo (2000). Es su mérito rescatar las dimensiones relacionales de los procesos históricos. Esto ya ha estado presente en las versiones menos mecánicas de la teoría de la dependencia. Se trata de mostrar que la condición previa del desarrollo europeo fue el montaje de un sistema mundial.

Es necesario asumir que los hechos imperiales, las conquistas, con todas sus consecuencias, habían venido existiendo durante miles de años. Unos pueblos saquearon a otros, acumularon riquezas habidas por la violencia, usaron el trabajo de otros, los convirtieron en tributarios o en esclavos. Lo que sucede con el descubrimiento y conquista de América es algo que, si bien no es nuevo, producirá una realidad diferente y nueva. La novedad no radica ni en la violencia ni en la crueldad ni en la imposición de nuevos dioses.

Dos elementos deben ser considerados al respecto: en primer lugar, aquello que se saquea en un primer momento, y que luego es el eje de una producción masiva, no es un bien directamente utilizable, ni siquiera una mercancía de amplia aceptación en América. En efecto, se trata de la mercancía más especial, un medio de pago universal, pero en Europa, y en cuanto tal, está haciendo referencia a la necesidad de un mercado. La plata americana no vale si no es por la existencia de muchos mercados que la usan y eso, a su vez, involucran a los mercados, tanto europeos como extraeuropeos (Medio Oriente y China), en esa dinámica que crece.

En segundo lugar, esta expansión se realiza en el contexto de un horizonte planetario. En efecto, a pesar de que todavía queda mucho por descubrir, se puede establecer, por primera vez, la dimensión del mundo, es posible plantear y pensar el poder y el transporte en el ámbito planetario. Los conquistadores, —que operan como uno de los eslabones de este proceso— también experimentan una transformación. Dicha transformación hace que la violencia, la dominación que se establece en ese momento, tenga un carácter y consecuencias inéditos. Según Todorov (1984), la transformación consiste, en gran medida, en despojarse de las propias concepciones o una buena parte de ellas. El referente ideológico de una lucha por la cristiandad se aleja, se debilita y se reduce a la conciencia del poder del oro en ese mundo del cual provienen. Pueden ver y hasta entender que sus adversarios actúan con lógicas simbólicas, rituales, de las cuales ellos pueden estar totalmente libres. Mientras los indígenas se debaten para entender el significado, o para darle un significado a esa confrontación, el europeo solo está obligado a pensar en el éxito de la misma. La manifestación más evidente es que el contenido ritual, mágico y simbólico de la

guerra para los americanos de las sociedades imperiales los impulsa a adoptar un comportamiento militar que, en muchos casos, no solo es altamente previsible sino, además, fácilmente desbordable. El europeo no puede usar los esquemas de su sociedad porque esta lógica no funciona entre los que deben ser conquistados; por ello se le abre la posibilidad de salirse de los esquemas previos. Con esto elabora una racionalidad más cercana a lo que luego se llamará la racionalidad instrumental.

La diferencia fundamental radica en mi lectura de Todorov, en que el mundo europeo logra distanciarse de una confrontación simbólica con el otro para proceder a la manipulación simbólica del otro. La confrontación que el mundo cristiano desarrolla, sobre todo con el mundo musulmán, es muy cercana, por cuanto estas dos civilizaciones usan referentes griegos, latinos y hebreos. El problema consiste, en parte, en demostrarle al otro la falsedad de su interpretación de elementos que son comunes. Desde este punto de vista, la cercanía del mundo islámico es tan grande con el mundo cristiano que los moros son calificados de herejes, no de paganos, como correspondería a alguien que desconoce totalmente los principios civilizatorios de la Europa medieval.

El mundo cristiano que conquista América carga una larga experiencia de confrontación con “otros”. El musulmán es la referencia más evidente; con él existe una relación compleja y larga: el sistema del conflicto se ha armado gradualmente. En el contacto con América, nada de esto se ha producido. El proceso de madurar y crear, conjuntamente, el antagonismo no se ha dado. Las enemistades y oposiciones en el campo ideológico no están organizadas y, en este sentido, se produce con dramática fuerza un fenómeno que no es raro, pero que aquí tiene un significado enorme: las dos partes en conflicto no están peleando la misma guerra.

La perspectiva americana consiste en tratar de reconstruir un orden del mundo averiado. En este esfuerzo se intenta incorporar a los personajes recién llegados a la visión de un universo cognitivo previo. ¿Son estos los dioses que deben venir desde el otro lado del mar? ¿Son estos designios ya previstos en los esfuerzos adivinatorios? Los europeos, en cambio, se dan cuenta rápidamente de las oportunidades políticas totalmente nuevas. Para ello desarrollan un activo esfuerzo de traducción, que

no es la traducción del gramático³⁷ sino la del espía, la del informante, la que crea la cadena de poder. En esta dinámica se llega a un nivel máximo cuando se establece que en la relación con el otro no hay límites, cuando todo está permitido.

Los fragmentos operativos del mundo americano son percibidos, entendidos, utilizados. El mundo americano ha desarrollado formas de vivir la agresión, la violencia, la tortura y el terror, pero con un contenido casi “sagrado”. Al participar en el intercambio de violencia y muerte están siendo parte de un orden. El conquistador entiende, en parte, los mecanismos políticos del lenguaje del terror y se deja poseer por ellos, pero sin referencia a un orden o a un significado de esas muertes.

Los españoles, y esto es especialmente relevante para Cortés y Pizarro, son políticos perceptivos que, gracias a la colaboración de un Felipillo o una Malinche, intervienen en la política local sin entender completamente los sistemas de significados, pero operando eficientemente con los signos. Descubren que pueden manipular las predicciones sin necesidad de entender el mundo en el cual estas tienen sentido. La interacción con el otro y el conocimiento de sus culturas, se desarrollan desde un enfoque en el cual es posible comparar, describir todas las particularidades y operar sobre todas ellas desde la perspectiva de la superioridad. Dicha perspectiva permite al conquistador moverse en la cultura de ese otro que, en cambio, no entiende ni conoce la del europeo. El conquistador es competente para entender, en un ámbito operativo, las particulares culturas de los otros y jugar en ellas sin necesidad de tener ninguna fidelidad con las mismas.³⁸ Incluso

37 Es interesante la dicotomía que Todorov presenta entre la traducción de Sahagún, el gramático que estudia náhuatl y enseña latín a los indios, y la traducción de La Malinche, que es más una intermediación en la manipulación del poder que una creación de la mutua comprensión.

38 Si comparamos esto con las cruzadas, otro intento de expansión imperialista cristiana, veremos que en los dos casos los conquistadores europeos rompen las capacidades de defensa de las sociedades que son invadidas. Pero, por diversas razones, la avasalladora ofensiva en Medio Oriente es frenada. Se produce luego un estancamiento en el cual los cruzados sobreviven y se mezclan con la compleja política de Medio Oriente, para que en un determinado momento la rearticulación del poder promovida por el general kurdo Saladino termine arrinconándolos, de manera tal que la expulsión no tarda. En América las etapas iniciales son parecidas, con una conquista avasalladora. Pero en el momento de la vinculación con la dinámica política local vemos ya un cambio. Para el cruzado el vínculo con su patria original es políticamente menos restrictivo y, desde el punto de vista militar, solo un factor de esperanzas. Pero para el conquistador americano, el vínculo con Europa es el límite político por excelencia y, desde el

actúa sin mucha fidelidad con su cultura original, pues está creando una nueva: la del conquistador.

La dinámica de este proceso pronto llega al punto en que los conquistadores entienden el enorme poder que tienen sobre una sociedad que ha sido conquistada y dominada por su astucia, por su hábil manipulación de las ventajas tecnológicas y de la interpretación militar de los signos de los otros. Como consecuencia, asumen el paso lógico de convertirse y proclamarse reyes soberanos de los nuevos dominios. Esta es la actitud de Pizarro, en cierta medida de Martín Cortés y también de figuras más oscuras como Lope de Aguirre. Sin embargo, todos ellos caen bajo las armas de la monarquía española.

Lo que propongo es que la misma lógica que crea en Medio Oriente un episodio transitorio a pesar de ser más allá de secular,³⁹ en el caso de América da origen a algo sustancialmente diferente. La ocupación europea directa no solo dura más de tres siglos, sino que aún hoy las sociedades americanas hablan mayoritariamente idiomas europeos. Con las cruzadas hubo un grado de reversibilidad que no encontramos en la historia americana. Incluso la Independencia no fue el regreso a la tradición autóctona, fue la pretensión de crear otros Estados europeos.⁴⁰

¿Qué es lo que determina este cambio? En realidad, Todorov no explica la revolución moderna engendrada por Colón, simplemente la describe. Para intentar explicarla se podría recurrir a Diamond (1998; 2007), quien propone lo que a primera vista puede parecer un determinismo ecológico. Sus argumentos son básicamente dos. En primer lugar, un conjunto de

punto de vista militar, su dependencia y punto débil. Los reinos cruzados de Medio Oriente recurren en ciertos momentos a la búsqueda de refuerzos occidentales, pero subsisten basándose en la capacidad de esas sociedades para generar recursos y, de manera muy especial, en su capacidad para generar réditos del comercio. Su gestión política se sustenta en complejas relaciones de alianzas con el cristianismo de Constantinopla, con el cual no faltan conflictos y rivalidades, pero también en curiosas alianzas con varios de los bandos en conflicto en el mundo árabe. En América, la dependencia de una tecnología y de una organización provista desde Europa es enorme.

39 Se podría cuestionar la transitoriedad del conflicto Occidente-Oriente en Medio Oriente. Tal vez el fenómeno de los reinos cruzados sigue expresándose hoy día de otras maneras. En todo caso, el dominio real de los cruzados en Tierra Santa no es efímero pero sí transitorio, aunque la estructura de ese conflicto pueda prolongarse por más de mil años.

40 Y esto a pesar de la búsqueda de raíces prehispánicas para consolidar las imágenes de los nuevos Estados americanos.

condiciones naturales y evolutivas dotó a las sociedades euroasiáticas tanto de los recursos como de las condiciones de competencia para generar una capacidad agresiva, incomparablemente mayor que la que se desarrolló en las sociedades americanas.⁴¹ El segundo componente es una explicación evolutiva del fenómeno epidemiológico ya descrito. Según Diamond, la larga domesticación de animales de grandes dimensiones genera en el mundo euroasiático tempranas epidemias que seleccionan cruelmente a estas poblaciones. No obstante, al mismo tiempo las hacen portadoras de patógenos que les dan una descomunal fuerza frente a las poblaciones que no han sido expuestas previamente a esa dura selección. Adicionalmente, esa domesticación las dota de fuentes de energía que son otra ventaja en cualquier confrontación con otros pueblos, especialmente la tecnología militar del caballo que proporciona una indiscutible superioridad en movilidad, fuerza y velocidad.

Junto a ciertos visos de un determinismo ambiental y geográfico, hay otros elementos. En efecto, aunque no sea muy explícito, Diamond plantea un problema sobre la evolución y, por lo tanto, la historia de la especie humana. Más allá de las determinaciones ambientales que Diamond propone, hay ciertas consecuencias en toda esta dinámica. La especie humana es un todo en el cual circulan virus, bacterias y protozoarios patógenos. La evolución o el destino histórico de cada parte de esa especie dependerán, en lo fundamental, de su forma de articularse a este todo. Así, los seres humanos siempre hemos estado globalizados, con ritmos distintos, es cierto, y en períodos evolutivos cortos en los cuales ciertas poblaciones se han aislado. Pero tales temporalidades no han sido muy prolongadas respecto de la dinámica de especie. La población americana, que hoy se estima llegó a este continente hace unos 16 000 años,⁴² no ha tenido ni tiempo suficiente para aislarse, ni ha sido su aislamiento tan radical como imaginamos. Hoy sabemos que las poblaciones esquimales llegaron a América unas centenas de años antes que los “conquistadores” europeos, y aparentemente man-

41 Parece que esto, sin embargo, contradice lo que Diamond mismo argumenta respecto a los vikingos que habrían sido arrojados de América por los indígenas americanos.

42 Esta cifra es cuestionada por muchos autores que hablan de 40 000 o más años (Coppens, 2009).

tuvieron contacto con sus poblaciones originales en Kamchatka y Siberia. Existen además otras fuentes de información que permiten concluir la altísima probabilidad de contactos transpacíficos y transatlánticos.⁴³

Esta perspectiva puede proporcionar una visión según la cual la dinámica de nuestra especie, su historia y evolución han estado marcadas por la posibilidad de usar la información que nuestra especie va construyendo y acumulando. Los patógenos son parte de nuestra evolución, poder procesarlos es una capacidad crítica para nuestro proceso evolutivo. El hecho de que seamos una especie significa que la posibilidad de que una población sobreviva depende de su capacidad para interactuar en el mundo de esta especie. Esta interacción implica varias opciones: la de aprovechar las oportunidades que en ese mundo surgen, la de defenderse de los riesgos que allí se han generado y también la de ser capaces de establecer controles sobre las interacciones, de manera que sea posible disminuir los riesgos. Los patógenos nuevos eran parte del mundo humano, puesto que todos somos pequeños complejos simbióticos que llevamos por el mundo, además de nuestros genes, un conjunto amplio de otros, simbioses patógenos y parásitos. La imposibilidad de procesarlos o de aislarse adecuadamente de ellos tuvo consecuencias catastróficas.

De aquí surge una comparación que puede tener un valor superior al simplemente metafórico. ¿No sucedió en el ámbito cultural algo similar a lo que sucedió en el ámbito inmunológico? También en este ámbito los pueblos americanos no alcanzaron, oportunamente, a procesar la información que les llegaba. Y esto no tanto porque carecieran de datos, sino porque lo que estaban enfrentando cabía demasiado fácilmente en sus estructuras mentales, en los argumentos de sus mitos. La predicción de dioses barbados en los Andes y del cataclismo cíclico en Mesoamérica eran confirmados, no era necesario cambiarlos, y eso significaba una condena a la sumisión.

Surge de esta idea la necesidad de comparar lo sucedido con China y con Japón, dos sociedades que también se enfrentaron al mundo europeo

43 Una de ellas es la presencia de haplogrupos mitocondriales y del cromosoma, que se consideraban exclusivamente del Viejo Mundo en poblaciones indígenas americanas (ver <http://www.genbase.com>).

pero con resultados sustancialmente distintos. Las explicaciones de ese destino diferente son varias. Retomando la preocupación biológica-evolutiva de Diamond, ellos estuvieron mucho menos aislados de los europeos, desde el punto de vista microbiológico. De la misma manera, compartían con los europeos, si no los precedieron, el uso de algunas de las tecnologías clave, como caballos, pólvora y escritura. Ese contacto no desarticuló sus sociedades ni sus intelectuales. Lograron mantener un sistema político y cultural en funcionamiento. Se cerraron en más de una ocasión, y se han abierto con la capacidad de procesar la dinámica del mundo.

Pero propongo otra perspectiva que no se refiere tanto a cómo el contacto crea algo nuevo, el mundo moderno según Todorov, ni cómo estas dinámicas son elementos de un proceso más global de nuestra especie. Propongo una dimensión poco abordada, que consiste en ver la conquista de América a través de ojos americanos que no sean necesariamente ni míticos ni maniqueos. La pregunta que formulo es: ¿Se puede pensar, entender lo que fue la conquista, desde un punto de vista que privilegie comprender la dinámica de las sociedades americanas?

Exploro qué sucede si no se parte asegurando que la catástrofe de la conquista fue algo parecido a un meteorito destructor que todo lo terminó. Al contrario, propongo, como punto de partida, que las sociedades americanas venían evolucionando, cambiando, y que parte de este proceso es entender cómo las dinámicas las llevó a una situación específica en el choque de la conquista y, tal vez, a ciertas formas de evolución y continuidad, que no fueron solamente de repliegue, en la historia posterior americana.

No estoy en condiciones de reflexionar sobre todo el continente americano, pero es claro que, desde el punto de vista político, las sociedades más complejas eran las mexicanas y las andinas. Voy a referirme exclusivamente al mundo andino. Si se pretende entender cuál era la dinámica de esa sociedad, la respuesta que conocemos es doble: una expansión vertiginosa y violenta de un Imperio ligada a una guerra de sucesión. Pero ¿qué subyacía a este proceso? Plantearé solamente dos puntos de los varios posibles.⁴⁴

⁴⁴ Algunas ideas sobre esta politicidad pueden consultarse en Ramón (2001).

Recordemos que la expansión inca supuso cambios (Bray 2003). El dominio inca diversifica estilos, pero unifica procedencias. Crea espacios más autónomos en el ámbito de economía local, pero más abiertos en el ámbito de símbolos. Por otra parte, los estudios de las estructuras sociales del mundo inca enfatizan un sistema de complementariedad vertical no comercial en el sur (Murra 1972), y de *mindalaes* o comerciantes adscritos a los caciques, en el norte (Bray 2003; Salomon 1980).

En el sistema sureño, el Estado, a través de su control del mundo de los símbolos, de la política y la religión, tiene las llaves de los flujos interregionales. El sistema norteño parece haber obedecido a una gama más variada de iniciativas que se dedicaban a esta actividad de “comercio” entre pisos ecológicos. Más allá del comercio controlado por los caciques, existía una actividad de contactos y manipulación de parentesco (matrimonios y préstamos de hijos) interregionales en todos los estratos sociales.

El modelo inca sustituye el comercio por la presencia de especialistas importados que abastecen de los productos refinados. Pero el gran cambio consiste en que toda esta dinámica ya no está controlada por cacicazgos locales sino por una red de autoridad imperial. En esta articulación, el comercio que se mantiene y se produce está orientado sobre todo a los bienes suntuarios, a los relacionados con símbolos del poder o de culto. Son, por ejemplo, las plumas provenientes de la selva, la coca de un piso ecológico medio, lo que significa que el comercio tiene una relación directa con la dimensión político-religiosa del Estado. A esto se pueden agregar algunos elementos sobre cuál es la dinámica de expansión imperial. El contacto con los pueblos vecinos incluía la exhibición de recursos exóticos que el Imperio recogía de sus amplias redes comerciales. Al mismo tiempo se interfería y eliminaba el comercio independiente. Se proponían alianzas personales a caciques. Y cuando algún conflicto interno lo permitía, las tropas cuzqueñas pasaban a controlar los pasos que conectaban los valles, para terminar invadiendo. El enfrentamiento militar, que aparentemente podía ser bastante sangriento, no constituía sino una etapa a la que luego, al menos en la ideología indígena, sucedían otras dinámicas a través de matrimonios y cierto mestizaje. ¿Qué implica esto respecto a la producción misma? Mucho y poco, sería la respuesta. Poco en el sentido de que la

economía regional se mantiene y hasta se refuerza, y mucho en el sentido de que esta economía local se modifica en torno a la inclusión de los elementos foráneos (tanto productos como productores).

Esta primera modificación implica una segunda: el ámbito de los recursos suntuarios se activa. En gran medida, el ejercicio de dominación político-ideológica reside en el control de los productos exóticos. Esto exige como contrapartida una necesidad de incentivar la actividad económica a través de la provisión de trabajo adicional para producir esos bienes (producción local de cerámica inca). Esto se llevó a cabo posiblemente a través de *mitimaes* (población inmigrada) y también al construir ciertas obras de infraestructura (riego), diversificar cultivos y aportar ganado (llamas). Esta forma de expansión, que permite integrar unidades preexistentes en un nuevo modelo político, parece haber funcionado de una manera eficiente al haber permitido una rápida expansión del Imperio.

Llama la atención la magnífica preparación, desde la perspectiva española, de los conquistadores. Se encuentran en condiciones de multiplicar muchas veces el impacto de los bienes controlados desde el exterior y de su nueva tecnología. La llegada ibérica no hace sino potenciar, varias veces, los desequilibrios entre la esfera ritual religiosa y política, que vigila las conexiones en el espacio, la ideología y los productos escasos, y que domina y controla a la esfera local, comunitaria y doméstica que provee de alimentación y mano de obra.

Vistas así las cosas, la conquista española es, en cierta medida, la continuación lógica de la evolución iniciada por el incario. Con esto destaco que la lógica previa siguió existiendo, siguió desplegándose, aunque acelerada por el incremento del desnivel tecnológico. Desde este punto de vista, es creíble la perspectiva justificadora que los españoles enarbolaron, según la cual ellos sustituyeron al inca en su rol social. No debemos olvidarnos de que, en muchos aspectos, los conquistadores continuaron y llevaron a nuevos ámbitos la tarea de *quichuización* del mundo andino. Esta perspectiva, cuyo propósito es el de recuperar elementos de continuidad en la sociedad, en el poder de las sociedades andinas, no debe hacernos perder de vista otros cambios que sí sucedieron: la catástrofe demográfica es un elemento. Probablemente existieron otros; solo menciono como hipótesis dos de ellos.

La guerra andina prehispánica tiene manifestaciones de crueldad.⁴⁵ Pero lo revelador es que el genocidio aparece en los dos bandos de la guerra de conquista. Lo extraordinariamente raro en situaciones premodernas es que, como consecuencia de la guerra, se sacrifiquen a mujeres y niños. Esta idea, que sí está presente de manera excepcional en la tradición judeocristiana a través del concepto de anatema,⁴⁶ es totalmente opuesta a la tradición andina, que tiene en sus dispositivos ideológicos un recurso que “repara” la violencia de la guerra: se trata de la alianza con las mujeres de los vencidos, del matrimonio con las viudas y las huérfanas de los derrotados. En este sentido, propongo que la modificación que se produce en ese momento, la explosión genocida de crueldad, es una consecuencia de la ruptura de los límites culturales que en las dos tradiciones enfrentadas acotaban el lugar de la violencia. En las dos culturas, la guerra tenía como límite el objeto mismo sobre el cual se combatía, que en términos generales era el reino a ser dominado, su población. La dinámica del botín, la que permite destruir a la otra sociedad para quedarse con los despojos, puede ser muy fuerte cuando el valor de lo que se puede pillar es tan alto como fue.⁴⁷

Otra dimensión de lo que sucedía con el Imperio incásico también nos puede dar luces sobre cómo la conquista española rompe y también continúa dinámicas anteriores. A la llegada de los españoles, el Imperio incásico acababa de pasar por una fuerte guerra de sucesión. En ella, dos hijos del emperador se enfrentaron y uno fue ejecutado. Las versiones que tenemos de los hechos están fuertemente ideologizadas por interpretaciones cargadas de intereses de otro universo temporal. Pero algunas afirmaciones sí parecen ser objetivas: el inca vencedor fue un mestizo. Este inca, al que algunos de sus adversarios calificaban como usurpador, no pertenecía, de

⁴⁵ Por ejemplo, a pueblos como los caranqui se les llama ‘huambracunas’, es decir, muchachos, puesto que todos los adultos habían sido sacrificados después de la derrota frente a las fuerzas incas.

⁴⁶ Anatema en la versión judaica era la orden de matar a todos los vencidos, sean mujeres o niños, y se profería contra pueblos impuros.

⁴⁷ La dinámica del exterminio surge del lado europeo, cuando interesan más los recursos que la población. O cuando se usa el terror como arma política. Del lado indígena, en el cual también existieron episodios en los cuales los generales de la resistencia inca mataron a toda la población que no podía unirse a la resistencia, necesitamos unas explicaciones diferentes. Una de ellas podría ser la misma dinámica del terror, pero podría también influir el fracaso de los mecanismos matrimoniales para renegociar un acuerdo con los conquistadores, lo cual dejó sin salida a una parte de las elites incas.

manera completa, a la nobleza más privilegiada; su origen era una clase o, mejor dicho, una categoría de parentesco producida, de manera sistemática, por la dinámica de alianzas que era política. El inca vencedor era nieto de un conquistador y era derrotado por las tropas imperiales (el padre de su madre). En este sentido, también la madre de Atahualpa perteneció a uno de los grupos vencidos.

Zuidema (1989) describe las contradicciones intergeneracionales del sistema de parentesco inca. Pero lo que interesa aquí es que esa categoría, la del mestizo inca pero también provinciano, era parte necesaria y creciente del sistema imperial en marcha. La ideología de una nobleza endogámica está en contradicción sistemática con las necesidades de la política, puesto que también se requería de las articulaciones de los pueblos vencidos. Para hacerlo, tenía como instrumento fundamental el matrimonio con las mujeres de los pueblos conquistados, de lo cual Atahualpa era un testimonio vivo.⁴⁸

El resultado es una sociedad dominada por una élite de origen lejano, casi divino, pero que se desposaba con las mujeres de los diversos clanes y pueblos vencidos e integrados. Esta descripción corresponde tanto al modelo inca como al modelo de dominación español, que luego lo veremos repetirse en el proceso de la Independencia. Los conquistadores, al igual que los incas, se casan con mujeres de los pueblos conquistados y con ellos forman la nueva clase dominante, la nueva cúspide de la estructura social.

Esto lleva a un momento adicional: cuando los conquistadores entienden que han vencido dentro de esta lógica imperial andina, deciden dar un paso más y tomarse en serio su victoria, lo cual implica asumir, de manera total, su sitio de nuevos emperadores. Se proclaman reyes de las sociedades conquistadas, soberanos y no simples generales de un rey lejano. Es el caso de la sublevación de los encomenderos que ya he mencionado.

En este momento fundador de la Hispanoamérica andina se establecen elementos importantes para este análisis. El primero es la evolución y potenciación que ha tenido el rol de lo exótico. Se combina y refuerza el

⁴⁸ El trabajo de Miño (1994), que propone para la organización del espacio urbano del Cuzco una categoría de los linajes provenientes de estas uniones, corrobora la importancia de las estrategias políticas de mestizaje en el incario.

papel práctico, que se podría llamar objetivo, de los bienes importados con una dimensión simbólica que se relaciona con el poder, con la legitimidad.

El siguiente elemento se refiere a la dificultad que tenemos para entender la cultura que había sido derrotada. A diferencia de lo que sucedió con los europeos que se expandían en el Nuevo Mundo, las culturas y civilizaciones dominadas en América, especialmente en los Andes, no contaron con suficientes instrumentos de registro y documentación de sus puntos de vista, de su pensamiento. Me refiero al problema de la debilidad o carencia de escritura. En la expansión hacia el mundo asiático, los europeos se enfrentaban a una sociedad tanto o más literata que ellos. Por eso uno de los bienes a los cuales accedieron en la conquista de la España árabe fue el testimonio de su propia herencia: los textos de Aristóteles. La traducción de esos textos fue una necesidad evidente y auspiciada por el poder. En el caso de América, los europeos no encontraron una documentación que pudieran reconocer como textos, como libros. Las formas de escritura americanas, los jeroglíficos mayas o los quipos incas, no eran reconocidos de manera inmediata como textos, y en muchos casos eran perseguidos como elementos portadores de fuerzas satánicas. Nunca se dio el espacio para un debate escrito entre americanos y europeos (cosa que sí sucedió entre musulmanes, judíos y cristianos).

Pero esta victoria en el terreno del discurso no se corresponde necesariamente con una imposición automática de ese poder europeo en la dinámica cotidiana de la sociedad. Al contrario. Sostengo que el mundo prehispánico subsiste no solamente como relictos en zonas de refugio, sino que en toda la sociedad está presente lo andino. Puede observarse en la comida de los españoles, en la forma de criar a sus hijos, en sus amores y en sus compañeras, en sus cuñados y aliados. De esta manera, el esfuerzo que se crea por organizar un mundo castellano sobrepuesto al indígena es parcialmente exitoso, pues la realidad del mestizaje está siempre presente, no solamente como un accidente del contacto entre esos dos mundos, sino como una necesidad.

El mundo hispanoamericano mantiene, aún en las más hispánicas familias, una dimensión indígena muy fuerte. Esto introduce otra característica del mundo colonial: la fórmula “se acata pero no se cumple” es

una manera de poner en evidencia la distancia gigantesca entre el mundo oficial, que solo se puede expresar en registro hispánico, y la realidad cotidiana, que puede funcionar con gran autonomía respecto al discurso. Sin embargo, a pesar de esa disimulación, de estar oculto, es un mundo poderoso. Es el de las alianzas personales, los parentescos que siguen teniendo un determinante rol en la estructura de poder (Demélas y Saint Geours 1988). La consecuencia más significativa de todo esto es, a mi juicio, que un enorme contenido de la vida social no accede a la elaboración del discurso, sino que fluye a través de la connotación, de los implícitos, de los lenguajes no reconocidos. Esto puede, muchas veces, servir para negar o cambiar totalmente de signo lo establecido en el discurso público. A veces nos encontramos con un discurso que funciona con otra lógica, una lógica del conflicto, de la confrontación con el discurso de la razón reconocida oficialmente. Para ello sus armas no son las de demostrar argumentativamente, sino que se trata, sobre todo, de evidenciar que al discurso de la razón occidental le falta autenticidad. Y lo hace arrinconándolo a vivir en la práctica la negación de lo que predica. Esto se relaciona con la manera en la cual pueden ser asimilados los discursos de la ciencia, y creo que marca la manera en la que por mucho tiempo serán recibidos en estas tierras los representantes del quehacer científico.

¿Colonias doctas?

Una de las características más específicas del proceso colonizador español fue la temprana organización de instituciones educativas. En efecto, la idea de la colonia⁴⁹ para los españoles está organizada mediante un conjunto de presupuestos que pueden parecer contradictorios, pero que en esas contradicciones crean la dinámica de esa sociedad. Pensar que la Corona solo se interesa en extraer los recursos mineros o de otro tipo que pudieran existir en este territorio sería una falsa esquematización y un reduccionismo craso. Pero desconocer que el eje central de la organización económica y política

⁴⁹ Es un hecho revelador que el término “colonia” no haya sido usado por la autoridad española hasta mediados del XVIII; anteriormente eran los “reinos de ultramar”.

radicó en la extracción del quinto real de todo el metal precioso que se encontrase sería desconocer alguno de los hechos más evidentes.

La idea –o en cierta medida la fantasía– de la Corona es construir en América una copia de la sociedad española. Esta sociedad aún no está unificada, pero muestra un eje articulador: la unión entre Estado e Iglesia. Las dos son instancias normativas, determinan qué se debe hacer y, de acuerdo con formas más o menos estandarizadas de procedimientos basados en una cultura escrita, qué se acumula y se registra. El mundo de las letras es parte necesaria de la estructura del poder. Por lo tanto, su funcionamiento requiere, indispensablemente, de la formación y, hasta cierto punto, de la estandarización de funcionarios que manejan tanto el mundo escrito como algunos de sus presupuestos y las bases de la filosofía y la teología. Es por eso que, desde muy temprano, la ocupación y dominación española se preocupa de formar en América los funcionarios para esas necesidades sociales.

En esto el proceso español difiere de lo que sucedía como tónica general en las otras potencias conquistadoras. La colonización portuguesa se inicia con un modelo aplicado a África. En esto se parece a lo que luego fue la colonización francesa: las colonias se desarrollaron al establecer puestos comerciales que actuaban sobre las sociedades circundantes, pero no las reorganizaron sobre el modelo de las sociedades metropolitanas. El caso inglés en Norteamérica o en Australia y Nueva Zelanda, además de ser bastante posterior, se basa en la población migrante, que debe funcionar por su propia cuenta pues hay una menor relación con el aparato estatal. Esta diferencia se sustenta, en gran medida, en el distinto rol jugado por las poblaciones indígenas. En algunas ocasiones fueron los intermediarios en el comercio de productos propios de la zona: es el caso de los tramperos franceses en Norteamérica, los comerciantes portugueses o incluso los caucheros en Brasil. La similitud de estos procesos, aunque en tiempos posteriores, fue identificada en un artículo famoso (Murphy y Steward 1956). El fenómeno de una colonización británica para administrar poblaciones tendría que esperar hasta el siglo XIX con la colonización de la India.

En la América hispana, en cambio, la organización se basó fundamentalmente en la dominación de una población por parte de un Estado. Por la misma razón, se hacía indispensable disponer de los especialistas en te-

mas estatales y eclesiásticos. Por esto, la creación de las universidades en la América hispana es muy temprana. En México, la universidad se inaugura treinta y dos años después de la toma de Tenochtitlán. La de Lima, en cambio, se establece solo diecinueve años después de la “fundación” (toma) del Cuzco por los españoles. Estas dos primeras universidades americanas inician sus actividades el mismo año: 1553. A manera de curiosidad, esto es 147 años antes de que se creara la institución precursora de la Universidad de Pennsylvania, y 226 años antes de que esta sea reconocida como universidad.⁵⁰ Todo ello está relacionado con el hecho de que la colonización española antecedió en casi un siglo a la inglesa.

¿Qué es lo que sucede con esta implantación de la universidad europea, más exactamente castellana, en el nuevo continente? La organización universitaria del siglo XVI está basada en una estructuración muy jerárquica de los saberes. El trivium y el quadrivium se orientan fundamentalmente al tratamiento de las disciplinas de la argumentación, llevan la discusión y el tratamiento de los grandes problemas involucrados en la comprensión del mundo al espacio de la filosofía y la teología.

En Europa, la discusión tiene un dinamismo fuerte por los debates de todo aquello que se relaciona con el Renacimiento. Además, tiene un cierto contenido paradójico, pues mientras se habla de la tolerancia, la realidad política europea se hace sangrienta, no por las guerras, que no son invento nuevo, sino por el desarrollo de formas de persecución interna que se expresan de manera especialmente cruel en las guerras religiosas. En España, que se convierte en la nación más poderosa, se consolida otro hecho: la persecución a los judíos. Muchos son expulsados, otros apresados y no pocos ejecutados. Los judíos en España, como en otros lugares, tuvieron un papel clave en el desarrollo de la ciencia, la filosofía y la cultura. Como consecuencia, en algunos campos esta sociedad se mutiló a sí misma, se amputó intelectualmente. En todo caso, la rigidez se consolida y algunas de las mentes más destacadas, por no renunciar a su fe o a sus convicciones, deben salir de la nación que es entonces la más rica del mundo. Esto determina que el modelo al cual debían ajustarse las universidades americanas era muy

⁵⁰ Esto ya nos plantea algunas paradojas, puesto que si se tratara de tiempo de maduración, deberían ser las universidades de Lima y México las que asesoren a las de Norteamérica.

estandarizado. Adicionalmente, todas las influencias que pudieran provenir de medios extrapeninsulares son fuertemente filtradas o eliminadas. Existen dificultades para que lleguen a América, especialmente si es que no provienen de alguna otra tierra dominada por los Habsburgo. De todas maneras, las tierras de tal dinastía son diversas y ricas intelectualmente.

La situación americana es algo especial. La sociedad vive un conflicto de otro tipo. Hay dos tensiones muy serias. La primera es el conflicto con la cultura preexistente y la necesidad de imponer la ideología, los conceptos de la nueva dominación. La segunda es la permanente tensión entre la Corona y los intereses particulares, a ratos feudales, de los conquistadores. Las dos se resuelven parcialmente. El dominio sobre lo indígena se consolida en impedir que esa realidad se exprese en los medios y mecanismos del lenguaje intelectual y oficial. Como resultado, toda esa realidad queda mutilada; puede seguir existiendo, pero no puede plantearse en la esfera del poder explícito. El conflicto entre la Corona y las élites es una larga historia que termina con la Independencia. El nacimiento de la sociedad colonial estuvo marcado por estos dos conflictos que estarán presentes en las instituciones académicas: cómo dar instrumentos para la prédica de los indígenas y cómo someter a la Iglesia y universidades al control monárquico.

La tarea de adoctrinamiento religioso al mundo indígena se encontrará con la existencia previa de un universo cultural, de múltiples construcciones del mundo. Esto implica que las lenguas indígenas serán un tema relevante, otro elemento que caracteriza a las universidades americanas: en ellas se estudia la gramática de las lenguas indígenas. En este sentido, se retoma un trabajo que ya había sido iniciado por los misioneros: el de tomar contacto con las élites indígenas y registrar el idioma y los acontecimientos previos a la conquista. En este trabajo existe una fuerte inspiración clásica. Así como el Renacimiento implicó la revalorización de la historia antigua, en América se manifiesta un esfuerzo por averiguar y documentar o inventar una historia antigua de estas sociedades americanas.

En el caso de Bernardino de Sahagún, el esfuerzo lleva a la producción de los códices. En ese proceso una élite —conformada por intelectuales indígenas— registra su visión. Este esfuerzo de extraordinario valor, sin embargo, tendrá una ruptura. El trabajo comienza a ser objeto de sospechas y es frena-

do. Si bien no tuvo el reconocimiento oportuno, sus consecuencias fueron sólidas. A nosotros nos ha legado una ventana de imponderable valor para conocer el mundo náhuatl. Tal vez más significativo aún es que la generación de intelectuales indígenas allí formados, capaces de comunicarse y escribir en castellano, náhuatl y latín mejor que la mayoría de los conquistadores, fue central para que se mantuviera, por cierto tiempo, un esfuerzo de comunicación y conservación de la cultura indígena. En el Cuzco tempranamente se crean colegios para hijos de caciques y de la nobleza inca. Pero ese saber no logra ser apreciado en todo su valor por la institucionalidad imperante y por los instrumentos conceptuales de ese entonces.

Esto no quiere decir que no existiesen esfuerzos por llevar a cabo la primera etapa de toda empresa de conocimiento: documentar lo que se observa. Los propios cronistas asumen un especial rol en este proceso. Luego del encuentro, el eje de su atención cambia de la documentación del mundo descubierto a las gestas de las guerras, y en ellas, con un rol destacado la documentación de los antagonismos, fidelidades y traiciones que los servidores del rey evidenciaban. Sin embargo, nunca dejaron de prestar atención a la naturaleza. En esta dimensión tienen un rol protagónico los trabajos de farmacopea, que luego engancharán con las preocupaciones de los peninsulares, especialmente de los médicos de Sevilla.

Frente a esta situación se destacan dos hechos. En primer lugar, en América se hace necesaria la organización de un sistema estatal e imperial con un esfuerzo administrativo de grandes dimensiones que se reflejará en las visitas. Esta actividad, inaugurada muy tempranamente, es un procedimiento que recoge abundante información sobre las dinámicas sociales, formas de herencia y tipos de acceso a los recursos. Además, contiene un valor agregado específico: no se refiere solamente a las cúpulas de la élite incaica, sino que también y sobre todo aborda la situación en las diferentes localidades. Esta se ha constituido hoy en una de las principales fuentes para el trabajo etnohistórico.

En segundo lugar, es necesario regresar a la dinámica académica de la Península. En el Renacimiento, el nivel de inquietud fue alto; la perspectiva ilustrada de Carlos I fue clara y en ella tuvieron un rol central los humanistas Erasmo y Vitoria, entre otros. Sin embargo, el aparato estatal,

que pasa por dificultades cuando se está estructurando (por ejemplo, en el retraso de las decisiones durante el reinado de Carlos I, por estar él ocupado en las guerras europeas), se modifica. Algunos años después, en 1561, la Corte se instala en Madrid. Si bien entrega al mundo los logros del Siglo de Oro, es demasiado poderosa como para dar resquicios donde pudiera instalarse el debate, la discusión. La creatividad está aparentemente reservada para el arte; la filosofía está todavía atrapada en una rigidez de escuelas. Cada profesor de universidad debe identificar su escuela de pensamiento y ser fiel a ella; todavía la fidelidad a los clásicos impide la innovación. Pero esta realidad comienza a modificarse: surgen voces que no solo buscan romper con la rigidez de las escuelas, sino que se vierten hacia Europa para alimentarse de lo que sucede en los campos de la astronomía (astrología) y la física, entre otros.

Hacia el fin de la dinastía austríaca, la Península busca cambios. Una manifestación es la escuela médica de Sevilla, que entra en conflictos y debates con la medicina más académica y aferrada a los clásicos, y así comienza a elaborar una propuesta de método distinta. Esto se refiere tanto a un mayor uso de la razón como al criterio de que la experiencia permite acumular saber y, por lo tanto, avanzar. La Edad de Oro, a la cual se debía regresar, comienza a cederle terreno a una edad de oro que había que construir.

La Iglesia es la institución de los intelectuales. Está sometida a una explícita y definitiva dependencia de la Corona, pero eso no impide que en ella surjan divergencias, voces críticas y matices que comienzan a alimentar un debate que se traslada a América. Es el debate surgido en torno al posibilismo. Se trata de la discusión sobre el individuo y las jerarquías, que será un tema de gran importancia en América. Un incidente específico para el caso bajo análisis es ilustrativo. La Audiencia de Quito tiene su propia universidad (en realidad, hasta tres universidades). La primera, fundada en 1603 y manejada por los agustinos, solo podía entregar títulos a los miembros de esa orden. Los dominicos crean, en 1619, su colegio, lo cual les lleva a un conflicto con los jesuitas cuando estos obtienen la aprobación para su universidad, la de San Gregorio, en 1622. Luego, el colegio dominico se convierte en universidad con el nombre de Santo Tomás de Aquino, en 1688 (Vargas 1983; Currier 1999).

En su *Polémica universitaria en Quito colonial*, el padre Vargas describe con cierto detalle el contenido de este conflicto. Podría pensarse que los temas en discusión girarían en torno a aspectos doctrinarios, pero no es así. Lo que debaten las dos órdenes religiosas son los principios de precedencia, pues argumentan desde dos puntos de vista distintos cuáles son sus respectivos méritos para tener un derecho prioritario. Unos invocan la antigüedad en cuánto constitución como universidad; los otros, su filiación directa con el papa, que consideran jerarquía indiscutible.

Las consecuencias de prevalencia de uno u otro principio podrían llegar a ser dramáticas: determinan quiénes deben participar en las procesiones religiosas en primer lugar. Es, en definitiva, una discusión de jerarquía ritual. Esto puede parecer algo ridículo desde nuestro punto de vista, pero lo interesante es que actualiza otra realidad. El mundo social es el mundo de las intervenciones públicas, de las ceremonias, de la forma y los sitios en que las diversas autoridades se sientan en la catedral en los oficios religiosos solemnes. Esa es la forma de ver y de funcionar del poder.

Esto nos introduce en una dimensión del mundo académico, una dimensión de poder, más allá de lo que en él se diga sobre las realidades del mundo y de la sociedad. Y por ello tendrá un desarrollo directamente relacionado con la complejidad del mundo jerárquico en el cual esta actividad académica se instala. Existen, entonces, condiciones en las cuales el principal objetivo del estudio y del trabajo académico es relacionarse con el mundo del poder y la política.

Sería un error pensar que esta es una característica que diferencia al desarrollo universitario colonial del metropolitano, o del mundo académico en desarrollo, en ese entonces, en otras latitudes, en Francia o en el mundo germano o anglosajón. Sí, es diferente cómo se estructura ese mundo político que tal vez siempre ha sido el principal tema de trabajo de las instituciones académicas, es diferente el entorno político en el cual estas instituciones se articulan.

He descrito una sociedad colonial atravesada por una constelación de conflictos que, de alguna manera, la diferencia de la metropolitana: la presencia del tema indígena y de su pasado es acuciante. Es necesario organizar el adoctrinamiento de los nuevos súbditos y fieles en el mundo de

las creencias, de los valores y del poder imperial. El debate con las otras corrientes de pensamiento europeo está doblemente mediado, tanto por la autoritaria subordinación a la Corona como por la lejanía de los contactos con el resto de Europa. Este punto, sin embargo, no debe ser sobrestimado. En América se perciben influencias de otras naciones europeas: arquitectos italianos, flamencos, jesuitas alemanes (algunos de los que cumplen tareas en la organización del Estado colonial). Sin embargo, todo ello pasa a través de un filtro que, sin ser absolutamente excluyente, es centralizado: todo llega, al inicio al menos, a través de la Corona de España.

La diferencia realmente sustantiva se encuentra en otro territorio: en el de la presencia indígena. Ya anoté esto respecto a la preparación de doctrineros y curas de pueblo, pero conviene destacar las cualidades de esta presencia indígena como eje de la sociedad. Una característica tiene que ver con la estructura colonial que se mestizó desde un comienzo. Es decir, desde los primeros años se recogió sangre indígena en las élites coloniales. Sin embargo, el esquema de la estructura jerarquizada, que en parte se tomó de las sociedades prehispánicas, no solo se mantuvo sino que se reforzó.

La sociedad india colonial, a pesar de sus trastornos, fue organizada en torno a las unidades preexistentes y siguió funcionando con sus caciques. El esquema ideal es que una Corona es reemplazada por la otra. A pesar de grandes cambios, se mantiene una idea de continuidad.

Los cambios se refieren sobre todo a un diferente significado de la mita, a un rol más complejo de los caciques locales en la recolección de tributos y de mitayos, y a la presencia de los doctrineros, organizando una nueva vida ritual que debería desplazar totalmente a la anterior. Esto crea una primera división relevante del espacio. Se trata de la división entre el mundo hispanizado de las ciudades, de los espacios de asentamiento del poder político y religioso, y la vasta extensión indígena que se ubica en las zonas rurales, pero que penetra en el mundo hispánico con el abastecimiento de productos agrícolas, y sobre todo de trabajadores de los dos sexos. Es muy significativa la presencia indígena en el personal de servicio y esto lleva a una convivencia cotidiana, además de muy jerarquizada, entre indios y ese mundo bastante mezclado que se autodenominaba español. Es una relación conflictiva, lo vemos en la constante aparición de insurrecciones indí-

genas. La documentación de estos acontecimientos aún es incompleta. En el caso ecuatoriano, estas sublevaciones se repiten con especial frecuencia en numerosos momentos del período colonial (Albornoz 1976; Moreno Yáñez 1977; Quishpe 2001). En el Perú hay también algunas especialmente fuertes.

Una ola de sublevaciones surge alrededor de 1570 y se expande por todo el territorio conquistado. Una significación especial tiene la de Túpac Amaru en 1572. Se trata de una eclosión de sublevaciones indígenas que incluye la de Jumandi en el Alto Napo, en 1578, o la serie de sublevaciones shuar en 1590. Estas sublevaciones corresponden a un momento específico de la conquista. Las sociedades indígenas todavía mantienen esferas en las cuales gozan de un alto nivel de autonomía, y se lanzan a guerras en las que pretenden o bien derrotar a la alianza que había tomado el control del Imperio, o expulsarla de algunas zonas que a la llegada de los españoles aún no habían sido integradas en el sistema imperial. Es decisivo que el virrey Toledo declare la guerra a Túpac Amaru al estilo de una guerra internacional, más que como una sublevación de tipo interno.

La distribución temporal de las sublevaciones no es homogénea. En efecto, si bien el fenómeno fue masivo en torno al cambio del siglo XVI al XVII, en casi todo el siglo XVII las sublevaciones son menos numerosas o están muy pobremente documentadas, hasta que vuelven a resurgir en el siglo XVIII.

El virrey Toledo se encargaría de dispersar a los parientes del inca rebelde que no fueron muertos; se trata de desarticular la nobleza indígena que podría reclamar un principio de legitimidad dinástica para oponerse a los invasores.

Aquí tenemos una ruptura: las colonias ya nunca serían un conglomerado de cacicazgos distintos, sino que al ser sujetos a un esquema administrativo impuesto, sus realidades, antes muy diversas, serán homogeneizadas. El rol de la familia imperial inca es borrado; solo queda el sitio del cacique, intermediario privilegiado entre el orden administrativo y la población indígena y, entre esta, los españoles y mestizos.

Esto lleva a tratar de entender cómo se estructura, en el siglo XVIII, la violencia en la sociedad, y cómo en esta, al igual que en cualquier otra sociedad, tiene una organización, una codificación. El mundo europeo está

atravesado por la guerra, tanto las internacionales como las revueltas internas. En España las sublevaciones —como la de los moriscos, marcada por un fuerte contenido étnico— son frecuentes. Pero en el propio centro de la identidad castellana encontramos también revueltas, por ejemplo la revuelta de los comuneros. Cabe agregar todas las que se dan en Flandes y en el Imperio alemán. En Europa, al menos, algunas de estas sublevaciones son posibles por las particulares alineaciones geopolíticas. En América, en cambio, eso está muy poco presente. No es sino en las zonas aún no bien consolidadas que existe la posibilidad de una intervención de otras potencias europeas. En América del Sur, en la costa del Brasil vamos a encontrar intervenciones holandesas y francesas (en Pernambuco en 1630 y en San Luis en 1612), lo que da origen a guerras en las que los ejércitos indios aliados con potencias europeas se mueven militar y diplomáticamente, pero por lo general en el bando perdedor. Esto es similar a lo que sucedió en América del Norte con las alianzas francesas para intentar frenar la expansión británica.

En el Perú, en México, en Nueva Granada y sus territorios circundantes, el eje del poder es la Corona española; esto es válido tanto para los conflictos entre españoles como para consolidar la dominación sobre los indígenas. Pero esta dinámica con los pueblos indígenas tiene otra manifestación en todas aquellas zonas en las cuales no se logró consolidar o recuperar el dominio militar ibérico. Me refiero sobre todo a las zonas de Bracamoros, Jaén. Una situación diferente se presenta en la Araucanía. Si bien las victorias españolas permitieron consolidar los asentamientos de Concepción y Valdivia, se dejó una amplia zona bajo escaso o ningún control. No obstante, se logró establecer la presencia militar en el extremo sur del continente, que era fundamental para controlar la penetración inglesa hacia el Pacífico. En esa zona, la relación con indígenas estuvo marcada por el tinte militar durante mucho tiempo.

En la cuenca amazónica, en cambio, luego de varios incidentes, el más conocido el de Lope de Aguirre, se toma la opción de un dispositivo diferente: la misión.⁵¹ En efecto, las expediciones de la conquista ibérica hacia

51 Con esto no quiero decir que en las zonas de frontera sur no existió trabajo misional. La etnografía inicial de esas regiones fue hecha por misioneros, pero estuvo subordinada al juego geopolítico entre potencias.

la Amazonía no tuvieron demasiada suerte. Aguirre es la manifestación más dramática, pero no es la única; tenemos, por ejemplo, la reducción de Borja; fue poblada con cerca de dos mil indios que terminaron huyendo o suicidándose, además de los que murieron por epidemias.

Con ello se llega a una nueva estructuración del espacio: el sistema urbano que depende de una estructura jerárquica que liga villas con audiencias y estas con capitanías, las cuales se conectan con la Corona a través de los virreinos. Pero cada villa es, en sí, un centro de una unidad menor, la cual se conecta con los cacicazgos que, en coordinación con los sacerdotes doctrineros, se irradian hacia el espacio rural. Cuando no hay posibilidad de organizar este sistema, tenemos el mundo de las misiones, el cual experimenta diversos niveles de éxito, pero que constituye, en sí, una categoría paralela en cuanto corresponde a aquellos sitios donde este ordenamiento no ha logrado establecerse.

La estructura misional, a su vez, es diferenciada y con niveles de éxito totalmente distintos en Maynas, en la ceja de selva peruana (donde siempre son establecimientos precarios), en el Paraguay, en la Chiquitanía y en el Marajó brasileño (donde logran incluso excesivo éxito). Para los fines de este estudio son más relevantes las misiones de Maynas. Estas no logran convertirse en verdaderos modelos de organización para el conjunto de la sociedad, puesto que las reducciones, es decir, los asentamientos concentrados, nunca llegan a representar la forma generalizada de asentamiento. Al contrario, los centros poblados, que con muchas dificultades logran establecer los misioneros en sitios estratégicos, generalmente en la confluencia de ríos, crecen y decrecen a tenor de muchas dificultades: las enfermedades, las incursiones de los esclavistas portugueses, las sublevaciones de los propios indígenas o el fallecimiento de algún misionero, así como, lógicamente, la variación en el apoyo que las misiones pueden obtener de la sociedad colonial (Magnin 1993).

La ubicación en las confluencias de ríos se relaciona con el papel comercial de ciertos sitios geográficos. Su control es buscado por los misioneros porque esto proporciona poder. Se trata de recursos claves como la sal, en el caso del Gran Pajonal del norte peruano (Varese 2006), y metales o armas en otros casos. Esto permite presionar a las sociedades asentadas

en los afluentes menores o tierra adentro. Sin embargo, ese poder es normalmente frágil, no afecta a la reproducción misma de la sociedad, por lo cual grupos diversos pueden mantenerse al margen del poder misional y, en ocasiones, contratar basándose en su muy autónoma capacidad de producir violencia. Esto se diferencia de las misiones guaraníes y de las de Mojos, la Chiquitanía y Marajó. En ellas, la organización misional es asumida con bastante convicción. No se trata solamente de una imposición basada en el control de los recursos estratégicos. De hecho, los indígenas que viven en varias de esas misiones defienden su modo de vida misional incluso hasta frente a las autoridades españolas y portuguesas cuando se produce la expulsión de los jesuitas.

Pero regresemos al mundo de Maynas y veamos cuál es la estructura del espacio y de las formas de conocimiento que allí se estructuran. Existen grandes extensiones de un mundo natural mezclado con formas no “civilizadas” de lo humano que deben ser “reducidas”. Para la sensibilidad dominante es urgente modificarlas, hacerlas salir de ese estado *subhumano natural* inaceptable. Se trata de una frontera, de un límite que ofrece muchas pistas para entender fenómenos humanos. Pero comenzaré por destacar que las instituciones por excelencia de este esfuerzo son las órdenes religiosas. Estas jugarán un rol fundamental no solo en el tratamiento de lo indígena, sino también en el desarrollo de las formas de pensar la sociedad y sus límites.

En efecto, ya desde los primeros momentos de la conquista, las órdenes religiosas tienen un rol determinante en el debate de la sociedad, que se está haciendo imperial; se esfuerzan en pensar a esos seres humanos que están fuera de sus normas. Pero evidentemente las órdenes religiosas en el siglo XVI son algo sustancialmente diferente a lo que son hoy día; además son diferentes de lo que fueron en el siglo X, o en una Edad Media típica.

Para el siglo XVI estas corporaciones se han convertido en las entidades académicas de la sociedad. Son ellas las que llevan la acumulación histórica del saber, las que poseen el tesoro de los libros, y donde se recluta a los intelectuales, a los sabios. Esto se hará especialmente agudo una vez que la expulsión de judíos elimina a un grupo humano dedicado a muchos tipos de conocimientos. Lo mismo puede decirse respecto a los sabios musulma-

nes. Pero esto no es un producto automático ni natural de la institución monacal. El eje, aquello que la define y que la constituye, es la adscripción a una regla, es decir, a una disposición específica de las actividades de las personas que se congregan para practicar juntos una vida diferente, una vida que tiene algo de utópica. Esta forma de organizar la vivencia religiosa implica cierta contraposición con el otro principio en que se basa la organización de la Iglesia católica: los obispados.

Esta misión de la vida religiosa, que generalmente implica aislamiento y una vocación por el trabajo que incluye, para fortuna de la cultura occidental, el trabajo de *scriptorium*, tiene mucho recorrido en el siglo XV, muchas derivaciones y manifestaciones. El presupuesto monástico podía evolucionar y de hecho evoluciona de maneras muy distintas. La convicción por una vida concreta de búsqueda lleva a algunas órdenes a opciones radicales, algunas de las cuales son perseguidas como herejías. En otros casos, el monasterio adquiere un estatuto de señor feudal, asimilándose así a la nobleza y a sus privilegios. Pero lo que interesa sobremanera es que las órdenes religiosas adquieren una función militante, en contra de aquellos que eran percibidos como los enemigos de la religión, los herejes. Es así como una orden surge en contra de estos movimientos. Me refiero a la de los predicadores (dominicos) uno de cuyos objetivos fundamentales es la predicación, que en este caso, no es sino la demostración lógica de las falacias de los herejes, en concreto las herejías albigenses, en 1216 (Johnson 1989; Le Brun 1998).

Este proceso marca un cambio: el mundo de la salvación, concentrado en la experiencia algo íntima del convento, de su rutina, de sus prácticas cotidianas de orar y trabajar, se modifica. Hay algo para lo cual la orden religiosa se encuentra preparada y que constituye una tarea adicional, que desde algunos puntos de vista se podría decir que es superior. Sirve para desarrollar tareas concretas que la propuesta histórica de la fe católica exige: la lucha contra el hereje y la argumentación contra el infiel. Es así como la Orden de los Predicadores en su mismo nombre anuncia su vocación por la argumentación, la lógica.⁵²

⁵² No en vano es a esta orden a la que pertenece santo Tomás de Aquino, quien con su *Suma teológica* prepara al pensamiento occidental para el Renacimiento y el amasijo de contradicciones que de allí surgirán.

Este desarrollo de la capacidad argumentativa como manera de enfrentar a la disidencia adquiere varias manifestaciones y tendencias. Tenemos una dinámica que evoluciona hasta convertirse en la entidad experta en las desviaciones y, por lo tanto, en su persecución. Esto se manifiesta en el rol de esta orden religiosa en la Inquisición. Se trata de una institución que despierta todo el horror que una sensibilidad del siglo XXI puede sentir frente a un comportamiento cruel y totalitario. Pero en este proceso muchas cosas no se pueden percibir en una primera aproximación. Parece evidente que el funcionamiento de la Inquisición, especialmente en la persecución a los judíos, tiene una mezcla de intereses económicos. En otras palabras, la Inquisición es un instrumento para jugar el ajedrez del poder, pues está en juego lo que se hace en los calabozos y en el auto sacramental; son determinantes las confiscaciones que tales procesos generan.

Adicionalmente, el juego de poder de la Inquisición asume un rol relevante en las luchas y competencias en el interior de la propia Iglesia. No olvidemos que en territorio dominico por excelencia, es decir, Salamanca, varios eclesiásticos son detenidos e investigados por este sistema de control y represión. Está el famoso caso de fray Luis de León, o el del propio Ignacio de Loyola, pero existen otros subproductos relevantes. La Inquisición procede con poder, con crueldad, aunque se da modos para tratar de cubrir su actuación con cierta decencia. Lo que llama la atención es que en un mundo en el cual la política se hace matando a rivales y enemigos, envenenándolos, amedrentándolos y saqueando ciudades, surja la necesidad de establecer un procedimiento legal para hacerlo.

Se puede examinar este fenómeno identificando cómo se constituyó en un mecanismo de persecución al inconsciente, lo que se relaciona con las técnicas y procedimientos de la confesión. Estos tienen que ver, sospecho, con la estrategia de introspección que la persona moderna vincula a su creciente individuación. Pero lo que a mi juicio llama más la atención es que la orden religiosa que maneja el sistema inquisitorial es la misma que forma a quienes van a levantar la voz para frenar la crueldad en América. En efecto, es Bartolomé de las Casas el símbolo de la defensa de los indígenas, pero no está solo. Están también presentes un Bernardino de Sahagún o un padre Montesinos, entre otros. Un pequeño detalle nos ayuda a ver

los límites de nuestro entendimiento sobre la dinámica de las órdenes religiosas en este debate enormemente político. Me refiero al hecho de que el principal opositor de Las Casas, Ginés Sepúlveda, es también dominico (Arrom 1992). Ambos estructuran sus argumentaciones con fe casi ciega en los presupuestos racionalistas de Aristóteles. Este dato nos previene contra cualquier intento de explicación simplista en la cual asignaríamos a las diferentes órdenes religiosas una posición filosófica y política definida. No es así. Como veremos más adelante, en América también podremos observar dinámicas contradictorias en muchas órdenes. Casi afirmo, retomando la propia definición que las órdenes se dan, que son equipos armados en torno a una regla de vida que los separa de los intereses usuales de los demás miembros de la sociedad. Quedan así disponibles para tareas o esferas de actividad bastante diversas. Tenemos, pues, que los dominicos, pensando en torno a la argumentación, exploran diversas posibilidades, desde la dimensión represiva de la Inquisición, hasta un rol de precursores de los derechos humanos (como sucedió con Las Casas).

El siglo XVI parece ser de especial significación para el desarrollo de las órdenes religiosas. Los dominicos viven en Salamanca un momento de excepcional brillo. También en otras zonas de Castilla existen diferentes movimientos que permiten tener una mejor imagen de lo que está sucediendo con la institución monacal. En Ávila están los místicos Juan de la Cruz y Teresa de Ávila, que expresan otra dimensión de lo que el Renacimiento está significando.

Tenemos dos expresiones de la mística que aparecen como una reafirmación de la subjetividad. Frente al racionalismo del tomismo, frente al formalismo de la escolástica, tenemos a varias personas, en este caso un hombre y una mujer, que afirman una dimensión interior, subjetiva. El ámbito de la filosofía y la teología no es un terreno abierto, no todo puede ser presentado, y las restricciones son claras. El pensamiento debe ser católico. Nada que esté fuera de esa ortodoxia es aceptable: la Inquisición es poderosa y persigue. Su lógica no es sencilla. Su campo preferido es el de los judíos. En menor medida, dirige su atención a los posibles restos de islamismo, pero eso no significa que descuide la persecución del fenómeno de la Reforma. Aún dentro del mundo católico es peligroso mantener

ideas que se diferencien de la más tradicional ortodoxia. Los seguidores de Erasmo son hostigados; Suárez, que tendrá fuerte influencia sobre todo entre los jesuitas, no se atreve a regresar a España (no nos olvidemos que sus padres fueron ejecutados por la Inquisición). ¿Cuál es entonces el ámbito en el que es posible el debate? Lógicamente es posible recoger algunos elementos del debate medieval, pero estas opciones, en la medida en que se mantienen en una simple formalidad, por ejemplo en torno al nominalismo o el rol de Aristóteles, no permiten abordar los problemas centrales que en ese momento histórico se desarrollan. El problema vital, el del individuo, no tiene mayor espacio, a no ser que se opte por el camino del posibilismo, una teoría en torno a la cual se desarrollan intensos debates.

El tema central es el de la libertad humana, y esta libertad implica una tensión con la autoridad: en qué medida nuestra responsabilidad ética implica también poder realizar juicios propios y asumir opciones que no sean necesariamente las de la autoridad. Esto va en contra del esquema asumido por la monarquía de los Habsburgo, que opta por reforzar un tribunal que escudriña todo, lo cual implica la subordinación de la Iglesia al poder político y parece no dejar ningún espacio al debate. La alianza con el papado, que se refleja en el título de “Reyes Católicos”, simula ser un edificio sólido, contundente e impermeable a la pluralidad.

Sin embargo, esa fachada del aspecto monolítico está llena de fracturas que se revelan en la atomización de intereses particulares, sean estos de ciudades, de cofradías y de organizaciones tales como las propias órdenes religiosas. El conflicto siempre se mueve bajo la majestuosa fachada del poder imperial. Esto se manifiesta en una serie de acontecimientos políticos que van mostrando la búsqueda de Independencia de las diversas sociedades que conforman España. En ciertos momentos son las sublevaciones moriscas, en otro, las castellanicas, más tarde, las catalanas, sin dejar a un lado los conflictos de Navarra.

Todo está asentado en otra dimensión adicional: el modelo que concentra el poder en la monarquía y su perspectiva imperial. Ya Isabel optó por homogenizar religiosamente a sus reinos. Esta opción significó un enorme sacrificio intelectual de la España que se estaba gestando, pero se logró una fuerte convicción y uniformidad religiosa, una función civilizatoria casi

mística para los súbditos de tan religiosos monarcas. Sin embargo, surgen sacrificios adicionales: los impuestos y el esfuerzo de la guerra, que recaen sobre todo en Castilla, generan una crisis económica. Así, al mismo tiempo que el Imperio se expandía por América y las Filipinas, se resquebrajaba su capacidad de controlar sus posesiones europeas. Esto se agravó por la derrota de la Armada Invencible (1588), lo cual marcó el surgimiento de la potencia inglesa como rival en los mares.

Tal vez más significativo aún es el hecho de que la Corona española deba suspender los pagos a sus acreedores en lo que algunos llaman una quiebra, en los años 1557, 1575 y 1590, es decir, en un período en el cual la plata que fluye de América está llegando a su máximo volumen (TePaske 2007). Como si esta crisis fuese poca cosa, se constata que la España imperial, la que detiene al gran turco, la que vive la más rápida expansión territorial de la historia, la que descubre continentes, a pesar de quebrar recurrentemente opta por crear una capital con lujosos edificios reales y una corte. En ese entorno llegan los aventureros y las personas que buscan favores de la corte; los poderosos convergen, se exhiben, se miden y disputan. En ese ambiente surge el Siglo de Oro español: fastuosidad, lujo y derroches que marcan un fuerte contraste con las dificultades económicas que prevalecen en Castilla y España. Se trata de un conflicto, una contradicción entre la figura del emperador, o el rey en su momento, y las penurias de sus súbditos. Sin lugar a dudas, la ostentación y el éxito son parte central de la legitimidad de un rey, pero como esa exhibición se acompaña de las exacciones a los súbditos, su legitimidad se menoscaba. Su otra dimensión, la ideológica, también se deteriora cuando, frente al discurso casi místico de su confesión católica y en contraste con la confesión humanista de sus predecesores, la Corte comienza a manifestarse, como toda corte, como un espacio en donde la ética tiene una definición diferente. Algo de hipocresía, algo de corrupción serían parte sustancial del modelo ideológico y del poder monárquico.⁵³

⁵³ Al destacar este aspecto, no se debe creer que la inconsistencia entre las declaraciones morales y la dinámica real del poder fue una característica exclusiva del modelo ibérico. Tal vez se trata de un matiz en el cual las muy grandes declaraciones éticas, morales y religiosas mostraban un mayor contraste con la realidad de lo que sucedía en otras latitudes con menores pretensiones de representar la correcta y consagrada ortodoxia religiosa.

Al abordar el tema de la “corrupción”, se acerca a algo que será una constante en la vida colonial y republicana de nuestros países, con especial fuerza en el caso del Ecuador. Las informaciones que nos llegan y que nos hablan de esta realidad “corrupta” provienen de muchas fuentes: visitantes, viajeros, conflictos administrativos. No pretendo en este momento hacer una descripción ni un análisis de cuáles son las condiciones en las cuales esta “corrupción” se produce. Pero sugiero simplemente algunos aspectos del problema.

La norma ética que propone el catolicismo ibérico lleva, en sí misma, un sinnúmero de contradicciones. Existe sobre todo un criterio de expresar en todo momento y lugar la más absoluta adhesión a los principios de la santa religión católica. Se afirma, a la vez, un sometimiento total a la expresión política de esa realidad religiosa, esto es, a sus Católicas Majestades, los Reyes de Castilla y Aragón, y luego de España. Estas adhesiones están acompañadas de un rechazo a todos los elementos que podían ser causa de persecución, fundamentalmente los elementos judaizantes y, lógicamente, cualquier otro que pudiera hacer referencia a las herejías de la Reforma protestante. Es también un discurso que tiene varios elementos fuertemente represivos en materia sexual,⁵⁴ pero también un pragmatismo realista.

Tengo la impresión de que esta relativa tolerancia respecto a la sexualidad “natural” se convierte en una actitud muchísimo más intransigente con respecto a lo que desde esta perspectiva es la sexualidad “antinatural”, es decir, todo lo relacionado con la homosexualidad. En efecto, la oposición a estos temas es de tal orden que la sodomía, junto con el canibalismo, son los principales argumentos para desconocer los derechos políticos de algunos pueblos americanos.

Al acercarse a este tema en la América colonial, es necesario señalar que el discurso ibérico se encuentra frente a un mundo con otras concepciones

⁵⁴ El discurso ibérico sobre la sexualidad muestra todos los elementos relativos a la alta valoración de castidad y pureza, pero acepta y reconoce que tales ideales son casi sobrehumanos. Las debilidades de la carne son sancionadas, en cierta medida perseguidas, pero reconocidas y administradas en cuanto parte innegable de la realidad. La propia ciudad de Salamanca, tan llena de templos católicos, con su gran celebración del Lunes de Aguas y su personaje central, el Padre Putas, nos muestra una actitud menos intransigente. Incluso entre las recomendaciones de Ulloa para mejorar la moralidad en la Real Audiencia, se incluía la idea de que debían enviarse putas. Esto no quiere decir que no hayan surgido de cuando en vez visiones más radicales, como aquella del propio Felipe II, El Prudente, que pretende erradicar la prostitución de su Imperio.

sobre lo que es el comportamiento ético y moral. Hay que añadir que los diversos mundos americanos tampoco tienen una sola visión sobre temas tales como la sexualidad o la violencia. Para referirme a la sexualidad, señalo la concepción fuertemente generalizada en el mundo chamánico y en el amazónico que la asocia con diversos tipos de peligros, sobre todo relacionados a la pérdida de energía y que, por lo mismo, promueve la continencia para cualquier actividad de riesgo. Esto contrasta con los testimonios recogidos en diversos tipos de cerámica que se refieren a actividades sexuales en las que no solo se presentan abundantes muestras de homosexualidad, sino también de profusa sexualidad de grupo, que probablemente se enmarcaba en un contexto mágico ritual que solo podemos vislumbrar.⁵⁵

En los Andes, como en muchas regiones de la Tierra, el poder se expresa abiertamente con lenguajes que implican o que muestran un contenido sexual. Así como el mayor premio de los patriarcas del Viejo Testamento es que sus descendientes se multipliquen como las arenas del desierto, la numerosa descendencia es, en muchas sociedades, ejemplo del ideal humano. Y lógicamente la más radical forma de lograr esa numerosa descendencia es la poliginia, práctica frecuente entre las sociedades humanas y muy manifiesta en el mundo árabe contra el cual los españoles pelearon durante tantos siglos.

En definitiva, el modelo monógamo cristiano se topa, en estas latitudes, no solo con las dificultades propias de esa propuesta, sino con sociedades preexistentes que consideran la poliginia parte de la lógica del poder. La situación lleva a una inercia cultural que conduce a que el discurso no se corresponda con la práctica. Este hecho adquiere un carácter aún más notorio al aplicarlo a la estructura religiosa. El sistema de operadores del aparato religioso organizado en torno a personas célibes es algo más difícil de compaginar con una tradición que ve en el sacerdote a un operador del poder, quien debería estar inserto en una de las manifestaciones más evidentes del poder, y en la cual, a su vez, está presente una fuerza, casi sobrenatural, de creación, fecundación, significación y simbolización: la sexualidad. La abstinencia sexual aparece como una forma lógica y aceptable de acumular fuerzas, sobre todo en la perspectiva de las visiones más

55 Ver, sobre todo, la cerámica de la fase Manteño.

ticas que los hombres de sabiduría americanos buscaban en sus entornos religiosos. Sin embargo, el celibato total, con lo que esto implica al romper las relaciones de parentesco, sería algo profundamente asocial desde una perspectiva andina y, por lo tanto, casi amoral.

Esto implica algo muy concreto para el desarrollo de las instituciones religiosas: la necesidad de que el aparato religioso se una a la sociedad, relacionándose con todos los contenidos, muchos de ellos reprimidos, censurados, pero no borrados y con fuerte raigambre india. Lo anterior se hace especialmente fuerte en los sectores populares. En otra dimensión, en algunos sectores más ligados a las élites, la religión se estructura según los modelos europeos, se identifica con esos ideales y busca sobresalir en sus parámetros, en sus valores, en sus ideales.

Sería un error pensar que esta yuxtaposición corresponde a una dicotomía social, de clase o de estamento, porque las clases aristocráticas son también herederas de los elementos prehispánicos. Lo que sí propongo como hipótesis es que las clases populares viven esta realidad con menos instrumentos de lenguaje formal y escrito, y con más elementos simbólico-rituales. En cambio, quienes se enganchan en el mundo discursivo lógico, correspondiente a las técnicas académicas occidentales, experimentan una dificultad para encontrar la manera de tratar con ese mundo americano, una mezcla de perspectivas. Algunos lo verán como el mundo del atraso y la precariedad frente al progreso europeo; otros buscarán en su examen y valoración una forma de autoafirmación ante la visión cosmopolita; esto, como veremos, será un condicionamiento que marcará a casi todos los intelectuales hispanoamericanos.

En este esfuerzo juegan diverso papel el mundo social y el de la naturaleza. Como ya señalé, en un inicio el propio Colón piensa que esta tierra, por él descubierta, muestra características sociales determinadas por su ubicación geográfica. Pero luego esta atención al mundo natural es relativizada por la creciente atención que merece el mundo humano: los imperios, las religiones, sus costumbres y, de manera creciente, los conflictos que el nuevo proceso histórico estaba generando. De todo el mundo natural, el que más le llama la atención, al menos en un inicio, es el mundo vegetal. Evidentemente se trata de una preocupación práctica y económica. No ol-

videmos que uno de los motivos por el cual se busca la ruta hacia Oriente es para el control de las especies.

Tenemos muy variadas suertes para las plantas americanas en su expansión a Europa. Tal vez el caso más emblemático sea el de la papa o las patatas (*Solanum tuberosum*). Esta planta, que hoy día es parte esencial de la dieta europea, llegó a la Corte de Madrid como una curiosidad. Se la regaló al papa que la sembró y luego distribuyó como presente que era entregado por los nuncios en diversas cortes. Se valoraba su flor, aunque en general el tubérculo no se consideraba adecuado para el consumo humano.

Pero las opiniones comenzaron a cambiar. Los marineros jugaron un papel decisivo, puesto que era fácil de almacenar y alimentaba mejor que los bizcochos usuales. A finales del siglo XVIII, cuando las guerras y las hambrunas amenazaban la nutrición de la población europea, se reconoció su valor. Fue declarada alimento humano. Los emperadores incentivaron su cultivo, aunque en muchas ocasiones era una planta de reserva, ante la eventualidad de que fracasase el cultivo de cereales.

Una situación diferente encontramos respecto del cacao (*Theobroma cacao*). Esta bebida fue adoptada por la élite criolla mexicana. Luego, una noble maya la llevó a España donde la entregó a quien sería Felipe II. Él la acogió en su corte hasta el punto que llegó a convertirse en una bebida típica de los Habsburgo. De allí, a través de María Teresa de Austria, que contrae matrimonio con Luis XIV de Francia, se difundió en la Corte francesa. Se creó, así, un mercado para un producto que luego tanta significación tendría en las economías americanas, concretamente en la de la Real Audiencia de Quito y luego en el Ecuador. También se difundió en Europa el maíz, aunque de manera lenta e incompleta fue acogida como planta para el consumo humano. Sin embargo, fue clave en la ganadería y fue asociada en algunos casos al resurgimiento demográfico de varias localidades.⁵⁶

⁵⁶ El maíz también fue un alimento que sustituía al trigo cuando las cosechas de este se habían perdido. Luego, sin embargo, una excesiva dependencia hacia él condujo a dietas desequilibradas que llevaron a que se asociara con la pelagra, razón por la cual fue prohibido en muchas regiones españolas (Pepe Iglesias, *Enciclopedia Gastronómica* en <http://www. Enciclopedia degastronomia.es/ articulos historias-de-los-alimentos/historias-de-las-frutas-y-hortalizas/historia-delmaiz.html?hemeroteca=false&pag=2>, consultado el 6 de mayo de 2010).

Pero lo más relevante para este análisis es ese otro rubro de plantas que no son las alimenticias, sino las medicinales. El interés comienza con los propios cronistas de la conquista, pero es tal la cantidad de elementos nuevos que describen, que dichas plantas se pierden entre los innumerables aspectos de su relato. De todas maneras, muy pronto surgen médicos que se dedican a describirlas. El propio médico de Felipe II, Francisco Hernández, lleva a la corte el paico (*Cenopodium ambrosoides*). Nicolás Monardes, en 1574, se preocupa de escribir su texto *Historia natural de las cosas que se traen de nuestras Indias occidentales y que son útiles para la salud* (Monardes 1574). A partir de ese momento, surge una preocupación por inventariar, por conocer este aspecto del mundo natural, crucial debido a las pestes. Las grandes epidemias son una realidad que no respeta ni rango ni fuero alguno.

El trabajo de Monardes es de gran valor: da inicio a los dibujos de las plantas y anticipa ya lo que serán los ilustradores de los libros de botánica elaborados algunos siglos después. Están las discusiones que él mantiene sobre las propiedades de las plantas encontradas, plantas maravillosas. Comenta un sinfín de propiedades curativas del tabaco (*Nicotina tabacum*); por ejemplo, sus capacidades cicatrizantes y analgésicas. En todo ello reconoce los conocimientos que los indígenas tienen sobre sus propiedades. Sin embargo, cuando aborda las propiedades alucinógenas, recurre a las explicaciones religiosas, señalando que se trata de un ardid del demonio para que los indígenas que lo tomaran vieran fantasmas y cosas que les asustaran (Monardes 1574, 36).

En este esfuerzo, la conciencia europea asume una pretensión de cientificidad que hoy día sería fuertemente cuestionada. Es una medicina de humores y no por ello deja de ser despectiva hacia los conocimientos indígenas, a los cuales sin embargo recurre para poder realizar sus inventarios.

Esta atención es significativa si consideramos el papel que tendrá la medicina en el desarrollo de la Ilustración española, especialmente con la escuela médica de Sevilla, a la cual pertenece el autor en cuestión. Sin embargo, la relación con el mundo de la ciencia es todavía entrecortada. La ciencia es concebida aún como la reflexión sobre las verdades supremas. Sus fuentes son todavía los clásicos, y existe una clara aproximación dogmática. La búsqueda de plantas con poderes extraordinarios no pone en

cuestionamiento ni siquiera el hecho de que el conocimiento se base fundamentalmente en la autoridad de las fuentes de la antigüedad. El vínculo entre el mundo académico y el de los conocimientos prácticos y empíricos se comienza a construir, pero a pasos lentos, intermitentes. En todo caso, el mundo de la medicina, con lo que esta implicaba de conocimientos de las plantas, es una vertiente que tendrá gran fecundidad ulterior.

En el campo de la producción, en especial la minería, en América se producen innovaciones que tendrán una enorme repercusión mundial. La técnica de fundición de la plata es reemplazada por la de amalgama o técnica de Patio. Medina, El Sevillano, que desarrolla esta técnica, aprovecha ciertos conocimientos de laboratorio transmitidos por un alquimista alemán y la convierte en un sistema que funciona con eficiencia al aplicarlo a los minerales extraídos de las minas mexicanas. Esto marcaría drásticamente a las economías americanas. Es así como, en 1550, se constata que la América que se estaba formando era también capaz de innovar en tecnología (Trabulse 1994).

Pero sin lugar a dudas, desde el punto de vista americano, el problema más agudo, que requería soluciones tecnológicas, era el de la salud. En efecto, el devastador impacto inicial no termina con la cruel tasa de mortandad que redujo la población americana, sino que permanentemente ha estado acechando tanto a las colonias como a la metrópoli. Es así como en determinado momento el trabajo etnobotánico no se limita al registro de las plantas y sus usos, sino que se inician los experimentos. Esto se da en condiciones concretas de epidemias y crisis, y de manera especialmente drástica entre las poblaciones indias.

Quienes estén cerca de las poblaciones indias tienen dos circunstancias que favorecen el que puedan proponer soluciones. Si además se trata de grupos con acceso a las técnicas de la escritura, tendremos una alta probabilidad de que acompañen sus esfuerzos, muchas veces prácticos, con testimonios escritos que nos permiten, hoy día, recuperar esa preocupación por la salud pública. Todo esto se cumple en el caso de los misioneros; en algunos lugares se comienzan a conocer, por ejemplo, la planta de los jesuitas, el ya mencionado paico en Argentina y Paraguay, o la propia corteza de los jesuitas (la cascarilla, *Chinchona* sp.).

Pero casi todo este contenido era tratado, en ese entonces, no como una actividad científica, sino como tareas prácticas que hacían referencia, fundamentalmente, al mundo artesanal, al cotidiano. No interpelaban a las esferas más sofisticadas y renombradas, las referentes a cómo pensar los sentidos de la vida, esto es, la teología y el derecho, es decir, las ciencias de los valores y de la organización social.

Las clásicas divisiones de la historia colonial que nos hablan de una ruptura a fines del siglo XVI son válidas también para tratar de entender el mundo cultural que se estaba desarrollando. En efecto, la crisis de la producción minera y el cambio de dinastía en España se producen simultáneamente. El mundo de los Habsburgo, que en América se relaciona con la plata abundante, entra en crisis; será necesario buscar otras soluciones productivas y otras formas de entender el mundo y actuar en él.

Este período que se termina tuvo, de todas maneras, grandes logros en América. Fue un siglo de creación arquitectónica y de un notable éxito militar para encarar las amenazas. Durante buena parte del período, estas provinieron de piratas y corsarios más que de la conflictividad interna que se había reducido a las zonas de frontera. Pero también hubo cambios problemáticos. El más destacado fue la situación económica de la metrópoli. Se mantuvo con dificultad el flujo de los galeones de América y se hizo evidente un atraso fuerte en la base empresarial, institucional y hasta industrial que le permitiera participar, desde una posición de liderazgo, en el comercio internacional. Es cierto que todavía, por mucho tiempo, el comercio de Sevilla y Cádiz sería el flujo más significativo de mercancías, pero era un comercio con un componente importado que no lograba dinamizar la economía de la península. El gran desafío parecía ser cómo lograr esta adecuación del sistema colonial a las nuevas condiciones: menos minas y más necesidades (Fontana y Delgado 2002).

La clave parecería ser el comercio. La riqueza de América no se reducía a las minas; las plantaciones de azúcar y otras líneas de exportación iban surgiendo lentamente. Ya mencioné el cacao, pero durante buena parte del siglo XVIII el producto colonial, por excelencia, es el azúcar. En la América española es Cuba el centro de una actividad exitosa respecto a este producto. Esto genera tanta riqueza que el producto interno bruto por habitante

en la isla es marcadamente superior al resto de las colonias (Coatsworth 2007). En la Real Audiencia de Quito, las dinámicas comerciales han sido documentadas por Borchart de Moreno (2001) y Ortiz Crespo (2001).

Sí, el comercio surgió; pero en amplias zonas, por ejemplo, los virreinos continentales del Perú y Nueva Granada, el eje de circulación de excedente giraba todavía en torno a un tributo que enfrentaba el problema de la falta de disponibilidad de plata o de recursos monetarios para que fuese pagado. Si esto es cierto en cuanto a la oferta de los recursos para pagar el impuesto, también se presentan problemas por el otro lado: la presión estatal para extraerlo aumenta. Se busca extender la base impositiva, se trata de incluir en algunos sitios a mestizos y, como era de esperar, esto genera resistencia que, bajo la forma de sublevaciones, marca el siglo XVIII (Moreno Yáñez 1977; 2007).

Estos dos factores llevan a una creciente militarización de la América española. Son necesarios ejércitos tanto para enfrentar a piratas, corsarios y acciones de invasión en toda regla, como para resolver los problemas internos, fundamentalmente las sublevaciones, la mayoría indígenas, pero con la frecuente participación de aliados mestizos. También se presentaron rebeliones de tipo urbano.

La compleja serie de guerras que se produce en torno al cambio de dinastía en España se desarrolla fundamentalmente fuera del territorio que hoy es América Latina. No obstante, hay ya combates entre los dos bandos en Florida, que debilitarán ese límite norte del Imperio español. Florida es ocupada y recuperada en 1779, luego de un muy apreciable período de confrontaciones. Estas incluyen acontecimientos de muy diversa índole, desde la toma de la Habana por los ingleses hasta el sitio de Cartagena, por no mencionar sino los más famosos. Es claro que el problema de la seguridad del Imperio hispanoamericano ha cambiado. No se trata ya de un simple tema de perseguir piratas, ni de frenar una penetración de escuadras que pretenden implantarse en algunas islas caribeñas. Son otros procesos de ocupación del espacio que confrontan al dominio ibérico (Keuthe 2007).

En este momento los actores son diversos. Están los franceses avanzando por el San Lorenzo y el Mississippi. Están los holandeses en la costa de Brasil, en el actual Surinam y en Manhattan. Pero todo esto es solo parte

de un ajedrez más complejo que se juega sobre todo en Europa, y en América tiene una evolución que en cierta medida comienza a simplificarse. Los protagonistas centrales se van reduciendo a tres: España, Portugal y el Reino Unido. Francia, que originalmente ocupó muy grandes extensiones en América del Norte, va perdiendo su peso. La expansión francesa en América del Norte se reduce, justamente a raíz de los tratados de Utrecht, que dan fin a la Guerra de Sucesión española, cuyos términos incluyen la cesión de Terranova y la Acadia a la Corona inglesa. El siglo XVII será aquel en el cual se inicia la gran expansión británica que desalojará a los franceses de buena parte de Norteamérica. Se desarrollarán, además, las tensiones entre los colonos ingleses de Virginia y lo que luego sería Carolina, con diversas alianzas hispano-indígenas. Holanda, luego de haber sido expulsada de Pernambuco en 1654, y la guerra contra Inglaterra, en 1666, pasa a tener un rol marginal, ya que su presencia se reduce a Surinam y Bonaire. Incluso Rusia, Suecia y Dinamarca desempeñan roles muy secundarios. Se confirma que los actores determinantes en América son Portugal, España e Inglaterra.

Cambios en el mundo científico

Todo este mundo político corresponde solamente a una de las dimensiones del cambio que se estaba produciendo. Otra dimensión que para los fines de este estudio es tanto o más pertinente es el cambio en la ciencia.

En efecto, el propio descubrimiento de América tiene una repercusión en el desarrollo del conocimiento, puesto que confirma la hipótesis de la circularidad de la Tierra, y es el inicio de una serie de discusiones que van socavando las certezas mítico-teológicas de la Edad Media. Los hitos de este proceso se ubican, en primer lugar, en las propuestas copernicanas que, en un esfuerzo por entender mejor el calendario, provocan inmediatamente un debate. En realidad, el debate no es tanto con el astrónomo polaco, sino con quien ve las implicaciones que esto puede tener. El astrónomo en cuestión es Galileo, quien en su azarosa vida, cerca de y siempre en conflicto con el poder vaticano, no solo retoma la concepción heliocéntrica

sino que aporta dos elementos adicionales. La primera es una innovación metodológica revolucionaria: mide los fenómenos y, por lo mismo, modifica algunos términos del debate. Ya no es suficiente la deducción sino que es necesario confrontar con los hechos y estos deben ser procesados hasta que se conviertan, de ser posible, en datos cuantitativos (Asimov 1999).

El segundo elemento del pensamiento galileano es el vínculo de la actividad de la ciencia con las necesidades concretas de la vida cotidiana. Su preocupación constante por ofrecer dispositivos que tengan utilidad militar muestra una concepción diferente de lo que es el conocimiento. Ya no se trata de una actividad que produce una dicha casi contemplativa sino también una forma concreta de solucionar problemas prácticos.

Aunque Newton se parece más al filósofo de estilo copernicano, da un giro decisivo en cómo se construye la visión del mundo que animará la modernidad: los fenómenos obedecen a leyes, que en gran medida son mecánicas, y la ciencia puede desentrañar esas leyes y podemos entender las fuerzas de la naturaleza.

Pero si se vincula esto con el desarrollo de la Inquisición, se encuentra con que la ciencia no se está desarrollando, si es que alguna vez lo ha hecho, simplemente como un problema de conocimiento. Una dimensión que es previa al mismo planteamiento científico es la de la ética. Hay una visión, llamémosla católica, según la cual existe un valor superior al conocimiento, superior incluso a la solución de problemas prácticos: la adecuación del comportamiento humano a ciertos estándares éticos. Esto no es monopolio del pensamiento católico: la primacía de lo ético se da, con tanta o mayor fuerza, en las diversas formas de pensamiento protestante. Pero hay una relación adicional y es que el comportamiento ético es también político, en la medida en que implica una adecuación a los esquemas colectivos, una dimensión pública, una serie de parámetros transpersonales y una relación con el poder.

Las visiones liberales que se desarrollan en este debate, inspiradas por Bentham y el utilitarismo, ven el centro ético en el individuo y sus potencialidades. Es por ello que, para esa perspectiva, la norma ética fundamental de la ciencia es, retomando orientaciones de Bacon, la de incrementar el poder para satisfacer las necesidades del individuo y para desarrollar sus potencia-

lidades. Sin embargo, esta solución tiene varios elementos precarios, fundamentalmente el problema de los conflictos que se derivan de la desigual distribución de poder y de toda la contradicción que permitió que este pensamiento liberal justificase y sostuviese el esclavismo (Hinkelammert 2002).

Pero, ¿cómo repercute esto en España? Destaquemos algunos elementos, como la existencia de un mundo académico formalizado con fuertes tradiciones, con lo bueno y lo malo que eso implica. Este es un ambiente en el cual se han debatido problemas filosóficos y, por eso mismo, hay recursos para ello. El acceso a un acervo de conocimientos clásicos va dando forma a la tradición intelectual europea. Pero también se constata una osificación, la necesidad de los catedráticos de adscribirse a alguna escuela. Es más, una tradición universitaria que está asociada a la lógica del poder nos propone una “razón” que es siempre concordante con la autoridad. La presencia de la Inquisición no solo es un instrumento de lucha contra las “herejías” o contra los judaizantes, sino que también le imprime un carácter autoritario a toda la sociedad. Esto se refleja en el mundo académico, en las defensas que se realizan de la escolástica tomista, sobre todo en la lucha contra las diversas formas de posibilismo o de espacio para una libertad individual que limite la función del poder (Sánchez Blanco 1999).

Esta dinámica emergerá con mayor fuerza en el cambio de dinastía hacia 1700, pero se trata de un proceso que está en desarrollo desde hace mucho tiempo y que trae, desde temprano, repercusiones y ramificaciones en América. He mencionado ya el desarrollo de la escuela médica de Sevilla que, con su atención en la búsqueda farmacológica, será un animador activo para la investigación botánica, pues gran parte de las medicinas y drogas se encuentran en las plantas exóticas, es decir, las plantas americanas. Esta preocupación es muy temprana; la encontramos ya en los cronistas de Indias, y presenta una expresión destacada en el ya mencionado trabajo de Hernández sobre la flora de México, publicado en 1651. Se trata de trabajos precursores, pero que no se pueden entender adecuadamente si no son vistos en el contexto de dos fenómenos que están sucediendo tanto en España como en América (Hernández [1651] 1959).

En España, la defensa del tomismo se refiere a una manera de entender el principio de autoridad. La verdad es una y hay un sistema que la

resguarda, la aclara y la impone. Ese sistema está necesariamente ligado a la autoridad, que por claras razones es aceptada por Dios. Hoy en día es difícil entender esta aproximación en la cual la autoridad es un bien en sí, puesto que es la que permite la existencia de certezas. Frente a ello, sin embargo, se produce todo el movimiento de los novatores, epíteto con el cual se busca denigrar a quienes pretenden alejarse de la autoridad reconocida y establecida. La lucha de estos precursores de la Ilustración fue dura: hubo encarcelamientos, persecuciones, pero se fue creando una capacidad intelectual que será la base de la expansión durante la Ilustración.

En América, en concreto en la Real Audiencia de Quito, el espacio intelectual está marcado por las órdenes religiosas. Son las que asumen la educación y el espacio del discurso en el que se habla de la sociedad. Para finales del siglo XVII, se inicia el declive minero y se produce una serie de cambios. Los jesuitas se encuentran impulsando la construcción de su iglesia (la Compañía, que será tal vez el símbolo del más desarrollado barroco americano). Además, están inmersos en las misiones de Maynas donde siguen abriendo un territorio que representa una frontera al conocimiento. Esta actividad incluye el contacto con quienes podrían llamarse indígenas recalcitrantes, es decir, aquellos que se resisten a someterse al Imperio español y a la dominación de la Iglesia.

Desde el punto de vista español, estas tareas de “pacificación” son centrales. Por una parte, cumplen con lo que se concibe como su misión histórica. Además, las amplias zonas no sometidas a la autoridad ibérica constituyen un riesgo para la dominación en las zonas nucleares, un flanco peligroso para la intromisión de otras potencias europeas. Los avances que se habían producido ya en la Guyana, los esfuerzos de los holandeses en la costa brasileña, la expansión portuguesa en la cuenca del Plata, en especial la construcción en 1680 de la colonia de Sacramento a cincuenta kilómetros de Buenos Aires, muestran que la dominación continental tiene puntos flacos. Como se confirma luego, estos son explotados sobre todo por la política de expansión británica para corroer el Imperio español. Ya para finales del siglo XVII, los piratas se habían convertido en una realidad a la cual las colonias americanas debían acostumbrarse y había recurrentes intentos de invasión.

El abigarrado barroco de la iglesia de la Compañía en Quito, terminada en 1765, así como las actividades misioneras parecerían reflejar la entrada de los jesuitas a disputar la primacía frente a los franciscanos. Miembros de esta orden ya habían terminado más de un siglo antes (1605) su iglesia, a la que muchos califican como la más hermosa de Quito (Vargas 1944).

La trama urbana de la ciudad de Quito, llena de iglesias, muestra la competencia entre las diversas órdenes. Parece poner de relieve no solo una forma de marcar el espacio a través de los templos y campanarios, sino también una especie de utopía arquitectónica: aquella que se deriva de la bonanza económica del siglo XVII. Cada una de estas órdenes religiosas marca el espacio, se hace presente en el horizonte, a través de sus campanarios, para tener permanencia y duración en este mundo que se crea a partir de un auge económico y cultural.

También los dominicos habían terminado su iglesia a mediados del siglo XVII. Sin embargo, los franciscanos retomaron su iniciativa con la construcción de un nuevo templo en Guápulo, parroquia en ese entonces rural, que marcaba en el espacio las vías hacia el oriente y el norte del territorio de la Real Audiencia.

Estas modificaciones en la construcción religiosa corresponderían, según señalan Terán Najas (2001) y Hinkelammert (2002), a modificaciones en el espíritu general de la conducción de la Iglesia. La institución está pasando de la lógica humanista, que caracteriza la primera etapa de la Conquista, a una ulterior más regalista, y orientada a dirimir y aclarar la serie de confusiones y sincretismos que se habían producido durante los esfuerzos de evangelizar la vida religiosa prehispánica.

Así es que el Imperio español muestra, al final de la dinastía Habsburgo, varios tipos de tensiones. Las de carácter interno en la Península son evidentes: las vemos en las discusiones teológicas, en las ideologías que se enfrentan entre la perspectiva más regalista y los reformadores que luego serían calificados como afrancesados. Pero el conflicto tiene otras dimensiones, puesto que, como se verá luego en la Guerra de Sucesión, el problema español no es español sino europeo y, por lo tanto, lo que se refleja es cómo en España se procesan los cambios que el mundo moderno impone.

Más concretamente, el fin de la dinastía austríaca está marcado por el recrudecimiento de las guerras europeas. Durante el reinado de Felipe IV, el último rey efectivo de la casa de Habsburgo, se producen intensos conflictos con Francia e Inglaterra, tanto la guerra de los Treinta Años como la llamada Angloespañola.

Es significativo que la tensión no se expresa solamente en las guerras externas. Felipe IV es consciente de que el Estado español requiere reformas y las intenta. Ello es, en parte, el desencadenante de la violencia interna. Las sublevaciones de Cataluña y Aragón, la separación de Portugal e intentos similares en Extremadura muestran que España está atravesada por la crisis económica, por una crisis ideológica y también por problemas políticos de gran magnitud. La crisis interna es fuerte y violenta.

En esto sí hay una diferencia respecto a lo que sucede en América, pues el siglo XVII es probablemente uno de los más pacíficos en este continente. Casi se habían terminado las grandes sublevaciones anticoloniales, y aun las grandes sublevaciones del siglo XVIII. Es cierto que en algunas zonas, por ejemplo California, tenemos rebeliones (Bernabéu 1994), pero estas se parecen más a las que surgen en los territorios marginales. Se trata de luchas contra misioneros más que contra el sistema imperial y colonial. También se dan sublevaciones en Tucumán, aunque no con el carácter masivo que veremos después.

Pero esta América “pacífica” no está quieta ni inmóvil; al contrario, se están produciendo significativos cambios. El que más destaca es el de la crisis minera. Sin embargo, este es un tema sobre el cual existe todavía debate (Tandeter 2007), pues la crisis es menos clara en el caso mexicano y la dinámica de lo que sucede en el Perú no es simple. Se supone que la disminución de la mano de obra provoca la crisis. Pero lo que se produce es una disminución de los trabajadores mitayos, es decir, de los que están obligados a ir a las minas. Esto no significa, sin embargo, que exista una disminución de la población total. Lo que implica es una crisis de la institución social que agrupa a los indígenas, que los somete, los controla y los dirige a la mina. Me refiero a la comunidad indígena. Es esta institución y el poder de sus caciques lo que se ve menoscabado; en cambio, aumenta la proporción de indios libres. Pero estos deben encontrar un sitio en la

estructura social. Poco espacio encuentran en los oficios artesanales, algo más en el servicio a la población acomodada urbana; donde más oportunidades se presentan es en las haciendas que se están estructurando (Tandeter 2007). Esto tiene varias implicaciones. La primera es el traspaso de poder hacia los hacendados, pero significa también una dinámica económica: por la escasez de mano de obra es necesario valorarla. La producción minera requiere de una fuerza laboral y de muchos insumos que generan una dinamización económica, especialmente en torno al polo de Potosí. El hacendado tiene oportunidades de enriquecerse si es que logra producir y comerciar con los ejes mineros.

Esto se desarrolla de manera paralela con una estructura estatal en la cual las dádivas de la Corona son la aspiración fundamental: es decir, una élite rentista en el marco de un mundo que ofrece oportunidades productivas. Las dádivas son aprovechadas por las propias órdenes religiosas, que desarrollan grandes explotaciones. El caso de los jesuitas es proverbial en este aspecto, aunque recorre a toda la élite que comienza a inscribirse en este espíritu de progreso.

La trayectoria de Pedro Vicente Maldonado (Latorre 2005) demuestra la relación entre la esfera productiva y la actividad intelectual de la época. La actividad de quien llegaría a ser el primer americano en la Academia de Ciencias de París nos habla de la manera en la cual América, al igual que lo que sucede con Europa, vive un proceso de surgimiento intelectual. Este miembro de la aristocracia criolla se forma con jesuitas, y entre ellos comienza a interesarse en la naturaleza. Luego adquiere una preocupación central: las vías y lo que estas implican en cuanto al conocimiento del territorio. ¿El método de trabajo? Sí, los libros, pero sobre todo los viajes, recorrer la geografía. De todo esto surge una idea: ¿cómo desarrollar una conexión más directa hacia Panamá a través de lo que hoy es la provincia de Esmeraldas? No se trata de una idea totalmente nueva, pues ya a fines del siglo XVI se habían iniciado acciones al respecto (Albornoz 1976; Aguirre 1982; Hernández Asensio 2006). Pero Maldonado toma un rol activo: viaja, explora y llega a ser nombrado gobernador de esa región. Aquí se presenta un elemento social adicional: la provincia de Esmeraldas es habitada por poblaciones afroamericanas fugadas de

la esclavitud. No obstante, el aristócrata serrano logra manejar su cargo para ejercer autoridad, aparentemente con éxito, legitimidad y hasta popularidad.

Esta preocupación por el territorio se enmarca en un momento del conocimiento del espacio americano. Se trata de un proceso natural. Luego de haber conocido, con claridad, el núcleo andino, parece lógico buscar un conocimiento de lo que estaba más allá. Pero es más que eso: es una consecuencia lógica de que el sistema minero comienza a mostrar señales de agotamiento. Se hace necesaria una redefinición económica y se la busca a través de un mejor conocimiento del espacio. Así, las exploraciones de Pedro Vicente Maldonado hacia Esmeraldas deben ser entendidas como parte de un esfuerzo que se produce en varios contextos. Otro esfuerzo es la elaboración del mapa de la Amazonía por el padre Samuel Fritz, y también el viaje de Teixeira que, remontando el río Amazonas, llega a Quito. Es parte de esta dinámica exploradora el viaje del jesuita Cristóbal de Acuña acompañando a Teixeira en su regreso.

Antes de referirme a lo que será la primera expedición científica, veamos un tercer territorio en el cual se están desarrollando los preparativos para esa expedición. Me refiero a Francia, que debe ser entendida como el espacio en el que se convierte en la capital intelectual de Europa.

Para 1734, la efervescencia parisina es multifacética, pero hay un aspecto en el cual me detendré. Francia ha vivido ya un largo proceso de creación y desarrollo de instituciones científicas: desde que Colbert, en 1666, crea una tertulia en el Palacio Real, llega, en 1699, a un estatuto formalizado. En 1712 este se modifica, y se establece así una estructura de académicos, pensionados, honorarios y hasta alumnos (*élèves*). Se crean disciplinas, entre las cuales destacan la de los geómetras y los astrónomos. Las ciencias de la vida incluyen a botánicos y anatomistas (no se incorporan ni médicos ni zoólogos) (Institut de France 2011). El proceso se inscribe en el surgimiento de las academias, que es impulsado en Inglaterra, en 1640, con la conformación de la Royal Society. Esta retoma la tradición iniciada, en 1603, por Federico Cecien con la conformación de la Academia dei Lincei en Roma. La Royal Society es formalizada en 1660, con sus primeros estatutos, seis años antes de que Colbert impulsa-

ra la organización de la Academie des Sciences de París (Galindo Tixaire 2008).

Esto no quiere decir que estas academias hayan sido los primeros espacios de institucionalización de la actividad científica en Europa. En la propia Francia les antecede el Jardin des plantes du Roi, creado en 1635, que tanta influencia tendrá en el desarrollo de la ciencia a través de una serie de circunstancias. Entre estas no debe pasarse por alto que, en 1739, se le encargase su dirección al Conde de Buffon.

¿Cómo se va desarrollando la ciencia de manera diferente –tal vez convergente– en diferentes naciones y culturas? En España ya existió una “Academia”. Sin embargo, no fue de ciencias sino específicamente de matemáticas. Fue creada temprano, durante el reinado de Felipe II, en el año 1582. Se trata, claro está, de una concepción algo distinta de la Academia, no tanto porque sea más dependiente de la Corona que en los casos británico y francés, sino sobre todo porque su atención está centrada en las matemáticas, dada su utilidad para la navegación y las artes militares.

Esta relación de la exploración de la ciencia y las matemáticas con la Marina estará siempre muy presente en los esfuerzos españoles al respecto. No será accidental que los sabios franceses estén acompañados por marinos españoles. Tampoco será una casualidad que muchos años después reaparezca la imagen del marinero explorador en la misión de Malaspina.

En España, esta academia de matemáticas se convertirá, en 1734, en la Real Academia de Medicina y Ciencias Naturales. Luego, será objeto de reformas en las cuales nos toparemos, nuevamente, con personajes que se relacionan con la Academia francesa. En general, en varias capitales europeas se está desarrollando, a fines del siglo XVII y en los inicios del siglo XVIII, la institución de la Academia: la Deutsche Akademie der Naturforscher Leopoldina en 1677 y la Academia Prusiana, fundada en 1700. Rusia también crea su academia en San Petersburgo en 1724, y Suecia la suya en 1739.

Estos datos nos plantean ciertas paradojas en esa relación entre el mundo ibérico y el resto de Europa. España fue pionera en algunos avances que salen al resto de ese continente, alcanzan nuevos niveles y enfrentan dificultades para volver a ingresar al mundo español.

La expedición geodésica francesa

El mundo de la ciencia siempre está relacionado con la política, pero de diversas maneras. En la España renacentista, la relación entre el poder y el mundo académico es casi inmediata. Las Casas y Ginés de Sepúlveda debaten en la Corte y el resultado de ese debate repercute en las decisiones políticas y en las cuotas de poder, con consecuencias directas en el ejercicio del poder estatal. Pero también hay consecuencias en el control del espacio de la ciencia que, originalmente, lo constituye la universidad. En general, las universidades fuertemente institucionalizadas son un espacio en el cual se recrean las escuelas, la jerarquía se consolida y eso, con frecuencia, frena la innovación. Para salir de la formalidad debe haber mayor flexibilidad. La fórmula usual es la tertulia, pero los espacios de estas conversaciones académicas despiertan interés también en los monarcas. Es así que, por ejemplo, en el caso francés, el sitio de reuniones iniciales es el palacio del rey. Pero los debates que en estos ámbitos se producen son cada vez más orientados a problemas específicos de conocimiento y adquieren sus propias leyes. Más que la erudición, comienzan a usarse las pruebas. Eso no obsta, sin embargo, para que allí se instalen estructuras similares a las de una corte: jerarquías, bandos, fidelidades y coaliciones de poder. Esta dinámica se proyecta hacia el terreno internacional. Tenemos registros de confrontaciones famosas, por ejemplo la de Leibniz contra Newton, en la cual los dos matemáticos compiten por la paternidad del cálculo integral y se acusan mutuamente de plagio. Leibniz, que publicó primero, acude a la Royal Society para pedir reparaciones. Pero esta organización, presidida por el propio Newton y en donde había expuesto estas ideas con anterioridad, en grupos reservados, acusa al propio Leibniz de ser el plagiarlo.

Otra confrontación da origen a una expedición que tendrá grandes consecuencias. Se trata de la lucha entre Cassini, en la academia francesa, y Newton en la inglesa. Cada uno predecía una determinada deformación de la esfera terrestre (Von Hagen 2008).⁵⁷ Se hacía necesario contar con mediciones exactas para poder dirimir el asunto; estaba en juego el prestigio

⁵⁷ Para la descripción que sigue he utilizado el texto de Von Hagen, complementándolo y contrastándolo con otras fuentes señaladas en el texto.

de cada una de las instituciones, pero también la fe con la cual se acogía la mecánica newtoniana. La mejor cartografía de ese entonces fue la elaborada por Cassini en Francia. Para resolver la cuestión era necesario efectuar mediciones o más al norte o más al sur. Las dos opciones fueron tomadas y se armaron expediciones tanto a Laponia como a la región equinoccial.

Había una circunstancia política que creaba condiciones especiales para esta tarea. Luego de la agotadora Guerra de Sucesión española, la Corona pasa a manos de un Borbón, pariente del rey francés, con lo cual aumentan las posibilidades de colaboración entre Francia y España. Se trata de una expedición organizada con gran aparato. Se designa a un equipo numeroso: un total de nueve personas se embarcan hacia Cartagena. La situación de la Corona española frente a tal expedición era un poco difícil pues, a pesar del parentesco de los monarcas, los países habían acumulado varios episodios bélicos. El propio La Condamine estuvo en campaña en la guerra de Francia contra España. Fue allí donde conoció a prisioneros españoles que, habiendo estado en América, le dieron informaciones sobre este continente. Si bien los piratas y corsarios que atormentaban el comercio con América fueron, fundamentalmente, holandeses e ingleses, los franceses tuvieron también una participación en tales hostilidades. La información que los geógrafos de ese país pudieran recopilar podría ser usada en contra de los intereses españoles.

La expedición tenía un apreciable prestigio académico y podía contribuir a que España participase en el desarrollo de la ciencia. La solución por la cual se optó fue la de incluir dos delegados de la Corona española, que debían aprender de los franceses a la vez que mantener el control sobre sus actividades. El organizador designa como contraparte de los franceses a dos marinos españoles. La edad de ellos (Von Hagen 2008), veintidós y diecinueve años, ya nos indica algo sobre su posición frente a los académicos franceses. Jorge Juan y Santecilla, valenciano de nacimiento, muestra una formación que en cierta medida lo liga al Medioevo; fue caballero de Malta y pasó parte de su adolescencia en esa isla.⁵⁸ Antonio de Ulloa tenía la ven-

⁵⁸ Es cierto que Valencia, en ese entonces, alberga a un relevante movimiento intelectual, el de los novatores que están construyendo la Ilustración española; pero, de todas maneras, esa tradición no tiene la fuerza de la intelectualidad parisina (Pimentel 2001).

taja de haber estado antes en América. Pero evidentemente ninguno de los dos tenía una formación del mismo nivel que el equipo científico francés. Se embarcaron en 1734 para encontrarse con la expedición francesa en Cartagena de Indias, en 1735. Luego de algunas dificultades,⁵⁹ cruzan a Panamá y de allí navegan hacia Guayaquil.

Charles Marie de la Condamine y Pierre Bougue desembarcaron en Manabí, buscando el sitio en el cual la línea equinoccial recorta el perfil costero. El resto de la expedición continúa por mar hasta la ciudad de Guayaquil. Este desvío los lleva a contactarse con quien, en ese entonces, es el gobernador de Esmeraldas, Pedro Vicente Maldonado. Se trata de un sabio. Así le reconocen sus compatriotas y, poco a poco, logra también un reconocimiento internacional.⁶⁰ Surge entonces la pregunta: ¿cómo es que llega a este estatuto el gobernador de la provincia de Esmeraldas? El contenido de esta cuestión incluye varias dimensiones implícitas. Una de ellas, si era posible en estas tierras coloniales y marginales construir una sabiduría que estuviese a un nivel comparable con el de las academias líderes de la Europa de la Ilustración. ¿Cómo fue posible que en tan alejadas tierras se produjesen con tanta facilidad estos contactos, cuando en España había sido necesaria una verdadera guerra entre intelectuales universitarios y tertulianos, entre médicos latinos y novatores para que se reconociese, por fin, con el cambio dinástico, un espacio para la investigación empírica? ¿Cómo aparecen en estas tierras personas dispuestas a participar en la investigación, sin que se haya pasado por las batallas de un Caramuel o de un Feijoo para legitimar la modernidad y la experiencia frente a clásicos y aristotélicos?

Existen varias estrategias para responder estas preguntas. Una es señalar que los debates de Caramuel o Feijoo, en España, estaban articulados a lo que sucedía por estas latitudes; las colonias tenían conexión con la metrópoli y entre ellas circulaban libros, ideas, personas. Es así que tanto un Jorge Juan como un Maldonado pueden ser considerados como productos de ese difícil proceso de desarrollo de la Ilustración bajo la Corona española.

59 Estas dificultades incluyeron enfermedades, el trayecto de Cartagena a Portobelo, el río Chagres y, por último, el recorrido en mula hasta Panamá.

60 Fue acogido como miembro de la Royal Academy de Londres, y miembro correspondiente de la academia francesa.

Otra estrategia es que nos detengamos, un poco más, en la vida de los personajes que hacen de contacto con los científicos europeos. Pedro Vicente Maldonado es un aristócrata de Riobamba, americano de tercera generación; su padre era arequipeño, su abuelo, limeño y sus bisabuelos paternos, de Salvatierra del Tormes (Salamanca). Por línea paterna, sus abuelos eran caballeros de Alcántara y su hermano mayor, Ramón, fue el primer marqués de Lises. Su educación, como era usual para la aristocracia, estuvo a cargo de los jesuitas, primero en Riobamba y luego en Quito. Sus estudios incluyeron aritmética, geometría, latín y astronomía. Es decir, un conjunto de elementos lo preparaban para dedicarse a operaciones matemáticas y geométricas. Pero lo más valioso fue su actividad previa al encuentro con los geodésicos franceses: su preocupación por la geografía, que ya hemos mencionado (Latorre 2005).

¿Por qué este interés? Hernández Asensio (2006) señala que esta idea de un camino directo entre Esmeraldas y Quito tenía cerca de cien años. Este viejo planteamiento es retomado porque se sentía una clara necesidad de buscar alternativas ante una crisis que se estaba iniciando en la Real Audiencia.

En efecto, América, desde fines del siglo XVII, venía sufriendo significativos cambios. Las minas de Potosí habían perdido su productividad, mientras que la producción textil estaba en decadencia. Al respecto, Miño (2007, 168) documenta una reducción del número de trabajadores en los obrajes: de 10 000 a 6000 en ochenta años. El mismo autor señala que en esta época se produce un cambio en el tipo de tejidos más demandados, pues existió un desplazamiento hacia el algodón. El abastecimiento de esta materia prima era más fácil desde el sur, es decir, el Azuay, que tenía una red de comunicación con los cultivos ubicados en los valles del norte del actual Perú. Era necesario buscar alternativas y estas se referían tanto a nuevos productos como a nuevas rutas que permitieran la comercialización a menores costos. Maldonado, como representante de la élite hacendada, se dedicó a explorar tanto recursos como vías.

El problema de comunicación experimentado en la Real Audiencia de Quito no solo se refiere a la dificultad propia de toda la costa Pacífica americana (es decir, la necesidad de pasar por el cabo de Hornos o bien hacer

los complejos trasbordos de Panamá). También se refiere a las dificultades para llegar al mar. En ese entonces se están desarrollando alternativas. La más usual es la de Cartagena: avanzar por tierra hasta el Magdalena y de allí tomar el río hasta el puerto principal para la América española, Cartagena. Pero Pedro Vicente Maldonado apuesta a otra alternativa: buscar la salida hacia Atacames, en el norte de la Costa de lo que hoy es el Ecuador, ahorrando muchos kilómetros de vía terrestre y marítima respecto a la alternativa por Bodegas y Guayaquil. La vía propuesta por Maldonado significa un total de 1133 kilómetros de recorrido hasta Panamá: 903 por mar, 105 por vía fluvial y 125 a lomo de mula, frente a la tradicional de 270 kilómetros por tierra, 62 por río, 1468 por mar, un total de 1800 kilómetros. Esto ahorraría, sobre todo, más de la mitad del camino con acémilas, la parte más difícil del trayecto. Si se compara con la ruta que va por el Magdalena, esta otra implica aproximadamente un recorrido total bastante similar para llegar no a Panamá, sino a Cartagena en el Atlántico. La diferencia está en que el recorrido por tierra a lomo de mula era mucho mayor, pues llegaba a unos 840 kilómetros a los cuales había que agregar unos 600 por vía fluvial.⁶¹ La perspectiva es sobre todo ahorrar recorrido en mulas, en especial el trayecto por los páramos que, como varios viajeros describen, estaba sembrado de los huesos de las acémilas muertas y de cruces que marcaban a los viajeros que habían perecido en el trayecto (Bedoya 1969; Humboldt 1980; Cicala 1994). Con respecto al Callao, si bien la ruta por el norte es más larga (1972 kilómetros frente a los 1686 de la alternativa por Guayaquil), de todas maneras el recorrido a lomo de mula era menor (125 kilómetros frente a 270).

En cuanto a productos, también hay una búsqueda de alternativas frente a la crisis de la minería, sobre todo de productos vegetales. En ese entonces ya son significativas las maderas, principalmente para la construcción naval, pero también muestran importancia la quinina y el cacao.

Pedro Vicente Maldonado fue profesor del Colegio Jesuita de Riobamba, su ciudad natal. Esta orden religiosa jugó un rol importante en la Real Audiencia de Quito y luego en la República del Ecuador. De hecho, la

⁶¹ De Panamá a Cartagena era necesario agregar 26 kilómetros en mula, 49 por río, 49 más en canoa por la costa hasta Portobelo, y 539 kilómetros más por mar.

Compañía de Jesús muestra características que la hacen clave para esta historia. Se trata de una orden cosmopolita. Buena parte de sus sacerdotes fueron reclutados fuera del territorio español. Llegaron personas que habían sido educadas en los ambientes menos controlados por la lógica inquisitorial. En concreto, en los conventos de la Compañía de Jesús se encontraban, con frecuencia, sacerdotes de origen alemán, suizo o de otras latitudes europeas. El funcionamiento de la Compañía es de carácter planetario. Los padres jesuitas viajan, entran y salen del Imperio español. Eso les da contacto con las nuevas ideas. Más aún, su misión encarnada en la Contrarreforma les impone la necesidad, la obligación de conocer a los nuevos autores. En muchas ocasiones puede que sea con el exclusivo fin de combatirlos, pero eso tiene un efecto: necesitan conocerlos. Una manifestación de ello es el papel del jesuita Luis Lozada, quien nuevamente en Salamanca lanza improperios contra los “filósofos de capa y espada que se han introducido en el coto reservado a los venerables teólogos” (Sánchez Blanco 1999, 46). No obstante, al mismo tiempo pone en práctica sus experimentos, lo que supone su difusión. Otro ejemplo es la actividad del jesuita belga Jean Bolland (Sánchez Blanco 1999), quien se dedica a expurgar el contenido histórico de las vidas de los santos. Con ello cuestiona implícitamente leyendas y fábulas que justifican santuarios y privilegios de los poderosos. Esto muestra el rol bivalente de la orden. Se destaca en muchas ocasiones porque sus miembros organizan la defensa más erudita de la tradición religiosa, al mismo tiempo que en sus filas se muestran innovadores y algunos bastante audaces.⁶²

En América los jesuitas ejecutan un sinnúmero de actividades. Las misiones son uno de los ejes centrales. En las de Maynas no encontramos el éxito rotundo de las guaraníicas, pero se constituyen en el espacio privilegiado del encuentro con aquel que no pertenece al orden imperial y se mantiene al margen del mismo y, en realidad, de todo orden occidentalizado. Se mueven en los límites de la sociedad, pero lo hacen también en el centro. Educan a las élites, están en Roma cerca del papa (hasta ese entonces al menos) y desarrollan además toda una actividad económica a través

⁶² Este lado “progresista” de los jesuitas se ha expresado, tal vez de manera más abierta, en las iglesias latinoamericanas, en especial en la centroamericana.

de propiedades y haciendas en todos los pisos ecológicos de los Andes, en los que llevan a cabo una actividad empresarial vigorosa. Esta incluye desde la producción de aguardiente con el trabajo de esclavos, hasta el asesoramiento a funcionarios reales. Esto da una pista sobre la dimensión de su inserción en la economía y abre una puerta a su rol de carácter conflictivo en la sociedad.

En efecto, desde el primer momento en que los jesuitas llegan a la Real Audiencia, en el siglo XVI, enfrentan oposición. Es necesaria una negociación para vencer la resistencia del vicepresidente del cabildo. Si bien los testimonios de los jesuitas hablan del gran entusiasmo con el cual son recibidos, no por ello deja de ser cierto que una organización tan extensa y poderosa generará recelos y conflictos (Jouanen 1941).⁶³

De todas maneras, la oposición será una constante en la vida de la Compañía. El conjunto de expulsiones e incluso su disolución son una manifestación de la fuerte tensión que la orden vive. En relación con la llegada de la misión geodésica, lo que me interesa destacar es que los jesuitas, además de ser los interlocutores académicos naturales, representan un punto de vista específico sobre la vida social de la Colonia: el de un permanente descontento por las costumbres y la moral, de lo cual se quejan constantemente. Testimonios de los expedicionarios nos ayudan a entender el conflicto. El primero se refiere al papel del juego denominado el boliche.⁶⁴ Así mismo, tenemos las descripciones del “cañarico”, baile en el cual quien danzaba debía despojarse progresivamente de todas sus ropas, como corrobora Martín Nicoulin quien, a partir de los textos de Magnin, dice:

63 Los jesuitas generan diversos debates. ¿Su éxito económico se debió al control absoluto de la mano de obra semiesclavizada o a su capacidad organizativa, e incluso al hecho de que las jornadas de trabajo en las misiones eran más cortas (seis horas)? ¿Eran odiados por la envidia que su riqueza despertaba? ¿Por su arrogancia ante el mundo sincrético? ¿Por los privilegios que se derivaban de su filiación papal? Hay dos elementos que conviene tener presente: en las luchas por la sucesión española, apostaron por el bando perdedor; sus estatutos autorizaban cometer pecados cuando se hacía por orden de un superior. Una ética doble ideal para las conspiraciones (Curia del Propósito General de la Compañía de Jesús 1996).

64 En una descripción algo posterior, de 1743, se cuenta que en Ambato, ciudad ubicada a 120 kilómetros al sur de Quito, sucedió lo siguiente: “Comúnmente sucede en los boliches que la mujer más fuerte se rinde, la señora más noble se envilece, la casa más honesta se deshona, la criada más sujeta se pierde. La negra más leal se tizna, el niño más sencillo se corrompe, el casado más irreprensible adultera, el anciano más juicioso se enloquece” (Cicala 1994, 173).

Un grand libertinage y règne. Les habitants du Nouveau Monde pratiquent une morale bien permissive. Sur les flancs du volcan Pichincha les hommes et les femmes s'aiment en groupe, on l'appelle fandango, où les hommes et les filles, après s'être enivrés se dénuent tout entièrement et en la présence des enfants font les actions les plus déshonnêtes (Nicoulin 1993, 15).

La descripción de las prácticas que entran en conflicto con la moral católica puede multiplicarse. No solamente se trata de acciones poco castas, sino que en más de un caso se inician con la participación de curas y religiosas, que llegan incluso a ser los organizadores (Juan y Ulloa [1826] 1982, 501).

Tanto Magnin como Cicala, los autores de estos testimonios, son jesuitas, lo cual nos muestra que la orden religiosa parece encarnar un celo en contra de una dinámica social relativamente extendida. El propio de Ulloa, al describir un capítulo de la orden de los franciscanos, señala que estos se reunían provenientes de toda la provincia acudiendo con sus mujeres, hecho que evidentemente escandalizaba a una parte del edificio moral de la Iglesia colonial (Juan y Ulloa [1826] 1982).

Esto sucede en la misma ciudad que está llena de templos, en la que las procesiones son las festividades más llamativas y en la cual hay una constante referencia a la piedad y la devoción. Las discusiones sobre la “ética en la Real Audiencia” así como en toda la administración colonial son un tema recurrente. De Ulloa indica, en sus textos, que las actividades deshonestas son propias de las clases incultas, pero hay otros testimonios que hacen pensar que se trata de una dinámica presente en muchas clases sociales.

Frente a esto surge, con relativa facilidad, una mentalidad algo arrogante por parte de quienes no albergan dudas de ser poseedores de la verdadera moral y ética. No solamente se contentan con poseerla, sino que pretenden forzar a toda la sociedad a someterse a la misma. El terreno para las tensiones está abonado.⁶⁵ Los jesuitas están cerca del poder. Gozan de una situación especial, puesto que se dedican a tareas que combinan el trabajo en diversos sectores sociales. Van a las cárceles, poseen esclavos, se

65 El poder de los jesuitas se refleja arquitectónicamente en Cuzco, donde la Iglesia de la Compañía compite con la propia catedral, en esplendor y altura, en la plaza principal.

preocupan por ellos en las ciudades, trabajan con los pobres y dan mucha atención a las mujeres, pero también a la élite. Con todo ello representan no solo a la orden de los poderosos, sino que pretenden entrometerse con todas las clases sociales. Así, atropellan las funciones y los territorios que no pocos intermediarios políticos y religiosos habían consolidado. Por último, hay que referirse a su actividad económica. El verdadero complejo de haciendas e industrias que manejaban, con obrajes y talleres de herrería, los convertían no solo en rivales económicos sino en agentes económicos que interactuaban con los demás en condiciones de ventaja,⁶⁶ lo que se percibía como competencia desleal. Esto determinó que los jesuitas se convirtiesen, con facilidad, en símbolo de una prepotencia elitista o extranjera, lo cual generó reacciones. Fueron combatidos de diversas maneras. Su compleja situación en los juegos de poder en España los llevaría a ser expulsados, luego disueltos. En el caso del Ecuador, este sentimiento se prolonga a la República durante la cual, a pesar de haber regresado en 1850, son expulsados nuevamente en el año 1852, para regresar en 1862, asociados al Gobierno de García Moreno, con el fin de cumplir tareas a las cuales me referiré más adelante.

Si se retoma la arquitectura como testimonio de las dinámicas sociales, se observa que en Quito la catedral no tiene la magnificencia de la catedral cuzqueña; al contrario, es opaca frente a las dos iglesias más renombradas, la Compañía de Jesús y la iglesia de San Francisco. Tampoco es accidental que el mayor valor arquitectónico de la catedral sea su pretil, construido por uno de los últimos presidentes de la Audiencia, enmarcado en una dinámica reformista y estatista borbónica, el barón de Carondelet, al final del siglo XVIII (Larrea 2007, 57).

La sociedad está dividida, es cierto: en la religión hay divisiones en el ámbito de la ideología, que no es sino una manifestación más de la jerarquización que existe en la organización social. Se trata, tal como señala de Ulloa, de una sociedad de estamentos. Están los blancos, que no llegan, según el marino español, a sumar más de seis mil personas. Luego, los mestizos, que sumarían unas doce mil almas; los indígenas, otro tanto; y

⁶⁶ Tenían importantes exoneraciones tributarias.

un número similar a los europeos del grupo formado por negros y diversos tipos de castas (es decir, mezclas de negros con indios, mestizos o blancos).

Pero hay otro aspecto en el cual los jesuitas representan también un ejemplo especial, y esta es su inquietud intelectual, que es indispensable para asumir su función en la Contrarreforma. Los sacerdotes de la sotana negra, como fueron conocidos, se dedican también a recorrer el territorio, a explorarlo, elaboran mapas y viven la fe en la religión y el progreso. Lo viven, concretamente, en las acciones para imponer su civilización a las naciones de gentiles, pero también a través de su rol en la sociedad. Es así como el repertorio de mapas y descripciones geográficas a cargo de quienes pertenecen a la orden es abundante.

Ejemplos de esto son la iniciativa del padre Acuña, quien acompaña a Teixeira en su viaje de regreso al Brasil por el Amazonas. También las acciones del padre Richter y de quien luego se encontraría con la misión francesa, el padre Magnin. Este había elaborado su propio mapa de las misiones, y en él encontramos algunos elementos interesantes. En primer lugar, el sacerdote se ha preocupado de tomar medidas astronómicas para registrar la latitud de los diferentes elementos geográficos, que se expresan con exactitud. Llama la atención, por el contrario, la inexactitud de las dimensiones en cuanto a la longitud. En este aspecto, y esto es especialmente relevante para el perfil costanero, lo que observamos está claramente deformado. Se debe a que no existían instrumentos de relojería indispensables para efectuar una buena determinación astronómica de las longitudes. Los errores fueron corregidos luego gracias a técnicas más sofisticadas de medición del tiempo, y a los trabajos de agrimensura por triangulación, más detallados y tediosos.

Otro aspecto destacable es que, a pesar del detalle de la cartografía sobre la región amazónica y de tratarse de una descripción básicamente correcta, encontramos un enorme vacío en la vertiente del Pacífico. En ella incluso encontramos ríos cuyo curso no tiene continuidad, como el Guayllabamba. Esto es lógico dado el objetivo del sacerdote, que es la descripción de su misión, pero también lleva a intuir que en el mundo jesuita, la realidad relevante o priorizada era la línea costera, y el mundo de sus trabajos, las misiones de Maynas. El mapa de la vertiente del Pacífico recién estaba siendo elaborado por Pedro Vicente Maldonado.

Regreso a la misión geodésica. Esta muestra divisiones internas. En el primer momento hay dos grupos: el principal, que sube al altiplano por la ruta tradicional de Bodegas (actual Babahoyo), y el de La Condamine, que sube por la ruta de Pedro Vicente Maldonado con su propio guía y su propia compañía. A su llegada a Quito, se comienzan a manifestar algunas características de lo que será la relación entre los metropolitanos y lo que llamaré la sociedad local. Pero antes de que los académicos llegaran a Quito, Pedro Vicente Maldonado se tomó el trabajo de ir en búsqueda de La Condamine por el camino entre Manta y Esmeraldas. Este hecho muestra su interés en el encuentro, habla de una red de información a través de la cual alguien ubicado en Esmeraldas pudo conocer los detalles y la ruta del francés. Las únicas fuentes de información podían haber sido o bien personas que recorrían el territorio por tierra desde Manabí a Esmeraldas o embarcaciones que circulaban de Guayaquil o Manta hacia la ciudad norteña. Sin adentrarme en los mecanismos por los cuales fluía esa información, es relevante destacar que Maldonado, como miembro de la élite, parece tener acceso a datos que le permiten conocer lo que sucede en un territorio amplio y con poca densidad. Esto es una manifestación de la relación entre poder y territorio.

Cuando los académicos llegan a la ciudad son alojados en el Palacio de la Real Audiencia. Enseguida, son visitados y homenajeados por todas las autoridades, eclesiásticas, civiles y de todo orden. La serie de ceremonias parece ser motivo de una especial fiesta que incluye bailes en los cuales los franceses se destacaron en enseñar a las señoritas quiteñas los últimos pasos del cuplé (Von Hagen 2008, 59). Esta luna de miel duraría poco. Es necesario comenzar el trabajo, y si bien el paisaje montañoso ofrece ventajas para ejercicios de triangulación por la amplitud de la vista, presenta dificultades para establecer una línea base, es decir, una distancia medida físicamente. La tarea fue iniciada en la llanura de Yaruquí, el mismo sitio en el cual actualmente funciona el nuevo aeropuerto de Quito.⁶⁷ Cuando esto sucede, uno de los académicos enferma. Se trata de Couplet, que aparentemente había contraído malaria. Seniergues, el médico de la expedición,

⁶⁷ Lamentablemente, en esta construcción se ha destruido uno de los restos ya reconstruidos de esta línea base.

intenta curarlo con sangrías, al estilo del siglo XVII. Sus esfuerzos son vanos y este es el primer académico en morir en su misión. Resulta irónico que este fallecimiento se produjese justamente en las tierras en las cuales se utilizaba ancestralmente la cascarilla, o quinina, para tratar esta y otras enfermedades. Me pregunto cuál habría sido el resultado si se hubiese recurrido a las prácticas médicas locales que ya se habían extendido en ese entonces, y que incluso habían sido llevadas a Roma en 1631 por el jesuita Alonso Messia Venegas (Ortiz Crespo 2002; Von Hagen 2008).

No poder acceder a la información médica de curanderos y de los propios jesuitas representantes de la lógica y cultura europea, además del dramático desenlace que aquí describo, apunta a otro aspecto de la relación entre los académicos europeos y la sociedad de la Real Audiencia. A partir de cierto momento comienzan a producirse “malentendidos” entre los científicos y la sociedad colonial. El primero lo describe de Ulloa: la sociedad local no podía entender qué estaban haciendo estos personajes en estos territorios.

Otros atribuyen todo lo que hacemos al hecho que nos esforzamos por descubrir algunos minerales ricos o algún tesoro enterrado; cuando les decimos el motivo real de la expedición, les produce una gran sorpresa. Su ignorancia sobre la importancia de lo que hacemos no les permite dar crédito a nuestras afirmaciones (Ulloa citado por Von Hagen 2008, 68).

Las primeras cartas del malentendido están lanzadas. Estos extranjeros, “gringos”, diríamos hoy día, se traen algo entre manos, nos van a quitar algo. ¿Cómo los controlamos? Esta es una dimensión de los malentendidos. Pero hay otras. Se hacen evidentes, también, problemas de jerarquías y de protocolo. El presidente de la Real Audiencia que los recibió sentía entusiasmo por esta conexión con el mundo europeo. Pero le dejó el puesto a otro personaje, José Araujo y Río, quien desconfió de los expedicionarios. Estaba seguro de que su misión era desenterrar algún tesoro, y no solo eso, sino que se sintió profundamente ofendido cuando de Ulloa no le rindió la pleitesía que él consideraba obligatoria. Es el mismo código de precedencias y de honores en medio del conflicto entre la universidad jesuita y

la dominica. El mundo colonial es el mundo de jerarquías defendidas al extremo. Estos personajes con pasaportes reales y todo lo demás lo están alterando. El nuevo presidente de la Real Audiencia amenaza con detener al autor del desacato, es decir a de Ulloa. Ante esta situación, Jorge Juan y La Condamine viajan a Lima, el primero para pedir ante el virrey órdenes que, de acuerdo con el pasaporte y la autorización real, permitieran la continuación de los trabajos; el segundo, para arreglar temas financieros causados por la prolongación de la expedición, y el consumo excesivo del presupuesto inicial.

Esto permite a La Condamine conocer más el virreinato y resolver los problemas prácticos, por lo que la tarea prosigue. Sin embargo, poco antes de que su triangulación termine, se producen otros acontecimientos. Uno de ellos es que llegan las cartas de la Academia de Ciencias de París informando del éxito de la misión a Laponia. Maupertius fue el primero en probar el achatamiento de la Tierra en los polos. Esto causa cierta decepción, pero los expedicionarios deciden proseguir con su tarea, y para ello avanzan hacia el sur y llegan a Cuenca. Aquí las tensiones adquieren un carácter diferente. En esta ciudad, el doctor Seniergues entra en contacto con una familia aristocrática, la familia Quesada, la cual estaba en un conflicto de honor con la familia del alcalde. Se suceden reclamos. A Seniergues se le atribuyen lazos afectivos con una de las hijas de la familia Quesada. Las tensiones crecen. Se recurre al desafío a duelo, pero la evolución de los hechos opta por caminos imprevistos. En una corrida de toros, la masa de espectadores, manipulada tal vez por el bando contrario, toma parte en una confrontación, se lanza contra Seniergues y lo asesina.

No puedo decir nada sobre lo que sucedía entre el médico y la señorita Quesada, pero sí es evidente el malentendido entre la sociedad cuencana y el sabio francés. Aparentemente, el francés entiende el problema como un asunto de hidalguía y de honor. Su rival sabe que es determinante la política, que existe una lucha por la legitimidad y que eso se resuelve a nivel de jerarquías. Para ello lo central es la capacidad y los mecanismos para movilizar a personas por su causa. Gana el segundo, muere el primero. Pero esto no solo se ubica en el terreno de lo personal. Hubo sermones, arengas, intervinieron los jesuitas como mediadores. El resultado final es un recha-

zo concluyente a la intervención extranjera en las redes de legitimidad en el territorio cuencano. Poco después de que esto sucediese, los miembros españoles de la misión son llamados con urgencia a Lima. Ha estallado la guerra con Inglaterra y se conoce de dos flotas británicas que están en marcha para atacar América. Una de ellas, al mando del almirante Anson, avanza hacia el Pacífico. Su objetivo era atacar Panamá, lo cual combinado con el ataque del almirante Vernon a Cartagena, debía dar a Gran Bretaña el control de la entrada a Sudamérica. Muchos factores intervienen en el curso de la guerra. Al inicio la suerte está del lado británico, pues la flota española enviada a defender el Pacífico fue destruida por tormentas en el Cabo de Hornos. La flota británica sale mejor parada, pero no inmune, debe detenerse a reparar naves en la isla Juan Fernández.

El ataque inicial de Vernon a Portobelo es un éxito. La flota de 185 barcos se dirige para asestar el golpe final a la soberbia imperial española. Atacan Cartagena. La superioridad naval y numérica de los británicos les garantizaba el éxito. Se mandaron a hacer las medallas correspondientes para celebrar la victoria que nunca llegó. Los hechos que acontecieron en esa ciudad durante los cincuenta y seis días de asedio han sido relatados de manera novelada por el escritor colombiano Pablo Victoria (2008). El autor describe cómo se combina una brillante dirección del comandante español don Blas Lezo quien, a pesar de que ya había perdido un ojo, una pierna y una mano en previos combates con los británicos, logra organizar una resistencia heroica. A esto se suma una epidemia en los campamentos de los sitiadores; les causa más bajas que a los españoles y los obliga a retirarse. La epidemia de todas maneras se cobra también la vida del comandante español, quien muere en cama pocos días después de su histórica victoria. De Ulloa y Juan deben organizar las defensas frente a posibles ataques de la flota de Anson contra Lima o Guayaquil. Ninguno de estos se produce. Anson se contenta con atacar Paíta y Acapulco, donde logra capturar apreciables botines. El Imperio español tendría que esperar muchas décadas antes de desmoronarse.

Lo relevante aquí es que dichos acontecimientos mantienen a de Ulloa y Juan fuera de Quito durante varios meses, en los cuales La Condamine inicia la construcción de dos pirámides, monumento y testimonio de los

trabajos emprendidos por la misión. Esto dará lugar a otro incidente. Las placas colocadas en las pirámides no mencionaron a los marinos españoles, incluso el monumento estuvo coronado por una flor de lis, el emblema de la monarquía francesa. Esto fue percibido como una ofensa a los españoles y a su rey. Se inicia entonces una batalla legal en la cual se enfrentan los miembros de la misma expedición. Las autoridades de la Audiencia buscaron una solución intermedia: agregar los nombres de los españoles. Pero esta salida no pareció satisfactoria en España, donde se ordenó destruir las pirámides. Una apelación concedida a favor de La Condamine no llegó a tiempo para salvar los monumentos.

En este incidente se evidencian varios hechos. Por una parte, existe una estrategia política. La Condamine aprovecha una tensión entre las autoridades y los enviados reales. De Ulloa y Juan son críticos de la realidad de la Audiencia, como queda patente en sus textos posteriores. Pero es también claro que su reclamo es a nombre del principio de autoridad que ellos representaban como enviados del rey. Las autoridades coloniales responden débilmente. Tanto es así que luego se ordena una respuesta más radical. Sin embargo, se debe anotar que, por este incidente, los dos marinos españoles no dejarán de mantener contacto e incluso llegarán a ser parte de la Royal Académie des Sciences de Paris. Veremos luego algunos significados de esto.

Pero hubo otros acontecimientos de la misión científica. Jossieu queda traumatizado cuando sus sirvientes cometen errores que destruyen sus colecciones botánicas, producto de años de trabajo; según Von Hagen (2008, 81), el científico pierde la razón. Otras versiones describen, en cambio, que Jossieu permanece en América dedicado a la medicina, dirige las medidas contra una epidemia de sarampión en Quito, visita Chacras, Lima, y pierde nuevamente sus colecciones botánicas. Lo cierto es que regresó a París sin mayor entusiasmo y casi no salía de su casa.

Por su parte, monsieur Godin de Odonais se enamora de una muchacha: Isabel Grandmaizon. Se casan y de este matrimonio surgen diversas consecuencias. Al regreso de la fiesta celebrada en Riobamba, Morainville, el dibujante naval, sufre un accidente en un andamio armado alrededor de la iglesia de Cicalpa que está bajo construcción; debido a ello, fallece. Pero tal vez la consecuencia más conocida de este matrimonio es la aventura en

la cual se verá involucrada la señora de Godin. Resulta que el más famoso de los académicos, La Condamine, toma contacto con los jesuitas y descubre los textos y el mapa del padre Fritz sobre el Amazonas. El descubrimiento le inspira el deseo de conocer y explorar esta cuenca. Comparte la idea con sus amigos Godin des Odonais y Pedro Vicente Maldonado. Se inicia así la parte tal vez más conocida y, desde cierto punto de vista, más productiva de la expedición. Maldonado parte por el río Pastaza; La Condamine lo hace por el Zamora. Se encuentran en Borja, en donde se topan con el padre Magnin. Reciben su mapa, recolectan caucho, quina y curare, siguen avanzando hasta Pará y luego a la Guayana Francesa. Godin decide quedarse: su deseo era hacer el mismo viaje, pero deseaba hacerlo con su mujer. Espera un poco para preparar, adecuadamente, el viaje y luego los acontecimientos evolucionan hacia una verdadera novela en la que pierden la vida muchas personas.

Godin des Odonais efectúa el viaje poco después, pero lo hace solo porque se proponía verificar el camino que su mujer debía realizar. Llega a Cayena y busca por todos los medios que se ponga a sus órdenes una galera, pues para remontar el río eran necesarios remadores. Elabora planes, propone un complot para que Francia se adueñe de todo el Amazonas (había perdido el Mississippi) y poco a poco pasa el tiempo. Cuando se han cumplido los quince años de espera, el Gobierno portugués accede a la petición de Godin, quien se había servido de todos los intermediarios posibles. Pero entonces, temiendo una trampa por sus propios complots, posterga el viaje.

Luego de veinte años, un mensaje suyo llega a Riobamba. Su mujer emprende el viaje, pero lleva consigo, sin saberlo una epidemia. Llega a Andoas, pero la enfermedad va diezmando a su grupo y a las poblaciones que los habían alojado. Ella está inconsciente en la selva; es dada por muerta. Unos indígenas la recogen y la entregan delirando en una misión. Poco a poco se recupera, y logra hacer el viaje hasta Cayena. Se demora más de veinte años en reunirse con su marido, puesto que pusieron su vida en que el reencuentro tenía que ser por el Amazonas. En el esfuerzo, varias galeras subieron y bajaron el río; de sus veinte acompañantes en el viaje sobrevivió uno solo, y además las poblaciones por las que pasó quedaron diezmadadas.

Antes de terminar con la historia de esta expedición, con sus dimensiones trágicas, añado una nota más feliz. Pedro Vicente Maldonado, quien regresó a Europa con La Condamine, tuvo un rápido éxito en los medios europeos. Es recibido por Felipe V de España y nombrado gentilhombre de Cámara. Es recibido también en la Royal Académie des Sciences como su primer miembro sudamericano. Y luego de visitar Holanda es nombrado miembro de la Royal Society de Londres. Pero aquí llega a su fin la felicidad puesto que una enfermedad lo sorprende y termina con su vida antes de que pueda asumir esta dignidad.

Con esto pongo fin a los dramas humanos de la expedición francesa, pero esto no significa que hayan finalizado las implicaciones que el proceso tuvo. Existen otras dimensiones destacables. La primera es la trascendencia que, en términos de la botánica económica, tuvo la expedición. La Condamine, gracias a sus viajes por Esmeraldas, quedó fascinado con el caucho. Aprovechó la tecnología que ya se usaba artesanalmente para impermeabilizar las maletas de sus equipos científicos. Luego, en su viaje por el Amazonas, recogió muestras del látex, en realidad la segunda planta que La Condamine llevó a Europa. También se preocupó de las variedades de la cascarilla y llevó consigo muestras para analizarlas. Esto es algo que también hicieron sus colegas médicos, por ejemplo, Jossieu. El uso del caucho deberá esperar a que se desarrollen otros procesos para aplicarlo masivamente a la impermeabilización, empaques, correas de transmisión y luego aislantes eléctricos, entre otros fines.

Con esta descripción de la expedición, intentaré hacer un balance de sus logros. ¿Qué obtienen las diferentes partes? ¿Qué gana la Real Audiencia? ¿Y la monarquía española? ¿Los intereses franceses? Y si algún sentido tiene, ¿qué gana la ciencia, en general? Para hacer un balance justo, lo lógico sería indagar sobre los costos. ¿Qué pagó cada quién?

Para Francia el viaje fue un éxito, algo costoso, pero un éxito. Entre los costos, los más fuertes fueron las pérdidas de vidas, puesto que tres de sus enviados murieron debido a una enfermedad, un accidente y un homicidio. Otro, que decidió casarse con una americana, también murió en un accidente. Pero a estos miembros que perdió tal vez los ganó en otro ámbito, pues incorporó a Maldonado, a Jorge Juan y al padre Juan

Magnin. Ganó en conocimientos sobre el caucho y la quinina, una carta determinante en el mundo comercial. A pesar de estos avances, Francia no conquistó todavía (lo harían bastante después los ingleses y holandeses) la capacidad de usar y producir el caucho y la quinina. Tuvo otras ganancias en el terreno no científico, pues el drama de la familia Godin fue, durante un tiempo, el referente de historias románticas. La epopeya de la señora Isabel Grandmaizon de Godin se convierte en un símbolo de una sensibilidad heroica con acento melodramático.

¿Cuánto ganó la ciencia? Su rol en determinar la forma de la Tierra fue solo una confirmación del trabajo realizado en Laponia. Pero el conocimiento de la Amazonía, de las plantas, fue una ventana que se abrió y una confirmación del rol metropolitano en cuanto a la obligación y el derecho a conocer el mundo entero. Se consolida y da forma a la “expedición científica”. Los roles diferenciados entre los países cultos y civilizados y frente a los periféricos o colonias comienzan a armarse.

Creo que el avance científico concreto estuvo limitado por el hecho de que Europa aún no disponía de ciertos instrumentos básicos para poder procesar, científicamente, esta relación asimétrica con las colonias. Por ejemplo, ni el caucho ni la quina llevan el nombre científico dado en esta expedición. Esto se explica porque el método, el parámetro para la descripción botánica, recién estaba siendo montado. El sistema linneano de clasificación de plantas y seres vivos fue publicado mientras los expedicionarios se debatían en su esfuerzo geométrico. Europa aún no contaba con la nomenclatura binaria de Lineo. De todas maneras hay otros avances, entre ellos el “descubrimiento” del platino.⁶⁸

¿Cuánto ganó España? Indudablemente, se le generaron algunos problemas. Debió dedicar mucho tiempo a los juicios para adecuar los textos de las pirámides (que fueron reconstruidas), a las rivalidades entre académicos y autoridades, y a intentar aclarar los acontecimientos de la muerte de Seniergues. Pero eso tal vez correspondería más bien al balance de la administración colonial. El logro ibérico más relevante estuvo en otros dos terrenos. El primero es que contó con un reporte agudo, aparentemente

⁶⁸ “Descubrimiento” en cuanto incorporarlo dentro del sistema de referencia científico europeo, puesto que ya era conocido y usado por los americanos.

desinteresado. Contó con una alarma sobre lo que sucedía en sus colonias. ¿Cuál es el verdadero valor de las *Noticias secretas* de Ulloa y Juan? Es difícil decirlo, sobre todo porque aparentemente no fueron muy adecuadamente aprovechadas. Pero España ganó también en otros planos. Es relevante el rol que sus participantes tuvieron luego en otros acontecimientos, como la racionalización de las minas de mercurio en Huancavelica. Pero lo más relevante es el papel de los dos comisionados en la organización de sociedades científicas en España y su aporte a la modernización de la marina española. Una cosecha nada despreciable.

¿Qué pasa en el ámbito de la Real Audiencia o, en general, en el ámbito de la administración colonial? Los efectos son diversos. En el plano más general está la discusión sobre si podemos hablar de que se perdió a uno de los intelectuales más destacados. Pedro Vicente Maldonado dejó América y nunca regresó. El explorador, que impulsaba caminos, hacía observaciones y educaba, tomó otra dirección que le llevó a Europa, en donde su presencia ayudó a construir, en alguna medida, el carácter cosmopolita de la Académie Royale des Sciences.

Pero también puede haber la lectura inversa: la Real Audiencia ganó un académico. Si no hubiese sido por esta expedición, Maldonado probablemente habría pasado el resto de su vida intentando inútilmente convencer a las autoridades coloniales del camino a Esmeraldas, o tal vez de algún otro camino hacia Manabí o, por qué no, hacia el Oriente. Es probable además que sin este viaje su figura hubiera pasado olvidada. Tal vez hoy día ni siquiera tendríamos registro de sus sugerencias viales. Esto nos puede hacer pensar que el costo en vidas, para la Real Audiencia, fue incluso menor que para los franceses, pues mientras estos perdieron a tres expedicionarios, los criollos parecen haber perdido solo uno. Este cálculo también es relativo, pues si se van a contabilizar las actividades posteriores, esta misión o, más bien dicho, su derivación final, el viaje por el Amazonas y especialmente la epopeya de Madame Godin, significó muchas muertes más: muchas en la familia Grandmaison, además de poblados enteros en la Amazonía.

Pero esto es también parcial. Tal vez Jussieu, en su práctica de la medicina, salvó otras vidas y, si se quiere ser equilibrado, se debe reconocer el aporte francés en otros campos. Por ejemplo el trabajo en construcciones,

como el templo de El Quinche y el de Cicalpa, diseñados por los franceses. Seguramente el otro Godin, en su rol de profesor en la Universidad de Lima, efectuó aportes a la formación y desarrollo intelectual de la élite criolla; tal vez lo hicieron todos en sus conversaciones, en las tertulias.

No es este un ámbito en el cual sea posible efectuar un balance. Lo que queda claro es que las condiciones institucionales en las cuales se desarrolla la misión hacen que sus frutos para la Colonia sean mucho menos visibles. A pesar de los efectos particulares que la presencia de cada persona puede haber tenido, no se encuentra un desarrollo institucional. La posibilidad del desarrollo de una ciencia no parece haberse consolidado. Esto, en cambio, y en diversa medida, sí sucedió en Francia y en España.

Señalo algunos elementos adicionales. La delegación francesa está atravesada por rivalidades propias de un grupo diverso de personas, agudizadas por las características de los medios académicos: niveles altos de autoestima, incluso alteraciones de la personalidad, que llevan a diversos tipos de comportamientos “especiales”. Un ejemplo de esto es la obsesión de Godin por qué su mujer viaje por el Amazonas.⁶⁹ Incluso está el juicio entre La Condamine y de Ulloa, que fue duro y determinó que, en la Real Audiencia, se destruyeran las señales físicas de la expedición. Pero todo ello no impidió que se estableciera una clara colaboración entre la academia francesa y los proyectos científicos españoles. En América los conflictos parecen tener otro carácter. Se llega al asesinato en el caso de Seniergues, pero sobre todo se prolonga en los juicios, se incide en la desconfianza entre la autoridad española y la colonial, y no vemos que se hayan cosechado mayormente los frutos de la expedición.⁷⁰

La expedición llegó a su fin y los procesos que describí continuaron. Las contribuciones de los científicos florecieron por toda Europa, y ya de

69 La ruta normal de viaje podría haber sido por tierra hasta el Magdalena, luego por río hasta Cartagena y de allí se embarcaría. La alternativa era Guayaquil, Panamá, Portobelo y Cartagena. Cualquiera de esas opciones hubiera permitido que la pareja se reuniese en un máximo de un año. ¿Por qué optaron por esta alternativa que los separó casi veinte?

70 Un solo elemento adicional señalaré. Esta expedición es determinante para la Real Audiencia por un factor al cual regresaré posteriormente, y es que en cierto sentido será el que dé el nombre al Estado que surgirá en este territorio. Pero para abordar el tema debo esperar que se produzcan los acontecimientos de la Independencia.

una manera significativa comenzaron a verse aportes norteamericanos. El proceso que se desarrolla entonces puede ser descrito de varias maneras. Propondría dos movimientos que se van combinando. Por una parte, se desarrolla una aproximación clasificatoria de los fenómenos antes de poder explicarlos, lo cual facilita el debate sobre las explicaciones que compiten para dar cuenta de los hechos relevantes en ese dominio específico. Luego vienen las explicaciones, que se enmarcan en alguna de las escuelas previamente propuestas. Posteriormente, las más fértiles de esas propuestas entran en debate con otras perspectivas y van decantando su supremacía, muchas veces a través de un proceso de mejor definición o de traslado de algunas objeciones a terrenos de “lo que queda por explicar”.⁷¹

Pero también en el terreno de la política se van a producir cambios. En América es fundamental lo que se ha llamado el siglo de las sublevaciones indígenas. En Europa, en cambio, tendremos revoluciones políticas y, sobre todo, el siglo que vio desarrollarse la tecnología del vapor. A nivel de la ciencia, este siglo de la Ilustración es el siglo en el que se establecen las grandes bases de dos ciencias fundamentales para nuestro tema: la química, con los aportes de Lavoisier, y la biología centrada en los desarrollos del Jardín du Roi.

Entre los acontecimientos más destacables en la América colonial están la proliferación de sublevaciones indígenas durante este período y la situación de los funcionarios y los criollos debido a las necesidades de la Corona. Varios estudios se han dedicado a los levantamientos de esta época; para Ecuador ya mencioné los trabajos de Albornoz (1976) y Moreno Yáñez (1977). Sus autores hacen evidente el peso muy fuerte de los tributos, pero se trata de algo complejo. Existen cuatro lógicas en este proceso. Por una parte, la Corona, durante las reformas borbónicas, intentaba sobre todo recuperar su capacidad de extraer excedentes, pues tenía muchos apremios. En efecto, los siglos XVII y XVIII fueron de intensa disputa por la hegemonía europea. Las guerras se sucedían una tras otra. La Corona española había logrado funcionar como la gran potencia endeudada y en

71 Conviene señalar la objeción que se le hizo a la teoría newtoniana, que implicaba acción a distancia para dar cuenta de la gravedad. Esta objeción no fue resuelta. Aún no ha sido resuelta, pero se ha verificado la enorme utilidad de Newton a pesar de ello.

queiebra, pero eso era cada vez más difícil. Se necesitaba dinero y para obtenerlo parecía conveniente recaudarlo; en la medida que la producción minera estaba en crisis, era necesario volverse hacia otras fuentes de ingresos. El tributo indígena era una de ellas. En este campo las dificultades radicaban en la compleja red de exenciones tributarias y el ya anotado proceso de *forasterización*,⁷² es decir, el abandono de las comunidades, con lo cual recaía en un número menor de personas toda la carga tributaria de una comunidad. La distinción para pagar o no tributo era étnicoracial. Por ello, la clasificación de unas personas era motivo de muchos conflictos, pero sobre todo de complejas maniobras por las cuales no solo las personas buscaban librarse del tributo, sino también jugar con el tributo de otros. Los indígenas que entraban al servicio de criollos dejaban de ser tributarios: por esta razón, acudir al servicio de algún poderoso resultaba atractivo (Fontana y Delgado 2002; Cavieres 2007).

Lo mismo se repetía en la producción agraria. Sin embargo, todas las grandes dinámicas de producción orientadas hacia Potosí estaban en crisis. La tendencia general fue la de desmonetarizar la economía, pero esto entraba en fuerte conflicto con las necesidades reales de recaudar más dinero. Los funcionarios del aparato estatal tenían dos amos a los cuales servir: el rey, y sus propios intereses; es decir, cómo obtener la mayor participación posible de los recursos que debían ir al rey. En general, para hacerlo tenían dos caminos. Podían tratar de obtener mayores y mejores concesiones de la autoridad, pero este era un camino saturado, no solo porque había cientos de solicitudes, sino además porque el rey no disponía de tanto dinero para repartir. Obtener una renta real era un trabajo que podría llevar más de diez años; llegar a cobrarla podía demandar aún más tiempo. El segundo camino era el de sobrepasar la tasa legal sobre los tributarios. Cobrar once donde se debía cobrar diez, de manera que además de las dos décimas que correspondían al funcionario o cobrador, este podría tener una adicional, es decir, un cincuenta por ciento más de ingresos. Esto era una tentación para muchos funcionarios pero, en definitiva, significaba aumentar, aún

72 Dado que el tributo era pagado a través de la comuna, huir de la comuna permitía huir del tributo; se creó, así, un segmento poblacional indígena desarraigado de sus instituciones, que no pagaba tributo.

más, la presión sobre la población tributaria. Un segundo conflicto era el que giraba en torno al control de la mano de obra. El Estado se interesaba en canalizarla hacia las minas y hacia las actividades de la Corona. Los criollos, por el contrario, deseaban retenerla en sus propias actividades.

Un tercer espacio de conflictividad es el comercial. ¿Cómo organizarlo? ¿Cómo cobrar tributos? ¿Qué sistema de vías desarrollar? ¿Cómo regular y proteger la navegación? En esta materia no aparecen enfrentados el Estado y los comerciantes, sino que compiten un sinnúmero de intereses de los diferentes grupos comerciales (consulados). En este tema se involucran rivalidades regionales, por ejemplo, entre Lima y Buenos Aires por el control de los accesos hacia Chacras. En el caso de la Real Audiencia de Quito, la obligación de comerciar a través del Callao para luego regresar a Panamá coloca a los comerciantes guayaquileños en una tensión con los de Callao, que les son indispensables para acceder a capitales y a las redes de distribución.

Debates de la Ilustración y América

Pero veamos qué estaban haciendo en el terreno intelectual los jesuitas en América, concretamente en la Real Audiencia de Quito. Este tema se relaciona con un componente de la discusión académica que se llevaba a cabo a mediados del siglo XVIII en Europa. El aparato científico que se estaba desarrollando necesitaba replantearse varios problemas que habían sido, aparentemente, resueltos con anterioridad. La ciencia en desarrollo, que disponía de nuevos sistemas de clasificación y que debía, además, abordar problemas como los referidos a la antigüedad del poblamiento de América e incluso la antigüedad de la Tierra en su conjunto, hace resurgir algunos viejos problemas. ¿Qué lugar ocupan los americanos en la “jerarquía humana”? ¿Qué papel desempeña en la calidad de los hombres su medio geográfico?

Los argumentos van en dos sentidos. Se discute nuevamente la plena humanidad de los indígenas americanos y se discute también sobre la capacidad del medio americano para sustentar grandes civilizaciones. A este respecto, Marisa González Montero presenta, en su texto *La Ilustración y el hombre americano* (1992), un análisis de los debates que en Europa surgían

sobre estos temas, así como también de las respuestas que algunos americanos dieron. Ciertos aspectos de estas discusiones me parecen destacables, por ejemplo, que los principales autores del debate son jesuitas, muchos de ellos americanos. Tenemos el perfil destacado del padre Francisco Xavier Clavijero, pero también de un jesuita chileno, el abate Juan Ignacio Molina y, para nuestro caso, merece subrayar el del padre Juan de Velasco. Por otra parte, Antonio Álzate, sin ser jesuita, participa de este esfuerzo intelectual. La mayor parte de sus textos son escritos y publicados fuera de América, generalmente en Italia, y esto porque buena parte del trabajo se realiza después de que los jesuitas fueran expulsados.

En segundo término, todo este debate, en el que intervienen no solo americanistas sino “antiamericanistas” como Corneille de Paw, el inglés Robertson o el español Comilla, deja la impresión de un regreso al pasado. Se hace necesario redefinir, discutir nuevamente cuáles son las características de los americanos, e incorporarlos con nuevos argumentos al edificio científico que se está construyendo. Según la explicación del siglo XV, los americanos eran plenamente humanos, pero carecían del efecto civilizador de la religión cristiana. Esta visión es reemplazada por otra en la cual la superioridad europea ya no estaba dada por su religión, sino que incluía una dimensión racial. Parece corresponder a una nueva construcción de la hegemonía europea mundial. Los europeos son los portadores del progreso y esto es lo que les da legitimidad, como seres superiores, a dominar el mundo.

Esta nueva versión de la superioridad europea ofrece muchos matices. No solamente están las versiones estrictamente geográficas o las raciales: es relevante también otra que se fundamenta en la superioridad ética del sistema que los europeos estaban creando. Me refiero a la paradoja de Locke, tal como lo señala Hinkelammert (2002). El mundo europeo crea los derechos humanos y, en su defensa, se considera el derecho de excluir de ellos a todos los que no los comparten. Para ser más explícito, a todos los que no los comparten en la versión y la forma europeas.

Frente a esta realidad, la intervención de los discípulos de san Ignacio muestra un cambio. En efecto, ya mencioné cómo muchos de los jesuitas extranjeros son unos críticos muy fuertes de la sociedad americana, y de la quiteña de manera más concreta. Su crítica, claro está, es de un tipo dife-

rente. No se refiere al clima ni a la constitución de sus habitantes: es una crítica moral que busca una reconstrucción ética. Bajo esta misma óptica encontramos a los españoles Juan y de Ulloa. Ellos son críticos claramente políticos. Denuncian la no correspondencia de la realidad con el modelo social reconocido, critican a la administración, a las autoridades.

En otra perspectiva, que ya no es un debate, tendremos a numerosos jesuitas que se lanzan a una tarea intelectual distinta, la de elaborar los mapas de las regiones que ellos pretenden evangelizar y, en ese sentido, otorgan un tratamiento especial a sus misiones. Se trata, en este caso, sobre todo de jesuitas del centro de Europa: alemanes y suizos. Son diversas generaciones que tienen expresiones destacadas en los padres Fritz y Magnin.

El caso del padre Magnin muestra otras aristas. Está su vínculo con La Condamine, que lo llevará a ser incluido en la Académie des Sciences de París. Tan significativo como esto es su trabajo de reflexión filosófica titulado *Descartes reformado*, escrito a mediados del siglo XVIII. El propio título indica la preocupación del autor: plantea una concepción científica basada en reformas al pensamiento de Descartes. Su esperanza es que las ideas cartesianas sean aceptables para el catolicismo.

El trabajo de Magnin no fue publicado mientras vivió. Sin embargo, se hicieron varias copias y la obra fue conocida en Quito. El autor fue profesor de la Universidad de San Gregorio Magno en esta ciudad, y participó en la formación de otros sacerdotes. En este trabajo docente, formó parte de una cadena en la que varios jesuitas impulsaron la difusión de las ideas cartesianas: Tomás Nieto Polo (payanés), Esteban Ferriol (panameño), Juan Hospital (catalán) y Juan Bautista Aguirre (guayaquileño) (Paladines Escudero 2009).

El impacto académico de los jesuitas también se revela en su producción desde el destierro. Mientras estaban en las tierras americanas, su trabajo que es multifacético incluye un debate, una crítica ética y ese esfuerzo sistemático por participar en la Ilustración europea. Cuando son expulsados, sus esfuerzos adquieren otro carácter: son quienes se enfrentan al antiamericanismo de autores europeos.

Pero los jesuitas que escriben desde Rávena ya no están inmersos en la dinámica social americana. Se sienten parte de ella, la defienden y argu-

mentan, pero lo hacen desde un destierro que reduce su papel en lo que en América está sucediendo. Sin embargo, no debemos pensar que se trata de personas dedicadas por entero al trabajo científico. Uno de los personajes más significativos de esta secuencia es Juan Bautista Aguirre, famoso por su curso de Física, en el cual incorpora el heliocentrismo. Pero se dedica con igual o mayor esfuerzo a la poesía en latín, mostrando, con ello, que este mundo intelectual que está viviendo un encuentro con la Ilustración nunca dejó su preocupación por el mundo de los clásicos. Esto lo volveremos a encontrar en el siglo XX.

En América esas inquietudes no desaparecen con la expulsión de los jesuitas. Hay quienes continúan su trabajo desde otros lados. Un personaje destacado dentro de esta perspectiva es José Mejía Lequerica. Se trata de un intelectual que sintetiza un conjunto de contradicciones y tendencias de la sociedad colonial. En su poesía pone un fuerte énfasis en los aspectos morales; la ética parece central, sobre todo como argumento frente a una realidad algo decadente (Collantes 2008; Rodríguez Castelo 2008). En ello se vincula, conceptualmente, a la argumentación de la Compañía de Jesús. Hay muchas otras dimensiones en esta persona. Una es su preocupación por temas filosóficos y morales, que lo llevan a asumir el rol como diputado suplente. En efecto, es diputado suplente por Nueva Granada en las Cortes de Cádiz, y en ellas adquiere un papel destacado, sobre todo en la defensa de la libertad de prensa. Forma parte de ese movimiento de reforma liberal que animó a esa instancia legislativa.

Sin embargo, antes de jugar su rol en Cádiz, estuvo activo en varios campos intelectuales y culturales. Por una parte, su dedicación literaria, filosófica y política estuvo complementada con la que sería, por mucho tiempo, la más cercana a la naturaleza de todas las disciplinas: la medicina. En ella se vincula con Anastasio de Guzmán, farmacéutico español que buscaba, afanosamente, nuevas medicinas, además de tesoros indígenas en la Real Audiencia de Quito. Esta es la puerta que le permite contactar con Francisco José de Caldas y la expedición botánica de Nueva Granada. Se relaciona también con José Celestino Mutis, es decir, con la manera más concreta en la cual se están desarrollando las ciencias naturales en esta región.

Pero no solo son sus intereses los que hacen de esta persona un testimonio vivo de su sociedad, sino que su situación social muestra también otros aspectos de esa realidad. José Mejía Lequerica tuvo que enfrentar un sinnúmero de conflictos por su origen. No fue hijo de matrimonio, y esto fue argumentado en su contra cuando postulaba a un título de doctor en Teología. Más aún, cuando postuló para ser profesor de Teología en la Universidad de San Gregorio surgió una nueva objeción. Sus opositores argumentaron que su situación de hombre casado lo descalificaba para tal función. Consultó a Lima, que aclaró la duda y estableció que el matrimonio no constituyó obstáculo para esta cátedra (Pérez Pimentel 1987a). Parecería claro que se trataba de un caso más de discriminación en una sociedad cerrada por estamentos. Esto podría vincularse con la situación de su cuñado, Eugenio Espejo, quien sufrió también una serie de persecuciones en las cuales entraron en juego factores raciales, como su ascendencia indígena. Sin embargo, tal explicación resulta incompleta si no se aborda otro hecho, y este es que tales personajes acostumbraban reunirse en la casa del marqués de Maenza, Juan José Matheu. Incluso este mismo noble le financió su viaje a España, con lo cual hace posible su participación en las Cortes de Cádiz.⁷³

Estos datos permiten retomar una idea que ha tenido mucha fuerza en la descripción del sistema colonial. Castro Gómez la plantea en términos de un discurso sobre el racismo, sobre la pureza de sangre, es decir, sobre la estratificación social americana. En este contexto surge la literatura que habla de complejos sistemas para clasificar las castas. El tema es tratado tanto por los marinos españoles Jorge Juan y Antonio de Ulloa ([1826] 1982) como por Humboldt (1980), quienes presentan a las sociedades coloniales como un complejo entramado de designaciones raciales (Castro Gómez 2005) que deben necesariamente ser derivadas de sistemas de parentesco. La estructura con la cual se argumenta quién pertenece a qué categoría hace pensar en un edificio lógico, muy jerarquizado, pero es claro que la realidad no se pliega a tales esquemas ideales. Los nobles conversan con plebeyos, los apoyan y, en general,

73 En realidad, el diputado titular era José Matheu; Mejía Lequerica actuó como su suplente.

las argumentaciones sobre pureza de sangre ofrecen oportunidades para muchas manipulaciones que permiten limpiar la sangre. Sin embargo, en el caso que aquí confrontamos, no se trata de ello, sino de una persona que asume una carrera académica y luego política, a pesar de esas limitaciones, y lo hace con relativo éxito. El edificio retórico de la pureza de sangre parecería tener importancia sobre todo en el momento de buscar acceder a beneficios, rentas o nombramientos reales. Más aún, parecería ser que tal discusión aparece como uno de los muchos recursos que las partes en conflicto pueden utilizar, con variadas interpretaciones que no son las de la administración virreinal. Por ejemplo, claramente muestra la impertinencia de objetar una cátedra de Teología por estar casado. Esto denota una actitud con menos limitaciones y restricciones que los argumentos elaborados por la Real Audiencia.

Castro Gómez también plantea, siguiendo a Dussel (2004), lo que llamaré la “segunda modernidad”. Es un proceso por el cual la actividad científica exige la creación de un punto de observación que está fuera de lo observado. El europeo se hace europeo en la medida en que puede salir de Europa. Se podría dar un paso más, señalando que la construcción de esta modernidad implica, además, salirse del punto de origen y poder dimensionar todo lo que está fuera de dicho punto. Eso exige tener una concepción del mundo y sus dimensiones. El proceso, por lo tanto, no es meramente europeo sino mundial, y se manifiesta e interactúa también en las periferias. Esto lo abordaré en la descripción de las expediciones científicas.

Once expediciones científicas

Hubo un total de nueve expediciones en el territorio americano entre la expedición geodésica francesa y el fin de siglo, las cuales, sumadas a la inicial y a la final suman once.

- 1744: fin de la expedición de La Condamine;
- 1754: expedición de Iturriaga Solano y Lofling al Orinoco;
- 1777: expedición botánica de Hipólito Ruiz a Chile y Perú, con la colaboración de Tafalla;
- 1781: investigaciones de Félix de Azara en Paraguay;
- 1783: expedición botánica de Nueva Granada con José Celestino Mutis;
- 1785: Antonio Córdova Lazo y Vega explora el estrecho de Magallanes;
- 1787: Martín Sessé y Lacasta inicia la expedición botánica a Nueva España;
- 1789: expedición de Alejandro Malaspina y José Bustamante a América y el Oriente;
- 1795: expedición geológica de los hermanos Heuland a Chile y Perú;
- 1796: expedición española a la isla de Cuba, comandada por el conde de Mompo;
- 1799: inicio de la expedición de Humboldt.

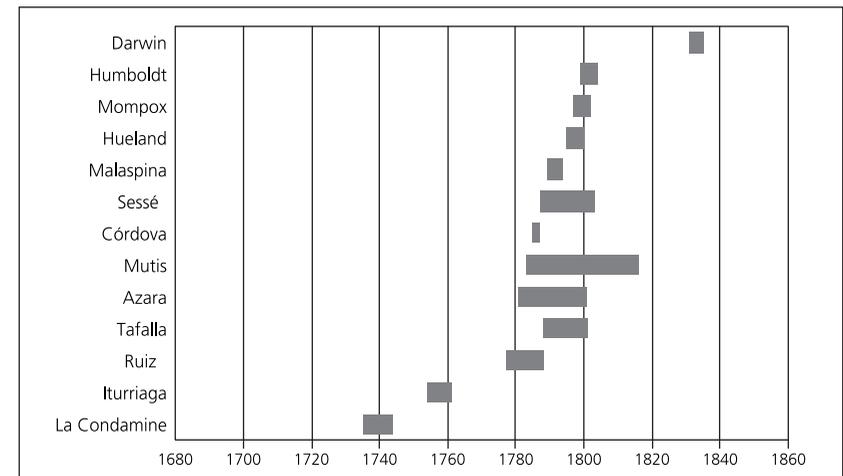
En definitiva, se trata de medio siglo (cincuenta y seis años) de intensos y diversificados esfuerzos de exploración. A estas expediciones formales se deben agregar otras con carácter más personal. En la Real Audiencia de Quito, Anastasio de Guzmán se esfuerza en encontrar plantas y tesoros. Esto se combina con el trabajo de José Mejía Lequerica. Tampoco debemos pensar que, anteriormente, no existieron otras personas y otros marcos institucionales para identificar la diversidad y las propiedades del mundo vegetal americano. Cronistas y misioneros ya lo hicieron, e incluso hubo personas delegadas para ello expresamente por los reyes de España (el caso de Hernández). Y el flujo de sabios tampoco fue en un sentido. Tenemos registro de dos personas de la Real Audiencia de Quito que se trasladan a Europa y participan allá en el desarrollo de las ciencias. Pedro Franco Dávila (1711-1788), quien nace en Guayaquil, viaja a Europa y se dedica a una tarea de colector. Llega a ser miembro de la Academia de Ciencias de Berlín y luego participa en la organización del gabinete de Madrid (Pérez Pimentel 1987c). Antonio Alcedo y Bejarano (1737-1812), aristócrata criollo nacido en Quito que se forma en Madrid, sigue una carrera militar exitosa que lo lleva a puestos en la gobernación de La Coruña. Su figura es relevante, sobre todo, por cuanto se dedicó a la geografía y publicó su *Diccionario geográfico e histórico de las Indias Occidentales* (cinco volúmenes)

y el *Catálogo de autores que han escrito de la América en diferentes idiomas* (Avilés Pino 2004). Se trata de la producción de un intelectual que llega a ser generador de conocimiento en el medio europeo, gracias a que logró articularse a las instituciones del Viejo Continente.

Regresando a las expediciones científicas, si bien no marcan el inicio del conocimiento sobre la naturaleza, sí construyen un nuevo formato, un conjunto de intervenciones que, con gran diversidad interna, van creando una nueva etapa en la cual la diferencia entre lo metropolitano y lo periférico se arma, progresivamente, y se consolida en su asimetría. Comienza esta descripción con una representación gráfica de estos esfuerzos.

El gráfico 1.1 muestra la intensidad del esfuerzo investigativo, especialmente al cerrar el siglo XVIII. En este corte, la investigación basada en los años de cada expedición no ibérica (Humboldt, La Condamine y Darwin) representa solo el 18%. El resto es esfuerzo organizado por la Corona española, a pesar de que incluye a suecos, italianos y muchos americanos. Tal valor podría modificarse aún más si se considera la cantidad de personas involucradas, pues expediciones como la de Sessé, Ruiz, Tafalla y Mutis incluyeron varios participantes.

Gráfico 1.1. Cronología de las expediciones científicas en América



(El gráfico sintetiza datos de las fuentes citadas en el texto).

Respecto a las expediciones existen una variedad de matices, orígenes y énfasis. Uno de los temas será el establecimiento de los límites con las colonias portuguesas, motivación de por lo menos dos expediciones: la de Iturriaga, y, más de veinte años después, la de Azara en el Paraguay. Tiene un fuerte acento militar la expedición de Córdova al estrecho de Magallanes. De todas maneras, los temas científicos se insertan en ellas de muy diversa manera. La expedición del Orinoco incluye, expresamente, un componente científico y botánico asumido por nada menos que un discípulo de Linneo que lo reemplaza (Bleichmar 2012). En cambio, la expedición de Azara no prevee este componente; el trabajo de naturalista se desarrolla por el interés relativamente espontáneo de su director. La expedición al estrecho de Magallanes es, por otro lado, extraordinariamente especializada en oceanografía. La expedición del conde de Mompox (Aruca Alonso 2003) tiene también un fuerte énfasis militar, pues su preocupación principal es el abastecimiento de maderas a los arsenales de La Habana. Por último, la expedición de los hermanos Heuland se define por un intenso acento minero y geológico.

Otra familia de estas expediciones está formada por las que se podrían llamar específicamente botánicas. Entre estas encontramos las de Ruiz, Mutis y Sessé. Se trata de expediciones de colectores botánicos que recogen, en gran medida, una preocupación de Ulloa y Juan, y cada vez lo hacen equipadas con un instrumental más sofisticado. También va adquiriendo un rol más destacado el pintor dentro de la expedición, al mismo tiempo que pierde lugar el astrónomo (Bleichmar 2012).

La primera expedición, la de los límites del Orinoco, muestra el esfuerzo especial que se está haciendo para incluir a “lo mejor” del mundo en el terreno de la botánica. El haber invitado nada menos que a Linneo constituye una adhesión a los ideales de la Ilustración. Es también el reflejo de las repercusiones que tuvieron Antonio de Ulloa y Jorge Juan en España. Las visitas y recorridos de Lofling dicen algo de la sociedad colonial. La principal pregunta es cómo este proceso involucra a las sociedades coloniales. En este caso, la prematura muerte de Lofling, luego de solo dos años de permanencia en la actual Venezuela, corta la posibilidad de que el sabio deje una escuela que podamos reconocer ahora. Sin embargo, lo lógico sería preguntar qué es lo que sucede con sus acompañantes y ayu-

dantes, los médicos catalanes Benito Pastor y Antonio Condal. Tal como indica la página del Jardín Botánico de Madrid, dejaron sus tareas botánicas (González Bueno 1999) y se preocuparon, fundamentalmente, por materias hidrológicas, en especial por el famoso canal de Casicuare. Este es un tema priorizado en la famosa expedición de Humboldt, y da a entender que, en cierto sentido, la tarea de inventariar lo que hoy día llamaríamos la biodiversidad está recién ganando terreno en la legitimidad y el prestigio científicos. De todas maneras, Pastor regresa a Barcelona, se incorpora a la Academia de Ciencias de esa ciudad y lo hace con una disertación sobre la quina de Guyana, en 1777 (Cunill Grau 1995).

La prioridad de la primera expedición es la prospección biológica; realiza aportes, pero un infortunio limita el desarrollo de este tema de investigación. Respecto a su organización, es una investigación armada prácticamente en su integridad desde España, con redes de apoyo internacional. En el ámbito local, sus principales interlocutores son los religiosos, concretamente, los jesuitas.

La siguiente expedición es al Perú, Chile y varias zonas del Ecuador: la expedición de Hipólito Ruiz (Steele 1964). Esta es la primera de las que se puede llamar expediciones específicamente botánicas. Fue organizada desde Madrid, pero en ella hay elementos que parecen algo nuevos, como la incorporación a sus filas de dos personas, Juan José Tafalla y Navascués y Juan Manzanilla. Si bien son españolas por nacimiento, llegan a incorporarse a este esfuerzo científico desde sus actividades en América (Sotres 2004). Los dos investigadores efectúan un aporte en cuanto a la identificación de plantas y también otro específico en el desarrollo de las ciencias en América. Ambos son profesores de Botánica en San Marcos (Lima), y Tafalla organiza en esa ciudad un jardín botánico. Es decir, plantean la posibilidad de que el territorio americano no sea únicamente el espacio natural del trabajo de los investigadores europeos, sino que ven en la actividad científica un campo que debería ser desarrollado también por la sociedad americana. De hecho, la investigación que más me interesa, la *Flora huayaquilensis*, podría ser descrita como una expedición científica limeña.

El texto de *Flora huayaquilensis* ha sido recientemente reeditado por Eduardo Estrella (1989), investigador que se ha encargado de ofrecernos

la posibilidad de volver a trabajar sobre los materiales de esta exploración. Lamentablemente, Estrella murió tempranamente y su trabajo en el Jardín Botánico de Madrid, que tanto estaba aportando a nuestra comprensión de este período, se ha truncado.

De todas maneras, es posible recalcar algunos matices particulares de los trabajos de estas expediciones botánicas que se prolongan por treinta años. En primer lugar, la concentración en las plantas medicinales es clara. Las publicaciones que estos autores hacen luego giran con frecuencia sobre la quina, planta que ya representaba un significativo rubro de comercio. Pero en segundo lugar aparecen las maderas, otro elemento de comparable importancia, en especial aquellas útiles para la construcción naval. En esto se está siguiendo la preocupación que cuarenta años antes prestó Antonio de Ulloa a este tema.

La siguiente expedición en el registro es la de Azara a la cuenca del río de la Plata (Mones y Klappenbach 1997). Una coordinación precaria con los comisionados portugueses le permitió a este personaje, que no tenía formación en las ciencias, dedicarse y aportar a ellas. Azara discute las malas descripciones de otros autores de los especímenes que él veía sustancialmente diferentes. Su debate, sin embargo, se origina por un hecho simple: su descripción de otra especie. Azara permanece veinte años en América, documenta aves y se relaciona con la sociedad americana. Trabaja con Artigas y, de regreso a España, da testimonio de sus ideales antiabsolutistas al rechazar la condecoración por parte de Isabel la Católica. Todo esto habla de una persona activa, inquieta, de valores, un *amateur* en la ciencia que realizó su contribución, aunque su huella en América no es en el terreno de la ciencia.

En la expedición de Nueva Granada algunas características de los procesos anteriores se desarrollan aún más. El protagonista central es José Celestino Mutis, quien se encontraba ya en América, pues había venido como médico del virrey Pedro Messia de la Fuente. Esta historia ofrece algunos episodios relevantes para entender el desarrollo de la ciencia en las colonias. Mutis se dedicó a una gama de actividades económicas como por ejemplo la minería en más de un sitio. Luego se dio una apasionada disputa en torno a un estanco de la quina que lo enfrentó al médico panameño Sebastián López Ruiz (Gardeta Sabater 1966; Amaya 1986). Este hecho

muestra cómo se entrelazaban en ese entonces los intereses científicos, los comerciales y también los políticos, pues la disputa con López giraba en torno a quién era el merecedor del encargo real de organizar el comercio de la quina, un cargo burocrático. Para ello, Mutis debió movilizar todas las influencias que poseía ante la Corte en Madrid. Castro Gómez trabaja con cierto detalle algunas dimensiones de este debate: las oposiciones de castas y la estratificación social. Mutis buscaba legitimidad respaldándose en el sabio extranjero ya reconocido, Linneo. La dificultad era que su gran descubrimiento, del cual mérito y reconocimiento reclamaba, era ya común entre los indios a los cuales sistemáticamente desvalorizaba y menospreciaba (Castro Gómez 2005, cuarto capítulo, sobre todo, 185-189).

Esto y el hecho de que Mutis haya participado directamente en varias empresas mineras (sin buenos resultados) hablan de algo que está sucediendo en América: una eclosión de iniciativas, de transporte, de exportaciones, de búsqueda de nuevos materiales y productos para participar en el comercio mundial.⁷⁴

Si por una parte el investigador estuvo relacionado con alguien que luego sería “revolucionario” o, mejor dicho, independentista, él mismo estuvo involucrado en variados debates filosóficos. Como profesor universitario se proclamó abiertamente partidario de Newton, y esto significó que se le siguieran procesos en la Inquisición en por lo menos dos ocasiones.⁷⁵

Mutis logró que se conformase la expedición como una actividad de Estado, y en esto las luchas administrativas fueron decisivas. La expedición científica de Nueva Granada llegó a tener treinta y cinco empleados, lo cual implica que tuvo un apreciable impacto local. El trabajo de este equipo científico se prolongó durante más de ocho años, lo cual marcó el terreno de la ciencia. Esto se confirma luego por el lugar que estos científicos ocuparon con la expedición de Humboldt.

⁷⁴ También son relevantes sus diversos vínculos. Entre sus colaboradores más inmediatos se encuentra Francisco José de Caldas, quien luego se mostrará como un dirigente de la Independencia y después como un mártir de la misma. Esto nos anticipa uno de los problemas para el desarrollo de la ciencia en América: el gran sacrificio en vidas, sobre todo de personas capacitadas, que significaron las largas guerras independentistas

⁷⁵ Una discusión sobre el rol de Newton en Nueva Granada consta en el texto ya citado de Castro Gómez (2005).

Otros personajes destacados mantienen correspondencia con Mutis: el propio Linneo en Suecia, o Cavanillas en Madrid. Este último utilizó materiales aportados por Mutis en sus publicaciones. La expedición de Mutis, a Nueva Granada, y la de Ruiz, al Perú, tuvieron consecuencias. Al llegar la misión de Humboldt, Caldas se incorpora, y el equipo viaja a las tierras equinocciales donde se desarrolla una serie de acontecimientos a los cuales me referiré luego.

La expedición de Córdova se dirige al estrecho de Magallanes (Oyarzún 1976). El significado estratégico de esta expedición es evidente: el paso del sur es vital para el control del Imperio. La defensa de la costa del Pacífico de América y del comercio con Filipinas depende de varios elementos señalados a lo largo de este relato: la construcción de navíos en Guayaquil, las diversas fortificaciones, especialmente las de Panamá, Valdivia, Corral y Chiloé en el sur y, lógicamente, el conocimiento del complejo laberinto de canales entre el estrecho de Magallanes y el cabo de Hornos. La expedición de Córdova, por la misma razón, no se orientó hacia temas botánicos, pero sí se preocupó de algo que luego tendrá un papel destacado: los habitantes de la Patagonia, quienes para este momento representaban el centro de un debate relacionado con su supuesto gigantismo.

Con la expedición de Martín Sessé a Nueva España, regresamos, una vez más, al terreno de la botánica. Esta expedición, iniciada en 1787, es de una gran productividad en la citada área científica y, además mantiene profundos y fuertes entrelazamientos con las instituciones locales. Sessé es profesor de la universidad mexicana (Buesa Oliver 1993) y desarrolla una actividad muy intensa en la recolección, la investigación, la enseñanza y el esfuerzo para proponer desarrollos institucionales. Argumenta a favor de la creación de un jardín botánico y sugiere mecanismos para financiarlo. Ante la carencia de autorización oficial para mantenerlo con recursos del Estado, inicia una actividad botánica autónoma. Inaugura, en 1788, una cátedra y un jardín botánico en una casa particular como complemento a las actividades docentes en la escuela de medicina de la universidad. Con esto la expedición científica logra tener un impacto positivo en el espacio local. Ello es indudable, pero son necesarias algunas acotaciones. La primera es que la verdadera cosecha del trabajo de Sessé se dará en otro contexto

político, ya en la República mexicana. La segunda es que las propuestas, las innovaciones por él adelantadas enfrentaron fuertes oposiciones, especialmente en el mundo universitario y en el protomedicato mexicano.

Sessé expresó siempre agradecimiento por el apoyo del virrey, pero en la Corte española muchas de sus propuestas no fueron acogidas. El mundo de la política, que fue en ciertos términos generoso para apoyar estas expediciones científicas, en otras fue parco, sobre todo cuando existían intereses en conflicto. A este respecto, Sessé no ocultaba sus deseos reformistas que lo involucraban en conflictos, por ejemplo, cuando para justificar sus reformas en la educación proponía: “Con dicha academia se conseguiría el exterminio de innumerables saltimbanquis falsarios de la Facultad de México que usurpan a un tiempo vidas y tesoros” (Sessé citado en Buesa Oliver 1993, 18).

Antes de dejar a Martín Sessé, señalo que llega a Nueva España como médico militar y, en México, organiza la expedición que va a cubrir extensiones muy grandes, desde California hasta Guatemala. Es decir, el espacio americano contribuye al desarrollo de su idea y lo hace con varios de los miembros de la expedición, entre ellos, los dibujantes.

La siguiente muy famosa expedición, la de Malaspina en 1787, pasa nuevamente al marco institucional de la Marina. Esta expedición ha sido objeto de gran difusión, incluye una serie de documentales titulada *La Expedición Malaspina* difundida por la Televisión Española y se refleja en una muy abundante bibliografía. La expedición combina los propósitos hidrográficos con los botánicos y con una apreciable preocupación política. De la Sota Ríus (2002, 20) cita, de manera textual, la preocupación de Malaspina por identificar las porciones de Imperio sobre las que convendría considerar “el prudente desprendimiento de las que fuesen inútiles o perniciosas”. Con esta afirmación señala la necesidad de no solo aceptar sino conducir prudentemente una reducción en las dimensiones del gigantesco Imperio español.

La expedición de Malaspina se caracteriza por su tinte político. Su condición de italiano por nacimiento se evidencia en todos sus textos, los cuales delatan la preocupación por reformar al Imperio español. Y es por ello que, de todos los expedicionarios, es el único sentenciado a prisión al regresar a España donde permanecerá varios años.

El propio Malaspina explica los objetivos de su expedición. En primer lugar, pretende distanciarse de la imagen de que podría estar intentando emular a los famosos expedicionarios Cook y Bougainville, quienes en las décadas de 1760 y 1770 habían emprendieron épicas aventuras para encontrar las zonas del mundo aún desconocidas (Malaspina 1994).

Malaspina parte a su viaje con un conjunto de ideas que expresa en sus “Axiomas relativos al estado actual de América” (Malaspina 1994, 135-167). Se trata de un análisis casi sociológico, en el cual critica el hecho de la conquista, a la cual atribuye el haber generado un proceso nefasto que, según el marino, destruyó las sociedades americanas, y luego a los conquistadores para terminar destruyendo la propia España. Hace alusión también a los altos costos de la conquista española; critica que “el conquistador aspira más bien a dominar y a establecer con vano orgullo sus leyes y sus costumbres”. Agrega: “Todos los conquistadores antes han destruido el país conquistado, luego a sí mismos y finalmente el país de donde salieron” (Malaspina 1994, 146). Pasa luego a criticar las prácticas comerciales y, al respecto, señala: “El sistema de comercio entre España y la América, mal cimentado, se dirige a la destrucción recíproca: no puede fijarse sin conocer los verdaderos intereses de una y otra” (Malaspina 1994, 153).

Se trata de un conjunto de observaciones críticas que buscan una reformulación radical, no tanto porque impliquen una independencia, sino porque replantean algunos problemas, entre ellos el relativo a la situación y a los conflictos que se mantenían con las poblaciones indígenas. En su análisis político identifica los intereses de los indígenas como opuestos a los de criollos y españoles. Propone, además, la necesidad de buscar una forma de negociación de esos intereses que sea más aceptable para todos. Esto lo lleva a ser, en más de un sentido, un precursor de la Independencia americana; además, va planteando los elementos para una emancipación india.

Es tal vez en la relación con los indígenas donde encontramos uno de los mayores énfasis de su expedición, tal como lo ha señalado González Montero (1992). Tenemos un lenguaje sobre los indígenas que no puede ser pasado por alto, por ejemplo en los ya mencionados “Axiomas”. Más concretamente, en el segundo se refiere a los patagones y algunos otros pueblos indígenas en los siguientes términos: “Los patagones, errantes y no

obstante civilizados, las naciones inmediatas a las colonias americanas y al Canadá cuyas arengas, pensamientos y costumbres denotan sus principios civiles” (Malaspina 1994, 155). Es una valoración de los pueblos indígenas como “civilizados”, no tanto por su semejanza con un patrón europeo, sino por una capacidad de trato adecuada. En el texto de González hay numerosos ejemplos de valoración positiva de los patagones, y argumentos sobre su situación y principios políticos. La argumentación del expedicionario va más allá. Señala que estos pueblos solo conocen de la civilización europea sus componentes agradables, es decir, los productos del comercio y la tecnología. No obstante, nunca han deseado hacerse europeos, y esto sin conocer, según él, los aspectos negativos: la desigualdad en la riqueza y clases y cuánto estas desigualdades podrían menoscabar la felicidad de las personas. Con ello muestra tanto una capacidad crítica respecto a la propia sociedad europea como un reconocimiento de lo que podríamos llamar una sensatez indígena. En su argumentación busca analizar, específicamente, la situación de los pueblos de clima templado, para mostrar que la incapacidad europea de seducir a los pueblos indígenas no es algo que se deba, exclusivamente, a las diferencias climáticas o a la indolencia de los pueblos tropicales. Luego pone todo el énfasis en el contacto con los patagones, los huiliches, más otros grupos de California, las Marianas y las Filipinas. Cabe destacar que sus comentarios sobre los pueblos indígenas, en general, se alejan mucho de la prepotencia eurocentrista. De una muchacha patagona comenta: “Dejándonos admirados de la facilidad de comprender y buena pronunciación de esta joven” (Malaspina 1994, 210). Esto es un radical y claro contraste con el debate de De Pow, Buffon y otros, quienes desvalorizan todo lo americano (Castro Gómez 2005).

No por destacar este énfasis sociológico en la expedición de Malaspina se debe desconocer que se relaciona, además, con los trabajos científicos desarrollados por los naturalistas que conformaron parte de la expedición (fundamentalmente Antonio Pineda, Luis Née y Tadeo Haencke, que trabajaron en botánica).

¿Qué destino tuvo el trabajo de Malaspina y el comandante mismo? Su trabajo fue censurado y él detenido por participar en complots que pretendían deponer al favorito de la reina, el famoso Manuel Godoy

(Beerman 1992). En otras palabras, su vocación política fue hasta las últimas consecuencias sacrificando su carrera en sus intentos de reformar una Corte que a sus ojos estaba en descomposición.

La expedición de los hermanos Heuland a Chile y Perú dejó rastros menos claros. Se trata de una iniciativa mucho más especializada en sus intereses geológicos. Además, la mayoría de sus colecciones se han perdido. De todas maneras, estamos ante una forma algo diferente de acercarse a estos territorios, pues ya no se trata de una perspectiva geográfica ni se observa esa enorme concentración en el tema botánico de otras expediciones. La minería y la geología son, sin lugar a dudas, campos de interés muy especial, y lo que vemos es un intento de aplicar al desarrollo de este campo una técnica más moderna y científica (Montero y Diéguez 1998).

Esta historia de las expediciones científicas del siglo XVIII continúa con la del conde de Mompo en Cuba, también conocida como la Comisión de Guantánamo. Nuevamente hay elementos originales. Al carácter botánico se une un interés estratégico muy específico: la idea de construir un canal de navegación entre la ciudad de Güines y La Habana. El objetivo fundamental es encontrar un mecanismo adecuado para el transporte de maderas necesarias para la construcción naval en la capital de la isla. Este proyecto, que nunca fue ejecutado, anticipa ya lo especial que en ese momento era la economía cubana. Pensar en construir un canal de navegación interno que mide unos cincuenta kilómetros de longitud habla de una economía poderosa.

Es también relevante que se incorporó a la expedición el médico cubano José Estévez y que este fue financiado por una sociedad patriótica de La Habana. La expedición estableció contacto con la de Nueva España; aunque las relaciones no siempre fueron amistosas, permitieron que el pintor Anastasio Echeverría se sumara a la Comisión de Guantánamo.

La última gran expedición del período colonial es la de Humboldt y Bonpland. Obtuvo un reconocimiento tal que casi no necesita presentación. Numerosos estudios se refieren a Humboldt (Bedoya 1969; Gould 2000; Sunyer 2000; Cabero Diéguez 2010a). A su regreso a París, capital intelectual del mundo en ese entonces, sus descripciones, sus narraciones son “devoradas” por un público numeroso, ávido de conocimientos. Humboldt se hace famoso y los reconocimientos no lo eluden. Exhibe una

mezcla de intereses que incluyen desde la descripción de nuevas especies hasta los temas sociológicos, pero algo ejerce una atracción especial en él: la geología. En realidad, había estudiado en la escuela de minas y su deseo de recorrer los ríos o de medir las montañas lo muestra como alguien que tiene una especial sensibilidad por el paisaje. En cierta medida, este científico prusiano cumple funciones nuevas. Es un divulgador de la ciencia. Creo que su trabajo más que el de un precursor es el de un nuevo sintetizador. Las tierras americanas estaban siendo investigadas. Se hacía en un marco institucional determinado que no se conectaba ágilmente con el público amplio europeo. Si bien los botánicos de las diferentes expediciones intercambiaban y tenían correspondencia con los grandes museos y científicos europeos, esto no llegaba a grandes auditorios. Este es uno de los aspectos en los que Humboldt introduce algo nuevo.

La expedición incluye otras características que la hacen diferente, como que no se trata de una expedición organizada por la Corona española. Si bien Carlos IV les concede a Humboldt y Bonpland su autorización y permisos muy amplios, ya no se trata de una actividad organizada ni por el Real Jardín Botánico de Madrid ni por la Marina. En este sentido, hay un quiebre: España está reconociendo un rol distinto en el desarrollo de la ciencia. Aquí encontramos algo adicional. El esquema de las expediciones científicas españolas está orientado siempre por necesidades prácticas muy concretas. Las plantas medicinales son una de las motivaciones más poderosas que animan varias de estas expediciones. En el caso de Tafalla, la preocupación botánica está fuertemente determinada por las necesidades de la construcción naval. Humboldt, que no es pagado por ningún Gobierno, dispone de más tiempo y atención para simplemente maravillarse de lo que la naturaleza le muestra. Peces eléctricos o los famosos tayos, también llamados guacharos o pájaros de las cavernas (*Steatornis caripensis*), son para él su premio, independientemente de que sirvan o no para el comercio, para la navegación o para fines militares.

Humboldt había estado tratando de participar en alguna expedición científica durante meses. Se había alistado en una alrededor del mundo que no se concretó; luego pensaba viajar con las expediciones de Napoleón a Egipto, pero el bloqueo naval británico se lo impidió. Es entonces

cuando en España se arma la aventura y es allí donde se consiguen las autorizaciones. Humboldt tiene, además de las preocupaciones en las ciencias naturales, inquietudes sobre el mundo social. Sus comentarios giran en torno a las relaciones sociales y el sistema de castas que ya había sido documentado por Ulloa. Pero lo que me interesa es, sobre todo, la forma en que se relaciona con la élite intelectual americana.

Si bien la primera etapa de su viaje fue Venezuela y no conocemos si hubo interrelación con las élites intelectuales caraqueñas, su contacto parece haberse centrado con misioneros cerca del Orinoco. Esto es diferente cuando visita Nueva Granada. En este virreinato, uno de sus objetivos es entrevistarse con Celestino Mutis, con la expedición botánica de Nueva Granada. Es claro que el investigador prusiano estaba al tanto de los trabajos realizados y que estos despertaban su interés. Esto luego se confirma con la alta valoración que expresa sobre el trabajo de este equipo y también sobre la biblioteca del director de esa expedición. Esta valoración se refleja además en la inclusión de criollos en su comitiva de viaje, por ejemplo, Carlos Montúfar, aristócrata quiteño que se unió a la expedición. La alianza formada entre los dos hombres, que habría de durar muchos años, muestra otra dimensión relevante. La opción por el noble quiteño se produce, a pesar de la propuesta y el interés de Mutis en que el nuevo miembro de la expedición sea Francisco José de Caldas, comerciante payanés que, si bien había tenido una colaboración con Mutis, carecía de la fortuna y de la alcurnia de quien fuera escogido. De todas maneras, con independencia de su colaboración con la expedición humboldtiana, los dos compartieron un mismo destino: fueron fusilados por la represión realista a los movimientos independentistas.

Nuevamente se cruza la política en nuestra comprensión de las expediciones científicas. Es que el proceso de comprender la naturaleza siempre se realiza en contextos sociopolíticos determinados: se puede decir que cualquier forma de replantearse nuestro conocimiento de la naturaleza es, necesariamente, una potencial interrogación sobre el mundo social de donde fácilmente se derivan repercusiones políticas. Surge aquí una pregunta: ¿Por qué en Europa, que nunca fue un territorio quieto ni pacífico, las convulsiones sociales y políticas no parecen haber afectado a los Darwin,

a los Lamark, a los Humboldt y Bonpland, mientras que en el mundo hispanoamericano la dinámica política parece haber tenido una especial puntería para destruir a un Caldas o a un Montúfar (y esto también se hace extensivo de otra manera al ya mencionado caso de Malaspina)? Se podrá señalar que tal dicotomía no es exacta, puesto que en la Revolución Francesa se perdió la cabeza de un científico tan prominente como Lavoisier. Por el momento dejaré sentada la interrogante para tratarla de manera sistemática más adelante.

Para el tema humboldtiano, propongo la existencia de dos dimensiones diferentes. La primera aparentemente se refiere a lo que preguntó este barón prusiano en sus viajes por la América equinoccial y, concomitantemente con ello, a las construcciones que se fueron generando a partir de esa mirada y de la mente que organizaba preguntas y datos. La segunda se refiere a qué significó ese trabajo y qué repercusión tuvo en el desarrollo de la "ciencia". Con estos dos elementos se pueden encontrar pistas para lo que es el centro de la preocupación de este estudio: cómo se desarrollan las relaciones en torno a la ciencia en un país en concreto.

Respecto a la primera dimensión —¿qué es lo que Humboldt busca?— la respuesta no está ligada a los intereses tan prácticos de todos los expedicionarios anteriores. Si bien él se puede asombrar ante los descubrimientos de utilidad práctica, como pueden ser las maderas o las plantas medicinales, o ante extraños fenómenos naturales como el canal de Casiquiare o los peces eléctricos, es claro que su pregunta básica es otra. Desea entender las leyes que explican ciertos fenómenos globales. Su atención al Chimborazo y la predilección que dio a la ascensión de la montaña dentro de sus recuerdos, dice algo. Humboldt estaba convencido de que se trataba de la montaña más alta del mundo. Al intentar coronarla, se proponía hacer algo que no lo relacionaba con una montaña, sino con el mundo entero, con la lógica que describía el comportamiento de la temperatura y la presión atmosférica en el sitio más elevado del planeta. En Humboldt, lo concreto, cada montaña, tiene dos dimensiones. Por una parte, es un peldaño que le sirve para su verdadero propósito, que es ver de lo general una totalidad. Esta visión se percibe desde los títulos de sus obras: *Cosmos, descripción física del mundo*, o *Consideraciones sobre la naturaleza*. Pero tiene también un

contenido específico en lo que se refiere a esa posibilidad que las montañas y las elevaciones ofrecen para encontrar ese límite, esa conexión con una dimensión distinta y totalizadora. En ello se combina una visión romántica que retoma el esfuerzo de Soussure en el Mont Blanc y el tratamiento de un espacio geográfico específico que luego tendrá importancia para el desarrollo de los estudios regionales de las montañas (Sunyer 2000).⁷⁶

En este viajero, la perspectiva generalizadora se combina con un método, una propuesta adicional: la ciencia experimental. Así, su tarea es tomar datos de forma permanente. Temperatura, presión atmosférica o la declinación de las estrellas son registradas casi de manera obsesiva; pero su esfuerzo es integrar los datos, encontrar las leyes, y así va deduciendo que no solo las variaciones latitudinales son, en muchos aspectos, equivalentes a las de altura, sino que encuentra fórmulas para expresarlo. Surgen las leyes para entender la geografía de las plantas, el nacimiento de la biogeografía.

Aparentemente, esta perspectiva es muy similar a la de la gran expedición geodésica francesa, pero hay diferencias. En primer lugar, La Condamine y su equipo tenían una pregunta eje, bastante acotada y puntual: ¿Cuál era la dimensión del arco de meridiano en el ecuador? Humboldt no parte de un experimento diseñado. Él es un viajero, cargado de instrumentos, es cierto, pero más que nada con una enorme disposición a dejarse deslumbrar, dejarse interrogar por una naturaleza que le va mostrando elementos que trata de organizar en hipótesis sobre temas muy diversos. ¿Cómo es la distribución de las plantas? ¿Por qué es desértica la costa del Perú? Esto se corresponde además con las diferencias respecto a la situación institucional de las dos expediciones. La de Humboldt es una aventura casi personal. La de La Condamine fue el producto de una de las más renombradas academias de ciencias y de los juegos de favores entre las casas reales. En más de un sentido, Humboldt es mucho más libre, pero esta libertad no está dada solamente por su situación socioeconómica (haber tenido suficiente dinero para pagarse su propia expedi-

⁷⁶ Sunyer describe un esfuerzo de Humboldt en el que parece no tener apoyo local. Tal vez eso deba ser relativizado por la participación de personajes como Montúfar o Caldas. En relación con el presunto desinterés de los indígenas por las altas cumbres, debe tenerse en cuenta que la arqueología reciente ha descubierto usos ceremoniales de nevados de más de 5000 metros a través de las Cápac Uchas u ofrendas sacrificiales de niños.

ción), sino también por el conjunto de instrumentos conceptuales de los que dispone. Humboldt creció y se desarrolló en un ambiente en el cual tan relevante como su formación en botánica y en minería era el contacto con las preocupaciones humanistas de su hermano y del círculo de este (Goethe y Schiller) del cual durante un tiempo él también formó parte.

En esta relación existieron sin lugar a dudas varios elementos, pero lo que destaca es el espíritu romántico que anima a esta generación: ve en la relación con la naturaleza algo que supera a la simple utilidad. Por ejemplo, en su introducción a *Cosmos* indica:

The principal impulse by which I was directed was the earnest endeavor to comprehend the phenomena of physical objects in their general connection, and to represent nature as one great whole, moved and animated by internal forces (Humboldt 1858, 7).

Es algo que va más allá de un problema científico: en realidad, hay un programa, una propuesta de construir una nueva suma de conocimientos sobre la naturaleza. Esta perspectiva recuerda a la de su amigo,⁷⁷ sobre todo amigo de su hermano, Frederick Schiller, quien reflexiona sobre cómo es la naturaleza y propone un conjunto de pensamientos sobre los límites humanos frente a ella. Desarrolla, así, esos conceptos tan cargados de romanticismo, como su visión de lo estético, de lo sublime y de lo patético a partir de la confrontación humanidad-naturaleza (Schiller [1793] 2007; [1801] 2007). La percepción estética de la naturaleza es parte de la condición humana, y en gran medida es esta búsqueda la que guía al barón prusiano en sus recorridos por América.

No solamente se encuentra en el explorador una visión que es propia de la Ilustración romántica alemana; en esta misma sensibilidad se observa una relación diferente con respecto al mundo y a la sociedad que visita. El explorador se preocupa por la arqueología, por los pueblos indígenas y, en contraste con La Condamine, menciona los idiomas indios, concreta-

⁷⁷ A pesar de que Schiller y los Humboldt compartieron cierta vida social, hay una carta de Schiller poco elogiosa sobre Alexander. No podemos juzgar si tales comentarios fueron pasajeros o una opinión que se mantuvo.

mente del kichwa, en términos de alta valoración. Además, se expresa en más de una ocasión de manera positiva sobre la monarquía española (Holl 2001), lo cual era poco frecuente entre los viajeros no españoles. Refiriéndose a los trabajos cartográficos en América, dice “ninguna nación europea puede exhibir tal obra” (Humboldt 1986, 159, traducido por Holl 2001, 19). Esta valoración tiene que ver, de manera especial, con el esfuerzo que observó en Bogotá, Lima, Guayaquil y, sobre todo, México, referido a los trabajos que venían realizando las expediciones botánicas. Tanto es así que luego de regresar a Europa elaboró, en repetidas ocasiones, el proyecto de regresar a América, concretamente a la Nueva España, para impulsar desde ahí el desarrollo de la ciencia.

Se ha planteado que Alexander von Humboldt fue uno de los precursores de la Independencia americana. En sus textos no tenemos referencias concretas a este hecho. Lo que está claro es que se relacionó con muchos americanos que residían en París, entre ellos, algunos líderes o combatientes del proceso independentista. Está en primer lugar Bolívar, también Rocafuerte y, evidentemente, Carlos Montúfar. Humboldt mantiene una alta expectativa de la Independencia americana, pues ve en ella la realización de algunos de sus ideales.

Si se une esto a los otros comentarios respecto a la sociedad americana, no se encuentra el desprecio que hay en otros autores europeos, entre ellos, los famosos participantes en el debate contra los jesuitas (Le Paw y Buffon, entre otros). Humboldt adopta una posición radical sobre la igualdad de las razas humanas, la cual está en abierta contradicción con el hecho colonial. Pero no se queda en una lucha de americanos contra europeos, pues avanza más. Es duro crítico de los sistemas de estratificación social, el sistema de castas y la esclavitud que encuentra tanto en Cuba como en Norteamérica.

Es difícil hacerse una idea de cómo Humboldt entra a jugar en los conflictos sociales de los países y regiones que atraviesa. Recordemos a La Condamine: juicios por las pirámides, duelos, asesinatos. Nada de esto observamos en el caso del viajero prusiano. Puede ser que la talla intelectual de Humboldt, su fama y posterior reconocimiento simplemente borrasen los rastros de sus críticos, opositores o adversarios, o puede ser que algo existió que no dio lugar a que surgiesen esas oposiciones. Aventuro

algunas ideas al respecto. Los viajes de Humboldt se distribuyeron entre muchos sitios: en ningún lugar llegó a permanecer más de un año. Tal vez en ningún lugar alcanzó a permanecer suficiente tiempo como para que se desarrollaran tensiones, como las que se suscitaron en torno a la expedición francesa. Sus relaciones con los conflictos existentes y que estaban en gestación son diferentes. Humboldt no es un abanderado de ninguna de las partes. Así como mantuvo contactos con los independentistas americanos, lo hizo también con la Corona española, y le dio sugerencias al embajador de España en Londres sobre reformas para América. Incluso la relación que mantuvo con Jefferson en Estados Unidos y el hecho de que el Gobierno estadounidense accediese a la cartografía mexicana que Humboldt llevaba consigo, y que sería utilizada en la guerra entre estos dos países, dan una imagen de alguien que no está comprometido de manera unívoca con ningún sector de la sociedad.

Esto, sin embargo, está en contradicción con su evidente y constante apasionamiento, al menos en sus escritos, hacia América y sobre todo hacia México. Tal vez la visión del barón toma cierta distancia del mundo de los acontecimientos políticos y, por eso, juzga como eventos menos trascendentes de lo que nuestra visión deificada de la historia pasada nos muestra. Está claro que Humboldt mantiene una constante defensa de varios principios. En primer lugar, están los referidos al desarrollo de la ciencia, y luego están aquellos que se refieren a la dignidad humana (por eso cuestiona a las instituciones que crean injusticias, como la esclavitud).

Ahora pasaré a la segunda pregunta: ¿Qué significó Humboldt? Más allá de sus contactos epistolares o del apoyo que dio a muchos americanos en París, tuvo un gigantesco impacto en el desarrollo de la cultura y de la ciencia del siglo XIX. Sus textos, que no aportaron alguna teoría que revolucionara el pensamiento científico, ofrecen varias dimensiones que los hacen únicos. Por un lado, son una muestra del programa del romanticismo científico llevado a cierto grado de ejecución. Por otro, dichos textos organizan el mundo del paisaje, de la estética, incluido el lugar del ser humano, en una propuesta de comprensión del mundo. Este empuje científico fue distribuido en miles de copias. Humboldt se hizo famoso muy temprano. Al comienzo fueron extractos de sus cartas los que mostraban

los descubrimientos sorprendentes. Su descripción de los peces eléctricos del Orinoco causó sensación. Se convirtió en una celebridad cuya fama llegaba a cualquier lugar mucho antes que él. Por eso fue recibido por una multitud tanto en Bogotá como en Quito; cuando regresó a París, también miles de personas salieron a las calles para celebrar su llegada. Además, sus textos ulteriores se convierten en el referente básico para otros científicos. Tal vez el más destacado es el propio Charles Darwin quien, como señalan varios autores, tuvo en Humboldt una fuente de inspiración, cuyos textos fueron constantemente admirados durante la primera parte de su viaje (Von Hagen 2008, 212 y siguientes; Gould 2000, 36).

Sí, Humboldt se convirtió en un personaje cuya celebridad sobrepasó los círculos de la ciencia; su prestigio fue de tales dimensiones que conoció a autoridades y a reyes, además, claro está, a otros científicos. Esto le permitió cumplir varias funciones diplomáticas: pasó a la Corte prusiana en Berlín. Pero pronto puso límites a sus tareas políticas en Alemania y también rechazó un rol de mediador entre México y las repúblicas centro-americanas (Von Hagen 2008, 200). El papel que Humboldt tiene en la Ilustración no se relaciona solo con su gran impacto como difusor de la actividad científica. El explorador propone una ciencia que no es solamente utilitaria, sino que está cargada de sabiduría, y este es tal vez un aspecto que el desarrollo, sobre todo tecnológico, no ha recogido suficientemente. Es una dimensión de la herencia de la Ilustración que mucha falta hace rescatar hoy en día (Cabero Diéguez 2010a).

Vuelvo ahora a la pregunta que formulara unos párrafos antes. ¿Por qué en la Europa asolada por las guerras napoleónicas los avances de los científicos no son amenazados por la violencia, mientras que en América parece que las guerras de Independencia fueron una verdadera aplanadora que no solo destruyó a un Caldas o a un Montúfar, sino a muchos otros destacados intelectuales? Cuando se intenta reconstruir el impacto social de estas guerras, hay algunos datos que llaman la atención. En Europa, las estimaciones del impacto demográfico de las guerras napoleónicas oscilan entre tres y cinco millones de muertos.⁷⁸ Para las guerras de la Independencia

⁷⁸ Los datos provienen de Durschimied (2001) y de Schom (1997).

americana no he encontrado cifras totales, pero si se toma en cuenta que en Ayacucho, una de las batallas decisivas, la cifra de bajas fue de 3479 y si se fija en que los ejércitos que se movilizaban rara vez llegaron a superar los 7000 soldados, resulta evidente que la cifra total debe ser inferior a la europea. Me aventuro a proponer una estimación gruesa de alrededor de 70 000 personas. Es cierto que la densidad demográfica europea era, y sigue siendo, considerablemente superior a la americana, pero aun así las proporciones son mucho más altas para Europa. Es posible estimar que las guerras napoleónicas significaron la muerte de entre el 1,5% y el 2,5% de la población europea y hasta alrededor del 4,5% de la población francesa. Mis estimaciones más altas dirían que la guerra de Independencia sudamericana generó la muerte de entre el 0,25% y el 0,5% de la población.

Es decir, las guerras napoleónicas no solo generaron mucho más muerte que la Independencia sudamericana en términos absolutos, sino también en términos relativos. A pesar de ello, hay indicios de que el golpe a las estructuras e instituciones científicas en América fue mucho mayor. Como veremos más adelante, para entender la dinámica demográfica americana es necesario tener en cuenta otros elementos. Las guerras, en cuanto mecanismos que generan muertes en combate, parecen haber sido menos mortíferas en América que en Europa. No obstante, es necesario considerar que la demografía americana era menos estable: existieron poco antes de las guerras de la Independencia otros fenómenos que, combinados con las guerras, parecen haber tenido un impacto fuerte. Están los terremotos y, en el caso de Quito, las erupciones volcánicas que generaron, en varias ocasiones, la eliminación de pueblos enteros.

Tal vez una pista para esta paradoja sea la manera en que los periódicos han conmemoraron el aniversario de la masacre inaugural de las guerras de la Independencia. Los ejércitos realistas, que en 1810 ingresan a Quito para sofocar la primera rebelión, enfrentan una sublevación y el saldo final es de 300 muertos. Los periódicos presentan esta cifra comparándola con la población total de la ciudad, 20 000 habitantes, es decir un 1,5%. Lo significativo es que la comparación se hace solamente respecto a la población urbana enfatizando que es la “república de los blancos la que es masacrada”. En este sentido, la explicación de la paradoja que anotaba po-

dría radicar en que la Independencia significó básicamente una conmoción muy grande en la estructura de las élites sociales.

En términos de la expedición de Humboldt, lo que sucede con su compañero, Aime Bonpland, es de interés en este contexto. El verdadero botánico de la expedición al regreso a París se hace cargo del jardín botánico y trabaja directamente con la emperatriz Josefina. Pero cuando esta cae en desgracia por su esterilidad, Bonpland⁷⁹ también pierde su puesto, y opta por trasladarse a seguir haciendo botánica en la cuenca del Río de la Plata. En estos ajeteos se encontraba cuando es capturado por el dictador Francia del Paraguay, quien lo detiene (secuestra) como médico, y no puede salir de ese cautiverio sino doce años después. En Paraguay contrae matrimonio y tras su liberación opta por una actividad mucho más retirada en Uruguay.

Algo sucedió en América Latina que, a pesar de contar con nada menos que el propio compañero y en gran medida instructor de Humboldt en botánica, las dinámicas políticas no permitieron que se aprovechara adecuadamente este muy valioso recurso humano. Podríamos imaginar que el efecto dinamizador de la presencia de Humboldt se perdió en cierta medida, porque se limitó a los círculos más elitistas y, por lo tanto este empuje al desarrollo científico no se llegó a arraigar y difundir por toda la sociedad. Pero esto, en realidad, es bastante relativo por varias razones. Como vimos, la inquietud científica ya existía. Mencioné el caso de Caldas, pero podrían agregarse otros que, de manera aún más manifiesta que Caldas, salen del modelo aristocrático: por ejemplo, en la Real Audiencia de Quito están Mejía Lequerica y Espejo. El primero fue objeto de discriminación por no ser hijo legítimo, y el segundo fue víctima de la represión tanto por sus ideas como por tratarse de una persona que tenía algo de sangre indígena. La lista de personas que muestran un desarrollo de una perspectiva intelectual científica es abundante. Es cierto que muchos corresponden a la genealogía jesuita de profesores de la universidad y que de manera masiva fueron extirpados de la sociedad colonial. Pero es indudable que, al igual que en el resto de América, y que anteriormente en la propia España, la Ilustración era un proceso que se difundía mediante vasos capilares entre

⁷⁹ Hay versiones que atribuyen el viaje al Río de la Plata no a la pérdida de poder, sino a la muerte de la emperatriz.

todas las personas que tenían acceso a la lectura. Por otra parte, en México el vínculo de Humboldt fue más estrecho con instituciones académicas.

Aquí se puede dar un paso adicional en el desarrollo de mi hipótesis para resolver esta pregunta. Se sabe que las guerras napoleónicas significaron una sangría proporcionalmente mayor con respecto a su población para Europa, y para Francia en particular. Sin embargo, tal vez en América del Sur, particularmente en la Real Audiencia de Quito, la carga, las pérdidas infligidas por esa guerra, fueron altas en proporción a la población letrada, a la población que estaba en condiciones de desarrollar la ciencia, que era también aquella que estaba en condiciones de participar en la política y, sobre todo, de dirigirla.

Esto guarda relación con otro fenómeno relevante: en América no vemos barreras para distinguir entre el científico y su participación o liderazgo político. Caldas y Montúfar son ejemplo de una élite que se aventura por el terreno de la ciencia, pero termina dando la vida por un tema político. Esto es radicalmente diferente a la actitud humboldtiana, que en el terreno político mantiene relaciones con todos los bandos y se define a sí mismo en una posición distinta, una posición de independencia frente a la política.

Esto lleva a que en la lucha política se sacrifiquen científicos en varios sentidos. Algunos son fusilados pero, en general, son los espacios de lo académico los que son sacrificados también por la dinámica de la lucha por el poder. Los países sudamericanos que se van formando experimentan niveles de éxito muy diferentes respecto a su consolidación institucional y al lugar que en ello desempeña la ciencia. En efecto, está Argentina, que de manera muy temprana, en 1812, organiza o intenta organizar su primer museo de ciencias naturales. Este es un caso dramáticamente diferente al del Ecuador, en el cual no tenemos un verdadero museo de ciencias hasta la segunda mitad del siglo XX, a pesar de varios intentos frustrados.

En el conjunto de los países sudamericanos, frente a la iniciativa pionera de la Argentina, aparecen países, como Uruguay y Chile, que siguen dicho ejemplo con menos de treinta años de diferencia. Al contrario, en Ecuador y Bolivia los museos son logros del siglo XX, y en Paraguay no existe una institución que pueda fácilmente ser caracterizada como museo nacional.

Visita de Darwin a una América independiente

En este contexto se produce la visita de Charles Darwin. En 1831 ya no existe el gigantesco Imperio español. Los mares y tierras a recorrer son, en su mayoría, “libres”. No existe una autoridad imperial a la cual solicitar permiso. Casi todas las nuevas naciones están profundamente interesadas en fomentar su vínculo comercial con la potencia británica emergente; algunas logran esa independencia con claro y evidente apoyo británico. Esto es válido tanto para las repúblicas hispanoamericanas como para el Brasil, donde don Pedro utilizó mediación británica para obtener el reconocimiento de Lisboa.

¿Cuáles son los intereses que mueven la expedición de Darwin? Un conjunto variado. La Patagonia, como ya habían indicado Malaspina y Córdova, era clave para la expansión hacia el Pacífico. Se estaba desarrollando la presencia europea en el Pacífico y una de las vías para llegar a esa región era el cabo de Hornos y la Patagonia, lo que requería documentar la costa y la oceanografía de ese paso. En ese sentido, el viaje de Darwin estaba en la línea de los trabajos de los marinos españoles, ahora al servicio de la nueva potencia hegemónica. Quien dirige esta expedición es alguien especial: el capitán Robert Fitzroy. Ya había iniciado actividades de este estilo un año antes, y percibía lo valioso que sería aprovechar la experiencia del viaje con un naturalista cualificado. Se lanzó a la búsqueda de dicha persona para su segundo viaje y llegó a Darwin. El joven bebía de la visión romántica de la naturaleza expresada por Humboldt, pero con la ventaja de un mayor desarrollo de las ciencias, muchas de ellas muy cercanas al ambiente en el cual se movía.

Hasta entonces los geólogos habían debatido sobre el tiempo de la Tierra. El vulcanismo que tanto atrajo a Humboldt daba una perspectiva dinámica. Pocos días antes de salir en su expedición, Darwin recibe el texto *Principles of Geology* de Charles Lyell, que mostraba una perspectiva gradualista, en oposición a la catastrofista que dominaba hasta ese entonces. Al contrario, Lyell mantenía la idea de que los gigantes cambios que la superficie de la Tierra testimonia pueden haber sido el producto de cambios graduales que estarían operando aún hoy. Con ello se proponía una perspectiva que luego será retomada en la concepción de la evolución

darwinista. Pero hay otros acontecimientos relevantes en la Inglaterra de este período. Además del desarrollo de la ciencia, tenemos un desarrollo de ideas en otros campos, de manera especial las ideas relativas a la economía y la sociedad. Locke, Bentham, Smith, Ricardo y Malthus eran autores de gran difusión, cuyas obras mostraban todas las potencialidades que las ideas del mercado y la competencia ofrecían para explicar la realidad social.

Todo esto se relaciona con dos aspectos de la propuesta darwiniana. Está el tema de las materias primas intelectuales que utiliza al desarrollarla. ¿Cuáles son las ideas de las que Darwin parte? Un sinnúmero de elementos va haciendo necesaria una propuesta evolutiva, o mejor dicho, una nueva propuesta evolutiva. Además, está madurando el ambiente social e intelectual en el cual la propuesta darwiniana tiene espacio, puede ser acogida, aunque sea con abundante debate y apasionados conflictos.

Desde una perspectiva más concreta, el proceso por el cual en Inglaterra va surgiendo el terreno propicio para el debate sobre Darwin incluye tanto un componente de avance científico como otros de carácter ideológico. La explicación darwinista de la evolución es, en gran medida, una recopilación de hechos y datos de la naturaleza que van demostrando la necesidad de reconocer los procesos evolutivos. En esto Darwin abunda, avanza sobre los trabajos previos, por ejemplo los de Lamarck y Lyell. Pero hace algo adicional: conecta esos hechos con la percepción que se estaba construyendo sobre el mundo humano a partir del liberalismo y el utilitarismo. Estas filosofías, sobre todo en sus versiones económicas, señalaban a la lucha y sobre todo a la competencia como el motor de la dinámica social.

Darwin solo responde a una parte de la pregunta de cómo se produce la evolución: esto es, cómo se seleccionan las variaciones positivas. La pregunta sobre cómo se produce la variación queda tan poco contestada en Darwin como en Lamarck. Desde la perspectiva de la biología, Charles Darwin ha sido casi un santo, lo cual ha significado que las voces críticas hayan sido respondidas con cierta dureza. Pero algunos de sus críticos son al mismo tiempo sus admiradores. Tal es el caso de Stephen Jay Gould, cuya crítica se refiere a fallas en su sistema de coleccionar especímenes, lo cual obliga a Darwin a depender de los criterios de otros científicos para ir armando su propuesta sobre la evolución (Sulloway 1982).

Otras críticas son mucho más fuertes como, por ejemplo, las que provienen de Máximo Sandín (1995; 1997; 2004; 2005) en la Universidad Autónoma de Madrid, Fabricio Abdhalla (2006) en Curitiba, o Fernando Vallejo (1998) en Colombia. Posiciones menos combatientes podemos encontrar en autores como Pierre Grassé (1977) en Francia, cuyas críticas son de otro tipo. Este punto de vista se dirige más contra algunas de las versiones que se desarrollaron a partir de la intuición fecunda pero poco desarrollada de Darwin. Dichas versiones llegaron a definir un mecanicismo que se confirma y consolida en los años 50 con los descubrimientos de la molécula del ADN, y que reforzaron las recurrentes tendencias hacia un determinismo biológico al estilo del darwinismo social.

No es este el momento para retomar el debate. Sin embargo, quiero retener la perspectiva que estas voces críticas implican. Por un lado, lo que se logró en este desarrollo científico fue un sorprendente avance en la comprensión de cómo evoluciona la vida. Pero, por el otro, fue una limitación al fijar tal comprensión en las modalidades que se estaban consolidando como las hegemónicas. Dichas modalidades implicaban un modelo específico de comprensión, junto con la exclusión de otras formas de entender los fenómenos de la evolución, que siempre fueron posibles y que solamente hoy aparecen. Esto se hace evidente en propuestas algo apasionadas, como la ya mencionada de Vallejo, y en los refinamientos que los propios admiradores y seguidores de Darwin van realizando, por ejemplo, el equilibrio puntuado de Eldredge y Gould (1972) o la evolución simbiótica de Margulis (1998), por no mencionar sino dos de los muchos que existen.

El hecho es que la ciencia, en tanto proceso social, en su desarrollo incluye conflictos y hasta contradicciones. En el caso darwiniano, su propuesta es resignificada en una visión del mundo que exigía convertir a la competencia en verdad organizada de todos los fenómenos vitales. Esta ha sido la verdad aceptada, pero hoy día surgen puntos de vista que son capaces de distanciarse de esa visión. Como resultado, pueden explorarla con suficiente honestidad para ver la necesidad de completar y avanzar en el esfuerzo explicativo (son los casos de Gould y Margulis), o bien plantear la necesidad de cuestionarla fuertemente desde paradigmas bastante distintos (los casos de Sandín y Abdhalla).

Este análisis puede ser repetido para una etapa previa, la de la taxonomía linneana. Tal organización de las especies carece de una base científica sólida. Hoy día está sometida a un debate intenso, pero era indispensable para que pudieran consolidarse los presupuestos clasificatorios de la ciencia occidental en surgimiento. La propuesta linneana fue discutida y criticada en América. Ya en ese entonces se denunciaba su artificialidad. Pero la ventaja que ofrecía, más en los ámbitos de comunicación y administración de la variedad de lo viviente, fue contundente. Linneo se impone porque la ventaja para crear una visión unificada de lo vivo trasladable a todo el planeta es más significativa que las ventajas de otros sistemas clasificatorios, entonces en boga, por uso, funciones o aspecto.

La teoría de Darwin fue central en el desarrollo de la biología y clave en armar conceptos en los que se basa la civilización occidental: la lucha social, la moralidad de la victoria, la superioridad de unos sobre otros. Como consecuencia, me pregunto cómo esta teoría tuvo relación con la polaridad en el desarrollo de los metropolitanos y la subordinación de los coloniales. Para este estudio, la pregunta es: ¿cómo fue su relación con los países sudamericanos? Para acercarnos al tema hay un primer elemento: todos los países sudamericanos se encontraban en deuda política, y muchas veces también económica, con el Imperio británico. No tenía sentido hablar de condiciones o limitantes, u otro tipo de coparticipación en la expedición.

Esto no quiere decir que no hayan sido necesarios ciertos trámites formales, sobre los cuales regresaré después. En todo caso, no conocemos de sabios americanos que hayan acompañado a Darwin. Además, creo que conviene aportar algunos datos sobre la relación que se desarrollaba con los indígenas. Para esto me referiré al capitán Fitzroy, quien buscó al naturalista y tuvo algunas motivaciones muy “humanas” en este asunto de su expedición.

La preocupación por el paso entre los océanos había llevado anteriormente al capitán Fitzroy a la Patagonia. Esa expedición habría de marcar, en varios aspectos, a la darwiniana. En la primera expedición fueron recogidos cuatro muchachos patagones y llevados a Inglaterra con la expectativa de que aprendieran lo que era la vida civilizada. La idea era que regresaran a la Patagonia para que, después de disfrutar las ventajas de la civilización, pudiesen difundirlas entre sus compatriotas. Se trataba de que

estimulasen el deseo del progreso, de la cultura y del desarrollo. Los cuatro adquirieron la viruela apenas llegaron a Inglaterra, pero tres sobrevivieron. Estos “estudiantes de intercambio” estuvieron a bordo del *Beagle*, fueron compañeros de viaje de Darwin, y marcaron la necesidad de incluir a la Patagonia en el recorrido, pues debían regresar a su sitio de origen.

Si se compara esta estrategia con el gigantesco esfuerzo desarrollado en América por “civilizar” a los indígenas, llama la atención cierta originalidad. En vez de ir a enseñarles a los salvajes lo que los civilizados consideraban necesario, se proponía dejarlos ver lo que existía en ese otro mundo para que, aprendiendo, pudieran luego transmitir a sus compatriotas lo que estimaran conveniente. Así, podrían tomar sus decisiones con mayor información respecto a los cambios que quisieran introducir en su forma de vida, lo que implicaba también la adopción de los elementos civilizadores.

En esta perspectiva está implícita una enorme dosis de libertad, radicalmente diferente a la estrategia misional, en la cual reducir la libertad de la persona a la cual se quiere civilizar parece ser la parte esencial. Parecería ser que la propuesta de Fitzroy es particularmente liberal y adelantada, puesto que deja la libertad de decir qué aprovechar de la cultura occidental a los propios patagones. Además, les provee de información sobre qué es el mundo occidental a través de la experiencia de tres años de “estudios” en el exterior. Sin embargo, conviene notar que este experimento parcialmente liberal tiene por promotor al más conservador del dúo Darwin-Fitzroy. Incluso Fitzroy tuvo un enfrentamiento con Darwin por causa del esclavismo (Von Hagen 2008, 216). Darwin, al parecer, valoraba a los negros, a quienes defendía de las acusaciones de vagancia e inferioridad.

Pero si la relación con los “locales” mantiene este mismo carácter por mucho tiempo, cuando el *Beagle* llega a Río de Janeiro intervienen otros acontecimientos. En Brasil, Darwin conoce a Patricio Lennon, comerciante inglés que había comprado tierras en el interior y que deseaba visitarlas. Darwin se propone acompañarlo y, así, explorar un poco el continente. Pero Brasil se encontraba inquieto: pocos meses antes había abdicado don Pedro I y había movimientos subversivos. El Gobierno exigía pasaportes para desplazarse hacia las zonas selváticas. La reacción de Darwin frente a los trámites burocráticos nos dice algo de su “sensibilidad”.

El día se ha perdido obteniendo pasaportes para mi expedición al interior. Nunca es agradable someterse a la insolencia de los hombres que ocupan cargos oficiales, pero someterse a la de los brasileros, que son tan despreciables de espíritu, como sus personas son miserables, resulta casi intolerable. Pero la perspectiva de visitar selvas vírgenes pobladas por bellas aves, por monos y perezosos, por capibaras y caimanes, hará que cualquier naturalista se arrastre incluso a los pies de un brasileño (Darwin [1921] 2000, 25).

No sería justo tratar a Darwin con los criterios de hoy sobre la igualdad entre los seres humanos de diferentes razas, pero sí percibimos algo diferente. Al compararlo con Humboldt, se constata una clara distancia respecto a la valoración con que los científicos extranjeros perciben las sociedades en las cuales realizan sus exploraciones. Esto, de todas maneras, requiere de algunos comentarios. No debemos caer en un reduccionismo que nos lleve a plantear que Darwin reprueba todo mientras que Humboldt lo aprueba. Eso no sería cierto. Humboldt, que muestra mucho más sensibilidad para las dimensiones sociales, hace críticas al sistema colonial y a varios aspectos de la vida social, al igual que Darwin. Además, como veremos más adelante, Darwin valora y admira aspectos de la sociedad y los seres humanos que encuentra en su viaje.

Los contactos que estos investigadores experimentan no se refieren exactamente a los mismos sitios de la América colonial. Brasil, Río de Janeiro en concreto, es diferente a Quito o Bogotá. Pero tal vez lo determinante es que la Sudamérica de 1833 es radicalmente diferente al mismo continente treinta años antes. En efecto, tal como señalé, las guerras de Independencia han modificado profundamente este continente.

En Brasil este proceso es paradójico, pues sin lugar a dudas esta fue la nación sudamericana que transitó hacia su independencia con menos violencia. No existió una guerra propiamente dicha. Más aún, el traslado de la Corte lusitana a Brasil generó una enorme gama de expediciones de carácter científico. Algunas muestran cierta remembranza con Humboldt, en cuanto involucraron a nobles alemanes. Mencionemos al príncipe Maximiliano de Wied-Neuwied en 1815, y más tarde, la llegada de la futura emperatriz Leopoldina, archiduquesa de Austria, que trae como

acompañantes a decenas de científicos.⁸⁰ Podría pensarse que estas distinguidas expediciones cargadas de títulos nobiliarios no tuvieron repercusión en la institucionalidad brasileña, pero ese no es el caso. Este movimiento de cortes implicó, por ejemplo, la creación del Jardín Botánico de Río de Janeiro, con algunas actividades que no solo serían de exhibición, sino también de aclimatación de especies. Es decir, una actividad de investigación sobre la naturaleza.

Por eso es extraño que Darwin no haya buscado contactarse con este mundo, con estos investigadores, y que se haya concentrado en exploraciones por su cuenta, recurriendo a los contactos británicos que pudo establecer. Un punto débil de Darwin siempre fue su poca aptitud para los idiomas. Tal vez todo este florecimiento científico que sucedía en el Imperio del Brasil no impactó en él simplemente porque se desarrollaba en el idioma de la emperatriz de origen austríaco, es decir, el alemán. Es algo diferente la percepción de Darwin en la cuenca del Plata. Diversos acontecimientos marcan su visita a este estuario, como su escala en Montevideo, donde la nueva situación política de Hispanoamérica llama a la expedición inglesa a participar como fuerza dirimente en combates internos uruguayos.

Los marinos de su majestad británica desembarcan pero, debido a lo que se podría sospechar era una sensata actitud del comandante, no participan en combates. De todas maneras, era claro que la América hispana que visitó Darwin no estaba atravesada, como la que vieron Humboldt o Malaspina, por conflictos latentes, sino por una abierta violencia que afectaba claramente la cotidianidad. Y esto se experimentaba no solamente en las regiones marginales como aquellas de las sublevaciones indígenas del siglo precedente, sino en todas las capitales y buena parte de los puertos hispanoamericanos. Esto, sin embargo, no le impidió a Darwin relacionarse con los gauchos y valorar su destreza, especialmente con las boleadoras. Sin embargo, las expresiones de máxima admiración estarán reservadas para Buenos Aires, donde son argumentos muy diferentes los que le impresionan.⁸¹

80 Más adelante ofreceré detalles sobre estos exploradores.

81 Darwin mira desde otra perspectiva el ambiente latinoamericano. En una carta a su hermana escribe: "Nuestra principal diversión era pasear y admirar a las damas españolas, después de observar a

Darwin hace un viaje por tierra de la Patagonia hasta Buenos Aires. Allí se topa con otra realidad que vive el país: la guerra contra los indios. El naturalista se encuentra con Rosas, el general que comanda el exterminio. En la sensibilidad de hoy día es difícil imaginar un crimen más cruel. Darwin no es insensible a la dureza de esta guerra, pero no la ve como una acción criminal; incluso establece un vínculo de admiración con el general Rosas, que luego será retomado durante su exilio en Londres. Es a su vista una guerra cruel, no una ofensa a la humanidad (como lo es el esclavismo). Vemos también una diferencia respecto a la sensibilidad que muchos exploradores antes que él tuvieron con respecto a la situación de los indígenas.

Las cosas adquieren un carácter más extremo cuando llega a la Patagonia. Allí sus expresiones de desprecio hacia los indígenas se hacen numerosas y elocuentes: "Nunca hubiera creído cuán grande es la diferencia entre el hombre salvaje y el civilizado. Es mayor que la que existe entre el animal salvaje y el doméstico, ya que en el hombre es más elevada su capacidad de perfeccionamiento", o bien cuando comenta que "su lenguaje no merece llamarse articulado" (Von Hagen 2008, 238 y 240). A esto se suma el desprecio que sentía hacia ellos por su insistencia en recibir regalos y la forma como los pedían.

Todos sus textos enfatizan su concepción de que los fueguinos se encuentran en el estado menos civilizado de la escala humana: "*I believe if the World was searched, no lower grade of man could be found*" (Darwin [1921] 2001, 125). En esta descripción aún no existen ideas que mencionen la evolución en el mundo natural, pero la estructura de pensamiento jerarquizada en torno a los valores de la civilización europea, y tal vez anglosajona, no muestra ningún resquicio. A pesar de su "desprecio" hacia los patagones, Darwin no deja de percibir su capacidad para la imitación y una serie de destrezas que, sin embargo, para él no modifican esta ubicación en el peldaño inferior de la jerarquía humana. Esta percepción se complementa con una fuerte referencia a las bases materiales de subsistencia. Son las

uno de esos ángeles deslizándose por la calle, decíamos involuntariamente: Qué tontas son las mujeres inglesas, no saben andar ni vestirse, y luego qué mal suena la palabra miss si se la compara con la de señorita" (Von Hagen 2008, 223). Las buenas impresiones causadas por Buenos Aires se extienden a su vida cultural, la presentación de óperas y otros elementos de valor desde un punto de vista europeo.

condiciones de vida las que hacen difícil que los fueguinos puedan acceder a las sofisticaciones de la civilización. Se trata de un pensamiento que se asienta plenamente sobre los presupuestos del progreso.

En el resto de su recorrido, Darwin está siempre preocupado sobre todo por la geología, y en el contacto con la población local lo vemos en ciertas dinámicas más o menos repetitivas. El contacto con los ingleses está siempre presente, algunos son personajes destacados, como asesores de los Gobiernos encargados de diversas funciones. Con frecuencia establece relaciones directas con jefes de Gobierno, como Rosas en Argentina y Portales en Chile. Con respecto a la población local, se lamenta del desorden, pues en todas las partes por las que atraviesa hay tumultos, rebeliones o guerras civiles. El comportamiento femenino le llama la atención. Ya mencioné sus impresiones en Buenos Aires. Algo parecido sucede en Lima, donde queda muy atraído por lo que hoy podríamos describir como una coquetería hispana. Valora también a los gauchos y de manera especial a los arrieros con los que se cruza en su recorrido a Mendoza. En cambio, no existe registro de trabajo con investigadores, profesores o universidades locales.

Todo esto muestra que los treinta años que separan los viajes de Humboldt y de Darwin son muy intensos para el desarrollo de las ciencias, de las ideas, pero sobre todo son años en que constatamos grandes transformaciones en América Latina. La más importante de ellas es la violencia, que si bien anteriormente existió en la forma de sublevaciones indígenas o ataques ingleses, en la visita de Darwin es mucho más cotidiana y con muy diversas manifestaciones: los bandos están cambiando.

La otra gran diferencia que se ve es la presencia inglesa. En todas las naciones, en todos los puertos, en todos los Gobiernos, hay ingleses que de esta manera crean una verdadera red. Dicha red no solo es de comercio, comunicación y política, sino que va transformando también su visión del mundo (que en este momento resulta ser un espacio en el cual se mueven con soltura). Pero con ello también se modifica la visión de sí mismos y, dado que ya está bastante articulada esta red comercial imperial, es una visión en la cual es poco necesario abrirse a otras tradiciones o lenguas. Incluso parece que Darwin contribuye a la creación de lo que podríamos llamar una cultura internacional sobre Latinoamérica, en la cual se destacan

la inconsistencia de sus Gobiernos, lo salvaje de sus guerras, lo primitivo de algunos indígenas y lo encantador de sus señoritas. ¿No se trata esta de una forma también precursora de los estereotipos?

El último tramo del viaje americano corresponde a las islas Galápagos; allí se encuentra con un gobernador de origen inglés y una intensa actividad de balleneros, que nuevamente son fundamentalmente ingleses y norteamericanos (valga indicar que Darwin se sorprende del buen trato que los americanos dan a los ingleses). Se ha dicho, con frecuencia, que en esta visita concibe la teoría de la evolución. Los elementos de su diario no sostienen esta afirmación. Su preocupación se dirige sobre todo hacia la geología: son los volcanes, la variable edad relativa de las diferentes islas lo que llama más su atención. Esto, sin lugar a dudas, será relevante para pensar el cambio en el mundo y el problema de cómo fueron creadas las especies en esos remotos archipiélagos. Pero todavía dista mucho de ser el esbozo de una concepción de la evolución. En este sentido, Stephen Jay Gould (2008) señala que el descubrimiento de la evolución en Galápagos es un mito. Lo que habría sucedido es que en Galápagos se reflexiona sobre la escala temporal de ocupación de un ecosistema, y luego los materiales, fundamentalmente las aves y, en menor medida, los caparzones de las tortugas, muestran la evolución. Pero esto sucede una vez que son procesadas adecuadamente por un ornitólogo experto (John Gould), y cuando se complementan los datos incompletos de Darwin con los más ordenados de Fitzroy.

Tenemos entonces a Darwin con sus percepciones geológicas, sus datos y su viaje, que continúa hacia la Polinesia. Lo que llama la atención de este momento es que cuando se está haciendo el trabajo de campo de lo que se reconoce hoy día como una verdadera revolución científica, algo está pasando en la forma de relacionarse de quienes hacen el descubrimiento y las personas que conforman la sociedad en donde estas exploraciones se realizan.

La palabra central es incomunicación, que a su vez no es sino producto de dinámicas sociales específicas. Señalaré solamente que esta América, a pesar de la conflictiva realidad, no es un territorio ni analfabeto ni estancado. Mencioné la creación del Jardín Botánico de Río de Janeiro, los museos

de historia natural de Buenos Aires y Santiago, que indican que hay un esfuerzo por el desarrollo de la ciencia; sin embargo, parece que este está cada vez menos comunicado con los ejes del “avance científico”.

Las complejidades del paso a la Independencia

La comprensión de la Independencia sudamericana está obstaculizada por la gran carga subjetiva que se ha puesto sobre este momento en la historiografía hispanoamericana, y por el enorme contenido mítico que llena lo que ha sido la versión oficial de las historias nacionales sudamericanas. Este es el terreno de un fuerte nacionalismo y de mucha ideología. Sin embargo, los estudios que, a partir de la segunda mitad del siglo XX, comienzan a distanciarse de ese esquematismo brindan la posibilidad de abrir nuevos debates, un proceso social menos maniqueo y con muchas lecciones para entender, adecuadamente, las sociedades latinoamericanas de nuestros días. Para el caso ecuatoriano, contamos con textos valiosos como los de Demélas y Saint Geours (1988), Morelli (2005), Büschges (2007) y Gelman (2007).

Tan atractivo y apasionante tema no es sin embargo el mío, razón por la cual me referiré, exclusivamente, a dos variables en el proceso independentista, relevantes para este estudio. Por una parte, la evolución de la estructura del espacio y, por la otra, el desarrollo de la ciencia. El siglo XVIII es de intensas modificaciones en la organización del espacio colonial. La estructura que se hereda del siglo XVII es relativamente cohesionada, pero se producen muchos cambios. Tres ejes ayudan a explicarlos. En primer lugar, la amenaza norte-europea (francesa, inglesa, holandesa) se incrementará enormemente, y las necesidades de defender su Imperio impondrán a la Corona española exigencias muy concretas. Esto incluye la agudización de las amenazas desde el lado portugués, puesto que una vez que se produce la ruptura dinástica definitiva, Portugal, en vez de ser un aliado, se convierte en otro rival con el cual se producen enfrentamientos. No solo se dan acciones de penetración portuguesas, sino también diversas formas de alianza y apoyo que la Marina británica obtuvo en puertos y colonias lusitanas. Ya mencioné que el episodio más dramático de esta agresividad es el ataque

británico a Cartagena (Victoria 2008, 112), pero los incidentes son numerosos: la toma de La Habana, de Trinidad, de Jamaica, los ataques al estuario del Plata. Por el lado portugués, hay numerosas correrías en la cuenca amazónica y uno de los elementos más problemáticos: la implantación de la colonia de Sacramento a pocos kilómetros de Buenos Aires.

La reacción española fue en varios aspectos eficiente, ya que una fracción apreciable de las incursiones británicas fue rechazada y otras no pudieron consolidarse. A pesar de ello, las islas menos pobladas, como Jamaica y Trinidad, pasaron a manos británicas, y si bien las fuerzas españolas lograron contratar en Florida, fue clara la necesidad de reorganizar las defensas del Imperio. Para ello no solamente era necesario construir fuertes adecuadamente ubicados, sino también organizar las líneas de abastecimiento y de financiamiento para las guarniciones claves que se fueron creando. La Real Audiencia de Quito tuvo como responsabilidad financiar las instalaciones defensivas de Cartagena. Esto llevó a la organización de lo que se llamó el sitiado, es decir, el tributo en plata que debía trasladarse anualmente para mantener la guarnición de ese puerto.

Un segundo factor es la modificación sustancial del comercio mundial, en el cual pierde peso relativo la plata y gana el azúcar. Esto supone un desplazamiento de los ejes económicos de México y Perú a las Antillas.

En tercer lugar, se produjeron episodios de crisis de producción minera que transformaron también la necesidad de organizar el espacio que estaba articulado por la minería altoperuana. Respecto a este tema se deben, sin embargo, anotar algunas precauciones. Investigaciones más recientes muestran que la crisis de Potosí fue menor de lo que se había estimado, y quedó parcialmente compensada con el desarrollo de nuevas actividades mineras, sobre todo en el norte del Perú. Tandeter (2007) muestra que las cifras de tributarios disminuyen, pero al menos parte de esa disminución no es absoluta, sino que refleja un cambio del estatuto jurídico de esa población.

El siglo XVIII es también un siglo en el cual aparecen y se multiplican diversos conflictos. Para este análisis son significativas dos expresiones de ellos. La primera y más conocida se refiere a las sublevaciones indígenas (Moreno Yáñez 1977). Esa forma de rebeldía, que con frecuencia incluyó episodios violentos pero que sobre todo fue reprimida draconianamente,

se origina generalmente en las modificaciones referentes a las formas de cobrar el tributo indígena y en las prácticas de quienes habían rematado el derecho de recaudarlo. La rebelión indígena muestra una dimensión espacial, generalmente un ataque a un centro administrativo y luego un repliegue a las zonas menos accesibles, fundamentalmente páramos, en algunos casos zonas de la ceja de selva. La represión comienza tomando los pueblos y luego buscando a quienes se habían refugiado en las zonas más inhóspitas. A veces grupos rebeldes pudieron permanecer al margen del poder durante algunos años.

Pero la conflictividad ofrece una expresión adicional: las formas de protesta en las cuales se expresan los cabildos en contra de disposiciones de la monarquía. Este tipo de acciones se remontan en Quito a 1592, año en el que se produce la rebelión de las alcabalas (recientemente se había producido la rebelión de los estancos). El orden colonial tenía resquebrajamiento que se harían sentir con creciente fuerza.

En cuanto a la reorganización del espacio, el hecho más determinante sería la progresiva segregación de territorios a partir del virreinato del Perú, no solamente para crear nuevas unidades políticas, sino también para reorganizar varias dependencias previas. El dato más significativo es la creación de nuevos virreinos. Así, en primer lugar, en 1717 se crea el virreinato de Nueva Granada, con lo cual disminuye el territorio del virreinato del Perú. Esta decisión es revisada en 1724 por falta de presupuesto, pero retomada en 1739. En 1776 se produce una nueva segregación del territorio. Se trata del virreinato del Río de la Plata. Pero esta decisión tiene una implicación adicional, pues se adscribe la Real Audiencia de Chacras al virreinato de la Plata, es decir, el distrito administrativo que incluye a Potosí, el eje económico fundamental de la economía española en Sudamérica.

Si pensamos desde la realidad actual, puede parecer lógico que espacios sociales de tanta importancia como Colombia o Argentina tengan un reconocimiento comparable al de Perú, pero eso sería utilizar la consecuencia como explicación de la causa. Todos estos hechos están mostrando una serie de cambios que exigen respuestas diferentes de la administración española.

Una primera manifestación de ello es el aspecto militar. Los ataques, sobre todo ingleses, son permanentes. La administración debe acercarse

a las líneas de defensa. En el Sur, las cosas tampoco son fáciles. Tal vez la amenaza más grave la constituyen los portugueses que se expanden hacia el río de la Plata, ocupan la colonia de Sacramento, van evidenciando que la defensa del Imperio requiere de una construcción política y militar volcada hacia las líneas de comercio y hacia las puertas al mundo colonial.

En segundo lugar, la economía de estas colonias ha cambiado sustancialmente. De todas las posibilidades examinadas, hay unas pocas que se van consolidando como nuevas líneas de comercio exterior. Inclusive algunas de ellas muestran desarrollos intermitentes que comienzan a construir esbozos de una nueva organización del espacio. Para el caso ecuatoriano fueron el cacao y las quinas.

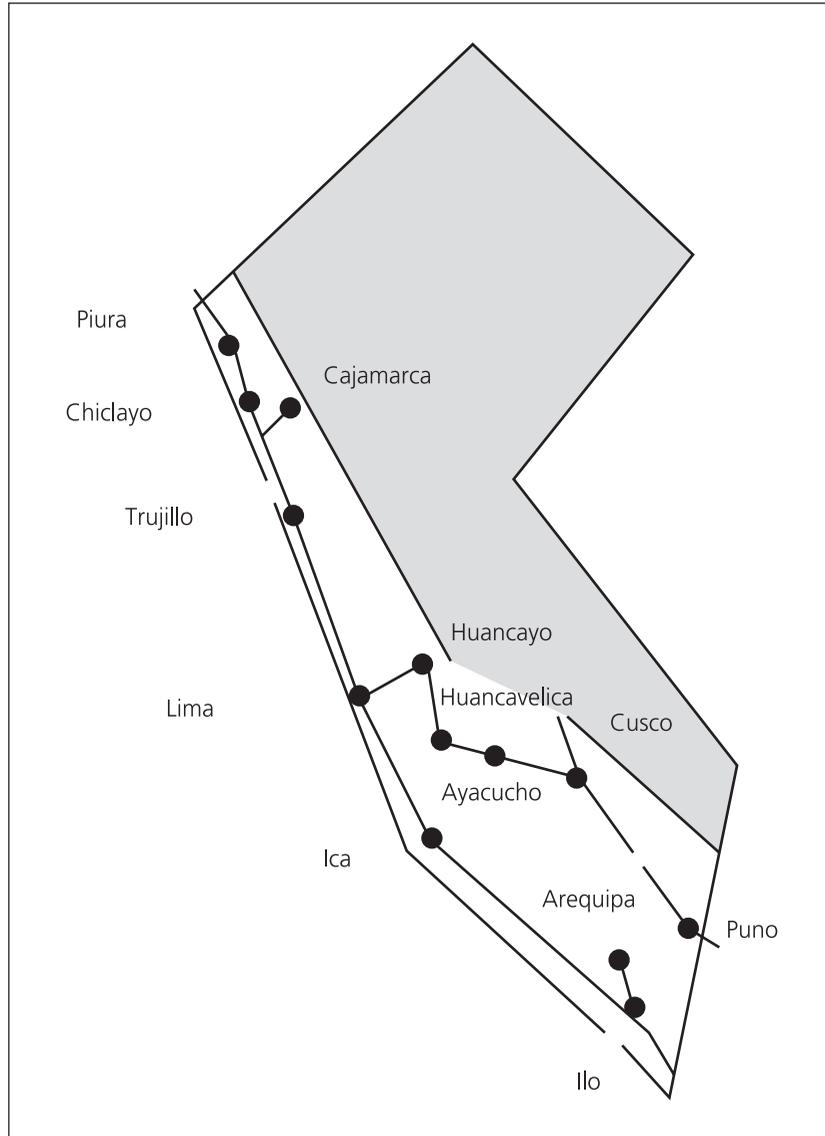
En la visión que propongo, esta rearticulación del espacio, que implica de todas maneras una transformación de las sociedades, no es un proceso que estalle repentinamente con la Independencia. Al contrario, el proceso de descentramiento de América se había venido dando a través de diversas etapas a lo largo de la Colonia. Para el mundo andino, el desplazamiento político del Cuzco a Lima es el primer paso, tras la pérdida de centralidad del mundo andino. Posteriormente, se crean nuevos ejes de desarrollo. Las cosas no quedan allí, pues con el proceso de la Independencia se cambia y fragmenta más aún el mapa sudamericano.

Una aspiración de las personas que promovieron el proceso independentista era ganar conexión hacia el exterior. Para ello, el primer requisito era eliminar las restricciones impuestas por las autoridades coloniales. Para ilustrar esto se podría retomar la esquematización propuesta por Mesclier (2001) para el Perú (imagen 1.3). En esta imagen vemos cómo evoluciona, en tres momentos, la estructura del espacio de lo que hoy es el Perú. Un primer esquema nos habla de la estructura colonial.

Observamos una red interior que se conecta hacia el Alto Perú. Lo relevante es que, en el esquema para la época republicana (imagen 1.4), se empobrecen las redes, con Lima separada del eje Cuzco-Puno-La Paz (no incluido en la imagen).

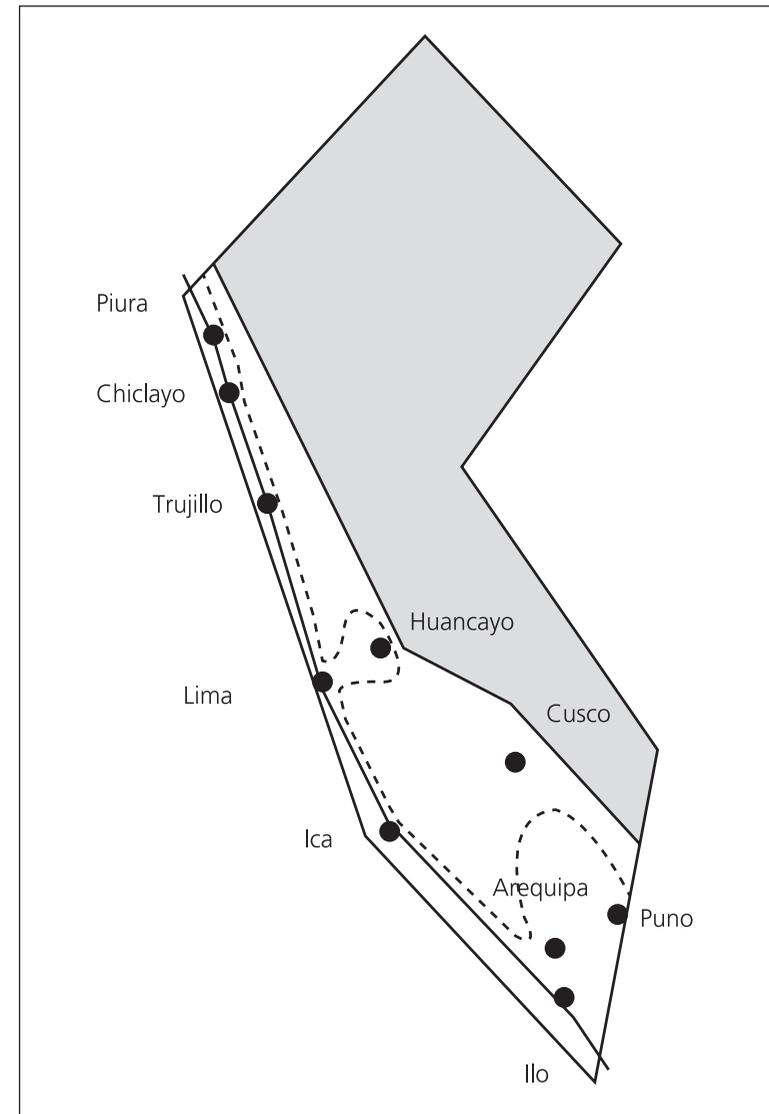
Una vez que la Independencia fue conseguida, el problema de la conexión hacia el exterior tuvo una nueva expresión. No era suficiente que todos los barcos del mundo (fundamentalmente los ingleses) pudieran

Imagen 1.3. El espacio peruano en la Colonia, según Mesclier



Fuente: Mesclier 2001, 82 (se han agregado los nombres de las ciudades).

Imagen 1.4. Visión del espacio republicano peruano, según Mesclier



Fuente: Mesclier 2001, 82 (se han agregado los nombres de las ciudades).
 Nota: Los límites usados por Mesclier son extemporáneos, pues son posteriores a la guerra del Pacífico.

atracar en todos los puertos disponibles, sino que era necesario tener algo que venderles a cambio de las mercancías que estos ofrecían. Era necesario organizar una producción de exportación, y esto enfrentando los costos que la guerra de la Independencia había significado. En el caso del Perú, se agregan las dificultades derivadas de la destrucción de la producción minera y de la articulación económica con el Alto Perú. Esto se refleja en la imagen 1.4 donde es evidente la pérdida de la conexión interna entre Huancayo y Cuzco y la orientación hacia la Costa.⁸²

En el caso ecuatoriano, hubo algunos productos que aparentemente podían ser la base de la conexión con el mercado mundial. El cacao se impuso, pero también fue relevante la quina. Otros dos productos tuvieron un rol que luego fue declinante: los textiles y los sombreros de paja toquilla (Miño 2007).

Cada uno tuvo una lógica diferente de implantación en el espacio. El cacao, el producto de exportación por excelencia, a fines de la Colonia, tuvo dos períodos de expansión. Primero se desarrolló en las zonas del estuario del Guayas que eran accesibles a través de la navegación a vela. El comercio por los ríos era todavía muy costoso, pues era difícil remontar la corriente. Es por esto que el primer desarrollo cacaotero remontó la cuenca del Guayas, solamente hasta donde la velocidad del río no interfería con la navegación. Segundo, a lo largo del siglo XIX y sobre todo a finales de este, la fuerza de los vapores permitió avanzar aguas arriba de manera apreciable.

La quina, de gran valor por unidad de peso, podía absorber los costos del transporte en mulares. De hecho, las principales dificultades para su comercialización se derivaban de otro problema: la precaria estandarización del producto que generó embarques de plantas de muy diversas calidades. Esto llevó a márgenes de comercialización muy altos, casi especulativos. De todas maneras, este producto organizó un sistema productivo (o extractivo) que articuló a las ciudades de Loja y Cuenca con el puerto de Guayaquil, pero también a través de Piura y otros puertos peruanos en el norte de ese país.

82 El Perú fue uno de los países sudamericanos que más sufrió como consecuencia de la Independencia, por las guerras y por una destrucción de su base productiva: las minas dejaron de funcionar y algunos rubros de producción, como los vinos, perdieron sus mercados y tuvieron que enfrentar competencia extranjera. En realidad, la rearticulación al mercado mundial no se dio sino a través de la exportación de guano, actividad estrechamente ligada al perfil costero.

Los sombreros, que dependían básicamente de la mano de obra, generaron otros circuitos de articulación espacial, pues la materia prima se extraía en las zonas tropicales, especialmente de clima estacional seco, en lo que hoy es la provincia de Manabí. La fibra, no muy pesada, era transportada por varios medios hasta las zonas del Azuay y Azogues en la Sierra sur para ser elaborada por una mano de obra abundante y luego reexportada por Guayaquil.

La industria textil, heredera de la manufactura obrajera colonial, se asentaba en los centros de mayor densidad indígena (Sierra norte y centro). Sus mercados en Alto y Bajo Perú y Colombia se convirtieron en organizaciones políticas independientes, a las cuales llegaban también manufacturas provenientes de Europa. La exportación textil no desapareció pero entró en una aguda crisis.

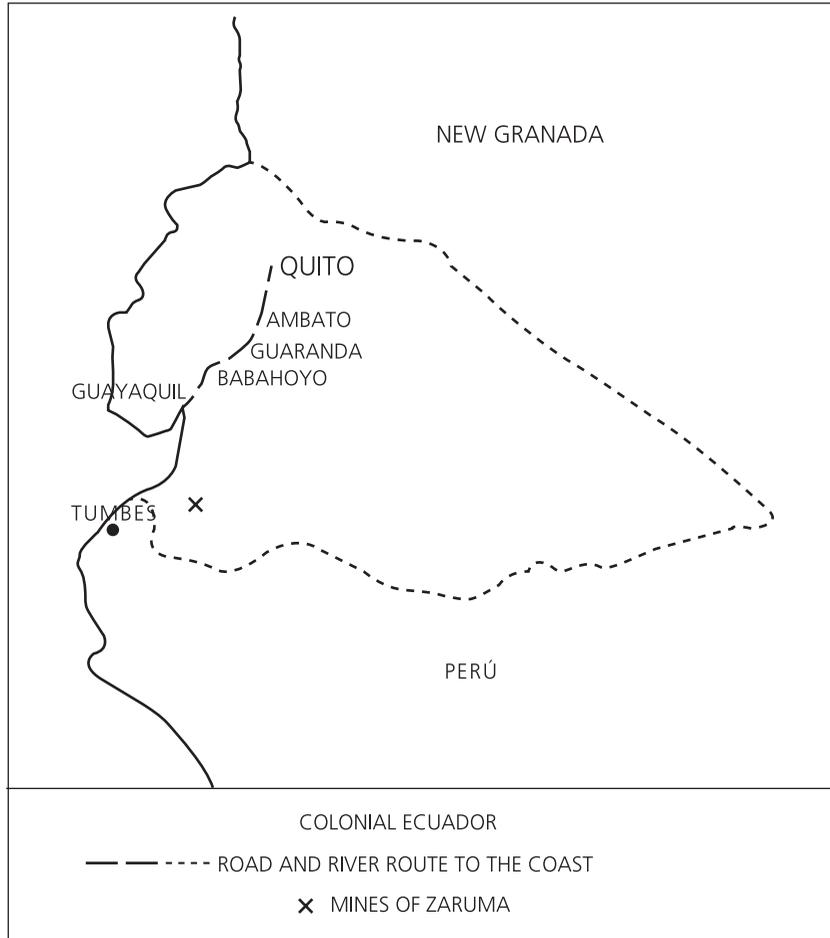
En cuanto a la organización del espacio del Ecuador, Schek (1969) propone una representación de gran sencillez en su tesis doctoral (imagen 1.5). En ella parece que el eje de la articulación de Quito hacia el exterior es la única característica relevante. Incluso la minería del oro de Zaruma aparece suelta y desarticulada del resto del espacio.

Si bien en esta imagen encontramos elementos extemporáneos, como límites que fueron establecidos posteriormente, y sobre todo una insuficiente descripción de la articulación con Popayán y Bogotá en el norte, permite abordar el papel central que tuvo la organización hacia afuera del espacio sudamericano. Esto muestra un radical contraste, por ejemplo, con la representación que el propio Schek toma de Mardoy (imagen 1.6).

Estas representaciones del espacio dan las primeras pistas sobre el proceso dinámico y cambiante de usar, recorrer, percibir y representar un territorio. Sintetizo esta comprensión en una representación de todo espacio sudamericano. La imagen 1.7 describiría cómo funciona hasta las primeras décadas del siglo XVIII, y la imagen 1.8, tras las reformas del siglo XVIII.

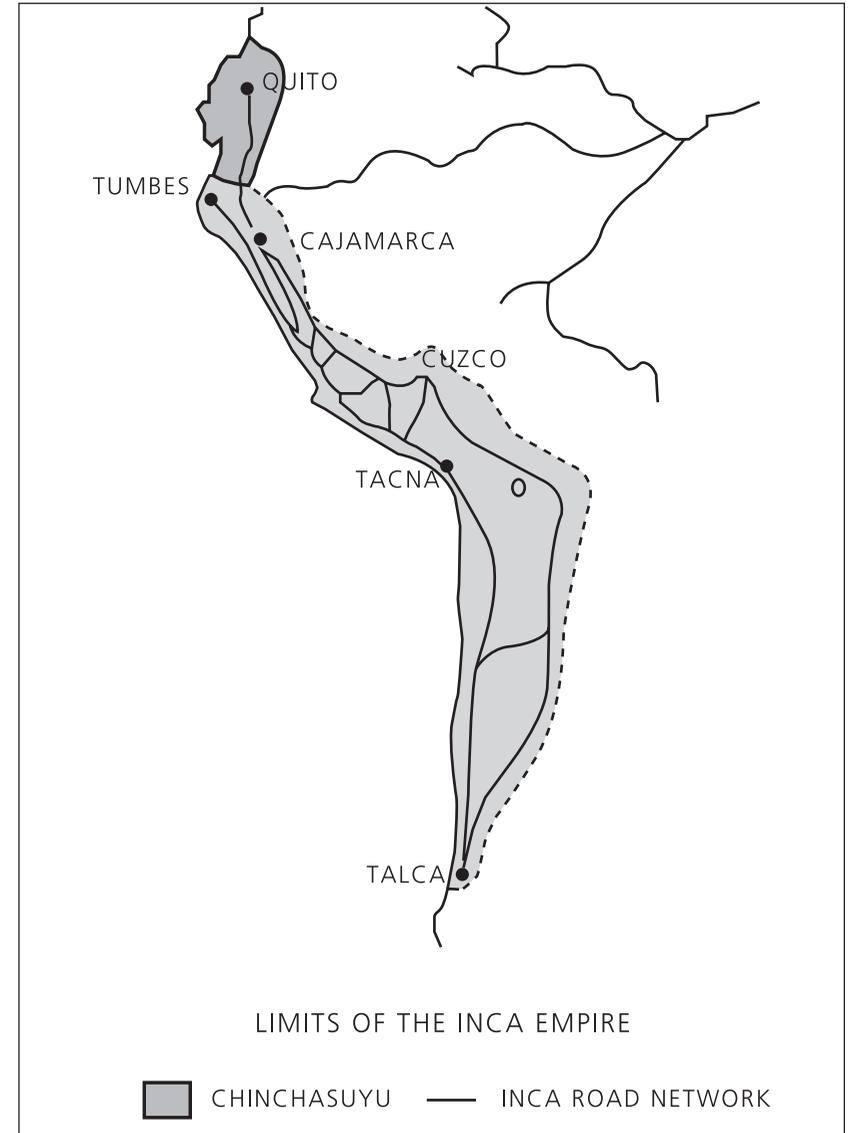
Estas representaciones, que son simplificaciones provisionales, dan una idea de cómo cambia la estructura del espacio americano. En líneas rojas gruesas están representados los ejes más dinámicos de la extracción de plata que, en un primer momento, es la actividad a la cual se articula casi todo el resto de flujos comerciales. En líneas más delgadas aparecen los flujos económicos complementarios. En verde aparece la expansión hacia las zonas

Imagen 1.5. Visión del espacio ecuatoriano, según Schek



Fuente: Schek 1969, 68.

Imagen 1.6. Visión del espacio andino, según Mardoy



Fuente: Schek 1969, 58.

no reducidas, que se efectuó por una combinación de acción misional y militar para dominar a las poblaciones indias no sometidas. En azul se ha representado la acción hostil de piratas y potencias extranjeras que, en algunos casos, establecieron colonias que competían con la hegemonía española. Es relevante el significado de los espacios “vacíos” desde el punto de vista europeo, es decir, los territorios en los cuales las sociedades indígenas seguían funcionando con autonomía política respecto a las potencias europeas. Se trata, en lo fundamental, de la Patagonia y la Amazonía, aunque existen extensiones menores en el Chocó y otras zonas.

Una de las modificaciones que se ve en la imagen 1.8 es la inclusión de nuevas subunidades administrativas, nuevos virreinos. Los límites virreinales fueron frecuentemente modificados, por lo cual no es posible pensar en una estructura que represente límites definitivos de estas subunidades imperiales. Como se constata en la imagen 1.8, la principal diferencia es el eje Lima-Cuzco-Potosí, que ya no es el que articula y da unidad a todo el espacio español en América. El eje Potosí-Buenos Aires organiza parte del espacio hacia otro flujo externo. En el mar Caribe, el flujo comercial del azúcar está desplazando, activamente, al flujo de la plata. Se ve también un flujo comercial secundario entre las vertientes orientales de los Andes y Piura: el comercio de la quinina. Y también hay un intercambio de Guayaquil a México: el comercio de cacao.

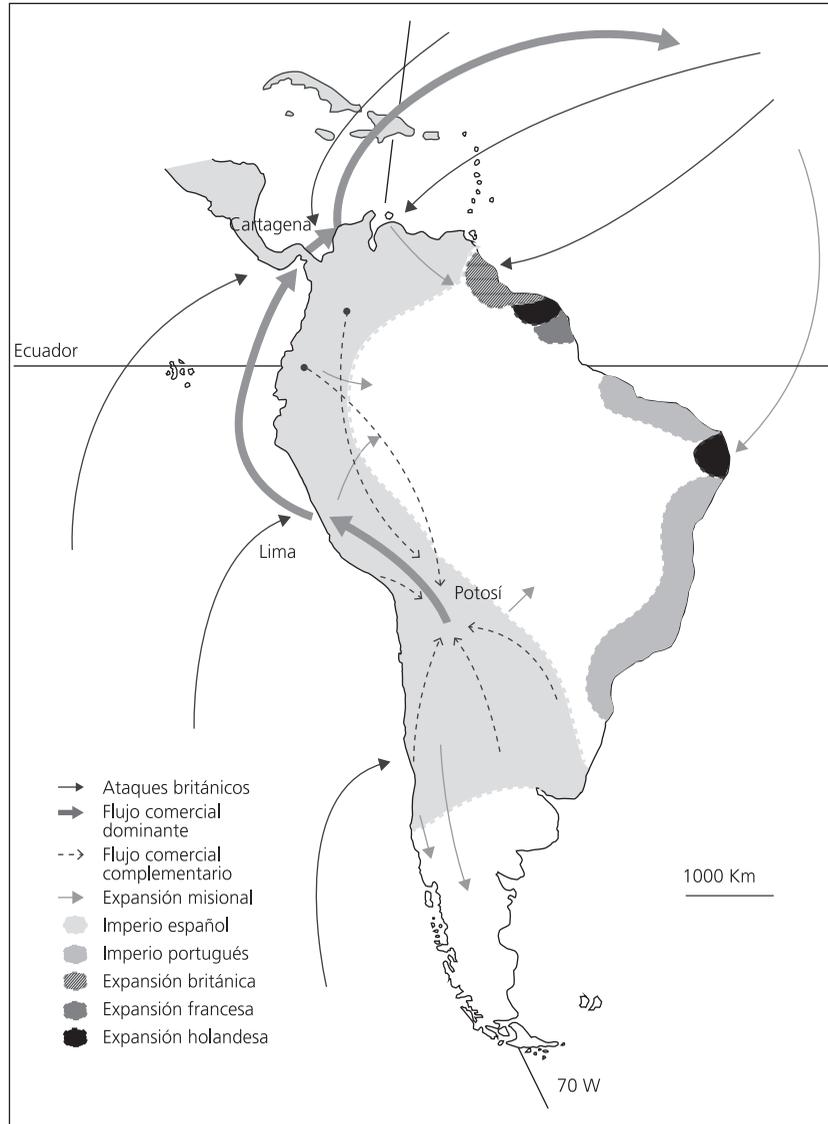
A pesar de que se mantiene la unidad del Imperio español, han comenzado a surgir varios virreinos, cuyos límites cambian a lo largo del siglo. La expansión de las potencias que desafían al poder español es también clara. La más evidente es la portuguesa, que con el establecimiento de la colonia de Sacramento en el estuario de la Plata muestra su radical desafío al dominio español; pero también están la cesión de Haití a Francia y la toma de Jamaica por los ingleses. Las misiones jesuitas que empujaban el espacio hispanoamericano se han desmantelado. La articulación económica de la Audiencia de Quito se reorienta hacia el norte.

Por último, presento una esquematización para el período de la Posindependencia (imagen 1.9). Los flujos comerciales directos se han multiplicado, los ejes económicos internos se han simplificado y se han orientado hacia afuera. Ahora los conflictos no provienen de amenazas de otras

potencias, sino de los nuevos países sudamericanos o debido al fraccionamiento de antiguas unidades políticas (muchas veces son conflictos de definición de fronteras). Los enfrentamientos que se suscitan a raíz de la Independencia aparecen como una erupción de las tensiones preexistentes, en una(s) sociedad(es) que había(n) encontrado en la guerra un canal para resolver los temas políticos. Sin embargo, esta visión de ciertos aspectos del espacio es incompleta, pues este no estaba organizado solamente en torno a los canales comerciales. Para indagar sobre otras visiones complementarias he recurrido a la cartografía.

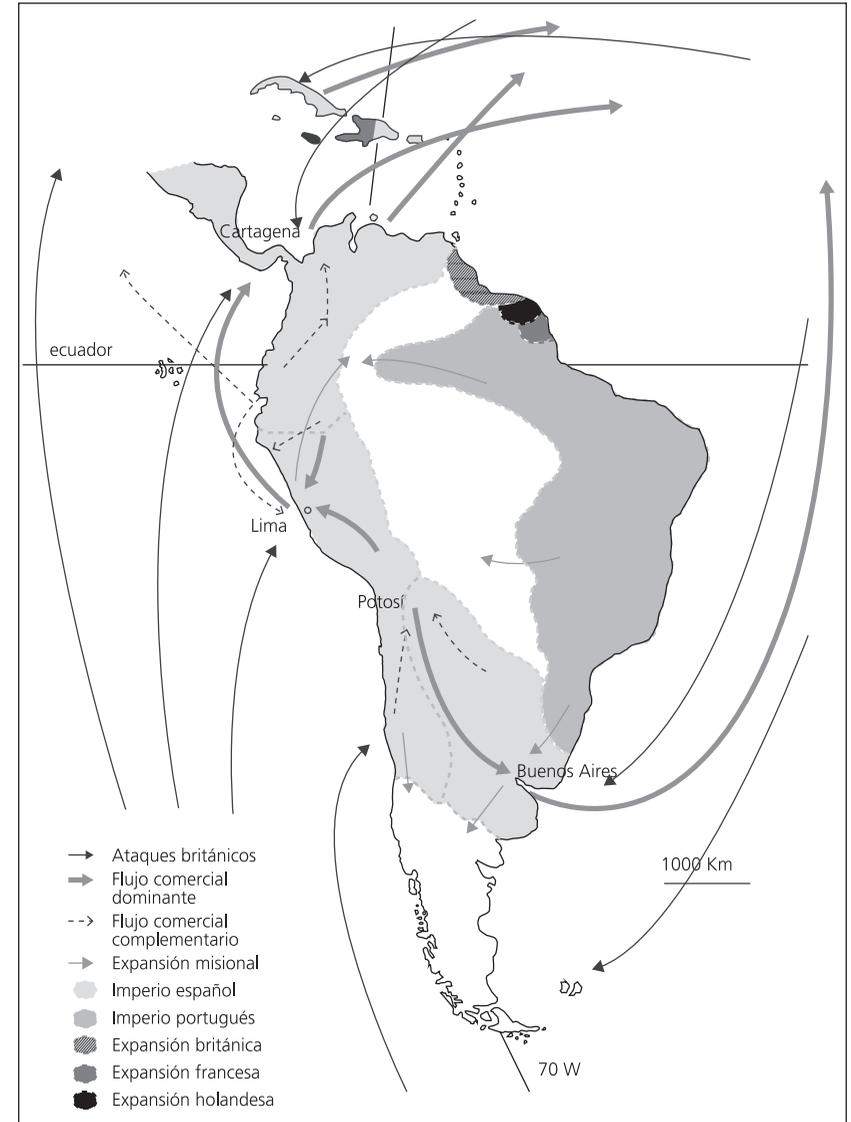
Examiné los mapas de diversas colecciones y recopilaciones. Algunos fueron elaborados desde la mirada del navegante y descubridor extranjero; otros, desde la propia gestión del territorio, en reportes desde la administración política o eclesial; inclusive algunos (los del archivo nacional) provienen de diversas causas legales establecidas en la Real Audiencia. Este material permite proponer las siguientes tendencias generales sobre cómo sus dibujantes veían el territorio. Existe una evolución de los puntos de vista desde los cuales se elabora la cartografía. Se comienza con los esfuerzos de integrar esa realidad recién descubierta en las comprensiones del mundo. En ese esfuerzo se expresan las expectativas, los elementos que ordenaban la mente de los cartógrafos, y es así como se completa lo que no se conoce a partir de lo que se esperaba encontrar. En los primeros esfuerzos están presentes esos elementos que movieron al propio descubridor a emprender el viaje a Occidente, el vínculo con “Xipango”, como lo escriben en ocasiones, en definitiva con Asia, a la cual se la representa, en más de una ocasión, unida a América. Esta fusión es explicable por el incipiente conocimiento que tenían de este nuevo continente, pero revela algo más. En efecto, el mundo oriental, las Indias, no solo prestaron a América la denominación que luego se extendió con el gentilicio aplicado a todos sus habitantes, sino que además testimonia la asociación de lo americano al exótico mundo oriental. Se está buscando en América un mundo con visires y emperadores. Lo que no corresponde a eso tiene un tratamiento diferente, es lo salvaje, lo que no tiene gobierno y, por lo tanto, la dicotomía europeo-americano está complementada por otra: la presencia del Estado o su ausencia.

Imagen 1.7. Representación del espacio sudamericano a inicio del siglo XVIII



Fuente: Perfil de América tomado del mapamundi de *National Geographic* 2004 http://rapidshare.com/files/42535449/Map_-_South_America.rar

Imagen 1.8. Representación del espacio sudamericano a fines del siglo XVIII



Fuente: Perfil de América tomado de mapamundi de *National Geographic* 2004. http://rapidshare.com/files/42535449/Map_-_South_America.rar

Imagen 1.9. Representación del espacio sudamericano después de la Independencia



Fuente: Perfil de América tomado de mapamundi de *National Geographic* http://rapidshare.com/files/42535449/Map_-_South_America.rar.

Se manifiesta también la dimensión imperial de los mapas. Son la manera de dibujar las relaciones de poder en sus dimensiones planetarias. Pero tal vez lo más interesante para el tema de este libro es que, desde muy temprano, la comprensión del europeo reconoce la existencia de espacios vacíos. Se trata de territorios en los cuales pueden existir caníbales, se multiplican los lagos y las cordilleras se interconectan, pero, sobre todo, marcan una dicotomía entre la ciudad, símbolo del asentamiento del europeo, y lo que no es controlado y conocido por este. Esta es la matriz en la cual se van organizando los espacios vacíos que luego se buscará administrar bajo la denominación de áreas protegidas.

No se trata de desconocer que toda sociedad ha ejercido una presión diferenciada sobre el territorio. Sitios de ocupación intensa, y cuyos recursos son la base de la subsistencia, se encuentran en mosaico con otros explotados y usados con menor intensidad. Aquí tenemos algo más: la significación política de esa diferencia.

Un especial valor y contraste tienen, en este contexto, las representaciones de Guamán Poma. Utiliza tanto la escritura como el dibujo en papel para mostrar esos otros esfuerzos que se realizan para entender nuevamente al mundo, luego de cien años de confrontación y transformaciones inducidas por la conquista. Pero en este caso se trata de una visión americana. Hay un esfuerzo explícito por cuestionar las jerarquías de lo europeo y lo americano. Más interesante aún es que en la visión de América también propone sitios casi vacíos: las tierras bajas orientales, que son tratadas sin proporción pero sobre todo en una ubicación jerárquica claramente inferior a lo andino. Se trata de un matiz cuyo valor es mostrar la continuidad y, en alguna medida, la identidad entre la estructura de representación prehispánica y la colonial (Guamán Poma de Ayala [1615] 1980).

Luego existe una serie de esfuerzos que están claramente al servicio de facilitar la accesibilidad: las cartas de navegación, que todavía mantienen ese amplio espacio para que la imaginación llene el interior del continente. De todas maneras, se observa todo un período colonial (hasta 1700) en el cual es curiosa la pobreza de elementos cartográficos sobre el territorio. Esto a pesar de que en todo el siglo XVII y buena parte del XVI

existe una sociedad que se articula espacialmente de una manera muy coherente. No parece haber necesidad de explicar las rutas, los caminos, las ubicaciones.

Entre todos los cambios que implica el inicio del siglo XVIII está una agudización de los conflictos internacionales. Se desparrraman al Nuevo Mundo bajo la forma de ataques de piratas e intentos, cada vez más sistemáticos, de desplazar a España de su cuasimonopolio americano. El mundo “civilizado” tiene, como eje neurálgico, al sistema de comunicación marítimo. Son las ensenadas y los puertos objetos de atención, ya sea para defenderlos o atacarlos. Mucha de la cartografía que he encontrado corresponde a esta dimensión.

Pero muy pronto aparecen varias lógicas adicionales. Por una parte, el Estado comienza a vivir una necesidad diferente respecto al espacio. Las autoridades necesitan mapas, tienen que organizar las administraciones, señalar los límites y definir competencias. En este esfuerzo hay protagonistas especiales: los misioneros quienes constituyen la forma misma de cubrir, bajo la estructura de la sociedad colonial, a esas zonas periféricas, esas regiones no encuadradas en la administración de personas que era el orden étnico colonial. Sus trabajos ponen el acento en las comunicaciones, que en esa región eran sinónimo de ríos. Se trata todavía de documentos inexactos y con vacíos, pero tienen algunos méritos. Gradualmente incorporan técnicas astronómicas que permiten representar fielmente la latitud y, por otra parte, van creando una representación articulada, cada vez más objetiva, del interior del continente.

Los conflictos requieren manejar el territorio, por eso incentivan la producción de mapas de los imperios que distribuyen los continentes, y que documentan los sitios en los cuales se pueden producir operaciones militares. Esos conflictos que involucran a capitales como Londres y Madrid no son extraños a la realidad americana, pues las acciones militares y de defensa reclaman recursos y personas locales.⁸³

⁸³ Cuando digo que es una confrontación entre imperios, no niego la participación activa de las poblaciones locales. Quito, como ya he mencionado, a través del “sitiado” financió la fortaleza de Cartagena y las defensas contra los ingleses, y recurrió a soldados tanto peninsulares como americanos. Lo que sí era imperial y metropolitano era la estrategia, la dirección, la visión global del conflicto.

Pero hay otras dimensiones de la conflictividad, lo que se llamaría el pleito local. No se trata ya de acciones militares o discusiones entre obispos para saber hasta dónde llega su diócesis, sino de los conflictos por herencias, por el control de un potrero, de una acequia o de un camino.

Se trata de 33 mapas que van desde el año 1648 al 1892; abarcan 244 años, en los que se incluyen el desmantelamiento del orden colonial. Estos documentos hablan de muchas maneras sobre esa sociedad. Una dimensión es la que se podría describir como sociológica. ¿Quiénes se enfrentan? ¿Por qué? Si se pregunta a iniciativa de quiénes o en contra de quién se elaboran los mapas, se tiene como resultado lo que podría ser una aproximación a la estructura de la sociedad tardo colonial y temprano republicana. Hay cuatro grupos con representación parecida. El más numeroso está compuesto por los “particulares”. Se involucran en el 29% de los procesos y nos muestran ese sitio, acotado pero siempre importante, que en la sociedad colonial existió para la gestión individual. El siguiente grupo en importancia lo conforman en igual proporción autoridades y órdenes religiosas con un 24,3%, mostrando con ello el peso de la administración y también del sistema corporativo de las instituciones religiosas. El cuarto grupo, que está presente en el 21% de los casos, son los indígenas, que tienen una lógica también corporativa.

La segunda se refiere al objeto sobre el que discuten o litigan las personas que dejaron estos documentos. La respuesta es que más de la mitad se refiere a conflictos por tierras (61%); pero es interesante señalar que en una parte de estos documentos se explícita que lo que está en litigio son tierras para pastoreo (9%). Esto, como veremos después, tiene un significado para mi estudio. Le sigue en importancia el agua, con un 12% de los casos. Los demás corresponden a acciones sobre las periferias (12% de los casos). Esto incluye temas de minas y uno se refiere a un conflicto eclesiástico por la jurisdicción de dos curas sobre ciertos pueblos.

Si se toma en cuenta que estos mapas cubren un período de dos siglos y medio, la pregunta que surge naturalmente es cómo se distribuyen en el tiempo. Un indicador sería la fecha promedio en que se elaboró cada grupo. Hay datos interesantes. Los más tempranos, con una fecha promedio de 1694, son los relativos a los potreros. Con ello hablan de la importancia

de la economía ganadera en la primera etapa colonial. Los siguientes son los relativos a las acciones que he llamado de la periferia, y su fecha media es 1767. Pero esta en realidad oculta que acciones de este tipo se presentan muy dispersas en el tiempo: unas, muy tempranas, con una fecha promedio de 1697, corresponden o bien a momentos iniciales o al inicio de la crisis del siglo XVIII; otras, con una fecha promedio de 1840, incluyen esfuerzos coloniales tardíos y ya plenamente republicanos. Esta distribución recuerda a dos momentos diferentes en los esfuerzos por elaborar los mapas de los territorios poco ocupados: la década de 1730 con La Condamine y Pedro Vicente Maldonado, y el final del siglo XIX con Teodoro Wolf y Manuel Villavicencio. Respecto a las otras fechas, los conflictos por el agua son relativamente tardíos (alrededor de 1815), mostrando que el conflicto por este recurso aparece después de los conflictos por tierras (1803).

En definitiva, estos mapas hablan de los cambios en la sociedad colonial. En la primera etapa el eje fue siempre el control de las personas, las tierras eran secundarias. Pero luego, cuando se inicia la crisis minera, el rol estratégico de las tierras aumenta y sobre todo se incrementa, porque son el mecanismo que permite el acceso a un trabajo estable y con autonomía respecto al Estado. Se hace necesario pelear por ellas y, por eso mismo, representarlas.

Además, es necesario buscar nuevos recursos. Se necesitan productos para exportar, por eso se representan los árboles de cascarilla en el sur de Loja, los de canela en el Vaupés, y las rutas que por tierra permitan sacarlos. La crisis minera coloca a la sociedad frente a una nueva situación. En el siglo XVIII surgen necesidades: hay que invertir para enfrentar las dificultades. Es inversión la construcción de vías, así como la exploración de territorios que contienen recursos promisorios. Las comunidades proveedoras de mano de obra ya no son suficientes para sustentar la sociedad, se hace necesaria una intervención que ya va manifestando en esto las primeras pinceladas de una ilustración que tiene en estas acciones su vertiente práctica.

Hay otro elemento que produce otro tipo de representaciones: son lo que llamaré de noticias sensacionalistas. ¿Cómo explicar a un rey en España, o a la administración que desde allá toma decisiones, lo que significa la erupción de un volcán o las consecuencias de un terremoto? Surge

entonces el mapa de descripción de daños. Pero ¿qué diferencia respecto a los sistemas de información actuales! No hay imágenes de cadáveres, sino que el fenómeno natural generalmente es mucho más significativo que los daños. Así, la imagen del volcán es destacada y es poco lo que se testimonia de sus efectos.

Otro elemento que interesa en todas estas representaciones es cómo es descrita la naturaleza y la relación de esta con el ser humano. Diferentes sensibilidades encontrarán diversos significados en estas imágenes. Explico lo que yo percibo a continuación.

¿Dónde y cuándo se registra la presencia humana? En general, en todas estas representaciones del espacio la presencia humana aparece débil. Incluso la manera de representar a los poblados es, normalmente, una casa, lo cual produce la sensación de una solitaria presencia en un paisaje relativamente poco intervenido. Cuando se aborda esa realidad humana, lo que se ve es una intervención que llamaré de marcado del espacio. Me refiero al proceso por el cual se señala una ubicación, una posición, aunque sea muy puntual, que cambia algo: la inmensidad de un espacio natural en el cual esto se hace presente. Pero el espacio sigue siendo básicamente un espacio visto como natural.⁸⁴

Llama también la atención en todo este proceso la escasa representación del espacio cultivado. Una manifestación que va en sentido contrario de esta afirmación son los desastres, por ejemplo, las erupciones de los volcanes: en ellas es clara y está bien desarrollada la representación del campo cultivado. Pero eso no sucede ni siquiera en la representación de las modificaciones sufridas por los ríos en sus cauces debido a los terremotos. Incluso los conflictos por tierras de cultivo no marcan ni enfatizan su dimensión agrícola. Lo único que se encuentra es lo que llamaría el testimonio en negativo, es decir, el hecho de que en muchos planos vemos la distinción de tierras áridas o con excesiva pendiente. Este contraste deja en claro el carácter agrícola de las demás. A veces, coincidiendo con las anteriores, se marcan las tierras de indios, pero es muy esporádica la marcación de la actividad agrícola en las tierras. Una situación ligeramente diferente es la que

⁸⁴ Nótese que esta sensación de vacío es lógica si consideramos que esta región tenía, en ese entonces, una población aproximadamente veinte veces menor que la actual.

encontramos con respecto a los animales. Los vacunos son representados en casi todas las ocasiones. Hay también equinos, y en parte se describen explícitamente los terrenos de pastoreo que desempeñan un rol destacado, especialmente en un inicio.

En lo que se podría llamar los criterios sociológicos de la representación encontramos muy diversas miradas. En algunos casos, la presencia humana es la de las haciendas; hay razones para asegurar que se estaba omitiendo la presencia de poblaciones indígenas.⁸⁵ En otros casos, en cambio, la población india y sus viviendas sí son representadas; esto, como es lógico, se nota de manera especial en las causas en las que interviene el defensor de naturales.

Las otras diferencias de ópticas que muestran una evolución se encuentran en la imagen profundamente estética de muchos de los mapas de paisaje que contrastan con la frialdad de la segunda perspectiva, la del agrimensor que, lentamente, termina por ganar peso y dominar. Pero la ventaja del mapa de paisaje es no solo artística y en general bella, sino que muestra, de manera repetida e insistente, dos relaciones clave con el espacio. La primera, las diferenciaciones en la intensidad de uso de los diversos pisos altitudinales, es un testimonio de la realidad cotidiana de la verticalidad andina analizada por Murra. La segunda es cómo el centro poblado es un espacio que merece una atención especial. A veces se representa una realidad acunada entre montañas, lo cual a mi juicio es una forma de entender el espacio de un mundo cultural minoritario que es el del pueblo, sus plazas, un conglomerado que consiste en pocas docenas de casas que, junto a una iglesia, forman el mundo social. Esto marca con humildad la enorme dimensión del mundo natural que domina y que permite entender esa fuerte graduación en la intensidad de uso, control y aprovechamiento del espacio. La dimensión de este mundo natural que sobrecoge, que enana lo humano, es más visible si se reconoce que el actual territorio del Ecuador tenía, en la época colonial, una densidad demográfica que giraba en torno a los tres habitantes por kilómetro cuadrado. Grandes extensiones casi vacías con pequeños núcleos humanos: esa es la matriz sobre la cual se armará luego un sistema de áreas protegidas.

⁸⁵ En las haciendas del río Chiche aparecen obrajes que indican la existencia de mano de obra indígena, cuyas viviendas no son registradas.

Parte 2

El espacio y la ciencia en los inicios de la República

Problemas del espacio y de la ciencia en el inicio de la República

El análisis hasta aquí sugiere una realidad sin grandes rupturas asociadas al proceso de la Independencia. Eso no quiere decir que los cambios no hayan sido significativos y radicales como sin duda se registra en otra esfera: la de la política. Los espacios del ámbito micro, que representan los documentos sobre los juicios, parecen modificarse de forma más lenta, sin que se note una ruptura por el hecho político. A pesar de ello, el proceso de la Independencia tuvo drásticas consecuencias en muchas esferas de la vida social. La ideología y la cosmovisión colonial se rompieron, y aquello que comenzaba a armarse para sustituirlas fue precario, parcial y contradictorio. Los cambios más dramáticos en este momento son, como mencioné, los referentes al orden político y también los relacionados con el desarrollo del comercio. En la política, el cambio se dirige hacia la pérdida de estabilidad. El aparato estatal se reduce casi exclusivamente a un ejército fraccionado en varios bandos conducidos por caudillos. Si algo permanece y es un testimonio de continuidad es la Iglesia, pero no está libre de contradicciones y conflictos. Tanto es así que uno de los temas más frecuentes en las discusiones de los nuevos marcos legales serán las relaciones del Estado con la Iglesia.

Ante tal situación, el poder real de los Estados experimenta una paradoja. Por una parte es mucho menor que la administración previa pero, en un sentido específico, es mayor. Mucho menor porque ninguno de los Es-

tados podía enfrentarse a las potencias mercantiles que enviaban sus naves permanentemente para apoyar el comercio, pero también para incidir en el derrotero de los acontecimientos políticos. Quedaban totalmente atrás las épocas en que desde los puertos sudamericanos se apresaban fragatas inglesas y se rechazaban sus invasiones. Ahora el factor clave de la dinámica política, en buena parte, podía girar en torno a lo que un cónsul señalaba o a la actitud que una fragata británica o norteamericana tomaba en las radas de los puertos latinoamericanos. Eso podía decidir el destino de gobernantes y caudillos.¹

Pero en otro sentido, las autoridades de las nuevas repúblicas tenían mucho más poder. Tomaban decisiones que no tenían que ser consultadas, que no podían ser apeladas al otro lado del mar. Los gobernantes locales tenían posibilidades de gobierno significativamente mayores que antes. El Ecuador no es una excepción; al igual que los otros países latinoamericanos, apenas terminadas las guerras de Independencia se multiplican los conflictos internos. Los diversos batallones adquieren conducción propia y, cuando la paga no llega oportunamente, toman su propia iniciativa para conseguir la remuneración retrasada.

Algunos datos de la historia temprana del Ecuador ilustran esta realidad. Desde el día en que esta república se separa de la Gran Colombia, el 13 de mayo de 1830, transcurren 10 824 días hasta el primero de enero de 1860. En ese período existieron veintisiete Gobiernos,² lo que significa un promedio de cuatrocientos días por Gobierno. En toda esa etapa, el 81% del tiempo el Gobierno imperante fue constitucional, pero en el 6% de ese período, es decir durante 660 días, hubo más de uno. Además, la denominación de Gobierno constitucional no debe llevar a engaño. Para producir algún tipo de reforma constitucional se repetía el siguiente proceso: un gobernante constitucional enfrentaba una rebelión; esta generaba un grado no despreciable de violencia que llevaba a negociaciones; estas culminaban en un proceso por el cual el rebelde pasaba a ser jefe supremo

1 Una excepción se verá más adelante en el caso de la Comisión del Pacífico y la primera Guerra del Pacífico.

2 Se considera a un Gobierno como diferente cuando un mismo personaje pasa de ser dictador a ser reconocido como presidente constitucional por una asamblea o un organismo similar.

y convocaba a un proceso constituyente, el cual lo designaba primero presidente de la asamblea constituyente; luego de poner en vigencia la referida constitución, se procedía a elegirlo como primer presidente en el nuevo régimen constitucional. De esta manera, de las veintiséis transiciones de este período, solamente dos fueron de un Gobierno constitucional que fue seguido por otro igualmente constitucional. En este lapso hubo siete constituciones, es decir una cada 4,26 años.

La información disponible no permite tener una idea clara de lo que sucedió con estas sociedades después de la Independencia. La necesidad de afirmar una identidad y referentes nacionales ha llevado a los países latinoamericanos a oficializar una visión de su historia en la cual la Independencia es el proceso por el cual se accede a una libertad y se supera, así, una época colonial de opresión y explotación. Se trata, en gran medida, de la propaganda del bando ganador de la guerra civil que fue la guerra de la Independencia. A este respecto es conocida la frase que describe el proceso de Independencia como “último día de despotismo y primero de lo mismo”.³ También es claro que cada país e incluso cada región tuvo una experiencia distinta. Para el caso ecuatoriano fue una situación de muy fuerte inestabilidad política que culminó, en 1859, con la existencia de cuatro Gobiernos competitivos (Ayala 1990, 194).

Un segundo aspecto es que las guerras de la Independencia produjeron fuertes impactos económicos. La primera dimensión de estos impactos fue la demográfica. Si bien las estimaciones poblacionales de cada región son diferentes, los datos de Estrada, consignados por Saint Geours (1990, 48-49), ilustran que en la Sierra centro hubo un descenso de 280 000 habitantes a 273 000, entre 1780 y 1825. Sin embargo, los datos más contundentes se encuentran en la evolución de las ciudades. Así, durante las guerras de la Independencia la población de Quito pasó de 25 000 a 20 000 entre 1780 y 1840; la de Ambato, de 4000 habitantes a solo 2000, entre 1780 y 1825; Latacunga pasó de 3400 a 2200; Riobamba, de 7600 a 2500 (Saint Geours 1990, 48); y Cuenca de 12 000 a 7000 habitantes (Saint Geours 1990, 63).

3 Frase que, según todos los textos escolares de historia ecuatoriana, fue pintada en las paredes de Quito al día siguiente del triunfo independentista en la batalla de Pichincha.

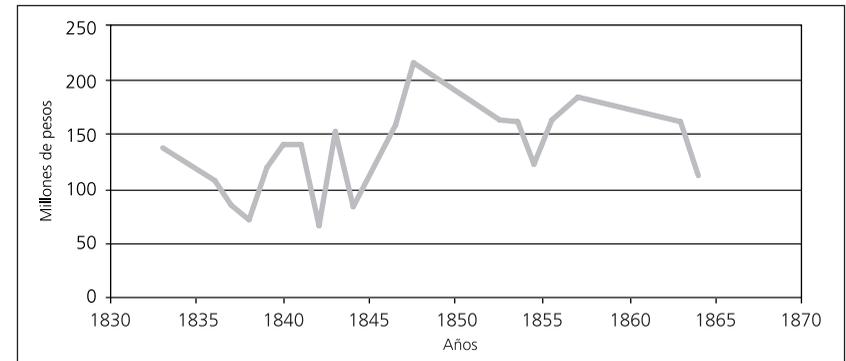
Otro indicador muestra que algo severo estaba sucediendo: la ratio de mujeres y hombres. En Latacunga y Riobamba, en 1824, era de 0,65 a 0,61, lo cual muestra que hubo una gigantesca fuga masculina de las ciudades. Esta fuga se relaciona directamente con la guerra. Además de una mayor mortalidad masculina, la guerra provoca, sobre todo, una fuga de hombres quienes, para tratar de evitar las diversas conscripciones forzosas, se refugian en las zonas rurales (Bromley 1979; Saint Geours 1990, 48).

En la economía, todas las regiones experimentaron una situación difícil. Con las guerras de la Independencia continuó, en el norte, la crisis multifacética que se había iniciado por los terremotos en los últimos años del siglo XVIII; como resultado, decayó la exportación de telas de lana producidas en el sistema obrajero. El sur había vivido, a finales del mismo siglo, un relativo auge en torno a diversas dinámicas que incluyeron la exportación de cascarilla (la planta medicinal que tanto preocupó a La Condamine), cochinilla, tejidos de algodón elaborados con materia prima de Piura y Lambayeque en el Perú y, luego, la producción de ganado vacuno y equino para el transporte (Espinoza y Achig 1990).

La producción de quininas se estaba desplazando hacia el norte, en parte debido a la sobreexplotación en el sur, por lo que el eje de la economía de esta región pasó a centrarse más en la ganadería. Pero este fue el sector más vulnerable a los excesos de la guerra. En efecto, el ganado vacuno fue confiscado con frecuencia para la alimentación de la tropa, mientras que los equinos fueron altamente valorados para el transporte de los ejércitos y también como arma de combate.

La Costa, en cambio, vivió un proceso de rápido crecimiento. Las exportaciones de cacao tuvieron un auge a finales del período colonial, tendencia que se mantuvo a pesar de amplias fluctuaciones y dificultades debidas al impacto de la guerra en el comercio. El gráfico 2.1 ilustra este punto. Las cifras de la exportación de cacao desde Guayaquil se interpolan a partir de una serie con algunos vacíos, por lo cual deben ser tomadas como estimaciones. De todas maneras, Guayaquil fue considerado un puerto de particular riqueza y pujanza en 1823 por el viajero francés Gaspar Mollien (Laviana Cuetos 2001).

Gráfico 2.1. Guayaquil: evolución de las exportaciones de cacao entre 1837-1860



Fuente: Paredes Ramírez 1990, 122-123.

Al iniciar la vida republicana, la inestabilidad sucede al proceso de auge económico de las últimas décadas de la Colonia. Se vivía una enorme transformación económica. Una manifestación de esto es el crecimiento de los ingresos fiscales: entre los años 1761 y 1804 aumentan 4,9% (calculado sobre el promedio rodante quinquenal). Esto indica que la región estaba viviendo un crecimiento a través del vínculo con el mercado mundial que, de alguna manera, se interrumpió por las guerras de la Independencia y la anarquía subsiguiente. Las diferentes regiones intentan reorganizarse, pero cada una experimenta una dificultad específica. El norte vive la crisis del sistema obrajero y una reruralización, mientras que el sur debe superar una ruptura de sus vínculos con el norte del Perú y un proceso de muchos errores debido a la sobreexplotación de los árboles de la quina (*Chichona* spp.).

A estas tres dinámicas regionales cabría agregar la de Manabí. Teniendo puerto propio apenas participó con no más del 10% de las exportaciones en el comercio internacional; con respecto a Esmeraldas no se han registrado datos de una economía exportadora. Así se conforman las complejas dinámicas políticas. El nuevo país que se estaba organizando necesitaba encontrar, si no salidas, por lo menos paliativos a los problemas más graves de cada región.

La región costeña todavía tenía escaso peso demográfico, pero controlaba el comercio y este comercio sustentaba la administración pública. Esta última tenía como tarea prioritaria mantener un ejército, sin el cual no era

posible consolidar una estructura de poder, un Gobierno. Esto, sin embargo, creaba una tensión entre el Gobierno y los sectores comerciantes. En efecto, con ocasión de las medidas liberalizadoras del Gobierno de Roca en 1836 (reformas liberales que reducían los impuestos) impulsadas por el ministro Tamariz, se generó una reacción que terminó con la censura del ministro, puesto que tales medidas afectaban el monopolio del contrabando que algunos comerciantes habían organizado.

La región costera intenta, de varias maneras, organizar su vínculo con el mercado mundial. Como se vio, sus éxitos son lentos. Las otras regiones parecería que desarrollan una estrategia que implica el repliegue a lo rural y algunas iniciativas manufactureras, pero encontramos algo más. La mayoría de historiadores ha destacado lo fundamental que es en este momento el desarrollo de las exportaciones de cacao, pero han pasado por alto el papel que juegan otros productos, básicamente algunos textiles y los sombreros de paja toquilla. Según el cónsul español Avendaño, este producto representó, entre 1853 y 1857, el 61% de las exportaciones respecto a las de cacao (Avendaño 1985).

Es más, algo respecto a los textiles y los sombreros permite entender algunas dimensiones espaciales del desarrollo republicano. Se trata de productos manufacturados, que requieren un uso intensivo de mano de obra. Los centros de elaboración se encuentran en la Sierra. Los dos centros dedicados a la producción de sombreros fueron, tradicionalmente, el Azuay, al sur y, en el siglo XX, la zona de Pedro Moncayo, al norte de Pichincha. Lo curioso es que las dos zonas son regiones que carecen de la materia prima para elaborar este producto. En efecto, la paja toquilla (*Carludovica Palmata*) crece en un clima tropical y húmedo. Es un sistema en el cual se organiza la producción de la fibra y, a veces, la primera etapa de elaboración de los sombreros en las zonas tropicales que tienen el recurso, pero carecen de la mano de obra. Luego se llevan estos productos hacia el interior, donde o bien se tejen o se asumen las fases finales del procesamiento, esto es, el lavado sulfurado y el prensado. Se establecen los controles de calidad, algunos aspectos del diseño, estandarización de tallas, y se reenvían hacia el puerto de Guayaquil, desde donde parten a Panamá (allí recibieron su nombre: *Panama hats*) y se distribuyen por todo el mundo.

Se organiza un proceso productivo a partir del lugar donde se encuentra la mano de obra, que implica, además, la existencia de una estructura social; la gestión se articula mediante la capacidad de usar recursos ubicados en diferentes nichos ecológicos. Se podría hablar de un sistema de verticalidad andina adaptado al mercado mundial. Se opta por este mecanismo debido a que la región costera no contaba, en ese entonces, con más del 15% de la población total. A pesar de que se produce un crecimiento demográfico muy fuerte, este proceso está orientado casi exclusivamente a la producción y exportación de cacao, el negocio con mayores expectativas. Así, la escasa mano de obra disponible en la Costa se reserva para la producción cacaotera.

El segundo aspecto relevante de este período es la educación. En el contexto de guerras civiles, persecuciones, no fue fácil desarrollar esfuerzos en el campo educativo. En 1825, en plena Gran Colombia, se inaugura uno: la creación de una escuela naval en Guayaquil. En efecto, desde el espacio político de lo que fue la Nueva Granada se impulsan varias medidas para retomar esfuerzos que ya se habían iniciado en la época colonial y se adopta como modelo la escuela lancasteriana. Se refunda el Museo de Ciencias Naturales del Virreinato y se negocia una nueva relación con la Iglesia. Este nuevo acuerdo busca limar las asperezas que se originaron por las posiciones de ciertos sectores del clero fieles a la Corona española (especialmente en Popayán) y, así, retomar el rol que la Iglesia tenía como ejecutora del programa educativo estatal.

La meta es llegar a una educación universal, pero en 1825, según Núñez (2000a), en todo el Ecuador no habría sino unos 4600 niños asistiendo a las escuelas, lo cual significa que no más de un siete u ocho por ciento de la población en edad escolar estaba acogida por este incipiente sistema educativo (Núñez 2000b). Hay esfuerzos, se movilizan profesores y se llega a inaugurar alguna escuela. Pero no será sino en el año 1835 que se dan pasos sólidos: se crea el primer colegio para mujeres en Quito y aparecen nuevos colegios en Guayaquil y Loja. La red de un sistema educativo comienza a hacerse más densa, pero es todavía muy incipiente.

De todas maneras es claro que esta visión de Estado organizado, pronto queda fragmentada y desmentida por una realidad mucho más precaria. Es-

estructurar el Estado será aún más difícil que organizar los negocios, los cuales se recuperan de una manera muy errática y paulatina en el siglo XIX. Las élites no pueden construir un Estado, puesto que deben consolidar primero su rol de élites y resolver cómo van a manejar y organizar el poder.

El poder extranjero en el nuevo Estado

Existe otro pequeño síntoma de la dinámica que esta sociedad experimenta y lo abordaré antes de avanzar. Las palabras que cito a continuación fueron escritas por quien luego sería presidente, Rocafuerte:

En el Ecuador hay tres comandantes generales. La Comandancia General de Cuenca es Patrimonio de un general venezolano, la del Guayas, de un general irlandés, la de Pichincha de un General inglés. El Inspector general del ejército es un francés [...]. En la República hay quince generales, doce extranjeros y tres del país (estos últimos fuera del servicio). El primer batallón está al mando de un venezolano, el segundo por un venezolano, el primer regimiento de caballería está mandado por un español (Rocafuerte [1845] en Ayala 2008, 69).

Este texto permite plantear el problema de cómo se manejaban, en ese entonces, las relaciones con los extranjeros. El mismo concepto de extranjero es algo que obedece a un proceso histórico. Durante la Colonia el juego de identidades no tiene las características que surgen de Estados naciones consolidados. Durante toda la Colonia estuvieron presentes no solo personas que no habían nacido en cada una de las localidades americanas (en general, todos compartían al menos el idioma). También hubo flamencos, alemanes y suizos que asumían funciones administrativas técnicas y, muy frecuentemente, religiosas. La historia de los misioneros con los apellidos Magnin, Fritz, Richter o Rikye muestra que, a pesar de una clara distancia cultural, todos los súbditos del mismo rey, o los que mediante las negociaciones de las órdenes religiosas formaban parte del mismo orden, podían tener un sitio en la sociedad. Esto no significa que no existieran tensiones.

De manera muy concreta, en el sistema de poder que regía las órdenes religiosas se llegó a rotar la dirección de cada convento entre peninsulares y americanos, cambio que se institucionalizó. El proceso llevó a no pocos conflictos que estaban cruzados por el hecho de que el sistema religioso era parte intrínseca del sistema de poder (Mora Mérida 1992).

Este ordenamiento se rompe con el proceso de la Independencia. La oposición en torno a ser súbditos de una Corona deja de ser útil para ordenar la pertenencia a una unidad política. El gran continuo de la identidad americana comienza también a romperse. Más aun, la guerra es, en sí misma, un proceso que lleva a soldados y oficiales de un lado al otro, y no se trata solo de que un Lamar, cuencano, pueda ser presidente del Perú, y que un venezolano sea presidente del Ecuador. Lo relevante es identificar qué lazos sociales mantiene cada uno. En este sentido, lo que ilustra la expresión de Rocafuerte es que el lazo social se ha roto: se les puede acusar de extranjeros, no tanto por el sitio en el cual nacieron, sino sobre todo porque corresponden a redes sociales que están construidas sobre bases poco articuladas con las sociedades locales, llamadas a ser el fundamento de los nuevos Estados.

Cabe agregar que el símbolo de esta dominación extranjera, es decir, el general Juan José Flores, da un paso de nacionalización al contraer matrimonio con una mujer de la aristocracia quiteña, la señora Mercedes Jijón. Se trata de una acción que parece repetir la estrategia de la dominación extranjera en este país, pues podríamos considerarlo la repetición de los matrimonios entre los conquistadores españoles y las nobles incas, o entre los incas y las hijas de los caciques conquistados.

Se trata de un problema central para el debate que me propongo. En este momento se expresa una curiosa y persistente dicotomía en la dinámica social del país. Lo extranjero es un polo de aversión. Así como Rocafuerte expresa su programa para frenar una dominación extranjera, que es mezcla de venezolana y europea, otros autores usarán luego el término “godos” para esquematizar una oposición que incluye a españoles y conservadores. Esto expresa, sin que llegar a resolverse el conflicto que representa, la permanente búsqueda de contactos, de relación y de legitimación a partir de las ideas, la modernidad y el poder extranjero. La ambigüedad de

esta situación se percibe, nuevamente, cuando el general Flores, desplazado del poder, completa con la Corona española para instalar, en el Ecuador, una monarquía centrada en el Conde Ranizares⁴ (Cárdenas Reyes 1992).

El mundo académico y científico

En este ajetreado proceso, ¿qué es lo que sucede con el mundo científico y académico? Para comenzar, la ciencia y la tecnología están a la orden del día. Es cierto que la posibilidad de hacer negocios es percibida como el eje del progreso, pero eso no está desligado de ese fenómeno del siglo XIX que es la revolución tecnológica. Las noticias sobre el uso del vapor llegan pronto a América y en 1841 aparecen en Guayaquil los primeros vapores ingleses.

Uno de los desafíos para los nuevos países es el de incorporarse al mundo de la ciencia y de la tecnología. Los esfuerzos para ello fueron claros desde el inicio. He anotado lo sucedido en la Gran Colombia. Con la autonomía del Ecuador no hay mayores cambios, pero en algunos campos es necesario volver a comenzar. La escuela náutica de Guayaquil, proclamada por Santander, debe ser fundada nuevamente por Rocafuerte.

Los datos indican que a pesar de la situación caótica que se da en torno a las guerras de la Independencia y las dificultades que provocan, las inquietudes científicas siguen presentes y tendrán varias expresiones. Manuel Villavicencio y Montúfar, el sobrino nieto de otro personaje ya mencionado, Carlos Montúfar y Larrea, el compañero de Humboldt en sus viajes por México y Estados Unidos, fue una de las personas que encarnaban dichas inquietudes. Villavicencio y Montúfar tiene vínculos con las familias aristocráticas de la Real Audiencia. Crece en un ambiente intelectual y se forma en la Universidad Central, a la que ingresa el año 1824, lo cual indica que esta institución universitaria seguía funcionando inmediatamente después de la instauración del Gobierno republicano.

Durante sus años universitarios realiza viajes a varias regiones y comienza una afición de coleccionista. En este espíritu se cambia de facultad

⁴ La idea monárquica no era nueva: había sido propuesta en las guerras de la Independencia por el padre Solano.

para estudiar medicina. Como vimos, esta facultad, con los cursos de Farmacología y Química, era la que más se acercaba a un conocimiento de la naturaleza. Durante sus estudios toma contacto con el doctor William Jameson, a quien se referirá luego. Con su colaboración inicia la conformación de un museo privado que incluye un invernadero para colecciones de plantas más muestras de elementos culturales y arqueológicos. Villavicencio asume, además, la cátedra de Química en 1843. En sus funciones de profesor organiza certámenes de Química, que se convierten en un acontecimiento social.

Sin embargo, su verdadera pasión parece ser la de los viajes. Es así que se dedica a recorrer el territorio. En especial realiza recorridos por el oriente: Archidona y Baeza. Toma contacto con Adrián Balbi, geógrafo italiano que estaba preparando una geografía universal. Villavicencio tenía la expectativa de que sus trabajos sobre el Ecuador fueran incorporados en esta publicación. Lamentablemente Balbi falleció antes de que esto sucediera.

Sin embargo, Villavicencio tuvo un evidente reconocimiento. Varios de los presidentes y algunos de ellos de tendencias diferentes (Roca y Urbina) le encargaron funciones de confianza, sobre todo en el oriente. Así, llega a ser gobernador de esta región. Su nombre está asociado, fundamentalmente, a sus trabajos cartográficos, que lo llevaron a publicar la primera geografía del Ecuador y el primer mapa del país en 1860, al cual me referiré con mayor detalle más adelante.

Una segunda iniciativa, que es solamente autóctona a medias y que describo como un ejemplo, es la que gira en torno a la creación y desarrollo del colegio San Vicente (luego, Vicente León de Latacunga). Se trata de una iniciativa apoyada en un presupuesto. En efecto, Vicente León entrega un legado que permite constituir un fondo para el desarrollo y funcionamiento de esta institución (un mecanismo de beneficencia que fue fundamental para el desarrollo cultural de los países anglosajones; el Smithsonian Institute tiene un origen similar).

Dicho colegio, dotado de un presupuesto autónomo, emprende varias tareas, entre ellas contratar profesores en el extranjero. En primer lugar fue nombrado Simón Rodríguez, el preceptor de Simón Bolívar, pero este renunció por conflictos mantenidos con un alumno en 1853. Entonces

se procede a buscar en Europa un profesor de Química (Pérez Ramírez 2008). Esta designación recae en Filippo Cassola, quien en 1855 firma un contrato por tres años; una cláusula del documento dispone que el profesor, antes de su viaje a Latacunga, adquiera en Europa (Francia) los laboratorios de química y física necesarios para el cumplimiento de sus funciones.

El estudio de Pérez Ramírez, en el cual me baso, señala dos características de este esfuerzo. El primero es su carácter precursor; el segundo, su impacto. En efecto, en ese entonces la ciudad de Latacunga no tenía sino unos cinco mil habitantes; la propuesta tenía un carácter pionero, que atrajo estudiantes de una región bastante amplia, incluyendo la ciudad de Quito (en este colegio se formaron cuatro presidentes del país) (Pérez Ramírez 2008, 55). En segundo lugar, es un esfuerzo diversificado. Cassola no se queda en el cumplimiento de estas funciones, sino que sus inquietudes le llevan a proponer al Congreso Nacional, en 1857, un proyecto de ley orgánica de la facultad médica. Además publicó una revista llamada *La Civilización* y propuso organizar, en torno al colegio San Vicente, un establecimiento encargado de fabricar productos químicos para impulsar el desarrollo de la industria en el país. Junto a lo anterior, Cassola junto con sus estudiantes crearon colecciones mineralógicas que incluyeron materiales provenientes de las minas de plata de Cutuchi, que él se proponía explotar.

Sin embargo, dos elementos van a determinar la discontinuidad o el fracaso de estos esfuerzos. En primer lugar, su propuesta enfrentó la oposición en el Congreso por dos causas. Primero, existió un problema presupuestario y, en segundo lugar, Gabriel García Moreno, futuro presidente “ilustrado” del Ecuador, contrapuso otra propuesta sobre la educación. En ella se daba prioridad a la educación primaria y se buscaba, preferentemente, crear un sistema nacional antes que crear un instituto líder.⁵

El trabajo periodístico de Cassola también fue obstaculizado por problemas administrativos y presupuestarios y, por último, uno de sus estudiantes lanzó denuncias sobre el uso de los instrumentos del laboratorio. A pesar de que en el finiquito del contrato se deja muy claro que el labora-

⁵ Pérez, en la obra mencionada, atribuye la oposición de García Moreno a una rivalidad y celo personal por el privilegio de ser el campeón de la química en el país.

torio fue entregado completo y con algunos recursos incrementados, este incidente muestra que existieron dificultades para que el trabajo de esta persona fuera adecuadamente asimilado por el entorno. No se trata, aparentemente, de una dificultad ni pedagógica ni de comunicación, puesto que la evaluación del propio Cassola es positiva al respecto. Se trata más bien de una irrupción de lo político.

Los descendientes de Cassola (tuvo un hijo que se quedó en el Ecuador) tuvieron una trayectoria en el Partido Liberal, y esto puede estar relacionado con el conflicto con García Moreno. El caso de Cassola representa un puente entre el caso de Villavicencio, que es fundamentalmente autóctono, nacido y formado en Quito, y los de exploradores extranjeros, pues se trata de un “sabio” extranjero que viene a trabajar en un proyecto nacional.

Otros ejemplos muestran una gama de formas en las cuales se produce este interés por la ciencia europea, y en la manera en la cual se establecen los lazos. Francisco Hall (Pérez Pimentel 2010), es un militar inglés que habiendo combatido en España contra Napoleón, es al mismo tiempo amigo y discípulo de Jeremías Bentham. Se alista en los ejércitos independentistas y luego de volver a Londres opta por regresar a América. Después de algunos recorridos por Bogotá y de relacionarse con Santander, se instala en Quito, en donde da clases de Química (no conocemos que estuviera formado para ello). Establecido en la ciudad, adquiere el prestigio de filósofo. Entabla amistad con otros extranjeros residentes o visitantes y lidera la organización de un partido político, el Partido Nacional (Pérez Pimentel 2010). Las actividades políticas lo llevan a participar en una conspiración contra Flores, que termina en una trampa en donde él y otros revolucionarios mueren.

Este es el caso de un militar alistado en las guerras de la Independencia, que mantuvo un contacto directo con uno de los filósofos que más marcaría el pensamiento anglosajón. Usa sus conocimientos para establecerse en la docencia y luego asume una tarea fundamentalmente filosófica y política. Sin lugar a dudas, Hall presenta un sinnúmero de matices relevantes, pero destacaré solo dos. Si bien llega a las tierras ecuatorianas con los ejércitos de la Independencia, que eran percibidos como ejércitos extranjeros (tal como lo señala Rocafuerte en la cita transcrita anteriormente) se alinea en el otro bando, el que lucha contra el “militarismo extranjero”. En segun-

do lugar, su preocupación e influjo en la ciencia está ligado a la política. Un rol científico como anfitrión de investigadores extranjeros es pospuesto y luego sacrificado por su preocupación política, que lo lleva a coordinar el Partido Nacional y a morir en una de sus iniciativas.

Otro personaje es William Jameson (Pérez Pimentel 1987d), un seminarista escocés que, luego de estudiar Medicina, se alista como médico de a bordo en varias expediciones. Termina en Quito donde se casa con una ecuatoriana, con lo cual se integra a la sociedad y desarrolla un sinnúmero de tareas. Algunas son productivas, como la explotación de ciertas minas en el Azuay; otras son académicas, como la enseñanza. En este campo muestra un rol destacado, por cuanto es profesor de Villavicencio, a quien apoya fuertemente en sus museos. Por su cuenta también asume una tarea similar al crear, a través de un convenio con el municipio, lo que pretendía ser un parque botánico, el parque de la Alameda, donde aún están vivos árboles plantados por él.

Adicionalmente se destaca por haber sido profesor de otra persona clave: Gabriel García Moreno. Jameson desarrolla, además, otra ocupación derivada de sus contactos en el viejo continente: se dedica a buscar especímenes vegetales y a enviarlos a coleccionistas y museos europeos. En esta tarea como botánico edita los primeros tomos de la flora ecuatoriana. Jameson, otra persona que se instala en el Ecuador, asume una tarea científica, desempeña un rol en un intento de crear instituciones, apoya a Villavicencio, siembra un parque botánico, pero sobre todo educa y trasmite una inquietud que, como veremos, presenta otras repercusiones.

Cambios en la mirada extranjera

Así como se estaban produciendo cambios en la sociedad que se comenzaba a definir como ecuatoriana, también cambian las acciones y la forma en que los países extranjeros, especialmente los europeos, ven a este país. Anteriormente, América, concretamente América del Sur, era algo así como el tesoro de los españoles; el acceso requería, o bien la negociación con esa potencia, o la confrontación con la misma, o la infiltración clandestina. El

caso del Brasil es algo diferente, puesto que allí estaba presente otra Corona, cuyo dominio sobre su territorio no se desmoronó. A la América española, por su parte, repentinamente llega un sinnúmero de nuevos agentes: los comerciantes y los cónsules. Los primeros están ávidos por concretar negocios. Los funcionarios oficiales se esfuerzan por apoyarlos, pero enfrentan una dificultad no prevista: la inestabilidad política es de tal magnitud que se sienten obligados a intervenir de diversas maneras. Ya mencioné que, al menos en los primeros días de la República ecuatoriana, más de un conflicto interno se resolvió o agudizó gracias a la presencia de escuadras, o tal vez simples fragatas, de potencias extranjeras (Núñez 1990).

Los negocios se movían y la caída del régimen colonial generó una inmediata bonanza. Pero se presentan muchas dificultades que vencer y, por lo tanto, muchas tareas que las fuerzas externas deben asumir. Estas no solamente observan atentamente las oportunidades que se les abren en esta nueva región, en la cual el monopolio ibérico se ha roto, sino que también se vigilan mutuamente. En algunos casos parece que la moderación en la intervención de las potencias no se debe a sus escrúpulos o las posibles dificultades que podrían encontrar, sino al recelo sobre las reacciones de las otras potencias rivales⁶ (Avendaño 1985).

¿Qué sucede entonces con el interés científico? La primera novedad es que se hacen cada vez menos necesarias las negociaciones diplomáticas. Como ya mencioné, Darwin no necesitó autorización alguna para visitar el archipiélago, si tomó contacto con el gobernador de estas islas fue porque tal responsabilidad recaía en un inglés.

Pero este no es el único cambio. Para mostrar el contraste que existía con los procesos desencadenados en otros países, solo hace falta considerar el proceso en Brasil (Hemming 1987) donde, con la proclamación de la nueva monarquía y su alianza matrimonial con la Casa austríaca, se desencadenó una verdadera fiebre de expedicionarios. Así, a poco de que la Casa Real portuguesa se traslada a Brasil (1808), visita ese país el príncipe Maximiliano von Wied-Neuwied de 1815 a 1816. Luego, en 1816, llegan a Brasil Agustín Saint-Hilaire (no confundir con Geoffroy Saint-Hilaire),

⁶ Esta es la explicación que Avendaño da para que Estados Unidos no haya ocupado las Galápagos.

el pintor Debret y otros artistas más. En 1817 arriba la condesa (futura emperatriz) Leopoldina de Austria, acompañada de Johann Baptist von Spix, Karl F. P. von Martius, Johann Natterer y Johann Pohl. En 1826, el barón Georg von Langsdorff inicia una expedición, pero esta vez a nombre del Imperio ruso. En 1844 se produce una expedición anglo-prusiana en la cual participan los dos hermanos Schomburgk. En 1842 se desarrolla la expedición del príncipe Adalberto de Prusia y el conde Von Bismark en el Xingú. En 1848 llegan Henry Bates y Alfred Wallace. Richard Spruce lo hace el año siguiente y, en 1851, visitan el Amazonas los oficiales navales norteamericanos Herndon y Gibbon.

A pesar de que no es objeto de este estudio la dinámica en el Brasil, algunos hechos son ilustrativos. El primero y más evidente es la profusión de expedicionarios pertenecientes a la nobleza germana. Sin lugar a dudas, asumiendo el ejemplo de Humboldt, la exploración de la naturaleza se convirtió en una atractiva actividad para la aristocracia. El hecho de que Brasil sea gobernado por una alianza que incluía a la familia real austríaca, emparentada con la prusiana, crea las condiciones para este intenso proceso de recolección científica (varias de estas expediciones colectaron más de mil plantas distintas).

Pero sería injusto asociar todas estas expediciones simplemente a un pasatiempo aristocrático, pues las diversas exploraciones tienen múltiples consecuencias. Por una parte está la dimensión científica cuyo resultado es la identificación de miles de nuevas especies. Pero no solo se incrementan las colecciones europeas, sino que avanza el proyecto de la ciencia linneana de acumular el saber sobre todas las formas de la vida, ya que se crea una base de información sobre la cual es posible el debate teórico. Además, estas expediciones con tanto acento germánico van a sustentar el desarrollo de la *Naturphilosophie*, continuación clara y no positivista del pensamiento romántico al estilo de Schiller y con evidente inspiración humboldtiana. En este contexto, existen también contradicciones; los pueblos indígenas son un eje de estas. Por ejemplo, los exploradores alemanes se contradicen en sus descripciones de los botacudo. Mientras Von Martius y Von Spix los describen como criaturas simiescas, Von Wied-Neuwied destaca su carácter inteligente y despierto.

Otras consecuencias son de carácter más práctico. Los hermanos Schomburgk asumen un rol en la delimitación de los derechos británicos en las Guayanas. Con ello se marca y consolida la penetración inglesa en este continente que, anteriormente, fue monopolio ibérico.

En otros ámbitos, se producirán conflictos. Un ejemplo es el malestar y el disgusto con los que Darwin reaccionó ante la obligación de hacer trámites de pasaportes para ingresar al interior del Brasil. No analizaré la conducta burocrática del nuevo imperio, pero si a esto se suma la detención y posterior robo de las colecciones de Maximiliano von Wied-Neuwied, se podría concluir que, en el mundo americano, los extraños viajeros científicos no producen únicamente una adhesión sumisa y reverencial sino otra clase de reacciones. Podríamos calificar a esta otra actitud como hostilidad, o tal vez podría ser solo una reacción de estructuras de poder débiles o la visión de un poder local que busca sacar ventaja de estos extraños personajes.

A raíz de 1850, se encontrarán otras formas de relación tal vez de más funestas consecuencias. Pero para abordarlas hace falta analizar otros dos exploradores: Jiménez de la Espada y Spruce.

Las expediciones de Spruce y Jiménez de la Espada

El trabajo de Richard Spruce es totalmente diferente al de las expediciones aristocráticas mencionadas. Spruce llegó a Belem el 13 de julio de 1849 (Von Hagen 2008, 287) pero sin ningún arreglo entre las dinastías europeas. Si bien el trabajo de sus predecesores había ayudado a crear un nicho que él supo aprovechar, su esquema fue totalmente diferente. En cierto sentido, inició una empresa botánica, pues dado que carecía de recursos económicos propios, debió encontrar el mecanismo por el cual su propia actividad botánica financiara su apasionado trabajo de colector. El modelo que utilizó consistía en vender a suscriptores de varios museos europeos un ejemplar de cada especie que colectaba. George Bentham,⁷ su representan-

⁷ Sobrino del filósofo Jeremy Bentham.

te en los Jardines de Kew, por su gestión y por ser quien adelantó el dinero, obtenía la primera copia de todas las muestras botánicas.

Esta iniciativa de tipo empresarial tenía un sustento adicional. Spruce ya había logrado cierta fama como coleccionista botánico, puesto que había pasado dos años colectando en España, enviando sus materiales a Kew y ganando, poco a poco, un prestigio que fue fundamental para su empresa botánica. El viaje de Spruce le llevó a tomar contacto con otros naturalistas, principalmente británicos: Bates y, sobre todo, Wallace fueron sus interlocutores en Santarém. Wallace fue codescubridor de la teoría de la evolución, lo cual ya habla de lo fecunda que era esta camada de exploradores organizados en torno a Kew.

Pero la expedición de Spruce incluye muchas otras dimensiones. El carácter de este científico lo diferencia radicalmente de Darwin. En primer lugar, es dotado de una habilidad para los idiomas. En sus exploraciones por los Pirineos adquirió el dominio del castellano y el francés, y en el Amazonas del portugués. Esto ya es, en sí, un indicador de que se relacionaba de manera distinta con las personas de los territorios que recorría. Esta aptitud le lleva a tener una sensibilidad mucho más clara sobre las poblaciones americanas. De hecho, existen varios incidentes en los cuales muestra no solo una clara disposición para acercarse a las poblaciones indígenas o mestizas que va encontrando sino que baila con ellas y recopila vocabularios que también le permite defender ese interés lingüístico.

El río Casiquiare tuvo un valor casi místico por tratarse del punto en que Humboldt identificó la conexión entre las cuencas del Orinoco y Amazonas. Mientras regresaba de su intento de localizar el canal conector, las autoridades portuguesas le impidieron proseguir hacia el Amazonas. Además, en el viaje, los remeros deciden asesinarlo y robar su cargamento. Su muerte habría pasado como consecuencia de la enfermedad, pues estaba apenas recuperándose del paludismo. Pero su habilidad con los idiomas le permite enterarse de lo que está sucediendo y diseña una estrategia que sorprende a quienes pensaban asesinarlo. Deja su hamaca a media noche y se atrincheró con sus armas de fuego en su barco. Los asesinos potenciales se dan cuenta de que tendrían que pagar caro un ataque y desisten. Luego Spruce los obliga a conducir el barco hacia Manaos (Von Hagen 2008, 330-331).

Spruce regresa a Manaos cuando ya se ha desatado la fiebre del caucho y el flujo de europeos y sus mercancías se multiplica por todas partes. Allí se asocia, nuevamente, con Charles Nelson, un marino británico, para continuar sus búsquedas hacia el Perú, pero al llegar a Tarapoto debe enfrentarse con él. Su compañero tenía una forma pendenciera de tratar a los indígenas que Spruce no puede tolerar. Aquí se ve otra característica del explorador: su visión sobre su propio país incluye componentes críticos. En efecto, en todos sus viajes se topó, con frecuencia, con negociantes y aventureros y constató que muchos no tenían mayor calidad moral. En su concepción del mundo, el investigador no dividía la humanidad entre civilizados y salvajes, sino que tenía la capacidad de ver el rol destructivo de muchos de sus compatriotas en estos lados del mundo. En este sentido es mucho menos etnocéntrico que Darwin y se acerca más a una visión humanista al estilo de Humboldt.

No por ello Spruce llega a tener dudas en su cándida fe sobre la superioridad del mundo británico y constata el caos político de las repúblicas americanas. Está todo el tiempo pensando en cómo los británicos podrán ejercer su misión de imponer el orden y el progreso en esta región del mundo. Pero, paradójicamente, este investigador culto y sensible realizará una acción que, desde los parámetros del mundo actual, sería calificada básicamente como un acto de piratería genética. Estando en Tarapoto, Spruce recibe instrucciones del Gobierno británico de que avance hacia la cordillera de los Andes y obtenga, de la manera que sea posible, semillas o material vegetativo que permitan la reproducción de árboles de chichona, para que, sacándolas de América, se pueda lograr que esta planta se reproduzca en otras latitudes.

Spruce entra en contacto con diversas personas. Arrienda, entre otras, una propiedad del general Juan José Flores. Estudia el proceso vegetativo, la floración de la planta, hace ensayos con esquejes. Al final, justo cuando el general Flores en una de sus múltiples campañas toma el control de Guayaquil, logra preparar el envío y hacer llegar, primero a Kew y luego a la India, cien mil semillas de chichona y varios miles de esquejes. Con esto se inició la ruptura de un monopolio comercial americano. Un producto que llegó a ser significativo para las exportaciones del país perdió relevancia. La

región austral de la Sierra, que tenía en este producto una de sus posibilidades de integración en el mercado mundial, fue vencida en este juego. Debió replegarse hacia los sombreros de Jipijapa, en el caso del Azuay, y a un más intenso aislamiento, en el caso de Loja.

¿Qué rol desempeñaron las autoridades ecuatorianas en este proceso? Aparentemente no tenían conocimiento del hecho. El centro de su atención se dividía entre distribuirse el botín del poder político, desarrollar nuevos negocios, implementar algunas medidas administrativas e impulsar la educación. Lo que este expedicionario británico estaba realizando no parece haberles inquietado.

¿Qué huella académica puede encontrarse del paso de Spruce por el Ecuador? Aparentemente ninguna, a pesar de que en Ecuador mantuvo contactos con autoridades, parece que estas no se preocupaban en absoluto de temas botánicos. No existen tampoco referencias de sus relaciones con la universidad o con médicos locales. Aparentemente estableció contacto con un médico inglés que había venido con tropas que lucharon en la Independencia (¿Hall?), pero esto no fue nada similar a las relaciones académicas de cincuenta años antes con un Espejo o un Mejía Lequerica.

Luego se produjo la expedición científica del Pacífico, la cual ejemplifica una forma de realizar actividad científica totalmente nueva. En relación con el trabajo de Spruce, esta expedición es, en más de un sentido, claramente lo opuesto. Nuevamente recoge el principio de organización monárquico: es la Corona española, que está reaccionando a los golpes que ha recibido. Su imperio colonial está casi desarmado y los conflictos internos no han sido superados. La imagen de la Casa Real no logra recuperarse del papel cumplido frente a la invasión napoleónica; de hecho todavía se mantendrán levantamientos carlistas hasta 1860. España, que ha sido la potencia colonial por excelencia, es postergada del reparto que activamente está organizando Europa en el mundo entero. África es el terreno privilegiado de intervención, pero también están las acciones en Indochina e Indonesia.

Es así como en 1862 se inicia una expedición a bordo de una escuadra de guerra que cuenta, además de la dotación militar, con un equipo compuesto por seis científicos y dos auxiliares. Emprenden un recorrido que era parte de un intento por reposicionar a España en la relación con las

nuevas repúblicas americanas y que, además, trataba de resolver problemas de logística en las líneas de aprovisionamiento hacia las Filipinas.

En esos mismos años se armaron otras expediciones, como la austro-húngara alrededor del mundo (1857) y la francesa a México (1864). Pero tanto la francesa como la expedición científica del Pacífico estuvieron vinculadas a problemas políticos de mayor envergadura. La expedición científica francesa es parte del esfuerzo de instaurar una dinastía austríaca en México. El esfuerzo, si bien efímero, logró no solo la imposición de un emperador por tres años sino, sobre todo, incidir en el desarrollo de lo que se podría llamar el inicio de un americanismo (Schávelzon 2010). En este proceso adquiere peso el estudio arqueológico, que en México tiene elementos capaces de concitar una atención mundial.

En el caso de España y su expedición al Pacífico, la situación está también marcada por la política. En efecto, si bien las naves de la expedición científica se dedicaron, cerca de un año, a actividades de investigación en toda la costa del Pacífico, desde Tierra del Fuego hasta California, al llegar nuevamente a Lima la situación política se había deteriorado seriamente. Las autoridades españolas pretendían cobrar varias deudas, algunas provenientes del período colonial y otras de préstamos adquiridos en España por diferentes bandos en las guerras internas del Perú. A esto se agrega el incidente de unos inmigrantes españoles vascos maltratados por un hacendado. Esto genera una reacción que termina con la muerte de un español y un peruano. La reacción de la escuadra española fue ocupar las islas Chin-chas, fuente de un producto clave de exportación: el guano. A partir de ello se suscita una negociación con el presidente peruano. La mitad del ejército peruano, ubicada en Arequipa, se rebela contra la negociación marchando sobre Lima y tomando el poder. Desconocen el acuerdo y declaran la guerra a España.

Frente a esta realidad, la misión científica es suspendida, pero cuatro de los ocho expedicionarios (Martínez, Isern, Castro y Jiménez de la Espada) deciden continuar en un proyecto diferente que ellos llamarán el Gran Viaje, es decir, la reedición del viaje de La Condamine (1735) desde Quito hacia el Atlántico por el Amazonas (Cabodevilla 1998b; Jiménez de la Espada et al. [1866] 1998).

Para este fin, desembarcan en Guayaquil y suben hacia la capital. En todo el trayecto se topan con diversas dificultades, entre ellas, la escasez de animales de transporte puesto que había una movilización militar por las guerras civiles que requisaba todos los animales de carga o montura disponibles.

En el trayecto los expedicionarios interactúan con la población local y con las autoridades. Pero es en Quito donde sus contactos parecen tener más trascendencia. Establecen relación con Manuel Villavicencio, el geógrafo, y con el ya mencionado profesor de Botánica de la Universidad Central, William Jameson. Jiménez de la Espada incluso mantiene más de una entrevista con el presidente García Moreno, quien ya había bajado al cráter del Guagua Pichincha con Sebastián Wisse. Se trata de un punto más de contacto con los expedicionarios, que se suma al interés que el presidente expresaba por la ciencia. Los cuatro expedicionarios permanecen algunos meses en Quito. Visitan varios poblados en la provincia de Imbabura, dan especial atención a los nevados y buscan escalar algunos. Jiménez de la Espada presta también mucha atención a los elementos etnográficos.

La interacción con Villavicencio y Jameson y el propio interés del presidente en el montañismo muestran que estaban resucitando los intereses geográficos. Sin embargo, no se puede identificar una huella clara de esta Comisión del Pacífico en el desarrollo de las instituciones científicas del país. Probablemente hay varias circunstancias que contribuyen a ello. Por un lado, está la situación política. Las relaciones diplomáticas entre Perú, Chile y España se deterioraron aún más. De la declaratoria de guerra se pasó a acciones militares, que a pesar de la poca atención que usualmente se le da a este conflicto, muestran dimensiones no despreciables. La escuadra española estuvo compuesta por siete buques y los siguientes combates que se dieron no fueron incruentos: la captura de la Covadonga por la marina chilena; el combate naval de Abtao, en Chiloé, donde no hubo una victoria clara; y luego los bombardeos de Valparaíso y el Callao. En el primero de los bombardeos solo hubo daños materiales, puesto que el puerto fue evacuado y no hubo resistencia. En Callao, la oposición a la marina española fue mucho más fuerte, pues las baterías de la costa causaron una cincuentena de muertes en las naves españolas y más de cien heridos. Por

el lado peruano hubo también bajas, entre ellas el ministro de Defensa, que se encontraba en un fuerte sometido a fuego enemigo.

Pero tal vez lo más relevante para esta historia es que Bolivia y Ecuador, en acto de solidaridad con Chile y Perú, se sumaron a la declaratoria de guerra. Esto colocaba a los expedicionarios en una situación precaria, pero dado que en esta guerra no existieron combates que involucrasen al Ecuador, las cosas no pasaron a mayores.

La expedición logró cumplir su cometido: regresó a Europa a través del Amazonas y tuvo algunas repercusiones en España. Para comenzar, más de treinta mil muestras biológicas alimentaron un esfuerzo de resurgimiento científico español. Fueron entregadas a los museos de Madrid, y este patrimonio tomó mucho tiempo en ser procesado.

De los científicos participantes, Manuel Almagro es americano, más concretamente, cubano. Trabaja en una colección de materiales que han cumplido un rol en el desarrollo de algunas disciplinas específicas (por ejemplo, la antropometría andina). El más famoso de todos los participantes es Marcos Jiménez de la Espada, botánico, que diversifica sus intereses para incluir la etnohistoria. Llega a desempeñar un rol clave en el “redescubrimiento” de los *Comentarios reales de los Incas* de Garcilaso, que reeditó.

Con esto se impulsa en España un resurgimiento académico sobre América una participación en el desarrollo del americanismo. La preocupación por lo académico tenía también una expresión en el Ecuador, lo que se ha llamado la Ilustración conservadora.

Gabriel García Moreno, ¿despotismo ilustrado criollo?

Durante su permanencia en Quito, esta expedición colabora con el presidente de ese entonces, Gabriel García Moreno, un personaje polémico. Algunos lo ven como el representante de las fuerzas más reaccionarias y retardatarias en el país; otros, como un salvador de la patria (Demélas y Saint Geours 1988). No obstante el apasionado debate en torno a su figura, hay ciertas actuaciones del mandatario sobre las cuales todas las partes están de acuerdo: García Moreno logra tomar el poder en un momento crucial y

su gestión permite superar una gravísima crisis política, cuando el país se encontraba dividido en cuatro Gobiernos.

García Moreno logra hacerse con el poder y unificar a todas las regiones bajo su mando. Emprende enseguida varias tareas; las dos más conocidas son la construcción del ferrocarril y otras vías, y brindar un apoyo masivo a la educación. Este último emprendimiento se desarrolla en varios niveles: incentiva la educación primaria de una manera que logra que, en su segundo Gobierno, se duplique el número de alumnos matriculados.

Su estrategia consiste en depender de la Iglesia. Pero esto le lleva a una confrontación fuerte, ya que si bien considera indispensable que la educación esté en manos de esa institución, no está conforme con la Iglesia existente en el país. Desea una muy diferente, una Iglesia intelectual, moderna y dócil al Estado, disciplinada, intachable éticamente y entregada totalmente a su tarea. No es eso lo que encuentra y, por lo tanto, despliega dos estrategias. Primero, refuerza los rangos eclesiásticos con sacerdotes extranjeros que traigan al país una religión moderna. Segundo, interviene en las órdenes religiosas para reformarlas. Trae dominicos italianos para poner en orden a los locales, y así con otras congregaciones. Los resultados son, en algunos casos, verdaderas batallas en el interior de los conventos, en los cuales los religiosos importados deben enfrentar una resistencia masiva del clero local que, en general, contaba con el apoyo de la población.

García Moreno necesita apoyarse en la Iglesia, pero no en la real, sino en aquella que imagina, con la cual sueña, que es básicamente la Iglesia que contraataca al liberalismo y al socialismo, una institución militante y muy ideologizada que desea transformar la sociedad según valores modernos, cercanos al progreso, pero muy moralistas. Además, García Moreno considera indispensable mantener la unidad religiosa del pueblo, puesto que la religión es la que aúna, mueve y crea la solidaridad en una sociedad.

Pero la sociedad ecuatoriana de ese entonces no es moderna y buena parte de la Iglesia tampoco muestra el más mínimo interés en participar en el esfuerzo casi místico del presidente por crear un nuevo orden basado en la religión modernizadora.

Y aquí es donde aparece la paradoja “garciana”. García Moreno es un enamorado de la química, de la tecnología, aunque considera perverso a

ese mundo que produce la ciencia y la tecnología. Su deseo central es lograr acceder a los beneficios de la ciencia, pero sin correr los riesgos “corruptores” del mundo socialista y liberal que la produce. Es decir, necesita una ciencia que no sea anárquica, que no sea desorganizadora y eso, según su criterio, solamente se podía garantizar a través de la Iglesia. Pero como ya vimos, no cualquier Iglesia. Se trata claramente de una persona que cree en la ciencia siempre que esta tenga un sitio correcto, que en ningún caso debe disputar con la fe en Dios. En tanto aficionado a la química, la física y las matemáticas, se interesa mucho en las instituciones académicas, y así llega a ser rector de la Universidad Central.

A pesar de eso, cuando asume el poder en su segunda presidencia, opta por cerrar la Universidad Central y formar una nueva institución. La educación en filosofía y leyes, según su propuesta, puede organizarse en cursos ofrecidos en los colegios existentes en ese entonces. La única facultad de la Universidad Central que le interesa mantener es la facultad de Medicina; todo el resto, desde su perspectiva, debía convertirse en la nueva Escuela Politécnica Nacional.

Pero, ¿con qué recursos? ¿Con quiénes organizar este centro de investigación? Necesitaba personas competentes en las ciencias, además de fieles, a su ideal religioso. Por eso García Moreno apuesta por los jesuitas. Las peticiones que les formula son exigentes. La más conocida es la creación de una escuela politécnica nacional, pero eso no es todo. Pide además la creación de colegios en varias partes del Ecuador y misiones nuevamente en el Oriente. Se desarrolla, así, una curiosa y compleja relación, pues el presidente pide a los jesuitas más profesores, más sacerdotes, pero los jesuitas deben enfrentar algunos hechos. El primero es que sus fuerzas son limitadas: en varias partes del mundo son amenazados. De hecho, su llegada al Ecuador se debe, en gran medida, a que son expulsados de Colombia, aunque no solo allí existen campañas contra ellos. Las hay también en España y en Alemania. Desde el punto de vista administrativo, la Compañía de Jesús en el Ecuador depende de la provincia española, con lo cual no deja de tener problemas y dificultades, pues es objeto de acusaciones en ese país.

Más aún, las relaciones se hacen tensas por motivos adicionales. Uno es que Gabriel García Moreno se toma la libertad de solicitar decisiones admi-

nistrativas dentro de la orden. Entre ellas, pide el cambio del representante de la Compañía en el Ecuador, también que el país se convierta en provincia independiente. La correspondencia que Jouanen consigna en su *Historia de la Compañía de Jesús en la antigua provincia de Quito: 1570-1774* (Jouanen 1941) muestra las tensiones que se originan, no solo a partir de la voluntad del presidente por usar a los jesuitas como instrumentos de su proyecto político, sino de las reacciones que estos tienen ante la situación a la que se vieron sometidos por el trabajo que se les encargaba. No se trata de que les faltaran recursos económicos, ya que el Gobierno les encargaba tareas y les asignaba presupuesto para ello, pero las tareas eran siempre crecientes. En efecto, como para García Moreno el desarrollo de las instituciones universitarias tenía un fin práctico, pedía constantemente que los profesores jesuitas de la Politécnica cumplieren funciones de asesoramiento en la construcción de caminos y tareas similares.

Como parte de este proyecto, García Moreno y los jesuitas alemanes establecen un observatorio astronómico, para lo cual deben traer costosos equipos. Instalarlos es tarea difícil que toma tiempo. Pero todo este esfuerzo da frutos: la Politécnica Nacional es inaugurada y comienza a forjarse una generación de ecuatorianos en las ciencias y las ingenierías. Es más, el elenco de profesores, sustancialmente alemanes pero con la presencia destacada de un italiano, el padre Juan Sodiro, empieza a realizar una apreciable tarea de investigación. Así tenemos los trabajos del propio Sodiro en botánica (su colección incluye veinte mil especímenes) (Jorgensen 1999), y de Teodoro Wolf en geografía y geología. Por su parte, Wolf organizó la primera expedición científica ecuatoriana a las islas Galápagos. Realizó, además, las primeras colecciones botánicas en las islas que quedaron en herbarios del país.

Esta enorme actividad no deja de generar tensiones en la Compañía de Jesús. En efecto, los sacerdotes alemanes deben integrarse en la misma comunidad con los españoles (puesto que la Compañía dependía de la provincia de Castilla) y con los ecuatorianos, en general de extracción social elitista y con formas de ver el mundo distintas. La tensión se refleja en varios aspectos, entre ellos en el hecho de que dicha Compañía ecuatoriana tenía, en ese entonces (probablemente también hoy) una clara orientación

hacia los estudios clásicos, mientras que los sacerdotes alemanes fueron invitados expresamente por tratarse de científicos y técnicos. Unir los dos mundos no siempre resultó fácil.

La situación se complica más cuando el presidente García Moreno es asesinado y, por lo tanto, gran parte del proyecto queda amenazada. Los miembros de la Compañía se preparan para algo en lo cual ya tienen experiencia: ser expulsados. Pero esto no llega a suceder⁸. Sin embargo, el provincial se organiza para una retirada organizada, y en ello disminuyen las responsabilidades en la Politécnica Nacional. De todas maneras, el trabajo de los jesuitas en este período impulsó las actividades científicas, algunas de las cuales marcarán, como veremos más adelante, las formas de conocer el espacio nacional.

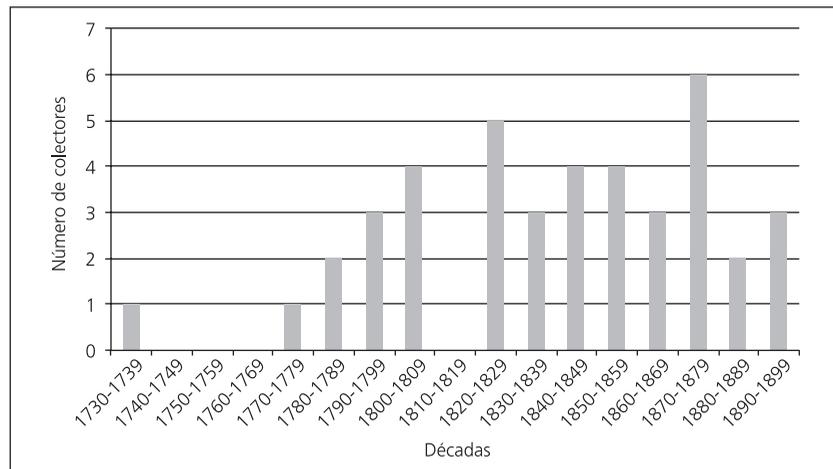
Antes de pasar a una reflexión sobre el espacio en la época de la Independencia, sintetizaré la actividad científica hasta este punto. Tanto antes de la Independencia como después, hubo cierta proliferación del trabajo de los naturalistas. A partir de los datos de Jorgensen (1999), con pequeñas correcciones, en el gráfico 2.2 se indica cuántas personas realizaron trabajos de colección en el territorio ecuatoriano.

La década de 1870 es la más intensa. En este decenio se crea la Politécnica. Los datos, sin embargo, deben ser manejados con cuidado, puesto que no todos los colectores realizaron un esfuerzo comparable. El más significativo de todos es Luis Sodiro, quien recogió más de veinte mil ejemplares. De todas maneras, las comparaciones son muy difíciles de hacer. Algunos fueron marinos que pasaron algunas semanas en Galápagos, mientras que otros, como Jussieu, en 1735, o Hanke, en la expedición de Malaspina, recolectaron grandes cantidades (para el caso de Hanke, diecisiete mil), pero no fueron clasificadas según los países en donde se recolectaron los especímenes.

De todas maneras, las cifras revelan algunas dimensiones adicionales. Los colectores más numerosos son los ingleses, con doce de los cuarenta; pero la mitad de ellos colectan solo en Galápagos, y de quienes colectan en Galápagos hasta el siglo XX, seis de los siete son ingleses.

⁸ A la expulsión colonial de los jesuitas cabe agregar una republicana, en 1851, por lo tanto anterior a García Moreno, y una "expulsión de las misiones del Napo" en 1896 (Muratorio 1998, 111).

Gráfico 2.2. Colectores botánicos en Ecuador en los siglos XVIII y XIX



Fuente: Jorgensen 1999.

Por otra parte, la actividad colectora británica se concentra mucho a inicios del siglo XIX. El pequeño pico que observamos entre 1820 y 1830 está conformado, en gran medida, por la actividad marítima inglesa. Los alemanes jugaron un rol apreciable (siete de los cuarenta colectores), pero también los centro y noreuropeos (Suecia, Dinamarca, Checoslovaquia y uno de Lituania).

Los países latinos, Francia y España, tienen un peso menor (cuatro de cada uno), y se concentran sobre todo a inicios de este periodo, esto es, el siglo XVIII. Todos los americanos (tres ecuatorianos y un colombiano) coleccionaban, en los primeros años del siglo XIX o bien pasado el fin del mismo siglo. Es decir, el XIX es un siglo perdido para los botánicos ecuatorianos. Esta afirmación debe ser relativizada, sin embargo, por cuanto el mayor colector de ese siglo, Sodiro, si bien era de nacionalidad italiana, colectó en Ecuador, y lo hizo formando botánicos nuevos y creando una colección propia que aún hoy permanece en el país.

Reflexiones sobre las particularidades del espacio ecuatoriano

La discusión sobre cómo se desarrolla la ciencia en el país debe ser complementada con una nueva reflexión sobre la estructura del espacio. En este tema ofrecen un tratamiento interesante los trabajos de la Office de la Recherche Scientifique et Technique d'Outre-Mer (ORSTOM). Los miembros de su equipo fueron pioneros en desarrollar en el Ecuador la comprensión del espacio y su evolución. Entre ellos tal vez el autor que más se destaca es Juan Paul Deler (1992; 1994). Para sintetizar el trabajo de este autor propongo, en primer lugar, establecer una secuencia de los diferentes momentos en la articulación del espacio.

1. Primer momento prehispánico: las sociedades no centralizadas se expanden y fluyen activamente entre la Sierra y la Costa (también se proyectan a la Amazonía), con comercio, pero sin centralización política.
2. Se inician las diversas formas de centralización política y, en el Perú, el desarrollo del sistema de archipiélago vertical. Aparecen formas imperiales, como fueron Chavin y luego la combinación de Tiahuanaco y el Imperio Huari.
3. Se desata una crisis, recomposición de varios reinos locales (Sipan y otros); contactos entre pisos ecológicos.
4. Se impone el nuevo sistema imperial incaico que interfiere y administra los contactos interecológicos.
5. Irrupción española. Inicialmente se quiebra el sistema de dominación inca y se reactivan los contactos interecológicos, pero luego el control español crea una restricción en los contactos afuera de la Sierra y sobre todo hacia el Occidente. Se crea una frontera administrativa entre el mundo serrano, administrado por el sistema imperial redefinido, y el sistema ("salvaje") que permanece relativamente independiente en las zonas bajas. Esto lo logran estas poblaciones a un costo alto: mucha guerra interna y desarticulación política. En este sistema se crea un eje de paso por la zona occidental, las vías al puerto de Guayaquil. Subsiste, sin embargo, un sistema de comunicación de comercio entre pisos de bajo perfil que es auspiciado por varias autoridades coloniales (Hernández Asensio 2006).

6. Expansión del espacio de producción costeño que, a partir de Guayaquil, se extiende hacia tres círculos: a) las zonas accesibles marítimamente (básicamente, Machala); b) los ríos navegables todo el año (Babahoyo, Daule); y c) los ríos navegables estacionalmente (Vinces, Ventanas). Esto, sin embargo, sucede muy lentamente en el período colonial por la dificultad de navegación. Al mismo tiempo, se inicia una expansión desde otros puertos (Bahía de Caráquez y Esmeraldas) por los cursos fluviales navegables. En este momento se produce la Independencia: una nueva organización política que requería dividir y reorganizar, en varios países, lo que antes había sido una sola América española.

La fórmula acogida para solucionar las disputas en cuanto a límites fue la del *uti possedeti juris*. Pero tal enunciado no resolvía con claridad todas las disputas, sobre todo porque la América española, antes de la Independencia, estaba en un proceso de recomposición en el cual existían frecuentes cambios de jurisdicción. Las propias guerras de la Independencia constituyen hechos sociales que modificaron líneas de comunicación y relaciones de poder.

En una aproximación a este proceso, en primer lugar explicaré algunos aspectos de la realidad geográfica. Dirigiré la atención a los perfiles altitudinales, retomando las ideas de Troll (1987) sobre la diversidad de los pisos ecológicos andinos, para examinar cómo esa realidad varía y presenta una serie de particularidades en las diferentes latitudes.

La primera especificidad es que el territorio del Ecuador constituye lo que llamaré los Andes transversales, por oposición a los Andes longitudinales. Con este nombre me refiero a una notable diferencia en la manera en la cual se organizan las cuencas hidrográficas al norte y al sur del actual Ecuador. Los sistemas hidrográficos andinos, tanto en Colombia como en el Perú, se desarrollan de sur a norte. En Colombia, los dos ejes principales son los ríos Cauca y Magdalena. Estos nacen en el macizo colombiano, relativamente cerca de la frontera con el actual Ecuador,⁹ y a unos mil kilómetros al sur de la desembocadura del Magdalena (en el que desemboca, a

⁹ Unos 170 kilómetros al norte de la actual frontera.

su vez, el Cauca). Durante toda la época colonial Pasto e inclusive Popayán pertenecían a la Real Audiencia de Quito. Este hecho indica que el espacio político de lo que antecedió a Colombia era entonces el espacio armado por el gran sistema fluvial Cauca Magdalena. La Cuenca del Patía, con su centro minero de Barbacoas, que vierte hacia el Pacífico, ya era parte de otra unidad política: la Real Audiencia de Quito.

En el Perú los ríos muestran otras características. Si bien el Rímac, el Pisco, el Ica, el Vitor, el Chancay y el Piura, más al norte (por no mencionar sino algunos), cumplen el papel de organizar el espacio peruano, lo hacen de una manera totalmente diferente. Se trata de ríos cortos, algunos de ellos nacen a cincuenta kilómetros del mar. Sus pendientes son muy abruptas. Bajan de cuatro mil metros al océano con un recorrido mínimo. Se desarrollan en climas secos y, si bien pueden captar algo de las precipitaciones de las sierras, sería impensable soñar con algún tipo de navegación en ellos. Su importancia radica en otro aspecto: son las fuentes del riego para el desarrollo agrícola y urbano costero. Son también trayectos por los cuales se remontan algunas sendas hacia la cordillera, pero para llegar a los espacios con mayor desarrollo demográfico es necesario abandonar la vertiente del Pacífico y avanzar a otras estructuras hidrográficas. Desde el norte hasta aproximadamente diez grados treinta minutos de latitud sur, estamos en la cuenca del Alto Marañón. En ocasiones la divisoria de aguas se acerca mucho al Pacífico, puede llegar a estar a noventa kilómetros. Si tomamos en cuenta el nacimiento del Ucayali, otro río que corre de sur a norte, la presencia de este sistema longitudinal avanza hasta cerca del Cuzco, es decir, a unos catorce grados de latitud sur. Es cierto que el Ucayali incluye varias subcuencas, la del Chanchamayo o la del Urubamba, que arman un complejo sistema que luego toma, de todas maneras, su curso hacia el norte, para unirse al Marañón y después converger en el Amazonas hacia el Atlántico.

Más hacia el sur la división no es ya con una cuenca que vierte hacia el Atlántico, como todos los anteriores afluentes del Amazonas mencionados, sino hacia el sistema de cuencas endorreicas del Titicaca, el Popo y el salar de Uyuni. El eje de organización del espacio peruano radica justamente en esta división.

Desde el punto de vista histórico es aquí donde se ubica aproximadamente la frontera de los dos antiguos imperios de Huari y Tiahuanaco y, más recientemente, donde se instala la capital del Tahuantinsuyo: el Cuzco.

La cuenca del Titicaca es el territorio del altiplano, la puna fría y seca, pero es también el territorio que conecta la zona de Chacras, actual Bolivia, con el eje de Lima-Potosí. Conforme se avanza hacia el sur, los ríos van perdiendo caudal; en algunos casos son torrentes ocasionales. Cuando son permanentes y se ha logrado alguna obra de riego llegan a sostener estrechos valles regados: una franja de aproximadamente un kilómetro de grosor en el valle de Azapa, cerca de Arica; zonas regadas de cuatro por cuatro kilómetros alrededor de Calama. Luego, conforme el clima es más húmedo, los ríos ganan en caudal y los valles verdes y regados aumentan sus dimensiones hacia Coquimbo y el inicio del valle central chileno.

El altiplano, muy seco, se prolonga hacia el sur hasta cerca de los veintinueve grados de latitud. A partir de este momento cambia también el declive oriental de los Andes, pues en lugar de tener la serie de cornisas que en el norte chileno y el sur peruano avanzan casi hasta el mar, existen valles de medianas alturas (el valle central con alrededor de quinientos metros sobre el nivel del mar) limitados por la cordillera costera, que aísla el espacio agrícola chileno del mar.

En el Ecuador, los ríos Mira, Guayllabamba-Esmeraldas, Chimbo-Guayas, Jubones y Catamayo crean y conectan los valles serranos con la Costa, mientras que los ríos Cutuchi-Chambo-Pastaza, Paute-Santiago y Zamora drenan parte de la Sierra hacia la Amazonía.

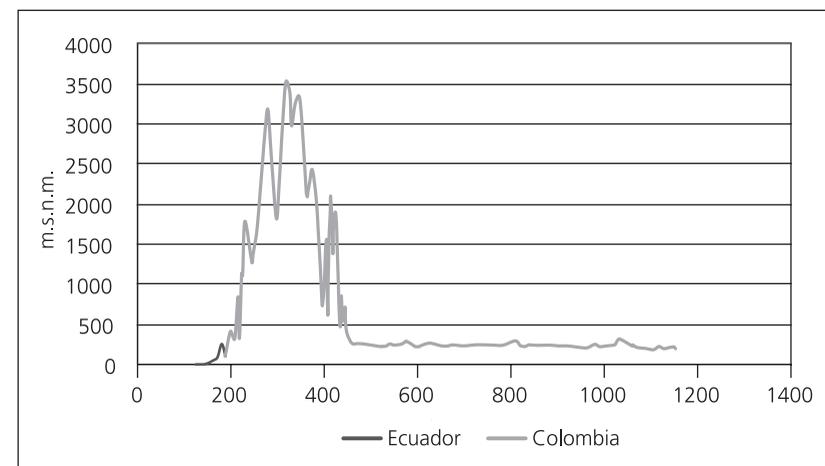
La cordillera de los Andes tiene, además, matices diferentes en varias latitudes, así como formas diversas en las que las sociedades se van relacionando con ellas. Para mostrar estas diferencias presento perfiles transversales de estas realidades en los gráficos 2.3, 2.4, 2.5, 2.6 y 2.7. En estas representaciones uso, además, un código de colores para diferenciar los territorios de los países según sus fronteras actuales. En el texto me refiero solamente a los perfiles más ligados a este análisis.¹⁰

10 Para elaborar estos gráficos he utilizado información de perfiles tomados de *Arcview Database*. Las líneas que contenían para cada segmento algunos miles de puntos fueron simplificadas manualmente en una hoja de Excel a fin de que la imagen sea más visible. De cada serie dejé solamente puntos

Estos perfiles permiten ver varios elementos. En primer lugar, muestran cómo la planicie costera es en el Ecuador algo diferente a la que encontramos en otras latitudes. En el Perú hacia la altura de Trujillo tal planicie prácticamente no existe. A medida que se avanza hacia el norte comienza a desarrollarse la llanura y llega a tener cerca de cien kilómetros de ancho. Pero muestra dos características especiales. La primera es que está relativamente elevada (unos cien metros sobre el nivel del mar); la segunda —un dato que no se puede ver en el gráfico— es que la planicie de Piura es muy seca y solo puede mantener agricultura en base al riego.¹¹

El perfil ecuatoriano se presenta de una manera distinta. Si bien existe una cordillera costanera que llega a los quinientos metros sobre el nivel del mar, también hay una amplia llanura, muy baja —y aquí está la diferencia más grande— con precipitaciones que superan usualmente los dos mil milímetros al año. En Pasto la llanura costera es tanto o más húmeda que la ecuatoriana pero vuelve a ser reducida.

Gráfico 2.3. Perfil de la cordillera de los Andes en Pasto, 1°12'N

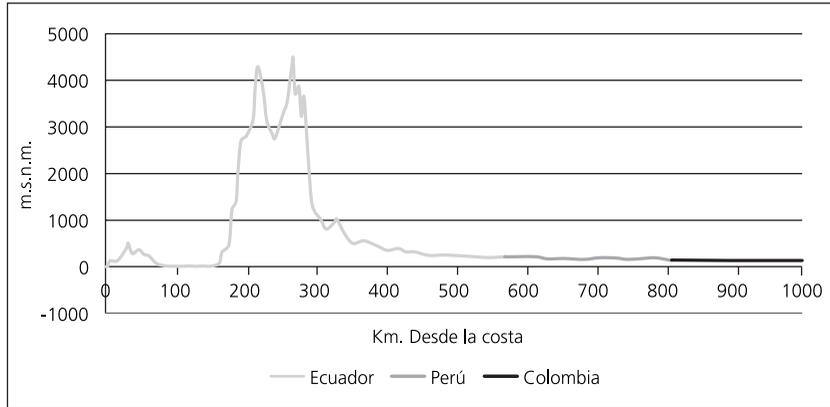


Fuente: Datos simplificados de *Arcview Database*.

máximos y mínimos, reduciendo de miles a decenas los datos. Para Pasto, se redujo los 10 555 puntos a 104. Esta misma proporción se ha mantenido en todos los gráficos.

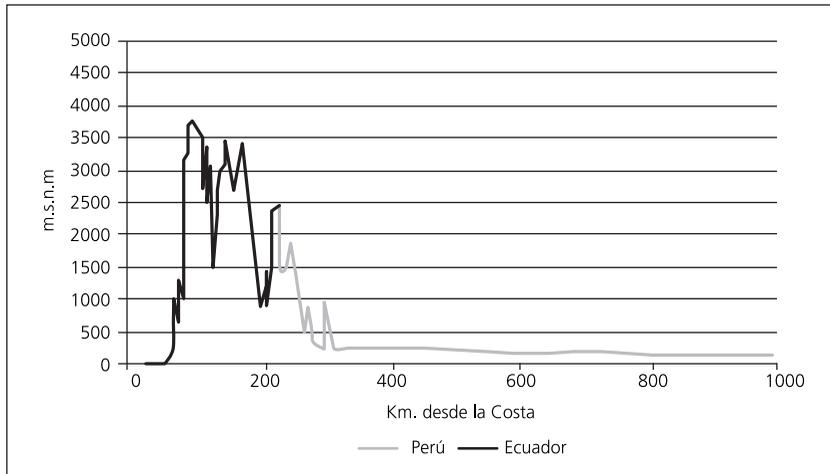
11 El promedio de precipitación en diecinueve años en Piura ha sido de 138 mm anuales, lo cual, frente a una evapotranspiración potencial de 1800 mm representa un caso de extrema aridez.

Gráfico 2.4. Perfil de la cordillera de los Andes en Riobamba, 1°40'27"S



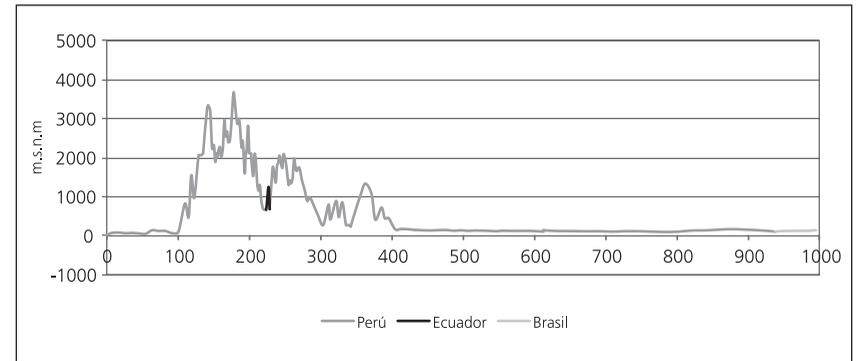
Fuente: Datos simplificados de *Arcview Database*.

Gráfico 2.5. Perfil de la cordillera de los Andes, 3°30'S a la altura de Huaquillas



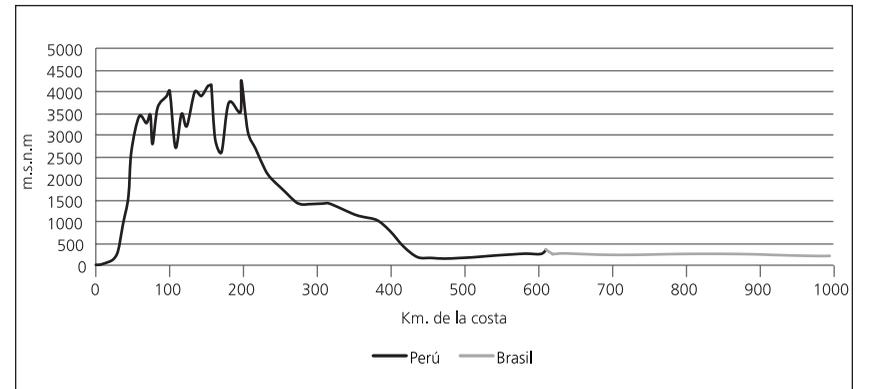
Fuente: Datos simplificados de *Arcview Database*.

Gráfico 2.6. Perfil de la cordillera de los Andes, 5°S, extremo sur del territorio ecuatoriano



Fuente: Datos simplificados de *Arcview Database*.

Gráfico 2.7. Perfil de la cordillera de los Andes en Trujillo, 8°06'45"S



Fuente: Datos simplificados de *Arcview Database*.

Pero tal vez lo más interesante de estos cortes es que muestran cómo cada país se ubica en estas gradientes de altura. Todos los países andinos se proyectan hacia la Amazonía, pero lo hacen de diferente manera. En Ecuador hay dos situaciones. En el norte –y esto se aprecia en el gráfico 2.5– el Ecuador se expande desde la cordillera de los Andes más de doscientos kilómetros en la llanura amazónica, y luego hay franjas de anchuras similares que corresponden al Perú en el caso de la más cercana, la siguiente a Colombia y, por último, se llega a la zona brasileña. Hacia el sur –y esto se ve en el gráfico 2.6– el espacio ecuatoriano se reduce tanto desde la Costa como desde la Amazonía y se va convirtiendo en un país de montañas, mientras que el territorio de las llanuras queda bajo control del Perú. El gráfico 2.7, que representa el extremo sur del país, muestra cómo este espacio de montaña se ha reducido a una pequeña loma en medio de un espacio montañoso del país del sur.

Otra característica relevante es que en el espacio del Ecuador occidental existen dos sistemas hidrográficos de caudal relativamente abundante: el río Guayas, con un gasto medio anual de alrededor de 2000 m³/s, y el Esmeraldas, con un caudal similar. Los dos ríos muestran un apreciable desarrollo norte-sur: 270 kilómetros en el caso del Guayas y 150 kilómetros en el caso del Esmeraldas. Son ríos relativamente cortos, al menos comparados con los de la vertiente atlántica, pero dada la fuerte pluviosidad de sus cuencas, sus caudales son apreciables, lo que los hace navegables en grandes trechos. Es más, la planicie cercana a la Costa es relativamente baja y húmeda. Esto produce un fenómeno particular: a diferencia de la tendencia general de los Andes, aquí la planicie costera es ancha y húmeda.

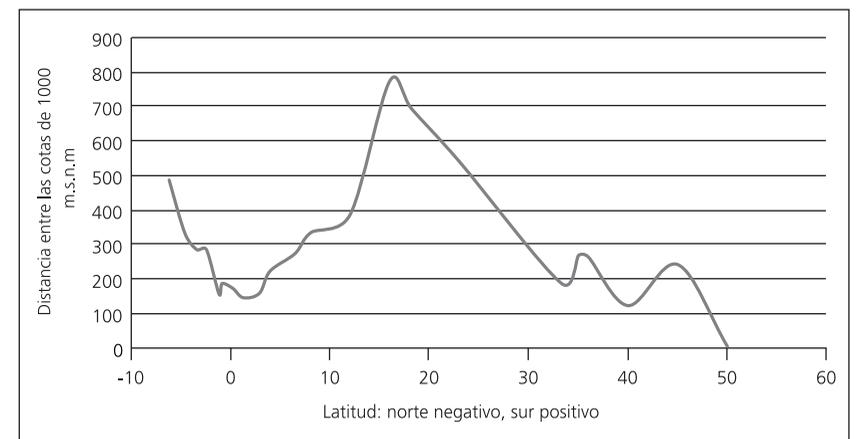
En el sur, por ejemplo en el norte de Chile o el sur del Perú, el ascenso del terreno es muy pronunciado. Esto determina que las extensiones planas son mesetas a considerable altura. Todo el litoral del Pacífico, al sur del Ecuador, es muy seco. No obstante, la planicie costera, que en realidad aparece ya en el desierto de Sechura, cuenta en Ecuador y Colombia con agua. La diferencia en cuanto a estructuración del espacio entre los cortes en el Ecuador y los de Colombia estaría en que la planicie de la costa colombiana del Pacífico tiene mucho menos vínculo con el eje espacial de ese país: el sistema interandino del Cauca y el Magdalena.

Todo esto se combina con el hecho de que el ancho de la cordillera andina presenta su menor grosor en la región ecuatorial. Se representa esto en el gráfico 2.8, en el cual se indica cuántos kilómetros hay entre las cotas de mil metros sobre el nivel del mar, es decir, cuán ancha es la porción de tierra que está sobre esa altura. En casos como el de Colombia, donde la altura de los valles interandinos es menor a este valor, se ha tomado la distancia entre las cotas externas de la cordillera.

En el gráfico 2.8 es claro que el territorio ecuatoriano actual (entre un grado norte y cinco grados sur) es la zona de mínimo grosor de la cordillera. Todo esto contribuye a señalar las condiciones realmente excepcionales que existen en esta porción del territorio para la interconexión, no solo de la Sierra con la Costa sino sobre todo de la Costa con la Amazonía (lógicamente a través de la cordillera). Esto señala algo de la particularidad de este espacio, pero es el terreno en el cual se puede plantear la siguiente pregunta: ¿Cómo se organizarán los cortes de este espacio, es decir, las fronteras?

Ya mencioné que la teoría de usar las fronteras previas tenía el inconveniente de que estas no solo se habían movido con frecuencia en el período

Gráfico 2.8. Ancho de la cordillera de los Andes



Fuente: Basado en mediciones efectuadas en *Arcview Database*.

anterior a la Independencia, sino que existía una gran confusión sobre cuáles eran las entidades a las cuales les correspondía establecer los límites. En el período de preindependencia se crearon virreinos y se recombinaron audiencias, mostrando con ello que la estructura del espacio humano estaba cambiando y, sobre todo, que las relaciones de poder que organizaban ese espacio eran intensamente cuestionadas.

Eso se refleja, por ejemplo, en la evolución de la representación de las fronteras administrativas revisando cualquier colección de mapas sobre América que incluya los siglos XVII, XVIII y XIX. Si se toma, por ejemplo, la colección de la cancillería ecuatoriana se observa que en el siglo XVII Brasil es una pequeña franja costera (Sanson y Sanson 1679). Los mapas evolucionan, aumentan detalles y reflejan no solo la realidad de la expansión lusitana, sino también la creciente complejidad del aparato administrativo español. La serie de mapas culmina en la República, con el mapa 2.1 del año 1847, que representa la situación inicial de las fronteras de los países sudamericanos.

Este mapa de Levasseur, que debe ser considerado una aproximación ideal a lo que se suponía serían los límites de las repúblicas y que probablemente nunca fue aplicado en la práctica, permite ver un conjunto de situaciones que se modificarán con la reorganización política posterior a la Independencia. La reorganización significó el surgimiento de nuevas naciones y también modificaciones en los límites. En esta ocasión comentaré solamente las relativas a la vertiente del Pacífico de América del Sur.¹² Se pueden señalar los siguientes conflictos: desde el sur una situación ambigua en la frontera entre Chile y Argentina, por cuanto el control real de las diversas naciones sobre el extremo austral era muy precario. Hubo momentos en que las pretensiones de Chile y Argentina no solo eran muy superiores a su capacidad real de controlar el territorio, sino que además entraban en conflictos recíprocos. De hecho, tanto la Patagonia como la Araucanía fueron incorporadas al dominio occidental luego de cruentas guerras contra los indígenas; en los dos casos fueron guerras de expansión

12 En la vertiente atlántica hay varios casos. En general se trata de una expansión de los grandes países sobre los países andinos: Brasil avanza sobre Bolivia, Perú y Colombia, mientras Argentina avanza sobre Bolivia.

Mapa 2.1. Sudamérica, según Levasseur, 1847



Fuente: Mapoteca MRREE, Amérique Méridionale. Levasseur 1847. Tomado de la versión electrónica de la Mapoteca del Ministerio de Relaciones Exteriores del Ecuador (MRREE) (sin signatura, consta como MMRE AMERIQUE V LEVASSEUR-1).

Nota: Nótese que en este mapa todavía aparece la Gran Colombia que había sido disuelta más de una década antes.

consumadas después de la Independencia. El cambio aquí consiste en que, tras la Independencia política, desaparecieron los espacios indios autónomos.

Un segundo conflicto se produce sobre el litoral boliviano, pero aquí el proceso es bastante más complejo. En los primeros años de la Independencia, Chacras, que luego tomaría el nombre del libertador Bolívar, es un centro de poder. Santa Cruz dirige un proyecto que, a través de la Confederación Perú-Boliviana, podría consolidar tal presencia en la geografía americana, y esta perspectiva correspondería a una afirmación de un orden previo: el orden del dinamismo de Potosí.

Pero tal orden enfrenta un sinnúmero de opositores. El propio Perú, que durante el período en que se asociaba la Real Audiencia de Chacras al Virreinato del Río de la Plata, logró impulsar e igualar a Chacras en su

producción argentífera, no está dispuesto a aceptar lo que ellos percibían como un rol subordinado. Parte del ejército que combate a la Confederación es peruano. Se suman a esto Chile y Argentina, cuyos proyectos nacionales presentan un modelo distinto al centrado en los ejes mineros altiplánicos.

Tal visión, que pone un cierto acento geopolítico, debe ser complementada con otra: en ese entonces, los jefes de Estado buscan intervenir en las políticas de sus vecinos. La política es un juego en el cual el control del poder en un país implica siempre la vigilancia y, a veces, la intervención en los vecinos. Acusaciones en este sentido entre Santa Cruz (Bolivia) y Prieto (Chile) dan origen a una primera confrontación que termina aislando a Bolivia y disminuyendo considerablemente su poder.

El remate de este proceso vendrá luego en la Guerra del Pacífico, en la que Chile logra no solo menoscabar seriamente el poderío peruano, sino llegar a controlar los salitrales bolivianos. Los instrumentos que Chile utiliza para lograr este éxito geopolítico son diversos. Incluyen una apreciable injerencia en los asuntos internos bolivianos a través del rol que las casas comerciales chilenas tenían en el control de las exportaciones de su vecino.

Otro componente de la reorganización del espacio es la relación, más o menos “natural”, que la cornisa atacameña tenía con el altiplano boliviano. Esta se basaba en que el núcleo demográfico central estaba en la región más alta, donde la altura y la menor temperatura hacían que el déficit hídrico fuese menos grave. Además, la desecante influencia de las aguas frías del Pacífico se atenúa por la influencia ejercida por los llanos bajos y por masas de aire provenientes de la Amazonía, con lo cual se crea una base de subsistencia en torno a auquénidos y tubérculos. Como ya he mencionado, en el norte de Chile los valles húmedos son aún más pequeños que en el Perú y no permiten que exista una población muy independiente.

¿Cómo se produce entonces esta modificación? Creo que es básicamente con el desarrollo de la minería de plata en Chañaral, en lo que en Chile se llama el Norte Chico. Esto se complementó con los descubrimientos de cobre cerca de Concepción, que además interactuaron con los descubrimientos de carbón en la zona de Lota. Una presencia empresarial dinámica permitió innovar tecnológicamente: sus manifestaciones son la

construcción temprana de ferrocarriles y el uso del carbón de Lota como combustible. Esto dio a Chile una estructura de control espacial sólido entre Concepción y Coquimbo y, sobre todo, la capacidad marítima necesaria para establecer en este espacio otro eje de articulación: el mercado mundial intermediado por Chile. Es así cómo la dinámica social centrada en el altiplano y los valles que caen hacia el Chaco perdió el control de estas cornisas, de sus yacimientos de salitre y de su salida al mar.

El límite en el extremo norte del Perú es la Real Audiencia de Quito marcada por un conjunto de particularidades. Se trata de unos Andes estrechos y abiertos hidrográficamente a las dos vertientes. Su núcleo demográfico es serrano, pero con varios escalones, desde la porción más norteña, la de Pasto y Popayán, hasta la lojana, cada una de ellas con sus formas particulares de engancharse hacia los valles amazónicos y hacia el Pacífico. Pasto tiene sus vínculos con las minas de oro de Barbacoas y su salida hacia el Amazonas a través del Putumayo. Quito es drenado por el Guayllabamba hacia la vertiente del Esmeraldas, Latacunga y Ambato a la cuenca amazónica del Pastaza. El gran núcleo de páramos de Chimborazo se vincula a las dos vertientes. Después, el territorio azuayo se encuentra hidrográficamente ligado a la Amazonía, pero con una enorme cercanía al Pacífico. Y para terminar, Loja se ubica en el espacio del Zamora (Atlántico) ligado a Piura y Tumbes a través de sus otros ríos, el Catamayo y el Macará-Chira.

Al momento de la Independencia hay varios procesos en marcha. En el norte, los intentos de una conexión directa hacia Esmeraldas no se han consolidado. El espacio de Manabí se arma lentamente hacia el mar y su articulación a la Sierra es un proyecto. En cuanto a la cuenca de Guayas, la única que tenía previamente armada una forma sistemática de vínculo con la Sierra, si bien esa relación estuvo amenazada por la crisis de exportación textil serrana, se descubrieron otros nichos que dieron especial valor a su ubicación geográfica. En primer lugar, la cuenca del Guayas se convierte en un espacio de paso (ya no se trata únicamente de que el trayecto navegable de Guayaquil a Babahoyo sea indispensable para la comunicación con la Sierra centro y norte). Además se convierte en un espacio con valor propio: es una zona adicional de la producción de cacao. Aún más, el estuario del

Guayas es la vía de comunicación adecuada para el tráfico de los denominados cacao de abajo (Yaguachi, Pasaje, Machala). Además es a través de Milagro, el canal de flujo del comercio proveniente de la zona serrana sur, que se articulaba con la ceja de selva oriental para la extracción de la quinina y la producción de sombreros que ya se mencionaron.

Finalmente, Guayaquil es el puerto donde llegan inversionistas, capitales y empresarios limeños que cumplirán un rol en la dinamización de la economía exportadora. Los vínculos que esta situación crea integran esta región a la zona de influencia peruana. En el momento de reorganizar los espacios, vincular la zona de Guayaquil a Lima en desmedro de Quito y Colombia, es una posibilidad que gana fuerza también porque su vínculo con Quito, en cuanto puerto para la exportación textil serrana hacia el Perú, ha sido menoscabado por la reorientación, al menos parcial, de la producción textil serrana hacia Nueva Granada. El vínculo político del puerto hacia Quito es entonces puesto en duda; no será sino a través de muchos conflictos que el asunto se resolverá definitivamente.

Un poco más al sur, en lo que es la actual provincia de Loja, se ha producido una sobreexplotación de la quinina (extracción masiva de la corteza que implicaba con frecuencia la muerte de los árboles). Esto ha propiciado el desarrollo de la ganadería, tanto bovina como equina, cuyo mercado se ubica, sobre todo, en el Perú, en la zona de Piura y Sullana, que le da acceso a puertos situados en el norte de ese país. Este vínculo de larga duración refuerza las presiones por unir el espacio del sur del Ecuador con su antiguo virreinato. Durante la Colonia, el flujo de Loja a Piura no representaba ningún problema, pues se trataba de la misma unidad política, a pesar de la división de la Audiencia. Pero una vez declarada la Independencia, las cosas adquieren otro matiz. Es necesario resolver los nuevos límites y esto se realiza en circunstancias en las que las dos nuevas naciones enfrentan dificultades para consolidarse (Ramón Valarezo 2004).

A finales del período colonial, con la creación del Virreinato de Nueva Granada, Loja y Guayaquil se separan del Perú y Piura. Además, Guayaquil se separa de Quito durante varios años en las guerras de la Independencia. Los acontecimientos lo resuelven a través de varios incidentes.

Los conflictos iniciales ocurren, no entre los herederos de la Real Audiencia y del Virreinato del Sur, sino entre los herederos de los dos virreinos. Es la confrontación entre Lamar, un cuencano en la presidencia del Perú, que había sido general de San Martín, y Sucre, lugarteniente de Bolívar.

La batalla de Tarqui entre los ejércitos colombianos y peruanos parece dejar el asunto resuelto. Cuenca, Loja y Guayaquil serían colombianos, pero el tema se vuelve a poner sobre el tapete cuando la Gran Colombia se divide y el departamento del Sur, que no solo era más débil sino que, además, pronto se vio envuelto en numerosos conflictos internos ya referidos, se convierte en el que debe negociar fronteras con el país del sur.

En tal contexto, el Perú se convertía en un referente y, en más de un caso, en un aliado para las diversas fuerzas que pugnaban por asegurar el poder de esta nueva República. Con frecuencia los presidentes depuestos se refugian en ese país; desde allí escriben y preparan sus operaciones. Asimismo, al Perú le interesa ver qué sucederá con este vecino que no termina de organizarse, y se plantea repetidamente la posibilidad de incorporar las zonas de Guayaquil, Cuenca y Loja.

Todo esto se une para que en más de una coyuntura los barcos de guerra peruanos bloqueen Guayaquil y negocien con sus autoridades. Este juego no se resolvió hasta que la crisis se expresó de manera dramática cuando el país se dividió en cuatro Gobiernos independientes. La dinámica del proceso es curiosa ya que a pesar de todos estos acontecimientos, la frontera real, es decir, la que existía entre la cordillera y el mar, prácticamente no se movió durante toda esta reorganización. Es muy diferente lo que sucedía en la otra frontera, la que no se había organizado, la de la región amazónica.

La historia de los conflictos fronterizos entre Ecuador y Perú es larga, y no corresponde detenernos en ella; sin embargo, algunos elementos permiten comprender lo que sucedió desde una perspectiva espacial.

Las misiones de Jaén y Maynas estuvieron administradas desde Quito por los jesuitas. Constituían el marco institucional de gran parte del vínculo de ese espacio social con la estructura político administrativa de ese entonces. Incluso a finales del siglo XVIII, las cartas geográficas lo incluyen dentro de la Audiencia de Quito. Esto tiene repercusiones mayores, por

cuanto el control de la zona es estratégico para la penetración aguas abajo en la Amazonía.

Por esta razón hay una evolución de los mapas políticos. En términos generales, en el siglo XVII e inicios del XVIII, la preocupación cartográfica casi no aborda el tema de los límites y se concentra en lograr una descripción de los sistemas hidrográficos. Ejemplos de esto existen, sobre todo, en la cartografía jesuita. En los mapas del padre Fritz, de 1691 y 1707, y luego en el de Magnin, de 1740, se observa con claridad que el tema de interés es el sistema hidrográfico y, en cierta medida, los accesos a él.

Diez años después, en 1750, Pedro Vicente Maldonado produce su carta geográfica, en la que la atención se concentra en la zona occidental. Contrasta los detalles que él consigna con los vacíos de los mapas anteriores. Si los jesuitas se ocupan de la vertiente atlántica, Maldonado centra su atención en la vertiente del Pacífico, zona que era todavía mal conocida por la administración de la Real Audiencia.¹³

En los mapas que he podido identificar, cronológicamente sigue el año 1751 de Ignacio Vicecometi. En él se mantienen las mismas características, es decir, todavía no se logra una comprensión organizada de los afluentes andinos del Maraón. Y esto está ligado a un insuficiente reconocimiento del sistema orográfico de la cordillera del Cóndor y Cutucú, que marca los sistemas hidrográficos del Upano y del Zamora. Cinco años después, Jaques Nicolás Bellini, en *Ire Feuille Province de Quito au Pérou*, reconoce mejor esta realidad y describe, de forma veraz, la compleja orografía de estas cordilleras. El siguiente, en cuanto a fecha de publicación, es el mapa de La Condamine de 1778 (Carta del curso del Maraón o de la Gran Riviere de l'Amazonas, Charles Marie de La Condamine 1778). En esta ocasión el interfaz entre la llanura amazónica y la cordillera de los Andes está nuevamente simplificado. Se presta, en cambio, más atención a la conexión con el Orinoco.

La secuencia nos lleva al mapa de Francisco Requena. Aquí se presta atención a los límites entre subunidades políticas; en ellas las fronteras de la Real Audiencia incluyen ambas orillas del Maraón. La misma perspectiva

¹³ En realidad, no será sino con el trabajo de Teodoro Wolf, a finales del siglo XIX, cuando se tendrá una mejor visión de la vertiente occidental de los Andes.

mantiene Juan de Velasco en su representación de 1789. Se trata de un trabajo elaborado por un jesuita que ya se encuentra en Italia.

Desde el otro lado de lo que luego sería un límite internacional, el proceso es testimoniado de una manera que, sin diferir demasiado con lo anterior, sí incluye algunos matices. Por ejemplo, el padre Manuel Sobreviela, misionero franciscano, elabora el mapa titulado *Plano del curso de los ríos Huallaga y Ucayali y de la Pampa de Sacramento*, 1791. En él se observa, fundamentalmente, la documentación del territorio que estaba siendo explorado por los franciscanos desde Ocopa, en las afueras de Lima. La cartografía consultada del Perú en este período no pone mayor énfasis en los límites de la Real Audiencia de Quito, pues se trata de una parte del virreinato. Se presta mucha mayor atención a las diferentes desmembraciones que este estaba sufriendo por la creación de los virreinos de la Plata y Nueva Granada. De todas maneras, la diferencia entre la suerte de los jesuitas y los franciscanos puede contribuir a explicar este desplazamiento de las zonas de influencia que estamos comenzando a documentar. La presencia quiteña a través de los jesuitas se desarma con su expulsión. Los franciscanos, en cambio, persisten en su presencia organizada desde Lima.

La siguiente etapa en esta evolución es la que llamaré la etapa colombiana; incluye tanto momentos virreinales como republicanos. En efecto, con la incorporación de la Audiencia de Quito al Virreinato de Nueva Granada, el límite entre los dos deja de ser un asunto interno de la administración de un mismo virreinato para ser un tema que, si bien está bajo la administración de la misma Corona, implica un nivel adicional de separación. Para este período probablemente la más famosa cartografía sea la de Humboldt. En este mapa se señala, claramente, que toda la zona de Jaén y las dos orillas del Maraón forman parte del Virreinato de Nueva Granada. Humboldt elabora el trabajo en Europa en 1825. Por ende, no está en condiciones de describir los límites internos, pues los que él conoció durante la administración española ya no están vigentes, sino que se están moviendo activamente.

Para este análisis es interesante otro mapa que pone más atención en esos límites: el de la Gran Colombia de Joseph Meyer, de 1824. En esta

carta geográfica consta la reivindicación colombiana que incluye las localidades de Jaén y Borja al sur del Maraón, tal como correspondía a las antiguas delimitaciones de la Audiencia de Quito; aquí también se demarca una nueva organización del espacio colombiano. El departamento del Cauca se extiende no solo aguas arriba del río homónimo hasta llegar a sus fuentes, sino que además se alarga hacia el Pacífico para incluir el río Arato y los ríos del Chocó, entre ellos el Patía y el Mira. Como resultado se incorporan Popayán y toda la cuenca del río Patía a este departamento del Cauca, así como también la vertiente del Mira, con lo cual se introduciría, en esa división política, toda la región que en ese entonces pertenecía a la Real Audiencia de Quito: Popayán, Pasto, Ipiales y lo que hoy es la provincia ecuatoriana de Carchi.

Con la misma capacidad con que los colombianos extienden su territorio hasta Jaén, los peruanos elaboran mapas en los cuales la división entre las dos nuevas repúblicas incluye como parte del Perú a casi toda la planicie amazónica hasta el Putumayo, avanzando prácticamente hasta las ciudades de Puyo y Tena.

Este es el inicio de lo que llamaré la “guerra de los mapas”: la elaboración insistente de imágenes que funcionan como argumentos y que representan aspiraciones que se presentan como si fueran una descripción de la realidad. En el caso ecuatoriano, esto tiene un efecto apreciable sobre la conciencia del espacio: durante mucho tiempo los mapas nacionales y escolares incluían una superficie de aproximadamente el doble de lo que fue la definición final de su extensión. En efecto, en la cartografía oficial ecuatoriana, hasta el año 2000 se utilizaba el límite del tratado Mosquera Pedemonte de 1830, cuestionado por el Perú, que utiliza como “frontera” entre Colombia y Perú al Maraón.

De la larga historia de las negociaciones territoriales entre el Perú y el Ecuador dos elementos son relevantes para este estudio. En primer lugar, la Real Audiencia de Quito fue sustancialmente mermada mientras se convertía en la República del Ecuador. En segundo lugar, esto sucedió tanto en el norte como en el sur. Además, y lo que es más importante para este análisis, existió un fuerte divorcio entre la representación que la sociedad se hacía de su realidad y lo que realmente sucedía.

El primer elemento de esta “falsa” conciencia es el desconocimiento de que existió una pérdida territorial con respecto a Colombia. La mayor parte de ecuatorianos no conoce tal hecho. Los que sí lo conocen, lo consideran un problema de menor importancia en el arreglo fronterizo. Con respecto al Perú, especialmente a partir de 1948, existe un discurso que incluye muchos elementos agresivos: se acusa a esa nación de haber usurpado grandes porciones del territorio ecuatoriano. Todavía hoy, personas y grupos se oponen y consideran una traición a la patria, la firma de los acuerdos de Brasilia que convalidaron los límites actuales, consecuencia de la guerra de 1941.

¿Qué significaron desde el punto de vista espacial estas dos pérdidas territoriales? En el norte, el límite se movió de tal manera que fue transferido un bloque geográfico que incluyó algunos centros bastante poblados de la Sierra junto con sus extensiones hacia el Pacífico y hacia la cuenca amazónica. El núcleo central serrano de Pasto tenía una efectiva articulación comercial y un intenso movimiento de carga y de personas.¹⁴

Lo sorprendente es que en el caso del Perú en el núcleo serrano, es decir, el más poblado, el movimiento de las fronteras es mucho menor. Desde cierto punto de vista se podría decir que fue mínimo. Es además una frontera diferente, pues mientras que Ecuador y Colombia, o las jurisdicciones que les precedieron, comerciaban y se comunicaban a través de la zona en conflicto (Pasto y Popayán), el comercio con Perú tendió a ser marítimo. En el caso del tráfico terrestre, este se orientaba sobre todo de una zona serrana del Ecuador (Loja) hacia una zona baja del Perú (Piura). Jaén, que es la porción de la Audiencia de Quito que luego pasó al Perú, no tenía una articulación comercial significativa.

Un mapa actual de la frontera ecuatoriano-peruana muestra una curiosa extensión del territorio ecuatoriano hacia el sur en la zona del actual cantón Chinchipe. Pero esa zona es casi un vacío desde el punto de vista de las comunicaciones. El comercio entre el Ecuador y el Perú fluye hoy casi

¹⁴ En la Amazonía, la inclusión de Pasto dentro de Colombia le dio una oportunidad de expandirse hacia los ríos San Miguel, Aguarico e inclusive al Napo. A través de la misión capuchina, Colombia llegó a dominar el Aguarico. Su retirada a las actuales fronteras se produjo a raíz del tratado Muñoz Vernaza de 1916.

exclusivamente por la frontera Huaquillas-Aguas Verdes, a trece metros sobre el nivel del mar y a seis kilómetros del perfil costanero.¹⁵ El papel de la otra frontera con alguna actividad comercial, la de Macará a La Tina (un paso a 400 metros sobre el nivel del mar ubicado a 142 kilómetros de la línea de Costa), es hoy muchísimo menor. Pero el extremo sur de la República del Ecuador está ubicado en una cota más alta, a 721 metros sobre el nivel del mar. Los límites son generalmente ríos encañonados en las cuales, a no ser por el paso de Zumba a San Ignacio, no existen hoy vías carrozables, y esto desde hace pocos años.¹⁶

El perfil de la frontera, conformado por ríos encajonados que no generan valles, tiene la particularidad de ser una especie de cuña que avanza desde el norte hacia el territorio peruano. Esto se refleja en el gráfico 2.7 donde aparece una pequeña porción de un valle que, en medio de las serranías peruanas, representa la extensión más meridional del territorio ecuatoriano. Esta forma refleja una zona muy marginalizada, casi perdida en los Andes, mostrando que la expansión peruana no llegó hasta este sitio marginal y se concentró en articular los ejes que permitían el acceso al Maraón.

En todo ese proceso la zona de Zumba no interviene, ni antes ni después del asfalto. Pero no solo que no interviene, sino que es una frontera que no se mueve en el período republicano. En efecto, la transferencia de Jaén al Perú fue sancionada por el propio acuerdo de límites con la Gran Colombia. Sin embargo, esa transferencia tuvo consecuencias futuras de grandes dimensiones, puesto que ha repercutido en las variaciones de la frontera que sí se ha movido: la frontera amazónica.

La crisis de la Real Audiencia de Quito en los últimos años de la Colonia, a la cual se agrega la desarticulación del sistema misional jesuita, dejó al espacio amazónico de Maynas en una especie de vacío. Es parcialmente ocupado por los franciscanos de Ocopa, que operan a través del Maraón, es decir, a través de ese aislado territorio de Jaén, que de todas maneras representa la puerta por la cual los ríos longitudinales de los Andes se vuelcan

15 La vía asfaltada que conectó Guayaquil y Machala al Perú solo fue completada en la década de 1970.

16 Hay un paso adicional en la zona de Loja: de Espíndola a Ayabaca a 1566 metros de altura. Su flujo comercial es casi nulo.

hacia la Amazonía. Además, en el siglo XIX el desarrollo de la navegación a vapor permite aprovechar mucho mejor los ríos amazónicos peruanos como articuladores del espacio.

El Ecuador tiene a su favor la estrechez de los Andes y la muy corta distancia entre Guayaquil, su principal puerto, y la llanura amazónica. No obstante, se debilitó su posibilidad de ejercer control sobre este espacio por su inestabilidad política y por la necesidad de resolver, previamente, un acuerdo constitutivo entre las élites de Guayaquil, Cuenca y Quito. Pero también en el ámbito de estructura del espacio se dan cambios. Por ejemplo, la conexión que existió entre Loja y Cajabamba había perdido fuerza. Los ejes eran Loja-Piura, y luego desde los valles del Maraón hacia Bagua y de allí la entrada hacia la Amazonía media.

Esta situación comienza a cambiar a mediados del siglo XIX con el auge del caucho que vincula la selva peruana al Brasil. Los flujos por los afluentes del Amazonas desde la Sierra ecuatoriana no fueron comerciales en todo el sentido de la palabra. Se trataba, fundamentalmente, de flujos de personas que migraban para incorporarse a las diversas formas de trabajo (en algunos casos prácticamente como esclavos) que se usaban en la explotación cauchera.

Esta articulación permitió que el espacio económico peruano fuera trepando por los ríos y que provocara confrontaciones con dos vecinos: con el Ecuador en una serie de conflictos que fueron marcando hitos en el avance aguas arriba, y con Colombia en un proceso que culminó con la guerra de Leticia.

Lo que sucede en la frontera norte del Ecuador es totalmente diferente. Ya en otra publicación (Bustamante 1991) he hecho referencia a la enorme asimetría respecto al procesamiento de esta historia territorial. Desde el punto de vista del proceso, la relación estrecha que durante la Colonia existió entre Popayán y Quito se rompió por el hecho de que Popayán fue, incluso en tiempos de la Gran Colombia, un reducto realista que se enfrentó con los movimientos independentistas de Quito. La resistencia a Bolívar fue vencida gracias a la acción militar de los ejércitos libertadores. Así, la región de Pasto y Popayán se convirtió en un territorio que exigía un control directo del poder neogranadino. Durante la

República, los problemas combinaron dos dimensiones. Por una parte la dificultad del Estado para organizarse de manera articulada y, así, poder enfrentar a los intereses colombianos. Por la otra, la mezcla de los tintes políticos en los acontecimientos militares; la región de Pasto fue refugio frecuente de facciones opositoras o en rebeldía contra el gobierno central. Los Gobiernos ecuatorianos, en más de una ocasión (uno de los casos más conocidos es el del Gobierno de García Moreno) optaron por influir e intervenir en estos combates. Los resultados militares generalmente les fueron adversos.

Como he expuesto, la dinámica de la frontera ha tenido como motor principal la dificultad de organizar un conjunto de regiones en un país con problemas para negociar los límites hacia el exterior. Son los ejes del poder del Estado los que tienen el papel protagónico. Esto deja un vacío para comprender cómo las regiones enfrentan y negocian su situación fronteriza, cómo se dan oscilaciones entre proponer una frontera de contacto y comunicación o una de barrera y distanciamiento. Esto, que no ha sido trabajado para el Ecuador, tiene para la provincia de Loja una serie de elementos interesantes. En primer lugar, la existencia de una larga tradición de contacto local con la región de Piura, trajo el surgimiento de instituciones para “aprovechar” la situación fronteriza como herramienta de progreso. Me refiero al Programa Regional para el Desarrollo del Sur (PREDESUR) que, con recursos del Estado central, proponía una política de fronteras vivas (en ciertas zonas).

Todo esto tenía además relación con el proceso de integración andino, en el cual el comercio y la comunicación ecuatoriano-peruano deberían haber cumplido un rol importante para poder vincular a Colombia y Venezuela con el sur peruano-boliviano. Hay, sin lugar a dudas, similitudes con la dinámica fronteriza luso-española (Cabero Diéguez, Campesino y López 1996; Cabero Diéguez 1997; Cabero Diéguez y Peralta García 1997). Sin embargo, es un tema que no ha sido explorado en profundidad a pesar de trabajos sugerentes de Gondard (2004), Hocquenghem (2004), y Ramón Valarezo (2004).

Organización del espacio en el interior del país

Más allá de los límites de este libro es interesante reflexionar sobre cómo se estructuró el espacio en el interior del país. Aunque sería difícil enriquecer el trabajo de Deler (1983), existe una dimensión poco subrayada en sus aportaciones. Deler propone una explicación que destaca la organización del espacio en torno a núcleos en la Sierra, ordenados en una serie de jerarquías en cada valle interandino. En ellos, la mayoría de la población se encuentra en zonas rurales, las cuales gravitan en torno a centros urbanos jerarquizados; una capital de cada valle interandino que corresponde *grosso modo* a lo que hoy día es una provincia. En torno a ella giran lo que hoy vendrían a ser cabeceras cantonales. Estas, a su vez, se relacionan con parroquias, que son básicamente centros de administración de la población indígena.

En el siglo XVIII se producen ciertos cambios. Entre ellos está el desarrollo de la hacienda en desmedro de las comunidades indígenas, aunque es habitual también que se produzca una convivencia, una articulación no carente de conflictos. El espacio de la hacienda está marcado por una zona central, donde se ubica la residencia del hacendado. El complejo incluye, con frecuencia, capilla, bodegas y, a veces, obrajes, en sus alrededores el suelo se destina a diversos usos. También hay huertas, tierras donde los indígenas cultivan los productos de su subsistencia.

La hacienda es casi una forma de división territorial y, siguiendo las características andinas, incluye diversos pisos. La forma usual contaría con una zona para el cultivo de la huerta y el maíz, y otra, algo más elevada, que incluye cultivos de papas y cereales. Más arriba están los páramos para pastizales y, a mayor altura, a veces hacia la otra vertiente de la cordillera, tierras aparentemente no incluidas en la propiedad pero que mantienen algún tipo de articulación.

En Quito, al otro lado de la divisoria de aguas, las poblaciones de indígenas yumbos se especializaban en funciones de cargadores y asumían tareas de comercio. Estas zonas, que en las representaciones de Deler son espacios no ocupados, no incorporados, son espacios de interacción. La vertiente occidental es interesante por el tratamiento especial que estas superficies extensas tenían.

En relación con el espacio occidental, el sistema colonial se preocupó de mantener una interacción con los líderes de ciertos cacicazgos que entraban en contacto con las cabezas de puente ubicadas en las desembocaduras de los ríos, y que permitían controlar el contacto con el mar. Esto era vital dado el riesgo de que otras potencias pretendieran establecer sus enclaves en estos sitios. Los caciques, que intermediaban a partir de estas zonas, tenían apoyo y reconocimiento españoles, y cierto abastecimiento de bienes estratégicos y simbólicos, algunos útiles de metal, probablemente armas. Esto les permitía ejercer una influencia en la dinámica comercial y militar de las zonas no controladas.

En esas zonas marginalizadas existían dos elementos. Por una parte, una sociedad que, si bien no estaba subordinada a los mecanismos de tributo y control político de la sociedad española, sí tenía interacción e influencia de ella. Esta forma de relación, de todas maneras, era precaria e indirecta en la mayor parte de los casos. Aparentemente, los problemas de las sociedades que se desarrollaban en esas zonas marginalizadas no se referían a la carencia de una base de subsistencia sino, fundamentalmente, a la provisión de bienes externos, metales y objetos de comercio. Propongo como hipótesis que la restricción demográfica que esas sociedades vivieron se debía, en gran parte, a la seria restricción de los flujos comerciales hacia los otros ecosistemas y al hecho de que, en las condiciones violentas imperantes, estratégicamente era inconveniente una concentración demográfica sedentaria. Todo núcleo permanente creaba un problema de poder, cuya resolución dependía de productos y recursos provenientes de la sociedad colonial. En este contexto, el poder se jugaba controlando flujos de comercio y manteniendo una dispersión que imposibilitaba el control estatal directo. Pero esta carencia, esta inviabilidad del modelo de dominación serrano, no significaba que no existiera dependencia y articulación.

La economía articulada estaba siempre buscando formas de dar valor a los recursos de estas zonas “marginalizadas”. El caso de la quina es emblemático. Ese recurso del monte, del terreno inhóspito y no dominado, permite cierto auge de conexión hacia el exterior. El poder central siempre está tratando de usar esos territorios. A veces busca darles valor con vías de acceso, lo que explica los proyectos viales por Esmeraldas. En otras ocasio-

nes se trata de recursos: maderas para los astilleros de Guayaquil o fibras para la elaboración de sombreros, por ejemplo. Se trata de una tensión permanente entre la necesidad de darles valor y usar estas zonas, y la necesidad de controlar a una población que no se somete a los poderes y la estructura social dominante. Esta población forma parte de la sociedad y de sus proyectos futuros, pero también es un componente peligroso, subversivo de la realidad social. Esto tiene relevancia para este análisis puesto que gran parte del espacio que se convertiría, posteriormente, en áreas protegidas, es justamente este espacio marginalizado. Asimismo, esta hipótesis plantea que el espacio marginal tampoco es homogéneo; en efecto, ya indiqué que cumple una función de comunicación secundaria. Pero la comunicación organiza también jerarquías. Lo más significativo son los trayectos que pueden vincular a zonas dinámicas, pero siempre hay posibilidades de otros flujos, aunque sean los que se refieren al deseo de alejamiento, de huida, a los cuales acceden quienes, por uno u otro motivo, desean huir del poder.

Esto creó un espacio “ilegal”, es decir, un espacio en el que se pueden recluir fugitivos, personas perseguidas, que pueden llegar a dominar ciertas rutas y ejercer sobre ellas un control de tipo bandolero y, desde esas zonas marginalizadas, presionar en las zonas productivas, por ejemplo, a través del cuatrero, es decir, el robo de ganado. De todas maneras, ese uso del espacio es solo posible si se mantienen otros contactos, otras vías desde donde sea posible adquirir suministros y vender los productos de adquisiciones ilegales. Dos zonas del Ecuador fueron famosas por las actividades de bandolerismo: Loja y Manabí, ambas relativamente marginadas de los grandes flujos comerciales.¹⁷

El trabajo de Frank Salomon (1992) sobre la fiesta de la yumbada muestra otra dimensión de ese espacio. Al describir una fiesta analiza cómo los yumbos, los salvajes, llegan a un centro ceremonial, cómo participan en la ritualidad que enfrenta al mundo salvaje, le da un sitio, y cómo ese sitio, procesado ritualmente, es reconocido en la fiesta del centro. Lo marginal, lo “salvaje”, es así pensado como parte de una dualidad que está presente

¹⁷ En otro trabajo de campo que realicé en la zona de Cariamanga, en Loja pude constatar en 1980, cómo la tradición oral mantenía todavía una fuerte vivencia del control bandolero de un vasto territorio y de cómo fueron “cazados” sus líderes (hechos de 1950).

en el mundo “civilizado”, en el mundo ordenado. Pero estas características del espacio están insertas en una realidad que se mueve. Veamos lo que sucede en el sistema político a finales del siglo XIX.

Fin de siglo: nuevamente el papel dirimente del Ejército

Para algunos la muerte de García Moreno trajo presagios de una tormenta anticlerical; sin embargo el proceso no fue automático. Un sector del Partido Conservador, el que se llamaba progresista, se definía como un “católicos liberales”, abiertos al pluralismo y la modernización. Sus integrantes retoman la herencia “garciana”, y en sus filas corre una concepción crítica con respecto a las posiciones extremas de García Moreno.

Pero los acontecimientos no transcurrirían tranquilamente. El vicepresidente de García Moreno, Antonio Borrero, a quien todos reconocen muchas cualidades de moderación, no dio paso a las aspiraciones de cambio radical que gran parte de los liberales propugnaban. Esto generó el descontento del general Veintimilla, quien organiza una sublevación que derroca al mandatario. El represivo liderazgo del general fue combatido por grupos cada vez más amplios de la población. A los conservadores se sumaron crecientes sectores liberales, lo cual llevó a una larga serie de sublevaciones, represiones, destierros y asesinatos políticos. Pero los focos de oposición se multiplicaron. El general Eloy Alfaro comandó uno de ellos; luego sería el líder máximo del movimiento liberal radical.

El poder regresa a manos de los “progresistas”, quienes en tres Gobiernos que van de 1884 a 1895 avanzan en algunas propuestas iniciadas por García Moreno, pero van moderando el carácter excesivamente eclesial de su ideología. Sin embargo, la lógica del poder había pasado a la capacidad de organizar ejércitos, y esto determinaría la caída de este tipo de régimen. Antes de examinar lo que sucede en ese momento, dedicaré unas palabras a la figura del último presidente de esta tendencia. El doctor Luis Cordero Crespo tiene una larga carrera con algunas características que llaman la atención. En primer lugar, se trata de un presidente poeta. Escribe poesía en dos idiomas: algunos en castellano, otros en kichwa y no en francés,

como se podría esperar de un aristócrata latinoamericano del siglo XIX. Cordero nace y crece en una hacienda, territorio que hasta hace poco tiempo era bilingüe, su identificación con esa lengua le lleva a escribir el más conocido diccionario kichwa-español del Ecuador.

Las particularidades de este presidente no se quedan allí. Es también el primer ecuatoriano en la lista de colectores botánicos del siglo XX, según Jorgensen (1999). Cordero es, en cierto sentido, el que rompe esa pobreza casi secular que fue la ausencia de investigadores de las ciencias naturales ecuatorianas. Está la excepción de Villavicencio, y tal vez sea una injusticia no incluir sus trabajos de colección dentro de la historia de la ciencia, pero aparentemente no han sido conservados. De todas maneras, Cordero representa un momento que merece destacarse.

Un presidente de este tipo no es un accidente. Corresponde a toda una tendencia elitista, pero no por ello sin sensibilidad para lo autóctono. Es producto de los esfuerzos que se venían realizando durante muchos años en la Universidad Central. Corresponde a ese auge científico que fue la Escuela Politécnica Nacional, pero este terreno se verá alterado por los acontecimientos políticos. Se abre un período de muy intensa lucha ideológica, cuyo tema fundamental será la lucha entre el clericalismo conservador y el liberalismo.

Algunos de los generales liberales no se caracterizaron por tener una formación demasiado refinada, pero no fueron los responsables de la interrupción de las tareas científicas en el país. Al contrario, entre los liberales también se reclutaron académicos, por ejemplo, el ya mencionado Cassola (Pérez Ramírez 2008). Más aun, en la visión más común de la historia ecuatoriana se presenta el momento de la revolución liberal como de lucha contra el oscurantismo católico reaccionario que solamente tras ser derrotado por el liberalismo permitiría el desarrollo de una perspectiva científica (Báez 2009).

Los hechos son los siguientes. La muerte de García Moreno golpea, de manera decisiva, a la Escuela Politécnica Nacional. Los elementos que giran en torno a la crisis de esta institución son diversos. Uno es que la Compañía de Jesús decide renunciar a su función organizadora. Otra es la visión de los liberales que consideran a dicha Compañía un enemigo, un rival ideológico peligroso. Esto genera en la congregación una actitud muy

recelosa y cauta; priorizan las tareas más vitales para su subsistencia (formación de seminaristas). La Escuela Politécnica era vista como un símbolo del autoritarismo clerical, tan odiado por la perspectiva liberal. Por su parte, la Universidad Central, que siempre mantuvo en funcionamiento su escuela de medicina, parecía ser la alternativa universitaria en la nueva correlación de poder. Estos elementos determinaron que, a partir de 1907, la Escuela Politécnica dejase de funcionar durante varias décadas.

Toda la sociedad ecuatoriana entró en crisis. Existió una confrontación ideológica muy fuerte entre el anticlericalismo y una posición confesional. Sin embargo, la visión tan maniquea que presenta la tradición historiográfica ecuatoriana requiere algún matiz. Mi perspectiva es que la aristocracia se precia de ser culta. Esto es cierto para un grupo selecto de la misma. Esta porción encuentra en la propuesta contrarreformista de los jesuitas una de las expresiones que le permiten combinar dos características: su inquietud intelectual y su catolicismo.

Los liberales se alimentan de diversas fuentes. Algunos recogen las ideas de la Ilustración europea y están ligados a otras actividades —el derecho, el comercio— y en esta perspectiva, producen intelectuales más humanistas; la impresión que ello deja es que la contradicción, en términos intelectuales, es menos dramática y drástica de lo que las descripciones maniqueas proponen. Personas de los dos bandos mantenían amistad a pesar de confrontaciones en el ámbito político o en el parlamento. En efecto, los análisis de la historia del siglo XIX utilizan como esquema básico de interpretación esta oposición entre liberales y conservadores, entre godos e ilustrados. La literatura ecuatoriana, en general, es muy apologética del bando liberal (Malo González 1990; Núñez 1992; 2000b; Paz y Miño Cepeda 2000). Conviene un análisis menos simplista de esa realidad.

El mundo al inicio del siglo XX

En el siglo XIX los bandos del debate, tanto conservadores como liberales, buscan el “progreso” y la civilización, representados por el avance europeo. Tanto uno como otro bando buscan inspiración en autores del viejo con-

tinente. Sin embargo, aparentemente dos aspectos los separan de manera irreconciliable: la religión y el tipo de poder.

En cuanto a la religión, el tema central son las relaciones entre Estado e Iglesia. Esto implica una serie compleja de elementos, pues no solo se refiere al patrocinio especial que el Estado da a la Iglesia católica, sino también a algunas implicaciones de tal apoyo, por ejemplo, el derecho de las autoridades políticas de tener injerencia en la Iglesia, entre otros aspectos, en los nombramientos de obispos y autoridades. Está también presente la capacidad de censura de la Iglesia, sobre todo a la circulación de libros. El segundo tema se relaciona con el tipo de autoridad que el Estado puede asumir. El asunto de los derechos ciudadanos juega aquí un rol central, pues si bien los pensadores liberales argumentan sobre esta cuestión con fuerza (Olmedo, Montalvo), en la práctica los Gobiernos de uno y otro bando se mostrarán muy proclives a violentar normas constitucionales y a emplear un alto grado de violencia. Se fusila a los opositores, pero también hay violencia en la rebelión, que llega con frecuencia a conspirar para asesinar a presidentes. De hecho, así fue eliminado el presidente García Moreno.

Uno de los debates en la historia ecuatoriana trata sobre el contenido real de la oposición entre conservadores y liberales. Las posiciones han sido, por un lado, la de Oswaldo Hurtado (1988; 2007), quien insinúa que no existieron conflictos de modelo económico, sino que estos se refieren fundamentalmente al ámbito ideológico. Por el otro, autores como Núñez (1992; 2000b) y el trabajo de Enrique Ayala Mora en su *Nueva Historia del Ecuador*, publicada en quince tomos desde 1983, apuntan a darle un contenido de clase, es decir a entenderlo como una lucha entre una burguesía modernizadora liberal y un pensamiento reaccionario, que estaría representado por la derecha, por los conservadores ligados a la Iglesia.

Esa forma de plantear el problema muestra, a mi juicio, evidentes insuficiencias. Mencionaré solamente dos. En primer lugar está la aparente contradicción en el hecho de que muchos de los términos de la oposición no se correspondieron con los comportamientos. El tema de los derechos de las personas o la falta de respeto a la ley, por ejemplo, es algo de lo cual se acusa a los Gobiernos de derecha, pero los niveles de represión de estos

fueron igualados o superados por los de militares liberales como Urbina. En sentido inverso, el desarrollo de las ciencias y la tecnología tuvieron un impulso en los Gobiernos de derecha, comparable al que recibieron de los liberales. En segundo lugar, la Iglesia no es una unidad. Esto es evidente no solo en su división frente al proceso independentista sino también, y sobre todo, en los problemas creados por los “teócratas”, como el ya mencionado García Moreno, quien impulsó una fuerte acción de reforma eclesiástica que llevó a confrontaciones con los religiosos. Estas confrontaciones tienen varios contenidos. Una dimensión es la “excesiva” cercanía de los curas con el pueblo, cercanía que incluye toda una herencia colonial, que se ejemplifica en la promoción de las fiestas, con todo lo que ellas implican: consumo de alcohol y prácticas sexuales.

La Iglesia es criticada porque pretende monopolizar el manejo de los sentidos, la ritualidad, la palabra, y porque subordina ese manejo a parámetros ideológicos provenientes de afuera, que no son controlados desde la dinámica local. Pero además esa Iglesia, cuyo eje de poder es el Vaticano, pretende mantener no solo una legitimidad universal, sino que asume el derecho de deslegitimar las otras visiones de la ética, las que funcionan cotidianamente, en esta sociedad amerindia. Es por ello que la retórica del catolicismo está siempre atravesada por contradicciones. Los mensajes comunitarios, de solidaridad entre diferentes clases, en más de una ocasión son rotos por los poderosos. Su necesidad de acumular poder los lleva a romper las precarias contraprestaciones de la estructura de legitimidad andina, y esto los convierte en el emblema de la opresión gamonal descrita, posteriormente, con claro dramatismo por la literatura indigenista.

A esto se contraponen otro discurso de poder: el que se basa en la contestación, en la lucha revolucionaria. Es una lucha en la cual la ideología tiene dos componentes. Uno es el práctico, fundamentalmente el de las relaciones entre autoridad y redistribución de líderes o caudillos, y fidelidad y apoyo por parte de los seguidores. En el plano discursivo se crea una realidad dicotómica y maniquea que contraponen lo clerical, retardatario, egoísta e hipócrita, a lo revolucionario, moderno, progresista, ilustrado y liberal. El liderazgo es armado en la lucha contra una estructura de poder asediada por los intermediarios, que están activando fidelidades y descon-

tentos continuamente. Se arman así caudillismos que, además de tener una lógica propia, comparten pocos vértices que los unen. Uno de ellos es la lucha contra el clericalismo, una lucha contra el monopolio de la legitimidad ostentada por una organización que, estando cerca de los sectores populares, propone una fórmula de organización cultural en torno a culpas, responsabilidades o mistificaciones, que representan un conflicto a quienes desean proponer otras opciones.

El segundo componente es la lucha por el control de la palabra escrita. Esto implica el debate en torno a la organización y el control de la educación. Durante el siglo XIX parecía relativamente normal que la educación, el acceso al mundo letrado, estuviese en manos de una entidad que tenía el aspecto de un dispositivo estatal para el manejo de las subjetividades. Que tal entidad debía estar articulada a lo que desde nuestra historia colonial se percibía como el eje civilizatorio cristiano fue considerado lo normal. Las proclamas de la Ilustración no eran percibidas como peligrosas, en la medida en que ilustrados había en las cortes y entre los reyes, y se confiaba en la posibilidad de procesar los contenidos desde la religión. Había también promotores del mundo moderno dentro de las concepciones progresistas y católicas liberales. Los problemas se presentan en otros ámbitos. En primer lugar, la Independencia abrió el comercio, y buena parte de los comerciantes no eran católicos. ¿Qué estatus se les podía dar? En segundo lugar, la ritualidad manejada por la Iglesia era el mecanismo de comunicación básico entre élites y sectores populares. El control de ese espacio, del discurso y del rito era parte de una lógica política en la cual para contender en la arena de la legitimidad es necesario, o bien crear otras esferas de comunicación simbólica con el pueblo, o bien relativizar las existentes en manos de un clero que nadie calificó de especialmente virtuoso y desinteresado.

Así, buena parte de la lucha liberal se produce en torno a la búsqueda de un Estado laico, al menos nominalmente. Los católicos, especialmente los miembros de las élites, se sienten perseguidos, a veces acosados. El colegio de los jesuitas, que fue subvencionado por el Estado, no solo es obligado a desalojar el espacio que ese mismo Estado le había proporcionado sino que se lo entrega al Colegio Nacional Mejía, el colegio laico por excelencia. Además, se desconoce a los colegios confesionales la autoridad para tomar exámenes.

En este contexto resurge un problema: el de la dimensión política de lo intelectual. Una forma de vivirlo es la del poeta y botánico presidente; otra, es el regateo sobre las autoridades para dar títulos. ¿Quién tiene legitimidad para certificar socialmente el acceso al conocimiento? En lugar de la Iglesia se edifica otra estructura, la de un Estado que más que laico, es caudillista.

Pero esta discusión ideológica está atravesada por otra circunstancia. Si bien el triunfo liberal fue un triunfo militar, para algunos sectores de la sociedad no era simplemente un cambio de caudillos: los sectores conservadores más militantes no aceptaron fácilmente su derrota. Las sublevaciones contra el nuevo mando se multiplicaban. Los ejércitos liberales debieron reconquistar numerosas ciudades que se rebelaron y en tales confrontaciones la sangre corría en abundancia. Las tropas alfaristas asaltaron colegios, cortaban las orejas a los prisioneros, fusilaron a rectores de colegios e irrumpieron en funerales para matar a enemigos políticos. Todo esto sembraba rencor y resentimientos. Varios obispos se refugiaron en países vecinos desde los cuales organizaban campañas para derrocar al Gobierno. El ambiente se llenaba de odios.

La propuesta liberal consistía en desarmar el rol de la Iglesia como organismo ideológico del Estado, y esto implicaba romper su control sobre la educación y sobre la beneficencia. Se procedió entonces a expropiar las tierras rústicas en propiedad de las órdenes religiosas y se inició la organización de una asistencia pública, una política social del Estado.

El tema del desarrollo de la ciencia desempeña un rol central para la ideología liberal, pero se encuentra con una tarea gigantesca: organizar el aparato educativo que debería reemplazar o, por lo menos en la perspectiva de este tiempo, competir con el religioso. El trabajo en el desarrollo del mundo académico se refleja en aspectos más concretos: la organización de nuevas facultades de Medicina en otras provincias es parte muy importante de ello.

De todas maneras, la Universidad Central es un referente influenciado y alimentado por otros contactos externos. Uno de ellos es la segunda misión geodésica francesa. Esta llega a Guayaquil en junio de 1901, su tarea es verificar las mediciones de su predecesora. Lamentablemente, esta misión ha recibido menos atención que la primera y no hay mate-

riales que la describan con un grado de detalle comparable al que existe respecto a la primera.

Hay, sin embargo, algunas particularidades. Para comenzar, la misión ya no muestra ninguna ambigüedad respecto de su nacionalidad: no es, como la primera, una misión franco-española sino, simple y llanamente, una misión francesa. En segundo lugar, la institución que la organiza ya no es la sucesora de la Real Academia de Ciencias sino una que parecería más heredera de los marinos españoles de la primera, pues se trata de la Marina francesa. Es una misión más numerosa; no viene en barcos españoles sino en una nave francesa que llega a Guayaquil con personal compuesto, fundamentalmente, por marinos. Aparece, además, un personaje que tendrá una trayectoria destacada en otros campos científicos: Paul Rivet. El científico, que adquirirá una gran relevancia en la etnología francesa, estableció contacto en Quito con el arzobispo González Suárez, quien tenía un rol catalizador en la organización de las instancias académicas dedicadas al estudio histórico y, por lo tanto, arqueológico.

La relación tendrá una consecuencia futura: González Suárez y Paul Rivet formarán el puente a través del cual un alumno del arzobispo, Jacinto Jijón y Caamaño, se contactará con el sabio francés para realizar estudios etnológicos en París. Jijón y Caamaño representaba nuevamente el caso de un intelectual de derecha. Se parecía a Cordero en su carácter polifacético: un académico y un político. Fue candidato a la presidencia por el Partido Conservador y realizó numerosas investigaciones arqueológicas. Desde el punto de vista social correspondía a la aristocracia, puesto que era el tercer conde de la Casa Jijón. Desde el punto de vista académico fue reconocido en varios círculos extranjeros y en el Ecuador heredó la función de animador de los círculos de estudios históricos iniciados por González Suárez. Dichos círculos se proyectan hacia los años treinta y, como indicaré, incluyen muchos elementos interesantes para el tema bajo análisis. En cuanto a la misión, a pesar de ser más numerosa, no incluye a un botánico. Es una misión mucho más acotada y especializada. Otro rubro en el cual hay repercusiones es la relación con la Marina ecuatoriana, pues en este período se inician las acciones de balizamiento de costas y se dan los pasos para el surgimiento de lo que será el Servicio Oceanográfico.

En 1904 llega al archipiélago de Galápagos la expedición de la Academia de Ciencias de California. California se encuentra en un momento especial de su historia y de su consolidación como un estado: afirma su propio dinamismo y su deseo de estar a la altura de los estados de mayor tradición intelectual de Estados Unidos, esto es, los del Este. La expedición, como muchas otras, tiene una serie de conflictos internos. Pero algunos hechos son relevantes desde el punto de vista del Ecuador. En primer lugar, esta no requirió ninguna autorización del Estado ecuatoriano, pero mantuvo relaciones amistosas con las autoridades. Sin embargo, parece no haber interacción alguna con las instituciones o con los investigadores ecuatorianos. De todas maneras, la presencia californiana dará lugar a una nueva visita en 1932, y a una serie de relaciones que todavía hoy se manifiestan en compromisos sustanciales de colaboración en la conservación del archipiélago.

¿Un inicio de siglo pobre en la ciencia?

En estas misiones no existe evidencia de un efecto que articule el desarrollo de la ciencia en la República del Ecuador. Al contrario, la actividad científica decae. Un indicador de este fenómeno es el número de botánicos coleccionando plantas: disminuye el auge de los primeros años en que funcionó la Escuela Politécnica, y transcurren varias décadas en las cuales solo se cuenta con un colector (gráfico 2.9).

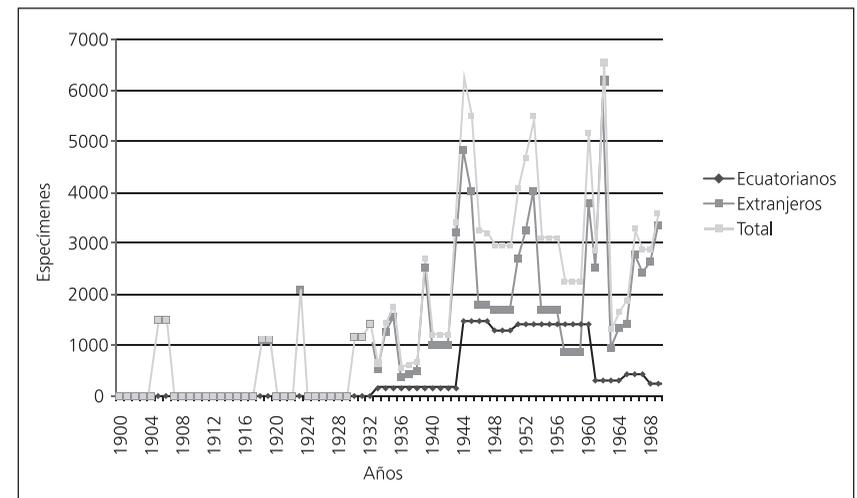
Sin embargo, para el inicio del siglo XX los datos son de mejor calidad y mayor detalle, incluyendo no solamente el número de colectores sino también el número de especímenes colectados. Los resultados aparecen en el gráfico 2.9, con los datos proporcionados por Jorgensen (1999, 39-40).

Mis conclusiones son ligeramente diferentes a las del autor mencionado. El promedio que Jorgensen proporciona, de 290 especímenes por año para el período de 1861 a 1930, enmascara un hecho: en ese intervalo se produce un momento de actividad intensa vinculada a la Politécnica y al largo trabajo de Sodiro. Sigue un período de muy bajo trabajo; la situación solamente comienza a cambiar en los años treinta con nuevos colectores.

Entre ellos está el trabajo para el Museo Sueco de Historia Natural a cargo de Erik Asplund, que luego se retoma a través de la colaboración que desarrolló con Gunnar Harling como parte del trabajo conjunto desarrollado con el Museo Británico.

En este período se inicia la participación de las mujeres. La norteamericana Ynes Mexia colecta especímenes, en ocasiones con Erica Heinrichs, quien trabajaba para el museo de Berlín. Además, en el mismo período, aparece Reynaldo Espinoza quien colectó para formar un herbario en su ciudad natal, Loja, en 1933. Según Renner (1993), en este período se produce una interesante interacción entre los colectores suecos y varios científicos ecuatorianos, entre los cuales se incluyen el mencionado Espinoza y Clodoveo Carrión. Otro personaje de este mismo período es Carlo Crespi, misionero salesiano que si bien se concentró en la arqueología, participó en numerosos viajes a la Amazonía (las misiones de Macas) y colectó algunos especímenes. Raymond Benoist, además de dedicarse a la botánica, trabaja mucho en entomología, y trabaja como profesor de la Universidad Central alrededor de 1931.

Gráfico 2.9. Especímenes botánicos colectados a inicios del siglo XX



Fuente: Jorgensen 1999.

En resumen, hay muy poca actividad en las tres primeras décadas del siglo XX, sobre todo por parte de botánicos ecuatorianos. Si bien algunos de los extranjeros trabajan con la Universidad Central, los ecuatorianos no aparecen sino en los años treinta, y no adquieren una presencia contundente sino hasta la siguiente década, con el trabajo de Acosta Solís.

Los primeros treinta años del siglo XX están marcados por una relativa inestabilidad. Esto significó o bien una reducción de las actividades científicas o del registro que tenemos de ellas. Sin embargo, en los años treinta se están desarrollando varios procesos, entre ellos algunas iniciativas locales, no solo en la capital sino también en Loja y Cuenca. El trabajo de los suecos, que se vinculó a intereses económicos del cacao, opera desde Guayaquil. En Quito se mantiene una tradición en torno a la Universidad Central, que será luego potenciada por ese eje dinámico que es Misael Acosta Solís. Pero antes de abordar el trabajo de este pionero de la conservación ecuatoriana, explicaré algunos elementos del contexto y algunos procesos institucionales.

El período del liberalismo radical termina en el Ecuador con las sublevaciones de 1912, cuando se llega a tener tres Gobiernos. Pero en la confrontación mueren dos de los sublevados, uno de ellos es Eloy Alfaro, el más reconocido líder del liberalismo en el país. Las acciones son especialmente crueles, puesto que son asesinados después de haber sido tomados prisioneros. Como consecuencia, lo que se llamaba liberalismo radical pierde algunos de sus más populares líderes. El Gobierno que queda no logra sino una precaria legitimidad. Poco después, en la provincia de Esmeraldas surge una nueva sublevación, también liberal, que el Gobierno no logra vencer.

Se prolonga así una situación en la cual los gobernantes liberales intentan crear una forma de autoridad que los reconcilie con los sectores conservadores. Esto los distancia de algunos sectores de sus propias bases, que mantienen una guerra interna costosa.

Todavía en estos años están en auge las exportaciones de cacao, lo cual permite realizar algunas obras, básicamente la construcción de vías y acciones en materia educativa. Pero se producen una serie de eventos que generan pronto una crisis. En primer lugar, en los primeros años de la segunda

década del siglo aparece una epidemia en las plantaciones de cacao (la llamada escoba de la bruja, *Crinipellis perniciososa*) que reduce la producción en términos absolutos. A esto se suma más tarde, en el año 1929, la crisis general de la economía mundial.

La baja de las exportaciones genera un creciente descontento, especialmente en Guayaquil donde las protestas de diversos sectores son respondidas con gran violencia, produciendo muchos muertos. La situación financiera del Estado es precaria y su legitimidad decae. Esto lleva a un golpe militar en 1925: la Revolución Juliana. A esta le sigue un período de gran inestabilidad (es decir, una junta de gobierno que incorpora y descarta miembros a gran velocidad) hasta que se establece un Gobierno con cierta continuidad, el del doctor Isidro Ayora.

En lo fundamental, el Gobierno de Ayora es reformista. El eje central de su gestión es la organización de un sistema monetario, pues el que existía, de tipo privado, no solo había quebrado sino que además colocaba al Ejecutivo en una situación de absoluta dependencia de los créditos de un pequeño grupo de bancos privados. Se crea, gracias a una misión extranjera,¹⁸ el Banco Central del Ecuador. El Gobierno de Isidro Ayora produjo, además, las leyes laborales y el Código Civil. Pero un hecho de esta gestión gubernamental que tiene una especial significación para este estudio es la creación, el 11 de abril de 1928, del Servicio Geográfico del Ejército, que luego se convertiría en el Instituto Geográfico Militar (IGM 2002). Si bien es cierto que el Estado ecuatoriano ya había buscado generar una política para el conocimiento de su territorio, esta es la primera ocasión en que se crea una institución para ello. Al tratarse de una institución militar, asume como principal preocupación lo relacionado con la defensa, pero también se comienzan a crear las bases para el conocimiento mencionado.

Isidro Ayora gobierna más de cuatro años, una cifra alta para el promedio de toda la historia del país (de 1,3 años). Su renuncia en 1931 da inicio a un nuevo período de alta inestabilidad política. Desde que Isidro Ayora asume el poder, el 1 de abril de 1926, hasta el 23 de octubre del año 1937,

¹⁸ Se trata de la misión Kemmerer, que realizó tareas similares en otros países sudamericanos.

los Gobiernos duran, en promedio, 302 días cada uno.¹⁹ Sin embargo, la manifestación más fuerte de esta inestabilidad es lo que se denomina la Guerra de los Cuatro Días que, en 1931, confrontó a cuerpos del Ejército con una coalición que unía a ciertos batallones con las milicias populares de Quito que defendían la legitimidad de un presidente conservador.

Se trata de un período turbulento desde el punto de vista político (Miño 1990). Cueva (1990) señala que la crisis económica genera un fuerte nivel de descontento que hace fracasar, uno tras otro, los intentos de organizar un Estado que pueda equilibrar las aspiraciones de los sectores en conflicto. Estos sectores son, por una parte, un reformismo socialista ligado a un inicial movimiento obrero; por la otra, un poder liberal que mantiene fuertes vinculaciones con intereses banqueros; por último, muchos sectores rurales y de clases pobres urbanas identificadas con la Iglesia y las posiciones conservadoras (Cueva 1990).

La inestabilidad no solo se refleja en la violencia y en la fugacidad de los Gobiernos sino que desemboca en un fenómeno que marcará, con mucha fuerza, la política del Ecuador hasta fines del siglo XX, y que según algunos autores se prolongará hasta el siglo XXI aunque con otros protagonistas. Me refiero al velasquismo, una manifestación de movilización de masas por parte de un liderazgo. Articulado a caudillos intermediarios, el velasquismo establece una fuerza política que se convierte en dirimente en los empates políticos. El protagonista del movimiento, el doctor José María Velasco Ibarra, dará otro paso en la historia de las instituciones que se relacionan con este estudio cuando, el 28 de febrero de 1935, decreta la reapertura de la Escuela Politécnica Nacional. Se trata, como ya anoté, de la institución científica que era el emblema del papel que desempeñaron los jesuitas en el desarrollo de la ciencia en el país, y también del sitio en el cual había estudiado el padre de Velasco Ibarra, el ingeniero Alejandrino Velasco, durante el breve período en que la institución funcionó en el siglo XIX. Para este esfuerzo, Velasco Ibarra pide apoyo extranjero. Nuevamente se buscará asistencia francesa; más

19 Este valor sube a 380 si consideramos el promedio de días por gobernante, pues en más de un caso un golpe se inicia con una persona como jefe supremo que luego adopta una fórmula legal que lo hace presidente interino, y después se hace elegir como presidente constitucional.

aún, la reapertura de esta institución se asocia a las conmemoraciones de la misión geodésica francesa (Pinto 1936).

Una de las características del presidente Velasco Ibarra fue su enorme capacidad para ganar elecciones: venció en cinco comicios presidenciales. Esta gran aptitud solamente encontraba rival en la enorme tendencia a ser derrocado una vez que iniciaba un mandato presidencial: de las cinco veces que llegó a la presidencia solo culminó un período.

Se trata de años turbulentos que no se pueden resumir aquí aparte de indicar que quien logra asegurar el poder, ochenta días después del primer derrocamiento de Velasco, es el general Federico Páez. En 1936, el presidente Páez da otro paso pertinente al tema de este estudio: decreta la creación de la Zona Reservada de Galápagos, antecesor o forma embrionaria del actual parque nacional.

A pesar de la turbulencia política que caracteriza al período, surge una discusión sobre un nuevo asunto: el tema indígena. En toda América Latina intelectuales y artistas asumen, como su tarea, denunciar la situación de la población india. En el Ecuador varios autores expresarán al respecto un pensamiento básicamente liberal, entre ellos, Pío Jaramillo Alvarado y, más tarde, Gonzalo Rubio Orbe y Aníbal Buitrón. En alguna medida se inspiran en el gran pensador peruano José Carlos Mariátegui, pero no logran producir una síntesis como la de él en sus siete ensayos (Mariátegui [1928] 1984). Mariátegui plantea que el tema indio no es complementario a la dinámica de clase sino que constituye la forma en la cual esta se presenta.²⁰

Una relación más directa con esta reflexión tiene la obra del fundador del conservacionismo en el Ecuador, el doctor Misael Acosta Solís. Su trabajo se desarrolla en tres espacios institucionales: la Universidad Central, el MAG y su propia finca (Cuvi 2005). La trayectoria de Acosta Solís (Pérez Pimentel 1987b) incluye innumerables reconocimientos. A pesar de que a su muerte, en 1994, se encontraba en una precaria situación económica

20 Este es el nacimiento del indigenismo. Mariátegui representa la vertiente más radical. En la mayoría de países el indigenismo tuvo un desarrollo más ligado a la experiencia mexicana, que fue más institucionalizada a través del Instituto Indigenista Interamericano, al cual se vincularon los autores que mencioné. Esta corriente acentuó el trabajo promocional y educativo en la perspectiva del desarrollo comunitario. En el Ecuador la vertiente más politizada se mostró en las artes, con Jorge Icaza en la literatura y Guayasamín y Kingman en la pintura.

y de salud, durante su vida profesional gozó de indiscutida autoridad. Su obra está marcada por una nueva misión extranjera. En 1939 se inicia la Segunda Guerra Mundial. Al comienzo Estados Unidos no toma parte, pero desde muy temprano se hace evidente que la situación es altamente inestable, y más aún, que el acceso a varios recursos estratégicos está obstaculizado, sobre todo por la expansión japonesa en el sudeste asiático. Dichos recursos incluyen el caucho y la quina que los ingleses producían abundantemente en esa región del mundo y que, por ende, dejan de estar disponibles. Lo lógico es volverse a mirar a los sitios en los cuales se explotaron originalmente: Sudamérica. Llega, así, la misión norteamericana que viene a evaluar las fuentes de estos y nuevos productos, por ejemplo, la madera de balsa utilizada en la construcción de lanchas rápidas y aeronaves.

Las misiones buscan a quienes más conocen o se interesan en la evaluación de los recursos naturales. Misael Acosta Solís es el personaje ideal. Los motivos que lo llevaron a colocarse en este sitio son diversos y reflejan una acumulación de circunstancias. Se identifica con la tarea botánica y ha desplegado un enorme esfuerzo para recorrer su país recolectando e identificando especies. Además, el investigador evidencia un interés nada velado por la dimensión económica de la actividad botánica; de hecho, sus primeros trabajos de colector se refieren y relacionan con huertos y variedades usadas por el ser humano (Pérez Pimentel 1987b, 2). Es más, el autor se vincula con las instituciones universitarias locales, fundamentalmente con la Universidad Central, logra insertarse establemente y consigue recursos para las tareas de colección y creación de herbarios. Acosta tiene un mérito adicional: el de poder coordinar acciones y aportes de otras personas. Cuvi (2005) lo ha señalado bien en el momento en que se crea el Instituto Ecuatoriano de Ciencias Naturales, en 1940, o años antes, en 1936, el Instituto de Botánica de la Universidad Central. Acosta trabaja en cooperación con varias personas que lo apoyan, tanto otros colectores de provincias como personas influyentes de la capital. Este trabajo académico le permite abordar la publicación de su revista *Flora*, que es la clave para una tercera dimensión: la proyección internacional. Esto surge a través del intercambio de la revista *Flora*. Mantiene también una relación de cooperación con el colector botánico sueco Asplund, que luego se confirma en la participación

en el primer congreso botánico sudamericano de Río de Janeiro en el año 1938. El siguiente paso es su asociación con la National Geographic Society, en 1939. Con estos antecedentes, Acosta era la persona ideal para ser el jefe botánico de la expedición estadounidense de la quinina en el Ecuador.

Una vez terminada la guerra este investigador es invitado al Field Museum de Chicago, donde trabaja en su propio material colectado. Pero su vocación es mucho más práctica. Él necesita participar en actividades y regresa al Ecuador a buscar que se creen instituciones que permitan conservar básicamente el bosque, con lo que esto implica en el ámbito de suelos y manejo de agua. Es así que insiste, presiona y, en 1948, logra que bajo la presidencia de Galo Plaza se conforme el Departamento Forestal en el Ministerio de Producción. Dirige la institución hasta 1953, año en el cual se conforma el Instituto Ecuatoriano de Conservación, que llega a establecer un plan de trabajo pero que no logra tener injerencia alguna en la práctica.

Acosta es un fervoroso creyente en el progreso; su propuesta no es contraria a la producción. Él mismo adquiere una finca en la cual pretende demostrar las técnicas adecuadas de manejo de los recursos en zonas secas. Además, colabora en la creación de estaciones experimentales en producción agrícola. La estación Pichilingue, que sigue operando hoy en día, está vinculada con su trabajo junto a las misiones norteamericanas.

El trabajo de este investigador es tan multifacético que no pretendo sintetizarlo, pero sí destacar algunos aspectos. El primero es que si el número de especímenes botánicos colectados habla del vigor de la actividad científica sobre la naturaleza, el período de Acosta es el de la reactivación de la ciencia por parte de investigadores ecuatorianos. Es más, este periodo representa un punto alto que luego, en la década del sesenta, vuelve a decrecer. Esta impresión se confirma con el auge de las iniciativas institucionales. Tanto en el Estado como en las universidades se crean laboratorios y colecciones. Además, existen pruebas del apoyo de varias personas que, probablemente, fueron de peso en las élites. Acosta también cumple un rol destacado como intermediario. No solamente a través de sus viajes y reuniones científicas internacionales es portador de ideas sino que es, en cierto sentido, un “misionero” de la ciencia que podría permitir el uso de los recursos sensatamente. Se considera un predicador de las ideas de

Darwin (Acosta Solís 1936) y se preocupa siempre de estudiar y documentar el rol de los científicos extranjeros en el desarrollo de la ciencia. Una de sus últimas publicaciones es una reflexión sobre el papel de los científicos alemanes (Acosta Solís 1982).

Autores como Nicolás Cuvi lamentan que el conservacionismo de este destacado personaje no haya logrado frenar la destrucción ambiental que el desarrollo ha traído para el Ecuador. La explicación que se da para ello es una falta de consistencia en este conservacionismo que no logra ser anticapitalista. No obstante, propongo un punto de vista diferente. Para comenzar, la visión según la cual el desarrollo económico que se ha estado logrando ha sido unidireccional y ha implicado un apreciable deterioro ambiental, es una simplificación. Sería necesario analizar de manera más sistemática un conjunto de indicadores para poder comprender las verdaderas relaciones entre estas dimensiones. Algunos presupuestos de esta visión pueden ser puestos en duda.

El deterioro ambiental de la región occidental del Ecuador no puede atribuirse, de manera tan automática, a este período. Es cierto que durante la década de los sesenta se inicia la sistemática construcción de vías en esta región, pero existen dos elementos que no son automáticos. La masiva destrucción de la cobertura vegetal no se produce sino años después, cuando se desarrollan las redes vecinales y el proceso de ampliación de la frontera agrícola se consolida. Son relevantes algunos elementos adicionales respecto a cómo se da ese proceso. Señalaré dos: primero, las leyes de colonización y reforma agraria, como la de 1964, incluían disposiciones que exigían la deforestación de un porcentaje alto de un predio para poder acceder a la propiedad del mismo. Esto fue una poderosísima fuerza que aceleró dramáticamente la destrucción del hábitat. Pero su efecto real se hizo sentir cuando el carácter tecnocrático del proyecto de reforma dio paso al proceso especulativo de años después. Este es el segundo componente: que las estrategias de colonización implementadas en la década de 1960 fueron modificadas profundamente en el período posterior. Es así cómo los proyectos, pensados como acciones conjuntas de inversión en infraestructura y colonización, se redujeron a una distribución, en muchos casos especulativa, de la tierra. Es decir, el Instituto Ecuatoriano de Refor-

ma Agraria y Colonización (IERAC), que fue concebido como una institución de desarrollo, pasó a ser una agencia para formalizar la ampliación, enormemente especulativa, de la frontera agrícola.²¹

Pero eso tiene una interpretación contraria: que el fracaso de los esfuerzos de personas como Acosta Solís llevó a que la ampliación de la frontera agrícola haya sido tan especulativa, en general sin demasiada eficiencia y con un impacto negativo en el medioambiente (Southgate y Whitaker 1994). Surge entonces la pregunta sobre la causa de que la utopía acostiana haya sido derrotada. Es muy posible que el desplazamiento de las ideas que él defendía ocurriera por la lógica populista que luego se impuso en el país. No fue una ideología forestal productivista la que se aplicó. Al contrario, en lo fundamental se abandonaron los componentes tecnológicos, se redujo dramáticamente la ampliación productiva y se optó por la simple ampliación de la frontera.

Existe otra dimensión más que, desde el punto de vista ambiental, puede relativizar la visión de un desarrollo tan oscuro en el Ecuador. Uno de los temas centrales que le preocupaba a Acosta Solís es el de la cobertura forestal. En las fechas en que inicia su trabajo no existían mapas de uso del suelo, pero otros documentos ofrecen información al respecto: las fotografías de la época. En todas ellas llama la atención que las laderas que rodean Quito muestran un aspecto muy diferente al actual: las casas no han trepado hasta cerca de los 3000 m, pero sobre todo llama la atención que en las fotografías de los años treinta y cuarenta ninguna de esas montañas parece tener nada que se parezca a la cobertura boscosa actual. Hoy en día, el cinturón de eucaliptos muestra un entorno bastante verde para la ciudad. Sin lugar a dudas en ello ha contribuido, de manera fundamental, la comercialización de combustibles de uso doméstico, subsidiado y barato, que reemplazaron definitivamente a la leña. En la Sierra ecuatoriana los árboles están en todas partes. Es cierto que se trata de eucaliptos o pinos introducidos, pero su presencia parecería indicarnos que, en esto al menos, las prédicas de Acosta Solís no fueron totalmente en vano.

21 La especulación es, en sí misma, el peor atentado para que pueda consolidarse o mantenerse una responsabilidad ambiental, que como he señalado parece un concepto útil para analizar esta dinámica.

Pero me estoy adelantando. Acosta Solís comienza a trabajar mucho antes de la explosión vial de los años setenta e incluso del auge bananero de los años cincuenta. Inicia su trabajo en la década de los treinta, cuando los acontecimientos políticos incluyeron uno de los hechos que más ha marcado la conciencia de los ecuatorianos sobre su territorio. Nuestro recorrido histórico llegó hasta la asamblea constituyente que el general Páez convoca y que lo destituye. La asamblea nombra a otro general, Alberto Enríquez, quien renuncia una vez que es aprobada una nueva Constitución. En esa circunstancia asume el poder el doctor Aurelio Mosquera, quien, en un hecho que aún es poco claro, se suicida. En los cinco años que transcurren después del derrocamiento de Velasco, hay diez Gobiernos con una duración media de 180 días. Entonces llega al poder Carlos Alberto Arroyo del Río, durante cuyo Gobierno sucederá el hecho que tanto ha marcado la conciencia de los ecuatorianos sobre su espacio y su territorio: la guerra del 41.

Mientras se desarrollaba la Segunda Guerra Mundial, el Ecuador vivió su propio y muy traumático conflicto bélico: la Guerra del 41. No se trata de una guerra que pueda compararse con las europeas de ese entonces en cuanto a crueldad y destrucción de la sociedad. Tampoco se parece a otras guerras latinoamericanas que le precedieron, como la guerra del Chaco. Pero sí es significativa en cuanto ha jugado un papel determinante en la historia del país. Como consecuencia, se firma el Protocolo de Río de Janeiro que establece los límites actuales entre Ecuador y Perú. A pesar de ello, el Estado ecuatoriano durante mucho tiempo negó la validez del Protocolo. Se marcan, así, dos aspectos relevantes para este estudio. Por una parte el protocolo lleva a la organización real del espacio de este país; por la otra, se convierte en un elemento central de las representaciones del espacio y de la ubicación geográfica del Ecuador.

En la versión más difundida por las autoridades ecuatorianas, a raíz de la guerra del 41, el Ecuador perdió una porción de su territorio mayor que su superficie actual. Esto genera consecuencias: se crea una “conciencia” de una nación víctima de injusticias y un mito sobre la necesidad de recuperar un gigantesco patrimonio usurpado. Se trata, sin embargo, de un proceso gradual, que explicaré más adelante. Señalo aquí solamente algunos hechos. La guerra del 41 se combate fundamentalmente en el frente

occidental; los enfrentamientos en la Amazonía son escasos. Hay algunos choques adicionales en puestos fronterizos, pero las fuerzas involucradas no superan, en cada caso, los cincuenta hombres, situación muy diferente a la del frente occidental, donde el total de fuerzas combatientes superó los ocho mil hombres en el Ejército del Perú y los dos mil en el ecuatoriano. En este frente, las defensas ecuatorianas se desarmaron luego de algunos días de combate, lo que permitió la ocupación peruana de la provincia de El Oro. El avance fue frenado cuando las fuerzas de ocupación intentaron avanzar hacia la zona cordillerana.

El Protocolo de Río determinó, sin embargo, una línea de frontera que implicó la retirada del Ejército peruano prácticamente a las líneas previas al conflicto en todo el frente occidental. Es decir, en el frente de los combates más fuertes Ecuador no perdió prácticamente territorio.

¿Qué pasó en el otro frente? La representación oficial ecuatoriana ha mantenido durante cincuenta años que con el Protocolo de Río de Janeiro se perdieron aquí cientos de miles de kilómetros cuadrados, cerca de 300 mil km². Los documentos disponibles señalan pocos combates en la zona oriental. Registran los de Pantoja-Rocafuerte, en los cuales el Ejército peruano desaloja a las fuerzas ecuatorianas y avanza por vía fluvial más de cien kilómetros por el río Napo. Allí es emboscado y la embarcación peruana sufre daños que la obligan a replegarse. El resultado final es que la frontera de hecho, en este punto, se movió en la orilla norte del Napo tres kilómetros, y en la orilla sur, veintitrés.

Los desplazamientos de la frontera ecuatoriana se habían producido con anterioridad. En el año 1936, las Fuerzas Armadas peruanas colocaron una serie de destacamentos que significaban avances sustanciales, aguas arriba, en varios ríos.

Así, en el año 1935 avanzan 180 kilómetros en el Curaray. Se producen avances similares en 1936 en el río Tigre. La expansión en la cordillera del Cóndor fue rechazada, pero en el río Napo los cambios más grandes de la frontera se habían producido ya en el año 1902, en los combates de Angoteros y Torres Causana, sitios que se encuentran aproximadamente a noventa y cuatro kilómetros aguas abajo de la actual frontera, y a 280 aguas arriba de Iquitos, punto que era reclamado por Ecuador como frontera.

Para entregar una visión global del proceso sería necesario reconocer que el principio jurídico del *uti possedeti juris*, el centro de las argumentaciones ecuatorianas, requería no solo de la argumentación formal sino de una dinámica social que lo pudiera sustentar.

Cuando el Ecuador nace como República, su principal problema es constituirse como una unidad, para lo cual debe revertir el proceso de gran regionalización del poder desarrollado durante las guerras de la Independencia. En efecto, con las guerras de la Independencia la Real Audiencia de Quito estalló en una serie de unidades menores lideradas por municipalidades-ciudades que, controlando un determinado territorio, buscaron una gestión política que les permitiera ubicarse en el mundo más abierto al comercio. La Real Audiencia de Quito lucha por independizarse de los dos grandes virreinos de los cuales formó parte, Nueva Granada y Perú, pero, a su vez, las otras ciudades de la Real Audiencia luchan por ganar autonomía. Guayaquil declara una independencia por su propia cuenta y, en más de una ocasión, considera no seguir el mismo destino de Quito, proponiéndose la vinculación con el Perú. Cuenca, además de considerar esa misma posibilidad, debe enfrentar los deseos de autonomía de Loja y Zaruma. Al final, en los años sesenta del siglo XIX, se consolida un arreglo en el cual estos ejes logran concertar una unidad; sin embargo, se pierde otro de los polos de la antigua Real Audiencia, Popayán, que es incorporado a Colombia con su litoral del Pacífico.

Este acuerdo tripartito (Guayaquil, Quito y Cuenca) se consigue solamente en la medida en que se puede organizar una vinculación al mercado externo. Las fuerzas que intervienen son diversas. Se había logrado un eje de producción cacaotera que no solo organiza al país, sino que además le da una cierta fuerza. Este relativo auge, permite que el Ecuador pueda, en las crisis del año 1910, organizar una movilización que sin llegar a una guerra logre frenar la presión del Perú.

Sin embargo, ese relativo éxito no se consolida. Si bien las presiones peruanas respecto a Loja, Cuenca y Guayaquil parecen haber sido frenadas definitivamente, no sucede lo mismo en la vertiente oriental de Los Andes. En este territorio se está produciendo, en ese entonces, una nueva organización económica. El auge del caucho convierte a Iquitos en un centro articulado

al mercado mundial con capacidad de expansión. Esa dinámica permite su crecimiento aguas arriba descrito anteriormente, y llevará a otro conflicto internacional, esta vez entre Perú y Colombia: la Guerra de Leticia de 1933.

Los esfuerzos del Ecuador por contrarrestar la expansión peruana se basan, sobre todo, en recurrir nuevamente a las misiones religiosas. Estas inician, así, una articulación de los ejes de comunicación entre los Andes y el piedemonte amazónico. Si bien esta acción no es efectiva hacia las grandes llanuras amazónicas, sí permite una forma de incorporación de las poblaciones indígenas asentadas en la zona más densamente poblada de la Amazonía: el piedemonte.

Un segundo frente en el cual se aborda este tema es el diplomático. Se intentan varios mecanismos, como un arbitraje de la Corona española que interfiere con iniciativas respecto a una mediación de Washington. Sin embargo, ninguna de estas propuestas llega a su fin y se avanza, sin ninguna resolución del problema, hasta 1941. El Ecuador, en general, queda atrapado en una estrategia que, centrada en los títulos coloniales, plantea aspiraciones muy altas que le quitan flexibilidad para negociar alternativas más modestas pero realistas.

Los detalles de este proceso no son relevantes aquí, a no ser porque permiten mostrar algo sobre lo que llamaré la conciencia falsa sobre el espacio geográfico. En realidad, respecto a las aspiraciones ecuatorianas en el río Napo, en 1902 ya se había retrocedido el 75% de todo lo que se perdió frente a la expansión del Perú. En la víspera de la guerra del 1941, se había completado aproximadamente un 90% de ese retroceso. Sin embargo, la conciencia ecuatoriana al respecto, aquella que ha sido enseñada en los colegios por décadas, habla de que toda esa inmensa pérdida se produjo en 1941. La formación durante mucho tiempo estuvo marcada por una visión del territorio especialmente traumática. Los colegiales conocían un territorio que correspondía a la versión ecuatoriana de los tratados internacionales. Estos, que son una representación en abstracto del territorio, sustituyeron el conocimiento de los acontecimientos. Pero esa geografía marca la representación del espacio en este país.

El problema moviliza una serie de sentimientos. Mencioné ya la percepción de país víctima. Esto se desarrolla en algunas versiones hasta el

punto de asegurar que este resultado es el producto de una decisión norteamericana de apoyar al Perú, con lo cual desde la izquierda se ha elaborado el discurso de que el sacrificio territorial fue impuesto por la dominación imperialista (Medina Castro 1992).

Las repercusiones que tuvo este acontecimiento en el Ecuador fueron muchas. Primero, produce una fuerte deslegitimación del Gobierno, lo cual lleva a que sea derrocado, y a que quien asuma el poder nuevamente, Velasco Ibarra, tome la posición de negar la validez jurídica del Protocolo de Río de Janeiro. En esta ocasión gobierna por un período relativamente largo, pero no sin sobresaltos. En efecto, asume el poder como dictador, se hace elegir dentro del marco de la nueva Constitución, pero la rompe para promulgar otra que permite una nueva elección, aunque no termina su período constitucional puesto que es derrocado. Le sucede un Gobierno interino que organiza nuevas elecciones, que darán origen al período de sucesión de Gobiernos constitucionales que hasta ese entonces era el más prolongado de la historia ecuatoriana: quince años.²² Se trata de una nueva época de bonanza económica en la cual el desarrollo de la exportación de banano permite dinamizar, nuevamente, la economía.

Durante este período se produce una muy fuerte inversión pública en carreteras. Se expande la frontera agrícola, fundamentalmente, en la Costa donde se desarrolla el eje Quito-Santo Domingo-Quevedo-Babahoyo, que transforma totalmente el papel que juegan las zonas selváticas occidentales en la estructura del espacio. Tales zonas dejan de ser esos bolsones de aislamiento no integrados para comenzar a sustentar un eje productivo dinámico que luego se expandirá hasta articular los espacios litorales de Manabí y Esmeraldas. Esta extensión implica un acelerado proceso de cambio en cuanto a la cobertura del suelo que tendrá varias etapas. En un primer momento, la producción bananera usa las mejores tierras. Luego, en la misma década de los sesenta, se produce una diversificación hacia el abacá, pero es sobre todo a partir de los años setenta que la expansión ganadera acelera este proceso. El último Gobierno elegido democráticamente en este período es, nuevamente, el de Velasco Ibarra, quien da un golpe de Estado

22 Ese récord fue superado posteriormente con veinte años a finales del siglo XX.

pretendiendo gobernar sin el parlamento; el Ejército no se pliega a esta propuesta y el presidente es derrocado. Surge un período de inestabilidad que desemboca en un “tetravirato” militar. La dictadura del 63 se caracteriza por su muy fuerte ideología anticomunista, pero a la vez por una serie de iniciativas reformistas. Ante una economía en crisis, la estrategia militar fue intentar una rearticulación institucional para promover algunas ideas que, desde la tecnocracia, habían sido impulsadas en la década anterior. Se trabaja en temas como una política estatal de sustitución de importaciones, en el inicio de una reforma agraria y, dentro del tema de esta investigación, en el segundo acto por el cual se declara un área protegida en el Ecuador, lo cual nos lleva a analizar el desarrollo del sistema de áreas protegidas.

Parte 3

Áreas protegidas

Historia de las áreas protegidas

Ecuador comenzó a crear áreas protegidas en fechas relativamente tempranas, comparado con otros países latinoamericanos. Según el estudio del Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA) (De la Maza, Cadena y Piguero 2003), la iniciativa ecuatoriana es muy posterior a la mexicana (1899), y también llega bastante después de las de Chile (1907) y Argentina (1922). Sin embargo, el país se encuentra entre aquellos de Latinoamérica que comenzaron a implementar la protección de la naturaleza en los años treinta del siglo XX. Así, la experiencia de Ecuador es anterior a los numerosos esfuerzos por organizar sistemas de áreas protegidas que se desataron en los años cuarenta, setenta y ochenta.

El primer parque o zona reservada se estableció en 1936 en las islas Galápagos, declaración posterior, en menos de un año, a la de Chile sobre las islas Juan Fernández de 1935. Se encuentran otras coincidencias temporales curiosas en estas primeras creaciones de parques nacionales; por ejemplo, Colombia y Perú declararon sus primeros parques con un intervalo de un año, y los dos parques incluyen cavernas en las cuales anidan los guacharos o tayos (*Statornis caripensis*) descritos inicialmente por Humboldt.

La primera declaración ecuatoriana debe ubicarse en el contexto de la curiosa historia de Galápagos. Estas islas, incorporadas en 1832 a la soberanía del Ecuador, pasaron durante todo el siglo XIX por particulares y

tristes aventuras. Con frecuencia han sido presentadas e imaginadas como el espacio de una utopía, adonde llegan “visionarios”, a veces ecuatorianos como José Villamil o el famoso Manuel Cobos, y en otros casos extranjeros, como los inmigrantes noruegos y alemanes. De cualquier forma, en esas experiencias se evidencia la tendencia a una evolución en la cual alguien logra concentrar una dosis exorbitante de poder sobre las personas que comparten la o las islas, lo que lleva, con frecuencia, a desenlaces en los cuales hasta se producen homicidios (Latorre 1991; Sylva 1992).

Hay una sensación de riqueza posible que, permanentemente, acarrea propuestas para explotar los recursos de las islas. En una recopilación de noticias de prensa sobre las islas (Carrasco, Latorre y Ortiz 1997) se identifican momentos y movimientos en torno a su situación y a las políticas que se discuten y generan. En un primer momento aparece una duda: cómo lograr algún beneficio teniendo en cuenta, sobre todo, que el país se encuentra en una grave crisis económica. En la primera referencia, de marzo de 1930 en el diario *El Universo*, se discute la precariedad del control sobre las islas y se denuncia, o bien la posibilidad de que alguna potencia intente adueñarse de ellas o que, por la presión y las necesidades del Gobierno, este opte por venderlas o arrendarlas. Dos años después se reportan las negociaciones de una compañía pesquera para acceder a derechos sobre el archipiélago (*El Comercio*, 2 diciembre 1932, en Carrasco, Latorre y Ortiz 1997). Ya en esa ocasión se menciona la conveniencia de preservar la fauna y fomentar el desarrollo del turismo.

En el año 1935 el mismo periódico reporta la intervención de Wolfgang von Hagen, quien luego sería el autor de un texto que he citado repetidamente en este trabajo (Von Hagen 2008). El investigador interviene en Nueva York para crear una sociedad que buscará la protección de las islas (*El Comercio*, 9 noviembre 1935, en Carrasco, Latorre y Ortiz 1997). Los reportes de este diario muestran la participación de otras personas, también desde Nueva York, abogando por el mismo motivo. En 1936, una campaña busca frenar la posibilidad de que las islas sean vendidas, y se insiste en la necesidad de conservar su riqueza biológica. Ese mismo año se decreta la creación de la zona reservada y se organiza una comisión que visita las islas en 1937, de la cual forma parte Acosta Solís. Se buscan medidas para

mejorar las condiciones de vida de la población de las islas, para asegurar la conservación de la fauna y para garantizar la soberanía del Ecuador sobre las Galápagos. Las medidas que se toman consisten en asegurar una presencia más permanente de la Marina, la organización de escuelas y una creciente presión para impulsar la conservación del lugar. Esta primera declaración de área protegida incluye una justificación que transcribo en el siguiente recuadro.

FEDERICO PÁEZ

Encargado del Mando Supremo de la República

Considerando:

Que existe el peligro de que llegue a extinguirse totalmente la Fauna del Archipiélago de Colón, a causa de las depredaciones cometidas por viajeros y turistas inescrupulosos;

Que esto constituiría una pérdida irreparable para la Ciencia;

Que es urgente el dictar los medios más convenientes para conservar y aumentar dicha Fauna;

Que incumbe al Gobierno crear las condiciones favorables para el estudio detenido y rigurosamente científico de todo lo relacionado con la Climatología, Fauna, Flora, Geología y Oceanografía en las islas que forman el Archipiélago, así como de la Biología de los animales marinos y terrestres; [...].

Decreto Supremo 31, Registro Oficial 189, 14/05/1936

Desde el punto de vista legal, se aplicó un arbitrio, el de las zonas reservadas, que, sin necesidad de ninguna definición jurídica, fue usado en ese entonces para tomar decisiones sobre el territorio. Esta, sobre Galápagos, fue una de ellas, pero a través del mismo mecanismo se crearon reservas indígenas en la Amazonía ecuatoriana. Son relativamente famosos los casos de las comunas de Pindo (Pastaza) y San Pedro de Rucullacta (Napo), así como otros en la región shuar (Morona y Zamora).

La creación de la primera área protegida no estuvo respaldada por asignaciones presupuestarias ni por instituciones. Si bien más tarde, en el mismo año, se creó una Sociedad Científica para la Investigación de la Fauna y la Flora de las Islas, tal sociedad no logró consolidarse. No se trata de una dependencia del Estado, sino de un comité que buscaba dar viabilidad a las acciones de protección. Pasarían muchos años hasta la creación del Servicio del Parque Galápagos en 1958 un indicio de la concepción de conservación imperante: la idea de parque no está desarrollada. Estas superficies no son, en realidad, “parques” sino “áreas reservadas” para fines específicos; por ello no es tan contradictorio el retraso en la creación de mecanismos para su administración.

Este mismo carácter impera en la segunda zona de protección declarada en el territorio ecuatoriano: la Reserva Geobotánica del Pululahua, que fue considerada una zona de reserva el 28 de enero de 1966 (Decreto Supremo 194, Registro Oficial 715, 21 de marzo de 1966). Se trata de un cráter volcánico y de algunas zonas circundantes que, en una superficie de 3338 hectáreas, contienen una gran diversidad de flora y aves. Se identificaron 102 especies de aves y 216 de flora en el plan de manejo, cifras destacadas para una superficie relativamente pequeña, más aun si se toma en cuenta que estos valores no son el producto de inventarios sistemáticos.

La ubicación de este cráter, a solo diez kilómetros de los barrios situados en el extremo norte de Quito, le da un gran valor como sitio de recreación.¹ A pesar de ser una zona con diversidad biológica, esta no fue la motivación

¹ Quito tiene una forma extraordinariamente alargada. Esto hace que la reserva se ubique a veintisiete kilómetros de la plaza central de la ciudad, pero a solo diez kilómetros de sus límites hacia el norte. De hecho, Quito tiene una longitud de treinta y dos kilómetros, pero cerca del centro tiene un cuello cuyo ancho no supera los tres kilómetros.

dominante para convertirla en reserva. Puesto que se trata de un paisaje particular, entre las motivaciones para su declaratoria se afirma la de crear un centro de estudio sobre las dinámicas geológicas. ¡Cuánto recuerda esto a la declaratoria de Galápagos! Y las coincidencias no quedan allí. También en Pululahua pasó mucho tiempo antes de que se implementaran medidas concretas para administrar esta zona bajo protección. El primer plan de manejo, en el que sí se señalan acciones, es de 1990 (MAG 1990). Pero la particularidad de esta reserva radica, más bien, en su historia en cuanto a la tenencia de la tierra. La zona fue una hacienda de la Compañía de Jesús (MAG 1990, 55) y, en cuanto tal, fue transferida al Estado, concretamente a la Asistencia Social, en las primeras décadas del siglo XX. En 1961 se expidió una ley de reforma agraria con el objetivo de transferir todas las propiedades del Estado a trabajadores agrícolas que las ocupaban; sin embargo, esto no se llevó a cabo en esta propiedad sino hasta el año 1971.²

La tercera área protegida del sistema es la Reserva Cotacachi Cayapas, que se constituye en 1968 (Acuerdo Ministerial 1468, *Registro Oficial* 17, 24 septiembre 1968). Este caso presenta un cambio significativo: la superficie original era de más de 200 000 hectáreas, a las que luego se añadirían otras, hasta completar las 240 000 ha actuales. Además, nuevamente hay un volcán comprometido; se trata de la laguna-cráter de Cui Cocha, ubicada en las laderas del Cotacachi. Es una zona con especial atractivo turístico, uno de los parques del Ecuador más visitados; sin embargo, en lugar de la estrategia algo minimalista utilizada para el Pululahua, se optó por una perspectiva mucho más global y se incorporaron grandes superficies de las laderas exteriores de los Andes, hasta incluir una amplia zona de bosque húmedo occidental.

El siguiente paso para construir el sistema de áreas protegidas fue la declaratoria en el año 1970 de una nueva reserva ubicada en la cordillera de los Andes, esta vez en la cordillera oriental. Se incluyeron un total de 400 000 hectáreas de la Reserva Ecológica Cayambe Coca que, podríamos decir, replica hacia el oriente lo que Cotacachi Cayapas efectúa al occidente (Decreto Supremo 818, *Registro Oficial* 104, 20 noviembre 1970).

² El plan de manejo del área resulta de interés para los fines de este trabajo pero, por ser muy posterior (1990) lo analizaré más adelante.

En 1971, a través del Decreto Supremo 1306 (*Registro Oficial* 301, 2 septiembre 1971), se da otro paso. Pero ya no se trata de una nueva zona bajo protección, sino del marco legal en el cual se establecen las categorías del sistema de áreas protegidas. Este primer decreto incluye un total de 14 artículos. El dedicado a la motivación para la creación de áreas protegidas afirma su interés para la ciencia y su utilidad turística. El concepto de conservación está ausente. Sostengo que estas dos miradas, la del turista y la del científico, aparecen como demandas externas que deben ser elaboradas para organizar una respuesta que las ajuste a los intereses locales. Esto se lo hace buscando un pago: el de los derechos de entrada al parque nacional.

La motivación incluye dos argumentos más que también se vinculan en parte a la mirada externa: las resoluciones del Primer Congreso de Fauna y Flora Amazónica y, además, de la Segunda Jornada Latinoamericana de Parques Nacionales. Más aun, en el mismo número del *Registro Oficial* se publica el Decreto 944, dedicado a organizar la administración del Parque Nacional Galápagos, y se invoca un nuevo elemento legitimador proveniente de esa mirada exterior: los argumentos de la Asamblea Mundial de la UICN celebrada en Nueva Delhi.

Dos ministerios, el de Producción y el de Turismo, organizarán la gestión de las áreas protegidas. Esto muestra no solo algo de la organización del Estado, sino las prioridades que motivan estas decisiones. Pero tal vez lo que marca con más fuerza y de manera perdurable toda la legislación ecuatoriana sobre áreas protegidas es lo siguiente, contenido en el primer artículo.

Declárense de utilidad pública con fines de expropiación todas las áreas que sean consideradas como zonas de reserva o parques nacionales en los términos que dispone el presente decreto (artículo 1, inciso 2, Decreto Supremo 1306, *Registro Oficial* 301, 2 septiembre 1971).

Lo que queda claro de este texto es que las zonas bajo régimen de protección deben ser expropiadas y deben estar bajo dominio del Estado. Cuando este decreto fue expedido ya existían zonas de protección, que eran propiedad privada. Es el caso del Pululahua, una hacienda que estaba en

arriendo y que, según otra ley (Ley de Reforma Agraria) tenía que ser distribuida entre sus trabajadores.

El primer caso de una expropiación de tierras dentro de un área protegida, con su respectivo pago, se da recién en 2012. Se trata de las tierras en la Reserva Ecológica Antisana. La expropiación es financiada por la Empresa Municipal de Agua Potable de Quito y no es una medida que pretenda generalizarse. Desde el inicio, el sistema revela, ya incorporadas, contradicciones y ambigüedades.³ Luego, en 1975, se creó el Parque Nacional Sangay (Acuerdo Ministerial 190, *Registro Oficial* 840, 7 julio 1975). Con sus 511 000 ha este parque es, nuevamente, el mayor hasta ese momento, también se trata de una zona cordillerana con grandes alturas y varios volcanes. Se termina una etapa de la creación de parques nacionales con la declaración del Parque de Cajas, en 1977 (Acuerdo Ministerial A-203, *Registro Oficial* 317, 4 julio 1977). Una vez más se trata de una zona de montaña. Hasta este momento todos los parques del Ecuador, exceptuando el de Galápagos, estarían asociados con altas cumbres andinas.

El siguiente momento remite a una fecha concreta, el 26 de julio de 1979, cuando se crearon un total de 1720 000 hectáreas de áreas protegidas en cinco parques nacionales. De estos, solo uno incluye alturas andinas (el Área Recreacional El Boliche), dos son bosques tropicales (la Reserva de Producción Faunística del Cuyabeno y el Parque Nacional Yasuní), y dos incluyen la línea costera (el Parque Nacional Machalilla y la Reserva Ecológica Manglares Churute) (Acuerdo Ministerial 322, *Registro Oficial* 69, 20 noviembre 1979).

Debería agregarse a este registro el Parque Nacional Manglares del Salado, al cual me referiré más adelante, pero la declaración fue derogada por el Congreso Nacional como resultado de la conflictividad del tema, es decir, el uso del suelo en las zonas de posible expansión de Guayaquil.

Este hecho representa un cambio importante en la historia del sistema. No solo crece la superficie protegida sino que, sobre todo, se elabora un plan que se detalla en el documento redactado bajo la dirección de Putney (1976). El documento incluye las prioridades y una estrategia explícita: la

³ La ley dice que se debe expropiar pero no se lo hace.

búsqueda de zonas que, además de poseer riqueza biológica, se encuentren sometidas a un bajo nivel de presión humana. Esto determina que básicamente se dará la denominación de área protegida a zonas con baja densidad demográfica.

El mapa 3.1, que aparece más adelante, identifica estas zonas y revela algunas características. Se trata de dos grandes bloques de bosque amazónico, al norte y al sur del río Napo (Cuyabeno y Yasuni), varios segmentos de la cordillera oriental, una parte con un nivel de ocupación mediano en la Costa (Mache Chindul) y una zona de manglares en el golfo de Guayaquil. Esta primera aproximación, algo sistemática, a las áreas protegidas es un sustituto de la política de tierras “marginalizadas, de tierras de aucas” que había sido parte de la organización previa del espacio.

Ya he demostrado cómo el supuesto vacío de estas tierras no fue tal. Eran zonas donde existía una sociedad vinculada al Estado nacional, pero de manera sui generis. Durante la Colonia, y esto es especialmente válido para la Costa, estas zonas de selva tenían sus puntos de contacto comercial, como los puertos, donde ciertos caciques controlaban el abastecimiento de bienes que les permitían mantener una red de comercio hacia el interior.

En la Amazonía la organización del espacio dependía de los ríos, en los cuales los flujos comerciales mantenían una actividad longitudinal. Los hacendados se relacionaban con las poblaciones del interior a través del comercio, la violencia y, en ciertos casos, la captura de sirvientes que luego eran sometidos y obligados a trabajar en condiciones que si bien no incluían la formalidad legal de la esclavitud, se parecían en muchos aspectos.⁴

El caso de la Amazonía sur es algo diferente. En esta zona se había consolidado un sistema misional bajo la dirección de los salesianos. Los misioneros usaron avances tecnológicos, como el transporte aéreo, para impulsar un sistema de contactos que hizo posible la organización de la población indígena bajo la forma de la Federación de Centros Shuar. Al

⁴ La cronología de las formas en que se articula el espacio amazónico debería incluir el sistema misional, operativo hasta 1760. Después actividades comerciales poco organizadas que adquieren dinamismo con la quinina, alrededor de 1780 y, más tarde, con el caucho en 1860. En 1912 la crisis del caucho llevó a una recomposición al establecerse las haciendas que, sin embargo, se dismantelaron alrededor de 1960 (datos tomados de una sistematización preliminar de una investigación en curso sobre el archivo de la gobernación de Tena).

sur del río Napo, existe otra iniciativa para manejar el espacio: un protectorado hoao,⁵ una zona donde este pueblo viviría bajo la “protección” de los misioneros del Instituto Lingüístico de Verano (ILV) y lograría, así, defenderse de la penetración de colonos desde las riberas del Napo.

Simultáneamente, se producía el gran auge petrolero en la zona inmediatamente al norte. La expansión produjo una colonización que creó un paisaje humano nuevo, lo que en Ecuador se llama la zona petrolera.

En cuanto a las zonas de páramo, el límite de las haciendas, tradicionalmente existía un uso de baja presión por la economía hacendaria. Había algo de ganadería, especialmente ganado de lidia o, en algunos casos, de carne, que pastoreaba libremente, y que usualmente era “rodeado” en una fiesta anual organizada por la hacienda y luego por las comunidades que accedieron a estas tierras.

El páramo era también una zona de caza, hasta cierto punto, en la cual participaban, con frecuencia, las élites hacendarias. Pero no solo era una zona con ciertos recursos propios, sino también una “puerta informal” hacia otros pisos ecológicos. Existían caminos hacia la montaña, redes de comunicación que anteriormente fueron usadas con mayor intensidad, pero que con el mejoramiento de infraestructura vial perdieron peso. Las vías de diferentes épocas, que todavía existen (Cabero Diéguez 2007; 2010b) son usadas por cuatrerros y otros al margen de la ley. Declarar parques nacionales a estos terrenos, en general, no implicaba conflictos con personas que dependieran de estos para su subsistencia, pero sí dificultades para controlarlos efectivamente.

A partir de este momento se puede hablar de un sistema de áreas protegidas, que ha heredado los problemas ya señalados. Por un lado está el conflicto sobre la propiedad de las tierras; el marco legal exigía que todas las tierras de estas superficies pasaran a ser propiedad del Estado. Para ello se preveía una expropiación, pero nunca se asignaron los recursos pertinentes. Asimismo, se hace más evidente que si bien estas zonas desocupadas no tenían propietarios, es decir, no había personas que hubiesen registrado títulos sobre ellas, sí existían habitantes. La relación

⁵ Una forma de asignar tierras para el uso del pueblo hoarani (singular: hoao), tradicionalmente hostil al contacto con la sociedad nacional.

con esta población era tensa, sobre todo dada la ambigüedad y escasa aplicabilidad de la ley.

La declaratoria de parques tuvo un efecto ambiguo sobre las poblaciones indígenas. Por una parte, prohibía que esas tierras fuesen reconocidas como propiedad de terceros, y así frenaba la presión que ejercían los colonos en la Amazonía sobre los indígenas. Pero, por la otra, también se esfumaba la posibilidad de que los propios indígenas accedieran a títulos de plena propiedad.

En esta etapa y para la Amazonía, el desplazamiento de las poblaciones indígenas amazónicas se produjo, generalmente, sin mayor violencia. La llegada de los colonos no constituyó un desastre en sí; al contrario, traían todo un conjunto de bienes: herramientas, armas de cacería y anzuelos muy apreciados por los indígenas. No era raro que se diera una bienvenida a los recién llegados, pues representaban una fuente de bienes estratégicos y escasos. Solo tiempo después los indígenas constataban que el incremento de la presencia humana implicaba una sobreutilización de algunos recursos naturales, sobre todo ciertas maderas y animales de caza. También tuvieron que pasar algunos años para que se evidenciara que, a partir de la llegada de los primeros colonos, se construía lentamente una sociedad en la que los indígenas solo tenían un lugar como marginados y donde eran muy subvalorados. Esto no cambiará hasta que la organización indígena logre consolidarse y ganar fuerza política. El estudio ya mencionado sobre los shuar de Zamora en El Pangue ofrece un análisis de esta cuestión (Bustamante 1988).

El desarrollo del sistema de áreas protegidas dio su siguiente paso a finales de 1982, con la creación del Parque Nacional Podocarpus, situado al sur del país (Acuerdo Ministerial 0398, *Registro Oficial* 404, 5 enero 1983). Se trata, nuevamente, de una zona cordillerana ubicada en la vertiente oriental de los Andes. La argumentación mantiene los criterios de otras ocasiones, relacionados con el turismo y la recreación. No obstante, presenta dos novedades. En primer lugar, no consta ninguna referencia a un evento o fuente de legitimidad extranjera. Segundo, se menciona un plan de desarrollo para el Sistema Nacional de Áreas Protegidas del Ecuador (SNAP), y también las características edafológicas de la zona que vuelven inconveniente cualquier otro tipo de uso.

La siguiente área protegida fue declarada unos mil días después y marca un evento interesante. La Reserva Ecológica de Limoncocha, con una superficie de 4613 hectáreas (Acuerdo Ministerial 394, *Registro Oficial* 283, 1 octubre 1985), es muy pequeña frente a las áreas que la precedieron. Aunque, como su nombre indica, contiene una laguna amazónica muy hermosa, no es fácil entender por qué esta área y su perímetro fueron protegidos y otras no. La explicación se debe buscar en otras dinámicas; en el mismo proceso de creación ya se identifican algunos recursos argumentativos distintos. En esta ocasión hay un enunciado a favor de los indígenas. La reserva se crea para lograr la participación de las poblaciones indígenas en el manejo de los recursos naturales. Se trata, indudablemente, de un cambio, pero para entenderlo es necesario comprender un proceso más amplio. La creación de la reserva en Limoncocha se inscribe en el conflicto producido por la presencia del ILV, una organización misionera norteamericana que había venido trabajando en la traducción de la Biblia a los idiomas indígenas. Esta tarea no solo incluía la recopilación de documentación sobre las lenguas indias, sino también una actividad de proselitismo religioso, además de acciones de promoción social. Un proyecto central de ese instituto fue el agrupamiento de la población hoarani en un protectorado, la localidad de Tigüino. Allí recibirían servicios y serían objeto de un conjunto de prácticas conducentes a su integración a la sociedad nacional, con la educación como un elemento central.

El proceso fue un fracaso en varios sentidos. La población indígena fue afectada por una epidemia. Además, la concentración generó una excesiva presión sobre los recursos, lo que imposibilitó que los hoarani cazaran, una práctica tradicional de subsistencia.⁶ Pero tal vez lo más grave fue que la situación implicaba la convivencia cercana de clanes que durante muchos años mantuvieron guerras internas, así que la vecindad se veía entorpecida por conflictos latentes. Todo esto llevó a que diversos grupos hoarani decidieran abandonar el protectorado y regresar a una forma de vida dispersa,

⁶ Aunque todos los elementos antes señalados son ciertos, cabe señalar que, a pesar de las epidemias, el acceso a servicios de salud y educación ha permitido que la población hoao crezca, se duplique incluso, en veinte años, hasta llegar a superar las 2000 personas. El peligro de extinción ha desaparecido, y en este momento los wao tienen algunos instrumentos para negociar beneficios del Estado y de las compañías petroleras.

lo que dio origen a los clanes no contactados que actualmente forman una parte central del debate sobre el futuro del Parque Nacional Yasuní.

La nuclearización y sedentarización de esta población tuvo, además, otra implicación: despejar amplios territorios en los cuales existían recursos petroleros. En este sentido, el trabajo del ILV ha sido visto como instrumental o, en todo caso útil, para la actividad petrolera. El trabajo de este instituto fue considerado por varios sectores de la sociedad ecuatoriana como una cesión de soberanía y una injerencia externa no aceptable, pues las políticas sobre una parte de la población indígena pasaban a depender de instituciones extranjeras. Esto originó un movimiento que promovía la expulsión de la institución, lo que se logró en 1981. Se les dio un año de plazo para que abandonaran sus instalaciones, que se ubicaban en el poblado de Limoncocha, gracias a un convenio con el Gobierno. Tras el desalojo, la primera opción del Gobierno ecuatoriano fue crear un centro estatal de investigaciones que pudiera continuar, con una orientación nacional, las tareas de su predecesor. Esto, sin embargo, resultó más difícil de lo previsto. Solamente el mantenimiento físico de las instalaciones requería de un presupuesto inexistente; por ello, tres años después se optó por asignar las tierras que eran parte de esta concesión a un uso de protección. Esto era, en cierto sentido, un “no uso”.

Lo crucial es que la creación de esta área protegida muestra una lógica distinta a la de los casos precedentes. La declaración fue una opción para salir de un potencial conflicto por el control de las tierras que, como se verá, volverá a emerger.

La designación de la siguiente reserva se produjo en noviembre de 1987. La Reserva de Producción Faunística de Chimborazo se ubica, de nuevo, en una zona de alta montaña (Acuerdo Ministerial 437, *Registro Oficial* 806, 9 noviembre 1987). Es un páramo ubicado en la cordillera occidental, pero con características que lo diferencian de los otros. Al ser relativamente seco, tanto por las menores precipitaciones como los suelos más arenosos, aquí no se producen las acumulaciones de agua tan frecuentes en otros terrenos de alta montaña. Esto hace que sea una zona semejante a la puna peruano-boliviana y, por lo tanto, más adecuada para los camélidos andinos. Por ello, en la declaratoria de esta zona de 58 600

hectáreas, se señala como centro de la argumentación y justificación la posibilidad y conveniencia de establecer un territorio adecuado para la cría de camélidos, especialmente de la vicuña silvestre.

Si bien no aparece dentro de la argumentación ni en los documentos oficiales, en este caso también se registra un componente de la mirada externa. Bolivia, Perú y Chile han venido desarrollando programas de manejo de auquénidos, que parecerían ser el símbolo de la práctica ganadera de la cultura andina. Ecuador no tuvo una fuerte tradición de pueblos pastores, como sí la hubo en el altiplano peruano-boliviano y chileno. Se ha discutido sobre cuándo habría llegado la llama al territorio ecuatoriano; estuvo antes que los incas, pero nunca como elemento básico de la subsistencia de una población humana. De todas maneras, se trata de un rubro que ofrecía potenciales ingresos, y para explotarlo eran necesarias extensiones de tierras altas: las más adecuadas eran las de Chimborazo. Para ese entonces ya existía otra reserva de producción faunística, la de Cuyabeno, pero se trata de dos fenómenos totalmente distintos: en la selva la cacería sí constituía una forma de vida tradicional, mientras que aquí se trata casi de “inventar” una tradición.

Para que apareciera la siguiente zona de protección sería necesario esperar casi cinco años. En 1992 se estableció la Reserva Ecológica El Ángel (Acuerdo Ministerial A-415, *Registro Oficial* 021, 8 septiembre 1992). Una vez más, es una reserva de montaña, concretamente de páramo, en este caso situada en el norte y en la cordillera occidental. Sus quince mil hectáreas la ubican entre las pequeñas zonas de protección de las tierras altas; sin embargo, su extensión es muy superior a la de los pequeños refugios ubicados en los cráteres. Entre las motivaciones de la declaración se encuentra una nueva variación. Además de todas las consideraciones biológicas se agrega una de tipo práctico, pues la zona capta el agua para un proyecto de riego (el proyecto Espejo). Por lo tanto, su conservación se relaciona con la viabilidad de la actividad agrícola asociada a tal obra de infraestructura.

Esta última es una “reserva” en torno a la cual se encuentra una trayectoria específica de intervención externa. La ONG Randi Randi ha trabajado sobre el manejo del espacio en las poblaciones del rededor. La organización se concentra en temas de género y técnicas de mapeo social participativo.

Ha producido un interesante material sobre cómo la zona protegida (se trata nuevamente de páramos) es percibida por la población local y cuáles son las diferencias, en esta percepción, entre los diversos grupos etarios y según género (Gavilanes 2008). La dinámica de la reserva ha sido, además, documentada por Dávila (2010); se volverá a este punto más adelante.

Un año después se crea la Reserva Ecológica Antisana (Resolución 18, *Registro Oficial* 265, 31 agosto 1993). Con sus 120 000 hectáreas, esta reserva retoma la perspectiva de las grandes áreas; incluso se podría hablar de 520 000 hectáreas en una zona de páramo oriental, si se toma en cuenta la contigüidad con la Reserva Cayambe Coca. Hay dos novedades en este caso. Por un lado, es la primera zona protegida en cuya declaración se hace referencia directa a una especie en concreto (el cóndor andino). Esto no es un accidente, sino que corresponde a la preocupación de varios organismos internacionales, específicamente The Nature Conservancy (TNC), en torno a la conservación de esta ave (se trata, básicamente, del proyecto de Biorreserva del Cóndor del programa Parques en Peligro). El segundo elemento significativo es que el propio instrumento por el cual se crea esta zona muestra un tratamiento diferente de la propiedad. Se negoció con los propietarios, tanto de pequeñas propiedades cuyos dueños son campesinos como de haciendas de apreciables extensiones. El área también es una fuente de agua que abastece a la ciudad de Quito.

La siguiente área, la Reserva Ecológica Sumaco Galeras, es contigua a la anterior en algunos puntos y básicamente prolonga la zona de protección hacia lo que se llama la tercera cordillera andina (Resolución 009, *Registro Oficial* 471, 28 junio 1994). Su extensión de 200 000 hectáreas la ubica entre las grandes zonas protegidas; al unirse con el Parque Nacional Cayambe y la Reserva Antisana, el área total suma más de 700 000 hectáreas. La creación de esta zona, menos de un año después de la anterior, muestra la intención de proteger el hábitat del cóndor andino. El Parque Nacional Sumaco Napo Galeras evidencia la fuerte influencia de otra instancia internacional: la cooperación alemana que a través de la Kreditanstalt für Wiederaufbau (KfW) desarrolló los estudios previos que llevaron, primero, a su constitución como parque y, luego, a la elaboración del plan de manejo.

Un año y medio después se declara la próxima zona de protección, la Reserva Ecológica Manglares Cayapas Mataje, que incluye las islas cubiertas de manglares en la desembocadura del río San Lorenzo (Decreto Ejecutivo 052, *Registro Oficial* 822, 15 noviembre 1995). El perfil ecológico de esta reserva es sustancialmente distinto de las anteriores, orientadas a retomar la preocupación por el ecosistema de manglar. Su extensión de 19 000 hectáreas la ubica entre las áreas protegidas intermedias y corresponde a la presencia de esta formación vegetal. Nuevamente se trata de una zona poblada donde, además, existía una fuerte presión para la instalación de piscinas camaroneras, con el consecuente sacrificio del ecosistema natural. En el acuerdo ministerial que crea la reserva hay tres elementos interesantes. Primero, en la justificación se señala la negociación previa con la Cámara de Acuicultura, un grupo directamente interesado en el tema camaronero, y de alguna manera en conflicto potencial con la resolución. Segundo, el autor de los estudios conducentes a la creación del área es una ONG (como se verá, este rasgo se repite). Y, por último, los derechos de propiedad reciben un nuevo tratamiento, con los efectos correspondientes. Así, se establece que se excluyen del parque las tierras sobre las que existen títulos de propiedad debidamente registrados. La medida buscaba evitar conflictos con la actividad camaronera que ya se desarrollaba en el área pero, como consecuencia, la reserva no tiene realmente la superficie que consta en el decreto, sino que aparecen una serie de agujeros en las tierras incluidas en la reserva que podrían complicar la gestión por parte de la autoridad. De todas maneras, la iniciativa pretende controlar la informalidad en la producción de camarón y la tala de manglar.

La siguiente área declarada protegida es la Reserva Ecológica de Mache Chindul. Es una zona de cordillera costanera que ha sido colonizada hasta cierto punto, pero también es un refugio para la población de la etnia chachi. Sus 110 000 hectáreas la convierten en una zona extensa. Su declaratoria indica que el fundamento técnico lo proveen dos ONG: la Fundación Sinchi Sacha⁷ y la Fundación Natura. Lo que no consta en el documento oficial es que ambas organizaciones mantenían criterios distintos sobre la

7 *Sinchi sachá* (kichwa) significa “selva fuerte” o “selva dura”.

conveniencia de declarar área protegida a este territorio. Sinchi Sacha, que era propietaria de una reserva privada en la zona, impulsaba la creación del parque, mientras que Fundación Natura, argumentando la existencia de colonos y de una población indígena chachi, proponía una solución diferente: el manejo de una zona de propiedad indígena articulada a bosques protectores.⁸

Triunfó la propuesta de Sinchi Sacha (Resolución 045, *Registro Oficial* 29, 19 septiembre 1996). Esto nuevamente reprodujo la ambigüedad legal sobre los derechos de propiedad de la reserva. De todas maneras se ha logrado una convivencia con la ambigüedad legal: la ley preveía la expropiación de las tierras de la reserva, lo que hubiera exigido expropiar a los indígenas sus tierras ancestrales. Esto no sucedió, sino que se optó nuevamente por no cumplir la ley y buscar formas más flexibles de interpretar el concepto de reserva ecológica.

La siguiente área declarada protegida fue el Parque Nacional Llanganates, una zona extensa con una superficie de 219 000 hectáreas, que fue establecida el 9 de agosto de 1996 (Resolución 002, *Registro Oficial* 907, 19 marzo 1996). Esta área también se encuentra en la cordillera oriental. En el decreto que respalda la declaratoria, las justificaciones son de dos tipos. Se hace referencia a la estrategia de 1979 que ya mencioné y se incluyen consideraciones hidrológicas, pues se trata de la cabecera de cuencas donde se han identificado potenciales proyectos hidroeléctricos y de riego.

Dos meses después, en octubre de 1996, es declarada la Reserva Ecológica de los Ilinizas (Resolución 066, *Registro Oficial* 92, 19 diciembre 1996). En este caso se sigue el procedimiento ya un poco clásico de invocar las dos estrategias del sistema de áreas protegidas, pero ahora hay un elemento nuevo. Aparte de señalar la gran riqueza biológica de la zona, se menciona que en una superficie bastante mayor que la que fue declarada reserva ecológica se habían tomado algunas medidas tendentes a la protección de la vegetación: se había declarado bosque protector a cerca de 200 000 hectáreas. También en su borde norte se había creado la reserva ecológica privada de la Otonga, en la cual se venían desarrollando inves-

tigaciones de inventario, sobre todo de aves y anfibios. Por último, existía una hacienda que manejaba un bosque protector privado, la hacienda El Pongo. Lo interesante en este proceso es que se opta por crear las áreas protegidas a partir de bosques protectores preexistentes y articulando la zona de protección a la propiedad y formas de gestión presentes en la zona.

El prolífico año de 1996 terminaría, en este aspecto, con una declaratoria especial, la del Refugio de Vida Silvestre Pasochoa (Resolución 065, *Registro Oficial* 92, 19 diciembre 1996). Se trata del cráter de un volcán que mantiene un relicto de vegetación andina natural en muy buen estado. Su extensión es de solamente 500 hectáreas y se ubica a veinticuatro kilómetros del centro de Quito (a 12 kilómetros de los barrios del extremo sur). La reserva tiene una historia conflictiva. El cráter, al igual que el Pulumahua, fue propiedad estatal, y así llegó a manos del Ministerio de Salud. El conjunto del cráter no había sido explotado sino ocasionalmente para la recolección de leña, y unas pequeñas extensiones (cinco hectáreas) habían sido convertidas en pastizales. Sin embargo, dado su diversidad biológica, especialmente de aves (colibríes), una organización ambiental llevó a cabo una campaña para que fuese declarado bosque protector. En consecuencia, el Ministerio de Salud entregó en comodato esta extensión a aquella organización, y desarrolló un programa educativo que resultó en veinte mil visitas de escolares cada año. Sin embargo, los funcionarios del Ministerio de Salud, en acuerdo con el ministro de aquel entonces, vieron la posibilidad de revertir el comodato y construir fincas vacacionales para sus empleados. Esto desencadenó un conflicto ante el cual, a través de campañas de prensa y movilizaciones, la organización ambiental logró que el Gobierno revirtiera la decisión. Para ello, la zona fue declarada refugio de vida silvestre y su administración se encargó a la misma organización. Lo interesante de este proceso es que un conflicto entre el Estado y una organización civil sea dirimido a través de la intervención de otra instancia estatal que, a su vez, “expropia” a un Ministerio para constituir el área de protección.

La siguiente declaratoria llegó dos años y medio después de este episodio. Desde cierto punto de vista, se trata de un caso único, pues el área en cuestión solo mide cinco hectáreas. La isla Santa Clara (Acuerdo Ministerial A-83, *Registro Oficial* 219, 24 junio 1999), con su reducida extensión, es

⁸ Cuando esto sucedió, el autor de este libro tenía responsabilidades en Fundación Natura.

donde muchas aves marinas anidan. Está ubicada a veinticinco kilómetros del continente y no dispone de agua dulce permanente, factor que contribuye a la ausencia de una población humana. Esta declaración está hablando de una nueva preocupación, la de los ambientes marinos. En este trabajo no me ocuparé de ellos, así que omitiré referencias a otras zonas de protección exclusivamente marinas que fueron creadas posteriormente, como la Reserva Marina Galápagos, la Reserva Marina Cabo San Francisco y la parte marina de la Reserva Santa Elena. Menciono esta porque es una superficie terrestre que se relaciona con animales terrestres y el ambiente marino.

La siguiente área protegida tiene una especial significación. La Reserva Biológica del Cóndor, con una superficie de 2440 hectáreas, se establece en la región sur, específicamente en la zona donde se produjeron los combates entre los Ejércitos del Ecuador y el Perú en 1995 (Decreto Ejecutivo 936, *Registro Oficial* 210, 11 junio 1999). Aunque su extensión no la ubica entre las áreas protegidas extensas, el hecho de que colinde con una superficie dos veces mayor en el lado peruano, la hace parte de un conjunto de cierta relevancia. La declaración –y esto consta en el decreto– utiliza como argumento nada menos que los acuerdos de paz de Itamaratí, por los cuales se puso fin a lo que se ha llamado la Guerra del Cenepa y permitió, por primera vez, finiquitar la delimitación de la frontera entre los dos países. Entonces, en la creación de esta área protegida se incluyen otras tensiones e incluso un conflicto internacional. Se buscó que la determinación de esta zona protegida recogiera la tradición de los “parques de la paz”, que ya se había utilizado para crear zonas de distensión entre países o fuerzas beligerantes.

Cinco meses después se declararía otra área protegida que también se relaciona con la dinámica militar: la Reserva Ecológica Arenillas (Acuerdo Ministerial 001, *Registro Oficial* 342, 7 junio 2001). La zona de 17 000 hectáreas se encuentra, de nuevo, en la frontera entre Ecuador y Perú. No se trata, sin embargo, de un límite casi intransitable, como la Cordillera del Cóndor, sino que esta área se ubica a pocos kilómetros del más activo eje vial que une a los dos países –el Machala-Tumbes–, en una zona relativamente plana, donde se produjeron los principales enfrentamientos en la guerra del 41. Desde 1971 se creó aquí una reserva militar, pues se pensaba que el bosque natural podría ser un obstáculo para un eventual avance de

blindados, así como un entorno adecuado para camuflar las fuerzas defensivas en instalaciones, ya sean fijas o móviles. Sin embargo, la zona fue objeto de presión, tanto para la extracción de madera como para cultivos que promovían la deforestación. Fue así que en el año 2001 se modificó la reserva; se redujeron 2000 hectáreas de su extensión y, además, se la convirtió en reserva ecológico-militar, interesante combinación sobre la cual regresaré luego.

Medio año después, en enero de 2002, se declaró la Reserva Ecológica Cofán Bermejo (Acuerdo Ministerial 016, *Registro Oficial* 519, 21 febrero 2002). Con sus 55 000 hectáreas, esta tiene un tamaño mediano, pero es muy cercana al complejo de las reservas Cayambe Coca y Antisana (a nueve kilómetros de distancia). La cobertura vegetal entre las dos áreas protegidas tiene una pequeña interrupción: una carretera de unos 500 metros. En esta declaratoria, la argumentación retoma lo étnico, pues señala que la tenencia de la tierra por parte de la comunidad cofán⁹ allí asentada ha significado un adecuado uso del territorio y una conservación de los suelos en pendientes muy abruptas. Se mencionan también estudios científicos, en este caso del Field Museum de Chicago, y se apunta como antecedente la declaratoria de esta zona como Reserva Forestal del Estado. Otra vez, la declaratoria ilustra una forma diferente de abordar el conflicto legal que prevé la expropiación de las tierras de un área que es parte del sistema nacional. Lo que se hizo en este caso fue encargar la administración del área protegida a la población cofán que en ella habita, y a una fundación: Sobrevivencia Cofán. Además, la declaratoria incluye una prohibición explícita:

Art. 4. Todas aquellas actividades que no sean compatibles con los fines que persigue la reserva Ecológica Cofán Bermejo quedan expresamente prohibidas, especialmente las relacionadas con la bioprospección y acceso a recursos genéticos sin la autorización y supervisión expresa del Ministerio del Ambiente (Acuerdo Ministerial 016, *Registro Oficial* 519, 21 febrero 2002).

⁹ El pueblo cofán es una etnia que, lingüísticamente, pertenece al *filium macrochibcha*. Fue muy numerosa; incluso en algún momento los misioneros hablaban de más de 10 000 cofanes. Hoy este pueblo está dividido entre Colombia y Ecuador y su población total se sitúa alrededor de los 1200 habitantes.

Esto muestra otro aspecto útil del área protegida como dispositivo para abordar un tema conflictivo, en este caso, la bioprospección. Claro está que en esta declaratoria no se agrega nada a lo ya establecido en la ley.

Solo seis meses después se establece la Reserva de Producción Faunística de la isla Corazón e isla Fragatas, ubicadas en el estuario del río Chone, muy cerca de la ciudad de Bahía (Acuerdo Ministerial A-133, *Registro Oficial* 733, 27 diciembre 2002). Se trata de un par de islas con abundante anidamiento de aves, especialmente acuáticas. Su extensión es de 800 hectáreas y es utilizada, básicamente, como zona de recolección de moluscos y como espacio para el turismo.

El Refugio de Vida Silvestre Manglares del Salado (Acuerdo Ministerial 142, *Registro Oficial* 05, 22 enero 2003), con 5300 hectáreas, es un nuevo esfuerzo por someter a algún tipo de protección ambiental la zona que se intentó declarar parque nacional en 1979. El documento oficial del Ministerio del Ambiente sobre el área explica algunos de los motivos de la anotada conflictividad. En la zona coexisten actividades turísticas recreacionales, en cierta medida vinculadas con los bosques protectores de Cerro Blanco, que son parte de una estrategia de protección de la Cordillera de Chongón Colonche. Pero también hay actividades industriales de alto potencial contaminante: tres plantas termoeléctricas, un terminal de productos petroleros, un club de *yachting* y algunas urbanizaciones que, en conjunto, contaminan los esteros de este refugio. En definitiva, se trata de una zona donde la expansión urbana presiona hacia el ecosistema de manglar. La dinámica implica una interacción conflictiva en la cual las partes involucradas usan distintas formas de marcar su dominio sobre el territorio. En general, el parque nacional es una herramienta del poder central. En todo caso, la información proporcionada por el Ministerio no habla de un estado de conservación ideal (Rivera Rossi 2007).

Siete días más tarde se declaró una nueva área de protección: el Refugio de Vida Silvestre La Chiquita, con 811 hectáreas ubicadas en la provincia de Esmeraldas (Acuerdo Ministerial 149, *Registro Oficial* 11, 30 enero 2003), en una vieja estación de investigación forestal. El propósito fue dar apoyo técnico a la producción forestal en la zona, idealmente enfocado hacia el manejo de bosques y su repoblación. Esta dependencia del MAG fue

creada en una superficie de 1400 hectáreas de las cuales se perdieron 600 ha por invasiones. La decisión de convertirla en un refugio de vida silvestre es, aparentemente, un medio para proteger lo que queda de bosque, pero también es una forma de reconocer la falta de compromiso con las tareas de experimentación y desarrollo tecnológico en el campo forestal.

Cuatro años después, en junio de 2006, se creó la Reserva de Vida Silvestre La Zarza, en la provincia de Morona Santiago (Acuerdo Ministerial 077, *Registro Oficial* 314, 17 julio 2006). Esta zona de bosque, de 3642 hectáreas, no debe considerarse de manera aislada, sino estrechamente relacionada con la siguiente área en declararse: la Reserva Biológica El Quimi, de 9071 hectáreas (Acuerdo Ministerial 120, *Registro Oficial* 434, 26 diciembre 2006). Las dos áreas forman parte de una estrategia más amplia impulsada por Fundación Natura, que trabajó estrechamente con organizaciones indígenas shuar y con municipios locales para dar vida a los proyectos de cooperación internacional de la frontera sur que surgieron como consecuencia de los acuerdos de paz de Itamaratí. Las dos áreas protegidas se vincularían, además, con una reserva municipal, con un bosque protector y con las tierras de las comunidades shuar, para conformar una superficie de conservación superior a las 200 000 hectáreas. Los estudios para la declaración de las áreas son el producto de muchos años de trabajo con la población local. Volveré a este punto más adelante, por la forma proactiva de integrar temas de conservación con otras dinámicas.

Aproximadamente un año después se oficializó otra área protegida en la zona de Guayaquil, otro refugio de vida silvestre denominado El Morro (Acuerdo Ministerial 266, *Registro Oficial* 180, 28 septiembre 2007). Son 10 130 hectáreas que difícilmente pueden compararse con las otras zonas, pues incluyen varios espejos de agua marina. Planimetrando en imágenes satelitales se ha obtenido una cifra de 1430 hectáreas de tierra emergida. Sobre este caso existe una tesis que se ocupa específicamente de la dinámica de esta declaratoria (Soto 2009). La investigadora estudia las actividades a las que se dedica la población: la pesca y la extracción de mariscos de la zona protegida. Según la definición de un refugio de vida silvestre, estas no son actividades compatibles con su protección. Esto ha creado preocupación entre los pobladores quienes, al mismo tiempo, se han visto benefi-

ciados por las actividades turísticas estimuladas por la declaratoria de área protegida. En la práctica, se interpreta la categoría de protección con gran flexibilidad para no entrar en conflicto con la población.

Un año después se declaró la Reserva de Pacoche (Acuerdo Ministerial 131, *Registro Oficial* 444, 13 octubre 2008), de casi 5000 hectáreas, ubicada en la Costa central de la provincia de Manabí, a pocos cientos de metros al sur de donde se ha previsto la construcción de una nueva refinería. La forma de efectuar la declaratoria parte de líneas rectas, con las cuales se busca crear un polígono que, a unos dos kilómetros de la costa, forma un trapecio, donde se incluye un sector de bosques remanentes que pueden llegar a ser fundamentales para conservar los escasos caudales de agua. De todas maneras, la declaratoria parecería evitar los poblados y las viviendas de pescadores que se asienten en una franja del litoral hasta unos 300 metros de la costa. Es una medida que se puede interpretar de varias maneras. Se la puede considerar una acción para controlar vigorosamente las condiciones ambientales de lo que puede convertirse en el entorno de la nueva refinería y, por lo tanto, estar en condiciones de gestionar su desarrollo para que tenga un bajo impacto. O se la puede tomar como lo hacen grupos ambientalistas: una fingida preocupación ambiental, pues no es posible realizar una protección verdadera con un eje petroquímico de las dimensiones proyectadas. Esta reserva contó con su plan de manejo en un tiempo muy corto. Al año siguiente este fue aprobado y en él se muestra una refinada recopilación de elementos técnicos, tanto desde el punto de vista biológico como de información sociodemográfica.

Cuatro meses después se creó la Reserva de Producción Faunística de Santa Elena (Acuerdo Ministerial 1476, *Registro Oficial* 457, 23 octubre 2008). Incluye 300 hectáreas de superficie emergida y unas 110 000 hectáreas de superficie marina. Su ubicación, a unos pocos metros del balneario de Salinas, la convierte en un espacio de valor para regular la expansión urbana hacia este punto, la porción más occidental del territorio continental ecuatoriano. Esta reserva, al contrario de la anterior, aún no cuenta con un plan de manejo.

El área protegida de Yacuri fue establecida en febrero de 2010 (Acuerdo Ministerial 138, *Registro Oficial* 164, 4 abril 2010). Se ubica en el extremo

sur del Ecuador, en la frontera con Perú. Según el decreto de su creación, incluye 43 090 hectáreas (73 000 según la planimetría que se efectuó en los mapas del Ministerio).¹⁰ El parque nacional ofrece algunas características nuevas. En el decreto de su creación se documenta un trabajo más detallado para garantizar que no exista superposición con propiedades privadas, con concesiones mineras, ni con posesionarios o habitantes, lo que significa un cambio sustancial con respecto a las declaratorias anteriores. Finalmente, el parque nacional se creó con una justificación mucho más desarrollada. Mientras que en los primeros decretos ejecutivos, la argumentación se componía de uno o, máximo, dos párrafos, ahora hay una exposición de antecedentes y considerandos que sobrepasan las dos páginas, tanto ambientales como legales, además de una buena dosis de referencias a declaraciones, resoluciones y conferencias internacionales. Llama la atención la profusión de referencias constitucionales.

El Refugio de Vida Silvestre Pambilar se creó en marzo de 2010 sobre una superficie de 3108 hectáreas (Acuerdo Ministerial 038, *Registro Oficial* 183, 30 abril 2010). La declaratoria de una zona protegida relativamente reducida está ligada, de manera directa, a un conflicto con una empresa forestal que había adquirido las tierras de posesionarios para establecer un predio forestal experimental, buscando una producción “sostenible” del bosque. Los prolongados y frecuentes juicios, con sentencias contradictorias, terminaron con una disposición del Tribunal Constitucional. Pocos días después, se declaró la zona de protección como una forma de reforzar la decisión, presionar para la entrega de las instalaciones al Estado y evitar que el bosque que se mantenía intacto sea objeto de invasiones y talas.¹¹

Cinco meses después se declara una nueva zona protegida siguiendo un proceso algo novedoso. La Reserva Biológica Cerro Plateado, ubicada nuevamente en la región sur oriental del país, tiene una extensión mediana (26 115 hectáreas) y está en una región de difícil acceso. La novedad es el argumento utilizado para sustentar la decisión: una comunicación

¹⁰ Esta diferencia se debe a que en el mapa que se planimetró no se identifican las propiedades privadas que deberían ser excluidas de la superficie total.

¹¹ En mi tesis doctoral (Bustamante 2013) analicé la creación de áreas protegidas hasta este año. He agregado para esta obra las que se crearon posteriormente.

enviada por la Federación de Centros Shuar que, con la ONG Arco Iris, ha impulsado estudios y tareas conducentes a esta iniciativa de protección en coordinación con las instancias locales del Ministerio del Ambiente. Lo novedoso aquí es el rol central jugado por dicha Federación y las autoridades locales. Esto marca una tendencia: en las últimas áreas protegidas declaradas parecen tener un rol más importante las iniciativas con vínculos locales que las alianzas internacionales con entidades como la GIZ (“Gesellschaft für Internationale Zusammenarbeit”, agencia de cooperación internacional de Alemania).

Aproximadamente un año después se crea el Área Nacional de Recreación Playas de Villamil (2478 hectáreas). La declaratoria, además de la cada vez más elaborada justificación legal, incluye una argumentación que llama la atención. Se justifica la intervención en esta superficie por el peligro que significa el vertido de aguas negras en una zona de alto impacto humano. A esta justificación se agrega la de la riqueza biológica de los manglares. Al contrario de lo que propone Putney (1976), crear áreas protegidas en zonas con poca intervención humana, aquí se justifica hacerlo en zonas pobladas.

La siguiente área protegida declarada, el Área Nacional de Recreación Quimsacocha, se ubica en el centro de un fuerte debate de la política ecuatoriana reciente: el desarrollo de grandes proyectos mineros. Esta zona con lagunas es uno de los polos de debate, pues se han cuantificado depósitos de oro, plata y cobre, que justificarían una mina a cielo abierto. Sin embargo, la misma región es parte del sistema de páramos que capta aguas destinadas al abastecimiento de la ciudad de Cuenca y de comunidades campesinas. El Gobierno propone segregar de la concesión minera la parte que más importancia hidrológica tiene, a fin de protegerla, mientras se permite el desarrollo minero en el resto. El debate, muchas veces apasionado, aún sigue en curso.

El Área Ecológica de Conservación Municipal Siete Iglesias corresponde a una zona mediana en el sur oriente del país (17 000 hectáreas). Esta declaración es novedosa por tratarse de una iniciativa del municipio de San Juan Bosco con el apoyo de una ONG y la cooperación alemana y suiza, lo que da un estatus de nacional a una iniciativa y decisión de un consejo cantonal.

La última área protegida a la cual me referiré es la Reserva Ecológica Colonso. Sus 93 246 hectáreas la hacen la mayor de las áreas protegidas establecidas en los últimos quince años desde inicios del siglo XXI. Lo más importante de esta área es su relación con un proyecto específico: la Universidad Regional Amazónica Ikiam, una de las cuatro nuevas universidades creadas por el Gobierno de Rafael Correa. Según el Gobierno, esta reserva dará contenido concreto a la propuesta del Plan Nacional del Buen Vivir: crear un modelo de desarrollo basado en el bioconocimiento. La zona protegida se crea sobre bosques protectores preexistentes. Es parte de una política para dotar a dicha universidad de un laboratorio colindante para la investigación sobre la biodiversidad. Al mismo tiempo, esta declaración establece una fórmula que permita intervenir con fuerza legal en un entorno complejo. Esto se cree necesario puesto que las organizaciones indígenas de la zona están divididas entre adhesiones y oposiciones al proyecto de Gobierno. Lo que complica la situación aún más es la compleja trama de competencias entre autoridades municipales y nacionales, así como el hecho de que Tena es la ciudad natal del expresidente Lucio Gutiérrez, uno de los principales opositores al actual régimen.

Bosques protectores y otras formas de conservación

En todo este proceso existe una constante interrelación con una forma jurídica diferente: la del bosque protector. Esta fórmula, pensada originalmente para superficies menores (en general con menos de 1000 hectáreas), se caracteriza por una mayor flexibilidad en cuanto a los modos de propiedad y de tenencia. Bajo esta figura se combinan, y a veces se yuxtaponen, bosques privados y reservas constituidas por el patrimonio forestal del Estado. Estas dos formas de manejar el territorio han sido objeto de pocos estudios y escasa documentación y administración. Según cifras que comprenden el período 1969-2013, las extensiones incluidas en cada una de estas formas de manejo de los recursos naturales son de 2 455 280 hectáreas, en el caso de los bosques protectores, y de 980 000 hectáreas, en lo correspondiente al patrimonio forestal del Estado, lo que representa el 9,67% y el 3,86% del

territorio nacional, respectivamente. Si a esto se suma el 18,92% de las áreas protegidas, un 32,45% de la superficie nacional está bajo alguna de estas categorías de manejo especial. Tales cifras, sin embargo, se deben manejar con cuidado. Cada categoría muestra una historia específica que no me propongo desarrollar aquí, aunque sí ofrecer unos comentarios generales al respecto.

El patrimonio forestal del Estado es una figura jurídica establecida en la Ley Forestal de 1981. Según esta, en las superficies designadas patrimonio del Estado, se permite la explotación maderera permanente, a través de cortes programados que permitan mantener una producción sustentable. Esta superficie es concebida un patrimonio inalienable que solo puede ser explotado a través de empresas estatales, mixtas o concesiones. La explotación debe realizarse de manera sostenida, es decir, garantizando un nivel de recuperación de la masa forestal equivalente a los niveles de extracción. Lo curioso de todo este dispositivo es que nunca funcionó. La decisión tomada por el Estado en la capital no llegó a implementarse en el terreno, y la lógica con la que se utilizó el dispositivo legal, en la práctica, no superó el ámbito de ser un argumento más en las disputas por la posesión de esas tierras.

El aprovechamiento forestal consistió, fundamentalmente, en que los comerciantes de madera recorrían el territorio aprovechando los ríos o cualquier trocha –en ocasiones abierta por ellos mismos–, y en otros casos usando las vías construidas para otros fines. La madera así explotada entraba en circuitos de comercialización, pero no existió preocupación por la recuperación de la masa forestal.

Adicionalmente, a veces las poblaciones indígenas o afroamericanas vivían en la superficie explotada, lo cual, combinado con la búsqueda de nuevas tierras por parte de colonos e inmigrantes, originó conflictos. En la actualidad, gran parte de este patrimonio está siendo reclamado y entregado a comunidades ancestrales. Como consecuencia, prácticamente ha desaparecido la posibilidad de que se cumplan los fines de producción forestal para los cuales fue diseñado. En lugar de ello se han incorporado las formas de uso propias de esos grupos humanos. Estas son muy variadas e incluyen, en no pocas ocasiones, la venta o arrendamiento de superficies para la explotación de palma africana. En muy pocos casos las empresas madereras las han comprado para establecer plantaciones.

En un sentido contrario, la declaratoria en 2009 del área protegida de Pambilar muestra un caso en que una empresa maderera intentó formar una reserva para plantaciones forestales a través de la compra de tierras a colonos. Tal proceso no fue viable porque se cuestionaba, en términos ambientales, el sistema de plantaciones y se concentraba la propiedad de la tierra. Se cuestionó, además, la transferencia del patrimonio forestal a intereses privados. Esto, unido a un conflicto intenso por la tenencia de la tierra y una larga historia de litigación jurídica, creó una situación que fue dirimida mediante la creación de esta área protegida. El éxito logrado en impedir la expansión de plantaciones forestales contrasta con la intensidad con que esos bosques se convirtieron en plantaciones de palma aceitera.

Algunos elementos de este proceso quedan claros. Por un lado, la disposición legal no sirvió para establecer un modelo de producción forestal permanente en las zonas donde fue implementada. Lo que ha sucedido es que esas superficies fueron, solo en cierta medida, marginadas de las primeras oleadas de colonización, y que esta limitación permitió una mejor oportunidad para acceder a la tierra por parte de comunidades nativas o afroamericanas. ¿Cuál es el valor de este movimiento para la conservación? Básicamente, ha transferido estas tierras a otros usos, principalmente los de las comunidades nativas, las cuales muestran dinámicas complejas. La creciente necesidad de recursos que estos sectores sociales experimentan es una presión fuerte para que establezcan varios tipos de negociaciones. A veces venden la madera de sus bosques o ceden sus tierras para el cultivo de palma (Latorre 2008). En definitiva, la declaratoria de patrimonio forestal de Estado fue un fracaso como política forestal. Pero fue un alivio en cuanto les permitió ganar cierto tiempo a las comunidades locales para mejorar las condiciones bajo las cuales reclamarían derechos a tierras para subsistencia. El tiempo ganado les permite negociar en condiciones distintas, pero no por ello está garantizado su acceso a la tierra en el largo plazo.

Los bosques protectores presentan otras dificultades para entender su dinámica real en la organización del espacio. La primera se refiere a la información. Existen dos fuentes diferentes: la página electrónica del Ministerio del Ambiente y la base de datos de la corporación Ecolex. La primera recopila, fundamentalmente, la información jurídica, es decir, las resolu-

ciones ministeriales que crean tales formas de administrar los bosques; la segunda es un trabajo cartográfico que representa estas superficies en el espacio. Como resultado, no existe una coincidencia plena en algunos datos. A pesar de esta situación, es evidente, en primer lugar, que la categoría encubre distintas formas de propiedad. En algunos casos se trata de propiedades privadas, en otros, de predios estatales. En muchos la información disponible no consigna cuál es el régimen de propiedad.

En realidad se trata de casos y eventos muy dispares. La fórmula jurídica ha sido usada para defender cuencas vinculadas a obras hidráulicas y como una estrategia en los conflictos de tenencia en predios pequeños. Es así que las extensiones de estos bosques varían mucho, desde tres hectáreas, que es la superficie mínima, hasta un máximo de 344 000 hectáreas, que corresponden a la cordillera de Cutucú en la zona de la población shuar. Asimismo, los bosques protectores no tienen una estructura de gestión en el Estado. Se trata de una disposición que establece parcialmente límites a ciertas actividades, sobre todo a la construcción de viviendas, y ciertas garantías en lo relativo a la tenencia, pues se ha determinado que dichos bosques no pueden ser expropiados a causa de su uso insuficiente (Puente 2008). Esta realidad determina una mínima gestión por parte del Estado.

En cambio, en las propiedades privadas las dinámicas son muy variadas. En una muestra sobre el estado de 10 bosques protectores en la región austral, se constató que un 80% de su superficie estaba cubierto por potreros, es decir, no tenía cobertura forestal. Hay otros casos, como el de la Reserva Maquipucuna donde, siendo privada, la gestión es intensiva: allí se registran actividades de ecoturismo que financian la conservación del bosque, y actividades de desarrollo comunitario sostenible en las poblaciones circundantes.

Es evidente que las categorías de manejo del espacio en Ecuador requieren mayor estudio. No obstante, queda claro que el uso de la categoría de bosques protectores muestra momentos de intensificación, tal como se puede observar en el gráfico 3.1.

El tamaño promedio de las declaratorias indica que hay diferentes momentos. Tal como se muestra en el gráfico 3.2, hay un primer período en el cual las superficies promedio de cada declaración son modestas, correspondiendo a lo que puede ser un predio privado. Se trata de un promedio

inferior a las 4000 hectáreas. En 1985 se registra un salto, con promedios superiores a las 60 000 hectáreas; luego, más o menos a partir de 1992, las superficies se reducen nuevamente a cifras que, con algunas excepciones, son inferiores a las 10 000 hectáreas. Se trata de la superposición de, por lo menos, dos realidades sustancialmente distintas. Una es la de grandes zonas que corresponden a cuencas o vertientes de una cordillera, cuyo uso se busca limitar y que utilizan la misma figura jurídica para su manejo que las de la segunda dinámica: pequeñas áreas cuyo uso requiere restricciones. Otra es la de propiedades privadas cuyos dueños buscan protegerse de expropiaciones o han optado por una gestión en torno al ecoturismo.

Como esta breve exposición indica, las dos formas de gestión del territorio –el patrimonio forestal del Estado y el bosque protector– se caracterizan por su ambigüedad. A continuación analizo las áreas protegidas con base en los datos del sistema estadístico nacional.

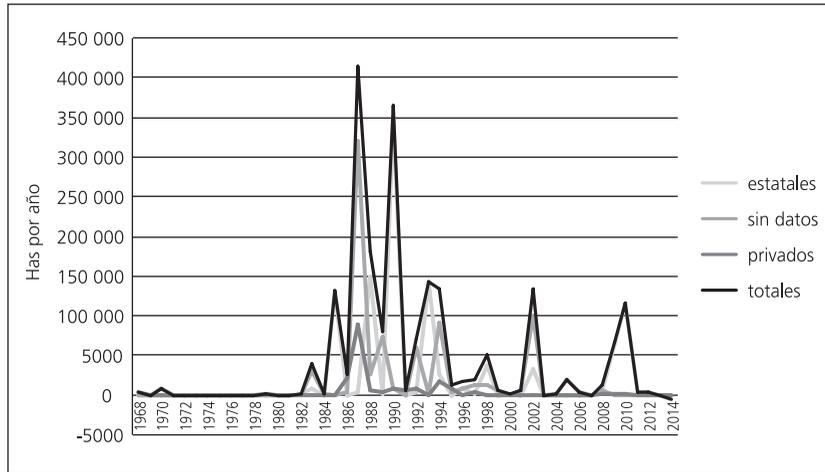
Las áreas protegidas en cifras

Para analizar la dinámica de las áreas protegidas, existe material técnico del proceso que se ha producido desde la gestión misma de las áreas. Parte de este material son documentos de evaluación del sistema. Pero propongo una mirada diferente, que se basa en preguntar sobre lo que el desarrollo del sistema representa dentro del espacio y la sociedad de Ecuador en su conjunto.

Una mirada a la creación de áreas protegidas en su conjunto permite reconocer la perspectiva con que han sido elaborados los gráficos, en los cuales se evidencian dos aspectos. Por una parte, la evolución de la superficie que se ha incluido en este sistema y, por otra, el tiempo que transcurre entre una declaración y la siguiente.

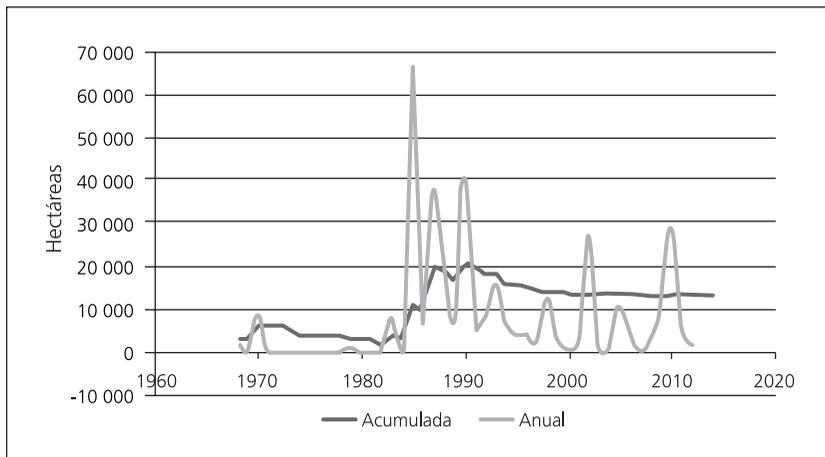
La evolución de la superficie, representada en el gráfico 3.3, muestra que, una vez creada el Parque Nacional Galápagos, se forma una meseta que refleja el período en el que no se tomaron medidas similares. Luego comienza el proceso gradual que he descrito, hasta que en el año 1979 ocurre el gran salto. Después, siguen incrementos mucho menores, un y luego otro pico de declaraciones en 1996.

Gráfico 3.1. Evolución anual de las superficies declaradas bosques protectores



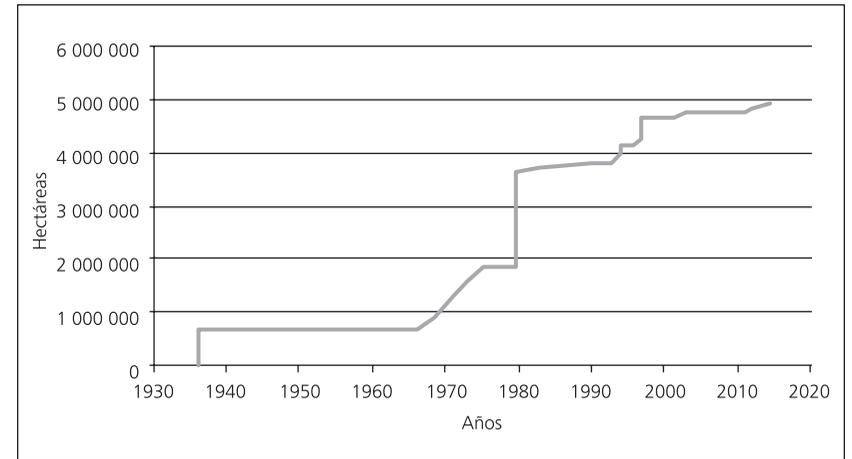
Fuentes: Ecolex y Ministerio del Ambiente.

Gráfico 3.2. Superficie promedio anual declarada bosque protector: valores anuales y acumulados



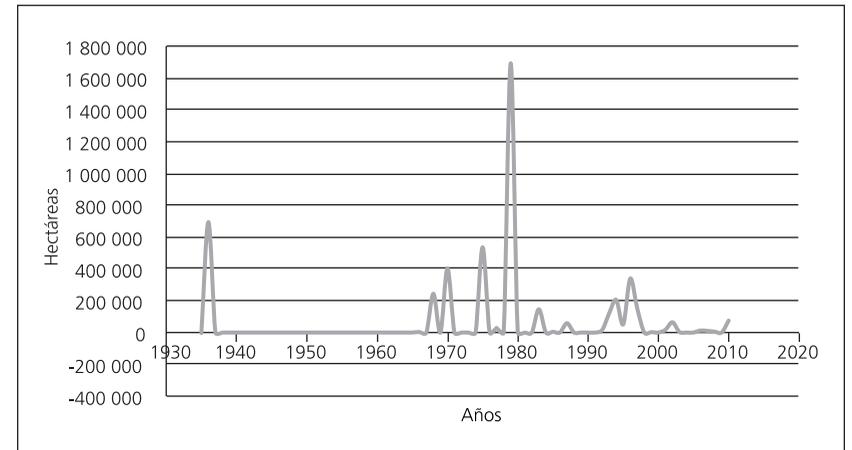
Fuentes: Ecolex y Ministerio del Ambiente.

Gráfico 3.3. Evolución de la superficie incluida en el Sistema Nacional de Áreas Protegidas del Ecuador



Fuentes: Ministerio del Ambiente.

Gráfico 3.4. Hectáreas declaradas área protegida, por año



Fuente: Ministerio del Ambiente.

Tras esto se reflejan pequeñas subidas, las cuales indican que decrece el tamaño de las nuevas áreas.

Esto muestra, básicamente, un proceso que funciona por pulsaciones. Una primera declaratoria aislada que continúa muchos años después y, más tarde, las declaratorias se suceden muy cerca en el tiempo. Esta visión se complementa con la representación de la superficie que se declara área protegida cada año (gráfico 3.4).

Otras estadísticas y su significación

Pero cabe otra pregunta y esta ya no se refiere a la cuantificación de las áreas protegidas, sino a cómo otras variables estadísticas se relacionan con dichas áreas. Para explorar esta dimensión analicé cómo se comportan 61 variables estadísticas en las parroquias en las cuales existen áreas protegidas y las comparé con el país entero. Este análisis, realizado con los datos del censo de 2001, implicó revisar 248 unidades parroquiales que, multiplicadas por las 61 variables, dieron un total de 15 128 datos.¹²

El procesamiento inicial de datos produce una primera sorpresa: no parecen ser mayores las diferencias en estructura de población y de servicios entre las zonas de influencia de las áreas protegidas y el promedio nacional. Más aún, varios elementos van en contra de algunos presupuestos que esperaba encontrar. La tabla 3.1 indica los índices de concentración del valor promedio de las variables en todas las zonas de influencia correspondientes a las áreas protegidas con respecto al promedio nacional.¹³

La primera sorpresa radica en la baja incidencia de la agricultura, tanto por rama de actividad como por tipo de actividad. Y llama la atención también la baja presencia de tipos de vivienda precaria, de una mala disposición de basuras y también de los niveles más altos de educación.

Tabla 3.1. Índice de concentración de variables sociales

Variable	Índice de concentración	Promedio nacional
% de la PEA en agricultura, ganadería, caza y silvicultura	0,728	26,85%
% de la población con posgrado	0,731	0,19%
% de viviendas que incineran o entierran la basura	0,770	17,88%
% de viviendas que son mediatas	0,798	7,60%
% de viviendas con otra forma de disponer la basura	0,838	17,35%
% de la PEA que son operadores de instalaciones, máquinas y montadores	1,135	5,96%
% de la PEA que son técnicos y profesionales de nivel medio	1,152	2,56%
% de la población que son afrodescendientes e indios	1,196	9,54%
% de viviendas con pozo séptico	1,292	19,07%
% de población afroamericana	1,531	2,23%
% de la PEA ocupado en la pesca	1,643	1,37%

Fuente: Censo Nacional de 2001.

También es sorprendente el otro extremo de la escala, es decir, aquello que tiende a concentrarse en las zonas de influencia de las áreas protegidas, por ejemplo, máquinas, población afroamericana, pozo séptico para evacuar aguas servidas, así como, de manera especial, la población que se dedica a la pesca como actividad económica. La alta representación de la población afroamericana y de los pescadores puede estar relacionada con el hecho de que las áreas protegidas han dado, especialmente en años recientes, una especial atención a la zona de manglar, donde existen núcleos de estas poblaciones. No se incluyen las demás variables porque su diferencia con

12 Está pendiente una actualización con datos del censo de 2010.

13 El valor 1 significa que existe la misma frecuencia que el promedio nacional; menor a 1 significa una presencia relativa menor; y mayor a 1, una concentración con más peso relativo que el promedio.

respecto a los valores promedios es muy pequeña, por lo tanto muy cercana a 1, lo cual indica que las áreas protegidas no muestran mayor asociación con esas variables.

Este no fue el comportamiento que esperaba. Para entender qué es lo que lo produce se debe tener en cuenta que la parroquia más poblada del Ecuador, la que corresponde a la ciudad de Guayaquil, se incluye dentro de las zonas de influencia de las áreas protegidas, puesto que allí encontramos varios refugios de vida silvestre.

Otra aproximación posible es usar, en vez del total de las áreas protegidas, cada parroquia como un caso de una población. Esto permite efectuar dos análisis. Al estudiar el promedio de todas las parroquias que incluyen algo de un área protegida y compararlo con el promedio de todas las parroquias del país, se corrigen, en gran medida, las deformaciones que se introducen por las ciudades capitales provinciales que están cerca de las zonas bajo protección. Esta aproximación también permite efectuar comparaciones con los valores típicos de las parroquias. Así, he elaborado un segundo indicador.¹⁴

Los resultados aparecen en la tabla 3.2. La tabla muestra algunas coincidencias con el análisis anterior, pero también elementos nuevos. Este procesamiento de las variables sí produce una asociación entre baja densidad y existencia de áreas protegidas, así como la escasa presencia de patrones (algo ligado a la dinámica empresarial). Las asociaciones positivas, en cambio, están vinculadas –y esto se ve con este indicador de manera más clara que con el anterior– con la población afroamericana, con la población indígena y con la población dedicada a la pesca. También son relevantes dos aspectos adicionales del perfil ocupacional: además de la gran concentración de personas dedicadas a la pesca, hay un número apreciable de personas en las fuerzas armadas y operadores de maquinaria.

¹⁴ La fórmula de este indicador es: (promedio de parroquias con áreas protegidas – promedio de todas las parroquias) / promedio de todas las parroquias.

Tabla 3.2. Diferencias entre el promedio de las parroquias con áreas protegidas y el promedio de todas las parroquias

Variable	a) Media del total de parroquias del país (%)	b) Media de las parroquias con áreas protegidas (%)	c) = b) - a)	d) = c) / a)
Densidad demográfica	104,15	53,20	-50,95	-0,489
de viviendas que incineran o entierran la basura	27,72	22,96	-4,76	-0,172
de la PEA que se declaran patrones	0,06	0,05	-0,01	-0,129
de la PEA que son oficiales, operarios y artesanos de artes mecánicas y de otros oficios	9,67	8,50	-1,17	-0,121
de viviendas que disponen de pozo séptico	16,75	14,75	-2,00	-0,120
de viviendas que disponen de servicios eléctricos	74,75	65,87	-8,88	-0,119
de la PEA que son operadores de instalaciones, máquinas y montadores	3,15	3,96	0,81	0,258
de viviendas que son chozas	1,65	2,19	0,54	0,325
de población afroamericana	3,22	4,32	1,10	0,342
de viviendas que son un cuarto	3,90	5,47	1,57	0,402
de la población indígena o afroamericana	17,45	25,72	8,28	0,474
de población indígena	14,22	21,40	7,18	0,504
de la PEA que pertenece a las Fuerzas Armadas	0,52	0,90	0,38	0,737
superficie km ²	257,47	535,91	278,44	1,081
de la PEA que trabaja en la pesca	1,55	3,58	2,02	1,302

Fuente: Censo Nacional de 2001.

Una tercera aproximación para el tratamiento de las variables es el análisis de correlaciones. Para ello correlacioné el porcentaje de la superficie parroquial incluido en un sistema de protección, con el comportamiento

de cada una de las variables. Al incluir como variable de referencia el porcentaje de la superficie bajo protección se corrige, parcialmente, la deformación introducida por las muy pequeñas zonas protegidas que, evidentemente, no son las que marcan la dinámica de las grandes parroquias, como la ciudad de Guayaquil. Esto se observa en la tabla 3.3, donde se presenta el r^2 del análisis de correlación. Los niveles de correlación son bajos, lo que indica que la presencia de las áreas protegidas, en general, no está ligada de manera determinante a casi ninguna de las variables analizadas. Si bien es posible discutir la significación de estos valores, mi impresión es que reflejan ciertos procesos interesantes.

Tabla 3.3. Coeficiente de correlación r^2 entre el porcentaje de la superficie de la parroquia incluido en áreas protegidas y algunas variables socioeconómicas

Variable	r^2
% población no inmigrante provincial en los últimos cinco años	-0,219
% dispone de servicio eléctrico	-0,177
% sector económico primario	-0,132
% trabaja como patrón	-0,116
densidad demográfica	-0,108
% disposición de aguas servidas en pozo séptico	-0,107
% vivienda de tipo casa o villa	-0,105
% empleados del municipio	0,119
% pertenece a organización campesina	0,122
% empleados del Estado	0,126
% trabajador familiar	0,131
Razón de niños < cinco años/mujeres en edad fértil	0,142
% pesca	0,153
% población indígena	0,163
% suma de afro descendientes e indígenas	0,184
% vive en un cuarto	0,188

Fuente: Basada en datos del Censo Nacional 2001.

La asociación más grande pero inversa, esto es, con signo negativo, se produce entre la presencia de población no inmigrante interprovincial y la superficie en protección. Esto se relaciona con otro elemento: hay también una asociación entre la presencia de áreas protegidas y la natalidad, según el indicador de menores de cinco años por mujer en edad fértil. Esto quiere decir que, en términos generales, la población que se ubica en estas zonas de influencia de los parques tiende a crecer más que el promedio, a través de dos mecanismos de crecimiento demográfico: el crecimiento vegetativo, expresado como natalidad relacionada con mujeres fértiles, y la inmigración. Otro factor asociado a estas áreas es la población indígena y de afrodescendientes, y una incidencia relativamente alta del empleo estatal municipal. A ello se agrega el peso del empleo familiar y el hecho de residir en cuartos, una forma de habitar muy frecuente entre trabajadores ocasionales.

Los primeros resultados que se obtienen de estas comparaciones muestran que las diferencias no son muy grandes. Esto parecería desmentir la hipótesis, de que las zonas en las que se declaran áreas protegidas evidencian algunas características sociológicas en común, que determinan sea procedente usar este arbitrio legal para organizar su territorio.

Pero se podría modificar la hipótesis central señalando que no se trata tanto de que una dinámica social produzca la creación de las áreas protegidas, sino que varias se yuxtaponen. En ese caso sería necesario identificar esas lógicas y mostrar cómo se combinan. Entonces conviene explorar algunos aspectos. Uno de ellos es la dimensión temporal. Para ello opté por examinar cómo las progresivas creaciones de áreas protegidas se relacionan con poblaciones de perfiles distintos en sus zonas de influencia.

Para abordar este tema, se requiere una solución metodológica al problema de la calidad variable de la información disponible en los diversos años. Los datos más recientes son más completos y diversos; sobre todo muestran mayor riqueza para la población económicamente activa. Los utilicé para poner a prueba esta hipótesis: que la situación registrada en el censo del año 2001 corresponde a diferencias que tienen larga permanencia en el tiempo; por ello, una región con indicadores diversos en esos años corresponde a situaciones distintas también en el pasado. Esto

permitiría ver cómo, en momentos en que el sistema experimenta un desarrollo disímil, se incorporan zonas con situaciones socioeconómicas también distintas. Esta hipótesis necesita ser corregida o contrastada con la información del pasado que, siendo más escueta, no permite analizar todos los detalles que ofrece la información actual. No obstante, sí permite ver si los patrones identificados en la actualidad corresponden, o no, a las mismas tendencias del pasado y, así, calibrar o corregir la comprensión que resulta de los datos recientes.

Para confirmar la hipótesis analicé la información de los censos anteriores. Aquí las dificultades metodológicas se multiplican. Para comenzar, la desagregación de la información es mucho menor. Solo el censo de 1990 usa una desagregación comparable a la de 2001. Por otra parte, los censos más antiguos no se encuentran en formato digital, lo cual obliga a elaborar matrices manualmente. Además, las categorías censales también varían considerablemente con el tiempo, lo cual dificulta más las comparaciones.

A pesar de ello, recopilé toda la información de los censos de 1950, 1962, 1974, 1980 y 1990, que corresponden a las parroquias en las que o se habían declarado zonas protegidas o estaban a punto de declararse. Como es de suponer, muchos datos varían enormemente, pero al convertirlos en índices respecto a los promedios nacionales, las variaciones se reducen bastante. Por ejemplo, Galápagos mantiene una constancia sorprendente en relación con ciertas variables: en el año 1950, su tasa de analfabetismo es de 0,43 respecto al promedio nacional, y en el año 1990 es de 0,38. Se efectuó este trabajo en un total de catorce variables en las cuales existía la posibilidad de realizar alguna comparación intertemporal apreciable. Los resultados muestran que, si bien la correspondencia de lo que sucedió hace treinta o cuarenta años no es exacta en relación con los promedios nacionales, es sustancialmente similar. Las diferencias se refieren a variaciones en la natalidad y el analfabetismo. Dichas variaciones no alteran las dinámicas generales sino que muestran periodos diferentes para cada zona de influencia de las áreas protegidas donde se producen alejamientos y acercamientos al promedio nacional. En muy pocas ocasiones existen modificaciones en las que los índices dejen de ser mayores o menores que uno. Es decir, si una unidad administrativa tenía, por ejemplo, un

analfabetismo superior a dicho promedio nacional hace cincuenta años, es muy probable que, aunque los valores cambien, siga siendo superior, en una proporción comparable, medio siglo después.

Esto comprueba la validez del método propuesto; permite usar un número mayor de variables teniendo claro que se trata de una aproximación y que, por ende, deberán usarse los resultados con precaución. Los datos de la secuencia cronológica de cada área protegida pueden ser de gran utilidad para entender sus dinámicas particulares, pero no modifican ni contribuyen a comprender la dinámica general. Por lo tanto, el análisis de esas series se dejará para trabajos futuros.¹⁵ El análisis de las variables que muestran un mayor nivel de asociación con la presencia de áreas protegidas produce el siguiente panorama temporal.

Los parques y los indígenas

Las dos primeras variables que muestran una mayor asociación con la presencia de áreas protegidas son los porcentajes de la población indígena o afroamericana en estas zonas. Para interpretar los datos conviene tener presente que la diferenciación étnica en Andino-América es resultado de múltiples variables. Sobre todo, sintetiza un conjunto de relaciones políticas surgidas del sistema colonial y de su transición a la era republicana, que colocaron a las poblaciones indígenas en situaciones de desventaja en la estructura social.

Si se tiene en cuenta que la información usada arroja una población indígena (que se autodefine como tal) que se acerca al 7% en el país, y que en el conjunto de áreas protegidas este valor es del 7,4%, hay una clara pero ligera tendencia a que exista una mayor representación de este grupo humano cerca de los parques. Pero lo que me interesa es ver cómo esto se modifica en el tiempo. El gráfico 3.5 resume la presencia de las distintas

¹⁵ Según el análisis efectuado, la región que más claramente modifica su posición respecto de los promedios nacionales es la zona costanera cercana al Parque Nacional Machalilla. En los primeros censos esta zona tiene una clara situación de marginalidad, que se remedia progresivamente con la conexión vial que la articula a los ejes dinámicos de Guayaquil y Manta.

poblaciones étnicas en las diferentes áreas del sistema de áreas protegidas. Se ve claramente que las zonas donde se creaban áreas protegidas tenían un alto porcentaje de población indígena y afroamericana.

Un perfil ocupacional orientado hacia los recursos naturales

Para analizar las formas de actividad económica elaboré la información relativa a la ocupación. La primera dimensión se refiere a los diferentes tipos de relación laboral que la población mantiene. Tal como muestro en el gráfico 3.6, el empleo estatal varía considerablemente. Al inicio el valor es muy alto, y está determinado por Galápagos. Luego se ubica en un nivel inferior al promedio nacional (9,82%). Posteriormente tiene un repunte muy fuerte en la década de 1980, cuando se crea el Parque Nacional Podocarpus, ubicado en una zona fronteriza, donde se hacía mucho esfuerzo para tener una alta presencia estatal.

Otro aspecto relevante del empleo es el autoempleo. Esta categoría incluye tanto a las personas que dicen trabajar por cuenta propia como a trabajadores familiares sin remuneración. Estas personas se dedican a una forma de actividad económica generalmente asociada con una reducida disposición de capitales y baja productividad. Esto sería un indicio de las zonas donde hay una mayor marginalidad. Los resultados del análisis constan en el gráfico 3.7. Puesto que el valor promedio nacional se ubica en el 46%, estos datos muestran, nuevamente, un período intermedio en el cual las zonas involucradas en las áreas protegidas presentan formas de producción marcadas por el limitado acceso a capital. Esto disminuiría luego, para volver a retomarse en años recientes.

El empleo asalariado en el sector privado muestra un comportamiento inverso: una disminución a mitad del período analizado y una aproximación al promedio al final del mismo.

En las categorías de rama de actividad, en concreto, las más ligadas a la naturaleza (la pesca, la minería y la agricultura), el resultado final, esto es, la situación actual en 2010, muestra algunas sorpresas. En primer lugar, solamente en el caso de la pesca las zonas de influencia de las áreas protegi-

das evidencian una incidencia mayor al promedio nacional. La minería y la agricultura presentan un peso relativo menor a dicho promedio. En el caso de la agricultura sucede así, a pesar de que en algunas zonas bajo protección, especialmente las grandes áreas de páramos, la población circundante se dedica, en gran parte, a actividades agrícolas. Con respecto a la minería, en cambio, existen momentos en los cuales la declaración afecta a zonas donde existe una fuerte actividad minera, específicamente la extracción de hidrocarburos (gráfico 3.8).

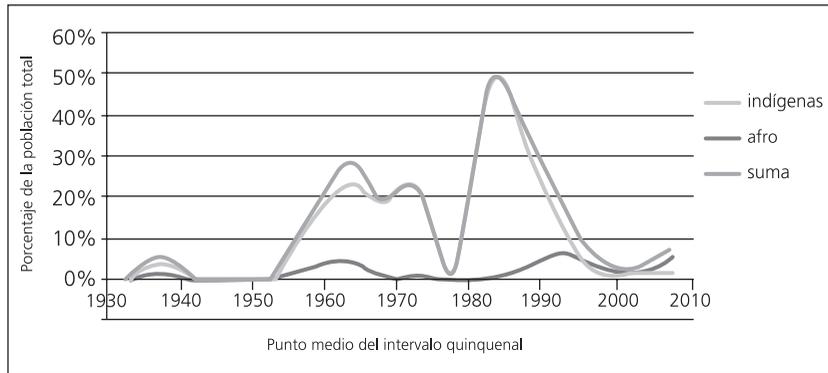
En este gráfico se comparan los promedios de las zonas de influencia de las áreas protegidas con el promedio nacional, es decir, se presenta un índice de concentración. El resultado final es que de las zonas indicadas solo la pesca está sobre dicho promedio. Pero también indica que esto no fue así antes de que los manglares de El Salado fueran declarados área protegida. El hecho de encontrarse en las inmediaciones de Guayaquil hace que esta ciudad, con casi la tercera parte de la población del Ecuador, deba incorporarse en estas zonas de influencia. Es decir, antes de que esto sucediera, el perfil sí estaba sustancialmente orientado hacia actividades extractivas.

Situaciones educativas muy variadas

El siguiente grupo de variables analizado son las relativas a la educación. Sinteticé este conjunto con un indicador: el número de años promedio de escolaridad de la población. He trabajado este indicador como un índice de concentración, es decir, el promedio nacional equivale a la unidad. Para este gráfico he introducido otra modificación: no he calculado los promedios quinquenales, sino que he señalado los valores al aparecer una nueva área protegida.

Entre los aspectos interesantes se confirma, en primer lugar, la tendencia a contradecir lo que se hubiera esperado. Según el resultado final, la población en estas zonas no tiene un nivel educativo bajo. Al contrario, el promedio total es superior al nacional. Algunas zonas de influencia muestran perfiles educativos claramente superiores a dicho promedio, combinados con otros que están marcadamente rezagados.

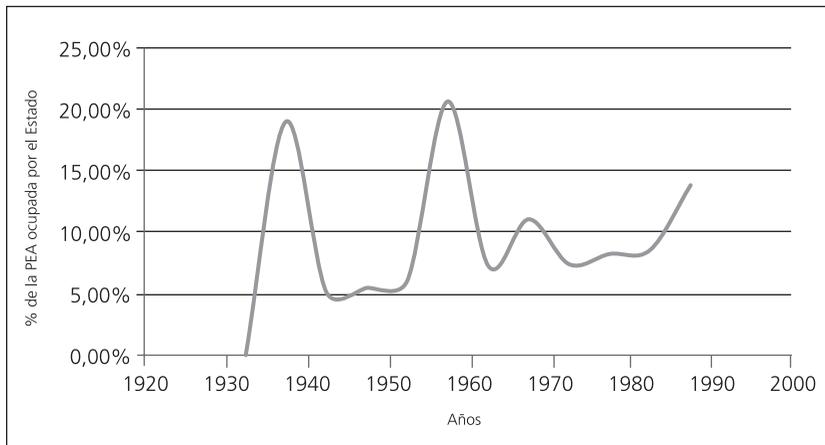
Gráfico 3.5. Porcentaje de la población diferenciada étnicamente en las zonas de influencia de las áreas protegidas (datos de cada quinquenio)



Fuente: basado en el Censo Nacional 2001.

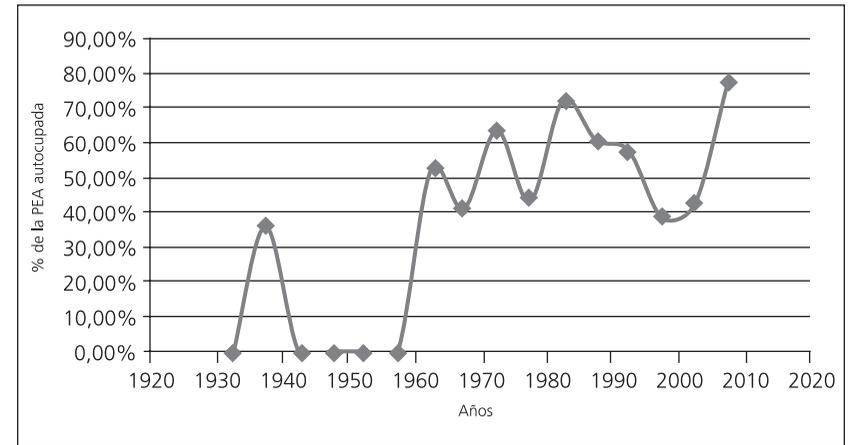
Nota: El eje horizontal representa la secuencia de la declaratoria de áreas protegidas señalando el promedio de las zonas donde hubo declaración de áreas protegidas en el quinquenio correspondiente.

Gráfico 3.6. Evolución del empleo estatal (porcentajes quinquenales)



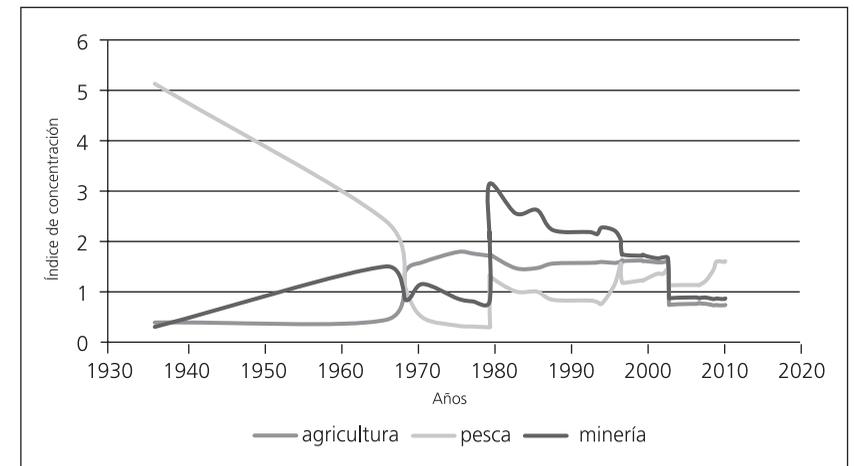
Fuente: Censo Nacional de 2001.

Gráfico 3.7. Promedios quinquenales de la participación porcentual de la población autoocupada



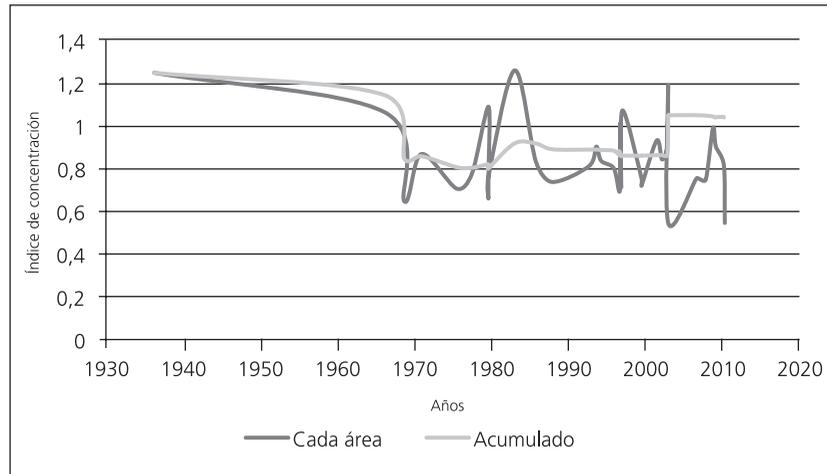
Fuente: Censo Nacional de 2001.

Gráfico 3.8. Índices de concentración de actividades extractivas (valores acumulativos)



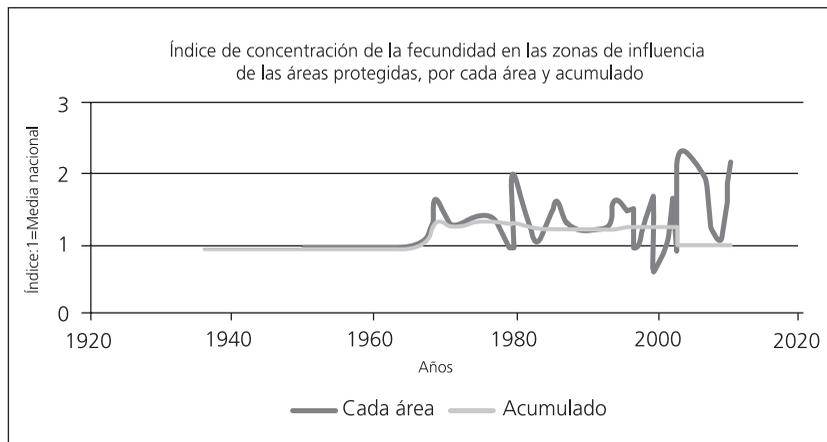
Fuente: Censo Nacional de 2001.

Gráfico 3.9. Índice de concentración del nivel educativo (años de escolaridad), por área y acumulado



Fuente: Censo Nacional de 2001.

Gráfico 3.10. Índice de fecundidad



Fuente: basado en el Censo Nacional de 2001.

Nota: variable utilizada, menores de cinco años por mujer en edad fértil.

Las zonas que más se destacan por sus niveles educativos superiores al promedio nacional son Galápagos y Loja, lo que confirma un caso muy especial inicial (Galápagos); luego, un período en el que predominan las declaratorias en zonas desaventajadas en materia educativa, con excepciones (Loja); y después, el enorme efecto homogeneizador de las zonas cercanas a Guayaquil.

Tendencias demográficas claras

Para terminar presento algunas variables demográficas. En primer lugar, en el gráfico 3.10 consta la relación entre menores de cinco años y mujeres en edad fértil, un indicador de fecundidad. Se observa, nuevamente, que el resultado final acumulado es muy cercano al promedio, aunque existen diferencias gigantescas entre las zonas y entre los distintos períodos en que se han proclamado las áreas. Todas las zonas donde la fecundidad se acerca al doble del promedio nacional son orientales, con una fuerte presencia de población indígena.¹⁶

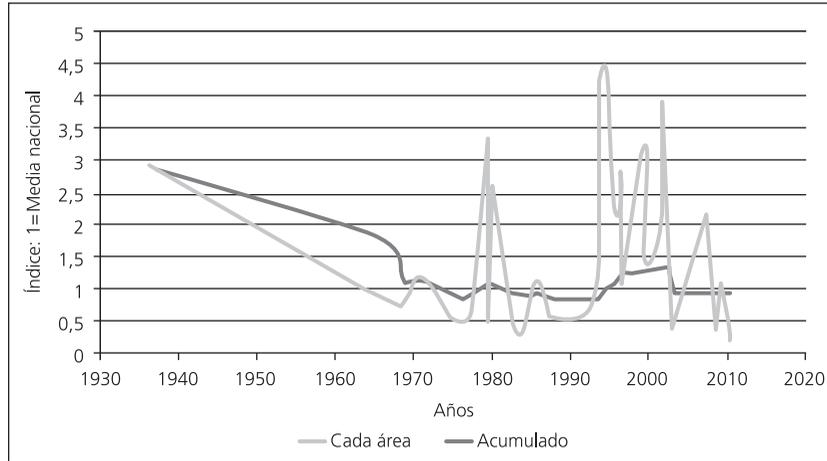
Llama la atención el valor excepcionalmente bajo de El Cóndor, que se refleja en el punto muy bajo alrededor del año 2000. Se trata, de todas maneras, de una zona muy pequeña con una población total de 426 personas, donde fenómenos muy particulares pueden tener una fuerte incidencia en el indicador final. Los otros puntos bajos corresponden a zonas con mayor presencia de población urbana.

La segunda variable demográfica se refiere a las personas que vivían en otra provincia hace cinco años, y es de especial importancia para este análisis (gráfico 3.11). Es sorprendente cómo estos valores casi cuadruplican el promedio nacional.

Nuevamente, la mayoría son zonas ubicadas en la región oriental, donde se ha vivido una expansión de la frontera agrícola. También existen zonas en las cuales este indicador es bajo; con frecuencia son las zonas altas y socioeconómicamente deprimidas de la Sierra.

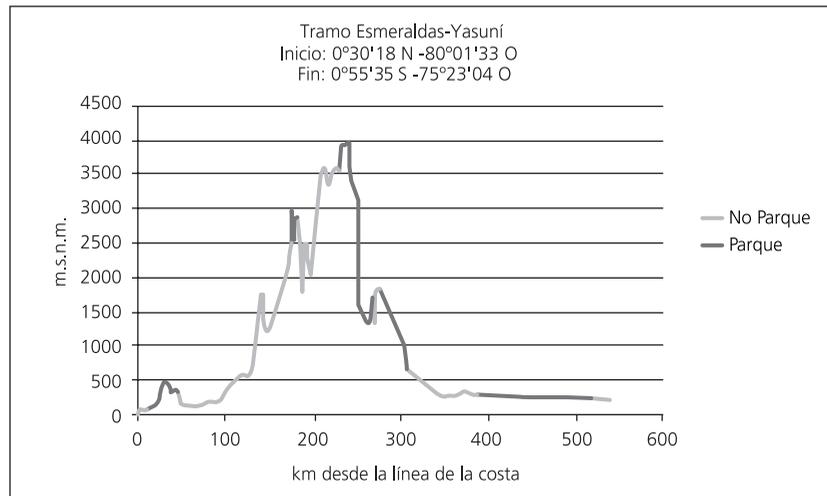
¹⁶ En muchos de estos grupos existe una gran valoración de la reproducción, que tiene que ver tanto con la supervivencia de infantes, relativamente precaria, como con una forma de defensa ante la presión demográfica de otros grupos.

Gráfico 3.11. Índice de población inmigrante



Notas: índices de inmigración, zonas de influencia de áreas protegidas.
Variable utilizada: porcentaje de la población que vivía fuera de la parroquia hace cinco años (1996).
Fuente: Censo Nacional de 2001.

Gráfico 3.12. Primera línea de perfil



Fuente: mapas de Áreas Protegidas del Ministerio del Ambiente 2010; Google Earth.

Cortes espaciales de parques

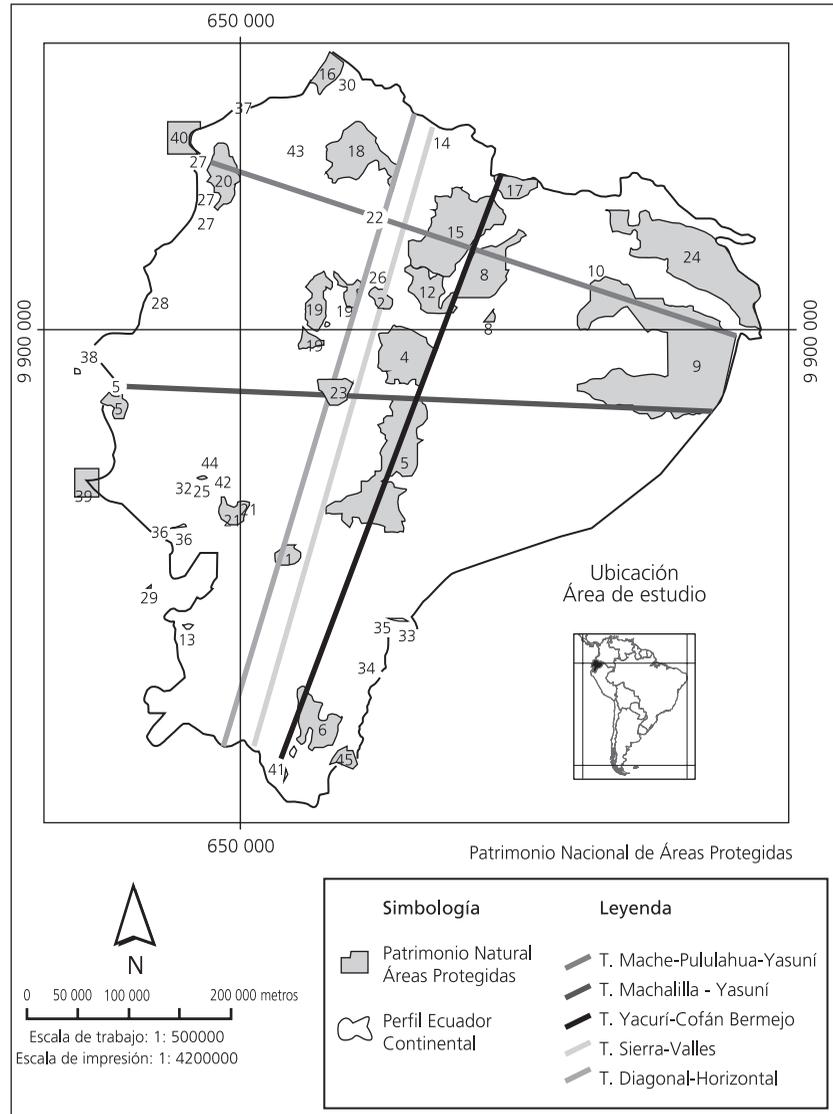
Para entender los procesos sociales que subyacen a la creación de los parques nacionales en el Ecuador hay otro acercamiento: preguntar qué representan en el espacio. En una primera aproximación se encuentra cierta tendencia a que determinadas fronteras ecológicas coincidan con los límites de los parques. Esto es lo que parece existir, por ejemplo, en el límite del páramo que coincide con el de la Reserva Ecológica Cotacachi Cayapas. Sin embargo, esta coincidencia no es generalizable, cada caso es diferente. Por ello, he optado por explorar qué sucede en diferentes líneas de perfil del territorio ecuatoriano en las zonas de parque y en las que no lo son. Una mirada a todo el territorio del país sugiere una primera constatación: una fuerte tendencia a proteger los páramos y las estribaciones de la cordillera oriental, dos zonas situadas en la llanura amazónica y otras superficies, en general menores, que están ubicadas o bien en las vertientes occidentales de la cordillera occidental, o bien en la línea del litoral.

Las cinco líneas de perfil del mapa 3.1 atraviesan la mayor cantidad de áreas protegidas, integrándolas al conjunto del territorio. En los gráficos que siguen al mapa interpreto lo que cada línea de perfil revela.

Este primer corte (gráfico 3.12) intersecta áreas protegidas de diverso tipo y por eso ayuda a visualizar dónde se ubican estas formas de administración territorial. Se destacan los siguientes puntos.

- a) La inclusión de una zona de protección marina muy cercana a la línea costera que abarca la cordillera de la Costa, pero no llega a dicha línea (este es un caso especial, puesto que la mayoría de áreas protegidas cercanas a la Costa llegan al mar y se vinculan con zonas de protección marinas).
- b) El pequeño enclave del Pululahua, al cual ya hice referencia, y que muestra una intensidad de protección mucho menor en el lado occidental de lo que se verá en el lado oriental (la ciudad de Quito, que no es intersectada por esta línea, está a pocos kilómetros al sur en la depresión entre las dos cordilleras).
- c) La gran extensión del sistema de protección en la cordillera oriental, con una pequeña interrupción que corresponde al eje de la ceja de selva ocupado por la colonización y por la cual cruzan las mayores vías de comunicación hacia la Amazonía.

Mapa 3.1. Ubicación de las líneas de perfil



Fuente: Tomado de Arcview (elaborado por Carla Gavilanes).

Mapa 3.1 (continuación)

Num.	Nombre	Num.	Nombre
1	Cajas	24	Cuyabeno
2	Cotopaxi	25	Manglares El Salado
3	Galápagos	26	Paschocha
4	Llanganates	27	Manglares Estuario del Río Muisne
5	Machalilla	28	Isla Corazón y Fragatas
6	Podocarpus	29	Isla Santa Clara
7	Sangay	30	La Chiquita
8	Sumaco Napo-Galeras	31	El Boliche
9	Yasuní	32	Parque Lago
10	Limoncocha	33	El Cóndor
11	Galápagos	34	El Zarza
12	Antisana	35	El Quimi
13	Arenillas	36	Manglares El Morro
14	El Ángel	37	Manglares Estuario del Río Esmeraldas
15	Cayambe Coca	38	Pacocha
16	Manglares Cayapas Mataje	39	Puntilla de Santa Elena
17	Cofán Bermejo	40	Galera San Francisco
18	Cotacachi Cayapas	41	Yacurí
19	Los Ilinizas	42	Isla Santay
20	Mache Chindul	43	El Pambilar
21	Manglares Churute	44	Los Samanes
22	Pululahua	45	Cerro Plateado
23	Chimborazo		

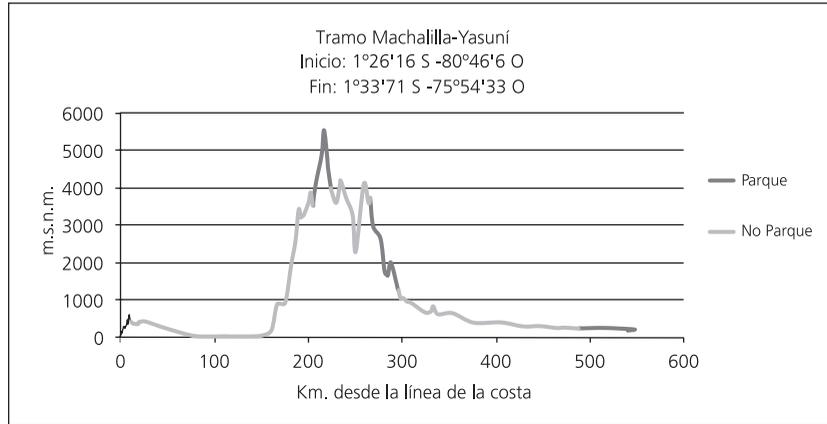
d) Por último, una gran extensión bajo protección en la llanura amazónica norte.

El segundo corte transversal (gráfico 3.13) muestra resultados que en gran medida confirman las tendencias anotadas, pero con ciertos matices.

En el lado occidental hay una zona de protección asociada a la cordillera de la Costa que, en este caso, sí llega al mar (el Parque Nacional Machalilla); en la cordillera occidental hay una zona (ahora de mayor extensión) que corresponde a la Reserva de Producción Faunística Chimborazo; en la vertiente oriental de los Andes existe un extenso sistema de protección que incluye alturas que bordean los 4000 m s.n.m., en algunos casos, y llegan hasta cerca de los 1000 m s.n.m., en otros; se termina con una área protegida en la llanura amazónica, la extensión sur del Parque Nacional Yasuní que ya consta en el perfil anterior.

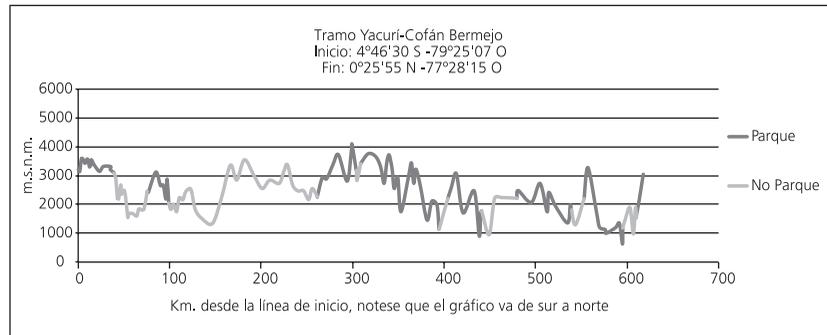
En las líneas que van en dirección longitudinal hay, en primer lugar, un perfil más accidentado que el anterior y, en el primer perfil en la línea más

Gráfico 3.13. Segunda línea de perfil



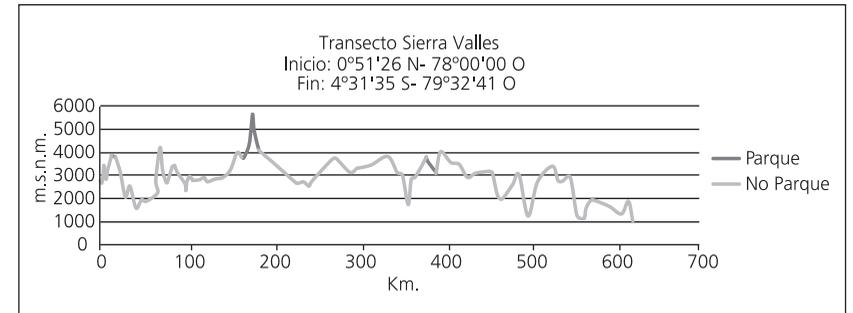
Fuente: mapas de áreas protegidas del Ministerio del Ambiente, escala 1:200.000, de 2010; *Google Earth*.

Gráfico 3.14. Tercera línea de perfil



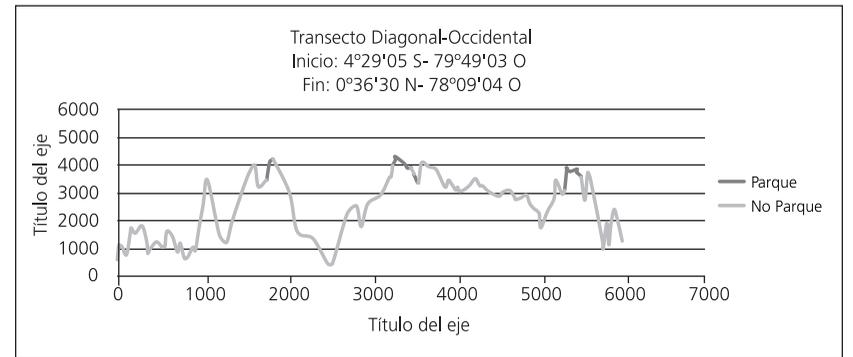
Fuentes: mapas de áreas protegidas del Ministerio del Ambiente, escala 1:200.000, de 2010; *Google Earth*.

Gráfico 3.15. Cuarta línea de perfil



Fuentes: mapas de áreas protegidas del Ministerio del Ambiente, escala 1:200.000, de 2010; *Google Earth*.

Gráfico 3.16. Quinta línea de perfil



Fuentes: mapas de áreas protegidas del Ministerio del Ambiente, escala 1:200.000, de 2010; *Google Earth*.

oriental, encontramos que una porción apreciable está marcada por una sucesión de zonas bajo protección. Este segmento no recoge las cumbres más altas de los Andes, sino las laderas hacia la Amazonía. Además, en el centro y norte del país, especialmente, hay amplios tramos cortados por pequeñas zonas no protegidas que muestran, sobre todo, las vías de conexión con la Amazonía.

El segundo corte, ubicado pocos kilómetros al oeste, corresponde, aproximadamente, a un corte longitudinal de los valles interandinos. Existen mayores variaciones altitudinales, pues aparecen los nudos que separan los valles. Destaca la altura del Cotopaxi, cuya cumbre es casi cortada por esta línea. Y en el extremo sur, la zona muy quebrada pero más baja corresponde a la provincia de Loja. En cuanto a las áreas protegidas interceptadas, se observan pequeñas extensiones: un fragmento del Parque Nacional Sangay y el Área Recreacional del Boliche, que incluye al Cotopaxi, y que corresponde a los puntos más altos de esta línea, para luego cortar en una pequeña extensión la Reserva de El Ángel. Es claramente diferente a la presencia masiva de zona bajo protección que se vio en el perfil anterior.

Para terminar, se ve otro trayecto paralelo a este pero ubicado aproximadamente cincuenta kilómetros hacia el occidente.

Se observa aquí algo parecido a lo anterior. El perfil general es bastante alto: desde el sur hay, en primer lugar, el terreno quebrado pero relativamente bajo de la provincia de Loja; luego el terreno se eleva hacia la provincia del Azuay, donde aparece la zona protegida de Mojanda; y después la gran depresión del río Chan Chan, que sube hacia la provincia de Chimborazo, donde se ubica la Reserva de Producción Faunística de Chimborazo. La cordillera sigue relativamente alta; se cruza un pequeño tramo de la Reserva Ilinizas, para luego bajar a la depresión del Guayllabamba; se sube a los páramos de la Reserva Cotacachi-Cayapas; se pasa la depresión del río Lita; y se termina subiendo hacia los páramos del volcán Chiles, en la frontera con Colombia.

En este perfil aparecen pocas zonas costeras y pocas zonas de pequeña escala bajo protección. De todas maneras, lo examinado ya permite plantear algunas conclusiones. Pero antes de ello analizaré la gestión misma del SNAP.

Discurso sobre los parques desde su propia institucionalidad

Al examinar cómo los parques son producidos por una sociedad que los rodea, es necesario revisar, aunque sea someramente, la forma en que estos han sido pensados y hablados por las personas que gestionan esta acción de conservación.

Los parques no son algo original. Muchas culturas han reservado porciones de su territorio para fines o formas de uso que conllevan acciones de conservación. Ejemplos son los bosques sagrados del sudeste asiático y de la India, los *pot kot* de los mayas, así como los cotos de caza de las monarquías europeas. Cada uno tiene su forma de insertarse en la sociedad: se relacionan con la tradición y con el poder. Son parte de las genealogías de las zonas protegidas. Se trata de un fenómeno con diversos desarrollos, tradiciones y vínculos. En los casos europeos, el cuidado del patrimonio estuvo ligado al ejercicio de la autoridad sobre el territorio. Ya fuera por la nobleza o por la autoridad municipal, el uso del territorio estuvo fuertemente regulado. A ello cabe añadir la historia demográfica, llena de contratiempos, que limitaba las posibilidades de presionar al medio. De todas maneras, con la Ilustración surgieron tanto la fe ciega en la razón como la capacidad humana de intervenir. Hay también perspectivas más cautelosas que incluso buscaban en la naturaleza una inspiración; esto se refleja con fuerza en el romanticismo alemán (Schiller [1801] 2007). En Inglaterra la pintura desempeña un rol significativo en la expresión de esa nueva sensibilidad respecto a la naturaleza. Sin embargo, es en Estados Unidos donde nace la fórmula del parque nacional, concebida expresamente para evitar la irrupción del uso humano en ciertos paisajes.

En el Ecuador, vimos cómo los primeros parques corresponden a una verdadera segunda ola sudamericana preocupada, sobre todo, de los paisajes espectaculares, que se desarrolla a inicios del siglo XX. Hay una clara conciencia (aquí es central la imagen de Charles Darwin con las islas Galápagos) de que estos elementos son valiosos en la interlocución con los países desarrollados. Ese es un argumento fundamental en todas las declaraciones de áreas bajo protección. Sin embargo, durante mucho tiempo tales declaraciones no requirieron una codificación, un ordenamiento, ni

una ley. Fueron una expresión de voluntad algo difusa y, en algunos casos, cierta limitación a las actividades productivas.

Mucho después se creó un marco legal para las áreas protegidas como parte de una política forestal. Esto no es accidental: tanto el precursor del conservacionismo en Ecuador (Misael Acosta Solís) como buena parte de los responsables de los primeros esfuerzos de conservación consideran que el tema forestal acerca las políticas productivas a las de conservación. En realidad se está tratando de construir una capacidad de gestión que, utilizando diversos instrumentos, pueda conducir el uso creciente de recursos.

Las políticas forestales han sido una sucesión de fracasos en Ecuador, al menos si son comparadas con algunas imágenes de sus propulsores. La capacidad de producir madera a través de plantaciones no ha llegado a consolidarse, a no ser por algunas experiencias con el pino y el eucalipto. Además, el manejo de los bosques nativos no ha logrado organizarse. No solo existe una tala muy fuerte y al margen de la ley, sino que las estimaciones señalan que solo se aprovecha el 8% de la madera tumbada. La causa fundamental de estos fracasos es la imposibilidad de superar las ambigüedades relacionadas con la tenencia de la tierra.

Con respecto a las áreas protegidas, los resultados son diferentes. No es que haya mayor claridad o que no se encuentren ambigüedades en su manejo. Lo evidente es la existencia de un claro proceso de crecimiento de la superficie bajo protección. Dicho de otra forma, cuando se trató de asignar superficies para el manejo forestal productivo, las presiones de colonización impidieron que ese esquema comenzase a operar. En las áreas protegidas, a pesar de las ambigüedades, las invasiones han sido menores y no han eliminado estas unidades de conservación. Las áreas protegidas van quedando, es lo que perdura, y progresivamente se desarrollan y diversifican. De todas maneras, hay algunas opciones abiertas hoy que marcarán el futuro del proceso. Una de ellas es el criterio de que dichas áreas deben ser estatales. Hoy en día esta es una opción muy cuestionada, pero no ha sido modificada. En cualquier caso, la definición legal tiene un efecto: impide que se registren derechos o transacciones sobre estas tierras, con lo que se han frenado procesos especulativos.

Los documentos políticos proveen información sobre los motivos que animan el proceso. El primer gran documento sobre las áreas protegidas en Ecuador es la propuesta de Putney (1976), donde aparecen elementos básicos del tema. En primer lugar, este documento señala con claridad la existencia de una situación terminológica confusa (fue elaborado antes de los congresos de parques, que propiciarían las terminologías y los marcos conceptuales estandarizados). En segundo lugar, su orientación central es mantener zonas sin ocupación humana.

Esta afirmación es la clave de lo que para muchas personas es el principal debate y problema de las áreas protegidas: ¿cuál es su relación con las personas? El documento de Putney no presenta elaboraciones sofisticadas al respecto. Se asume que la conservación tiene mayores probabilidades allí donde encontramos menor densidad humana. Esto debe ser considerado, además, en el contexto del proceso de colonización en ese entonces galopante. Más aun, en ese marco el tema de la propiedad adquiere una nueva luz. La incompatibilidad entre las áreas protegidas y la propiedad privada era un tema central para evitar que en aquellas zonas donde se pretendía conservar la naturaleza se expandieran los potreros, con un drástico efecto sobre los bosques, la biodiversidad y los suelos.

Se ha acusado a este primer enfoque de restringir los derechos de las personas que habitaban esos territorios. En algunos casos se señala que se las ignoró. Eso es solo parcialmente cierto pues, en algunos casos (Yasuní y Cuyabeno los ejemplos más claros) la declaración de zonas bajo protección frenó la colonización, que, en ese entonces, era la mayor amenaza para los pueblos indígenas. Lógicamente, ese aspecto no resuelve los problemas de esos pueblos. Las áreas protegidas ya tenían un complejo recorrido y, especialmente en África, provocaron muy fuertes conflictos con las poblaciones locales, ya que la implantación de áreas protegidas en ese continente estuvo estrechamente ligada a la prohibición del comercio de marfil y de otros productos derivados de la fauna que se consideraba amenazada.

En el caso ecuatoriano existe cierta sensibilidad frente a estos inconvenientes. Esto se refleja en la tendencia, en determinado momento durante el desarrollo del sistema de áreas protegidas, a optar por la fórmula de reserva que, en combinaciones tales como la reserva de producción faunís-

tica, expresan claramente que no se pretendía evitar completamente el uso de los recursos naturales, sino que se buscaba garantizar un abastecimiento permanente de los mismos.

La manera en que las áreas protegidas interfieren con la propiedad puede haber sido la más poderosa arma para lograr la conservación de la naturaleza, especialmente en el primer período, cuando no existían presupuestos o una capacidad de gestión sobre esos territorios. Sin embargo, era un poder de intervención que tenía enormes limitaciones, pues no permitía frenar los otros procesos por los cuales se estaba amenazando la riqueza biológica de esas zonas. Fundamentalmente, no se abordaba la caza o la extracción de maderas preciosas. Esto da lugar a una estrategia que consiste en conferir a la realidad formal del parque cierta capacidad operativa. Es el momento de edificar infraestructuras, centros de interpretación y guarderías, para construir lo que se podría llamar un sistema dedicado a cuidar los parques. Es también el momento en que aparece un problema nuevo: la conservación de áreas protegidas requiere personal y este, a su vez, necesita formación e instrumentos de operación.

En este proceso, la ONG Fundación Natura desempeña un papel especial. Una de sus fortalezas fue su capacidad de interlocución con el exterior: la institución fue la intermediaria en el primer canje de deuda por naturaleza. A través de este mecanismo se canalizaron recursos que permitieron invertir casi seis millones de dólares en armar el sistema de áreas protegidas del Ecuador. Comenzaron a aparecer guarderías y centros de interpretación en lo que antes solo era una designación formal; al mismo tiempo se organizaron cursos para formar guardaparques, y se iniciaron estudios más detallados para cada una de las áreas. Disponer de un plan de manejo comenzó a ser una aspiración posible en muchos de estos casos.

Lógicamente, el Estado miraba todo esto con mucha complacencia. Hubo algunos funcionarios críticos, porque este mecanismo entregaba fuerza y un poder especial a una ONG; en otros casos porque consideraban que la negociación debió realizarse con mayor descuento (es decir, con menores obligaciones para el Estado). No obstante, a los funcionarios encargados del sistema de áreas protegidas, esto les parecía, hasta cierto punto, una bendición.

Esta, como todas las innovaciones que involucran a una burocracia, implicó cambios en las cuotas de poder. De hecho, la pequeña y algo escuálida unidad que había sido la promotora de las medidas forestales, y que se había vinculado sobre todo a programas como el Hombre y la Biosfera, de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), fue prácticamente ahogada por un proceso más dinámico y con muchos recursos.

Parecía una relación ideal: los ecologistas consiguen el dinero de las ONG extranjeras y lo canalizan hacia las instituciones del Estado. Pero este aparente idilio no duró mucho. En determinado momento surgió un problema. Todo lo que esta ONG había implementado era un apoyo, una ayuda, pero requería crecientes compromisos del Estado. Un ejemplo: los vehículos todoterreno donados fueron recibidos con alegría, pero cuando comenzaron a detenerse por falta de mantenimiento o por carencia de presupuesto para combustible, se percibió que todo el proceso tenía implicaciones no identificadas originalmente. Cada donación, cada guardería construida, era una forma de presionar para que el Gobierno asignase crecientes presupuestos a estas operaciones. Cada guardaparque capacitado era una presión para que el Gobierno asignase una partida presupuestaria para contratarlo.

Las cambiantes situaciones presupuestarias del Estado y la muy limitada prioridad que los Gobiernos daban a este tema determinaron que, en algunos casos, se asumiera, de hecho, que este tipo de gastos y compromisos eran, justamente, aquello que debía ser sacrificado si se llegaba a una situación de crisis presupuestaria.

Y la situación de crisis llegó. En 1999 los presupuestos tuvieron que contraerse. Así, cerca de la mitad de los guardaparques formados en este proceso de canje de deuda fueron despedidos en diferentes momentos. Pero no queda allí. Desde el inicio se vio con claridad que la pretensión de mantener a las personas fuera de los parques era, en muchos casos, imposible. El caso más claro desde el inicio fue el del Parque Nacional Machalilla. Allí, la zona bajo protección incluyó casi todos los terrenos comunales y todo el pueblo de Aguas Blancas. ¿Cómo se podía esperar que las personas dejaran las casas en las que habían nacido sin compensación alguna? El sentido común llevó

a que se buscasen otros acuerdos pero, de todas maneras, la declaración del parque implicaba algunas restricciones concretas. Estas se referían a que con tal medida se frenaba la posibilidad de especular con las tierras comunales. Pero la especulación ya se estaba dando porque un poco más al sur se construía la nueva carretera de Manabí a Guayaquil, obra que le daba alto valor a toda la zona porque se abría al turismo de playa.

Adicionalmente, la declaración de área protegida restringía tres actividades más. La primera, la cacería, una actividad de pequeña escala que no fue reprimida totalmente, sino cuando asumía la forma de cacería nocturna prohibida en todo el país. En segundo término, se prohibió la extracción de maderas, y esto tanto con respecto al guayacán (*Tebebuia* spp.), madera dura y valorada, como a la tala de otras especies para la producción de carbón vegetal usado, durante mucho tiempo, como combustible doméstico para la preparación de alimentos. Esto ya constituía una restricción seria para la población involucrada. Pero el golpe más duro fue la restricción del pastoreo de ganado, especialmente caprino; esto constituía un atentado a la base misma de la subsistencia. Pronto se hizo evidente que la legitimidad del parque no podía basarse en una forma de cumplimiento de la ley que nadie defendía. La búsqueda de un arreglo provino de una combinación de tres factores.

En primer lugar es una zona azotada por sequías, con lo cual cualquier medida que ofreciera mitigar los efectos tendría alguna probabilidad de ser escuchada. Por esta razón, no se produjo una reacción masiva. En segundo lugar, la valorización ambiental de la zona tuvo estrecha relación con el desarrollo del turismo, que comenzó a ofrecer oportunidades de empleo e ingresos. Esto se complementó con el desarrollo de la actividad pesquera, que cambió el perfil ocupacional de la zona, ya que disminuyó la dependencia respecto a los recursos del bosque. En esta misma época cambia la infraestructura para la comercialización de combustibles de uso doméstico (esto incluía el gas licuado) y se desarrollaban los sistemas para su distribución. La ventaja de la leña como combustible barato desaparece.¹⁷ Por último, las acciones llevadas a cabo por las organizaciones de conservación in-

¹⁷ En Ecuador, el gas licuado de petróleo es altamente subsidiado; su precio es de dos dólares por cilindro de quince kilos y, con la mejoría en la red vial, es distribuido en casi todo el territorio.

cluyeron varios componentes: alternativas económicas, apoyo en trámites ante autoridades y capacitación para el ecoturismo. Como consecuencia, la irrupción de los intereses o preocupaciones conservacionistas no funcionaron, exclusivamente, como una imposición externa de restricciones, sino que se trató de una llegada bivalente: causó problemas pero también abrió oportunidades.

Esto muestra la necesidad de desarrollar algo nuevo: los proyectos integrados de conservación y desarrollo. La lógica de tales iniciativas es sencilla: para que los habitantes de las áreas protegidas y sus zonas circunvecinas no presionen sobre los recursos naturales, es lógico y justo ofrecerles otras oportunidades económicas. Parecía que en ese momento se había dado con la piedra filosofal: se podía hacer conservación y desarrollo.

Con creciente entusiasmo, las organizaciones comenzaron a implementar proyectos de este estilo, lo cual, lógicamente, repercutió en la forma de impulsarlos. Un primer cambio se refiere a los presupuestos. Ya no se trataba simplemente de apoyar la operación de un servicio especializado, no eran suficientes las investigaciones, generalmente realizadas por equipos de biólogos que se distribuían por el territorio para inventariar la biodiversidad. Ahora se necesitaban presupuestos para acciones de desarrollo, para atender las necesidades de las personas.

El cambio en los presupuestos de conservación se hacía evidente. Por ejemplo, en los documentos para el primer congreso latinoamericano de parques se estimaba que el fondo del Estado ecuatoriano para este tema era, en 1996, de tres millones de dólares, cifra insuficiente para las acciones integradas de conservación y desarrollo. Este nuevo punto de vista, que incluía la satisfacción de las necesidades humanas, exigió mayores recursos (Bustamante y Vidal 2000). Afortunadamente, había un sistema de cooperación internacional relativamente bien financiado que asumió el desafío con entusiasmo. La cooperación holandesa se comprometió con proyectos de varios millones de dólares en el parque Podocarpus; la agencia de cooperación de los Estados Unidos se interesó por la zona de Esmeraldas e implementó uno de los más costosos proyectos, el proyecto SUBIR, pero también trabajó en lo que se llamó la Biorreserva del Cóndor (el conjunto de parques de la cordillera que formaba un continuo de zonas andinas

ideales para crear un gran espacio donde proteger las poblaciones de esta emblemática ave). Los holandeses también mantuvieron acciones con Sangay. Los alemanes, a través de la KFW, desarrollaron acciones en Sumaco, en el proyecto Gran Sumaco. Y la Unión Europea trabajó con fuerza en Yasuní y Cuyabeno, por medio del proyecto Amazor.

La “comunidad” conservacionista ecuatoriana parecía estar en su edad de oro. Había muchos estudios biológicos y muchas actividades de promoción que las agencias internacionales desarrollaban con la cooperación, es decir, con el financiamiento a organizaciones locales. Pero esta lógica no dejó de tener problemas en dos ámbitos. Por una parte, se presentan problemas técnicos muy complejos. No es fácil implementar proyectos viables económicamente en zonas marginales. Los criaderos de pollos son emblemáticos. Representaban una fuente alternativa de alimentación mientras se mantenía el aislamiento, pero tan pronto como las condiciones de comunicación mejoraban, era muy difícil competir con los precios de la producción industrial de aves. En un comienzo, las subvenciones que los proyectos proporcionaban en asistencia técnica, en algunos insumos y, en muchas ocasiones, en los propios pies de cría, podían compensar las limitaciones; pero cuando estos subsidios se terminaron, los galpones para la crianza de pollos fueron abandonados. La crianza de cerdos pudo defenderse mejor por la capacidad de producir alimentos a bajos costos o, en muchos casos, porque consumen excedentes de otras producciones. Pero nunca llegaron a convertirse en la bonanza que se enunciaba.

El ecoturismo floreció prometedoramente mientras las agencias de cooperación se encargaban de los contactos y de la comercialización externa. Pero luego las instalaciones, las cabañas, dejaron de ser usadas y de recibir mantenimiento. Muchas de estas cabañas son hoy en día ruinas que testimonian un pasado repleto de proyectos, de experiencias e ilusiones.¹⁸

Pero no solo se trata de fracasos socioeconómicos; también existen cuestionamientos a los impactos ecológicos de algunos proyectos. En las zonas altas se buscaba, a toda costa, una alternativa a la ganadería y de repente surgió la milagrosa solución: usar la abundante agua de óptima ca-

¹⁸ Para una visión que matiza proyectos de ecoturismo exitosos y otros abandonados, ver García (2010).

lidad para establecer criaderos de truchas. No se trataba de una idea nueva; los páramos están llenos de estaciones piscícolas, pero estas no son de las comunidades sino de medianos empresarios que, generalmente, mantienen una residencia urbana. Así, crear la posibilidad de que los campesinos participaran de estas oportunidades apareció como una medida de equidad. Pero algunos detalles merecen ser destacados. Por ejemplo, la trucha es una especie invasora. Los alevines en ocasiones se escapan y comienzan a colonizar los arroyos. ¿Cuál es el impacto de esto? No existen investigaciones detenidas, pero hay quienes responsabilizan a estos peces, al menos parcialmente, de la desaparición de los pocos peces nativos, básicamente las preñadillas (*Astroblepus* spp.). Además, se les atribuye, gracias a su predación sobre los renacuajos, un rol en una de las más activas extinciones actualmente en curso: la de las ranas altoandinas.¹⁹ Pero esto no es todo: cuando los criaderos de truchas funcionan bien, producen ganancias, y no es raro que estas vayan exactamente a la compra de ganado vacuno que pastorea en los páramos. En realidad, el rigor con que se evalúan los impactos ambientales de algunas de estas actividades es muy inferior al que se exigiría a cualquier empresa.

No solamente se trata de un problema de eficacia sino también de viabilidad. Una política de conservación que asuma resolver todas las dificultades socioeconómicas que se producen en las zonas de su intervención se compromete a una tarea prometeica. Sería indispensable contar con flujos de recursos siempre crecientes. Se trata de una especie de traspaso de los problemas y las dificultades del desarrollo rural integral. En efecto, estos proyectos durante un par de décadas canalizaron millones de dólares de inversión en las zonas rurales pobres del país. No obstante, tuvieron una enorme dificultad para consolidar alternativas productivas que permitieran a los pequeños propietarios desarrollar actividades con lógicas empresariales.

La competitividad del pequeño productor agrícola, si no está vinculada a un producto de gran demanda en el mercado, depende, en casi todo el mundo, de los subsidios. La agricultura latinoamericana, a diferencia de la europea y la norteamericana, no está subsidiada. Esto coloca a quienes

¹⁹ En cuarenta años se ha perdido cerca del 30% de las especies de anfibios andinos.

no están vinculados con los dinámicos flujos de agroexportación en una situación de clara marginalidad.

La evaluación de los proyectos de desarrollo rural en América Latina es, en sí, un tema complejo. En Ecuador no se consolidó la idea de una transformación de la agricultura basada en su tecnificación. En general, las propuestas tecnológicas ofrecidas al campesinado tenían márgenes de rentabilidad estrechos y mucha vulnerabilidad frente a los cambios en las condiciones del mercado. A pesar de ello, todo el esfuerzo tuvo consecuencias relevantes en otros campos: mejoraron sustancialmente los servicios, las vías, el riego, y se realizó un esfuerzo muy apreciable de capacitación. Esto incluyó, claro está, los aspectos técnicos productivos, pero de una manera muy destacada los referidos a la gestión de recursos y a la negociación política. Hay quienes dicen que este amplio proceso fue clave para el surgimiento del movimiento indígena en el país. Los argumentos al respecto son varios e incluyen el hecho de que los dirigentes actuales, entre ellos varios diputados del movimiento indígena, iniciaron su formación y participación política como promotores de los proyectos de desarrollo rural (Bretón et al. 2000; Bretón 2005). Esto significa que si bien la propuesta técnico-productiva de estos proyectos puede ser considerada un fracaso, es también evidente que la negociación política para lograr la inserción de estos sectores en la sociedad fue sustancialmente modificada.

Lo mismo se puede decir sobre los proyectos integrados de conservación y desarrollo. Es difícil acceder a evaluaciones suficientemente frías y desinteresadas respecto a sus objetivos técnicos, ambientales y sociales. Sin embargo, queda claro que modifican las relaciones de negociación del poder.

Esto implica algunos problemas, entre ellos, que en los proyectos las dimensiones redistributivas, y también las políticas, comienzan a tener un rol creciente. En la redistribución, surge un problema cuando los presupuestos comienzan a escasear. Es necesario sacrificar algo. Pero las poblaciones circundantes están dispuestas a luchar para que no sean aquellos componentes que les significan beneficios directos. Comienzan a ver con malos ojos a los componentes técnicos que los biólogos y otros especialistas desarrollan, con niveles de remuneración claramente más altos que los que

reciben las poblaciones locales. La tensión entre estas poblaciones y los conservacionistas reaparece.

Las cosas no quedan allí. Existe una dimensión política que merece un análisis. La hipótesis es la siguiente: el movimiento campesino y el indígena en la década del 1990 comprendió muy bien el funcionamiento de la economía y el poder en Ecuador. El tema central no está en la producción; lo básico es la renta, y en el país lo fundamental es la renta petrolera distribuida por el Estado. Consecuentemente, la negociación sobre los recursos provenientes de este flujo es absolutamente central en la competencia distributiva. Quien controla parte de estos recursos puede tener adherentes, es decir, legitimidad política. El rol del intermediario en este proceso redistributivo se vuelve clave. Esto, como se ha documentado en algunos casos, no es necesariamente un mecanismo eficiente de redistribución (Bretón et al. 2000; Bretón 2005), pero resulta pertinente señalar que el tema de la conservación, e incluso del manejo de las áreas protegidas, muestra cada vez mayor influencia en lo político y, concretamente, en lo político con fuertes caracteres clientelares. Es decir, el poder se negocia a cambio de la distribución de “ventajas”.

Regresando a la evolución de los proyectos integrados de conservación y desarrollo, se han mencionado algunos problemas. Pero existe una dimensión adicional. Esta estrategia, si se enmarca en la lógica rentista señalada, simple y llanamente no es viable. No es posible disponer de suficientes recursos ni de la necesaria permanencia para que este modelo funcione de manera estable. De aquí surge una preocupación que, poco a poco, va adquiriendo peso: la sustentabilidad financiera de las áreas protegidas. En efecto, el modelo anterior no solo que no podía mantenerse indefinidamente; además, muchas de las zonas bajo protección no habían recibido recursos ni atención de la cooperación internacional. Los motivos eran varios, desde la velocidad con que se creaban zonas bajo protección, que era mayor a la velocidad con que respondieron las burocracias internacionales, hasta las limitaciones presupuestarias y políticas que estas sufrían. Por ejemplo, la cooperación holandesa durante mucho tiempo fue uno de los ejes de financiamiento para la conservación en Ecuador. No obstante, decidió abandonar el trabajo en el país cuando comenzaban a llegar los

ingresos económicos petroleros que lo colocaban en un nivel de necesidades mucho menos dramático que el de muchos países africanos. La cooperación suiza llegó a la misma decisión. La respuesta lógica frente a este problema es preguntarse cómo se financia la protección de la naturaleza en los países acaudalados, a fin de replicar esos mecanismos en el país.

Así, surgió un conjunto de dispositivos. Los primeros se dieron en un contexto antiestatista: buscaban crear mecanismos de mercado para obtener los recursos necesarios para la operación de las áreas protegidas. El pago por servicios ambientales fue el mecanismo fundamental que se creó. Si se relaciona esto con el hecho de que una gran parte de las áreas protegidas son páramos, es decir, nacientes de ríos y zonas que con excedente hídrico alimentan muchas cuencas interandinas, surge naturalmente la idea de que son los usuarios de esas aguas quienes deben asumir los costos de conservar la cuenca. Esto, sin embargo, no es fácil, puesto que una medida como esta repercute de maneras muy diferentes entre los sectores más dinamizados de la economía —es decir, aquellos que pueden asumir el costo— y otros marginalizados que no pueden satisfacer sus necesidades básicas.

De hecho, este modelo sí ha sido implementado con cierto éxito, especialmente cuando ha logrado el apoyo o el impulso de autoridades municipales que usan los recursos para el abastecimiento de agua potable. Son casos representativos los de Cuenca, Quito y la Reserva de El Ángel, donde el esfuerzo se orienta a un sistema de riego. A pesar de ello, esto no es sino una solución parcial para pocos casos, y con frecuencia genera nuevos conflictos (como el de las relaciones entre la empresa de agua potable de Quito y las comunas asentadas en el páramo de Cayambe Coca).

Otra alternativa ha sido el cobro a los visitantes. Galápagos es un modelo bastante exitoso, pero no todos los sitios son como estas islas. Si bien en algunos casos, especialmente en la Amazonía, existen operaciones turísticas internacionales a las cuales se podría cobrar entradas, el volumen del turismo es muy escaso, y no es posible aplicarlo ni a la población cercana ni al turismo interno. El tema se complica cuando se establecen políticas como la que está vigente desde 2010, según la cual el acceso a los parques es gratuito.

Surge entonces otra idea: la creación de los fondos fiduciarios. En el Ecuador esto remite al Fondo Ambiental (Ormaza y Troya 2003; MA

2005b; Rivas, Ulloa y Gutiérrez 2005), un patrimonio cuyos intereses financiarían el funcionamiento básico del sistema de áreas protegidas, comenzando por un grupo de nueve áreas.

El fondo se ha capitalizado: su meta de treinta millones de dólares podría ser alcanzada pronto lo que es clave para el funcionamiento del sistema de áreas protegidas. Quienes han contribuido son fundamentalmente gobiernos extranjeros. Pero la responsabilidad del manejo de las áreas protegidas incumbe directamente al Gobierno nacional. Así, se ha creado una figura nueva, una organización de la sociedad civil, pero que incluye como miembro del directorio al ministro del Ambiente, por lo cual no se puede hablar de una total dependencia del Estado. Por otra parte, los donantes, en este como en otros casos, ponen énfasis en que la gestión de los recursos se decida con la participación de personal técnico, básicamente con representación de la comunidad científica.

De todas maneras, la capacidad del fondo para asumir los costos de funcionamiento de todos los parques es muy lejana. Los montos que se asignan para estos fines son, usualmente, del orden de las decenas de miles de dólares, cuando las necesidades se ubican en las centenas. El problema por tanto no está resuelto.

La relevancia del financiamiento condujo a un estudio (MA 2005a) según el cual un funcionamiento mínimo del sistema de áreas protegidas requeriría 6 293 000 dólares; el gasto real es de 2 705 000 dólares, esto es, menos del 45% de lo que se consideraba como el mínimo adecuado. El mismo estudio estimaba que un manejo integral costaría 12 millones de dólares. En otras palabras, se gastaba aproximadamente el 22% de lo requerido para un funcionamiento adecuado del sistema. Publicaciones más recientes confirman que esta tendencia se mantuvo hasta 2007 (MA 2007), pero datos más reciente tienen información nueva que replantea esta realidad.

Podríamos decir que hasta el año 2007 el problema financiero es bastante claro y provoca dos reflexiones relevantes. ¿Qué significa que el Estado asuma solamente el 45% de los costos mínimos que su sistema de áreas protegidas exige? Se podría calificarlo como una clara muestra de negligencia, un hecho que debería causar bochorno, el reclamo de la ciu-

dadanía ante tan significativa deficiencia en el cumplimiento de las responsabilidades estatales. Pero esto no ha sucedido; al contrario, parecería que los datos ni siquiera generan algo de pudor. Más bien son usados como un argumento para convencer a los donantes de que hagan nuevos egresos. En esta estructura es claro que los verdaderos responsables de la deficiencia presupuestaria de las áreas protegidas son los donantes. Se trata de una aplicación muy concreta de la conocida fórmula de las responsabilidades compartidas pero diferenciadas. Esto quiere decir que la responsabilidad de asumir los costos ambientales es de toda la comunidad humana, pero la responsabilidad de poner los recursos es fundamentalmente de los países del Norte.

Esta división de tareas y responsabilidades tiene varias consecuencias. Crea, por una parte, un espacio para la permanente negociación de esta especie de indemnización que los países ricos deben pagar a los pobres, con las consecuencias que esto siempre trae consigo. Los países ricos tienen modos, modelos, políticas, instituciones y expertos para canalizar “adecuadamente” estos recursos. Esto implica que deben pensar la realidad ambiental de todo el planeta. Mientras, según la división del trabajo, los técnicos de los países pobres deben ser los traductores desde y hacia la esfera local de este flujo, de necesidades, aportes y legitimaciones.

Este contexto permite entender mejor uno de los debates sobre el tema ambiental más publicitados recientemente en Ecuador: la llamada Iniciativa Yasuní-ITT (Ishpingo, Tiputini, Tambococha). Según la propuesta, a cambio de no explotar el petróleo se solicitaba a “la comunidad internacional” un aporte en dinero que permitiría compensar al Estado ecuatoriano por los ingresos no percibidos por esa explotación.²⁰ La propuesta evidenció varias dificultades. En primer lugar, la idea –surgida de un sector que apoyó originalmente al actual Gobierno– no ha sido acogida con el suficiente entusiasmo por el régimen que, al contrario, ha impulsado con mayor fuerza la producción en los mencionados campos; de hecho, siguen explorando en la zona. No obstante las dificultades de este sector del Gobierno –que culminaron con su separación del régimen y la renuncia de

la comisión encargada de buscar recursos internacionales– las negociaciones siguieron adelante. Pero finalmente el entusiasmo oficial disminuyó gradualmente, las negociaciones continuaron pero su apoyo languideció, hasta que el Gobierno oficialmente canceló la Iniciativa Yasuní-ITT el 15 de agosto del 2013.

A pesar de que fue cancelada, la iniciativa tuvo importantes implicaciones y su cancelación se relaciona con las dinámicas del sector de la conservación. La lógica implícita en esta propuesta llama la atención, para comenzar, porque no se trata de negociar derechos de emisión de carbono. En efecto, los precios actuales para la comercialización del carbono no llegan a lo que se podría esperar de la explotación petrolera. Además, no está en juego solamente el petróleo, sino que fundamentalmente se está discutiendo sobre los bosques que están situados sobre las reservas de hidrocarburos. Es el valor de esos bosques lo que se pretende poner en la mesa de negociaciones. Aquí viene el primer malabarismo de esta propuesta. Se asume que la causa de la deforestación es la explotación petrolera, y eso es fundamentalmente falso, aunque es cierto que se ha creado una versión muy adecuada para los medios en la que se explica que la deforestación se debe a la explotación petrolera. Además, la literatura al respecto es abundante; los más clásicos son los textos de Kimerling (1991) y toda la difusión desarrollada por la campaña “Amazonía por la Vida”. Pero se trata de una versión simplificada y, como veremos más adelante, extraordinariamente consumible por un público sensible de los países del Norte. La simplificación desconoce algunos hechos relevantes. El primero de ellos es que la deforestación generada en la primera etapa de la producción petrolera fue un objetivo buscado y deseado expresamente por el Estado ecuatoriano, que impulsaba la ampliación de la frontera agrícola. En segundo lugar, los procesos de deforestación que aún subsisten se generan, sobre todo, por la cuestión de la tenencia de la tierra y componentes especulativos. Se desconoce también que los impactos en el ambiente causados por la explotación petrolera son muy variados.

En los primeros campos desarrollados, la repartición de tierras y la riqueza que a ello se le atribuía constituían partes esenciales del sueño del desarrollo petrolero. Luego se establecieron diferentes lógicas de explora-

20 Para una defensa de la propuesta, consúltese Vallejo et al. (2011).

ción y desarrollo de los campos con algunos elementos nuevos. Cuando determinadas compañías privadas –y no la empresa estatal– efectuaron actividades petroleras en zonas protegidas surgieron entidades con recursos financieros y capacidad operativa. Dichas empresas lograron controlar, de manera eficiente, el asentamiento de personas en los límites del parque que se encontraban en su bloque de operaciones al controlar los accesos. Esto lleva a una situación paradójica que Tufiño (2010) documenta en su tesis de maestría. En las zonas de la Amazonía ecuatoriana donde compañías extranjeras desarrollan la explotación petrolera, la situación ambiental es apreciablemente mejor que donde dicha explotación está a cargo de la empresa estatal. Es mejor también que en aquellas zonas donde, sin existir explotación petrolera, se ha producido una interconexión vial. En este aspecto Tufiño confronta la línea de argumentación que señala a los intereses petroleros como los fundamentales causantes de los problemas ambientales de esta región. Con ello permite regresar la mirada hacia otros factores que inciden en estos problemas y tal vez contribuye a una visión menos mecánica de los hechos.

Esto provoca a una situación paradójica. Los promotores de la iniciativa argumentaron que los recursos comprometidos por la cooperación internacional permitirían conservar los bosques de la zona. Esto, a la vez, implica que los bosques están amenazados; en otras palabras, que no funciona la protección que el Estado ecuatoriano les ha otorgado al declararles parque nacional.

Otro punto discutible de la Iniciativa Yasuní-ITT es lo que llamaré el dimensionamiento del tema. Los bloques petroleros Ishpingo-Tiputini-Tambococha constituyen una pequeña fracción del Parque Nacional Yasuní. Un punto vulnerable de la propuesta es que mientras se piden abundantes recursos para no explotar solo una parte del parque, a pocos kilómetros de distancia –y en el mismo parque– se está desarrollando ya la explotación. Los promotores de la idea percibieron esta limitación y, por ello, procedieron a redimensionarla. Así, en las últimas versiones la propuesta comienza a involucrar una superficie mucho mayor de territorio. En efecto, lo que se propone es que se usarán los recursos para garantizar el mantenimiento de una cobertura vegetal natural en cerca de la mitad

del territorio del país. ¿Cómo se lograría esto? Básicamente se señala que los fondos se utilizarán para acciones de conservación, desarrollo sustentable y reducción de emisiones. Con esta perspectiva se propone usar los recursos para garantizar la conservación de todo el sistema de áreas protegidas, al cual se agregan todos los bosques protectores y los territorios indígenas.

Esta estrategia es, sin lugar a dudas, brillante, pero presenta tres inconvenientes. Primero, crea una restricción en el uso de los fondos provenientes de la compensación. Pero si se produce la explotación petrolera, los recursos ingresan al presupuesto del Estado y este decide cómo utilizarlos con absoluta libertad dentro de las normas constitucionales. Esto es, se crea la preasignación de recursos. Y no solamente eso, sino que se los inmoviliza en un fondo fiduciario. Dicho fondo es administrado por una entidad en la cual participan los donantes y varios sectores que, de acuerdo con el esquema del fondo ambiental nacional, representan y garantizan la orientación ambiental de este gasto. En la propuesta original existía un organismo internacional, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), que asumía un rol central en la organización y la administración de estos recursos. Pero al presidente de la República no le agradó este esquema. La razón es evidente: el uso de los recursos no habría sido de libre disposición. Frente a su reacción de vivo disgusto, renunciaron el equipo negociador y el ministro de Relaciones Exteriores.

Otro problema fue que el esquema, tal como se lo proponía, exigió un compromiso que no se limitaba a dejar de explotar petróleo en los campos referidos; además, requería otras políticas de acción sobre una porción cercana al 40% del territorio nacional. Eso obligaría a tomar decisiones que, en parte, serían difíciles de cumplir. Por ejemplo, el patrimonio forestal del Estado no ha sido administrado efectivamente, hay un proceso de conversión a usos agrícolas que el Estado no ha podido limitar. ¿Podría hacerlo ahora? Gran parte de las superficies incluidas en esta propuesta no son propiedad del Estado. Una porción muy apreciable pertenece a comunidades indígenas y dichas comunidades, hasta el momento, no han participado en la negociación. Esto revela una cierta ambigüedad. Por un lado se podría pensar que la iniciativa es la oportunidad de que estos grupos accedan a recursos por los servicios de conservación que prestan a la

humanidad. Pero por otro, se podría asumir que se trata de una utilización de las comunidades para organizar un esquema de financiamiento que no ha sido construido con ellas.

La propuesta tiene otras implicaciones. El tema central, la no explotación de las reservas petrolíferas, pierde centralidad en la propuesta. Tanto es así que podría pensarse la misma propuesta sin prohibir la explotación petrolera, es decir, se podrían asignar todos esos recursos para asegurar el mismo esquema de protección en toda esa superficie de bosques. Incluso se podría imaginar una decisión soberana del Ecuador, sin la participación de donantes, de explotar el petróleo y usar íntegramente los recursos para los mismos fines que este fondo fiduciario establece.

Una última observación al plan se refiere a las dudas que surgen sobre las medidas de protección. La propuesta señala que se harán proyectos para asegurar el desarrollo sustentable. Aquí aparece la primera duda. ¿Son los denominados proyectos de desarrollo sustentable un instrumento eficaz para asegurar la sustentabilidad de los ecosistemas? De hecho, en algunas zonas, incluido el Yasuní, se han venido realizando proyectos para asegurar la sustentabilidad desde hace algunas décadas sin lograrla. Todas las críticas señaladas sobre las limitaciones de los proyectos integrados de conservación y desarrollo son aplicables a este esquema. No se trata de descalificar dichos proyectos, pero sí es indispensable evaluar su eficacia real. Generalmente son capaces de abordar problemas muy puntuales, pero muestran ser poco útiles para modificar grandes tendencias.

Lo pertinente, desde mi punto de vista, no es criticar una propuesta que se convirtió en la bandera del ambientalismo ecuatoriano sino, sobre todo, identificar cómo la creatividad que surge con respecto a esta iniciativa se organiza a partir de elementos que muestran una constante. En primer lugar, el eje del esfuerzo es la negociación hacia afuera. Esto se corrobora en un sinnúmero de declaraciones en las cuales las autoridades insisten en su carácter revolucionario por plantear una nueva manera de enfrentar los problemas de la economía. Además, destacan que tal negociación —o incluso la simple enunciación de una propuesta de semejantes características— coloca al Ecuador en la vanguardia ambiental mundial. Se trata de un reconocimiento significativo, y además enormemente nece-

sitado. Esto es, en cierto sentido, paradójico, pues Ecuador muestra a la vez claros reconocimientos y profundos vacíos. Funcionarios ecuatorianos han logrado desempeñar papeles destacados en los organismos ambientales internacionales. Por ejemplo, la presidenta de la World Wide Fund for Nature (WWF), Yolanda Kakabadse, es ecuatoriana. Esto es, nuevamente, paradójico, pues ella era parte de la comisión negociadora del proyecto Yasuní descalificado por la Presidencia. Un análisis de la gestión de los parques nacionales indica que, desde varios puntos de vista, la gestión del Parque Nacional Galápagos es un ejemplo mundial,²¹ mientras que existe un abandono radical de muchas otras áreas protegidas. En resumen, muchas autoridades ambientales en Ecuador han logrado obtener reconocimiento, fundamentalmente internacional, pero la conservación misma del ambiente muestra menos logros.

Otro hecho de especial relevancia para esta discusión es el replanteamiento radical de la argumentación que se ha venido desarrollando. De hecho, existen datos que sugieren una profunda orientación externa con respecto a la concepción y la argumentación de las políticas sobre áreas protegidas. Para entender esta tendencia, analizaré la evolución reciente de los presupuestos y del gasto realmente ejecutado en la conservación de los parques nacionales.

Los datos disponibles son sorprendentes. En el año 2012 el presupuesto estatal de las áreas protegidas se ha elevado a 21 022 000 dólares. Esto significa que en diez años el presupuesto se ha multiplicado por 7,7 veces, lo que implica una tasa de crecimiento promedio anual del 22%, un crecimiento enorme desde cualquier punto de vista (MA 2013). Una contextualización de los valores respecto a la bonanza económica vivida por el país puede llevar a que esta valoración se relativice, pues si la comparamos con el crecimiento del presupuesto del Estado, que se multiplica por cinco veces en el mismo período, constatamos que todos los servicios estatales crecieron intensamente durante este período. Pero lo importante es destacar que el presupuesto de las áreas protegidas creció aún más que ese alto promedio del conjunto del Estado.

²¹ De hecho, el archipiélago tiene la mayor persistencia de especies endémicas de todos los archipiélagos oceánicos del mundo.

Sin embargo dos reflexiones surgen de un análisis más detenido de estos datos y de su contrastación con algunos elementos adicionales. En la tabla 3.4 presento el crecimiento de varios rubros designados a las áreas protegidas y los comparo con el crecimiento del presupuesto nacional.

Tabla 3.4. Evolución de los indicadores de áreas protegidas

Gestión del Sistema de Áreas Protegidas: comparación de indicadores			
Año 2013 respecto a 2003			
	2013/2003	Valor de 2013 deflactado a 2003	Crecimiento del rubro/crecimiento presupuesto
Número de guardaparques	1,95		0,38
Presupuesto guardaparques	4,14	2,69	0,81
Gastos operativos	5,33	3,46	1,04
Infraestructura	585,63	380,28	114,41
Gastos del sistema general	6,71	4,36	1,31
Número de visitantes	3,75		0,73
Presupuesto áreas protegidas	7,79	5,06	1,52
Presupuesto del Estado	5,12	3,32	1

Fuente: Ministerio del Ambiente 2013, Banco Central, Boletines Anuales

Estos datos muestran la gigantesca importancia que tiene la construcción de infraestructura. Lo sorprendente es que algunos rubros, a pesar de haber crecido, sustancialmente, en términos absolutos, no lo han hecho en términos relativos. Esta variación en la composición del gasto es una pista que muestra algunos cambios en la gestión de las áreas protegidas. Sin lugar a dudas, construir obra física es un rubro necesario en cualquier política de gestión. Pero también refleja las concepciones sobre el desarrollo que lo identifican con la obra física, lo que se caricaturiza como el desarrollo del hormigón armado. Es paradójico que esta visión se manifieste también en lo ambiental que ha sido señalado, muchas veces, como una visión alternativa al desarrollo centrado en la construcción.

Para no simplificar el problema reviso aspectos adicionales de los datos. El gasto, básicamente la remuneración, por guardaparques también experimenta un cambio importante: se incrementa en un 40%, descontando la inflación. Según mi lectura, esto implica que se ha modificado la situación social de los funcionarios asignados al sistema de parques. El hecho de que el gasto por funcionario de los parques crece más que el PIB per cápita corrobora esta lectura. Sin embargo llaman la atención otros datos del mencionado estudio actualizado de las necesidades financieras. El primero es el rol de la cooperación internacional y de las organizaciones sin fines de lucro en el financiamiento. Según los datos, el papel de la cooperación externa se ha reducido al 5% del presupuesto, es decir, se ha convertido en marginal. Esto parece contradecir los argumentos presentados. La mirada hacia el exterior, para organizar, construir y financiar la conservación, habría dejado de ser la realidad. Los datos hablan de un esfuerzo fundamentalmente autóctono de conservación.

Pero las cosas son más complejas y menos optimistas según dos datos. En primer lugar, el estudio de necesidades que se ha mencionado mantiene una sorprendente similitud con el estudio anterior en cuanto a las necesidades presupuestarias no satisfechas. Se señala que para una adecuada gestión serían necesarios 44 166 985 dólares, y para la gestión óptima del sistema 66 848 699 dólares. Es decir, a pesar del gigantesco crecimiento que tendríamos, solo se está gastando el 47 % de lo necesario y el 31 % de lo óptimo. (Los porcentajes para el 2002 eran de 45% y 22%.)

Para entender el verdadero significado de esto es necesario incorporar unos datos adicionales. Durante el año siguiente, es decir 2013, la tendencia al extraordinario crecimiento se mantuvo: se llegó a gastar en el sistema de áreas protegidas 30,6 millones de dólares. Sin embargo, para el año 2014 el monto se redujo a 18 millones de dólares. Esta cifra aparentemente significaría una contracción de un 40%.²² Esto se relaciona con la disminución del presupuesto estatal debido a la caída del precio del petróleo. Se ha visto que el gasto ha crecido sobre todo en infraestructura, por lo cual podría pensarse que, de todas maneras, ha existido un margen

²² La fuente de esta información son entrevistas con funcionarios del Ministerio cuya identidad mantengo en el anonimato.

suficiente como para absorber una contracción en estos rubros. Sin embargo, preocupa que esta masiva contracción se registre al mismo tiempo que el presupuesto general del Estado mantiene un crecimiento (mucho más moderado, es cierto, pero claro) entre el 2% y el 5% en años recientes.

Esto puede generar alarma pues parecería que se está regresando al viejo patrón en el cual la conservación está entre los rubros más fáciles de sacrificar cuando se hace necesario contraer el gasto público. Surge entonces la pregunta de cuán permanentes son los cambios descritos. Volveré sobre este tema más adelante.

La ciencia de la conservación

Para conservar la naturaleza es fundamental conocerla. Como consecuencia, la calidad de los esfuerzos dedicados a la conservación depende de la cantidad y profundidad de los conocimientos científicos sobre la naturaleza. Las páginas de internet de todas las grandes organizaciones ambientalistas mundiales repiten ciertos elementos discursivos en diferentes combinaciones. En casi todas se afirma que su trabajo se encuentra respaldado por un muy profundo y fuerte conocimiento científico. Esto juega un papel central en la legitimación de sus acciones. En muchos casos, esta ciencia que aporta a los esfuerzos de conservación es también lo que justifica el rol especial de tales organizaciones, pues además del dinero que canalizan hacia los países pobres, su contribución se basa en una transferencia de tecnología que no se limita a llevar aquella ciencia consagrada, sino también a desarrollarla. En efecto, las instituciones de conservación están en condiciones de interactuar con el mundo académico del Norte. Esto implica usar los contactos que este mundo tiene con el mundo académico del Sur para elaborar visiones integrales de problemas ambientales, que son el marco general para organizar la intervención en la conservación. Además, con frecuencia, estas organizaciones son capaces de orientar o influir en sus respectivos gobiernos sobre las políticas que estos desarrollan en la cooperación conservacionista.

En este trabajo científico sí participan las instituciones locales, en algunos casos con intensos programas de cooperación. En el caso ecuatoriano,

los más destacados son los que involucran al Field Museum de Chicago con la Escuela Politécnica Nacional, al Jardín Botánico de Missouri con el Herbario Nacional, y a la Universidad de Aarhus con la Universidad Católica. En estos procesos, el intercambio de científicos es apreciable, y también es clara la división de tareas entre ecuatorianos y extranjeros. Los científicos locales trabajan en varios frentes. Un eje central es la colección de ejemplares que van llenando los museos, los herbarios, al mismo tiempo que los duplicados llegan a los museos metropolitanos, donde los especialistas darán sus veredictos sobre cuáles son nuevas especies y cuáles no.

Pero la ciencia no se limita a esto. Es necesario crear esquemas y propuestas para comprender cuáles son los procesos biológicos globales. Con frecuencia llegan científicos que no son especialistas en la taxonomía de un grupo determinado, sino que proponen formas de interpretar los procesos biológicos que se producen. Así, por ejemplo, llega a Colombia un Haffer que propone la teoría de los refugios del Pleistoceno (Haffer 1969). La propuesta cobra vida rápidamente. Otros autores la aplican a otros grupos taxonómicos y llega el momento en que esta terminología se convierte en argumento indispensable en las exposiciones sobre bosques tropicales. Como en todo tema científico, el debate prosigue. Otros científicos utilizan otras aproximaciones y, a pesar de que los resultados no siempre coinciden con lo establecido por esta teoría, ya se ha consagrado como una verdad oficial.

Son interesantes dos aspectos de este debate. Con independencia de su solidez científica, el argumento es usado, por una parte, para dar una cobertura científica a lo que se venía realizando y, por la otra, para organizar nuevas acciones de conservación. Se dedican a perseguir estos famosos refugios, mal definidos y todavía no demostrados. Desde el punto de vista de los ecuatorianos, esta teoría sirve para dar una base científica a cualquier esfuerzo de conservación. Es cierto que en algunas versiones los refugios comprenden superficies que superan los 500 000 km², es decir, el doble de la superficie actual del país. Una superficie tan extensa o bien es inútil para orientar y focalizar políticas de conservación en el Ecuador, o bien solo sirve para afirmar, con un lenguaje un poco más elaborado, que el país se encuentra en una zona de gran interés biológico. Esto ya lo sabíamos desde la expedición de La Condamine.

Luego llegan otros autores a explicarnos o facilitarnos argumentos para poder realizar los esfuerzos de conservación con un nuevo lenguaje articulado con un vocabulario crecientemente científico. Entonces aparece el término *hotspot*. De los treinta y cinco identificados en el mundo, dos se encuentran en el territorio ecuatoriano. ¿Qué mejor munición para la artillería del discurso de la conservación? Pero se trata de un lenguaje tan exacto como el anterior. Sirve para todo esfuerzo de conservación y para forjar la ilusión de que realmente estamos entendiendo algo de los procesos de conservación y extinción. En el caso de los *hotspots*, dos de sus propugnadores, Ted Parker y Allwyn Gentry, murieron junto con Eduardo Aspiazú, conservacionista ecuatoriano, en un accidente de aviación cuando estaban explorando, justamente, esa diversidad que buscaban defender. Con ello mostraron que su compromiso personal con la conservación era indudable. Pero se está haciendo una pregunta en otro ámbito: ¿Cómo van a modelar los esfuerzos nacionales a las ideas que ese pensamiento científico desarrolla sobre la conservación?

En determinado momento, la misión de aportar la ciencia necesaria para la conservación adquiere un matiz especial. Me refiero al desarrollo del enfoque ecorregional. Esta es en el siglo XXI la nueva versión de la verdad científica que sostiene las estrategias de conservación. Un momento crucial de este proceso se dio cuando la WWF, a través de un convenio con el Banco Mundial, asumió el trabajo de desarrollar los mapas ecorregionales y, así, impulsar el nuevo enfoque en los esfuerzos centrados en defender la naturaleza.

Las circunstancias que hacían necesario el cambio de perspectiva eran varias. Está la ya crónica insatisfacción con los resultados obtenidos por los esfuerzos de conservación, pero también había otros factores. Décadas de poner énfasis en el número de especies —ya sea a través de la perspectiva basada en los refugios o los *hotspots*— habían introducido cierta miopía que dejaba a un lado toda formación natural que no pudiera competir con los valores récord de diversidad que se encuentran en los bosques tropicales y en los arrecifes coralinos. La estrategia consiste en tomar distancia de la hipervaloración del gen implícita en todo el discurso de la diversidad genética, para abordar una mirada más ecológica. En otras palabras, la vida

se presenta no solo mediante la diversidad de especies, sino también de paisajes. Es una perspectiva que, de alguna manera, actualiza el concepto de provincias biogeográficas del siglo XIX.

Para elaborar este enorme esfuerzo se utilizaron las técnicas cartográficas y geográficas que aparecían, en ese entonces, como la punta de lanza de la tecnología, acompañadas de inventarios más detallados. El resultado final es un conjunto de mapas y nombres. Se produce un texto que, sospecho, algún día podrá convertirse en un clásico: el de Dinerstein et al. (1995). Allí se crean las ecorregiones y, como toda creación, cada una figura con nuevo nombre. Sin lugar a dudas, el esfuerzo está animado por intuiciones muy iluminadoras, que permiten replantear los trabajos de conservación. La primera gran intuición es la que logra retomar la más fecunda tradición humboldtiana para representar la vida, sus manifestaciones en el espacio. Es una especie de resurrección de la biogeografía como animadora para comprender el mundo natural. Se trata, sin lugar a dudas, de un aporte que era necesario.

En segundo lugar, y como consecuencia de tal aproximación, se muestra que la conservación no es un problema de parques, de zonas bajo protección, sino la dinámica que produce la vida en todas sus manifestaciones en un espacio geográfico. Esta demostración tendría varias consecuencias, algunas de difícil asimilación por quienes venían trabajando en el tema de la conservación atrincherados en sus parques nacionales.

Los efectos surgieron velozmente. Primero se completó un trabajo similar en el ámbito mundial. Luego se dio un paso más. El enfoque se basaba en los paisajes terrestres, lo que significaba que no recogía adecuadamente la biodiversidad del agua dulce. Pero esto fue subsanado: se elaboraron mapas de las ecorregiones dulceacuícolas, y luego se los completó con las ecorregiones marinas.

Apareció una nueva terminología. Ahora, cuando escribimos sobre la conservación no tenemos que referirnos necesariamente ni a los refugios del Pleistoceno ni a los *hotspots*. Podemos seguir usando esos términos que siguen manteniendo una aureola científica que no se puede despreciar, pero ahora debemos complementarlos con la terminología ecorregional.

Otras consecuencias significativas surgieron en otro ámbito: el de las acciones prácticas de conservación. En este plano varios procesos se mezclan.

La perspectiva ecorregional, que ya no se limita a la zona protegida, constituye un sustento, casi un imperativo, para actuar en el conjunto del espacio, esto es en toda la sociedad. Todo el trabajo con y hacia las organizaciones comunitarias, las asociaciones indígenas y los municipios, vive un nuevo auge que fortalece crecientemente la dimensión social de la conservación. Sin embargo, tal perspectiva, que se podría calificar de ambiciosa, muestra dificultades, puesto que si todo el territorio es el espacio de la conservación, corremos el riesgo de perdernos. Una salida prudente es enfatizar un aspecto parcial del enfoque, esto es, la interconexión de las zonas bajo protección, lo que se convierte en el discurso de los corredores. Estos son representados, nuevamente, con difusas definiciones, variadísimas escalas y una presencia casi obligatoria en toda declaración sobre la conservación de la naturaleza.

Pero en todo esto hay algo más. Las ecorregiones se convierten en entidades poderosas: organizan la actividad de conservación. Salen de sus laderas montañosas, son citadas a las oficinas donde se toman decisiones y sirven como aliadas en el sentido de Latour (2005) para organizar las actividades de conservación. Como resultado, las unidades de organización del trabajo cambian. Comienza a hablarse de ecorregiones, no de países.

Esto produce efectos concretos, pues surge una duda sobre quiénes son los actores idóneos para organizar los diferentes trabajos. Según el pensamiento previo, lo lógico era organizar las acciones de acuerdo con los diferentes países, reconociendo así la invención humana de los límites políticos. Pero esta realidad comienza a ser ilusoria, en cierto sentido. Se constata que los cóndores y los osos de anteojos no piden visa para cruzar fronteras ni se detienen en los puestos fronterizos. Tampoco lo hacen las semillas mientras se dispersan. El país, la nación, comienza a considerarse un artificio inadecuado para organizar esta tarea. Por lo tanto, adquieren un valor especial aquellos actores que se ubican en la perspectiva que sí puede mirar la ecorregión como una realidad supranacional. Estos observadores son necesariamente externos a la realidad nacional. No se trata de que se supriman las instancias nacionales, sino de que estas tienden a ser organizadas y articuladas desde otro punto de vista.²³

²³ De todas maneras, cabe señalar que en este momento las organizaciones ambientales viven una fuerte crisis en el Ecuador. Marginadas por la cooperación internacional, presionadas por los

La ecorregión como producto estrella de la perspectiva ecorregional es una construcción en la que intervienen innumerables elementos discrecionales. No puede ser de otra manera. En efecto, el criterio de comunidad de especies es un viejo tema de la biogeografía, conocemos desde hace mucho tiempo que la diferencia se da por gradientes. Dónde poner un límite es algo que adquiere cierta objetividad, como el criterio climatológico, por ejemplo de la línea de las heladas de Holdridge. Pero, justamente, se trataba de superar la dimensión excesivamente climatológica que caracteriza la famosa propuesta de las zonas de vida. ¿Y qué implica esto? Que es necesario efectuar agrupaciones. Por ejemplo, los valles secos del interior de los Andes muestran bastante similitud con la flora del bosque seco tumbesino, pero, en general, se los considera parte de otra ecorregión por estar rodeados de bosques típicamente andinos.

No obstante, el tema más relevante es que la organización de los riesgos para el ecosistema está articulada, en lo fundamental, con la actividad humana, encuadrada, en apreciable medida, por los límites de la organización política. Entre 1999 y 2005 se produce una modificación en la trama de organizaciones ambientales. Una de las manifestaciones más evidentes de este cambio es que las organizaciones internacionales dejan de lado su rol de socias estratégicas externas de las organizaciones nacionales. En el territorio ecuatoriano se instalan oficinas de WWF y de Conservation International (CI), que vienen a sumarse a las que hace algún tiempo mantenía TNC.

Esto puede parecer una bendición, puesto que la cercanía implicaría mayor interés y abriría las puertas para una cooperación más intensa. Sin embargo, existen dudas por varias razones. En primer lugar surge un conflicto por los recursos. Algunas organizaciones locales señalan que los presupuestos asignados a la cooperación ambiental deberían ir a las organizaciones de los países involucrados. Por otra parte, los costos operativos de las organizaciones internacionales son altos. Pagan sueldos internacionales y requieren que los funcionarios viajen con frecuencia, lo cual se refleja en sus costos operativos. Las organizaciones ecuatorianas están acostumbradas a negociar costos operativos o bien *overheads* que con frecuencia están

gobiernos, coqueteadas por las empresas, se alejan de su perfil original, para ser cada vez más empresas consultoras.

alrededor del 7%, mientras que las organizaciones internacionales no tienen pudor en cobrar porcentajes que superan el 20%.

Abordaré luego y con más detalle la problemática de esta relación. Por ahora señalaré dos aspectos adicionales de este proceso. Por un lado, esta dinámica se combina con el hecho de que las organizaciones nacionales que dependieron de aportes externos se han visto obligadas a buscar otras estrategias de supervivencia. En gran parte, se han convertido en entes consultores, en especial para los organismos del Estado. Por ende, las posibilidades de una actuación independiente frente al Estado han disminuido severamente. El rol de representantes de una conciencia civil independiente se ha minimizado ante la necesidad de acceder a los recursos estatales. Sin embargo, esto no afecta de la misma manera a todas las organizaciones. Existe un nicho mucho menos modificado: el de aquellas organizaciones que se definen como activistas más que técnicas, que cumplen básicamente un rol de denuncia. Estas organizaciones están ligadas a otro tipo de redes internacionales. Su financiamiento proviene en parte de ellas, y su objetivo es, en cierta medida, representar en Ecuador el discurso del ecologismo radical. Como veremos más adelante, esto también les impone una dinámica que dificulta la construcción de legitimidad interna.

Otros actores relevantes son las instituciones académicas. Su historia en Ecuador, si bien no es tan larga, les ha llevado a cierto nivel de consolidación. En efecto, el Museo de Historia Natural, el Herbario Nacional, el herbario de la Universidad Católica o el de la Universidad de Loja son reconocidos y han desempeñado roles destacados en esta dinámica. Estas instituciones han actuado como consultores en el trabajo realizado para las áreas protegidas; sin embargo, su actividad no se orienta a la conservación sino que consiste en proporcionar datos, agregando un aval científico. En pocos casos las instituciones nacionales desarrollan un programa de investigación realmente propio y definido. Cuando esto se da (lo podemos constatar sobre todo en las actividades de las estaciones científicas como la de Yasuní y Tiputini), el rol de la cooperación con universidades extranjeras es determinante. Esto lleva a que su tarea sea producir o colaborar en la producción de una línea de investigación que concuerde con las agendas del Instituto Smithsonian, del Field Museum de Chicago o de alguna otra

entidad del Norte. La agenda propia no parece ser relevante. Como resultado, no se tocan algunos temas centrales para la conservación y el manejo de los recursos naturales, a pesar de su relevancia para cualquier política sobre la biodiversidad y el manejo de los ecosistemas.

Señalaré tres que son cruciales. Primero, la reforestación con especies exóticas, entre ellas los pinos y eucaliptos, es debatida a partir de estudios elaborados en Sudáfrica y Brasil. En los Andes ecuatorianos no se han documentado las repercusiones de este uso del suelo en las zonas donde se sigue sembrando y cuestionando su presencia.

La dinámica de las sucesiones y de los bosques intervenidos o secundarios es otro tema que debería ser central para una gestión adecuada del territorio. No obstante, en estos ambientes es menos probable encontrar nuevas especies, así que se les ha dado poquísima atención, a pesar de que este tipo de bosques puede acoger un alto porcentaje de la biodiversidad nativa y, en algunos casos incluso presentar niveles más altos de biodiversidad.²⁴

El tercer tema es la investigación sobre la tasa de conversión del bosque. Esta investigación sigue siendo polémica y no arroja resultados que permitan debatir. Se siguen utilizando datos que hablan de tasas de deforestación del 2% del bosque anual. Pero la cifra no convence puesto que, en los últimos años, han existido procesos que afectan la velocidad de conversión de los bosques. Por ejemplo, se ha eliminado el subsidio a la ganadería de carne y se ha disminuido la rentabilidad de la producción pecuaria al disminuir los aranceles. Esto ha permitido la entrada de carne más barata desde Colombia. Por otro lado, existen factores que pueden haber incentivado la deforestación, como el auge de la producción de palma aceitera.²⁵

Pero el punto fundamental donde se perciben los vacíos de una perspectiva científica no son los mencionados. Sin duda, conservar la biodi-

²⁴ Esta afirmación se basa tanto en mi experiencia en zonas de amortiguamiento como en comunicaciones personales de Hugo Mogollón, investigador del programa del Smithsonian Institute en Yasuní.

²⁵ Datos recientes recogidos en la publicación de Mery et al. (2009) dan una tasa estimada de 0,68% anual, menos de la mitad de la que se ha venido usando durante décadas.

versidad requiere que se entiendan cuál es la realidad que está en juego, así como las técnicas de manejo, gestión de proyectos y equipamiento de las áreas. Pero la conservación está determinada, en lo fundamental, por otra dinámica: cómo la sociedad en cuestión usa, presiona y modifica el entorno natural. Sobre esta cuestión el vacío es casi total, pues las ciencias sociales también muestran una incapacidad para pensar con autonomía su agenda. En efecto, si se examinan los trabajos sobre áreas protegidas, se observa el enorme dominio de temas relativos a la población indígena, los cuales gozan de un muy alto perfil en la sensibilidad de los países del Norte. Pero aspectos tales como el lugar de los colonos mestizos son menos relevantes. La versión más difundida es que la Amazonía está sufriendo una destrucción masiva. La responsabilidad recaería, básicamente, en intereses que representan al capitalismo dominante y globalizado. Ante tal descripción de los hechos, la respuesta debería ser, lógicamente, una gran alianza de lucha contra la agresión capitalista.

Los problemas que se viven en la región son bastante más complejos. En el tema ambiental, la situación es menos esquemática de lo que se anuncia. Es cierto que existe contaminación petrolera en varias zonas. Pero se ocultan algunos hechos, por ejemplo, que los derrames petroleros masivos desde hace más de veinte años no suceden en las explotaciones de empresas privadas, sino en las instalaciones de la empresa estatal. Tampoco se señala que la abundancia de agua en la zona es tal que, en general, los niveles de contaminación por hidrocarburos son bajos, pues las fuentes de contaminación se diluyen rápidamente. De hecho, los ríos de la zona petrolera muestran niveles de contaminación menores a los que predominan en ríos de la Costa o la Sierra ecuatorianas.

Esto no quiere decir que no existan problemas ambientales, algunos incluso son muy graves. Por ejemplo, la relación que existe entre las comunidades locales y las empresas petroleras, especialmente con los pueblos hoarani, los ha convertido en comerciantes activos de carne de monte. Con ello, el equilibrio que solía existir entre sus prácticas de cacería y el medio se ha roto, y existen fundados temores de que dicho comercio representa una presión muy fuerte sobre varias especies. Una situación similar existe con las maderas preciosas, especialmente la caoba, que es explotada de manera ilegal

y creciente. Se puede indicar, además, que los estándares de la producción petrolera no son los óptimos, pues existen filtraciones y pequeños derrames que afectan a quienes viven más cerca de las instalaciones.

Sin embargo, los problemas más agudos no son los que se refieren a la naturaleza, que en realidad todavía mantiene niveles de conservación relativamente buenos. Lo más grave es la situación de las personas. Los datos muestran situaciones que deberían alterar cualquier sensibilidad que esté medianamente atravesada por los valores del humanismo. Se han producido masacres entre pueblos indígenas y ataques a madereros ilegales en los que mueren personas. Y tampoco debemos quedarnos en el alto perfil internacional de las noticias que involucran a los pueblos indígenas. En la zona petrolera existe la mayor tasa de mortalidad por violencia, algo que está muy indirectamente relacionado con esta actividad. En la misma zona está presente una realidad con un efecto muy fuerte que rara vez se menciona, al menos cuando se abordan los temas ambientales: el narcotráfico y la violencia al otro lado de la frontera con Colombia.

En otra investigación analicé en qué medida la explotación petrolera incide en la calidad de vida de las poblaciones que se asientan en torno a esta actividad. Más allá de la fuerte correlación con la violencia, que no puede ser considerada como una consecuencia directa de esta práctica, puesto que puede ser explicada mejor por la violencia transfronteriza, no existe una asociación entre la actividad y la falta de servicios básicos o su deficiente calidad, la alta mortalidad infantil o las altas tasas de analfabetismo. Los resultados del estudio de Bustamante y Jarrín (2005) y de Bustamante (2007) no confirman que la actividad petrolera destruya la calidad de vida de las personas. Aunque, claro está, tampoco muestra una clara asociación con niveles altos en los indicadores de desarrollo humano.

La historia de las ciencias sociales ecuatorianas está marcada por su incapacidad para enfrentar la dinámica de los procesos socioambientales a través del análisis de una realidad concreta. Esta conclusión es extensible, con excepciones, a la plétora de académicos extranjeros que han escrito sobre la zona petrolera. La mayoría ha abordado esta realidad como parte de su búsqueda de argumentos a favor de una u otra posición teórica dentro de los debates y particulares alineamientos de sus carreras y alianzas académicas.

micas. Su argumento y su búsqueda están estrechamente comprometidos con sus marcos teóricos, más que con la realidad que se vive en un determinado espacio. Esto, evidentemente, no es raro, pero sí es un factor que limita la luz que arrojan sus estudios sobre la realidad investigada.

En Ecuador, el trabajo para comprender esta dinámica social empezó con investigaciones antropológicas que se preocupaban de tres líneas. Primero se hicieron estudios etnográficos de las comunidades indias desde diversas perspectivas teóricas. Este grupo incluye a Karsten (1935), Harner (1978), Whitten (1978), Descola (1987), Vickers (1989), entre otros. Luego habrá una corriente que muestra una preocupación básicamente antropológica que aborda el tema del cambio social. En este campo los trabajos de MacDonald (1997) y de Hudelson (1987) son probablemente los más emblemáticos. La perspectiva del cambio social desde un enfoque etnohistórico tiene una expresión destacada en Oberem (1980), que luego se complementa con el trabajo de Muratorio (1998). Y desde una perspectiva menos académica, están las actividades del Centro de Investigaciones Culturales de la Amazonía Ecuatoriana (CICAME), con Cabodevilla (1998a) como su principal exponente. En la región sur de la Amazonía, también debe ser reconocido el trabajo de Bottasso (1982) en la serie Mundo Shuar.

Un fenómeno masivo y más dinámico, sin embargo, ha recibido escasa atención: la colonización ha sido documentada hace ya algunas décadas por Uquillas (1986) y Salazar (1989). En años recientes, el tema parece haber sido abandonado, a no ser por los trabajos impulsados por Richard Bilsborrow desde la Universidad de Carolina del Norte; un ejemplo de lo que se ha generado es la publicación de Mena, Bilsborrow y McClain (2006).

Posteriormente, la conservación de los recursos, el impacto ambiental y la conservación de la naturaleza adquieren un rol protagónico. En una perspectiva que recoge el interés en la ocupación del espacio tenemos el libro de Paul Little (1992), *Ecología política del Cuyabeno*, cuyo eje interpretativo es el desarrollo de un complejo militar petrolero. Después de esta obra, el mundo indígena y la conservación son los temas dominantes.

En este momento surge una gran diversificación teórica, aunque más que diversas teorías lo que se observa es una pluralidad de códigos terminológicos, cada uno de los cuales se empeña en desmarcarse de los demás.

Surge, así, el auge de la palabra “gobernanza”, término que irrumpe con mucho vigor desde los organismos internacionales y que tiene muy variadas y locales acepciones y usos.

Es también importante la creación de un discurso que explique la contraposición entre la realidad de los pueblos indígenas, a través de su contradicción con el Estado y las actividades extractivas. Esto permite introducir el debate dentro de otras perspectivas que se están desarrollando en varias regiones del mundo, sobre todo en los escenarios internacionales. Me refiero al ecologismo de los pobres y la amplia gama de voces que hablan de una contraglobalización. Se trata del surgimiento de fuerzas políticas que son capaces de confrontar, en muchos terrenos. Estas fuerzas de la globalización capitalista; además son portadoras de una convergencia que representaría la esperanza de una alternativa al mundo gobernado por la crematística, el ecicidio y la acumulación del poder, característicos de la civilización occidental (Martínez Allier 1994).

En esta perspectiva, nuevamente son abundantes las versiones que inventan una historia local expresamente diseñada para atender a las fantasías que el discurso con mayor “sensibilidad” humana y ambiental necesita en el Norte. El esquema maniqueo del discurso, que básicamente propone el argumento de que todos los males de la tierra llegaron a la Amazonía con el capital transnacional es simplista en extremo. Recoge algunas tradiciones frecuentemente presentes en tendencias del pensamiento latinoamericano que atribuyen a fuerzas externas –entre ellas las favoritas son la conquista ibérica y la penetración capitalista– la responsabilidad de casi todos los males que el continente vive. El problema de esta simplificación radica en que no solo se crean hechos que no corresponden a la realidad, sino que, sobre todo, no se examinan las causas reales de los conflictos que vivimos como sociedades.

No cabe duda de que la conquista española trajo problemas: los epidemiológicos fueron los más graves y el costo humano fue descomunal. El comportamiento de los vencedores es inaceptable si lo juzgamos con una sensibilidad actual. Pero es bastante claro que no todos los pueblos que han sufrido conquistas inescrupulosas y con contenido genocida sufren hoy en día de un gran subdesarrollo. Tampoco es cierto que la

cruidad y la injusticia fuesen desconocidas en la tierra hasta la llegada del capitalismo.

Pero insisto en que la cuestión es otra. Este esquema oculta la estructura real de las relaciones sociales y de poder que crean y mantienen estos problemas. Veamos, por ejemplo, algo de la literatura que se ha escrito recientemente sobre una de las zonas más famosas desde el punto de vista de la conservación: el Parque Nacional Yasuní. Sobre este tema, FLACSO Ecuador ha producido abundante literatura, varias tesis y colecciones con artículos de varios autores (Fontaine 2007; Fontaine y Narváez 2007; Fontaine y Puyana 2008; Narváez 2009). El panorama que se desprende de estos estudios es el de un desastre de conservación que, por otra parte, tiende a atribuirse muy claramente a una incompetencia del Estado (Fontaine y Narváez 2007).

Las líneas de argumentación generalmente se mueven por la contradicción entre las disposiciones que el propio Estado ha emitido respecto a la conservación y a la actividad petrolera. De hecho, el Parque Nacional Yasuní ha sido un territorio en el cual se han desarrollado actividades de exploración y explotación petrolera desde hace varios años, y aparentemente tendríamos una crasa contradicción. Teóricamente existirían dos lógicas irreconciliables: la de la conservación, por un lado, y por el otro los intereses del Estado ligados o articulados al extractivismo transnacional. La hegemonía de esta segunda lógica sería responsable del colapso del modelo de conservación.

A esto se agrega la proliferación de conflictos en torno al tema petrolero. Pero aquí nuevamente conviene ser cuidadosos, pues la expresión “conflictos ambientales” engloba una gama muy diversa. Estos incluyen desde las grandes discusiones que buscan impedir el ingreso de la actividad petrolera en una zona, hasta los juicios y reclamos que se presentan por incidentes muy variados, desde el atropello de una gallina hasta los daños producidos por la rotura de una tubería. Los conflictos ambientales han generado una amplia literatura que retoma, sobre todo, las confrontaciones de organizaciones indígenas de segundo grado que se enfrentan y oponen a las actividades de extracción. En Ecuador, los conflictos más conocidos son los que se han dado en la zona sur de la Amazonía, fundamentalmente en las

comunidades de Sarayacu y los pueblos shuar y achuar.²⁶ En general, casi todos los análisis se centran en los actores de los conflictos: empresas, comunidades, activistas y Estado. El énfasis de los estudios radica en describir cómo la dinámica concreta de la participación de los actores lleva a una especie de boicot recíproco. Una de las partes busca asegurar la legitimidad de la actividad petrolera, tratando de inventar formas de minimizar su impacto. La otra trata de ganar terreno mediante una estrategia enfocada en la expulsión de las petroleras, puesto que estas, además de representar un claro riesgo de daño al ambiente, son el emblema que sintetiza todo lo que es rechazado y repudiado por determinadas alianzas (ciertas organizaciones indígenas y ciertas organizaciones ambientales). Esta aproximación muestra limitaciones. En primer lugar, ignora que los principales problemas ambientales se producen fuera de estos campos emblemáticos de la confrontación. La especulación de tierras y la deforestación son parte del funcionamiento de una sociedad en expansión. Dicha sociedad está animada, fundamentalmente, por la captura de los beneficios rentísticos que se derivan de la inversión estatal o petrolera y de los mecanismos políticos que permiten el control de ella y la legitimidad, todo en el corto plazo.

El problema consiste en que existió una estructura previa a la colonización y a la creación de las áreas protegidas. Esta parte de la Amazonía era un espacio con muy baja densidad demográfica en el cual los pueblos indígenas se mantenían al margen del control político directo de las autoridades, pero en interacción con una sociedad formada por otros indígenas y comerciantes. A través de ellos existían intercambio y violencia.

Algunos de estos espacios fueron modificándose. Por ejemplo, en la zona de Lago Agrio, la infraestructura desarrollada cambió esa realidad; el espacio marginado fue ocupado a través de un proceso muy desordenado que implicó mucha destrucción ambiental. La creación de las áreas protegidas fue una medida administrativa que trató de crear límites, y en gran medida lo logró, para esa expansión conservando espacios menos

²⁶ Cuarto Encuentro de Nacionalidades Achuar, Shuar y Kichwa de la Región Amazónica Ecuatoriana en Resistencia por la Defensa de la Vida, 2011. Declaración de Quito, y la página de Oilwatch. http://www.oilwatch.org/index.php?option=com_content&task=category&id=32&lang=es&Itemid=225).

integrados y proponiendo una forma nueva de conexión con los flujos internacionales, los recursos, las personas y las ideas que se movilizan en torno a la conservación. Sin embargo, esta propuesta debió aterrizar en una geografía en la cual hay diversos intereses que actúan bajo otros supuestos. Las formas tradicionales de extractivismo, que se expresan en la cacería y la tala de maderas finas, no solo que no desaparecieron, sino que siguieron funcionando y con mayor potencia, dado el incremento de la infraestructura y las nuevas tecnologías.

El espacio se ha configurado mediante cadenas de poder, es decir, de mecanismos para controlar recursos y lograr legitimidad. Todas ellas pugnan no solo por acceder en el corto plazo a los beneficios que las nuevas condiciones pueden generar, sino también por crear condiciones que les permitan incrementar su capacidad de negociación. El Estado central participa en este juego, y lo hace fragmentado, en conflicto y a veces en confrontación con las autoridades seccionales, generándose así una situación de permanente regateo.

La sociedad nacional, a pesar de la amplitud alcanzada por el discurso ambiental, no expresa una preocupación mayor hacia el tema. Encuentra en la interlocución internacional una posibilidad de convertir estos espacios de ocupación marginal en fuentes de ingresos: las donaciones para la conservación. Esto implica un esfuerzo para plegarse a las expectativas y exigencias de los donantes en la materia. Pero no involucra a las otras dinámicas y formas de acercamiento al espacio, esto es, los procesos especulativos y, sobre todo, el uso de las posiciones en ese espacio para negociar acceso a diversas formas de flujos de rentas, que pueden ser petroleros o también donaciones internacionales.²⁷

Sin embargo, sería un profundo error pensar que las fuentes externas solamente proveen recursos económicos. Estas muestran una fuerza aun mayor para otorgar recursos simbólicos: legitimidad. Esta, lógicamente, tiene muchos usos, entre ellos posibilita la negociación de dinero; además, permite construir discursos e identidades avalados por la mirada extranje-

²⁷ Utilizo el término 'renta' para describir una posibilidad de acceso a recursos económicos que está ligada a la ubicación y al acceso a un recurso de especial valor. Este puede ser la ganancia extraordinaria de la actividad petrolera o las donaciones que se canalizan a temas ambientales.

ra, es decir, la mirada de los poderosos. Ellos proporcionarían el respaldo y la seguridad que pueden complementar, o desequilibrar, las negociaciones internas identitarias o de poder. Siempre el acceso a los recursos externos fue clave para la competencia por el poder en el interior de una comunidad, de una parroquia o de un cantón. Esto se combina con la forma en la cual se lucha por la legitimidad dentro de estas sociedades locales o étnicas. Pues en este otro ámbito funcionan otros códigos, muchas veces no explicitados, no traducidos al lenguaje del aliado-intermediario, y que pueden funcionar sin necesidad de mantener congruencia con aquellos códigos externos. Los valores y códigos externos, en realidad, más que ser asimilados son reprocesados dentro de las dinámicas del discurso y de las disputas internas. Si esto es así deberíamos poder ver estos rasgos y sus consecuencias en la evolución más reciente del sistema de áreas protegidas.

La evolución reciente

El análisis presentado hasta aquí termina con los siguientes comentarios sobre el *Plan Estratégico del Sistema Nacional de Áreas Protegidas* de 2007. Este documento, el más actualizado disponible mientras se hacía la investigación, confirma buena parte de mis hipótesis. Sin embargo, el panorama podría ser diferente desde 2015. El cambio que más resalta es el crecimiento exponencial en los presupuestos dedicados al sistema de áreas protegidas. Y tal vez tanto o más importantes, son las inéditas consideraciones ambientales incluidas en la Constitución que fue aprobada en 2008.

El plan estratégico de 2007 contiene tres ideas centrales de gran importancia. En primer lugar, este documento expresa una clara maduración técnica sobre el tema ambiental. Esto se evidencia en varios conceptos, comenzando con el de la conectividad. Pero tal vez el más importante es el de la representatividad. Esta preocupación lleva a constatar que, a pesar de que aproximadamente el 19% del territorio está dedicado a la conservación, hay algunos ecosistemas que no tienen ninguna protección. Según las hipótesis que he planteado esto es absolutamente lógico. El sistema de áreas protegidas se construyó sobre una serie de criterios muy distintos a

la representatividad ecológica de las áreas seleccionadas. Los criterios incluían, en primer lugar, la expectativa internacional y, en segundo lugar, la escasa densidad poblacional.

La consecuencia lógica de tal constatación es proponer una ampliación de la superficie bajo protección, que se refleja en el documento de prioridades para la conservación de la biodiversidad del Ecuador, elaborado con la colaboración del Instituto Nazca de Investigaciones Marinas, EcoCiencia, Ministerio del Ambiente, TNC y CI (MA 2007). En realidad hay una identificación concreta de superficies de muy alto, alto y mediano valor para la conservación, que llevaría a incrementar la superficie bajo protección en un 88%. Pero esto sería más costoso, pues es cada vez más difícil encontrar superficies amplias con vegetación natural que puedan ser dedicadas a la conservación sin generar conflictos. Esta cuasi duplicación de la superficie bajo protección demanda mayores recursos y, nuevamente, genera precariedad económica en el sistema de áreas protegidas. En términos de la técnica de la conservación hay un requisito adicional: establecer zonas de contacto y corredores entre las zonas protegidas (MA 2007, 18). Nuevamente, el argumento sería ampliar el sistema de áreas bajo protección. Sin embargo el mismo documento es objetivo y claro al identificar las dificultades del manejo de la superficie ya incluida en el SNAP. Estas remiten a los conflictos legales respecto a la tenencia de la tierra, la falta de presupuesto y la necesidad de encontrar fórmulas para que las acciones de protección a la naturaleza generen beneficios a las poblaciones vecinas o que, por lo menos, no generen conflictos.

Este tema tiene un desarrollo específico en el documento de estrategia. Se señalan allí los conflictos existentes con propietarios privados, pueblos indígenas y posesionarios de diverso tipo. Se retoma y repite el discurso sobre la estrategia que legitima al Estado como agente y actor de la conservación. Se aborda el tema de la relación entre la conservación de la naturaleza y la diversidad cultural, se señala la coincidencia de espacios de valor cultural con los de riqueza biológica y pueblos indígenas. De todas maneras, el dilema se enuncia y no parece tener una solución definitiva, sino que se apunta a la necesidad de propiciar un acercamiento, una voluntad de negociar acuerdos entre los intereses, que incluyen a los indígenas y a

las autoridades del Estado central. El lanzamiento de líneas de negociación parece ser el tema central y algo de eso se concretará en la iniciativa que se examinará más adelante: la Cordillera del Cóndor.

El siguiente elemento se refiere a cómo en este discurso se muestran las necesidades de consolidación de la agencia del Estado relacionada con las áreas protegidas. El Estado es una ficción poderosa y muy material en sus capacidades de intervenir y actuar, y presupone una serie de ficciones adicionales. Una de ellas es que responde y representa un interés, una legitimidad única, que corresponde a la dimensión colectiva de la sociedad. En realidad, ni el Estado ni la sociedad a la cual este pretende representar son monolíticos. Existen, por ejemplo, los gobiernos seccionales que son partes menores de esa sociedad general y existen intereses particulares. Pero además, el Estado está encarnado en funciones, instituciones, personas y recursos muy concretos, que se mueven en medio de correlaciones de poder, competencias, celos, alianzas y estrategias políticas (en el sentido más doméstico de la política), que constantemente tienen que negociar recursos y la legitimidad que les da acceso a ellos. Esto es cierto para cualquier institución, pero se supone que todas estas particularidades se subordinan y desaparecen en los fines de la gran función del Estado. Consecuencia de ello es la concepción weberiana de que todo el Estado es solidario entre sí, y que todas las particularidades se esfuman ante el interés superior. El Estado feudal, al contrario, resuelve este tema a través de los faccionalismos que son abiertamente reconocidos. El señor feudal representa al rey pero en un acuerdo en que sus intereses particulares están abiertamente reconocidos y legitimados.

El documento de 2007 presenta, por una parte, un discurso quejumbroso o de denuncia sobre lo débil que ha sido el compromiso económico del Estado con las áreas protegidas. Pero la discusión en torno a este tema no se reduce a mencionar elementos presupuestarios. A pesar de que los presupuestos han aumentado hay una preocupación latente por el tema de la "jurisdicción", esto es, quién tiene competencia sobre lo que sucede en las áreas protegidas. Había una razón práctica determinante de ello. La entidad que tuviera competencia para dar o negar la autorización para la realización de actividades extractivas era una entidad con poder. Nego-

ciaba con sectores económicamente poderosos. Durante mucho tiempo se vivieron conflictos cuando los ministerios a cargo de las inversiones se imponían sobre las agencias de conservación retirándoles funciones en las áreas protegidas. La subordinación de los intereses de conservación a los de la producción es un problema aun no resuelto, pero ahora el tema se maneja a través de presiones directas en las negociaciones o imposiciones entre ministros. Durante algún tiempo, al menos, la función del Ministerio del Ambiente como entidad que autoriza actividades en las áreas protegidas parecía consolidada. Sin embargo, el problema no se limita a ello. Por un lado, el ministerio debe defender sus funciones de los poderes centrales que tienden a privilegiar las consideraciones económicas. Por otro, debe hacer frente a un asedio de otros actores que desean asumir funciones de conservación, con todo lo que esto implica en cuanto a responsabilidades y también en cuanto a manejo de recursos. Me refiero a la descentralización, o todo el debate en torno al rol y la distribución de beneficios que las áreas protegidas podrían o deberían dar a las poblaciones circundantes. En esto se ve nuevamente una evolución. Con el plan estratégico se ha pasado de una visión que negaba la presencia de los seres humanos en las áreas protegidas a una creciente pretensión de convertir el área protegida en el centro de distribución de beneficios y servicios a estas poblaciones. A veces parecería que la conservación tiene, al mismo tiempo, una alta legitimidad intelectual y urbana, y una precaria aceptación en las poblaciones afectadas por las actividades de conservación. Pero esas poblaciones no son solamente indígenas marginados o colonos desposeídos. Son también organizaciones indígenas con capacidad de presionar políticamente, con poder para elegir diputados y alcaldes. También interviene toda la estructura de gobiernos territoriales con independencia de las características étnicas de sus autoridades. La estrategia es fundamentalmente la usada en torno al tema de la “participación”, es decir, un esfuerzo por encontrar formas de interrelación proactiva entre todos estos actores.

Pero al mismo tiempo que se buscan mecanismos de negociación se afirma un principio de autoridad: la necesidad de establecer una jerarquía en la cual las autoridades nacionales logren que las decisiones de todos los otros actores se subordinen a las del Gobierno central. Esto, como veremos

más adelante, está atravesado por la muy variable forma en que se negocian las cuotas de poder entre los gobiernos seccionales y el poder central.

En el plan estratégico hay un numeral que se titula “Principios”. En las páginas 62 y 63 se insertan diversas afirmaciones éticas que son reveladoras: “Soberanía”, “Justicia y equidad”, “Participación”, “Intersectorialidad”, “Respeto a la diversidad cultural”, “Sostenibilidad económica”, “Ejercicio de los derechos”, “Prevención”, “Precaución” y “Manejo integral”. Nuevamente, lo que llama la atención es que parecería ser un documento de otro tipo, una afirmación de principios políticos, un texto constitucional. Estas temáticas delatarían la necesidad de crear una justificación ético-política, antes de entrar en los temas y materias específicos de un sistema de áreas protegidas y parques nacionales.

Esto tiene relación con la política que se establece en relación con los pueblos indígenas (por ejemplo, el principio 4, que consta en la página 64). Este aspecto permite mencionar la relación compleja y contradictoria con los territorios de los pueblos indígenas. En efecto, las áreas protegidas han sido establecidas, con enorme frecuencia, en los territorios ocupados por estos pueblos. En algunos casos, esta figura administrativa ha permitido defender esas tierras, y se ha constituido en barrera a los procesos de colonización y a la expulsión de los pueblos indios que estos conllevaban. Los casos más conocidos, en los cuales la creación de parques y reservas han contribuido a limitar la expansión de la colonización, se han dado en el Parque Nacional Yasuní y en la Reserva de Producción Faunística del Cuyabeno. Pero las disposiciones de las áreas protegidas también implican restricciones y, con frecuencia, conflictos con los propios pueblos indígenas.

Más adelante, en el plan estratégico se identifican problemas. Se abordan las deficiencias de los sistemas de ordenamiento territorial y los problemas derivados de un “modelo de desarrollo” basado en la explotación de los recursos naturales, hasta que se llega a identificar otra dificultad de especial relevancia:

La ley forestal prohíbe todo derecho real sobre el patrimonio de áreas naturales protegidas, disponiendo, por lo tanto, que sean de exclusiva propiedad del Estado, en calidad de bienes nacionales de uso público. La aplicación

de esta disposición ha representado, en la práctica, innumerables conflictos para su administración. Ha sido evidente que la aplicación absoluta de la mencionada disposición ha afectado derechos ancestrales de pueblos, nacionalidades y comunidades locales sobre la tierra y territorios que han ocupado tradicionalmente, así como derechos de propietarios privados con presencia anterior a las declaratorias de dichas áreas (MA 2007, 60).

En este párrafo se identifica una curiosa contradicción. El concepto que anima la ley es el de que las áreas protegidas son bienes nacionales sobre los cuales existe propiedad estatal. Por ello se prevé que las tierras que las integran deberían ser expropiadas. Desde esta perspectiva, el primer acto de consolidación del SNAP sería el saneamiento de la propiedad, para lo cual sería necesario disponer de los recursos necesarios para pagar las expropiaciones a los propietarios legítimos.

Esto es, en sí, poco menos que utópico, pues sería necesario disponer de grandes recursos para pagar por el masivo número de propiedades afectadas. Y el problema es aún más complejo. Por lo menos un 15% de la superficie es poseído de manera legal. Por ende, sería necesario pagar el valor del tres por ciento del territorio nacional, esto es, unas 750 000 hectáreas. Poniendo un precio moderado de mil dólares por hectárea, esto significaría una cantidad de aproximadamente 375 millones de dólares, más de cincuenta veces el presupuesto anual total del SNAP.

Existe un acápite específico sobre la sostenibilidad financiera, que se expresa en la historia de precariedad que ha caracterizado al presupuesto destinado al SNAP. En el año 2007 sin embargo parece mostrarse un cambio. Por fin la sociedad y el Estado estarían dispuestos a asumir su responsabilidad con las áreas protegidas, pero al mismo tiempo se considera la necesidad de aumentar los esfuerzos en nuevas estrategias de protección.

Existe, entonces, una tensión entre dos necesidades. Por una parte, aumentar las dimensiones y las funciones del sistema de áreas protegidas y, por otra, conquistar una legitimidad no totalmente reconocida. Esto se complementa con las expectativas de integrar varios esquemas de manejo de áreas naturales con el sistema nacional: los diversos ámbitos seccionales y los referidos a comunidades y acciones privadas. Todo esto se relacio-

na con dos consideraciones importantes. Por una parte, están las declaraciones de la nueva Constitución. Esta no solamente señala que es un derecho humano vivir en un ambiente sano sino que, además, introduce un concepto que ha sido calificado como revolucionario: la consagración de los derechos de la naturaleza.²⁸ Pero la declaración de los derechos de la naturaleza no es un hecho aislado. Casi al mismo tiempo se publica la Iniciativa Yasuní-ITT, otra propuesta novedosa que plantea no explotar petróleo a fin garantizar la conservación de uno de los parques nacionales más importantes del Ecuador. Esos dos elementos parecerían indicar una contundente e irrevocable victoria de lo ambiental y de la conservación en términos de legitimidad y fuerza simbólica. Esto, sin embargo, contrasta con lo que acontece luego de que entra en vigencia la Constitución de 2008. Por una parte, la Iniciativa Yasuní-ITT es abandonada, la actividad extractiva en el país se intensifica y muchas organizaciones ambientalistas son fuertemente criticadas por el Ejecutivo.

En cuanto al plan estratégico, la preocupación es lograr un ámbito de gobernabilidad e institucionalidad para que el documento “sea conocido y validado socialmente” (MA 2007, 25). Existe un aspecto coincidente con la estrategia financiera: en ella, además de aumentar los ingresos, la clave es cuantificar económicamente los bienes y servicios entregados por el sistema de áreas protegidas e identificar los beneficiarios de los mismos a fin de, eventualmente, establecer tasas o tarifas por el acceso a tales bienes y servicios.

En síntesis, el *Plan estratégico* revela una conciencia bastante clara de los problemas que enfrenta la gestión de áreas protegidas en dos sentidos. En primer lugar, se afirma la necesidad de integrar una gestión territorial más amplia. En segundo lugar, se subraya la importancia de que sea reconocida la legitimidad de las áreas protegidas, problema que recorre todo el documento. ¿Cómo asegurar que las poblaciones circundantes las acepten y valoren? ¿Cómo conseguir apoyo de otras instancias del Estado? ¿Cómo lograr que la población en general las apoye? Las respuestas son: repartir beneficios y educar.

²⁸ Los contenidos de la Constitución no habían sido aprobados cuando se redactó la estrategia pero forman parte de la discusión que estaba en el ambiente en ese momento.

Esto se propone al mismo tiempo que se busca responder a una necesidad de conservación casi inagotable: la de completar la representatividad. En definitiva, existe presión para que aumente la extensión del sistema de protección, con lo cual crecería la dificultad de su financiamiento.

Otros documentos, incluso más recientes, plantean nuevas perspectivas sobre el trabajo en las áreas protegidas. Este es el caso, por ejemplo, del Informe Nacional para el Convenio sobre la Diversidad Biológica del 2008 (Matamoros 2008; MA 2008) que ha sido organizado en torno a metas. Aquí es interesante ver, en primer lugar, una fuerte tendencia a limitar el tratamiento de la diversidad biológica a las áreas protegidas. Esto contrasta con el énfasis que en Europa, por ejemplo, se coloca en la conservación de los paisajes rurales (UICN 1994; WWF 2005). Esto no significa que se deje a un lado la relevancia de la conectividad entre zonas bajo protección, tanto en el ámbito nacional como transfronterizo (metas 2 y 3). Las relaciones hacia el resto de la sociedad incluyen la distribución de beneficios (metas 6 y 7) y la valoración y apoyo de la sociedad (meta 8). Todas las demás metas se refieren a problemas de organización interna: capacitación, desarrollo de sistemas de seguimiento y operación administrativa. Esto tampoco significa que no se aborden problemas de conservación; por ejemplo, la representatividad lleva a discutir sobre la creación de 177 nuevas áreas de protección.

Complementando esta visión, recientemente se ha producido una serie de documentos respecto a problemas específicos de conservación. Estos trabajos tienen un peso importante algunas especies emblemáticas, por ejemplo, el albatros, o especies que se están criando en cautiverio. Los documentos revisados muestran, por una parte, una articulación con equipos internacionales que trabajan sobre estas especies y representan un esfuerzo por organizar el rol del Ministerio del Ambiente respecto a estas iniciativas. De alguna manera estas perspectivas representan una medida preventiva dado el dinamismo con el cual otras organizaciones desarrollan iniciativas que podrían entrar en conflicto con un marco normativo que es mucho más pretensioso que las capacidades reales de intervención de la autoridad ambiental. Un ejemplo de esto es la estrategia para la conservación de los tapires (Tapir Specialist Group 2010).

Para culminar esta revisión de la dinámica actual del desarrollo de las nuevas áreas protegidas, daré un vistazo a un área protegida recientemente creada: el sistema de protección del cóndor.

Las propuestas del sistema de protección del cóndor

En el proceso de crear nuevas áreas protegidas hay un caso que ilustra algunas de las dinámicas anotadas. El sistema de protección de la Cordillera del Cóndor incluye elementos innovadores, sobre todo un apoyo científico con mayor detalle que los utilizados en la declaración de otras áreas protegidas. El análisis que presento a continuación se basa en los documentos elaborados para proponer la creación del sistema por un equipo coordinado por Fundación Natura (Bajaña et al. 2004a; 2004b; Kingman, Peñaherrera y Samaniego 2010).

Hubo una estrategia compleja pues se propuso un sistema compuesto por varios elementos. Desde el punto de vista formal, solamente dos zonas forman parte del SNAP, tal como este fue entendido hasta hace poco: la Reserva Biológica del Quimi, con 9264 hectáreas, y el Refugio de Vida Silvestre El Zarza, con 3642 hectáreas. Pero en la propuesta de Fundación Natura, que fue aceptada por las autoridades nacionales, se agrega otra unidad: la del bosque protector de la Cordillera del Cóndor (17 053 hectáreas), que si bien corresponde a una categoría de protección diferente, seguiría manejado por el Estado. El cuarto componente lo conformaría la superficie de propiedad de la Asociación Shuar de Bomboiza (165 000 hectáreas). A esto se podría agregar un quinto componente: una propuesta de zonas de protección municipal (de alrededor de 4000 hectáreas). En total se pondría bajo protección una superficie que llegaría a 200 509 hectáreas, un área significativa dentro del SNAP. Pero el 84% de esta superficie no estaría administrado por las autoridades ambientales, autoridades municipales y asociaciones étnicas. La superficie realmente declarada como zona protegida es de 12 926 hectáreas. En este sentido, se continúa desarrollando la ya mencionada tendencia a crear áreas protegidas cada vez menores. En este caso, sin embargo, se propone una forma de gestión en la

cual el Estado por lo menos tendría capacidad de gestión en las mencionadas 30 000 hectáreas (12 906 + 17 053) y podría influir en alrededor de otras 200 000. Lo que se propone es una estrategia que llamaré “catalizadora”.

Pero no es solo esto lo que llama la atención en la propuesta de la Cordillera del Cóndor. Esta apuesta de convocatoria a un proyecto convergente se refleja en dos sentidos. Primero, toda la propuesta funciona gracias a que fueron convocados diversos actores. Esto se repite luego en cuanto a las formas de gestión internas, puesto que se propone que la gestión y la coordinación del conjunto y de cada uno de los componentes estatales de este damero articulen a delegados de diversas instancias. Se trata de un proyecto que no asume como eje central de su lógica la eficiencia en una concepción weberiana, ni de unidad de mando o aspectos similares. Es un planteamiento en el cual se divide un espacio de tal manera que garantice posibilidades de interacción. La pregunta central que justifica estas opciones no es tanto cómo manejar este sistema de protección de manera eficiente sino, sobre todo, cómo lograr que ese manejo involucre a una rica diversidad de actores, aquellos que se identifican como relevantes para este espacio social. Los actores convocados son las autoridades ministeriales (Ambiente, Recursos Naturales), los municipios, las organizaciones indígenas, las ONG que trabajan en la zona y, adicionalmente, las empresas mineras. Este modelo es, básicamente, una utopía social más que una propuesta de conservación. ¿Cuál es su posibilidad de éxito? Me referiré a esto más adelante. Primero presentaré algunas dimensiones ecológicas y espaciales de la iniciativa en marcha.

La propuesta se fundamenta en estudios que son, principalmente, inventarios de ciertos grupos taxonómicos. Se trata de un trabajo de biología básica que permite completar tareas científicas a fin de conocer la naturaleza de la zona. Esto implica, fundamentalmente, realizar un inventario de especies, una tarea nada fácil puesto que se trata de una región muy poco estudiada. La información ha sido procesada con técnicas estadísticas y ecológicas relativamente sofisticadas (dendogramas de similitud), que permiten identificar agrupaciones de zonas con diverso grado de semejanza. Así, se abren las puertas a la posibilidad de comprender integralmente esta zona desde un punto de vista bioevolutivo y biogeográfico, por ejemplo,

conociendo cómo y en qué grupos biológicos se parecen las diferentes subzonas o difieren entre sí. Sin embargo, ciertos elementos llaman la atención. El primero es que los estudios, a pesar de ofrecer un detenido trabajo en aves, mamíferos y herpetofauna, presentan un curioso vacío en cuanto a la flora. Los avances y la sofisticación en el análisis de comunidades avícolas no son suficientes para una comprensión ecológica global sin el elemento florístico. ¿Qué fue lo que pasó? Los objetivos iniciales de un estudio de este tipo, esto es, el reconocimiento inicial de la particularidad y del valor único de estos ecosistemas, pueden ser logrados a través del muestreo de grupos tan convocantes como lo son las aves, los mamíferos o los reptiles. Pero lo que se logra es la identificación de un interés más que la comprensión de un ecosistema.

Desde mi punto de vista, lo más interesante de esta experiencia es que se basa en un trabajo intensivo en la zona y propone un esquema de funcionamiento que articula las diversas instancias. Incluye un acuerdo entre dinámicas sociales diversas que actúan en la región. Básicamente, se propone crear un espacio de convergencia entre todos aquellos que tienen algo que decir sobre la zona. Es una propuesta con gran poder de convocatoria. Pero esto puede ser también una debilidad si es que, más adelante, los conflictos que se enuncian y ya se viven en la zona llegaran a fragmentar la cooperación necesaria para lograr un funcionamiento adecuado. En efecto, ya existen tensiones por las posiciones antagónicas en torno a la minería. Por último, la estrategia es clara en cuanto a buscar una forma de mitigar los posibles impactos de la minería, pero no aborda en sus líneas propositivas la expansión de la frontera agrícola (que, sin embargo, sí es tratada en el diagnóstico), y esto puede ser otro punto débil de una muy interesante propuesta.

Primer balance sobre las áreas protegidas

Como indican la información y el análisis ofrecidos en este y los capítulos anteriores, la creación y el desarrollo de un sistema para proteger la naturaleza es un proceso histórico, determinado por la sociedad que lo crea.

La idea del parque nacional se modifica a lo largo de su desarrollo. Vimos que existen generaciones de parques nacionales y que cada uno obedece a circunstancias diferentes. Una de las variables significativas son las circunstancias económicas. Señalé cómo el primer decreto que creó un parque nacional no previó la asignación de fondos y, si bien estableció una posibilidad institucional, esta tuvo que esperar muchos años antes de concretarse. En este contexto, el Parque Nacional Galápagos es emblemático no solo por haber sido el primero en crearse, sino porque luego fue el primero que logró tener la capacidad de generar recursos. Esto se convierte durante algunos años en la clave de la estrategia financiera aplicada al SNAP. De hecho, este sistema en determinado momento no solo que se autofinancia, sino que genera excedentes que se transfieren a otros fines. En primera instancia, los principales aspectos transferidos son aquellos que se van del Parque Nacional Galápagos al SNAP y, a través de este, a los parques del continente. Este modelo, que alentaba la conservación en todo el país, se rompió con la nueva Ley de Galápagos, impulsada mediante las negociaciones de los sectores ambientalistas. Así, la distribución de recursos generados por el parque se modificó para incluir a las autoridades locales del archipiélago. De esta manera, el parque logró alimentar a otros sectores localmente y se dejó en una situación bastante más precaria a los parques del continente.

Para esta discusión pueden ser útiles las cifras ofrecidas a continuación. En el año 1998, el gasto del SNAP llegó a 0,44 dólares por hectárea bajo protección. Esto representaba un incremento apreciable respecto a diez años antes, cuando se reducía a 0,13 dólares por hectárea. En 2003 la cifra se encuentra en 0,66 dólares por hectárea.²⁹ Luego hubo un cambio drástico con cifras de 3,3 dólares por hectárea para el año 2012.³⁰ Pero lo interesante es observar cómo evoluciona la relación entre los fondos externos y los internos para la operación de las áreas protegidas. Las evaluaciones disponibles señalan que, para el año 1998, la relación era de 1,5 dólares de

29 Este dato se ha calculado corrigiendo el desfase que se deriva del hecho de que en los primeros valores se calcula incluyendo a Galápagos, mientras que en el estudio del Ministerio se separa a este parque, que por sí solo tiene un presupuesto mayor que todas las otras áreas protegidas juntas.

30 Dólares de 2003.

la cooperación externa por cada dólar generado internamente. En el año 2000 este valor fue cinco veces mayor. En el ya referido estudio del Ministerio del Ambiente (MA 2005a), se trata a la cooperación de una manera diferente, pues se la separa de los presupuestos corrientes, en la medida en que buena parte de la cooperación no corresponde a este tipo de gasto. En realidad, el mencionado trabajo se basa en una encuesta incompleta de veinticinco de los sesenta donantes, y no es claro el proceso por el cual se concilian las cifras con los datos presupuestarios. Es decir, una porción de las donaciones de otros actores está registrada en el presupuesto de las áreas protegidas. De todas maneras, dependiendo de la manera en que se hayan consolidado las cifras, la cooperación externa debe haber representado entre 2,48 y 3,48 veces el aporte del Estado. Por último, en el año 2003 existe un rubro que, si bien es de solo el 14% del aporte estatal, es nuevo. Se refiere a donaciones de empresas ecuatorianas. Tiene el valor de representar un aporte local, pero es un rubro que se ha mermado por las reformas en la legislación tributaria que desalientan las donaciones de este tipo.³¹ En el año 2012 se registra un cambio radical en esta dinámica. En las cifras oficiales, el aporte de la cooperación internacional se reduce a un 5% del total (MA 2013, 42). En este momento también disminuye –en realidad, casi desaparece– la contribución de actores en el Ecuador.

Respecto a la dotación de personal, la evolución es la siguiente. En 1988 se disponía de un guardaparque por cada 12 787 hectáreas. Diez años después, en 1998, la situación se agrava y hay un guardaparque por cada 18 543 hectáreas. Las cifras evolucionan, luego, en un sentido positivo, para llegar a las 14 611 hectáreas por funcionario en 2003; es decir ocurre una recuperación que sin embargo no logra colocarse en los niveles obtenidos quince años antes. En períodos más recientes, ha habido nuevamente una mejoría sustantiva. Se ha llegado en 2012 a la cifra de 9585 hectáreas por guardaparque.

A continuación se ofrece una periodización de las fuentes de financiamiento:

31 El cambio del sistema de registro en el presupuesto nacional, en el cual los presupuestos de las áreas protegidas no se diferencian de otros rubros del Ministerio a nivel provincial, me ha impedido presentar cifras más actualizadas.

- 1) El financiamiento es casi inexistente, a no ser por pequeñas partidas en el interior del MAG (desde el inicio hasta el comienzo de la siguiente etapa).
- 2) Surge un financiamiento del sistema a través de los recursos generados por el Parque Nacional Galápagos, que se complementa con donaciones puntuales de fuentes de la cooperación externa. Este período se inicia alrededor de 1970.
- 3) Se produce la primera iniciativa masiva de financiamiento, a través del proyecto de canje de deuda en 1977.
- 4) Se desarrolla una multiplicación masiva de recursos asociados a un auge de la cooperación internacional.
- 5) Con esta misma dinámica, se inicia la creación de mecanismos locales tendentes a asegurar un financiamiento a largo plazo (Fondo Nacional de Áreas Protegidas, en el año 2000), así como iniciativas para el pago por servicios ambientales.
- 6) En el 2005 se aborda, de manera sistemática, el problema del financiamiento y se constata el desfinanciamiento masivo del sistema. En 2007, en las Naciones Unidas se lanza la Iniciativa Yasuní-ITT que habría supuesto una disponibilidad masiva de recursos para la conservación. Durante este período se incrementan los aportes del Estado, que llegan a 21,5 millones de dólares en 2012. Según datos extraoficiales, se habría llegado a 30 millones en 2013.
- 7) En 2013 se deja a un lado la mencionada iniciativa, el precio del petróleo cae y los aportes del Estado al sistema de áreas protegidas vuelven a contraerse a 18 millones de dólares. Se enfrenta incertidumbre por la disminución de recursos y la disminución de legitimidad política del tema. A pesar de lo anterior, nuevas estimaciones señalan la necesidad de contar con presupuestos por un monto de 60 millones de dólares anuales.

Hay dos elementos importantes de esta evolución. Primero, el desfinanciamiento masivo o, como lo dirían los documentos técnicos del Ministerio, las brechas de financiamiento superiores a los recursos disponibles. Estas insuficiencias presupuestarias llaman la atención de dos maneras distintas.

Por una parte son presentadas sin ningún pudor. En otro contexto, indicar que una actividad de responsabilidad estatal no llega a disponer del 50% del presupuesto necesario constituiría una denuncia de grave negligencia. Y nunca se presentarían semejantes cifras sin una justificación y una disculpa. En otro contexto, crear una institución del Estado (me refiero a un parque nacional) sin dotarla de presupuesto sería un escándalo. Sería considerada una irresponsabilidad enorme. Por el otro, se mantiene la misma argumentación de que es necesario un presupuesto equivalente al doble del disponible, a pesar de que el financiamiento a las áreas protegidas se ha multiplicado por diez. Esto parece indicar que las “necesidades” son definidas de manera distinta en los diferentes momentos. Parecería ser que, en realidad, se estaría presentando una propuesta de una etapa de desarrollo y mejoramiento, no el presupuesto de funciones institucionales realmente en operación.

Esta forma de argumentar refleja una manera de entender la responsabilidad de la gestión ambiental en relación con las instituciones que la financian. Inicialmente, las expectativas de financiamiento se volcaban hacia las fuentes externas. Eran ellas las que habían mostrado interés y habían efectuado algunos de los aportes más significativos. El mostrar una gran necesidad, una brecha de financiamiento muy importante es, en este contexto, parte central de la negociación. La expresión más desarrollada sería la Iniciativa Yasuní-ITT. Esta refleja una expectativa masiva de que los donantes externos financien, no solamente la conservación en los términos que en ese momento se ejecutaba, sino una propuesta superior en varios sentidos: por su capacidad de implicar mayores superficies y, sobre todo, por representar algo que se consideró un cambio histórico en la relación con la naturaleza.

El mismo desarrollo de esa propuesta obliga al Gobierno a mostrar un compromiso más serio con la conservación. Esto, unido a tensiones con los donantes externos y a la disponibilidad real de muy incrementados presupuestos estatales, llevó al Gobierno a multiplicar y desplazar a la cooperación internacional en el financiamiento de las áreas protegidas.

En ese momento la estructura de argumentación que se ha descrito se mantiene, pero cambia de destinatario. Los nuevos documentos ya no bus-

can incrementar las donaciones de la cooperación internacional sino, fundamentalmente, incrementar los aportes del Estado. Esto ha sido logrado en momentos de bonanza en los precios del petróleo. Los primeros indicios de que ese momento ha pasado apuntan a que habrá una contracción que puede ser preocupante.

Es necesario considerar también lo que sucede con la relación que el SNAP crea y establece con las poblaciones locales. Este es el tema central del congreso de parques de Caracas. El evento tuvo dos logros: se dieron pasos en la estandarización de una nomenclatura de las áreas protegidas y, sobre todo, se abordó con fuerza el tema de las poblaciones locales cuestión que desarrollo en el próximo acápite.

Algo sobre las relaciones con las poblaciones circundantes y residentes

Al iniciar el desarrollo del sistema de áreas protegidas no existió una posición elaborada respecto a qué actitud se tomaría en relación con las poblaciones circundantes. Tampoco hubo una comprensión formalizada de cómo tratar a las poblaciones indígenas en su interior. Esto no quiere decir que no existiera conciencia de ello. Al contrario, en el caso que conozco de primera mano, el del Parque Nacional Yasuní, la presencia de la población indígena hoarani fue asumida conscientemente. En gran medida, se planteó su creación como un instrumento para frenar el avance de la colonización sobre las tierras tradicionalmente ocupadas por este pueblo. Al examinar la extensión de la colonización al norte y al sur del río Napo, se tendrá inmediatamente la impresión de que la declaración del parque sí fue un mecanismo que disminuyó radicalmente la presión sobre el ecosistema de estos pueblos indígenas, y esto a pesar de otros tipos de presiones, como la relacionada con la explotación petrolera.

Por momentos, incluso, lo que resulta sorprendente es que sí se haya logrado este resultado con la muy escasa asignación presupuestaria que el parque ha tenido durante mucho tiempo. A ello, sin lugar a dudas, contribuyen algunos factores. Uno es la fama de los hoarani como guerreros,

lo cual despertaba el temor de los colonos con respecto a posibles actos de violencia por parte de este pueblo (que se han llegado a producir en algunos casos). También ha influido el simple hecho de que la declaratoria de parque nacional establecía un impedimento para la legalización de la tenencia de tierra en esa zona. Esto hacía que la dinámica colonizadora –basada en cierta especulación sobre la tierra– disminuyera seriamente, y esto a pesar de que siempre existió un mercado informal de tierras que no se paraba ante la inexistencia de títulos formalizados. Lo determinante era que esos terrenos no podían convertirse en garantía para el acceso a los créditos concedidos por el Banco de Fomento, que tenía un rol central como mecanismo de subsidio para la expansión de la frontera agrícola.

Un tercer factor es que la declaratoria de parque nacional combinada con la presencia petrolera, creó en los frentes petroleros no estatales un control sobre el uso de las vías y sobre el asentamiento de personas en esos territorios. Los casos son diversos. En la zona norte, cerca de Tarapoa, la colonización se consolidó con la actividad petrolera (Little 1992). En otras regiones, por ejemplo, el sur, la expansión de la frontera agrícola fue seriamente limitada. Con esta perspectiva, Tufiño (2010) argumenta que la mejor conservación relativa ha ocurrido en las zonas donde ha existido explotación petrolera de empresas privadas. Lamentablemente, los datos en que se basa esta tesis no son tan sistemáticos como se podría desear sino que, en gran medida, constituyen la recopilación de la experiencia de quien ha trabajado largos años como consultor en la zona. Por ende, su perspectiva no puede ser considerada como una argumentación definitivamente probada. No obstante, es útil en cuanto cuestiona ciertas versiones que han sido aceptadas como hechos sin suficiente espíritu crítico. Es útil, además, por cuanto permite considerar la posibilidad de que la realidad no corresponde al discurso más estereotipado y más vendido en las conciencias ambientales del Norte.

Creo que es necesario proponer una visión diferente. Es indispensable tener una comprensión de la sociedad en su conjunto que se mueve en el entorno del parque y de la actividad petrolera. Esta afirmación apunta a que el tema de la conservación en el parque Yasuní, y en una buena parte de las áreas protegidas ecuatorianas, es mejor de lo que muchas veces se

dice; y planteo la necesidad de discernir mejor qué es relevante. Tomando nuevamente como ejemplo el caso de las zonas Yasuní y Cuyabeno, en ambas se ha logrado frenar la deforestación, aunque en la segunda fue necesario sacrificar una apreciable porción de tierras que ya habían sido ocupadas o eran reclamadas en el momento de la declaración del parque. La cuestión relacionada con la cacería y todas las actividades extractivas es real, pero el problema es el deterioro del bosque, no su eliminación. Eso es algo sustancialmente diferente. Hay niveles de predación que permiten la subsistencia de las especies y los ecosistemas, pero hay también umbrales más allá de los cuales la cacería con técnicas nuevas, con mercados ampliados, puede destruir un recurso, una o más especies.

Los problemas reales que existen, por ejemplo que no se disponga del financiamiento adecuado para la operación del parque según los estándares identificados por la administración estatal, son de un registro distinto: remarcan que hacen falta instancias de gestión. En este campo sí se puede identificar una situación de permanente tensión; sobre todo, una enorme volatilidad de los esfuerzos y una clara desproporción entre los recursos asignados y las aspiraciones o metas señaladas. Todo esto se complica más aún si se considera que el parque es uno de los espacios institucionales al cual llegan demandas muy difusas, una buena parte de las aspiraciones no satisfechas de una población poco arraigada y, en general, con muy mala cobertura de todos los servicios.

La deficiente calidad de vida experimentada por las poblaciones circundantes es un problema acuciante, pero no considero que la gestión de los parques sea la solución. Lo que estoy afirmando es que no podemos comprender el fenómeno de la conservación si no entendemos a la sociedad que actúa en relación con ella. Y agregó que la comprensión de la sociedad no se reduce ni se limita al conocimiento de los pueblos indígenas, que con frecuencia capturan la atención folclorizante de las personas de buena voluntad del Norte.

Desde ese punto de vista, es necesario entender la política de conservación como parte de la dinámica social de un espacio determinado. En el Yasuní es indispensable abordar la dinámica social y política. El discurso ambiental, tal como es formulado, sirve para ocultar parte de la realidad, y

esto mediante dos aspectos de una misma dinámica. Si la discusión sobre la conservación está reemplazando, desplazando y ocultando la discusión y el debate sobre la realidad social de una zona determinada, es imposible tratar lo específicamente ambiental de manera adecuada, puesto que este tema está hipertrofiado por expresar otras necesidades y problemas. Si se discuten la identidad, las condiciones de vida, la democracia y la representación como subcomponentes de la conservación, nunca llegaremos a tratar estas cuestiones adecuadamente. Por este error, pierde la conservación y pierden también las personas en cuanto a su calidad de vida.

Parte 4

Las relaciones entre el Norte y el Sur

La cooperación internacional y las ONG

Cuando el mundo occidental construye sus concepciones modernas sobre la naturaleza, lo hace en interacción con los territorios de lo que eran, en ese entonces, espacios coloniales y, luego, repúblicas independientes. He descrito cómo estas relaciones en torno a conocer y luego administrar y cuidar el mundo natural han marcado dinámicas asimétricas en las cuales se ha insertado un país como Ecuador. Estas interacciones determinan la manera en que el país puede administrar su territorio, y esto implica manejar una categoría específica del espacio: las áreas protegidas.

Señalaré algunas características de las interrelaciones establecidas a través de los mecanismos de cooperación. Para ello es necesario ubicarnos en el terreno del “desarrollo”, pues la justificación de la cooperación, en el tema ambiental y en cualquier otro, es la búsqueda de algo que se solía llamar “progreso” y que ahora es denominado con muchos calificativos y matices. Se usa una retórica que evoluciona y un lenguaje que varía: pasamos de la “promoción campesina” al “desarrollo integrado”; luego, avanzamos por el “desarrollo sostenible” hacia un “posdesarrollo”, que se combina con las aspiraciones de construir una “sociedad civil global”.

Un elemento que permanece en todo este proceso, aunque con cambios, crisis y reajustes –pero siempre con un rol destacado–, son las ONG de desarrollo y, muy cercanas a estas, aquellas que se preocupan del ambiente. Toda “organización sin fines de lucro”, aunque sea calificada con

palabras como “de desarrollo” y “ambiental”, describe una realidad mucho más antigua y más amplia. Más antigua porque se trata de un fenómeno con raíces muy fuertes en la organización religiosa, y que solo en el siglo XIX adquiere autonomía a través de organizaciones que no están vinculadas a ninguna iglesia. Asimismo, el nombre de organizaciones de desarrollo o ambientales refleja el papel central que estos conceptos tienen en la estructura valorativa de nuestras sociedades. En realidad, son dos clases particulares de una familia mucho mayor de organizaciones, aquellas que se preocupan por fines éticos. Su genealogía las vincula a las religiones, pero también a otra dimensión: las afirmaciones éticas, su formulación, su integración e incluso la manera de resolver las contradicciones entre ellas son el núcleo, no solo de una cultura sino de lo que se podría llamar proyectos civilizatorios. Esto significa que las ONG propagan los valores de sociedades determinadas y, por lo mismo, desempeñan un rol destacado en diseminar formas de ver el mundo y patrones culturales asociados. Son, en cierto sentido, el núcleo del fenómeno misional. Además, tanto la ciencia como la ideología del progreso asociada a ella son, también, mensajes y dinámicas misionales que buscan difundir un orden ético, moral, en suma, una forma de civilización.

Varios autores han trabajado sobre cómo ha evolucionado el discurso del desarrollo (Rist 2002; Escobar 2004) y participan en un acalorado debate sobre “el desarrollo” y sus calificativos –“humano”, “sustentable”, “étnico”– (Escobar 1994; 2004; 2005), y sus modificadores, como los que aluden a la perspectiva de género o lo regional. Existen muchos matices, pero algo que parece relativamente estable son las entidades no gubernamentales, espacio donde se organizan y se producen buena parte de las acciones y recursos en torno a esa confusa masa de significados y negaciones que llamamos desarrollo. Todo esto se expresa en los países del Sur con una retórica que evoluciona y un lenguaje que varía, pero las ONG permanecen. ¿Qué son estas organizaciones? Se identifican de dos maneras. Desde una perspectiva son un factor de renovación, de cambio, de ruptura, que estaría conformando nuevas formas de democracia planetaria. Desde otra perspectiva, más crítica y escéptica, reflejan una sociedad civil en retirada o representan una simple forma disimulada del Estado que plantea nove-

dades solo en el terreno de cómo hacer valer su hegemonía. Sobre esto hay una literatura muy amplia; las obras mencionadas son solamente algunos de los materiales consultados.

En todo caso, en estas organizaciones se produce, de manera cotidiana, el encuentro entre personas que son portadoras de discursos éticos. La mayoría tiene algún referente en los países del Norte y se dirige a personas del Sur. Una reflexión sobre este encuentro, sobre esta relación y los juegos de identidad que se derivan de ella es necesaria.

Se trata de la evolución de un problema presente en todos los fenómenos civilizatorios. En nuestro momento histórico, este fenómeno tiene la particularidad de presentarse combinado con una pretensión de universalidad: se refiere a la manera en que tratamos al otro. Es por ello que el camino que emprenderé comienza con una reflexión sobre la génesis del desarrollo. Existe cierta tendencia a identificar su origen con los acontecimientos que surgen a partir de la Segunda Guerra Mundial. Incluso se utiliza el discurso de Truman ante las Naciones Unidas como hito inaugural de esta problemática (Escobar 1994). Este momento es, sin lugar a dudas, importante, pero ya existen perspectivas que muestran una génesis previa en las políticas y en los debates coloniales (Rist 2002). Por eso, será útil examinar más el pasado, pues las ONG, su discurso, las relaciones que arman y sus instrumentos para pensar la realidad solo pueden ser entendidos si se revisan etapas y pasos anteriores, incluso el periodo colonial.

En el segundo de sus tratados sobre el gobierno, el filósofo inglés John Locke justifica la esclavitud y el exterminio de los indios americanos. Tal como indica Hinkelammert (2002) aquí se hace presente la conflictiva y contradictoria evolución que, en la historia cultural occidental, ha tenido el encuentro con aquel que resulta extraño culturalmente.

La igualdad es el eje central de los pensadores liberales, entre ellos Locke, quien plantea frontalmente la igualdad de aquel que es distinto. Pero el juego de las palabras ya anuncia las dificultades. ¿El distinto puede ser igual? ¿No es eso una contradicción lógica? Existen varios intentos de solución. Uno es la propuesta anglosajona, representada por el filósofo inglés. El reconocimiento de la igualdad y del derecho del ser humano diferente tiene por condición la sumisión de este a las leyes de

la “civilización” que, en este caso, implica la aceptación de determinadas instituciones económicas.

La crítica de Hinkelammert a Locke (Hinkelammert 2002) puede ser el punto de partida para una crítica a la modernidad como la instauración de un orden de racionalidad euro y logocéntrico.¹ Pero el liberalismo inglés es solo parte de un proceso. Locke y su argumentación alrededor del colonialismo constituyen una de varias reflexiones europeas en torno a la condición de los pueblos sometidos bajo la expansión colonial.

Otra argumentación relevante y anterior, es la que se produce en España. La polémica Sepúlveda-Las Casas muestra de manera dialéctica la argumentación, es decir, los pros y los contras de las diversas posiciones que se esgrimen. La victoria, al menos formal, de Las Casas, contribuye a establecer la idea de la unidad de la especie humana. Esto implica igualdad en la dignidad, pero nuevamente surge una condición y esta es la subordinación a un credo religioso, que es, al mismo tiempo, una subordinación a un sistema político. Sin embargo, existen diferencias: la incorporación a la nueva fe debería ser, al menos en teoría, un proceso persuasivo, y las represalias más violentas, esto es la reducción a la esclavitud, se reservaban para casos muy específicos y extremos (desde la cosmovisión europea) como el canibalismo.

En otras circunstancias en las cuales la fe católica no puede ser garantizada, pero tampoco existen indicios de canibalismo, se crea un nuevo sitio similar al de la niñez, la asignación de una especie de humanidad de segunda clase: “los naturales” que deben ser protegidos.

El caso español es interesante por muchas otras razones. Es una vertiente de pensamiento utópico. Siguiendo a Erasmo de Rotterdam se plantea el encuentro con América como una especial coyuntura para crear una propuesta de humanidad diferente; allí se ubican Pérez de Oliva o Francisco Vitoria (Fuertes Herreros 2002; 2003). La idea principal es que ese encuentro con el otro, con el diferente, es parte esencial y necesaria del desarrollo humano, porque modifica la vida de toda la humanidad. Esta perspectiva, que también está presente en Moro, es una forma de abordar

¹ Hay otra vertiente de la modernidad: la rescatada por la escuela de Frankfurt en torno a la Ilustración. Regresaré a ella más adelante con Horkheimer y Adorno.

el carácter de un orden verdaderamente humano, comenzando con la necesidad de ser un orden para todo lo humano.²

En España, que para ese entonces recién estaba dando los primeros pasos para poder identificarse como una realidad diferenciada y propia, la reflexión se produce justamente en una activa frontera de conflicto e interacción con otra civilización y otras culturas. De hecho, este pensamiento sobre la humanidad “universal” surge del contacto con el mundo musulmán y de una relación compleja con el mundo judío. Los dos casos son muy diferentes. Señalaré solo una característica de cómo la sociedad española en formación enfrentó a estos seres diferentes, que estaban en sus fronteras y, tras las victorias militares, en su propio interior. La opción fue la de su expulsión o asimilación. Pero incluso la asimilación enfrentaba condiciones difíciles, como una vigilancia permanente con el aparato de la Inquisición volcado a buscar cualquier indicio de las identidades religiosas previas.

Esta es la evolución de cómo se plantea el problema. Primero, se afirma la unidad del género humano. Esto sostienen Erasmo, Francisco de Vitoria y el propio Locke. Pero en un segundo momento aparece la necesidad de que esa unidad, que implicaba igualdad de derechos para todos los seres humanos, esté condicionada. Se requiere la adopción de ciertos parámetros ideológicos que se consideran los característicos de la humanidad: el cristianismo católico, en un caso, y el liberalismo económico, en el otro. Pero incluso este ecumenismo condicionado se modifica por otras consideraciones motivadas por una simple y crasa conveniencia. El resultado es una política que determina que ni siquiera con la sumisión a los valores de esa civilización que se imponía estos otros, que pasan a ser dominados, logran un tratamiento basado en sus derechos. Son esclavizados en el caso anglosajón, sometidos a tributo en el caso indoamericano, y expulsados en el de los moriscos, porque simplemente así conviene a la dinámica del poder.

² Esta idea, retomada por Todorov (1984), tiene una consecuencia interesante. De hecho, la occidental es una cultura mestiza, no solo por las incontables mezclas que se desarrollan en su interior sino, sobre todo, porque su realidad, su propuesta totalizante, solo es posible tras los diversos y progresivos encuentros con el otro. Occidente es, en verdad, tan hija del mestizaje como América.

Toda esta descripción implica un punto de partida que debe ser problematizado. Me refiero al primer punto del argumento, el que se refiere a la unidad del género humano, la cual muestra matices en el mundo medieval y una historia compleja.

Nuestra sociedad afirma que todos los seres humanos compartimos una misma naturaleza y dignidad. En el lenguaje moderno y científico, somos productos de un mismo acervo de ADN. Nuestra unidad puede ser demostrada, científicamente, por el hecho de que entre todas las razas humanas existen mestizos que testimonian que pertenecemos a una misma especie. Pero la unidad de la especie y la equidad no son la misma cosa. La utópica igualdad de todos los seres humanos no solo se ha enfrentado con los intereses de dominación que han desmentido, en la práctica, las declaraciones universalistas en varias épocas. Existen, además, dificultades intrínsecas a esa posición. La primera es que los seres humanos en la realidad no somos iguales; al contrario, no hay dos iguales. Además, hay muy diferentes sitios en la sociedad: unos son poderosos y otros sometidos, unos son ricos y otros pobres. Incluso desde Europa se ha llegado a concebir que existiría una jerarquía natural en los grados de humanidad, que no solo crea la metáfora organicista de la sociedad, sino que hace pensar en la posibilidad de los seres medio-humanos. Las sirenas, los minotauros y decenas de figuras mitológicas fueron, hasta bastante entrada la Edad Moderna, considerados no solo posibilidades reales sino, incluso, las consecuencias lógicas y las manifestaciones de las violaciones a las leyes éticas, tal como señala Llanos Vargas (1987). La plétora de seres semihumanos que la imaginación europea manejaba y había comenzado a difundir a través de la imprenta a fines del siglo XV, no reconocía límites claros entre lo humano y lo que no lo era. Los relatos surgidos de los descubrimientos a partir de 1492 no aclararon sino que inflamaron esas fantasías.

Aun hoy la concepción de la unidad de nuestra especie muestra dificultades. Pero lo que interesa es que el surgimiento en sí de esta idea fue lento, difícil y problemático. Hay un antecedente sobre este tema: el desarrollo de la religión universal, o más bien dicho, con aspiración universal. Este es un fenómeno especial, ni evidente ni necesario. Al contrario, se ha dificultado por el hecho de que cada pueblo ha desarrollado su propia simbología re-

ligiosa, estrechamente ligada a su identidad. Como tal, la religión opera a partir de oposiciones que dividen a los seres humanos entre los nuestros, lo que muchas veces significa los que creemos en el mismo dios, y los otros, los que adoran a otros dioses, efectúan otros ritos, son los extranjeros, los paganos, los infieles, o los salvajes, los *aucas* (en terminología kichwa). Aquí, el papel del Imperio romano es muy relevante. Crea, de manera clara, una situación en la cual se hace necesaria y adquiere sentido la idea de que, más allá de las particularidades políticas y étnicas de cada pueblo, hay una realidad común. Esto surge cuando las interacciones a través de fronteras identitarias son lo suficientemente intensas como para plantear esa necesidad. Probablemente esto ya comenzó a sentirse en el mundo helenizado, con la enorme pero breve expansión de Alejandro Magno. Existieron movimientos religiosos que buscaban cumplir esta función. Se ha señalado al maniqueísmo, al zoroastrismo, al mitraísmo. Incluso el propio judaísmo, desarmado de su viabilidad política, pero fortalecido por las amplias redes que la diáspora le proporcionaba, apuntaba a la construcción de una visión unificada de la humanidad.

Puede pensarse el cristianismo como la versión modificada del judaísmo que logró superar la particularidad de ese pueblo y asumió, en competencia y sincretismo con otras alternativas, la función de construir una ideología universalizadora en Occidente (Ferrater Mora 2006).

Pero aquí surge algo que anticipa la paradoja y la tensión interna que el cristianismo y, en realidad, el mundo occidental tienen en su forma de entender la universalidad y lo que esto implica: el concepto de humanidad. En ella deben fundirse nociones de respeto e igualdad con las exigencias de homogeneización, es decir, de control y sometimiento a una norma.

La función universal, cuya perspectiva fue establecer un orden único en el orbe que permitiera que todos los diversos pueblos se interrelacionaran bajo la paz romana, osciló entre dos polos. Por un lado, estaba una actitud tolerante frente a la diversidad y, por el otro, la necesidad de establecer una referencia única: la ideología imperial, lo que significó persecuciones a diversas religiones, incluida la cristiana. Esto cambió cuando, en la competencia religiosa, el cristianismo logró desplazar al mitraísmo, a las anteriores religiones grecorromanas y a los elementos babilonios y egipcios, para

convertirse en la religión oficial. A partir de ese momento la intolerancia en la forma de la persecución religiosa que ya se había manifestado, se desarrolla como algo muy propio de Occidente. Bajo muchas formas nos continúa acompañando hoy. Se inventa el concepto de herejía y surgen diversas formas de persecución (Johnson 1989).

No es que nuestra tradición, el cristianismo, haya inventado la intolerancia religiosa. Nuestros orígenes ideológicos y religiosos están en la tradición judía. Al regreso del exilio en Egipto, los judíos desarrollan la práctica de matar a los ejércitos enemigos, práctica que hasta el día de hoy es asumida por todos los ejércitos humanos. Pero además, aparecen algunas expresiones más radicales. Narra el autor del libro Números, de la Biblia (Números 31, 15), que tras la toma de Jericó se censura que se haya perdonado la vida a los niños varones o a las mujeres no vírgenes (Nácar y Colunga 1964: 192). Sin embargo, la expresión más radical aparece cuando se entrega una ciudad al anatema. Las instrucciones son claras: “Pero en las ciudades de las gentes que Iahvé tu Dios te da por heredad, no dejarás con vida a nada de cuanto respira” (Deuteronomio 20, 17) (Nácar y Colunga 1964, 219).

Esta concepción ética respecto a la obligación moral de matar a mujeres, niños, niñas y animales no solamente escandaliza a nuestra sensibilidad educada sobre principios muy diferentes, sino que llama la atención desde un punto de vista de la etnografía comparativa. En efecto, en muchas sociedades la captura de mujeres para engendrar descendencia o para la obtención de niños de otros pueblos, es el objetivo mismo de las guerras. Matarlos parecería un absurdo. Se trata de un tema complejo (Bustamante 1988), pero lo destacable son las particularidades de esta forma de violencia, anunciada en el libro de Josué y practicada, con insistencia, por sus herederos culturales occidentales.

En primer lugar, en el relato bíblico la práctica de matar infantes no solo es ejercida contra los extraños, sino que un rey judío,³ Herodes, manda a matar a los niños de su propio pueblo. Pero tal vez el tipo de violencia que practicó Herodes cabría más bien en una categoría dife-

³ Fue rey de los judíos a pesar de que, desde su punto de vista, al no tener madre judía, no tenía legitimidad.

rente, más cercana a las prácticas del despotismo oriental, que a una persecución sistemática a un pueblo determinado. Las escenas de horror que inspiran los relatos bíblicos se complementan con aquellas de Oriente que propone Grosrichard (1979), quien, retomando a Montesquieu, describe cómo se ejecuta la orden de encegueder a un niño en un serrallo turco. Aquí la lógica es distinta, no solamente porque está presente una concepción de poder particular (del despotismo oriental) sino y, sobre todo, porque la violencia no necesita justificación. Parece ser la misma lógica que permite a Herodes matar a su suegro, su suegra, una de sus esposas (la primera) y a tres de sus hijos; y la misma por la cual el difunto presidente iraquí Saddam Hussein manda a matar a linajes enteros de rivales. La lógica de la violencia aquí no es filosófica, ni ética ni religiosa. Es simple y llanamente política. La justificación de tales homicidios reside en que esa es la voluntad y, más aun, el interés de quien detenta el poder; no se necesita una razón ulterior. No se trata de un problema que requiera una explicación filosófica.

La violencia motivada por una racionalidad política tampoco es ajena a Occidente. Maquiavelo ([1532] 2010), uno de los autores más reconocidos del pensamiento occidental, propugna una ética muy similar, aunque con una argumentación diferente: la del bien común. Es el bien de la República el que lo exige, pues esta dosis de violencia es mucho menor que la que surgiría de la prolongada disputa por el poder, que se produciría si el príncipe actuara con debilidad y benevolencia.

Tal vez esto contribuya a explicar por qué, en el mundo del despotismo oriental, la crueldad y la violencia nunca tuvieron problemas para convivir con grados de tolerancia a la diversidad religiosa. Las religiones diferentes no llegaron a ser un problema, puesto que la violencia podía ejercerse, de manera clara y directa, por los motivos políticos pertinentes. No era necesario perseguir a nadie por su religión cuando se podía hacerlo, simplemente, por ser conveniente para el monarca. Esta violencia puede orientarse con gran facilidad al cercano; de hecho, son los parientes del sultán quienes corren más riesgo en los momentos que preceden o siguen a una coronación.

Del universalismo a la administración y la ayuda

La tradición occidental, en cambio, enfrenta un problema. El Occidente se pretende universal, y, por lo tanto, afirma reconocer que todos los seres humanos comparten derechos y responsabilidades. Pero estos están determinados por la muy propia y específica concepción cultural occidental. La realidad es que los otros, los no occidentales, no comparten esos valores, esas obligaciones. Occidente se ha sentido poseedor de una verdad ética superior y ha pretendido que esta se difunda e imponga a todos los seres humanos. Pero para ello se hace necesario modificar a todos los no occidentales, de manera tal que esos derechos y concepciones, puedan funcionar, efectivamente, entre ellos.

Esto representa un dilema que se ha intentado solucionar de varias maneras. Una primera solución es la creación de categorías intermedias, infantilizadas o subordinadas. Esto requiere que indios, nativos, pero también la gente pobre sean sometidos a un tratamiento de protección en sus propios territorios, como si fueran menores de edad. Este tipo de trato puede ser transitorio o permanente. En el primer caso, se mantendrá la protección mientras las poblaciones adquieran los conocimientos propios de la civilización. O se puede presentarla como un orden permanente al considerar que el orden civilizado es tan excelso, tan alto y refinado, que no todas las personas pueden acceder a su plena dignidad. Por ello, el sistema de protección-control sobre ciertos grupos humanos es parte del orden mismo que se desea construir.

Cada una de estas dos versiones muestra sus matices y problemas propios. En efecto, la segunda, el permanente estado de infravaloría, ha venido históricamente asociado a formas muy crudas de explotación de estos grupos. Los casos más ilustrativos son el sistema protector de naturales en América o el propio sistema de *apartheid* en África.⁴ No se pretende simplificar la realidad. Respecto al primero, por ejemplo, hay documentos según los cuales los protectores de naturales eran los peores enemigos de los indí-

⁴ En realidad, el sistema del *apartheid* tiene ciertas diferencias. Formalmente enuncia no tanto el estado de inferioridad sino, y sobre todo, el de otro esquema legal: otra sociedad para estos seres diferentes.

genas. Pero, a la vez, en otros casos estos funcionarios usaron su autoridad para frenar y limitar crasos abusos que se cometían contra estas poblaciones. La debilidad de la lógica en que se basa un defensor o protector radica en que se presupone que las tensiones y abusos pueden ser contrarrestados por una insistencia en los mismos mecanismos éticos, morales y de regulación que estaban siendo severamente socavados en la sociedad colonial.

En un sistema de protección transitoria con frecuencia se encubre o pretende disimular la consolidación de un sistema de discriminación y, por lo tanto, el cambio o la maduración de los sujetos no llegan a producirse. En tal caso, el carácter transitorio de la propuesta se convierte en una declaración hipócrita, en una simple justificación de un sistema de desigualdad que se busca mantener y perpetuar.

Pero las cosas usualmente no son tan simples. Con frecuencia existen personas, que perteneciendo a los grupos dominados logran asimilarse a la cultura dominante, aprenden inglés (antes aprendían castellano) y logran éxitos profesionales y económicos. Es posible que alguien con algo de sangre africana llegue a la presidencia de Estados Unidos. Con ello se testimonia que el sistema sí está desarrollando capacidad de inclusión.

Esto plantea nuevos problemas. En primer lugar, en la medida en que esa inclusión, selectiva y puntual, sigue siendo la excepción, el sistema de exclusión sigue operando. Esto puede convertir los casos emblemáticos de inclusión en el justificativo para mantener un sistema que, si bien permite movilidad, no remedia la estructura de exclusión. En segundo lugar, esa inclusión se puede realizar a un precio: el de la completa asimilación y, por lo tanto, las otras formas de entenderse como humano siguen desvalorizadas. Sigue existiendo discriminación. El problema del pluralismo no ha sido resuelto.

Estas dificultades expresan el carácter conflictivo de la diversidad. Más en concreto, representan una enorme dificultad para Occidente, donde la pretensión de universalidad impide recurrir a soluciones más fáciles, por ejemplo, el no contacto, el aislamiento radical. Esta solución no es viable por varias razones. Por una parte, está el carácter "planetívoro" de la economía occidental. Incluso si Occidente pretendiera hoy dejar tranquilos y sin contacto a pueblos que opten por tal camino, lo cual constituiría de por sí

una gran transformación del sistema económico, la posibilidad de que un pueblo o una civilización se mantenga completamente aislado es mínima. Los casos más “exitosos” provienen de Oriente, como el de China, cuya explícita política de aislamiento en varios momentos ha dado origen a diferentes interpretaciones sobre su historia (Menzies 2003); o el de Japón (Diamond 2007). Se trata de dos sociedades grandes y el caso chino es especialmente significativo. Por otra parte, los aislamientos no pudieron perdurar por diferentes dinámicas.

Hay otras razones que hacen inviable la alternativa de mantener el aislamiento indefinidamente. Una es que, simplemente, la mayoría de los otros, los no occidentales, también desea muchos bienes generados por esta sociedad: su tecnología, sus formas de bienestar. Incluso, en más de un sentido, los valores e ideales de Occidente son, con frecuencia, también significativos para los no occidentales. El machete, el anzuelo son deseados por los no occidentales.

Es necesario indicar que no se trata de que Occidente produzca bienes o ideas que pudiera decidir si entrega o difunde a otras partes del mundo. Lo que llamamos mundo occidental es, en gran medida, producto de un contacto con lo no occidental, con la diversidad. La tecnología moderna no hubiera existido si no se hubiese creado un espacio de confluencia de los inventos árabes, indios y chinos, con la tradición occidental, y del trabajo africano con las plantas, las medicinas y el oro americano. Es por ello que la modernidad actúa sobre los otros, sobre los no modernos, desde su mismo surgimiento.

Insisto: el aislamiento, al menos en términos absolutos, es imposible ahora. Ese camino está cerrado porque las actividades humanas generan hoy repercusiones en el ámbito planetario. El cambio climático es el más publicitado, pero existen otras dinámicas que determinan que no exista pueblo alguno que esté o pueda estar efectiva y totalmente aislado. La manera en que circulan virus y bacterias es ya un factor de modificación fundamental que altera las posibilidades de supervivencia autárquica de cualquier pueblo. La interferencia con ciclos biológicos que afectan a un territorio, es muy recurrente; por ejemplo, la interferencia con especies que migran y recorren un territorio. Por último, el solo hecho de estar presen-

tes o ausentes en un espacio limítrofe es también una forma de afectar a quien está al otro lado de ese límite.

En el caso ecuatoriano, la situación de los grupos taromenani y tagaeri constituye una ilustración de cómo, aún más allá de los factores naturales impredecibles, la modificación del entorno social se irradia de mil maneras. Los pueblos aislados enfrentan una de sus principales amenazas, la expansión demográfica de sus vecinos y parientes culturales hostiles (los hoarani), apoyada por la medicina y la tecnología occidentales (Bustamante 2005; Aguirre 2007).

Esta contradicción de la pretensión universalista incluye un ámbito más, el ideológico, lo que llamo la “paradoja del misionero”. El reconocimiento del otro, diferente a nosotros, puede llegar a superar la visión meramente utilitaria. Entonces tenemos la necesidad de comprenderlo desde nuestros propios valores, desde la dignidad humana. Pero eso implica proyectar, difundir hacia él, una estructura ética. Implica lograr que él pueda vivir según los patrones de dignidad que nuestra estructura ética exige. Entonces, tenemos que predicar y testimoniar esos valores ante el otro. De allí hay un paso, que generalmente se da con facilidad, a la imposición de esa visión, esos valores, esa civilización.

Debemos tener cuidado al pensar que esta paradoja concierne solamente a los misioneros. Es, en realidad, el problema, la contradicción y el dilema de todos aquellos que no pueden sentirse indiferentes ante el otro y que se consideran poseedores de una verdad, un conocimiento, una cualidad humana tan sólida que les lleva a predicarla, a difundirla. Es la disyuntiva de todo aquel que disfruta de seguridad ética, del que tiene una causa, y esto se aplica tanto al misionero del siglo XVII como al militante revolucionario, al activista de los derechos humanos, al convencido de las ventajas de la libre empresa o a quien sirve a las diferentes visiones del desarrollo.

No por ello debemos dejar de reconocer que esta paradoja, esta dinámica, incluye aspectos que la transforman. Esto se deriva de que el misionero (de cualquier ideología o credo) puede encontrar ventanas o hendiduras en su marco mental que permiten que la realidad exterior se infiltre en su pensamiento. Si esto pasa, se puede llegar a que su propia ideología se

altere, que su verdad se modifique. Incluso los propios conceptos que traía de su seguridad pueden ser cuestionados o activados, nutridos por nuevas interacciones que producen planteamientos diferentes.

Es así como los misioneros –por seguir con este ejemplo–, para imponer una visión del mundo, comienzan a aprender los idiomas nativos, a usarlos, a darles con ello nueva vida. Se convierten en el idioma del contacto intercultural y el de la misión misma. La sociedad misional se comunicaba en idioma indígena. En determinado momento, se preocupan de documentar el conjunto de la cultura, tal vez al principio como un simple testimonio de un pasado. Pero luego la voz del misionero comienza a rescatar y revalorizar la mitología indígena. Lo que en otro tiempo hubiera sido combatido como manifestación de idolatría, es ahora reconocido y cuidado (Bottasso 1982). Comienzan a reconocer la posibilidad de que en todas las culturas existan elementos de la revelación divina.

Este no es un fenómeno que se produce solamente en el terreno religioso. Varias formas de pensamiento que se consideran poseedoras de una determinada verdad, que desean expandirla, descubren que los pobres, los paganos, ya tenían o conservaban rudimentos de la revelación, o que son portadores no explícitos de una fuerza histórica positiva (esto lo vemos también en los análisis políticos).

Se trata de una conflictividad inherente a una perspectiva universalista, que recorre diversos cursos y, en ocasiones, implica quiebres en las prácticas coloniales. Por ejemplo, las misiones guaraníicas se rebelaron contra las negociaciones de las capitales imperiales en 1754, y persistieron animando verdaderas formas de organización social y económica. Su persistencia culminó con la expulsión de los jesuitas. No obstante, esto generó cuestionamientos en las propias formas de pensar el universalismo, puesto que tales misiones constataban, en las prácticas concretas de la expansión colonial, contradicciones con los postulados básicos de la ideología que la justificaba.

La historia muestra diversas formas en las que se produce esta interacción entre la ideología de expansión imperial y los postulados humanitarios de la religión, el núcleo de esa ideología. Tenemos las misiones cristianas previas a la adopción del cristianismo como religión imperial (el

ejemplo más conocido es el de Irlanda), o la transformación del cristianismo y su conversión en el terreno privilegiado de la discusión, de la guerra ideológica y política en Occidente con los episodios de lucha contra las herejías. Ocurrió la expansión colonial apoyada en las misiones que luego se fragmentan con los diversos cismas religiosos de Occidente. Luego, con la Revolución Francesa y liberal en general, nace el pensamiento laico, liberal, que se expande también con pretensiones universales, siendo cada vez menos teológico y más político. Los instrumentos de esta expansión son nuevos: los partidos políticos, fundamentalmente los ideológicos de izquierda, especialmente los socialistas y anarquistas.

El desarrollo de las ideologías explícitamente políticas implicó formas de impulsar internacionalmente tales ideas. Pero esto no significó eliminar las formas de acción eclesiales. Al contrario, durante este período (fines del siglo XIX e inicios del XX) los movimientos religiosos asumen un perfil político claro. El caso más evidente es el de la Iglesia católica que anima un movimiento activista: el movimiento obrero católico, así como los correspondientes movimientos de jóvenes y mujeres de esa confesión. El contenido de tales dinámicas tuvo un tinte general de derecha, pero existieron muchas otras derivadas de varias lecturas sociales de los valores religiosos.

También en la segunda mitad del siglo XIX se constata una fuerte necesidad de los países latinoamericanos de contar con elementos del exterior. Las manifestaciones son diversas: están las ideologías de inmigración, que comienzan a describir el problema del desarrollo latinoamericano en términos cercanos a los raciales, y buscan formas de superar esa carencia al incorporar inmigrantes europeos. Los éxitos en esta materia son claros en Argentina, Brasil y Uruguay, con la política impulsada por autores y políticos tan destacados como Juan Bautista Alberdi y Domingo Sarmiento; en este último se muestra un racismo antiindígena radical: “Por los salvajes de América siento una indecible repugnancia sin poderlo remediar”.⁵ En los países andinos los procesos fueron diferentes. Los flujos migratorios no llegaron a cambiar el perfil de la población; en algunos casos llevaron a situaciones relativamente dramáticas como la de los inmigrantes alemanes

⁵ *El Progreso*, periódico quincenal que apareció en Santiago de Chile entre 1841 y 1952. <http://www.fmmeducacion.com.ar/Historia/Notas/sarmiento.htm>

en Pozuzo, Perú, en 1853, que debieron caminar dos años antes de llegar a la tierra que se les ofreció para colonizar.

Hubo otras maneras de buscar las características del extranjero que parecían vitales para el desarrollo de nuestros países. Así, en Ecuador, hubo la búsqueda de profesores-científicos-jesuitas alemanes, para organizar la Escuela Politécnica Nacional por parte del presidente modernizador de derecha, Gabriel García Moreno (1869). Esta es una forma de “cooperación internacional” mediada por la cercanía ideológica con la Compañía de Jesús, con lo cual se vincula con la dinámica religiosa que se identificó anteriormente. En realidad, las misiones religiosas constituyeron una forma de cooperación internacional nada despreciable, que se encargó de no pocas tareas políticas y sociales que jugaron un papel en la conformación de los espacios nacionales. Esto incluyó dispositivos para la transferencia de recursos, pero sobre todo formas de traslado de personal “técnico”. Para entender todo esto, se tiene que tomar en cuenta la comunidad ideológica y religiosa que aparentemente compartían, al menos de manera parcial, la sociedad donante de misioneros y la receptora.

Esto no quiere decir que no existieran conflictos entre las órdenes religiosas misioneras y las iglesias locales. El propio García Moreno tuvo roces con las órdenes religiosas nacionales y manifestó una enorme predilección por los sacerdotes extranjeros. Esto muestra que la comunidad de ideas religiosas no es completa y no elimina los problemas entre cooperantes y las sociedades locales.

La dinámica de los sacerdotes científicos conlleva también cierta relación con el fenómeno de las expediciones científicas ya abordado.

Organizaciones no gubernamentales a fines del siglo XIX

Mientras la relación entre el centro y la periferia comienza a tomar forma, en el centro ocurren dinámicas interesantes. En determinado momento, esta ideología entre civilizadora e ideológica adquiere un formato nuevo. Se van decantando consensos internacionales y adquieren la forma de principios de gobierno internacional. Un esfuerzo pionero y muy exitoso, en

este sentido, es el que desemboca en la constitución de la Cruz Roja, en 1863. Algunos aspectos de este proceso ilustran su dinámica. Los miembros fundadores de esta ya centenaria organización fueron un reducido número de Estados, solo dieciséis, pero es evidente que constituye una organización no solo enormemente respetada sino que simboliza los valores del humanismo occidental. La Cruz Roja es solamente el punto destacado de una serie de organizaciones que florecieron en esos años. También tenemos, por ejemplo, la Unión Postal Universal creada en 1874 con veinte Estados miembros fundadores. Como se deduce de los casos presentados, los objetivos son humanitarios frente a la guerra como en el caso postal, y referidos al tratamiento y estandarización de un servicio necesario para la interacción supranacional.

El impacto de la Primera Guerra Mundial dio origen a un esfuerzo especial, el de crear ya no acuerdos especializados sino un sistema internacional. Es el momento de la Sociedad de las Naciones, creada en 1919 por cuarenta países, entre los cuales nunca se contó Estados Unidos. Con respecto al tema de este estudio, el organismo desempeñó varias funciones. En primer lugar, comenzó a conformar una ética internacional, un conjunto de valores que debían ser acogidos por todos los Estados. Además, la Sociedad de las Naciones se encargó de organizar la administración de varios territorios que fueron colonias o territorios de las potencias vencidas en la Primera Guerra Mundial. Generalmente lo hizo a través de un encargo a una gran potencia (Comisión de Mandatos), pero también jugó un rol respecto a los protectorados. Esta dinámica incluyó la elaboración del proceso colonial, lo cual implicó discutir y teorizar sobre las funciones de la potencia colonial (Rist 2002) y sus responsabilidades con las zonas colonizadas.

La propia tipología de los mandatos establecía e identificaba diversas situaciones en la capacidad de autogobierno de cada territorio. En el esquema aplicado se preveía un momento en que una buena parte de los territorios colonizados llegaría a conformarse como Estados independientes. Nótese que el organismo internacional prácticamente no intervenía en cuanto tal, sino que delegaba estas funciones a los Estados (potencias) (Rist 2002).

En este contexto, empieza a producirse un fenómeno sustancialmente nuevo. Las potencias también comenzaron a asumir responsabilidades con los países independientes pobres, fundamentalmente, la necesidad de proporcionarles conocimientos técnicos (en ese entonces el tema de los capitales era un problema de empréstitos y de inversión privada). Y se inició la estructuración de las misiones técnicas, una forma específica de cooperación extranjera. En el caso de América Latina, tienen un especial significado las misiones Kemmerer (entre 1923 y 1935), que dieron origen a los sistemas monetarios de Chile, Ecuador, Colombia, Perú y Bolivia. Sin embargo, las misiones se extienden a otros ámbitos. En el caso de Ecuador también destaca la misión militar italiana, así como otra de ese mismo país que incidió en el urbanismo de Quito.

Los cambios a raíz de la Segunda Guerra Mundial

La Segunda Guerra Mundial destruyó aquel sistema internacional. Este resurgió después de que fueran derrotados los países del Eje, pero con características nuevas: se inició la consolidación de los organismos multilaterales con personería propia, secretarías permanentes e instalaciones que crecen. En muchas situaciones, por ejemplo, en la Guerra de Corea, las Naciones Unidas intervinieron a través de los países y fundamentalmente las potencias miembros de la organización. No obstante, la capacidad operativa autónoma de los organismos internacionales fue creciendo poco a poco. El sector público internacional se desarrolló y se llegó a conformar una burocracia con su propia dinámica y sus propios intereses.

Sin embargo, el esquema que se plantea entraña mucha cautela. Al analizar los documentos relativos a cómo se proponían sus planes de acción los organismos internacionales, así como los organismos de cooperación bilateral, en la década de 1950 a 1960 (AID 1972), constato una cuidadosa atención para no interferir con los Gobiernos y los Estados. La doctrina de la no injerencia en los asuntos internos se tomaba muy en serio.

Se trataba de acciones transitorias solicitadas por los Estados, diseñadas para apoyarlos con el máximo respeto de acuerdo con lo que decidieran

que se hiciera en sus territorios. Esto implicaba una segunda premisa de este esfuerzo: que la cooperación con un país era, necesariamente, cooperación con un Gobierno. En las primeras décadas de la posguerra hubieran sido impensables formas de cooperación en las que un Estado trabajara con organizaciones de otro Estado, sin el conocimiento y la aprobación del Estado huésped. Sin embargo, se produjeron cambios. Las organizaciones internacionales se convirtieron en realidades autónomas, con su propia dinámica, su propia inercia, y comenzaron a intervenir ya no solo a través de los consejos y la asesoría técnica (que originalmente fue el rol fundamental que se les asignó). Al respecto es interesante revisar la descripción efectuada por Escobar sobre la misión del Banco Mundial en Colombia en 1949 (Escobar 2004, 50). Pronto comienza a evidenciarse un rol crecientemente económico a través de préstamos y, en este contexto, se produce una forma de negociación diferente: el desarrollo de la condicionalidad hasta niveles nunca antes previstos. Aquí jugó un papel importante el Banco Mundial, que condiciona sus aportes al cumplimiento de las políticas macroeconómicas “correctas”.

Pero estos no fueron los únicos cambios. En el año 1992, en la primera Cumbre de la Tierra celebrada en Río de Janeiro, surgieron dos elementos adicionales que reconfiguraron el panorama de la cooperación internacional. Ambos se vinculan con el desarrollo del Fondo Ambiental Mundial (FAM), a veces conocido como Global Environment Facility (GEF). Se trata de la legitimación del Banco Mundial como el Banco de las Naciones Unidas y, por lo tanto, como el organismo encargado de administrar recursos asignados a un mandato diferente al específicamente económico; las causas éticas, en este caso las ambientales, son ubicadas institucionalmente en el espacio de la economía. Es un reflejo de la subordinación a la lógica económica.

El otro componente de esta decisión son los mecanismos de financiamiento, bastante más directos, para las ONG. Antes de la Cumbre de Río estos organismos ya comenzaban a tener un rol protagónico en los foros internacionales, y existía el elemento de la inscripción en la Economic and Social Council (ECOSOC), pero hubo una explosión de tal participación. La conferencia paralela de Río refleja una ambigua mezcla. Por un lado, la

Organización de las Naciones Unidas (ONU) y algunos países participaron en la convocatoria al evento paralelo y esto permitió a algunos de sus asistentes estar también en varias reuniones oficiales. Por el otro, el mundo no gubernamental era convocado de una manera segregada a los procesos internacionales. Como parte de este componente, desde el momento de la estructuración del FAM se previó la posibilidad de que los destinatarios de los recursos fueran las ONG. Así, varios proyectos de esta entidad han sido ejecutados por organizaciones de este tipo. Esto representa la consolidación de entidades ejecutoras de proyectos financiados en el Norte y destinados a desarrollar valores del Norte en las sociedades del Sur.

Para sintetizar, la cooperación se inserta en el dilema, en las paradojas y contradicciones que implica el contacto con el diferente. En la historia ha habido muy variadas formas de manejar este encuentro. Lo usual es que esté implícita una relación de poder que puede llevar a la destrucción del diferente y de todo lo que pueda quedar de él (el anatema o las expectativas de un Sarmiento). Otra opción es que se busque eliminar la identidad del otro para procesar cuerpos que son asimilados a la cultura del dominante (piénsese en la esclavitud y la captura de mujeres). El problema incluye complejidades adicionales cuando reconocemos en el otro un valor extracorporal, un alma, una identidad que tiene valor por participar de nuestra propia naturaleza humana. La manera de tratar al otro es, en algún sentido, la forma de tratarnos a nosotros mismos. Surge el proselitismo de los misioneros que afirman valorar al otro, al mismo tiempo que pretenden cambiarlo. Se busca su plena realización como humanos imponiendo lo que quien domina afirma de lo humano.

Desde una perspectiva que se supone más igualitaria, surge un discurso que enfatiza el intercambio de mercancías, aunque ya desde Mauss (2000) sabemos que implica más que solo eso. Se trata, en cierto sentido, de una parte de la teoría de la dependencia con muchos matices en casos concretos.⁶ Junto a las mercancías, estos intercambios asimétricos incluyen capitales, saberes, ideas y, sobre todo, identidades.

⁶ En un análisis de hace casi tres décadas sobre el contacto con los shuar, anoté la manera en que cada sociedad trataba de instrumentalizar a la otra según sus propias leyes de funcionamiento (Bustamante 1988).

Las ONG, mecanismo privilegiado para intervenir en temas ambientales

Actualmente, toda esta amalgama de interrelaciones entre los países del centro y la periferia encuentra en las ONG un agente privilegiado. Sería un error pensar que surgieron para este fin, o que este es su rol central en este momento. Tienen otros nombres y otras actividades que no consisten en relacionarse con el “tercer mundo”. En efecto, a veces se llaman *charities*, tercer sector u otra denominación, y sus tareas comprenden desde la organización de fiestas locales hasta el apoyo a la ciencia y la cultura. En muchos casos están asociadas a las iglesias y con frecuencia sus tareas se vinculan a la vida cotidiana de comunidades de los países del Norte. A veces son un dispositivo para abordar los conflictos y los problemas de pobreza que en esas sociedades no han desaparecido. Pero hay una dimensión que luego mostraré no es secundaria: las ONG son protagonistas en este relacionamiento complejo con los extraños. Es una relación que, como vimos, se enmarca en el terreno de la polivalencia: dominadora y solidaria, libertaria y opresora, que valora y a la vez humilla. Pero antes de abordar de manera más sistemática la manifestación de estas contradicciones entre las organizaciones ambientales, específicamente, es necesario que explique brevemente, de dónde proviene la fuerza de este dispositivo institucional.

Señalo, en primer lugar, su crecimiento. En la actualidad existen más de 3000 organizaciones con estatuto de observadoras reconocidas por la ECOSOC. Es problemático estimar su número total debido a su diversidad pero, en todo caso, Troger (2002) identifica un crecimiento exponencial. El autor señala que las organizaciones humanitarias que podrían recibir apoyo internacional, según criterios de las Naciones Unidas, han pasado de 700 en 1939, a 10 000 en los años 1980, para llegar a 50 000 en 2002. Las estimaciones recientes hablan de alrededor de 40 000 ONG internacionales. Esto significa la creación de aproximadamente 2000 nuevas organizaciones de este tipo por año, una tasa de crecimiento cercana al 8% anual.

La carencia de una definición clara y universal también crea dificultades a la hora de estimar el volumen total de operaciones manejadas por este

tipo de organizaciones. Solamente a modo de ilustración, señalo que hay organizaciones que cuentan con presupuestos muy altos. La Cruz Roja americana, conocida como la mayor ONG del mundo, en su balance del año 2007 reporta ingresos por 3347 millones de dólares (Red Cross 2008). Esta cifra es mucho más que la de otra gran organización mundial de ayuda humanitaria, Oxfam, la cual en el año 2005 reportó un gasto total de 528 millones de dólares para sus operaciones en todo el mundo (Oxfam International 2006).

En el mundo específicamente ambiental también destacan algunas megaorganizaciones. Estas, en general, reciben ingresos que, a pesar de ser menores, no dejan de ser contundentes. La primera organización ambiental del mundo, Sierra Club Foundation (2007), en el año 2006 reportó ingresos por 29 millones de dólares. Se trata ingresos bastante menores a los de otra organización muy antigua, la Wildlife Conservation Society (WCS), que reporta gastos anuales de 160 millones de dólares (WCS 2006), una parte de los cuales se destina a la administración del famoso Zoológico del Bronx y del Acuario de Nueva York (WCS 2006). En el mismo rango de ingresos se encuentra la WWF de Estados Unidos, que declaró ingresos totales en 2007 de 160 millones de dólares (WWF-International 2008; WWF-USA 2008). Esto, de todas maneras, constituye solo una parte de esta organización, pues si se consideran los ingresos totales de todos los fondos WWF en el ámbito mundial (más de treinta organizaciones repartidas por todo el mundo), la cifra es varias veces mayor: 549 millones de dólares (WWF-International 2008). Otra organización que también es una red internacional, Greenpeace, reporta un presupuesto total anual de 170 millones de dólares (Greenpeace 2007). Su actividad tiene un estilo diferente, más de confrontación, y una apreciable parte de su presupuesto se destina a la operación de sus embarcaciones.

Pero la mayor cifra de ingresos que se ha identificado en el mundo de la conservación es la de TNC, que reporta ingresos por 1281 millones de dólares y un patrimonio total de 5415 millones (TNC 2008). Esta organización incluye, en su método operativo, compras y adquisiciones de tierras que implican tanto un patrimonio altamente valorado como flujos por donaciones de tierras con un alto valor de mercado. Cada organización se

identifica con un estilo diferente de trabajo y, por lo tanto, sus necesidades no son plenamente comparables, aunque este análisis permite tener una idea de los montos involucrados.⁷

Los volúmenes financieros hablan de la dimensión de las actividades llevadas a cabo por estas organizaciones. Pero puede ser útil complementar esta información con las estimaciones respecto a lo que representan las donaciones en diversas economías, tanto de personas como de empresas. Cuento con cifras que muestran valores sorprendentes; por ejemplo, en Canadá el total de donaciones llegaría a representar el 12% del PIB, cuando las cifras más usuales son de alrededor del 3% del PIB. Al comparar las donaciones con las economías de estos países, es evidente que se trata de grandes montos (Irrarázabal y Guzmán 2000).

A pesar de ello, se debe tener en cuenta que gran parte de los recursos de estas organizaciones se destina a actividades nacionales. TNC es un ejemplo, con su amplio programa de compra de tierras en Estados Unidos. El papel de la WCS en la educación ambiental en ese país es otro. Existen muchas organizaciones, especialmente las que apoyan actividades científicas y artísticas, cuyo campo de acción casi exclusivo son las propias sociedades donde recaudan sus recursos.

La situación en los países del tercer mundo es diferente y más compleja. Hay otros parámetros que muestran situaciones bastante diferenciadas: hay organizaciones que son filiales, casi sucursales, de organizaciones de países del Norte. Un ejemplo serían las organizaciones de la WWF con sede en países del Sur. Así, la WWF-Pakistán, con un presupuesto de 232 millones de rupias pakistaníes, dispone del equivalente a 3 666 000 dólares (WWF-Pakistan 2007). Esta cifra puede ser abultada para un país del tercer mundo, pero al tener en cuenta sus cien millones de habitantes, los valores se relativizan. Otro caso interesante es el de Brasil. Allí la WWF-Brasil reportó en 2006, un presupuesto de 31 millones de reales (aproximadamente 16 millones de dólares). Se trata de un valor respetable, que de todas maneras se diluye algo en la inmensidad de ese país-continente. Aquí cabe destacar

⁷ Existen otras organizaciones también de gran importancia, por ejemplo, Conservation International. Lamentablemente, su información financiera no se encuentra fácilmente disponible en internet, como sí fue el caso de aquellas cuyos datos cito.

que el 74% del presupuesto proviene de donaciones de otras organizaciones de la familia WWF (WWF-Brasil 2007). Pero el hecho de que el 26% de sus fondos se consigue en el ámbito nacional indica que no estamos ante simples brazos operativos de las grandes organizaciones internacionales sino que, en alguna medida, estas deben ganar legitimidad en los países en que trabajan para obtener una parte de sus recursos. En el esquema de dicha organización, esta es una situación bastante diferente a la de los programas de la propia WWF en otros países, tales como Colombia, Bolivia, Perú o Chile. En estos casos las oficinas o programas son financiados cien por ciento desde el exterior, y dirigidos de igual manera.

¿Cuán brasileña es realmente la WWF-Brasil? Esta pregunta se puede responder de diversas maneras, desde diferentes puntos de vista. Se trata de una organización bajo la legislación de ese país, con un sistema de dirección propio, con socios afiliados en ese territorio y con sistemas de toma de decisión autónomos con respecto al sistema internacional, al cual también contribuye. Pero, por otra parte, queda claro que depende económicamente del sistema internacional de la WWF en un grado apreciable: el esquema organizativo y varios otros elementos están muy influidos por esta red internacional.⁸

Algunas organizaciones que corresponden de una manera más clara a un proceso centrado en lo nacional son la Fundación Vida Silvestre en Argentina (FVSA), Fundación Peruana para la Conservación de la Naturaleza (Pronaturaleza), y Fundación Natura en Ecuador. En todos estos casos se trata de instituciones grandes, probablemente las más grandes de cada uno de los respectivos países. El problema es que existe menor presión social para que publiquen en la página web los informes contables y, por lo tanto, son menos accesibles. En todo caso, existen muchas diferencias entre ellas; algunas se basan fundamentalmente en membresías como el Comité Nacional Pro Defensa de la Flora y Fauna (CODEFF, Chile) y FVSA; otras que se centran en relaciones con el sector empresarial. Las hay también que dependen de donaciones del exterior, y otras que asu-

⁸ De hecho, en preguntas formuladas a académicos brasileños del Acre en un seminario internacional se pedía que clasificaran a la WWF como organización internacional o brasileña; la mayoría optó por la primera opción.

men tareas de consultoría. Sus dinámicas son distintas. De todas maneras, cuando estas organizaciones llegan a presupuestos de alrededor de dos millones de dólares, significa que están en un buen momento.⁹ Estos datos ya hablan de algunas divergencias en cuanto a lo que es la dinámica de las ONG ambientales en el Norte y en el Sur. La estructura de la información presupuestaria señala diferencias radicales. Las ONG del Sur viven, en una proporción muy alta, de los fondos provenientes del Norte. Lo usual es que tales fondos representen sobre el 80% del presupuesto total de una ONG del tercer mundo. Lógicamente, existen variaciones, pues hay casos en que este número llega a ser de menos del 50% y otros en que bordea el 98%.

Papel de los socios y donantes en la construcción de la legitimidad

Las ONG se caracterizan, además, por otros elementos. Uno es que, entre las abultadas cifras que las instituciones del Norte señalan en sus reportes anuales, no encontramos solo millones de dólares o de hectáreas de tierras protegidas. Estos datos incluyen, además, un elemento clave: cifras sobre auspiciantes que llegan a millones. Cada uno de estos individuos puede aportar, tal vez, treinta francos suizos. Así se llega a sumar una fracción nada despreciable del presupuesto de estas entidades, pero sobre todo se construye el núcleo central de su estrategia de legitimación. La WWF Internacional, por ejemplo, se enorgullece de recibir los aportes de más de cinco millones de personas, incluidos niños. Greenpeace afirma tener 2 800 000 adherentes, una cifra muy alta, especialmente si tomamos en cuenta el carácter activista de esta organización (Greenpeace 2007).

Esto implica que, junto a su capacidad para acceder a recursos económicos, estas entidades buscan, y de hecho logran, otro tipo de apoyo: el apoyo ético-moral de las personas. Se basan en la legitimidad de sus misiones y tareas. Las variaciones en cuanto al número de adherentes por país son muy grandes. Pueden estar cerca de las 700 000 personas en países

⁹ No he podido documentar esta afirmación pero, al haber trabajado con muchas de estas organizaciones, puedo transmitir esta impresión general.

grandes como Estados Unidos, pero también en países mucho más pequeños demográficamente hay cifras respetables; por ejemplo, 330 000 en el Reino Unido, cerca de 270 000 en Suiza, o 60 000 en Canadá.

¿Cuál es la situación de la membresía en las organizaciones de los países del tercer mundo? Nuevamente, la información es de menor calidad, en parte porque este tema tiene menos importancia; pero en algunas de las organizaciones mencionadas las cifras no solo están disponibles, sino que tienen gran valor para ellas. Por ejemplo, la FVSA anuncia un total de 2800 adherentes, y CODEFF en Chile, también se enorgullece de sus 4400 asociados. Otras organizaciones del tercer mundo simple y llanamente han dejado a un lado esta preocupación, que en general demanda muchos esfuerzos y aporta limitados resultados.

Pero tal vez la diferencia que llama más la atención es la vinculada al peso relativo que tienen los auspiciantes o miembros de su propia sociedad. Así, un 3,7% de los suizos son adherentes de la WWF, mientras que en los países del tercer mundo sería muy difícil encontrar una organización que pudiera contar, entre sus miembros, a uno de cada 2000 habitantes. De hecho, si se hace un cálculo de densidad de afiliaciones (número de afiliados dividido para la población total) a las ONG ambientales en los países del Norte y del Sur, las diferencias son entre mil y cien veces más (tabla 4.1).

Tabla 4.1. Densidad de membresías de varias organizaciones

Organización y país	Habitantes por afiliado (miles)	% de la población afiliada	Respecto a la densidad de Suiza	Respecto a la densidad de Ecuador
WWF-Suiza	27	3,70%	1	740,7
WWF-UK	185	0,54%	0,1459	108,1
WWF-USA	431	0,23%	0,0626	46,4
WWF-Canadá	550	0,18%	0,0491	36,4
CODEFF (Chile)	3636	0,03%	0,0074	5,5
FVSA (Argentina)	13 900	0,01%	0,0019	1,4
Fundación Natura (Ecuador)	20 000	0,01%	0,0014	1

Fuente: Informes de cada organización.

Estos datos reflejan, por un lado, que las iniciativas voluntarias para atender problemas sociales o aportar a causas “nobles” son comunes en esos países: tales iniciativas son parte de los acuerdos básicos que configuran y alimentan su trama social. Por otro lado, existe un juego de relaciones por las cuales las ONG son depositarias de confianza, y para ello se desarrolla un intenso diálogo sobre la legitimidad. Estas entidades ofrecen a sus sociedades discursos y propuestas sobre la ética y la legitimidad. En la medida en que son escuchadas y acogidas, la sociedad responde con donaciones.

Creo que una parte ineludible de ese alegato sobre lo ético se refiere a los distintos, a quienes son diferenciados cultural, económica, socialmente, pero también éticamente. Esto da origen a las campañas orientadas hacia afuera, hacia esos otros que viven en un conjunto de condiciones no aceptables para la sensibilidad occidental. Es decir, que viven en la pobreza e indigencia, en la precariedad, que no cuentan con servicios de salud y, a la vez, están excluidos del mundo ético occidental: no acceden a las garantías de los derechos humanos, no viven en “democracia”, viven bajo la sombra del “patriarcado machista” o el fanatismo religioso fundamentalista.

Este discurso de legitimidad generado, o más bien orquestado, por las ONG habla tanto de la dinámica en la propia sociedad como de la relación con el otro, con los del tercer mundo. El análisis de cada una de estas dimensiones podría generar muy interesantes “descubrimientos”. En esta investigación, me preocupa la dimensión exógena de la relación, que de todas maneras no debe desvincularse de la conciencia de las sociedades ricas sobre sí mismas.¹⁰

En las sociedades “occidentales” existe un núcleo de consensos sobre cómo debe tratarse a los seres humanos. Es cierto que hay debates internos, pero estos versan principalmente sobre el estatuto del “extranjero”, sea este el inmigrante, especialmente si es ilegal, o el fundamentalista musulmán. Aquí se manifiestan las diferentes opciones. Los polos van desde una visión que se identifica con un rol policial frente a estos tipos “diferentes” —que son vistos como una amenaza—, hasta otros que ven en el tratamiento de

10 El tema a pesar de escapar del campo específico de este libro es parte del mismo problema. La relación hacia los otros está estrechamente vinculada con la relación con nosotros mismos. Por eso la relevancia de esta discusión para el análisis crítico de las propias sociedades acaudaladas.

esas personas la posibilidad de expresar sus visiones críticas respecto a sus propias sociedades. Surgen así perspectivas que colocan en el centro de las esperanzas éticas de las sociedades desarrolladas lo que pueda suceder con los humanos que representan lo alternativo, que tienden a encontrarse en el tercer mundo.

Las enormes expectativas surgidas en torno a las ONG

Más allá de la existencia de estas organizaciones, con características particulares en el Norte y en el Sur, las expectativas respecto a ellas son reveladoras. Existen altas esperanzas desde muchas perspectivas. Las ONG han logrado ser depositarias de confianza tanto por parte de quienes buscan la transformación total del sistema internacional, los revolucionarios, como de aquellos que ven solamente necesidades de perfeccionarlo.

Esto es, por ejemplo, lo que se percibe a partir del análisis que efectuó un grupo *ad hoc*, liderado por el TNC, sobre el rol de las ONG en las contrataciones con los organismos multilaterales (Curtis et al. 1997). El texto incluye un elogio a la capacidad de las ONG para aportar a la solución de los problemas del tercer mundo, no solamente como asalariados, sino también como asociados. El estudio las caracteriza como agentes con habilidades para ejecutar acciones en el terreno, diseñar estrategias y proponer acciones, en definitiva, para participar en los esfuerzos de desarrollo. Pero en el mismo estudio se presenta una queja: afirma que los organismos multilaterales someten a las ONG a procedimientos administrativos propios de un contratista, como si la relación entre los dos fuera la de un cliente que sabe exactamente lo que se debe hacer y un oferente de servicios cuyo único interés fuesen los ingresos económicos. Esto sería falso, pues en ocasiones las ONG consideran conocer, incluso mejor que los organismos multilaterales, lo que se debe hacer. Afirman, además, que su motivación supera en mucho a los simples intereses económicos.

Esa insatisfacción sería incomprensible si no fuera porque ha existido el presupuesto de que la asociación entre ONG y organismos multilaterales es natural, y que tal postulado se ha venido desarrollando de manera

creciente. A mi juicio, hay dos manifestaciones de esa cooperación. Una es la presupuestaria, es decir, el peso creciente de los fondos provenientes de organismos multilaterales en la estructura general del financiamiento de muchas ONG (en el caso de los países del Norte estos montos pueden llegar a representar un 30%). Otra es que los organismos multilaterales –entre los que se destaca el Banco Mundial– han visto la conveniencia o necesidad de abrir espacios de diálogo, en los cuales ciertos representantes de dichas organizaciones son invitados a expresar sus puntos de vista (y especialmente si estos son críticos con los organismos multilaterales).

En contraste con la eficiencia y capacidad de ejecutar, hay miradas que ven otra función en las ONG. Estas no solo son eficientes ejecutores, sino además portadoras de una función y una esperanza política. Las ONG aportan algo a la legitimidad de los organismos multilaterales. Por ello critican que el Banco Mundial las confunda con consultoras o contratistas, empresas cuyo fin es producir ganancias. La reivindicación fundamental de las ONG es la de ser representantes de una lógica distinta a la crematística, una que está en la esfera de los valores. Este es un terreno que me acerca, de manera explícita, a la política.

Es cierto que la mayoría de ONG se declara apolítica. Pero se trata de una definición relativamente estrecha, pues la política a la cual se refieren es la partidaria, y ni siquiera esa es una definición que se pueda aplicar a todas estas organizaciones. En efecto, varias surgen de un vínculo directo con organizaciones políticas (la Konrad Adenauer y la Hanns Seidel son las más conocidas). Es evidente que sus propuestas éticas implican planes para la sociedad, para su forma de funcionar y organizarse. El fortalecimiento de la democracia o la consolidación de los derechos humanos son propuestas políticas.

Pero esta dimensión política adquiere un matiz distinto cuando no se trata solamente de ejecutar las propuestas (también políticas) de los organismos internacionales, sino que se busca influir en ellas, actuar sobre los espacios en los cuales se toman estas decisiones para lograr ciertos resultados. El campo de acción de las ONG, en este caso, ya no es la comunidad local sino, con creciente frecuencia, el Estado y, cada vez más, las organizaciones y foros internacionales. Entonces surge otra dinámica: las

conferencias que se multiplican sobre todos los temas. Una compleja gama de organizaciones de diverso tipo logran participar, reúnen delegaciones de todo el mundo, forman procesos paralelos destinados a presionar sobre las conferencias de los Estados para impulsar ciertas propuestas éticas.

La expectativa que nace de estas dinámicas puede ser muy optimista. Parecería que las ONG, unidas a los movimientos sociales, construyen un mundo distinto en estos eventos. Aparentemente obligan a las estructuras de poder mundial a incluir en sus agendas, en sus declaraciones y en la generación de sus políticas, las aspiraciones que los movimientos sociales impulsan en todo el mundo. Este sería el terreno en donde las fuerzas de la ética hacen batalla contra el poder de la crematística.

Al respecto, Roth (2003, 247) ha expresado con claridad el conjunto de calificativos con los cuales se ha descrito el rol de las ONG en los temas internacionales. Los términos que él ha recogido para describirlos son bastante claros:

- a) una democracia cosmopolita
- b) una gobernanza humana
- c) la nueva internacional
- d) la voz del pueblo
- e) el núcleo de la sociedad civil internacional
- f) el corazón de la sociedad civil
- g) el quinto pilar de la democracia
- h) la política exterior de los de abajo
- i) expresiones avanzadas de una opinión pública mundial emergente
- j) la parte profesional de los movimientos sociales globales
- k) la versión internacional de los nuevos movimientos sociales
- l) un movimiento antiglobalización

Al combinar esto con la dinámica de las cumbres sociales y su consigna, “otro futuro es posible”, no solo se irradia la sensación de ser capaces de frenar los ejes del poder mundial, sino su aspiración de constituirse en una fuerza viva que estaría transformando el mundo.

Uno de los ejes centrales para este planteamiento es el relativo a la democracia. Parecería existir una posibilidad de perfeccionarla y, por lo

tanto, superar buena parte de las limitaciones que todavía muestra en su concreción, a través del trabajo y la movilización conjunta de las ONG y los movimientos sociales. En gran parte este optimismo se relaciona con la expectativa de que estarían avanzando los procesos mundiales de negociación creciente de las normas sobre los derechos laborales de las minorías, además de los relativos al comercio. En el futuro, dichos procesos resultarían en un sistema de gobierno mundial que asumiría tareas que el sistema actual, basado en Estados fragmentados, no puede atender.

La capacidad de incidir en esta transformación no surge solamente de la incidencia en los espacios internacionales. Además se crea un nuevo mecanismo. Este a veces ha sido denominado como el efecto *boomerang*. Se trata de que una lucha en los países del Sur, en la medida en que logra ser publicitada en los países del Norte y logra concitar apoyo allí, regresa al país de origen con mucha mayor fuerza, permitiendo que esos actores sociales obtengan victorias que, de otra manera, no habrían sido posibles. Como sabemos que las ONG se movilizan por las causas éticas, este apoyo es una forma de avanzar hacia un mundo mejor, un mundo más ético (Kech y Sikkink 1998; Rivera 2010).

Decepción, críticas y cuestionamientos

Todo este optimismo se ha visto cuestionado y contradicho por un sinnúmero de hechos y opiniones. En el ámbito de lo factual, lo más destacado es simple y llanamente que, a pesar de la fervorosa cooperación para la construcción de otro mundo, ese mundo alternativo, ese mundo ético que a ratos parece hacerse realidad en medidas legislativas, en propuestas y proyectos de desarrollo, parece esfumarse. Incluso prevalece la sensación de que los inconvenientes más graves, lejos de disminuir, empeoran. Los problemas que más se reconocen son los relacionados con la miseria, con la precariedad de la vida de muchas personas. A este respecto, especialmente el continente africano parecería disolver sistemáticamente cualquier optimismo, pero esto también ocurre en otras latitudes.

Esto no es todo. Una condición para que la utopía del progreso y la paz internacional se haga realidad es la existencia de un orden legal internacional. Aquí vienen tal vez algunas de las más grandes decepciones. No solamente en África se ha decidido pasar por alto los conceptos de tal derecho, a pesar de genocidios dignos de un Hitler o un Stalin. Hasta las grandes y “civilizadas” potencias occidentales atropellan el derecho internacional al invadir países justificándose con mentiras.

La precariedad de los avances en los esfuerzos de desarrollo pone en cuestión, por una parte, el concepto de desarrollo mismo. Es así que surgen críticas a este “paradigma”, o tal vez a todo lo que este vocablo polisémico puede englobar. No es este el espacio para abordar la crítica al desarrollo y sus modelos. Pero para el tema de este libro es relevante interrogar el valor de la “cooperación” llevada a cabo por al menos algunas ONG. Si se considera que tales esfuerzos sí constituyen un apoyo a un desarrollo deseable, la pregunta deberá referirse a si contribuyen a esos logros o si sus esfuerzos generan ruido e ineficiencias. Por el contrario, si se considera que esa cooperación no es sino un mecanismo que consolida el subdesarrollo y la dependencia, la pregunta relevante es: ¿en qué medida el accionar de las ONG permite el desarrollo de propuestas alternativas?

Las críticas a las acciones de esta cooperación para el desarrollo se dan también en otros ámbitos. Un ejemplo es el ya clásico argumento de *The Lords of Poverty* (Hancock 1989), cuyo autor denuncia que las organizaciones internacionales de ayuda a los pobres constituyen, en Washington, uno de los mayores demandantes de tan modestos servicios como cócteles con caviar ruso y champagne, y que algunas de estas reuniones llegan a copar todo el parque de limusinas de la capital estadounidense, por no hablar de sus requerimientos en cuanto a diversiones nocturnas y servicios de “acompañantes”. La crítica de Hancock se dirige fundamentalmente hacia los organismos multilaterales, pero incluye otros aspectos. Uno de sus puntos centrales es la baja proporción de ayuda que estaría llegando a los pobres. Este autor presenta casos en los cuales lo que ha llegado a los necesitados en ciertas crisis de hambruna ha sido inferior al 5% del total asignado para tal propósito (Hancock 1989, 6).

Pero el reclamo no se queda allí. Hancock agrega que uno de los problemas es que cada acción de asistencia implica la obligación de recibir varios cooperantes extranjeros, financiados por esa ayuda como si fueran parte de ella y mantenerlos en un tren de vida que supera con creces al de los habitantes de ese país; incluso es más alto que el nivel que esa misma persona podría esperar en su país de origen.

El desequilibrio que esto provoca puede suscitar condiciones que den lugar a abusos. Especialmente en situaciones de desastre, el funcionario extranjero está en una posición de gran poder relativo. Sus decisiones pueden significar el éxito o el fracaso de la población que depende de él. Dado que en muchas de estas sociedades la norma entre el poderoso y los necesitados es la relación clientelar, habrá tendencias a que estas sean reproducidas, con la secuela de prácticas que ofenden a la moralidad occidental, tales como favoritismos y favores sexuales.

El planteamiento de Hancock no se reduce a amontonar acusaciones contra la cooperación. El autor reconoce que existen muchas acciones positivas. Sus principales críticas son:

- 1) La ineficiencia: no se resuelven los problemas e implica costos exorbitantes.
- 2) La hipocresía: el pretexto de la ayuda a otros puede servir para obtener beneficios egoístas.
- 3) Las formas de dominación: estas pueden llegar a ser perversas.
- 4) La fantasiosa autocalificación ética de generosidad: este engaña y oculta otros intereses de los cooperantes.
- 5) La dependencia generada en los receptores de la ayuda.

Se trata, por lo tanto, de un cuestionamiento multifacético. Cada faceta merecería un tratamiento detenido porque, por un lado, la recolección de algunos ejemplos que han funcionado mal no puede justificar una descalificación masiva de todo el proceso. Además sería necesario comprender cuáles son los factores que determinan que en algunas ocasiones la cooperación produzca beneficios no cuestionados y en otras aparezcan los aspectos perversos anotados.

Esta es, tal vez, la mayor limitación de la propuesta de Hancock: no ofrece un análisis sobre qué es lo que determina esta diferencia. Su argumentación ha sido utilizada para demostrar que toda ayuda es inútil, perversa e innecesaria. Incluso diría que hay quienes la han utilizado como una justificación para reducir el apoyo y la contribución de los Estados desarrollados a los problemas humanos y sociales que vive el mundo. Se trata de una tesis que se encuadra, perfectamente, en la perspectiva de que el único apoyo que necesitan los países pobres es que se les abran mercados y allí se impongan las instituciones que han tenido éxito en los países ricos para permitir el flujo de inversiones. Es, en definitiva, otra versión de la crítica antiestatista, que parecería decirnos, simplemente: “No malgasten nuestros impuestos” –o mejor, los impuestos de los contribuyentes de los países ricos– en programas de ayuda ineficientes que solo mantienen burocracias doradas en los organismos internacionales o un empresariado de la ética y el sentimentalismo, es decir, el de las ONG. El argumento tiene otras implicaciones, pues afirma que tales donaciones alejan a los países de las verdaderas soluciones a sus problemas.

Evidentemente, esa no es la única crítica a las formas de la cooperación al desarrollo y, en concreto, a la cooperación en temas ambientales. Existe la que llamaré crítica de izquierda que acusa a esta cooperación de algo que, en algunos puntos, coincide exactamente con la versión anterior, pero en otros es justamente la inversa. Concuere, sobre todo, en la desconfianza en las instituciones y en la denuncia de abusos y comportamientos poco éticos de su parte y del *establishment* internacional para la cooperación ambiental. Se censuran a los funcionarios de organizaciones que asumen el estilo de vida y la cultura de los denominados burócratas internacionales o, para poner más explícitamente la carga irónica con la cual se les denomina, la burocracia dorada internacional. En cambio, se opone totalmente en cuanto a la visión que se construye sobre su función sociopolítica. Los primeros critican este tipo de políticas e instituciones porque entorpecerían el ordenamiento “sano” que tendría pocas interferencias con el mercado. En cambio, la segunda crítica aduce lo contrario, que este es, justamente, un componente central de la consolidación de un sistema institucional y de poder internacional basados en el mercado, en esta ocasión percibido como perverso.

Podría parecer que se trata solamente de una afirmación de principio, bastante simple en sí. Tal postura podría llevar, incluso, al esquematismo de funcionalizar todo el tema ambiental a una perspectiva de instrumentalización, pues se argumenta que el valor central de lo ambiental es una manifestación de la crítica al sistema capitalista. Se trataría de retomar el planteamiento de O’Connor (2003) sobre la segunda contradicción del capital. De allí se podría derivar que la única verdadera solución a los problemas ambientales del planeta sería la abolición del capitalismo. Las medidas de las agencias de cooperación serían parches que encubren el verdadero y central problema ambiental: el capitalismo.

Desde esta perspectiva pueden adelantarse varias líneas muy críticas, por ejemplo, la que Orduna (2005) traza en torno a la corrupción de las ONG. Este autor menciona algunos casos de investigaciones concretas. El cuestionamiento ético avanza a otros terrenos y llega incluso a tener un sabor amargo cuando describe las formas de dependencia que intelectuales y artistas pueden llegar a tener con respecto a las agencias de cooperación. Pero la crítica de Orduna no se queda allí. Describe los mecanismos por los cuales se está desarrollando una generación de ONG con perfiles gubernamentales o transnacionales. Estas se convierten, de manera directa y funcional, en los instrumentos para la realización de las tareas “humanitarias” que no solo el “sistema capitalista” requiere, sino que sirven a intereses particulares e individuales de empresarios. Estos últimos utilizan, con connotaciones políticas y legitimadoras, las imágenes de benefactores, y al mismo tiempo presionan en determinados entornos sociales. En realidad, su punto de vista retoma, en cierto sentido, la perspectiva de O’Connor, en la medida en que el punto conclusivo es que la cooperación no es sino la otra cara de la explotación y la extracción de excedentes que las empresas transnacionales realizan en las economías de los países pobres. Por lo tanto, Orduna plantea que la ayuda es un dispositivo que cumple una doble función: disimular la crueldad del sistema implementado y mantenerlo. Como efecto lateral se abren oportunidades para que los “profesionales” de la ayuda, de las ciencias sociales, que logren cultivar adecuadamente el arte del oportunismo, armen sus carreras y se enriquezcan, mezquinamente, con muy nobles discursos. Este autor, sin embargo, no desvaloriza del

todo el trabajo de las ONG; al contrario, reconoce explícitamente que un elemento positivo es el hecho de que las personas donen su dinero porque no quieren que la humanidad siga arrastrando la lacra de miles de niños que mueren de hambre diariamente. Pero señala que lo que han hecho hasta ahora las ONG no es el camino para encontrar la solución a estos problemas.

Otra crítica a las ONG es la que se expresa en un artículo ya famoso de Chapin (2004). El autor recoge un sentimiento presente sobre todo en las organizaciones indígenas respecto a las grandes organizaciones ambientales. La crítica se parece, en cierto sentido, a la de Hancock (1989). ¿En qué medida estas organizaciones –y se refiere fundamentalmente a las más famosas y grandes organizaciones ambientales, como WWF y TNC– usan sus abultados recursos para mantener un ejército de técnicos y burocratas con jugosas remuneraciones, en vez de orientar esos recursos a las organizaciones indígenas, que son las que han conservado los recursos adecuadamente durante milenios? Esta pregunta dio origen a debates y aclaraciones en las cuales se han hecho evidentes más dimensiones, por ejemplo, que las grandes organizaciones ambientales priorizan el tema de las organizaciones indígenas, y que para ello han establecido programas específicos y líneas de acción al respecto. En muchos campos su trabajo constituye un apoyo real para la argumentación técnica que las propias organizaciones indígenas utilizan.

En la publicación citada, como en muchas otras, aparece otro componente: estas grandes organizaciones reciben recursos de dos fuentes que no son vistas con buenos ojos por el sector que propone esta crítica: las empresas transnacionales y los gobiernos de algunos de los países más poderosos del mundo. Surge un conflicto ético en estas conductas, pues se aduce que las empresas transnacionales son, en sí, la fuente y la causa de la degradación ambiental y social. De hecho, se puede documentar el apreciable impacto de muchas actividades de grandes corporaciones. El discurso más radical parecería decir que las grandes corporaciones no solo son responsables de muchos problemas de contaminación sino que son la contaminación en sí. Son los causantes, la fuerza fundamental del orden perverso que domina y destruye el mundo.

La respuesta frente a estas posiciones es doble. Las empresas transnacionales y las actividades que llevan a cabo no son ilegales. Al contrario, juegan un papel dominante en la organización del mundo actual. No compete a una organización ambiental tomar partido en los temas relativos a la organización política de la sociedad más allá del cumplimiento de las normas legales vigentes. Si el orden mundial debe estructurarse sin corporaciones transnacionales, esa tarea no corresponde a las organizaciones ambientales. Esto equivale a decir que las ONG no son organizaciones revolucionarias. Su función específica radicaría en buscar que el mundo (con el o los órdenes políticos que los humanos decidan) logre corregir sus defectos en cuanto a temas ambientales.

Desde este punto de vista, trabajar con organizaciones transnacionales que controlan formas masivas de extraer recursos podría tener un efecto ambiental exponencialmente superior al de innumerables acciones, a escala micro, con los sujetos privilegiados de las acciones de los ambientalistas radicales, los productores de pequeña escala o tribales. Así se argumenta con ejemplos como el siguiente. Supongamos que hay una empresa que abastece al Reino Unido el 30% y más del pescado que consumen sus habitantes. Lograr que el Reino Unido adopte pautas de comportamiento amigables con el ambiente es una contribución efectiva, real y contundente que no puede ser despreciada por nadie realmente interesado en la mejora de los ecosistemas marinos. La actitud necesaria no es la de encerrarse en un pequeño reducto de personas puras y conscientes, sino modificar justamente los comportamientos de quienes generan más impacto.

Según esta perspectiva, no es censurable recibir recursos de empresas transnacionales ni trabajar con ellas; lo que sería inadecuado es perder independencia respecto a ellas. Para abordar este tema se desarrollan estrategias como la de limitar el peso relativo que esas donaciones pueden tener en sus carteras globales. Además implementan mecanismos para garantizar que su conducta respecto a las transnacionales sea totalmente independiente de los intereses económicos que puedan estar involucrados. Los mecanismos identificados incluyen procesos de transparencia, informes y evaluaciones.

Se puede tener una discusión parecida en lo que se refiere a las organizaciones internacionales. Es un hecho que las ONG se financian, de manera creciente, a través de contratos realizados por estas entidades. Es aquí donde tiene relevancia tanto la ya anotada discusión sobre un trabajo mercenario (Curtis et al. 1997), como una crítica relativa al rol que cumplen las ONG como extensiones de un aparato estatal, transnacional más que internacional. El problema de esta crítica no es que haya algo inmoral en trabajar con empresas o recibir dineros del Estado, sino que tal dinámica modifica sustancialmente el concepto mismo de la ONG. Hace que aquello que supuestamente correspondía a una dinámica de participación ética de ciudadanos se vaya modificando hasta convertirse en una burocracia especializada al servicio de los Estados, de los cuales se convierten progresivamente en una prolongación. En otras palabras, es lógico que las entidades que prolongan la acción del Estado sean financiadas por este. Lo que no se debe hacer es creer que esta es una forma de participación o una extensión de la democracia. Más aun, no solo se ve una falta de exactitud en los significados sino que, además, se crea una confusión en la cual organizaciones paraestatales desplazan de los espacios públicos a las dinámicas que serían verdaderamente participativas. Se trata de la crítica que se expresa con la ironía de algunos acrónimos como CONGO (Commercial NGO), BINGO (Big International NGO), GRINGO (Government Run NGO) uno que se aplica más a las pequeñas organizaciones que giran en torno a una sola persona, las MONGO (My Own NGO).

Las críticas hoy en día surgen de muchos otros lados. Los mismos países receptores de cooperación se generan preguntas, interrogantes y distancias. La crítica en la mayor parte de los casos es matizada, pero existen algunas argumentaciones pertinentes. Comenzaré señalando un artículo que ya tiene algunos años pero que muestra, con agudeza, varios problemas. En un espacio de reflexión cercano a la teología de la liberación, Moller (1992) plantea críticas que se refieren, sobre todo, a la frivolidad de las modas de las agencias de cooperación:

En cuanto a las organizaciones privadas de desarrollo, los factores que más inciden en sus posibilidades de conseguir donaciones son la afinidad ideo-

lógica, la capacidad administrativa, y sobre todo la capacidad de estar a la moda de las sucesivas retóricas de Desarrollo, inventadas muchas veces en los países ricos (Moller 1992, 5).

Esta descripción incluye, por lo menos, dos elementos. Por una parte, está el eje de la afinidad ideológica, con lo cual se retoman las ideas de un sistema de cooperación basado en valores éticos en el ámbito mundial. Pero hay también una crítica al comportamiento de las organizaciones del Norte, pues, en efecto, se les está acusando de ser dependientes de modas discursivas sobre el desarrollo. Esta aseveración contiene la particularidad de ir contra las afirmaciones, muy frecuentes en otros debates que ya abordaré, según las cuales las organizaciones del Norte cumplen una función pedagógica sobre las del Sur. Lo que aquí describe este misionero es justamente lo contrario: una función antipedagógica. Esto plantea el argumento de que la relación con los organismos del Norte genera una serie de distracciones, confusiones y esfuerzos inútiles, debido a la necesidad de dedicar tiempo a satisfacer estas modas que los donantes enarbolan y que son condición para acceder a los recursos. Dichos fondos son indispensables para las tareas de las organizaciones del Sur, pero también para poder pagar los sueldos y salarios de los profesionales de las ONG. Adicionalmente, se pregunta si tal relación crea confusión o desorientación en las organizaciones del Sur, lo cual, lógicamente, afectaría su eficiencia y eficacia.

Existen otros elementos pertinentes desde la perspectiva de las organizaciones del Sur. Javier Ponce trabajó treinta años en organizaciones que coordinan la cooperación extranjera al Ecuador. Anota, en primer lugar, el aporte de esta ayuda para transformar ciertas realidades y superar elementos feudales (Ponce 2004). En una publicación que apareció dos años después, habla con ironía y agudeza de algunos vicios de esta relación. El autor dice: “[...] y las gentes del Sur hemos aprendido a apropiarnos de los discursos del Norte, para evadirlos, o para medrar de ellos” (Ponce 2006, 390). Y la afirmación citada a continuación pone en cuestión la autenticidad de la unidad ética entre los cooperantes del Norte y los del Sur:

Y cada vez que me siento en una mesa a discutir un programa de cooperación, ya sea con la Comisión Europea, o con una ONG de Europa, tengo la sensación de sentarme a desenrollar un malentendido y desembocar en un acuerdo, con la plena convicción, los unos y los otros, de que hemos fraguado un engaño para que el malentendido sobreviva, y sigamos comprometidos y cooperando, que hemos concertado un programa para que permanezca el desconcierto (Ponce 2006, 388).

Lo que observamos en estos textos es cierta desconfianza en la verdadera comunicación ética entre organizaciones del Norte y del Sur. O, al menos, se insinúa una sospecha al respecto. El discurso “ético” del Norte merece un escrutinio. En el artículo citado se mencionan otros ejemplos a través de preguntas como: “¿De dónde salieron los Objetivos del Milenio? ¿Son estos realmente nuestros objetivos?”. Y se agrega luego: “Hemos comprendido que nos va mejor cuando satisfacemos la versión que el otro tiene de nosotros” (Ponce 2004, 53). Se trata de afirmaciones sobre la posibilidad de que existan ciertos vicios en esa comunicación.

Pero veamos qué dimensiones pueden tener esos malentendidos. No se trata simplemente de una falta de claridad en la comunicación, ni siquiera parece que sea una insuficiente comprensión de los contextos culturales en los cuales se desenvuelve cada uno de los interlocutores. Sospecho que hay razones sistemáticas que introducen el malentendido de manera tal que sea parte misma del proceso de comunicación.

Esos malentendidos pueden encontrarse en otros ámbitos. Por ejemplo, Demént (2001) indica que las organizaciones del Norte buscan en el Sur básicamente socios que les permitan comprobar la justeza y veracidad de sus propuestas. Principalmente buscan organizaciones, de ser posible, que tengan prestigio, que puedan aportar elementos autóctonos y tradicionales que se inscriban en las líneas de pensamiento de las organizaciones del Norte, y que usen su mismo lenguaje. Al encontrarlas habrán logrado algo de especial valor: habrán mostrado que sus propuestas no son solo el producto de una particularidad histórico-cultural, sino que tendrán la posibilidad de ser declaradas concepciones de perspectiva universal.

Como veremos, en esta dinámica también constan consideraciones pragmáticas, casi crematísticas, es decir, la necesidad de crear o encontrar casos, problemas, símbolos que puedan mover aquellos resortes que a los europeos y a los norteamericanos les inciten, eventualmente, a dar dinero.

En el lado sur de este baile de malentendidos las cosas tampoco son tan sencillas. Si bien hay una razón igualmente simple para mimetizarse con las expectativas de los donantes nortños —esto es, los euros, dólares y francos que distribuyen—, existen elementos adicionales. Hay, por ejemplo, el reconocimiento, la posibilidad de ser valorados mundialmente. Tampoco debe dejarse de lado oportunidades de muy diverso tipo, desde aquellas que permiten el desarrollo intelectual, descubrir el mundo más allá del propio país, hasta la perspectiva de hacer carrera en el glamuroso mundo internacional. La conexión con los donantes internacionales es la puerta de entrada a ese mundo internacional. Implica conferencias, seminarios, cumbres mundiales y demás rituales que se presentan con la retórica de la salvación del planeta. Constituyen, con frecuencia, una oportunidad para, por lo menos, tener la sensación de que se está trabajando por transformar el mundo. Tener un voto, usar la palabra en uno de esos foros puede compensar, en alguna medida, las frecuentes frustraciones que se derivan de lo poco que se logra cambiar y, en concreto, las precarias condiciones de vida de la gente.

Todo esto genera repercusiones mucho más complicadas de lo que parece. Si las personas adhieren a causas morales por las oportunidades que se derivan de tales opciones, se crean las condiciones ideales para que la aceptación se limite a una formalidad. Es el terreno ideal para la falta de autenticidad. Se crean las condiciones para una lógica así: cuando tengamos que hablar ante los “gringos”, nos mostraremos obsecuentes servidores de lo políticamente correcto, nos proclamaremos feministas si eso conviene, lucharemos contra toda forma de desigualdad y de racismo, nos preocuparemos de cada una de las especies existentes en la biosfera. Pero una vez que salgamos de la esfera de influencia de nuestros donantes, compensaremos todos estos despropósitos y mostraremos a las mujeres cuál es su verdadero lugar, restableceremos las jerarquías y abusaremos de todos los recursos naturales. Pues esas son las ideas de los donantes y es conocido que ellos no entienden cómo son las cosas acá.

De aquí surgen varias preguntas. En todas ellas se expresa desconfianza de cada uno de los interlocutores hacia todos los demás. Podemos desconfiar de estos latinos, de estos del Sur que son atrasados y, sobre todo, incapaces de asimilar y comprometerse con los valores serios de Occidente. La igualdad y la honestidad parecen ser meras poses que nunca se enraízan. Planteando así las cosas, parecería que se trata de una simple hipocresía. Ante los poderosos nos comportamos según ellos lo esperan, pero luego establecemos nuestro propio (des)orden.

El problema es diferente: la clave para poder desarrollar valores que deberían ser los nuestros radica en que podamos debatir, discutir de forma ética, con cierta autonomía respecto a las influencias y las presiones económicas. Además, si la adhesión ética es algo influenciado mediante las decisiones económicas, ¿qué tipo de adhesión es la que esperan? ¿Qué calidad tendrá esa adhesión que ellos mismos consideran puede ser influida por sus donaciones de dinero? Lo que se produce es una forma de sumisión al lenguaje, al discurso del poder, en un proceso que a veces llama la atención por la escasa crítica. La oposición, la contestación es, en este caso, la distancia respecto al discurso del dominador. Sobre la forma de percibir la opresión, Scott (1990) afirma que lo más doloroso radica en la imposibilidad de enunciarla, cuando ya no puede ser dicha ni pensada.

Entonces, la hegemonía occidental parece establecerse con una fuerza que ya no es la de la violencia física. Es una violencia que se manifiesta a través de la imposición de un lenguaje, de una argumentación tanto más fuerte cuanto más capaz de incluir en sí las consideraciones humanitarias. Esto lleva al malentendido, es decir, el sometimiento explícito al discurso del poder, acompañado de una práctica distinta, opuesta, que se presenta en los hechos en los espacios no expuestos.

La lógica que se propone implica formas más o menos cercanas a la corrupción. Parecería ser que la viabilidad de las propuestas éticas depende de la posibilidad de conseguir dinero para sostenerlas. Puesto de otra manera, tenemos que encontrar y adherirnos a las causas éticas que cuentan con financiamiento. Esto es casi lo mismo que decir que el compromiso ético es una causa más que se vende a quien pueda pagarla. Si hoy hay quienes financian la causa zeta surgirán abnegados militantes, y si mañana esta

causa cae en desgracia financiera nacería otra más dinámica. Será necesario dejar esa primera preocupación para plegarnos a la que venga, la pobreza, la etnicidad, la que sea.

Pero la desconfianza también se da en el sentido inverso. ¿Quiénes son estos para meterse a decirnos qué es lo que está bien o mal? Podemos desconfiar de todo su alegato, considerarlo parte del esquema de dominación que nos están imponiendo. Y en este discurso de rechazo al moralismo occidental hay curiosas convergencias. En efecto, esto puede cargarse de diversos tonos: puede haber un rechazo de izquierda, en el cual se acusa al aparato creado para entregar ayuda y cooperación de ser un instrumento cuyo propósito es la dominación transnacional. Pero, al mismo tiempo, puede ser visto desde la perspectiva de otras tradiciones culturales que se sienten amenazadas por Occidente. Esto se constata en las muy amplias y variadas formas de fundamentalismo religioso, desde los diversos cristianismos hasta los islamismos e incluso el judaísmo. Todo esto, claro está, no quiere decir que toda forma de pensamiento religioso sea antioccidental.

En los temas específicamente ambientales existe otra línea crítica, desarrollada por varios autores y personajes, entre ellos, Andrés Muñoz (2006), Jean Marc Dourojeanni (2005) y María Fernanda Espinosa (2005). Dourojeanni es un destacado ambientalista latinoamericano, con amplia experiencia en las organizaciones multilaterales, fundador de Pronaturaleza, una de las más prestigiosas fundaciones ambientales de Perú y de Latinoamérica. Espinoza fue una alta funcionaria de UICN, ocupó tres carteras de gobierno (Relaciones Exteriores, Patrimonio y Defensa) y en 2016 es embajadora del Ecuador ante la ONU en Ginebra. Muñoz es un organizador del movimiento ambiental chileno. Todos plantean un problema: el conflicto que se manifiesta en ciertos momentos entre las organizaciones internacionales y las nacionales.

Si bien esta crítica comienza a desarrollarse en varias reuniones de UICN, su expresión más clara se dio en la asamblea general de 2004 en Bangkok donde, retomando discusiones de reuniones previas, se organizó un espacio para plantear el debate sobre la relación entre las organizaciones del Norte y las del Sur. El tema fue delicado, y en esta como en otras ocasiones las organizaciones latinoamericanas tuvieron un perfil alto. En efec-

to, el papel protagónico lo tuvo el comité nacional chileno de la UICN,¹¹ cuyos planteamientos expresaron las quejas directas sobre la imposición de agendas y la violación de la soberanía.

El tratamiento del tema, que en determinado momento se vinculó a la perspectiva planteada por Chapin (2004) —es decir, fundamentalmente, una crítica desde el punto de vista indígena—, adquiere un carácter diferente cuando quienes hacen el reclamo son organizaciones netamente ambientalistas. En la reunión de Bangkok, sin embargo, las organizaciones indígenas se abstuvieron de participar en el debate aduciendo que no habían sido informadas con la suficiente anticipación de que se discutiría esta temática.

La crítica se inscribió en un intento de modificar radicalmente la relación entre las ONG del Norte y las del Sur. Existieron dos etapas en esta dinámica. En un primer momento, el compromiso por una causa ética común fue la regla de la relación. Las organizaciones del Norte buscaban apoyar a grupos que se pudieron consolidar en el Sur, y desempeñar en esos países un papel similar al que tenían dichas organizaciones en los países del Norte. Me refiero a la década de 1980, un momento en que las organizaciones internacionales ven sus equivalentes en los esfuerzos de organizaciones como la ya mencionada Pronaturaleza del Perú, la FVSA, Fundación para la Defensa de la Naturaleza (FUDENA) en Venezuela, Fundación Natura en Ecuador, Fundación SOS Mata Atlántica en Brasil y CODEFF en Chile. En dicha década, estas instituciones crecieron y llegaron a consolidarse como entidades de proyección nacional. En algunos casos la dinámica es muy dependiente de los apoyos internacionales, mientras en otros casos (organizaciones del Cono Sur) la dependencia es sustancialmente menor.

Pero la situación se modifica seriamente a fines de los años 90. Antes, las organizaciones internacionales actuaban siempre mediante o con la coparticipación de un socio o varios socios locales. Pero en esos años incluso había una concepción de que, al intervenir, las entidades del Norte debían guardar

¹¹ Los comités nacionales son agrupaciones de las organizaciones miembros de la UICN en cada país. Cada comité tiene un perfil específico; la mayoría cuenta con media docena de organizaciones que, a pesar de su importancia, no pueden considerarse como representativas de todas las organizaciones ambientales del respectivo país.

los protocolos y las limitaciones del visitante en un medio que no era el suyo. En gran medida, los organismos internacionales consideraban que su función era la de canalizar recursos hacia las acciones que sus contrapartes locales desarrollaban para la conservación. Pero esto cambió. Los mismos éxitos logrados en el plano de la legitimidad crearon condiciones distintas. Hasta la Cumbre de Río de Janeiro, en 1992, el tema ambiental había sido tratado en el ámbito de los organismos internacionales a través de diversos mecanismos. En primer lugar, la UNESCO lo manejaba como una derivación de su preocupación por la ciencia, que con el Programa el Hombre y la Biósfera (MAB, por sus siglas en inglés), había dado unos primeros impulsos de alta calidad a la base científica para el tratamiento de los temas ambientales. Tras ello, la conferencia de Estocolmo generó el PNUMA, al mismo tiempo que crecían y se desarrollaban los organismos no gubernamentales, incluyendo la UICN, con su estructura sui géneris de membresía híbrida. Pero con la Cumbre de Río el tema ambiental pasó directamente a ser tratado por los mayores organismos de las Naciones Unidas como el PNUD, y sobre todo a ser manejado financieramente por un organismo que no es en estricto sentido de las Naciones Unidas: el Banco Mundial.

Este cambio tuvo muchas significaciones: los programas medianos del Banco Mundial, por ejemplo, con sus presupuestos cercanos al millón de dólares, constituyeron una revolución en cuanto a los recursos disponibles para tareas de conservación. El desarrollo de estos programas medianos, que se agregaron a los proyectos más grandes implementados por los gobiernos, cambió sustancialmente la esfera de actividad de los organismos ambientales. Una de las modificaciones más relevantes fue la relativa a cómo se financiaron los proyectos y qué gestiones fueron necesarias. La gestión ante los organismos multilaterales adquirió una dimensión mayor. Eso colocó en ventaja a quienes estaban en condiciones de realizar acciones de acompañamiento cerca de las sedes de estos organismos y contar con canales políticos hacia los gobiernos donantes.

El tipo de proyectos, algunos con perspectivas regionales (supranacionales), también fue perfilando un tipo de ejecutor distinto: la organización internacional. A esto se suma el éxito obtenido con el esfuerzo de sensibilizar a la opinión pública de los países ricos sobre ciertos temas ambientales.

Esto creó una nueva necesidad a las organizaciones que habían impulsado ese discurso: la de mostrar su acción directa allí donde están los problemas, allí donde se la necesita.

Las entidades internacionales, que funcionan a través de paquetes de proyectos en más de un país, comienzan a necesitar interlocutores y ejecutores con capacidades operativas que correspondan a esa diversidad geográfica. Se empiezan a crear las condiciones para que los que antes eran interlocutores internacionales, que trabajaban con organizaciones nacionales, comenzaran a asumir directamente algunas tareas. Aparece, en algunos casos, la idea de instalar oficinas en los países donde antes operaban los aliados locales, pero luego la gestión va adquiriendo un carácter más completo. Se comienzan a ejecutar, directa o indirectamente, proyectos, y esto implica usar recursos para ello.

Las consecuencias de estos hechos son muy diversas. En primer lugar, las organizaciones que ejecutan las políticas de conservación se modifican. A pesar de que las políticas de las grandes organizaciones privadas internacionales son diversas, en general se incrementa su presencia directa. En algunos casos se trata de oficinas de representación, pero en otros son dispositivos para la ejecución de proyectos. En segundo lugar, se modifican las relaciones con el flujo de recursos, especialmente en lo referente a los fondos generados por los organismos internacionales o por los organismos de cooperación bilateral. Se desarrolla una situación en la que el presupuesto para acciones en los países del tercer mundo es manejado por organizaciones originarias de los países donantes.

Esto resulta en la formulación de criterios y juicios que van en sentido contrario. Algunas organizaciones nacionales se ven obligadas a entrar en una competencia, no siempre justa, con las organizaciones internacionales. Según este punto de vista, los fondos de estos organismos deberían financiar fundamentalmente las actividades desarrolladas por las organizaciones de los países donde se ejecutan estos proyectos. Este aspecto es destacado por Dourojeanni (2005) y Muñoz (2006).

Desde un punto de vista inverso, las organizaciones internacionales señalan otros aspectos. Destacan el rol central que desempeñan en la generación de estos recursos, y agregan que para poder usar o canalizar tales

fondos son necesarias ciertas habilidades que escasean en las organizaciones locales; se trata del *savoir faire* administrativo contable que es requerido por las organizaciones financieras del Norte. El argumento llevaría a la conclusión de que la disponibilidad total de recursos, gracias a estas intervenciones, es mayor por el rol más activo de las organizaciones internacionales. Esto, en última instancia, sería un beneficio neto para la conservación.

Pero esta formulación permite mostrar algunos desarrollos adicionales. Tal como se ha descrito, la ventaja de las ONG internacionales, en cuanto a la capacidad de manejar los requisitos propios de los organismos financieros, se refiere a una particularidad cultural y, en cuanto tal, es relativa. Es posible pasar de esta afirmación a otra que surge si se da a esa particularidad un valor de superioridad. Las habilidades no serían solamente las que se derivan de un manejo de ciertos instrumentos contables, sino que llegarían a ser un estadio superior de desarrollo administrativo y, sobre todo, de responsabilidad y rendición de cuentas. Pero antes de llegar a esta afirmación habría otra. Aceptando la relatividad cultural de las instituciones del Norte, tal particularidad simplemente es la que maneja el dinero. Por lo tanto, es superior no tanto por razones éticas sino por efectividad práctica. Ajustarse a los criterios del Banco Mundial es rentable en cuanto significa la generación de recursos. Satisfacer los criterios de las poblaciones pobres del Sur no es algo que determine si se accede a los recursos que son necesarios para la conservación.

Pero esta argumentación no se queda allí. Puede señalar que aquello que se refleja en las ventajas administrativas, contables y de rendición de cuentas, ostentadas por los organismos del Norte, es así porque en tales prácticas se ven los logros de una visión más avanzada. Dicha visión contiene fuertes elementos éticos, que son una ventaja para el desarrollo no solo de la conservación, sino de la vida social de los países del Sur. Por ejemplo, las políticas de transparencia, de reportes financieros, las políticas de no discriminación o de discriminación positiva, sea racial o por criterios sexuales, serían una ventaja positiva que las organizaciones del Norte estarían difundiendo hacia la gestión de la conservación en el Sur. En resumen, lo políticamente correcto se expandiría a través de este mecanismo.

Esta dimensión tiene implicaciones muy concretas. Se podría suponer que las organizaciones del Norte, que han vivido en sus sociedades un proceso de lucha contra la discriminación, están menos cargadas de prejuicios racistas y sexistas. Esta actitud sería permeada desde sus respectivas sociedades a las organizaciones del Sur. Así, no es raro que los funcionarios del Norte sean más proclives al trabajo con personas de minorías étnicas, o que pongan especial énfasis en el reclutamiento y designación de puestos de dirección para mujeres. En algunos casos, esto es una fuerza que irrumpe en la estructura de prejuicios que puede predominar en las organizaciones nacionales. Evidentemente, puede cuestionarse que las organizaciones del Norte estén libres de prejuicios, pero lo que sí es claro es que sus estructuras son diferentes a las que predominan en el Sur. Por ello, su influencia sirve para desbloquear algunas rigideces de las sociedades más tradicionales. Esto puede extenderse al tema de la ciencia. Esta es, con frecuencia, considerada el instrumento fundamental para lograr acciones de conservación eficaces. Los centros productores de ciencia parecerían ser los del Norte. Parte de los valores que las organizaciones de los países ricos transmiten son las relativas a los criterios científicos.

La perspectiva internacional

Otra dimensión del problema es la legitimidad que se deriva de encarar una dimensión internacional. El argumento es, más o menos, el siguiente: los fenómenos naturales, los procesos de la vida, obedecen a una lógica que no se organiza de acuerdo con las fronteras políticas, sino que necesitan perspectivas supranacionales y, de ser posible, que correspondan a la unidad de los procesos evolutivos, los mismos que funcionan a escala planetaria.

Existe un hecho político que, en algunos casos, es percibido con cierta sensibilidad. Las organizaciones internacionales desarrollan gestiones ante las autoridades gubernamentales y reciben un trato que es, con frecuencia, más deferente que el adoptado con las organizaciones nacionales. En ciertos contextos esto puede parecer normal: el trato con el visitante extranjero es un asunto en el cual se pone en juego la imagen del país. El representan-

te de la organización nacional no es sino uno más de los actores nacionales, y con él muchas veces ya se ha generado una compleja red de tensiones, favores y rivalidades. Además, las autoridades de un país pueden también considerar el hecho de que las ONG extranjeras, que usualmente aportan recursos económicos, son aliados en los espacios internacionales, a diferencia de los organismos locales que a veces compiten por recursos con las autoridades estatales. Las culturas políticas en los países latinoamericanos son muy diversas. En algunos casos, la perspectiva sobre lo que proviene del exterior justifica un tratamiento preferencial; en otros casos, esto es percibido como una deslealtad a los connacionales. Sucede, sin embargo, que en contextos de escasa institucionalidad un agente externo aparece como un obstáculo a los gobiernos. Este es el caso de Sean O’Hean; tras haber accedido a un estatuto “privilegiado” como representante de la organización Sea Shepherd con un convenio para el control de la pesca ilegal en Galápagos, fue encarcelado y expulsado del Ecuador en abierta violación de todas las leyes de extranjería.

He efectuado una descripción de las tensiones. Pero es importante señalar que la percepción de esta relación es muy variada entre las organizaciones ambientales del Sur (Cabello 2006). Algunas expresan con claridad estas críticas; otras, en cambio, ponen énfasis en los aspectos positivos de la relación con las organizaciones del Norte,¹² los cuales pueden ser muy diversos. Incluyen los aportes económicos, pero sobre todo se refieren al apoyo para el desarrollo técnico, la colaboración para la formación del personal y el aporte de perspectivas para la comprensión de los problemas ambientales de cada país.

Crítica al modelo occidental

Existe una dimensión más de la crítica, la que se estructura a partir de la realidad de los países donantes. En general, las sociedades de los países desarrollados viven sus propias crisis y dificultades. El modelo occidental de so-

¹² He encontrado una visión más crítica entre algunas de las organizaciones de Chile, Perú y Brasil, mientras que en los países centroamericanos la evaluación pone, en general, más énfasis en los aspectos positivos.

ciudad no solamente evidencia límites por la existencia del no occidental sino también por las dificultades y las contradicciones que surgen internamente.

La crítica a la sociedad actual muestra diversas expresiones. Es imposible y no pertinente intentar aquí sintetizar todas sus perspectivas. Solo voy a mencionar una crítica ecológica: la dependencia de los combustibles fósiles (Altvater 2004). Son de otro tipo las que se refieren a la alienación y las dinámicas culturales, que caracterizan a la Teoría Crítica, resumida en Adorno y Horkheimer (1971) y Muñoz (2005). Se puede también recoger la crítica que se enraíza en otra tradición de reflexión psicológica: la lacaniana, planteada por Castoriadis (1997; 1998¹³) o Žižek (2002; 2003; 2005).

Pero la crítica a la sociedad del capitalismo tardío tiene una repercusión concreta en relación con la ayuda. Esto ha sido tratado por Picas-Contreras (2006) quien, retomando los conceptos de Bourdieu sobre el capital simbólico, plantea cómo las “causas éticas” pueden ser entendidas, en cierto sentido, como mercancía que se intercambia en un mercado simbólico con sus propias reglas y dinámicas. El razonamiento de Picas-Contreras es más complejo. En su primer argumento indica que el auge de las causas éticas en las sociedades desarrolladas muestra, y a la vez encubre, el fracaso o abandono del terreno de la política para el ejercicio de la ética social; en sus términos:

En realidad el éxito de las ONG no es más que la aceptación de un fiasco (el discurso de los valores adquiere vigor correlativamente al agotamiento de los grandes proyectos políticos). Su legitimidad descansa no ya en el contenido de sus actuaciones, sino en la capacidad de representar y expresar su compromiso solidario, no tanto en la calidad de la praxis sino en una cualidad, el hipotético desinterés que las empuja a actuar (Picas-Contreras 2006, 39).

En otras palabras, la ética, que tenía como uno de sus terrenos centrales el de la práctica social, es decir la política, y que ha sido expulsada de los terrenos de las decisiones, debe surgir de alguna manera en otro espacio. Picas-Contreras señala el trabajo de las ONG. Podríamos agregar el terreno de la obsesión por lo políticamente correcto, un síntoma poderoso que manifiesta una apre-

13 En Castoriadis tenemos un momento de desarrollo cercano a Lacan y luego una perspectiva fuertemente crítica respecto a ese autor.

miente necesidad de cargar de una moralidad llena de reglamentos a toda la convivencia en algunos sectores de las sociedades desarrolladas.

Picas-Contreras (2006) retoma a Žižek (2002) y plantea, además, que en la ética de la sociedad posmoderna el placer es la obligación moral fundamental. De allí que se destaque y explore la dimensión placentera de la solidaridad: cumplir el deber debe ser placentero, y esto también es válido para la solidaridad. “El mandato de disfrutar haciendo tu deber se confunde con el deber del goce propio” (Picas-Contreras 2006, 41).

Si se considera también la perspectiva espectacular de la sociedad posindustrial, es decir, la necesidad de representarse a sí misma como espectáculo, lleva a la necesidad de representar la solidaridad con los elementos de la obligación ética del placer, del sentirse bien. De allí, la desgracia ajena también se presenta como un evento que muestra su más clara expresión en las maratones de solidaridad. En estos, los organizadores

orientan una moda de la generosidad que estimula una conciencia *light* temporal y puntual, que en realidad solo se manifiesta ante las grandes adversidades humanas y en especial frente a las catástrofes naturales. En las llamadas maratones televisivas destinadas a recaudar fondos, que combinan generosidad, aires de festival y *marketing*, las donaciones se contabilizan y se baten récords, como si se tratara de emular una gesta deportiva (Picas-Contreras 2006, 5).

Esto llega a nuevos extremos cuando el propio consumo puede convertirse en un acto de generosidad, como en el caso del consumo solidario, los festivales por la paz o contra el hambre, etc. Es la gran fiesta del corazón (Bruckner 1996). Incluso se puede llegar a una forma de filantropía en la cual lo que se apoya es la pobreza, no al pobre. El filántropo necesita del pobre, porque así logra la afirmación de su valor como donante generoso y, por lo mismo, superior.

Siguiendo a Bruckner (1996) esto revela otras dimensiones. Poner al extraño, al marginado, en la categoría de víctima de una emergencia que necesita nuestra ayuda introduce una especie de nuevo pacto feudal de la caridad. No surge una pregunta sobre por qué tales personas están recurrentemente sometidas a tales condiciones. Lo significativo es que en el

momento en que el desastre de nuestro orden de convivencia planetaria se hace evidente, logramos desplegar un dispositivo que, independientemente de su capacidad (acotada) de mitigar el desastre, reafirma un orden. Este es el orden de la “solidaridad” sensible y no muy profunda que nos preserva, nos protege de la amenaza que representa ver y constatar los límites y deformaciones del orden construido. Es decir que el orden es precario si después de todas sus fallas lo podemos seguir llamando “orden”.

En esta incorporación del marginado en las estructuras de la caridad se alivia la tensión y la “mala conciencia” de saber que ellos, los pobres, son en cierto sentido nuestras víctimas. Sobre todo, son potenciales rebeldes, no ya desde un punto de vista costumbrista, sino que son el terreno en el cual puede surgir la “irracional” contestación al “orden” occidental impuesto en el mundo.

El juego de la diferencia entre el necesitado y el generoso crea una lógica en la que está implícito un intercambio. El generoso detenta un exceso de valor que de su parte asegura la asimetría. Pero, y esto es tal vez lo más destacado, garantiza que su orden se valide como superior por este acto. Al hacerlo se tranquiliza ante las ideas de los otros, que demuestran ser inferiores puesto que necesitan de los bienes, la generosidad, los valores y la ética de los donadores. Y se tranquiliza ante las propias críticas que del interior de esas sociedades pueden surgir, pues se demuestra que las ideas, los principios éticos de esas sociedades son tan valiosos que producen el exceso de recursos y de valor para ser exportado a los otros rincones del mundo.

También se señala otro matiz. El humanitarismo de los ricos va construyendo en ellos la convicción de que su superioridad es de tal magnitud que les otorga el derecho a la injerencia, o incluso les obliga a la misma. Es decir, las normas del derecho internacional sirven solamente hasta un punto, en el cual interviene un aspecto ético muy subjetivo. Es la nueva versión de la guerra justa de Suárez; ya el propio Hobbes señaló que la diferencia entre justo e injusto es básicamente la voluntad del poderoso (Picas-Contreras 2006, 6).

Este autor retoma luego la discusión antropológica sobre el don y, recurriendo a Mauss, Caille, Derrida y Bourdieu, termina señalando su as-

pecto político, expresado con la más clásica y clara tensión en el caso del potlach. Aquí lo que se tiene es el don como instrumento de poder: “El acto de dar más allá de las posibilidades de devolver asigna, a quien recibe, la condición de dominado, situándolo en deuda” (Picas-Contreras 2006, 12). Como el proverbio dice, la mano del que da siempre está por sobre la del que recibe. Tal es la función política del don.

Pero este don, políticamente cargado, tiene un peso distinto en cada sociedad. Entre los kwakiult, la ostentación de la abundancia no sólo crea el producto a ser consumido en la fiesta; crea, sobre todo, un ámbito social donde esta representación/ostentación se produce y, por lo tanto, es parte del orden social de tal grupo. Pero en ese caso, como en los demás analizados en torno a la discusión de Mauss (2000) sobre el don (el kula o el mana polinesio), existe una forma en la cual todos los actores saben procesar ese exceso de valor. Algunas de esas formas pueden derivar en violencia, pero crean un ámbito donde quien recibe regalos sabe cómo contrarrestar las presiones que esos dones acarrearán sobre él.

Entonces, surge la pregunta: ¿Cómo son las relaciones que se derivan de los “regalos” o dones sistemáticos que nuestras sociedades crean? Una perspectiva es la que aparece respecto a las sociedades del bienestar, donde este mecanismo asume varias funciones, una de las cuales se describiría así.

En la economía moderna esa “energía excedente” multiplica sus capacidades de crecimiento, hasta el punto de que la organización nacional no puede sobrevivir [...] sino redistribuyendo su riqueza en forma del don (el *welfare state* constituiría su manifestación más evidente) (Picas-Contreras 2006, 47).

¿Qué sucede con el *welfare*? ¿En qué medida esta acción de ayudar contribuye a crear una asimetría entre los que dan y los que reciben en las sociedades desarrolladas? Aunque esta pregunta está fuera del tema investigado en estas páginas, cabe preguntar en qué medida los beneficiarios del *welfare* llegan a convertirse en un segmento específico y diferenciado de la población segregada, ocupacional y residencialmente. La cuestión resulta central, puesto que lleva a preguntar sobre cuál es la capacidad de los do-

nes, de los regalos, para organizar diferencias sociales significativas, para ser parte de la creación de asimetrías estructurales en la sociedad.

La política de bienestar social en los países desarrollados muestra diferencias respecto a lo que significa la ayuda a los países del tercer mundo. Considero clave la discrecionalidad. La política de bienestar de los países ricos se basa en un aporte no voluntario, se trata de una contribución compulsiva. El pago de los impuestos es una obligación, en la cual si bien puede haber una discusión sobre los usos de los impuestos y cuán dispuestos están los contribuyentes a que sus aportes se destinen a las diferentes políticas sociales, no existe la opción de no pagar. De la misma manera, los servicios básicos (seguridad, salud, educación) son parte del pacto que existe en esas sociedades entre gobierno y población.¹⁴

Podría pensarse que la política social de esos países reproduce el mismo efecto del don a través de una considerable intermediación institucionalizada. Sería el Estado el que, a nombre de la ciudadanía pudiente (es decir, los contribuyentes), recolecta sus dones calculados sobre una base políticamente acordada y se encarga de entregarlos a los pobres, mediante la gestión de las instituciones sociales que llevan a la práctica criterios que también reflejan un acuerdo político. Pero desde el punto de vista del don, esto representa una transformación radical: ya no se trata de un don, ya no hay discrecionalidad, no se depende de la voluntad personal, se trata de un fenómeno distinto.

Ocurre una situación diferente a la de las donaciones voluntarias. En los países del Norte este tipo de “generosidad”, si bien generalmente está estimulado por los sistemas impositivos, corresponde a la esfera de la decisión personal y se aplica, sobre todo, a las esferas culturales: el arte, las orquestas, los grupos teatrales, los museos y también la naturaleza. Podríamos decir que se refiere, principalmente, a la parte “lujosa” de la vida, aquello a lo cual se destinan recursos una vez que lo básico, la subsistencia de las personas, ya está “aparentemente” garantizado. No está de más

14 El cuestionamiento de tales responsabilidades y prioridades es una muestra de la crisis que esas sociedades pueden vivir. De todas maneras se debe señalar que, a pesar de que los recortes que se implementan hoy son profundos, se trata de recortes y no de un cuestionamiento radical a tales funciones del Estado.

comentar que la generosidad al tercer mundo parecería incluirse en esta dimensión de la donación suntuaria.

Esto permite avanzar en las diferencias que existen en relación con las donaciones al tercer mundo. Se trata de un flujo de recursos que no está garantizado, que cambia constantemente y no hay posibilidad alguna de asegurar que el flujo sea regular. Todas las declaraciones y acuerdos, por más voluntarios que hayan sido, sobre el aporte de un 0,7% del Producto Interior Bruto de los países desarrollados, han tenido resultados mediocres. No se trata de desconocer los esfuerzos, claros y masivos, de los países escandinavos, de Holanda y Luxemburgo, entre otros, pero cabe señalar la distancia que las economías más grandes muestran para el cumplimiento de esta meta. Pero lo más significativo es que el carácter discrecional coloca a cada una de las instituciones que se benefician de estos recursos frente a una fuerte dosis de incertidumbre. De hecho, la experiencia es que los criterios que reorientan la ayuda exterior pueden dejar sin recursos, en el plazo de pocos años, a programas y acciones que en otro momento fueron prioritarios.¹⁵

En estos casos, ser receptor de la cooperación internacional coloca a los “beneficiarios” en un estado de incertidumbre permanente. Cuando se trata de poblaciones que dependen de estos recursos —el caso de los refugiados es, sin lugar a dudas, el escenario en que la dependencia es más extrema—, la precariedad se relaciona con alguna razón estructural que los lanza a esta situación. La dependencia puede llegar a ser constante.

Esta precariedad se extiende también a los organismos de intermediación, entre ellos, las ONG de los países pobres, que tratan de asumir funciones técnicas con niveles y estándares que deben ser similares a las de sus pares del Norte, pero dado que no cuentan con bases económicas comparables, lo hacen en condiciones muy precarias. Este retraso afecta, en cierta medida, su capacidad técnica, pero sobre todo la de actuar con independencia de las fuentes financieras, pues ese vínculo puede determinar la supervivencia de la organización o la necesidad de cerrarla.

15 Este es el caso, por ejemplo, de las acciones de conservación en Ecuador, que de haber tenido una atención muy destacada de parte de la cooperación suiza, la alemana y sobre todo la holandesa, han visto cómo estos donantes reorientan sus prioridades a otras regiones del mundo y a otros temas.

En los países del Norte la política social es parte de un acuerdo político que establece una hegemonía. Cómo se trata a los pobres y los esfuerzos que en algunos países se realizan para que los segmentos marginados o precariamente incluidos en la vida social sean estadísticamente minoritarios, son parte de las condiciones por las cuales la mayoría organiza su vida social, y esto involucra a quienes detentan el poder. Las condiciones en que viven los pobres afectan directamente la vida de los que no lo son.

En relación con lo que sucede en los países del tercer mundo, existe una distancia geográfica, política y jurídica que determina que la responsabilidad sea menos apremiante. Es cierto que el proyecto de organización globalizada de una sola economía determina que los acontecimientos políticos de cualquier región, especialmente si tiene abundantes recursos naturales, repercutan en la situación de los países ricos. Pero esto sucede a través de muchas mediaciones y con una posibilidad, siempre presente, de recurrir a la alternativa violenta, como lo son las intervenciones militares. De hecho, si se analizan los presupuestos que los países ricos dedican a los del tercer mundo, sin lugar a dudas habrá que concluir que la prioridad es la intervención militar, en la cual se debería considerar tanto las intervenciones directas, al estilo Afganistán e Irak, como los presupuestos de ayuda militar, al estilo Plan Colombia.

La dinámica de donación a los países del Sur ha generado un aparato institucional específico que se está modificando permanentemente. Pero lo destacable es que dicho aparato crea, además de los flujos, ciertas identidades: la del tercer mundo y la del desarrollado. Lo que se crea es, básicamente, una superioridad ética. Se consagra, al estilo de la distinción de Bourdieu (1998), un capital simbólico que estaría aparentemente sobre los intereses económicos. Sin embargo, no por ello deja de tener una lógica económica, una materialidad que se refleja, en gran parte, en los aparatos encargados de su intermediación.

Esto lleva a una “economía” o a las condiciones necesarias para producir ese capital simbólico, esa legitimidad. En el caso del ambiente, un componente central es la base científica, otro es la eficacia y un tercero, muy importante en algunas vertientes, especialmente las más radicales, es el que se refiere a la entrega, al sacrificio, reflejado en el trabajo voluntario.

Esto plantea inmediatamente un puente con otros dos tipos de organizaciones que comparten con las ONG, y a veces les disputan, el terreno de la legitimidad simbólica y el acceso al capital simbólico asociado. Me refiero a las iglesias y a las organizaciones de militancia o activismo. En todas ellas hay una lógica en la que está presente el sacrificio, pero eso no significa que estén ausentes las relaciones de poder y los intereses, muchas veces económicos. No por ello se pretende reducir todas las actividades, motivaciones e intereses humanos a una simple y disimulada cuestión de búsqueda utilitarista. Los esfuerzos que se han realizado para presentar incluso las formas de autosacrificio como formas de interés egoísta plantean el problema de manera parcial. En efecto, el mártir o quien se sacrifica reclama algo que tal vez es previo, o la condición para que pueda existir un interés instrumental, demanda una identidad. Y tal vez esta necesidad sea un elemento para replantear algunos de los juicios éticos que se hacen en este campo.

No se trata de juzgar a estas personas. Tampoco es muy fecundo, aunque sí necesario, puntualizar los intereses económicos y personales que, generalmente con legitimidad, se presentan en torno a estos temas. Lo más útil es insistir en el juego de identidades que esta dinámica crea y cómo esto puede entrar en contradicción con algunas afirmaciones y predicados asumidos. El problema combina y engarza tanto las relaciones entre las partes, como el hecho de que en esa relación cada una interactúa, a la vez, consigo misma.

Para el tema de este libro —las áreas bajo protección y la manera en que estas se insertan en la sociedad, en su economía y en el uso de su espacio—, estas reflexiones llevan a preguntar cómo el territorio, las porciones de la naturaleza, entran en la configuración de este juego de identidades negociado en el ámbito internacional. Ecuador ofrece probablemente uno de los mejores ejemplos del papel central que este elemento desempeña. No solo se trata de una búsqueda de “prestigio internacional” en términos de la capacidad para atraer turismo, sino de una forma de elaborar un discurso, que es la manera de presentarse ante los otros y, al mismo tiempo, de pensarse uno mismo. En esta perspectiva de la identidad como producto de estas relaciones adquiere una relevancia especial la cuestión de las identidades diferenciadas, en el caso ecuatoriano: la población indígena.

La cuestión indígena: un tema central que requiere abandonar los estereotipos

Es claro que la situación de las poblaciones indígenas es de extraordinaria relevancia para el tratamiento de las zonas protegidas. Esto ha sido ya destacado en varias ocasiones, por ejemplo en Oviedo (1993). Los datos analizados muestran que en las áreas de influencia de las zonas de protección ecológica existe una presencia porcentual de esta población superior al promedio nacional. Siendo estas zonas aquellas que detentan valores ambientales especiales, se concluye que los pueblos indígenas han sido los que han sabido relacionarse con la naturaleza de manera más “sabia” y ecológica. Esto es alimentado por la sensibilidad de los países del Norte, que buscan pueblos y culturas que representen una alternativa a los modelos occidentales. Es así cómo se tiende a producir una verdadera cacería de prácticas, mitos y tradiciones que puedan alimentar el discurso antisistema que caracteriza a muchas de las organizaciones e intelectuales que propugnan utopías de armonía con la naturaleza en el Norte.

Tal discurso pone el énfasis en la diversidad de la humanidad no capitalista. Pero la homogeniza tanto como el discurso oficial, puesto que las tradiciones, esquemas de valores variados y diferentes, son empaquetados en una sola categoría anticapitalista. La realidad no solo es bastante más compleja sino que, sobre todo, requiere de una aproximación diferente para ser entendida. Las comunidades indígenas no tienen necesariamente una inclinación hacia las prácticas de conservación. Entre los pueblos isleños esto se manifiesta de una manera muy clara en lo documentado por Diamond (2007), quien muestra tanto casos de ajustes explícitos y voluntarios para no sobreexplotar los recursos de territorios acotados, como otros casos de sobreexplotación dramática de los mismos.¹⁶

Algunas de las medidas que utilizan los pueblos indígenas para ajustarse al ambiente plantean serios problemas éticos que serían muy difíciles de justificar incluso a fin de superar el capitalismo. Por ejemplo, en las cul-

turas indígenas se practica el infanticidio para ajustarse a las limitaciones ambientales. La violencia y las guerras son otras prácticas culturales que, además de formar parte de los mecanismos de adaptación al medio, corresponden a los núcleos de algunas comunidades.

Tanto es así que, a la vez que se destacan los valores ambientales de muchos pueblos indios, tenemos casos en que personas de estos pueblos participan activamente en acciones que amenazan seriamente su entorno. En Ecuador, por señalar un ejemplo, la cacería amenaza los esfuerzos de conservación en el Parque Nacional Yasuní. Los cazadores son, en gran medida, los indígenas kichwas, hoao y shuar, que se han convertido en predadores mucho más poderosos gracias a los motores fuera de borda y a las armas de fuego.

El tema es complejo: los pueblos indios, al igual que aquellos que no lo son, viven en la historia, modificando sus costumbres, expuestos a influencias que no controlan y reaccionando ante ellas. Como resultado, se desencadenan consecuencias que, al igual que con los pueblos occidentales, no siempre son previstas o anticipadas.

La revalorización de las otras tradiciones culturales no puede limitarse a una recolección de elementos para ilustrar alguno de los discursos occidentales. Cada cultura es un complejo sistema de significados y todas viven conflictos y contradicciones. En todas las culturas, aunque en diferente grado, hay sitio para la violencia y para el egoísmo, los cuales, junto con otros elementos relativos a la solidaridad y mucha sensibilidad hacia la naturaleza, conforman procesos dinámicos y conflictivos.

Es necesario tener en cuenta que las poblaciones indígenas están inmersas en sociedades mayores. Su realidad social surge de la forma en que se interrelacionan con esas sociedades que las incluyen; su identidad es también producto de esa dinámica. Más aun, desde la perspectiva espacial, entender el territorio indígena exige entender la estructura territorial de la sociedad de la cual estos pueblos forman parte. En este libro he intentado recorrer la historia de esos espacios. Es cierto que tales espacios fueron representados durante mucho tiempo como zonas “no civilizadas” o no ocupadas, pero esa aproximación, que podía tener cierta validez para la operación de ciertas instituciones, no es rigurosa. Los espacios indígenas y las sociedades

¹⁶ La perspectiva de Diamond puede ser cuestionada en varios detalles, por ejemplo, en cuanto al rol de las epidemias en el caso de la isla de Pascua; pero de todas maneras es un material que cuestiona el esencialismo ecológico de las argumentaciones sobre las poblaciones precapitalistas.

que en ellos se desarrollaron fueron muy tempranamente influenciados y determinados por las sociedades coloniales y luego nacionales.

En el caso actual del Ecuador, existe un ejemplo que puede ilustrar este hecho. Me refiero a lo que se han llamado los “pueblos no contactados”. Si bien es cierto que estos viven al margen de la institucionalidad imperante en el país, su existencia es el producto de hechos históricos de la relación con la sociedad nacional, su situación actual está determinada por esas relaciones. Estos pueblos buscan bienes occidentales, básicamente herramientas de metal, y han desarrollado varias estrategias para establecer alianzas con otros grupos. Necesitan de otros y están expuestos a las consecuencias de las acciones de otros, aunque solo sea porque siempre habrá un vecino que use recursos en los límites del territorio que ellos habitan. En otras palabras, su situación de “no contactados” es, en realidad, una relación de refugiados respecto a sucesos que los han apartado. Las alternativas de su futuro dependen de lo que ocurra con los procesos que los han arrinconado, de que la sociedad que les rodea se regule a sí misma para que ellos puedan tener ese tipo de vida diferente en una región determinada.

Evidentemente, el tema indígena implica muchas otras dimensiones. Una de ellas es cómo juegan en el tratamiento de este asunto las sensibilidades del Norte y las del Sur. Es claro que la población indígena, al menos en el caso latinoamericano, ha sido víctima de todos los vicios de una sociedad muy jerarquizada, injusta y discriminadora. Tampoco cabe duda de que la sensibilidad respecto a estas injusticias de las sociedades del Norte ha contribuido a mitigar y reducir tal realidad. Pero sí quiero poner en duda si esa sensibilidad logra transformar toda la estructura de inequidad de las sociedades del Sur. Sospecho que el simple uso de lo indígena como ilustración de la argumentación contestataria del Norte no sirve para cambiar las estructuras de injusticia en las sociedades del Sur. Mi argumento es que es necesario entender que el mundo indígena no es una mera imagen del discurso antisistema, sino una realidad compleja, con contradicciones propias, que funciona como tal en la conflictividad de sociedades concretas, que no es el simple ejemplo de los alegatos del Norte. Y esto, afirmo, es cierto tanto para la realidad indígena como para las riquezas naturales.

Hoy en día hay una amplia gama de reivindicaciones que buscan, estratégicamente, vestirse de ecologistas a fin de ganar legitimidad. Bolom Ton (2008, 35) lo señala en las siguientes palabras:

Es frecuente que un grupo humano enaltezca o exagere sus virtudes ecologistas cuando pretende solicitar beneficios o francamente contraponerse a esquemas hegemónicos [...]. En la actualidad es muy frecuente que demandas, justas o no, de derechos agrarios, autonomía, ciudadanía y reconocimiento étnico subyazcan dentro de las demandas de conservación y aprovechamiento sustentable de los recursos.

Se trata de la ya mencionada confusión. Se obliga a que lo ambiental asuma todas las dimensiones éticas relevantes para la sociedad, y se coloca, así, ante tareas imposibles. Entonces, el desarrollo de estrategias ambientales con una mínima viabilidad resulta muy difícil. Además, se deja un vacío en las otras esferas que requerirían tratamientos autónomos explícitos y serios.

No se trata de desconocer que lo ambiental requiere miradas que lo relacionen con esas otras dimensiones, que es indispensable analizar cómo una política ambiental se relaciona con los temas de la equidad, autonomía e identidad. Pero una cosa es reconocer su relación y otra es confundirlos o hacer pasar lo uno por lo otro.

Parte 5

Conclusiones

Síntesis de lo encontrado

Las coyunturas políticas unidas a las estructuras del largo tiempo han interactuado y dado forma a este producto de la naturaleza y la sociedad que es el sistema de áreas protegidas. Este dinamismo pone en evidencia cómo la conservación es un esfuerzo social cargado de las limitaciones y potencialidades de los seres humanos tanto para nombrar, entender y organizar acciones sobre lo natural, como para comprenderse a sí mismos en tanto seres sociales. La geología puede ser considerada la capa profunda que determina la interacción del ser humano con la naturaleza que es el sustrato de toda política. También lo es la herencia de un pasado. Pero no se trata solamente de acontecimientos acumulados en una cadena causal. Los hechos son lo que son en la medida en que forman parte de estructuras que tienen capacidad de modificarse pero que, a pesar de ello, se mantienen, se renuevan y siguen actuando y determinando las formas de pensar e imaginar la vida social. Los aspectos más importantes que han surgido de este estudio son:

1. La ciencia ejerce un peso variable en el discurso sobre la naturaleza. El desarrollo de una visión científica sobre la naturaleza surge de un proceso que articula, de maneras específicas, a la sociedad colonial, primero, y a la republicana, luego, con el desarrollo de la ciencia en general. Las

- demandas y exigencias de la ciencia –continuidad y rigor–, se nublan y obstaculizan por las oscilaciones entre los entusiasmos eufóricos de considerar a la ciencia el eje de salvación, y el olvido y abandono de estas tareas cuando ha pasado su rol legitimador.
2. Las áreas protegidas son un dispositivo espacial y siguen dinámicas territoriales de larga duración. Es fundamental la polaridad entre los centros políticos y las áreas marginales, que se puede rastrear hasta la organización espacial inca, pero que se agudiza con el sistema colonial y continúa en el republicano. Esta realidad se caracteriza por dos lógicas opuestas. Por una parte, lo marginal representa un peligro para el sistema político, puesto que no lo reconoce, se somete a él solo parcialmente y encarna, en cierta forma, su negación. En esa medida debe ser aislado y controlado. Por otra parte, la lógica del poder exige difundir e imponer su ideología y su orden. Para ello instaura diversas medidas: funda ciudades y crea misiones. Asimismo, los centros de poder deben organizar su rol en contextos crecientemente globales y luchar por dar valor a recursos ubicados en las zonas marginalizadas.
 3. El lenguaje cartográfico explorado, apoyado en el archivo nacional, en la mapoteca de la Cancillería y en Larrea (1977), me ha llevado a concluir que al lado de la “cartografía” más técnica, usada por la administración, hay una visión diferente. Estas se fundamenta en una percepción del paisaje y la consigna en los mapas-paisaje que acompañan la representación que se vuelve cada vez más técnica, esto es, la representación del agrimensor. La representación del paisaje combina diversas sensibilidades, muestra u oculta lo indígena, y estructura el espacio con un fuerte énfasis en una polaridad habitado-deshabitado. Esto corresponde, en gran medida, a la articulación más o menos intensa con el poder.
 4. En Ecuador surgieron dificultades de organización del espacio tras la Independencia. El poder experimentó una mayor y redefinida necesidad de vincularse al mercado mundial, pero en condiciones en las cuales las regiones habían ganado autonomía. En este proceso se logró vincular los núcleos de Quito, Guayaquil, Cuenca y Loja; no así los que, habiendo sido parte de la Real Audiencia, se relacionaban con otros Estados. Me refiero a Jaén, en el sur, y Popayán, Barbacoas y Pas-

- to, en el norte. En relación con la cuenca amazónica, la desvinculación de estos centros repercutió en una fuerte disminución del contacto con el Marañón, en el sur, y con el Putumayo, en el norte.
5. Las zonas bajo protección han tenido varios roles en la organización del espacio ecuatoriano. El inicio, marcado por el Parque Nacional Galápagos (que originalmente se denominaba Zona Reservada de Galápagos), muestra una forma de organizar el control sobre una zona remota vinculándola a una legitimidad internacional, la de la ciencia, la conservación y la teoría de la evolución. Esta misma dinámica es, en parte, retomada en la segunda área protegida establecida: la Reserva del Pululahua. Luego se constituyen en una forma de administrar las zonas altas de páramo y esto, especialmente, en la cordillera oriental. Este comportamiento se extiende a las laderas orientales de los Andes. Posteriormente existen dos casos en que esta modalidad se utiliza para administrar espacios interfluviales de la Amazonía (Cuyabeno y Yasuní). Más adelante, este modelo de gestión se desarrolla en la cordillera occidental, y también en las zonas de manglares y de buena parte de la línea costera. Para terminar, aparecen un sinnúmero de pequeñas áreas protegidas con dos características: o bien sirven como espacio de recreación de ciudades, o representan una solución frente a predios extensos (desde el punto de vista de la extensión promedio de los predios privados) que viven una situación especialmente conflictiva.
 6. El sistema nacional de estadísticas ofrece información sobre el comportamiento de una serie de variables en torno a las áreas protegidas. Las variables que llaman la atención incluyen la baja representación de la agricultura y de personas clasificadas como patronos, y la elevada incidencia de operadores de maquinaria, de empleados municipales y de las Fuerzas Armadas. Pero las variables más llamativas registran el número de personas ocupadas en la pesca, de personas de origen indígena y afrodescendientes, y las altas tasas de natalidad e inmigración. Esto sugiere que se tiende a ubicar las zonas protegidas en áreas donde se está produciendo una intensa reorganización del espacio. El análisis con dispositivos que permiten ver cómo evoluciona este proceso confirma la perspectiva según la cual las áreas protegidas tienen un rol cambiante

en el contexto socioeconómico que también se modifica. Primero existe un enclave periférico controlado por el Estado; luego, están las periferias de páramos; más adelante hay zonas de expansión hacia el trópico; se sigue con la línea de la Costa; y se pasa a áreas de recreación cercanas a las grandes ciudades. En años recientes se despliegan esfuerzos en las zonas fronterizas del sur del país para armar sistemas más integrales de manejar el territorio.

7. Se constata una intensa utilización del discurso científico, que es cada vez más elaborado y sofisticado, con la creciente inclusión de un mensaje socioeconómico reivindicativo. Este proceso va acompañado de medidas, cada vez más complejas, para abordar la participación de las comunidades circundantes, pero con problemas latentes que se arrastran aparentemente sin soluciones, por ejemplo, las carencias presupuestarias.
8. Por último, es importante el rol de la cooperación internacional, cómo ha sido procesada por nuestra sociedad y los conflictos que se han generado por su acción.

Una hipótesis central: los límites para comprender la sociedad son también los límites para comprender la naturaleza

¿Cómo se pueden articular estas diferentes miradas? Para ello conviene recordar la hipótesis central de este libro: que la reflexión sobre la dinámica de las áreas protegidas en Ecuador se ve seriamente menoscabada y limitada por la incapacidad para mirar y considerar las dinámicas generales de la sociedad en la que estas se crean y organizan. Esta hipótesis no niega el hecho de que la relación con los pueblos indígenas, afroamericanos y campesinos es relevante y debe ser atendida. No obstante, la atención dirigida predominantemente a estos grupos los concibe como elementos de una alteridad, mirada que impide comprender su relación con el conjunto de la sociedad. Esta incapacidad de pensar a la sociedad está relacionada con una dificultad para que se consolide una cordura ecológica, una cultura territorial, y esto tiene relación con la compleja dinámica de varios procesos sociales.

No pretendo haber demostrado y comprobado terminantemente esta perspectiva; creo, en cambio, que sí he mostrado que es una hipótesis útil y fecunda que nos puede proporcionar elementos adicionales e interesantes para comprender esta dinámica. Cuando señalo que ha existido un pensamiento insuficiente para explicar la relación de las áreas protegidas con la sociedad, me refiero a una pobre incorporación de los elementos históricos, espaciales, económicos, políticos y también ideológicos.

Una posible causa de esta dinámica

Tal vez lo más interesante son los elementos que explican por qué eso ha sucedido así.¹ Se ve que un hecho marca a la sociedad, a mi juicio, hasta el día de hoy: cierta dimensión del hecho colonial. Para explicarlo conviene reconocer que en la literatura sobre la Colonia se encuentran dos énfasis que se contraponen. Por una parte, está la perspectiva de Murra (1985a; 1985b), y para el caso específico del Ecuador, Salomon (1980; 1992), que destaca la supervivencia de elementos indígenas en las sociedades andinas. Estos autores, junto con otros, investigan y buscan los elementos específicamente indígenas que han perdurado. La otra posición, adecuadamente representada por Espinosa (1989) y Gruzinski (1985), destaca que los aspectos de lo que se llama cultura indígena son producto de la intervención colonial.

Mi propuesta es que la herencia indígena no debe ser necesariamente buscada en los elementos residuales, en las supervivencias, sino que ese conjunto cultural permeó e influenció a toda la nueva sociedad que se formó. Así, lo indígena, combinándose con los numerosos elementos aportados desde Europa, conformó algo nuevo, mestizo en todo el sentido de la palabra; esto no es algo marginal, sino parte misma de la estructura de

¹ En realidad, la explicación que propongo tiene repercusiones que van mucho más allá de este libro. Implica que gran parte de los debates en el Ecuador actual son incapaces de resolver los problemas por los cuales pasa esta sociedad. Es así porque no pueden reconocer un núcleo no dicho, no reconocido, de los valores realmente operantes que son contradictorios con los estándares externos formalmente aceptados pero negados, en la práctica. Explorar esto sería uno de los aspectos más interesantes a desarrollar a partir de este libro.

la sociedad. Sin embargo, aquí existió y persiste un problema. El discurso sobre los elementos sociales que perduraron, que teniendo un origen andino intervinieron al dar forma a la nueva sociedad, y que no podían ser expresados discursivamente, se limitaban a ser actuados. El pensamiento autóctono, basado en presupuestos míticos o, para decirlo en los términos de la época, que provenían de la gentilidad, debió ser escondido puesto que era perseguido.² Este es, en parte, el origen de las prácticas de acatar pero no cumplir las normas provenientes de la metrópoli. La sociedad tenía muchas lógicas de funcionamiento que no calzaban en la norma elaborada y concebida al margen de esos elementos no enunciados, pero vividos.

A eso se une otro elemento: el rol de lo extranjero en la estructura de poder. Ya en la época preincásica los bienes exóticos desempeñaron un papel fundamental para organizar la simbología y la legitimidad del poder. El Imperio incásico se organizó a través de varios ejes, entre otros, el control monopolístico de esos bienes. Los españoles se insertan en esa lógica y establecen un poder político que incluye muchas facetas de ese control hacia afuera. El ritual referido a los poderes externos generó legitimidad pero no sin conflicto, puesto que el valor de esa legitimidad tenía que jugarse en el terreno de la política local. Apropiarse de la legitimidad real (es decir, externa) siempre fue central en la Colonia, pero no por ello existió un sometimiento pleno. Al contrario, constantemente se expresaban discrepancias, reinterpretaciones y hasta acciones violentas en contra de este factor de poder.³ El lenguaje de la conservación también se comporta como un lenguaje externo: necesario, requerido, buscado, pero siempre en conflicto con el funcionamiento de la sociedad.

2 Esto podría relacionarse con la discusión que tienen Butler, Laclau y Žižek (2004), que propone que toda sociedad tiene un núcleo no decible; en este caso se trataría de una agudización de aquello.

3 Un caso claro es La Condamine, quien fue acogido con gran entusiasmo, pero eso no obstó para que en determinado conflicto regional uno de los miembros de su comitiva sea asesinado.

¿Cómo funciona este discurso frente a la ciencia?

En este contexto aparecen la ciencia y la conservación. Para ver cómo se determina su ejercicio es necesario revisar algunas dimensiones del funcionamiento científico. En primer lugar, la ciencia en los países periféricos y coloniales aparece como un eslabón de algo que está sucediendo en los centros metropolitanos. Ha surgido un proyecto que es universal y requiere, por lo tanto, ordenar todos los fenómenos que puedan ser trabajados por la ciencia en este proyecto de ordenamiento creciente. Esto exige vincular, de alguna manera, los fenómenos de la periferia a través de intermediarios y con diversos rangos. Algunos pueden ser llamados héroes; pero también están sus colaboradores, que los ayudan localmente y les permiten conocer lo que sucede en esas diferentes latitudes para vincularlo al proyecto metropolitano.

En segundo lugar, la ciencia es también potencia práctica. Conocer las variedades de quinas es útil para organizar el comercio y enriquecerse si se logra operar adecuadamente en ese mundo comercial. Conocer y describir bahías y archipiélagos sirve para defenderse de piratas o para atacar puertos. Conocer la geografía permite evaluar potenciales rutas de comercio. La ciencia es un instrumento para manipular la realidad. En las condiciones coloniales, tal manipulación se desarrolló desde las metrópolis, pero también desde la estructura de poder y de producción local. Una dimensión importante de esta potencia de la técnica es su capacidad de dialogar con la producción, con los usos, con las formas de aprovechar los recursos. En el caso colonial, el discurso de la ciencia no solo se refería a las variedades de quinas, sino también a problemas tales como las formas de explotación con las que se estaba sobreutilizando y destruyendo este recurso. Es aquí donde surge la interrogante relativa a si ese conocimiento sobre plantas, sus ciclos y formas de aprovechamiento puede relacionarse con las prácticas reales de quienes exploran y usan los recursos. En cuanto a las cortezas de chinchona, parece que esto fue un fracaso, que la ciencia no logró dialogar con los usos del recurso. Se trataría, así, de un fallo en el desarrollo de una cordura ambiental o de una cultura territorial. Este tema se hace presente en otros momentos, por ejemplo, ya en el siglo XX con los esfuerzos de Acosta Solís por impulsar una “modernización” cuidadosa, usando la cien-

cia para evitar problemas como la pérdida de suelos o la desertificación; nuevamente los resultados no fueron un éxito contundente; al contrario, hubo muy pequeños logros.

Un tercer aspecto es el hecho de que la ciencia es también un espacio de creación y distribución de legitimidad. La modernidad parte del presupuesto de que la forma científica de operar sobre el mundo es superior, más eficiente y mejor que todas aquellas que pueden plantearse como alternativas: las místicas, rituales, mágicas y religiosas. Pero cada disciplina construye su jerarquía, sus reglas, sus rituales, en definitiva su capital simbólico, que en muchas ocasiones es, además, un capital jurídico. Esto lleva a pensar que la estratificación del mundo científico no funciona de manera aislada respecto a la estratificación de cada una de las sociedades involucradas. En el caso andino-americano un trabajo especialmente relevante para abordar el tema es el de Castro Gómez (2005). El autor presenta la “limpieza de sangre” como un aspecto central en la trayectoria y en las luchas de varios ilustrados neogranadinos.

Tal perspectiva representa un cuestionamiento a las más tradicionales visiones latinoamericanas, que generalmente han considerado a estos ilustrados como los precursores de un discurso libertario, antiestamentario y más democrático. Castro Gómez afirma que estos “demócratas” están absolutamente angustiados por evitar ser confundidos con los estamentos bajos de sus respectivas sociedades. Pelean por pertenecer a la élite, no por cuestionar este sistema de privilegios. Esto se relaciona tanto con una fobia a todo lo indio o africano como con la aspiración de reivindicarse con un valor comparable al de todo lo europeo. Se trata, en definitiva, de una manifestación algo feudal del mundo académico, que es un estamento con ciertos privilegios en un orden lleno de jerarquías e inequidades presentadas como naturales.

Pero la perspectiva según la cual la ciencia es procesada como un elemento más del mundo de privilegios e inequidades, si bien es parte de la visión de las élites americanas, no representa el panorama completo de esta dinámica. En efecto, el esfuerzo por diferenciarse de lo indígena, que lleva a una subvaloración de lo indio, se balancea con otros elementos. Uno de ellos es el testimonio de los jesuitas, y especialmente de los jesuitas americanos, que escriben en contra de autores como Buffon y Le Pow, y

afirman y destacan las capacidades y cualidades de indios e idiomas americanos. Esta es, también, la visión de algunos europeos; los más destacados son Humboldt y también Malaspina, quien afirma el valor de uno de los grupos que fue objeto de los mayores prejuicios en América: los patagones. Lo que es más, la posición de Malaspina es bastante radical en cuanto es capaz de criticar al conjunto de la civilización occidental, denunciando, por ejemplo, la aguda desigualdad social. La descripción de Castro Gómez habla de una ilustración cuyo objetivo fundamental es incluir dentro de las fórmulas de pensamiento europeo, la legítima participación de los americanos. Esta también fue una destacada preocupación en la Audiencia de Quito, cuando Espejo insistió en ese tema en su *Nuevo Luciano de Quito*. En efecto, tal como varios autores han señalado, Espejo es una manifestación viva de la tensión con el discurso de la pureza de sangre. Espejo tenía, indudablemente, algo de sangre india (Pérez Pimentel 1987a), lo que desencadenó sobre él un conjunto de acciones de discriminación. Pero Espejo reivindica la posibilidad de que en Quito haya intelectuales de un calibre comparable al europeo y no se deja desanimar. Al contrario, emprende una tarea crítica para mostrar los aspectos que están mal en su sociedad, y en esa perspectiva asume un rol intelectual que no es simplemente justificativo. Su crítica se dirige, fundamentalmente, al mundo académico, pero a través de él a toda una clase social que se ufana en las formas, en las pretensiones y en los títulos del saber, sin ser capaz de adentrarse en los temas científicos mismos (Santa Cruz y Espejo [1792] 1947). Esto lleva a otra fase del proyecto científico.

A este cuarto aspecto lo llamaré la dimensión crítica e ideológica de la ciencia. En efecto, esta no solo es forma, no es solamente erudición y argumentos de autoridad, como la tradicional escolástica lo dictaminaba. La ciencia también ofrece un discurso sobre la sociedad, el progreso, los valores y las distancias entre lo que se enuncia y lo que opera en la realidad. La tarea fundamental de la dimensión crítica de la ciencia es atacar la mitificación que impide mencionar la realidad, que impide discutirla y, así, proponer modificarla. Es por esto mismo que merece rechazo, y ese rechazo se construye, fundamentalmente, al reafirmar los elementos escolásticos que ratifican y sacralizan el discurso importado desde el exterior.

El problema de la ciencia periférica

Todo esto conduce a un problema que ya ha sido objeto de una reflexión específica: ¿Cómo puede desarrollarse la ciencia en un país periférico? El esquema usual es que la periferia es básicamente un territorio al cual se expande la ciencia metropolitana que luego va desarrollando algunos elementos que llegan a tener creciente fuerza, hasta que logran madurar. Pero eso se consigue solamente mediante el proceso de desvincularse de la ciencia periférica y lograr ser parte integrada y plenamente interactuante de la ciencia metropolitana (Basalla 1967).⁴

El material descrito en este libro permite ver, en primer lugar, que la ciencia no se genera en un sitio. Si asume una pretensión universal, esto le exige articular diferentes lugares y procesos. La revisión efectuada muestra que la ciencia se estaba creando también en América. Es cierto que los trabajos de un padre Fritz o Magnin no lograban tener, en este continente, una proyección planetaria. Pero la tarea de los científicos europeos fue, en parte, la de articular esfuerzos que ya estaban en marcha. Lo que llama la atención es que la asimetría científica no es un punto de partida, sino una situación a la cual se llega a través de complejos procesos.

Los apellidos Magnin y Fritz son tan extranjeros como La Condamine o Humboldt, pero existen diferencias: los misioneros forman parte de las instituciones de la sociedad americana en cuyo interior se enfrentaban problemas. Por ello, Magnin y Fritz debieron competir en una negociación de poder que siempre estaba contabilizando y regateando las cuotas americanas y europeas. Pero estos eran conflictos internos de las estructuras, de las ideologías y de la sociedad colonial. Esto indica que antes de las visitas de los académicos ya existía una red, un dispositivo internacional de ciencia. Se trata de un mecanismo subsumido en la religión, es cierto, pero allí hay espacio para los intelectuales nativos, criollos: Juan de Velasco, Juan Bautista Aguirre, por mencionar solo a los nacidos en la Real Audiencia.

Ahora bien, la ciencia es básicamente el proceso de recoger datos del mundo natural y requiere de algunas capacidades específicas. Cada dato

debe ser captado e incorporado a un aparato sofisticado que elabora la realidad para convertirla en un sistema que permite interpretarla. Los científicos entrenados acuden con sus instrumentos a codificar esa realidad. Esta se hace gradualmente más sistemática y estandarizada. Los primeros cartógrafos no saben describir la longitud y, cuando lo intentan, usan referentes diversos: longitud a partir de Cádiz, de París o Amberes, cada cual según su origen. Las plantas colectadas por La Condamine todavía no cuentan con el dispositivo linneano para ser nombradas. Será después, cuando otros investigadores incorporarán la planta procesada adecuadamente, esto es secada, prensada y etiquetada, que se crea el famoso holotipo, es decir, la muestra de la planta que contiene su “esencia” en un sistema de clasificación de los seres vivos. La muestra del museo adquiere, así, casi una categoría ontológica superior a las simples plantas silvestres que crecen sin saber a qué género y familia pertenecen.

Pero las colecciones se hacen de diferentes formas. Las personas involucradas tienen muy diversos niveles de preparación, desde aficionados que no reconocen sus propios descubrimientos, hasta profesionales especializados en la colección y que no hacen más que eso. Algunos, como Spruce, se financian con ese esfuerzo; otros, como Hall, han hecho de eso una forma de vida. Spruce ejemplifica también cómo esa actividad se relaciona con los intereses geopolíticos, pues el científico es el agente de una intervención secreta que rompe el monopolio americano en la producción de quinas.

Entonces... ¿cómo varían los niveles de elaboración que estas diversas instancias de la producción científica pueden asumir? Y en relación con lo anterior: ¿Cómo se combinan y articulan esos procesos? El nivel mínimo es simplemente cumplir con el protocolo elaborado en el centro. Pero la ciencia en la periferia no siempre se reduce a eso. Además de las funciones sociales de la ciencia, es decir, legitimar, actuar y servir en la construcción de los edificios ideológicos, en América existen otras dimensiones. Los investigadores locales toman iniciativas para elaborar sus datos. Los jesuitas, por ejemplo, generaron los materiales que luego fueron usados por los geógrafos visitantes. Caldas produce una reflexión sobre el sistema de la geografía de las plantas que va paralela a la de Humboldt y que incluye métodos propios para medir la altura (alternativos al barómetro).

⁴ Respecto a este tema, ver también Salas Catalá y Lafuente (1992) y Berrios (1992).

La expresión de estos niveles mayores en la producción de la ciencia se reflejaría en espacios institucionales. En el caso que estoy describiendo, hay frecuentes y numerosos intentos de crear jardines botánicos, cátedras e instituciones científicas, pero es sorprendente la corta vida de estos esfuerzos. No creo que esta dificultad sea explicable por la simple tesis de la ciencia periférica. Según ella, en el caso ecuatoriano una ciencia en sus más tempranas etapas de desarrollo sería reclutada para los roles más instrumentales de recolección de datos. No llegaría a tener un desarrollo que le posibilitara desarticularse de su sociedad para ingresar en la esfera de la ciencia metropolitana. Si bien tal perspectiva explicaría algo de lo que sucede en la actualidad, cuando las actividades de la ciencia en Ecuador –y aquí me refiero específicamente a las ciencias naturales– están fuertemente vinculadas a fuentes de financiamiento y a propuestas de investigación que provienen de los espacios de la ciencia metropolitana, creo que tal argumento es insuficiente.

En efecto, el hecho de que una ciencia metropolitana sea hegemónica y a ella deban subordinarse todas las demás es poco claro. En realidad, en los países más desarrollados no existe “una Ciencia”, sino un conjunto de escuelas, tendencias y, adicionalmente, estilos nacionales que interactúan, se desafían, estimulan y, en ese proceso, avanzan. Esto es claro en las ciencias sociales, pero cualquier mirada al desarrollo de las ciencias naturales muestra que lo anterior se repite en estos ámbitos. No se trata de pensar que la ciencia es una actividad que pueda desarrollarse de manera aislada en un solo país, sino de reconocer que allí donde hay avance científico encontramos una capacidad de formular o reformular preguntas, y no simplemente presentar información para responder a las preguntas de otros. Esa capacidad de enunciar preguntas propias requiere la habilidad de apropiarse de la tarea científica en cuestión, que supone comprenderla en su integridad. Sin lugar a dudas se necesita un manejo de técnicas, procedimientos e información. Pero es claro que ya nadie domina toda la información disponible, ni todas las técnicas que pueden usarse, eventualmente, para abordar un problema dado. Los criterios que guían la búsqueda de información y su uso, así como la búsqueda de técnicas y su empleo adecuado están determinados por las realidades de cada sociedad e, incluso, por las

diferencias culturales subnacionales. La posibilidad de formular preguntas se relaciona con las instituciones que forman a las personas, pero también con las necesidades, apremios, estímulos y valoraciones que estas reciben de su sociedad.

Repercusiones que limitan los esfuerzos de conservación

La dinámica anotada repercute en los esfuerzos de conservación básicamente porque, más que otros argumentos, las ciencias naturales se utilizan para justificar las acciones de defensa del ambiente. El hecho de que no haya capacidad para formular las preguntas adecuadas deja a estos esfuerzos sin conducción, sin orientación. Por eso parece relevante identificar algunas limitaciones en la forma de discutir los problemas de la naturaleza en Ecuador.

Para empezar, está el tratamiento del problema petrolero, que se refleja en los conflictos ambientales en torno a este recurso. Los argumentos de esta visión incluyen dos manifestaciones que llevan, recurrentemente, a una esencialización de los factores que intervienen. Así, aparece que el conflicto petrolero es provocado, básicamente, por la esencia destructora de la actividad extractiva. Dicha actividad se opone a la alianza entre las fuerzas a favor de la naturaleza y una tradición indígena portadora de los mensajes alternativos que las sociedades del Norte necesitan para pensar y huir de sus propios problemas. La segunda perspectiva es aquella que exhibe un conjunto de dispositivos tecnológicos como solución a los problemas. En esta discusión no aparecen la sociedad de los colonos, las estructuras de poder ni los conflictos de institucionalidad; estos entran en el escenario solamente como limitaciones. El proceso por el cual las normativas no se cumplen, o las razones por las cuales no se abordan los pasivos ambientales, permanecen sin solución a pesar de haber pasado más de diez años desde que fueron generados. El resultado es que, a pesar de un discurso ambiental muy presente, las soluciones a temas ambientales no son implementadas.

Una segunda dimensión es la absoluta incompreensión ambiental de las dinámicas de las zonas intervenidas. Desde el punto de vista de la conservación, es fundamental entender cuál es el impacto diferencial que generan

diversas formas de intervención sobre la naturaleza. Puesto de otra manera, se trata del divorcio casi total entre las preocupaciones ambientales y las productivas. Es cierto que existe algún nivel de recuperación de los elementos tecnológicos tradicionales que tienden a minimizar los impactos en el entorno. Pero esta recuperación se orienta, sobre todo, a técnicas puntuales e, insuficientemente, al funcionamiento mismo de los sistemas socioeconómicos de las poblaciones vecinas a las áreas protegidas.⁵

Una tercera dimensión, casi abandonada, es lo que sucede con las tasas de deforestación en Ecuador. Desde hace más de treinta años no existen estudios confiables sobre este tema en el país. Las cifras que se han usado hasta este año son estimaciones que muestran discrepancias hasta de un 250% (de 90 000 a 360 000 hectáreas al año).⁶ El número que se ha propuesto más recientemente, de 63 000 hectáreas al año, significa una dramática reducción en la velocidad de la deforestación. Entender qué lo ha generado sería fundamental para una política de conservación de los bosques.

Un cuarto elemento es que tampoco existe un buen monitoreo y comprensión ambiental de los nuevos usos del suelo en el país. Esto es relevante sobre todo en lo que respecta a nuevos cultivos perennes, palma africana y plantaciones forestales tales como los pinos y eucaliptos. Si bien en estos temas existen algunos esfuerzos de documentación sobre las dinámicas sociales, no encuentro ninguna investigación que documente lo que está sucediendo con los suelos, el agua y la biodiversidad. Para debatir estos temas se usan fundamentalmente investigaciones de Brasil y Sudáfrica.

Un quinto ejemplo consiste en que las propias organizaciones de conservación han difundido actividades “alternativas”, por ejemplo la crianza de truchas, y no tenemos ninguna información sobre sus posibles impactos en la fauna autóctona. También se encuentran omisiones que son muy llamativas en el campo social. Señalo, simple y llanamente, que la mayo-

⁵ Esta revalorización tiene, además, una limitación en la insuficiencia de su tratamiento del cambio. Una forma de aprovechamiento del territorio no puede ser entendida si no considera que durante cincuenta años en esa superficie la población se ha multiplicado por cuatro y la población rural se ha duplicado.

⁶ Estos dos ejemplos se han tomado de publicaciones del diario *Hoy* y del World Resources Institute (WRI). Investigaciones realizadas en el Ministerio del Ambiente con imágenes satelitales de 2008 dan una cifra de 61 000 hectáreas (Ministerio del Ambiente-Socio Bosque 2012).

ría de la población de la región amazónica ecuatoriana es colonizadora y mestiza, sobre todo de origen serrano. La investigación sobre su realidad es casi inexistente. La gran atracción que ejerce la temática indígena ha dejado pocas oportunidades para que el colono, el trabajador urbano, las mujeres migrantes hayan recibido alguna atención de las ciencias sociales de este país. Incluso los mecanismos políticos del poder local casi no han sido pensados.⁷

¿Cómo explicar esta realidad? Creo que existen tres elementos que atenazan la preocupación científica sobre el ambiente y le impiden desarrollarse. El primero es su dependencia de los estímulos externos. La perspectiva que mira a la naturaleza del Ecuador desde el exterior incluye, evidentemente, algunas preocupaciones que resultan no solo atractivas sino urgentes. Señalo simplemente que el mundo académico, que se desarrolla con gran énfasis en el valor de la diversidad biológica, está orientado hacia las zonas donde hay mayor probabilidad de encontrar y registrar especies nuevas, es decir, donde ha habido menos intervención humana. De ahí el enorme valor de los elementos prístinos. Pero esto no se queda aquí sino que, basándose en las dinámicas naturales, se ve una gran preocupación por las formas en que las especies se difunden y se diferencian, en definitiva, por la dinámica natural. Los investigadores locales, que para gran parte de sus actividades dependen de la capacidad de dialogar con los académicos externos, deben vincularse a estos y sus preocupaciones.

Esto se presenta también en la dinámica social. ¿Qué les interesa a los actores del Norte? Sus intereses están marcados por las necesidades de su sociedad. Allí radica el gran valor de lo alternativo a lo occidental, de lo indígena. Es así cómo la agenda de las ciencias, tanto naturales como sociales, queda marcada por esos intereses externos. Pero no debemos pensar que los actores ambientales del Norte consideran a este su único interés; también están pendientes del comportamiento económico de los países en el Sur. Es así que su atención se enfoca, en segundo lugar, en las empresas del Norte que trabajan en el Sur. Esto, evidentemente, es parte del proble-

⁷ Los trabajos ecuatorianos sobre este tema son antiguos; por ejemplo, Uquillas (1986). En cuanto a autores extranjeros hay una producción algo mayor: Pichón (1991); Rudel y Horowitz (1996); y Bilborrow, Barbier y Penn (2004).

ma, pero ni siquiera se trata de la parte que determina con mayor fuerza la dinámica social. El resultado son campañas que se refieren a esas inversiones, pero casi nada se propone respecto al Estado u otros actores locales con menos vinculación a los mercados externos.⁸

Pero ese no es el único factor que limita la agenda de investigación. Tanto peso como esa influencia externa lo tienen las reglas del poder en la sociedad local. Existe un juego que presiona a cualquier persona que intervenga en estos temas a definir programas y procesos investigativos que sean funcionales a las luchas por el poder. Quienes disfrutaban de mayor visibilidad y, por lo tanto, fuerza política, se imponen para que la investigación que se desarrolla tenga relación con sus intereses. En ciertas ocasiones, la injerencia puede llegar incluso a influir sobre la conveniencia, o no, de difundir determinados resultados dependiendo de cuán funcionales sean a las negociaciones de dichos actores. Esto contribuye, también, a que existan grandes vacíos en la comprensión de lo que realmente sucede. No tanto por el problema de que se limite lo que se difunde sino, sobre todo, lo que se investiga. Aquí interviene con fuerza un aspecto de la estructura política del país. Cada facción lucha por sus intereses con poca perspectiva colectiva, cuando se requeriría una visión del conjunto por encima de los aspectos que interesan a uno u otro sector en su lucha por conseguir ventajas o resistir frente a otros actores.

Esto lleva a reconocer otro factor que determina la dificultad de desarrollar una agenda de reflexión sobre los problemas ambientales. Se trata de las ciencias sociales. Aquí se encuentra una manera de plantear los problemas que rescata la herencia del pensamiento latinoamericano marxista. Como resultado, se produce un terreno de debate que está caracterizado por grandes y muy simples dicotomías. En realidad se trata de una versión bastante simplificada de la lucha anticapitalista y antiimperialista. En estas versiones parecería que el capitalismo es la causa de toda dominación, de toda inequidad, de toda destrucción ambiental y de toda injusticia humana. Como consecuencia, la solución que se propone debe, necesariamente,

⁸ El caso más extremo es la diferencia en cómo se tratan las inversiones petroleras extranjeras (que despiertan amplias redes de rechazo) y las inversiones, mucho más destructivas, de la empresa estatal (simplemente ignoradas).

consistir en la superación de esta etapa histórica, y en la lucha contra toda manifestación de procesos relacionados con la inversión de capitales. Planteado así el problema, no se comprende la visión histórica que el propio marxismo desarrolló, ni sus visiones dinámicas y relacionales. Se llega a esencialismos en los cuales todo lo positivo y todo lo negativo están asignados, en bloque, a determinados actores sociales.⁹

Tal mirada también se encuentra limitada por la dificultad que representan, para cualquier propuesta socialista, los graves obstáculos evidenciados por las experiencias que han pretendido superar y eliminar al capitalismo. Estos obstáculos han tenido impactos negativos en los derechos humanos, la eficiencia económica y el tratamiento de los temas ambientales.

Esto lleva a que estas miradas dejen a un lado el terreno de los proyectos nacionales y se atrincheren en los terrenos de lo alternativo. Buscan espacios que puedan mantenerse, en la medida posible, al margen de las influencias del mercado para, en esos contextos, desarrollar experiencias que serían tanto formas de vida y propuestas económicas como proyectos identitarios. Los interlocutores que estos esfuerzos requieren son o bien quienes se retraen, voluntariamente, a formas de producción menos mercantiles, o quienes aún no están insertos en ellas. Esto incluye a los movimientos para recuperar formas de agricultura indígena y campesina, y aquellos movimientos de regreso a la naturaleza a través de la agricultura orgánica. Estas dos alternativas parecen ser la solución en zonas de amortiguamiento o incluso dentro de áreas protegidas, y corresponden a una buena parte de los esfuerzos para disminuir la presión sobre ellas. A pesar de eso, los movimientos de agricultura alternativa tienen un ámbito mucho mayor y no se reducen a las periferias de los parques. Al contrario, en algunos casos su opción de mayor viabilidad económica consiste en estar cerca de mercados urbanos sofisticados, con acceso a consumidores dispuestos a pagar buenos precios por productos orgánicos. En otras palabras, las propuestas de la agricultura alternativa tienen una relevancia para las áreas protegidas, pero ni se limitan a ellas, ni pueden atender las necesidades de las zonas de amortiguamiento en todos los casos.

⁹ Sobre la crítica del pensamiento marxista, desde una perspectiva que no es derechista, parece especialmente útil e ilustrativo el trabajo de Morin, Lefort y Castoriadis (2009) sobre Mayo del 68.

Cuando se llega a este punto hay el riesgo de que las discusiones dejen de lado la comprensión global de la sociedad y se orienten a los criterios y estándares adecuados para la producción que se considera aceptable. El análisis de la dinámica real de la sociedad puede quedar abandonado, y se puede considerar suficientes las explicaciones maniqueas entre el capital y el progresismo. Pero esto no es necesariamente así: quienes asumen estas tareas y esta perspectiva de contacto directo con el manejo de porciones de la naturaleza y de organizar su forma de vida humana en relación con ella generan una profunda comprensión de lo ambiental que tanta falta hace en el uso político de lo ambiental. No obstante, este aporte no logra cambiar la sensación de que no encontramos reflexiones más amplias sobre lo que sucede en términos ambientales en Ecuador. Estos aportes solo representan un conjunto de estudios de casos que pueden ilustrar discursos, sobre todo los que corresponden a preocupaciones externas. En este contexto es muy difícil que aparezcan, con claridad, objetivos propios de la conservación. Esto se ve en dos ámbitos. Por una parte, los objetivos muestran escasa elaboración. Por la otra, siempre se los está justificando en función de fines sociales que parecerían tener una legitimidad mayor. Sin embargo, aquí no se trata de discutir sobre el balance entre objetivos sociales y objetivos de conservación. Lo que señalo con preocupación es que ni siquiera es posible considerar opciones al respecto si no se expresan estos objetivos con claridad.

Tal situación también genera repercusiones en la elaboración de políticas con criterios de conservación fuera de las áreas protegidas. La confusión no permite identificar adecuadamente cuándo hay conflictos entre conservación y bienestar de la población. En estas ocasiones, que no son raras, en vez de disimular la tensión, lo prudente sería expresarla y encontrar soluciones. Por último, esta forma de abordar los problemas no permite considerar la dinámica general de la sociedad y cómo esta repercute en los procesos de explotación de los recursos naturales y su impacto en el medio.¹⁰

10 Un ejemplo ilustrativo que he planteado en varios seminarios es la inexistencia de un debate sobre las repercusiones ambientales del subsidio masivo a los combustibles fósiles. Casi la tercera parte de la riqueza petrolera se destina a este fin, con múltiples efectos ambientales.

A este respecto, propongo una perspectiva según la cual debemos aceptar que desarrollar la capacidad técnica del ser humano, ya sea en un contexto socialista o en uno capitalista, incluye dos aspectos. Por un lado, aumenta la posibilidad de generar impactos sobre la naturaleza, y esto es su parte ambientalmente negativa. Pero también genera el desarrollo del conocimiento y los instrumentos tecnológicos que permiten idear formas de controlar, mitigar y reparar los daños ambientales. Más importante aún que la tecnología es el desarrollo de la capacidad institucional para identificar, procesar, abordar y remediar los problemas ambientales y los sociales.

En este contexto se combinan varias discusiones. Una es la reflexión sobre el desarrollo del extractivismo, básicamente como la orientación a un mercado externo dinámico y variable que demanda productos naturales con muy baja agregación de valor. En algunas de las versiones más populares aparece que cualquier economía que se centre en algún recurso natural produce necesariamente desequilibrios, desajustes y la destrucción de la naturaleza. Considero necesario señalar que los efectos negativos de las expansiones extractivistas se derivan, fundamentalmente, de factores específicos de la estructura social y económica en la cual se da esta dinámica.

Un primer factor es la existencia de una población carente de recursos para su subsistencia, que presionará sobre cualquier recurso de libre disposición que pueda servirle de sustento. Aquí el problema no es tanto la extracción sino la existencia de muchas personas sin alternativas. Esto nos lleva a constatar que un requisito para frenar la depredación sobre el capital natural es la dotación de capital a las poblaciones desposeídas. La mejor forma de hacerlo es a través de la educación y de mecanismos institucionales sólidos, eficientes y seguros.¹¹

De ello se deriva que entender los motores y las causas del deterioro ambiental en Ecuador exige una comprensión de esta sociedad en concreto y en conjunto. Es inútil, limitante y hasta genera confusiones creer que estamos explicando algo al inscribir fragmentos de los hechos sociales en

11 Esta es la conclusión principal que se deriva del trabajo de Sara Gómez de la Torre (2011, 110), en el cual se constata un proceso de recuperación de bosque una vez que el nivel educativo y las oportunidades de empleo de la población colona de Cosanga, en la alta Amazonía ecuatoriana, se incrementan sustancialmente.

retóricas previamente adoptadas.¹² Esto conduce a otra dimensión de este proceso: si bien la ciencia de la conservación tiene un rol de gran peso como fuerza proveedora de legitimidad, debe responder a otras exigencias más acotadas y prácticas. En efecto, después de que todo el mundo reconoce que las razones científicas muestran la conveniencia de conservar ecosistemas y especies, viene una segunda discusión que se refiere a los beneficios que aporta la investigación científica. Aquí se encuentra que en los discursos oficiales sobre la conservación se identifican dos sujetos centrales que deberían percibir beneficios de tal actividad. En primer lugar están las poblaciones circundantes y, en segundo, las mismas administraciones de los parques.

Existe un fenómeno curioso. En Ecuador, el parque nacional donde parecería que esto se ha logrado con más éxito es Galápagos. En efecto, la economía de este archipiélago gira en torno al turismo, y este es producto del prestigio científico que el archipiélago ostenta y que está en directa relación con la actividad de las instituciones científicas. Sin embargo, ni siquiera en este caso, que en gran medida es exitoso, las relaciones y el lugar de la ciencia están exentos de conflictos y tensiones. Tal como han señalado varios autores, entre ellos Ospina (2001) y Grenier (2007), se presenta una tensión, tanto entre la población y los científicos como entre estos y la propia dirección del parque. En el primer caso los pobladores resienten las restricciones que los científicos proponen y justifican con respecto al uso de los recursos. En el segundo, los administradores sienten impaciencia por el hecho de que muchas de las investigaciones no evidencian una utilidad práctica en la conservación, o porque en ocasiones los investigadores representan una visión crítica algo incómoda para sus gestiones.

12 Hay un vacío importante en esta comprensión de la dinámica ambiental de la sociedad ecuatoriana que se relaciona con tres elementos de la dinámica social agraria. El primero es el conjunto de modernizaciones, especialmente la que se vinculó al primer auge petrolero; el segundo se refiere a los procesos de reforma agraria; y el tercero es la dinámica de los Proyectos de Desarrollo Rural Integral. Estas dinámicas, combinadas con un crecimiento demográfico y un aumento de servicios, han generado mejores coberturas de servicios, pero una mayor brecha respecto a los estándares de la población urbana, mayor organización y capacidad de negociación política de la población rural, y una fuerte desarticulación territorial. Larrea Maldonado (2006) resume algunas interacciones ambientales, sin abordar el tema de cómo se modificó la cultura territorial.

Evidentemente, la situación de los parques continentales es mucho más frágil y precaria. Los científicos no han logrado generar una dinámica económica de la cual pueda participar un grupo numeroso de la población. Incluso los gestores de los parques ven en el científico a alguien que debe justificar, de mejor manera, su presencia, ya sea ofreciendo datos y propuestas directamente utilizables para la conservación, o aportando en términos económicos a la gestión de los parques. En ocasiones los científicos son vistos como personas que “se aprovechan” de la diversidad biológica contenida en las áreas protegidas para sustentar sus carreras profesionales, sin que esos logros económicos, en prestigio y ascenso, repercutan ni en beneficio de la población ni en la propia gestión de las zonas bajo protección.

En esta dinámica se demuestra que, si bien a la ciencia se le reconoce una fuerza legitimadora, ella misma no es lo suficientemente legítima. En la argumentación que acabo de sintetizar, lo científico no es un valor que se justifica por sí mismo. Es necesario que, superando su carácter académico, se logre una validación con una perspectiva más pragmática y utilitaria. La concepción de la ciencia como una empresa común de la humanidad, en la cual lo sustancial es la posibilidad de entender y comprender mejor la naturaleza, no es un valor reconocido. Esto revela algo sobre la forma en que lo científico se inserta en esta dinámica. Creo que la lógica subyacente es, más o menos, que la ciencia goza de legitimidad; más aún, que es una fuente de legitimidad tan poderosa como una religión. Pero eso, de todas maneras, no es asunto nuestro. Son los metropolitanos los que la hacen. En un país periférico nos toca, simplemente, ver cómo esa ciencia externa determina el campo, el terreno en que debemos movernos para sobrevivir. Ello implica ubicarnos respecto a las estructuras de poder local. Es así cómo, en este contexto, la ciencia sirve para darnos cuatro cosas: legitimidad en nuestras luchas por poder; recursos a cambio de los servicios que podamos ofrecer a los científicos; algunas soluciones que deben tener legitimidad científica; y, para unos pocos —muy pocos—, la posibilidad de incorporarse a la actividad científica, es decir, ser ayudantes de los extranjeros y tal vez hacer una carrera que, si es exitosa, los llevará a las metrópolis.

Lo sorprendente de esta mirada es que la actividad científica, en sí misma, no resulta relevante sino que constituye un problema de autoridad que se resuelve fuera. Con este antecedente no es de extrañar que la actividad de investigación no pueda animar dos requerimientos que serían claves: resolver problemas prácticos y contribuir a una crítica de los esfuerzos de conservación en el país. Sin esa tarea, la ciencia de la conservación desarrollada en este contexto no puede llegar a ser lo que se necesita que sea. Su función, hasta el momento, se limita a aplicar fórmulas legitimadas en el exterior, a lo que se suma la traducción de tales elementos para convertirlos en útiles y procesables en las disputas políticas internas. Las preguntas nuevas no son pertinentes pues parecería que el terreno ya está definitivamente marcado por la trasposición de la ciencia metropolitana.

Podría pensarse que esto es positivo. ¿Por qué no dejar que quienes vienen de esas condiciones privilegiadas para el desarrollo de las ciencias sean los que formulen las preguntas? ¿Por qué no permitir que den, además, el respaldo académico a sus seguidores periféricos y, así, impulsen el verdadero desarrollo de las ciencias en estos temas? Se podría argumentar a favor de esta propuesta —que en realidad es una forma de resignación— señalando los numerosos ejemplos de autores extranjeros (la mayoría metropolitanos) que han venido a investigar y han logrado proponer, con gran agudeza y generalmente con sólida argumentación, algunas perspectivas esclarecedoras para la comprensión de las dinámicas sociales y ambientales de nuestro país. Pero también es necesario reconocer que tales aportes, aunque valiosos, no han logrado colmar los grandes vacíos que existen en la reflexión sobre los temas ambientales en Ecuador. ¿A qué se debe esto? Creo haberlo explicado. En primer lugar, los investigadores extranjeros que proponen perspectivas críticas son escasos. Para alcanzar tales perspectivas es necesario que se liberen de ese síndrome tan frecuente que consiste en buscar en lejanas tierras algo que es, simplemente, la confirmación de sus propuestas teóricas. En segundo lugar, el intelectual extranjero se encuentra en una posición especialmente desventajosa para difundir propuestas críticas sobre temas sensibles, que son, justamente, los que es necesario ventilar. En tercer lugar, aunque alguien produzca perspectivas críticas, si estas no penetran en la discusión y en el debate en Ecuador no sirven de

mucho. Hasta puede suceder que muy sugestivas y reveladoras propuestas sean tratadas como otro enunciado de verdad sacralizado por provenir del Norte, y sean procesadas y esterilizadas hasta no ser más que una nueva moda en la retórica académica.

Desde este punto de vista se requiere una contribución adicional que, en interacción con las anteriormente mencionadas, podría ayudar al desbloqueo de los límites señalados. Se trataría de la perspectiva de quienes pueden pensar y ver a toda la sociedad ecuatoriana desde su interior, para así develar sus mitos, sus autoengaños y sobrepasar sus limitaciones. Me refiero, lógicamente, a un mundo académico ecuatoriano.

Si bien efectuamos una crítica a las posiciones más frecuentes en el mundo intelectual latinoamericano, también es pertinente que lo hagamos respecto al rol que cumple en este juego la academia metropolitana. He mostrado cómo esta trae perspectivas muy variadas. A veces los académicos metropolitanos son capaces de descubrir realidades nuevas y diferentes, pero en general cargan una presión para demostrar la utilidad de sus hipótesis y, sobre todo, encontrar en estas tierras respuestas a sus necesidades. En este momento, el drama general de las sociedades metropolitanas es una mezcla entre la búsqueda de alternativas a su modelo civilizatorio, y el anhelo de encontrar tesoros ambientales y culturales. A esto se agrega un sentimiento de culpabilidad por la dominación y expoliación pasada a las colonias. ¿Dónde pueden encontrar las metrópolis esas alternativas a su civilización? Las buscan en todo aquello que pueda parecer previo a su expansión mundial o se presente como una resistencia a ella. Lógicamente, los procesos reales son más complejos. Pero es posible recoger elementos de todos los países del tercer mundo, de todas las culturas con elementos tradicionales que viven tensiones frente a los procesos mercantiles, y con ello construir un nuevo discurso romántico. En este la naturaleza sudamericana, las culturas indígenas se convierten en la pantalla adecuada para que las sensibilidades metropolitanas se expresen y proyecten. Allí pueden manifestarse las utopías de los *primermundistas*, especialmente en el ámbito de la representación y la imaginación. La tradición es larga: mitos del buen salvaje, de Aparia o El Dorado. Pero también cabe mencionar los proyectos concretos de organización social que diferentes poderes políticos

se proponen. La expresión más fuerte de esto fueron las misiones. Estas, que aún hoy muestran muy variadas dinámicas, llegan a proponer la realización de una utopía europea en América.

Es útil, de todas maneras, señalar que esta inscripción dentro de la utopía europea muestra una dinámica que es una lección vital. Los propulsores de la quimera, o más bien dicho el mundo europeo que la crea, no encuentran ningún inconveniente en sacrificarla cuando surgen otras razones de Estado que así lo exigen. Para arreglar los problemas de límites entre Portugal y España se sacrificaron sin ningún miramiento las misiones del Paraná, todo el sistema misional jesuita fue desmantelado cuando así convino a los fines políticos de las potencias coloniales. Tal vez se trate de una lección que los americanos debemos aprender sobre las dinámicas que suceden cuando nos prestamos a ser el terreno de proyección de utopías externas. Una diferencia que es necesario tener en cuenta es que las misiones del pasado eran mucho más autosuficientes que las actuales. En los siglos XVI y XVII, la subordinación fue administrativa, pero se trataba, en algunos casos, de unidades independientes. Hoy las utopías dependen del apoyo que puedan obtener en los países ricos, de que puedan venderse. Este pequeño detalle altera sustancialmente su consistencia, su propia esencia, pues tanto peso como la aceptación ética tiene el flujo de recursos.

Pero la mirada desde el Norte no es unívoca. No solamente existe esta visión de contestación, hay otra que parte también de una voluntad de cambio pero se entiende como algo diferente. Se trata de cambiar todas las imperfecciones en el modelo de desarrollo occidental y aplicar esa solución en las regiones que aún no “disfrutan” de los beneficios de ese desarrollo. Su lenguaje es, sobre todo, el de la técnica y sus acciones, que buscan difundir los éxitos de las metrópolis en las periferias, cuentan con un respaldo específico, los presupuestos de la cooperación y de la inversión. Estos recursos, que en su conjunto son mucho más abundantes que los que provienen de la cooperación alternativa, generan un fuerte impacto en el mundo profesional y académico de países como Ecuador. No se trata de un mundo sencillo. Al contrario, es complejo y está lleno de contradicciones. Cada organismo internacional tiene sus particularidades, conflictos y rivalidades; cada uno se caracteriza por una mezcla de énfasis, que incluyen

las políticas económicas “correctas” y diferentes combinaciones de otros valores que también son políticamente “correctos”.

Surge de aquí una amplia gama de relaciones, algunas más “progresistas”, otras más “convencionales”, que establecen varios tipos de vinculaciones con el mundo técnico y académico local. Ya mencioné el rol de representar el antidiscurso requerido por las utopías antisistema, pero hay otra alternativa. Esta se refiere a entender que el discurso “oficial” también experimenta necesidades apremiantes. Necesita ser un discurso “universal”, necesita hablar en nombre de los valores de toda la humanidad y para toda la humanidad, y necesita mostrar que su accionar y su discurso son suficientemente flexibles y ecuánimes para incluir en su lógica a lo más diferente de sí mismo. Este, que es el discurso de la dominación planetaria, requiere mostrar que es capaz de incluir mitos y figuras de la India, Australia y la Amazonía. Necesita de actores “locales” que sean incorporados a su lógica y, de esta manera, demostrar que se ha logrado armar un discurso, una propuesta “universal”. Su legitimidad radica en que pretende representar a la humanidad, y ahora también a la biosfera. Para que esta pretensión sea creíble, necesita disimular el hecho de que se trata de un discurso articulado pero parcial, surgido de muy particulares condiciones geográficas e históricas. No hay mejor remedio para esta limitación que reunir y exhibir, lo más intensamente posible, la mayor gama de otras particularidades articuladas, convocadas por este discurso de la técnica y la ciencia.

¿Qué pueden hacer los profesionales de este pequeño país en dicho contexto? Sus opciones son o ser los interlocutores e intermediarios de la contestación, o serlo de la tecnocracia. Tal vez logren encontrar algún equilibrio entre posiciones burocráticas con sensibilidad social, pero es claro que quienes más les convocan son quienes representan recursos externos. La demanda local para el científico es, por tanto, reducida.¹³

Pero esto no significa que no exista un grado de elaboración sobre la ciencia en el ámbito local. En efecto, la institucionalidad académica cum-

13 Esta realidad está cambiando. El Gobierno del presidente Correa ha mantenido una confrontación sistemática, tanto con las ONG alternativas como con la cooperación internacional. Su propuesta consiste en intermediar toda forma de cooperación extranjera. Las opciones se limitan, cada vez más, a las del Gobierno, donde una de las exigencias es la fidelidad al proceso.

ple la función de difundir y traducir para la sociedad este discurso o, más bien, la versión local del mismo. La posibilidad de que existan personas que están desarrollando un trabajo por su deseo de encontrar explicaciones universales es poco creíble. Esto podría aceptarse como una excentricidad en algunos casos, pero no será reconocido como una tendencia general. Se considera que los científicos o bien buscan develar algún secreto por intereses crematísticos, como puede ser encontrar tesoros o hacer negocios con algún producto, o están inscritos en los intereses de algún grupo o sector social en particular. Por lo tanto, el mensaje científico es en sí peligroso y, a la vez, poderoso. Desde esta manera de recibir el discurso de la ciencia hay una parte que es adorno: son las curiosidades, los detalles sabrosos de la ciencia. Pero lo que siempre es crucial es identificar con qué bando se encuentran alineados estos expertos en el discurso culto. La ciencia misma se convierte en ornamento: lo determinante es el rol político que consiste en distribuir la autoridad que da legitimidad. Esto implica argumentaciones, luchas, debates, para dar fuerza y apoyo a alguno de los bandos en los permanentes conflictos, pero pocas veces se llega a replantearlos, a explicarlos en términos diferentes a los usuales. Me atrevo a asegurar que quien intente tal actitud despertará un rechazo casi unánime.

Para entender la función que adquieren en este contexto los intelectuales me es parcialmente útil el concepto de los intelectuales orgánicos de Gramsci ([1924] 1959). Según este los académicos son aliados o incluso profesionales al servicio de un sector o una fracción de la sociedad, que usa su trabajo para enfrentarse discursivamente con los otros intelectuales que representan otras particularidades de la sociedad. Adicionalmente me inspiro en la dimensión hegemónica para abordar la propuesta al conjunto de la sociedad. El servicio a los diferentes intereses particulares se relaciona con sus confrontaciones, casi nada con la construcción de un proyecto que tenga viabilidad al incluir a muy diversos sectores de la sociedad en un acuerdo global.

Como consecuencia, el núcleo mismo de una propuesta de cultivar la ciencia, e incluso de usarla para los fines generales de toda la sociedad, no es asumido. Son acotados los lugares en que se reconocen a quienes se interesan por la ciencia. Estos pueden ser los intermediarios de los agentes

externos que actúan a partir de la cultura y la técnica, o pueden adquirir su identidad. También pueden ser exportados. Esto es, sin embargo, difícil, pues el mundo académico establece sus exigencias, ante las cuales los científicos provenientes de un país marginal experimentan desventajas. A pesar de ello, este es el camino que toman muchos académicos. Llegar a tener éxito en una universidad metropolitana parecería ser su aspiración más sentida. La otra opción es especializarse en la función que llamo de traductores, es decir, negociar la legitimidad que se deriva de la ciencia con las diversas fuerzas que luchan en un intrincado y muy movido escenario político.

Cabría, sin embargo, hacerse una pregunta que se deriva naturalmente del tratamiento de la política. Si el discurso científico sobre la naturaleza es fuente de legitimidad, y dado que las partes en conflicto necesitan apoyarse en la ciencia, ¿no es lógico que de allí surjan intereses, esfuerzos y recursos para el desarrollo de una ciencia sobre la naturaleza? Y si el desarrollo científico es una responsabilidad estatal, ¿por qué no encontramos ese impulso para un desarrollo basado en algún tipo de energía interna? Estos elementos aparecen en varias situaciones. Están presentes con claridad en obras de Mejía Lequerica, o de otras figuras tales como Montúfar, Villavicencio e incluso García Moreno, además de la gestión de Acosta Solís. La pregunta es por qué todos estos esfuerzos que se repiten década tras década, siglo tras siglo, son abandonados, suprimidos, cuando las circunstancias políticas así lo determinan.

Casi daría la impresión de que la lógica de la ciencia, una de cuyas implicaciones es la creación de un proyecto de objetividad que relativiza las múltiples particularidades, es vista con frecuencia como un trofeo que debe ser puesto al servicio de las diversas subjetividades. Cada una de ellas hace un intento, pero cuando la lógica de la propuesta objetivadora muestra que implica costos, el apoyo se desvanece. La propia legitimidad del proyecto científico parece desgastarse rápidamente. Y si estas propuestas no pueden renovar su capacidad para convocar apoyo y recursos desde el exterior, son abandonadas a una suerte que, a veces, es un poco triste: muy fácilmente se dejan languidecer y morir los proyectos que fueron esfuerzos apreciados desde la perspectiva científica.

Uno de los aspectos más complejos de la relación del Estado con las tareas de conservación es la que se deriva de la estrategia asumida para crear y financiar el sistema de áreas protegidas. El resultado más impactante de esta realidad ha sido una falta de financiación crónica. Se puede asegurar que no es una consideración relevante para la creación de un área protegida la existencia o no de presupuesto para su gestión. La lógica es la inversa. Una vez que se efectúa la declaratoria hay mejores posibilidades de conseguir algún presupuesto estatal y de negociar aportes externos. La distancia entre el presupuesto existente y el necesario no es un accidente transitorio, es algo que se debe producir, pues esa condición es un requisito para buscar la ayuda externa. Se trata de una dinámica para el desarrollo de las áreas protegidas que se basa en dos componentes. El primero es externo: ¿Qué expectativas se suscitan en el exterior sobre esta diversidad biológica, y cómo esas expectativas pueden convertirse en un flujo de recursos? A esto se agrega un componente interno, que se refiere a cómo puede usarse ese flujo para actuar en la política nacional. Esto implica combinarlo con la dinámica de negociaciones distributivas de legitimidad y poder. Aquí la problemática ambiental en cuanto tal no merece sino un sitio secundario. Es un discurso, a veces exigido desde el exterior, y al cual hay que darle respuesta, no tanto porque se trate de una problemática asimilada e interiorizada, sino porque es parte de ese flujo que interesa mantener y, si es posible, incrementar.

En la descripción de esta realidad no debemos pasar por alto que esta dinámica ha creado un mercado de consultorías en el cual se utiliza una parte no despreciable de los recursos asignados para las tareas de la conservación. Esto es natural: un tema altamente especializado y técnico debe forzosamente generar una gran necesidad de estudios, diagnósticos y propuestas. Sin embargo, la forma en que estos están diseñados tiene consecuencias sobre la capacidad de aportar a la orientación de la conservación.

He señalado que la lógica organizadora de la conservación es la relación de los flujos externos con las negociaciones políticas internas. Si esto es cierto, la necesidad fundamental sería articular los proyectos y acciones con las necesidades discursivas de esa dinámica externa, combinándola con negociaciones con los actores locales. La realidad ambiental en sí misma

tiene un valor secundario. Esto lleva a que los estudios y las consultorías pongan énfasis en dos aspectos: primero, en mostrar la correspondencia de los esfuerzos y las necesidades con términos y conceptos surgidos del entorno ambiental internacional; y segundo, en efectuar acciones con los *stakeholders*, es decir, con los participantes de las dinámicas políticas relacionadas con este procedimiento. Todo esto se encuentra, además, con un condicionante: la autoridad está obligada a afianzar su legitimidad, esta es su principal prioridad, por lo cual se ve presionada para crear nuevos proyectos. Todos los proyectos generados por las autoridades anteriores son, en general, poco adecuados para ello. Responden a la iniciativa y la gestión de predecesores que constituyen, frecuentemente, la sombra más desagradable de un gestor público. Esto se relaciona directamente con la poca durabilidad de las propuestas y los proyectos y, por lo tanto, con la precariedad de sus resultados. Se refleja también en una característica general de la información que el Estado en todos los aspectos entrega al público. El énfasis se hace siempre en los indicadores de gestión: se han invertido tantos millones en tales actividades, se han hecho tantos proyectos por tales montos. Sin embargo, se da muy poca atención a los indicadores de resultado, es decir, cómo se ha modificado la realidad. En los temas ambientales en los que gran parte del mundo natural es poco conocido, esta tendencia se hace más fuerte.

Esto converge con algo que había señalado ya para la ciencia. La conservación, a pesar de ser reconocida, tampoco disfruta de legitimidad propia. Es necesario negociarla, casi regatearla, demostrando que no entra en conflicto con otros principios más legitimados, sino que, al contrario, puede servirlos y coadyuvar a ellos. El discurso aceptado en Ecuador, el portador de máxima legitimidad es, generalmente, un discurso distributivo y, por lo tanto, es necesario demostrar que la conservación contribuye a ello.¹⁴ Esto lleva a que no se haya consolidado una legitimidad propia de la conservación. Esta no es un valor en sí. No se reconoce que sea necesario

¹⁴ El discurso de la distribución en el Ecuador es muy particular. Tiene mucha relación con la matriz cultural andina de la redistribución ceremonial más que con los conceptos de justicia. En esta perspectiva, lo importante es que los acaudalados compartan, no tanto que no existan grandes diferencias, ni condiciones desequilibradas.

y adecuado hacer sacrificios. Esta manera de asumir el tema provoca que, cuando existen conflictos entre personas de escasos recursos y la conservación, sea muy difícil argumentar en el sentido de que esos sacrificios son necesarios y requieren compensación; entonces, lo que debe sacrificarse es, simplemente, la conservación.

Pero constato otra acrobacia discursiva en torno a lo ambiental: se confunde la política ambiental con la de áreas naturales protegidas. Esto genera dos consecuencias graves. Se tiende a despojar de valor y preocupación ambiental a todo lo que no está incluido en el SNAP, llevando a la situación de que afuera de este sistema casi todo está permitido. La segunda consecuencia es que, evidentemente, si el SNAP pretende realizar toda la política ambiental, se encontrará siempre sobrepasado. Frente a esta necesidad, su reacción será intentar crecer en superficie, pues es evidente que las áreas protegidas nunca serán suficientes para desarrollar todos los complejos aspectos que debería tener la política ambiental de un Estado.

Esta lógica también tiene consecuencias para las ONG que trabajan en los temas ambientales. Estas se hallan marcadas por las mismas condiciones que ya se han anotado, y esto las lleva a reproducir los mismos vacíos. Aquel aspecto relativo a los sujetos sociales es tal vez el más llamativo, puesto que la vocación de dichas organizaciones es la de trabajar con todas las personas. El hecho de que sea débil la gestión con colonos, habitantes urbanos y otros grupos poco reconocidos muestra que las ONG no se libran de las limitaciones ya señaladas respecto a la mirada externa.

En definitiva, las ONG forman parte del mismo discurso, pero con algunos aspectos que las diferencian y, en ocasiones, enfrentan al Estado. Se puede identificar, por lo menos, dos aspectos en los cuales esta confrontación se hace evidente. El primero es un rol poco definido del Estado en cuanto al control y a la fiscalización de los recursos que son canalizados hacia las ONG. La tensión en este tema incluye el hecho de que muchas actividades son acciones sociales que deberían corresponder al Estado. Entonces surge la pregunta: ¿Por qué no se canalizan estos recursos directamente hacia la entidad estatal que tiene la responsabilidad de efectuar tales tareas? El segundo aspecto es que las organizaciones de la sociedad civil emplean metodologías, orientaciones e instrumentos distintos a los del Es-

tado. Esto puede ser visto como una interferencia con las tareas propuestas y las decisiones estatales. Adicionalmente, surgen conflictos directamente políticos. Algunas acciones de las organizaciones de la sociedad civil entran en conflicto directo con las propuestas gubernamentales. En tales casos estas acciones son vistas como formas de intervención no legítima en asuntos internos de otro país.

Todo esto se relaciona con el hecho de que la “cultura territorial” es marginada. Muchas veces ni siquiera es reconocida. La intervención científica, que no logra plantear los problemas generales de la dinámica de conservación en un Estado, tampoco logra alimentar y nutrirse de las tradiciones que perviven en cuanto a prácticas equilibradas de uso y manejo del espacio. Estas prácticas han sido arrolladas por fenómenos demográficos y socioeconómicos muy fuertes, y no se ha logrado una comunicación entre ellas y el discurso de la ciencia de la conservación.¹⁵

La cooperación internacional: un elemento fundamental con complejidades y conflictos

Hasta aquí he intentado describir las características de una dinámica interior que menoscaba, seriamente, las bases de las políticas de conservación en un país. Pero sería un error pensar que toda esta ineficiencia se debe a causas internas. También existe una dimensión externa que converge para que se produzcan tales resultados. La cooperación internacional se caracteriza por tener limitaciones muy serias. En primer lugar, menciono dos relacionadas con la estructura institucional que son muy importantes. No existe, por un lado, una coordinación adecuada entre los participantes y, por otro, solo una pequeña parte de todo lo impulsado por esta cooperación llega a ser asimilada por la estructura institucional de un país como Ecuador. Una gran cantidad de esfuerzos se parecen a lo que se ha señalado respecto a las

¹⁵ Esto no quiere decir que no existan experiencias importantes en ese sentido. Algunos ejemplos serían lo desarrollado por el grupo Randi Randi, en la reserva El Ángel, lo que he descrito respecto a las acciones en torno al territorio shuar, y probablemente el uso de recursos en Salinas, provincia de Bolívar, por dar algunos ejemplos.

consultorías: son interesantes y pasajeros, dejan tras de sí una gran cantidad de buenas ideas y de interesantes esfuerzos interrumpidos. En segundo lugar, las instituciones de cooperación sufren problemas estructurales, especialmente los organismos multilaterales donde se señalan deficiencias de evaluación. A pesar de que estos organismos se ven envueltos cada día en más pesadas estructuras de control de lo políticamente correcto, no hay verdaderas mejorías en su capacidad de producir impactos positivos. La dinámica interna de los organismos se encuentra seriamente menoscabada por aspectos burocráticos, lo que a veces se denomina argollas, es decir, facciones corporativas que se distribuyen beneficios, oportunidades y favores para acceder a los recursos que estas instituciones canalizan.

El tema merece ser analizado con cierto detalle, de acuerdo con lo que esto significa en su relación con los aparatos institucionales de cada país. El organismo internacional es un espacio laboral donde los funcionarios disfrutan de condiciones que son sustancialmente mejores a las que predominan en muchos otros espacios. Son especialmente mejores a los espacios de la frágil institucionalidad de un país como Ecuador. Como consecuencia, estas organizaciones se convierten, frecuentemente, en la aspiración profesional más sentida de muchos de los recursos humanos más capacitados del país. Esto drena capacidades de las instituciones locales y contribuye, de esta manera, a la debilidad institucional.

Pero no solo se trata de un drenaje de recursos. Surge, al menos en el tema ambiental, otra dinámica que interrelaciona estos dos elementos. En el trabajo cotidiano de cualquier funcionario de una organización local, la relación con las organizaciones internacionales tiene un valor estratégico. Esto es cierto para funcionarios tanto públicos como privados porque los recursos monetarios que estas instituciones pueden proveer resultan claves para su gestión. Pero de igual importancia son los recursos estratégicos que otorgan: información y oportunidades de formación, viajes y, en algún momento, acceso a condiciones privilegiadas de trabajo. Esto crea la posibilidad de que tanto las instituciones como los funcionarios desarrollen verdaderas clientelas que dependen y giran en torno a ellos. En ocasiones esto crea un efecto corruptor. Estas relaciones implican ciertas ventajas para todos los participantes. Sin embargo, esto no significa que no haya

descontentos, ya que no todos obtienen todos los beneficios que esperan o desean de esta forma de funcionar, aunque todos tienen una oportunidad de obtener algo: recursos, legitimidad u oportunidades laborales. Pero para ello deben aprender a funcionar en esta dinámica que, si bien produce algunos resultados interesantes, muestra una escasa eficiencia.

En contraste con todo lo señalado hay también un conjunto de elementos positivos que las áreas protegidas han generado. Estas son un instrumento que ha frenado o acotado los procesos de especulación con la tierra, un importante efecto benéfico sobre la gestión del territorio. La gestión de estas superficies ha dado lugar a una amplia acción de documentación de estas regiones, respecto tanto a su biología como a las dinámicas sociales. En muchos casos tales esfuerzos han sido desordenados y poco rigurosos, pero incluso con limitaciones se ha avanzado en la creación, no solo de un corpus de información importante, sino en dos dimensiones adicionales. Una es que se ha sostenido, a través de estas tareas, a una masa de profesionales que constituye un recurso valioso, y esto ha implicado el mantenimiento, desarrollo y consolidación de institutos de formación de personal. Se trata de un paso fundamental. Otra dimensión es que la necesidad de proteger la naturaleza, a pesar de las limitaciones que hemos anotado, obliga a las autoridades a abordar la gestión del territorio. Las autoridades locales hacen intentos y, poco a poco, por acierto y error, es posible que surjan estrategias más integradas, más serias y maduras de gestión. Esto también constituye un importante avance.

La perspectiva espacial: una geografía con cambios promovidos por diferentes intereses

Otra cuestión que surge de esta dinámica remite a sus implicaciones para el manejo del territorio. Recordemos que las áreas protegidas son básicamente zonas marginales a los ejes articuladores del espacio. Pero esto no es estático, la propia creación de un área protegida es una forma de articularla e incluirla en una estructura espacial. Además, existe una diversidad de sectores sociales, de lógicas productivas y de identidades que se proyec-

tan hacia un territorio que es, necesariamente, compartido por diversas dinámicas que se superponen. En las decisiones que se toman sobre su administración y construcción se juegan las relaciones entre grupos que, en ocasiones, pueden tener escasa interacción o capacidad de comunicación. Sin embargo, esta construcción territorial es parte fundamental de la construcción social. Tal como se mostró, la extroversión combinada con un juego de poder localizado atentan, muy seriamente, contra la posibilidad de crear criterios, normas y perspectivas comunes para el establecimiento y organización de ese territorio. Cada sector, cada relación con el exterior busca imponer su intervención en el territorio, casi sin considerar las necesidades y dinámicas de los otros actores que intervienen en el mismo espacio. Esto en ocasiones se manifiesta en el movimiento ambiental de una manera bastante limitante. Existe una insuficiente articulación con el resto de la sociedad; en general, cuando se desarrollan esfuerzos de comunicación, estos buscan casi exclusivamente conseguir apoyo y alianzas en la lucha contra los sectores que han sido identificados como “enemigos prioritarios” del ambientalismo. Esto lleva a situaciones que a veces son paradójicas, por ejemplo, una sociedad que cuida muy poco el ambiente pero apoya luchas extremas en contra de agentes con determinados impactos contaminantes.¹⁶

Esta situación genera, además, otra consecuencia: al concentrar la acción en los puntos de interés para las miradas externas, se tiende a dejar grandes áreas sin atención. No hay, en realidad, una preocupación por el conjunto del espacio y su naturaleza, sino por los puntos que suscitan interés externo. Una visión integradora es casi inexistente.

Otra repercusión de esta dinámica en las concepciones territoriales es el déficit histórico de reflexión al respecto. El pensamiento sobre la realidad espacial es muy limitado,¹⁷ me atrevo a decir que tiende a reducirse al reconocimiento de dos tensiones políticas que son proyectadas al espacio.

¹⁶ Otro ejemplo de esto es la importancia dada a algunos indicadores sobre toxicidad ambiental asociada a la actividad petrolera, ante la absoluta desatención a la clamorosa situación epidemiológica de las intoxicaciones por agrotóxicos.

¹⁷ Esto es sorprendente si se considera el trabajo que se desarrolló en los años 80 por el Orstrom francés, que ha quedado olvidado y perdido en una sociedad que no sabe mirarse espacialmente.

La primera se refiere a la manera limitante en que el país se articula con el exterior. Esto da origen a la concepción de agresión externa que tanto ha marcado la conciencia nacional, que se refleja en la conflictividad con el Perú y también en la constante necesidad de reafirmar su soberanía frente a los países metropolitanos. La segunda es el frecuente activismo localista y regionalista en busca de repartir el aparato político en fragmentos territoriales que creen una base de negociación para acceder a las rentas controladas por el Estado. Como consecuencia, se tiende a omitir los grandes ejes de articulación del espacio y su dinámica. Se pretende ver lo local sin sus articulaciones.

La visión que se presenta muestra que la autarquía localista fue rota muy temprano en la prehistoria de este país. Esto determinó que el espacio fuera organizándose en torno a flujos supralocales, cuyas expresiones fueron muy concretas en el incario y, de diversas maneras, en los diferentes momentos del Imperio español. Desde ese entonces se constituyen las zonas periféricas, en las cuales o bien no hay recursos estratégicos o el control directo es casi imposible. En estos sectores existe una organización social más simple, y si bien la productividad puede ser alta en algunas esferas de subsistencia, su situación es, al mismo tiempo, aislada productivamente y mantiene una negociación política precariamente resuelta. Son zonas parcialmente al margen del Estado, pero no por ello desconectadas.

Durante mucho tiempo han existido relaciones con estas zonas y sus poblaciones: comercio, flujo de personas y, desde los ejes dinámicos, un persistente esfuerzo por encontrar en ellas bienes que les puedan dar valor para las inserciones que cada sector desarrolla con flujos comerciales más amplios.

Ecuador vivió un lento y difícil proceso de reorganización espacial tras la Independencia, pero lo que se generó fue dinámico, tanto por los procesos políticos como por la evolución tecnológica y la de mercados. Desde el siglo XVIII, a esta estructura espacial general se sobrepuso otra a una escala más local: la organización de la hacienda, en la cual se reproduce, en cierta medida, esta dinámica. En efecto, a las zonas más productivas y cercanas a los centros poblados se agregan, progresivamente, las periferias, algunas de las cuales son también zonas con cierta reserva de recursos y donde el imperio de las instituciones es más débil.

La estructura espacial crea periferias y, en determinado momento, el área protegida aparece como la manera más adecuada para dar valor a estos espacios. La valoración para fines científicos y/o turísticos es una posibilidad interesante y se espera una alta productividad. Esto, de hecho, se cumple en Galápagos, pero no produce los impactos esperados en la mayor parte de los casos. Se crea una tensión crónica.

Por otra parte, declarar un área protegida es fácil, en cuanto en muchos casos no se requiere más que la firma de un decreto. Sin embargo, la realidad es que los ejes de articulación del espacio cambian, se modifican y lo que en un determinado momento no era sino un territorio marginal puede ser el espacio donde surgen otras opciones de vínculo dinámico. En ese momento el conflicto se hace inevitable. Las reducidas capacidades de diálogo interno y de negociación llevan a que los conflictos se exacerbén. Cada actor busca apoyos externos y juegos de alianzas locales para imponer su perspectiva en cuanto a la organización del espacio. El resultado, generalmente, es que nadie logra imponerse definitivamente, y el espacio refleja en su organización el conflicto, la ambigüedad y el desorden. Esto afecta a las áreas protegidas de manera especial, puesto que las presiones para el uso del territorio son muy diversas, y la legitimidad de cualquier arreglo que se proponga es muy precaria.

En este aspecto cabe destacar que gran parte de la dinámica que rige la ocupación del espacio está determinada por factores rentistas, y esto sucede en varias dimensiones. En las zonas de colonización la renta absoluta es menos determinante. En cambio, la apropiación de los beneficios generados por el aumento de la productividad asociada a la creación de nueva infraestructura es un elemento fundamental. Se trata de una forma de subsidio que es apropiada individualmente, pero que, en muchos casos, sufre de incorrecciones en la planificación. Esto lleva a una apreciable velocidad en la creación de infraestructura y recurrentes deficiencias en su mantenimiento.

En las zonas de páramo, con baja productividad agrícola, la conflictividad de las áreas protegidas presenta características distintas. En estos casos, la productividad diferencial de la tierra juega en contra de la ocupación agrícola. Al contrario, en estas zonas se produce más bien una expulsión de población, lo cual no significa un abandono total. Existen dos factores que

determinan ciertas presiones sobre estas regiones. Está el crecimiento urbano que ha requerido un incremento sustancial en obras de infraestructura para abastecer de agua a las ciudades. Esto ha llevado a que la gestión urbana preste atención creciente a los páramos que usualmente son claves en los procesos hidrológicos que abastecen a las ciudades grandes. Los funcionarios de los cabildos se interesan por estas zonas, donde pretenden establecer regulaciones para garantizar el abastecimiento hídrico de sus ciudades. Estas restricciones generan resistencias y la necesidad de negociaciones que, con frecuencia, enfrentan las mismas dificultades que se señalaron para la construcción de acuerdos relativos a la organización del espacio.

En esta descripción se ve cómo las áreas protegidas, en algunos casos, viven dinámicas en las cuales es previsible el surgimiento de un conflicto que probablemente no se resolverá mientras toda la sociedad no modifique su manera de abordar las discrepancias. Además, se encuentra una relación de otro tipo, que también se produce entre las áreas protegidas y las dinámicas conflictivas de diverso origen. Me refiero al uso que se ha dado, en varias ocasiones, a la fórmula jurídica del área protegida, un instrumento para neutralizar conflictos mediante una especie de “congelamiento” de los reclamos sobre la tierra, o un mecanismo para actuar en esos conflictos cuyo origen es distinto.

Perspectivas recientes: cambios, avances y dudas en la gestión de las áreas protegidas

En años recientes se han producido algunos cambios en la gestión de las áreas protegidas. Los altos precios del petróleo generaron un segundo auge petrolero hasta 2014. Se ha producido una revalorización de la función del Estado respecto a esta cuestión. Los presupuestos fiscales en los temas ambientales crecieron a un ritmo superior al ya acelerado crecimiento del presupuesto general del Estado.¹⁸ Su tuvo la sensación de que esto signifi-

¹⁸ Entre 2009 y 2011, el presupuesto general del Estado creció en un 24%, y el del Ministerio del Ambiente en un 72%. Estos datos, sin embargo, no se refieren a lo realmente gastado e incluyen complejidades que abordará más adelante.

caba que se estaba construyendo un Estado que, en los temas ambientales, asumiría un rol técnico profesional, con capacidad real para cumplir las funciones que en el modelo anterior quedaban siempre en un precario limbo de esfuerzos, muy por debajo de las dimensiones reales de los problemas.

Se ven síntomas que permitirían abrigar la esperanza de que esta transformación sea una realidad. El solo crecimiento presupuestario es ya un indicador de ello, pero hay otros elementos que alimentan el optimismo. Hay propuestas creativas, como el Programa Socio Bosque, que tendría una capacidad de asegurar incentivos para la conservación de 400 000 hectáreas adicionales a las de las áreas protegidas, en un esquema en el cual se superaría gran parte de las tensiones y conflictos de intereses con las poblaciones que viven allí.

Otro elemento que contribuye a alimentar esta esperanza es la audaz propuesta Yasuní-ITT (Ishpingo, Tiputini, Tambococha), que hubiera mostrado la voluntad real del poder político de asumir el tema ambiental con fuerza y creatividad. Además, la gestión comunicativa del Ministerio del Ambiente exhibe un nivel profesional que supera con mucho al de sus predecesores. A esto se puede sumar la realización de tareas técnicas pendientes, que durante mucho tiempo fueron postergadas, por ejemplo, la estimación con algún rigor del proceso real de deforestación. El incremento de personal asignado a algunas áreas protegidas parecería confirmar esta apreciación optimista.

Sin embargo, al mismo tiempo, surgen motivos de escepticismo. El plan estrella, la propuesta Yasuní-ITT, ha sido abandonado. El trabajo comunicativo del Ministerio se concentra en los indicadores de esfuerzo, es decir, cuánto se ha ejecutado y cuánto se ha gastado. Los éxitos en términos de impacto no solo son muy reducidos, sino que parecen no ser parte del planteamiento del problema.

Un seguimiento más detenido de la evolución presupuestaria ofrece nuevas sorpresas. Ha habido un crecimiento sustancial que corre un alto riesgo de ser transitorio. Y, a pesar de los incrementos, la brecha de financiamiento no disminuye en términos proporcionales

Al identificar los proyectos que reciben un tratamiento privilegiado, aparece con mucha fuerza el Programa Socio Bosque. Ya señalé sus ven-

tajas, pero desde una posición menos crédula este asume una lógica diferente. Lo fundamental en tal opción podría radicar en otro aspecto. El proyecto muestra una apreciable potencialidad como canal de distribución de subsidios, lo que podría ser la lógica que subyace en el contexto de un régimen cuyo principal objetivo es consolidar su hegemonía y frenar el reciente deterioro de su legitimidad.¹⁹ La eficiencia técnica en la comunicación ministerial puede ser vista de otra manera: la organización de una propuesta ambiental, técnica y coherente, estaría subordinada a la búsqueda de legitimidad.

Esto nos conduce a un tema adicional. La segunda perspectiva planteada tiene implícita una sospecha. Lo que se está construyendo dependería, enormemente, de una coyuntura política muy concreta: consistiría básicamente en un esfuerzo por construir un Estado poderoso con capacidad de intervenir en todos los aspectos de la vida social. El éxito del esfuerzo se basa, fundamentalmente, en el alto presupuesto, posible cuando el precio del petróleo es alto. Sin embargo, tal modelo es intrínsecamente inestable. Es vulnerable a las oscilaciones de los precios de los hidrocarburos en el mercado internacional. Además –y sobre todo– exige un crecimiento del gasto que ya ha llevado al régimen a un endeudamiento, a través de las ventas anticipadas de petróleo. La crisis de todo el modelo ya ha sido sembrada y su germinación es acelerada.²⁰ Los hechos más recientes, en cuanto a evolución del presupuesto, ya muestran reducciones que amenazan los avances.

Además, se presenta una compleja interferencia de lo político que crea más inseguridad sobre los logros alcanzados. Según este análisis, no sería la primera vez que esto suceda en Ecuador en relación con la naturaleza y la ciencia. Los hechos políticos han llevado, con frecuencia, a dismantelar avances que se venían gestando en el manejo de recursos naturales y en el desarrollo científico.

19 El éxito electoral del régimen, que durante unos años superó, sistemáticamente el 60% de todas las votaciones, decayó sustancialmente en las elecciones municipales de 2014. En 2016 el régimen enfrenta amplias movilizaciones de la oposición.

20 Sorprende la similitud de estas dinámicas con lo descrito por Soares de Oliveira (2007) para África.

Sin embargo, el problema central es otro. Incluso si no existiera el riesgo de que lo político destruya los esfuerzos en materia de áreas protegidas, aún perdura un conjunto de limitaciones en la manera de plantear el problema, que surge de los análisis que he presentado. Lo fundamental de una política de conservación es la comprensión de cómo las dinámicas de la sociedad determinan los espacios con diversa presión humana. Desde antes de la Colonia ese fue un tema político. Determinaba las interconexiones que cada sociedad podía mantener, y eso era fundamental en el terreno del poder.

La manera de hacer política limita las posibilidades de pensar y proponer la organización del espacio. Aquí reaparece la reflexión sobre la contradicción entre el discurso y cómo funciona realmente la sociedad. La dinámica real hace de la conservación una estrategia más para obtener recursos o para disputar la legitimidad entre diferentes sectores. Esto corresponde a una lógica en la cual los participantes tienen esperanzas de ganar grandes premios si los antagonismos radicales y maniqueos se mantienen. Es por ello que, generalmente, las dinámicas distintas, que no son blancas ni negras, son vistas con horror y generan un fuerte rechazo. El objetivo del discurso sobre la relación entre el ser humano y la naturaleza es imponer una visión dicotómica, alineada con las luchas por el poder, no la comprensión de los matices de esa relación en la realidad. Esto se extiende a la discusión sobre los otros grandes problemas de la sociedad, por ejemplo, la equidad y la institucionalidad. En este sentido, una modificación en el modo en que se plantea lo ambiental requiere pensar a la propia sociedad de manera diferente.

Caminos de futuro

En este libro he pretendido mostrar cómo la realidad de un sistema de áreas protegidas incluye múltiples dimensiones adicionales a toda la técnica usada para proteger la naturaleza. Al momento de cerrar puedo identificar vacíos o caminos que hubiera sido deseable recorrer para ver otras dimensiones de este problema. Por ejemplo, analizar los precios de la tierra en torno a las áreas protegidas hubiera arrojado más luz sobre el tema, pero

evidentemente habría requerido un gran trabajo adicional. Además, la mirada por la que he optado genera consideraciones prácticas en un conjunto de aspectos.

Una conclusión provisional tiene que ver con el espacio de la reflexión sobre la conservación de la naturaleza en Ecuador. Dicho espacio está organizado de tal manera que presenta serias limitaciones para hacer frente a las necesidades reales. Su organización es buena, muy buena para la interlocución externa, pero presenta deficiencias en otros campos. La interlocución con el discurso oficial es también poderosa. Pero tiene que ver solamente con el discurso de lo declarativamente conveniente, con todo ese campo del simulacro, con las apariencias, con aquello que es absolutamente inquestionable, pero que también corresponde al mundo de la fantasía.

Nos preguntamos por qué es tan alta la conflictividad en los temas socioambientales. Tratamos de encontrar explicaciones en todo tipo de hipótesis. Pero nos negamos, con frecuencia, a ver que la mitad de lo así denominado no se refiere, en realidad, a conflictos socioambientales (a no ser que demos a esta palabra un significado tan laxo y amplio que lo incluya todo). Se trata de muy diversos problemas a los cuales disfrazamos de ambientales, porque así conviene al discurso legitimador. Para terminar lanzando una afirmación un poco provocadora, diré que tampoco se trata de conflictos que se deban a la insuficiencia de las instituciones que hemos creado. Al contrario, son el producto del rotundo éxito de las instituciones realmente existentes, de las implícitas y no confesadas, para producir y asegurar la permanencia de los conflictos, que siempre son tan convenientes para algunos intereses.

En este momento cabe retomar algunas reflexiones que se derivan de Latour (2005). El mundo de las ciencias de la conservación está, en Ecuador, asfixiado por las muy poderosas corrientes externas. Dichas corrientes presionan con fuerza a los humanos y no humanos de esta nación para “disciplinarlos”, para que se inscriban en sus respectivas luchas de legitimidad y poder. En este esfuerzo tienden a dejar afuera de sus conexiones a amplios sectores. Esto, si bien puede tener sentido para sus luchas, genera incomprendimientos de los fenómenos involucrados y, por lo tanto, un deterioro sistemático de la eficacia de todos estos esfuerzos.

La comprensión de la conservación en Ecuador está limitada por los costos que le impone su subordinación a las estrategias que provienen de afuera. Pero también está limitada por los costos de su adaptación a una estructura de poder y hegemonías locales. Dentro de esta estructura es adecuado y correcto creer y reproducir un conjunto de mitos y, sobre todo, dejar grandes vacíos en la comprensión, en la reflexión sobre cuáles son las verdaderas relaciones entre conservación y vida social en este país.

Si mi investigación ha sido exitosa habré mostrado que las áreas protegidas son el producto de dos fenómenos. Lo que actualmente son las áreas protegidas son el resultado de un largo proceso de sedimentaciones, que incluye formas de uso del espacio, una historia de sus representaciones y de diálogos asimétricos en el terreno de la ciencia. También dichas áreas son el resultado concreto de las dificultades que existen en Ecuador para pensar la sociedad y la naturaleza reales. Esta dificultad se disimula con abundantes discursos ideales. Haberlo señalado tal vez abra una hendidura para que esto pueda cambiar.

Para proponer orientaciones más concretas respecto a cómo modificar esta realidad, es necesario plantear líneas de actuación. Ofrezco a continuación, de manera muy inicial, algunas posibles.

El primer aspecto a modificar es la agenda de investigación para la conservación en relación con la realidad. En este punto sería necesario abordar, de manera sistemática, los vacíos anotados en varios segmentos de este libro. La pregunta que de todas formas surge es: ¿Cuáles son las condiciones institucionales necesarias para que esto suceda de manera adecuada? Es necesario, creo, fortalecer los espacios específicamente académicos centrados en Ecuador, para que en ellos puedan surgir debates, discusiones y orientaciones para la gestión académica. No se puede pretender crear consensos totales y absolutos, pero sí sería necesario trabajar en perspectivas crecientemente comunes. En este espacio deben tener un lugar las organizaciones extranjeras que participan y se interesan en estos temas y en el espacio mismo. Pero el protagonismo debe pertenecer a las organizaciones locales y, entre ellas, a las entidades académicas.

Un segundo aspecto es el relativo a cómo organizar la cooperación internacional en torno a estos temas. Se trata de una cuestión compleja en

sí que requiere mucho más trabajo en detalle. Ofrezco algunas ideas que podrían ser exploradas en un futuro. Primero, se tiene que considerar a la cooperación internacional en temas ambientales y sociales como una medida indispensable, intrínseca al desarrollo mismo de los intercambios en el ámbito global. Los conflictos de deterioro ambiental y social son, en cierta forma, una externalidad del comercio globalizado. Lo lógico sería crear las medidas adecuadas para que dichas externalidades sean imputadas a estas actividades.

Para ello es necesario replantear algunos problemas básicos. La concepción general sigue siendo la de ayuda de unos países más afortunados, más eficientes, a otros más pobres, más atrasados. Este punto de partida no es el adecuado. Lo que sucede es que existe un sistema mundial que produce, sistemática y masivamente, desequilibrios. El sistema actual, que genera flujos de recursos de los países del Norte hacia los del Sur para remediar los desequilibrios, en realidad solo los disimula. Además, está organizado de tal manera que no asume casi ninguna racionalidad para resolver los problemas identificados.

Los problemas del subdesarrollo son un costo no internalizado de la manera en que funciona el sistema económico mundial, y de no pocos problemas en los propios países empobrecidos. Por aquí, a lo que se debe llegar es a una forma en la cual tales costos puedan ser asumidos, por ejemplo, a través de una internalización en las unidades productivas: este sería el camino de la responsabilidad social empresarial. Pero esa vía es, evidentemente, limitada. Entonces se hace necesario complementarla, o que el eje dinámico sea el de las responsabilidades conjuntas sobre los desequilibrios y costos que el sistema económico mundial genera.

Las políticas de competitividad, de atención social, de educación y salud en los países ricos no son ayudas, son parte esencial del funcionamiento de esas sociedades. De igual manera, debe existir una responsabilidad hacia la atención a los desequilibrios y costos provocados por la economía mundial, sean estos marginación humana, deterioro ambiental o empobrecimiento cultural. Estos deben ser vistos no ya como rezagos, atrasos o carencias, sino como costos del funcionamiento de un sistema. Debería, entonces, haber una asignación de recursos negociada políticamente

y relacionada con los beneficios que las economías de los diferentes países obtienen de la economía mundial.

Otra recomendación se refiere a la necesidad de evitar que los organismos internacionales se aislen de las administraciones del país. En vez de convertirse en un Estado internacional paralelo a los nacionales, podría pensarse que fuesen tales organismos un mecanismo de interconexión de las administraciones nacionales y que fuese diseñado para fortalecerlas.²¹

El siguiente aspecto se refiere a la distribución de las responsabilidades sobre los temas ambientales entre los diversos países. La tendencia actual, que se expresa en la fórmula de responsabilidades compartidas y diferenciadas, tiende a distribuir los roles de una manera que mantiene y osifica las diferencias de papeles. Tal diferenciación crea dos clases de responsables: los de primera y los de segunda categoría. Los de primera aportan dinero, tecnología y son los poseedores de poder político; los de segunda tienen como rol buscar y convencer a los primeros de que les transfieran recursos. Con esta división, los países de primera son responsables del mundo entero, producen por lo tanto la visión integradora, mientras que los de segunda quedan reducidos a una visión que se encierra en sus fronteras. Es posible encontrar otras salidas, por ejemplo, plantearse contribuciones en función de la capacidad productiva. Esto llevaría a que los países semi-desarrollados, como los latinoamericanos, tuvieran que efectuar también aportes económicos. Serían menos cuantiosos que los europeos, pero les colocarían en condiciones de mayor equilibrio respecto a estos. Participarían en el tratamiento de los problemas de todo el mundo. Así recuperarían un estatuto de ciudadanos del mundo y no se limitarían, como ahora, a buscar en cada foro las oportunidades para obtener recursos, es decir, un rol casi mendicante.

Otro de los sectores donde sería necesario introducir modificaciones es el de las ONG. Para que estas puedan hacer aportes de mejor nivel sería necesario modificar el comportamiento de varios actores. El trabajo de las organizaciones ambientales en el Sur, muchas veces en cooperación

21 Una posibilidad en este sentido podría ser que los funcionarios internacionales fueran reclutados de las administraciones locales a través de rotaciones, lo que permitiría a los funcionarios nacionales ganar experiencia y retribuirla luego a las administraciones nacionales.

con las del Norte, tiene sin lugar a dudas innumerables méritos y logros. Han florecido iniciativas de comercio justo, de recuperación de saberes y la búsqueda de alternativas a las dinámicas más consumistas. Incluso hay la esperanza de que una nueva generación de proyectos comunitarios esté naciendo con mejores bases que aquella de hace veinte años, cuya evaluación está incompleta y que, sin lugar a dudas, ha dado como resultado algunos logros, pero también abundantes frustraciones. Estos esfuerzos merecen mejores condiciones. Merecen que las relaciones globales entre Norte y Sur no se limiten a reproducir desequilibrios sino que se conviertan en un instrumento para disminuirlos y, por lo tanto, aumentar la eficiencia de todo este abundante trabajo.

Sería necesario construir mejores formas de vínculo con quienes se podría llamar los simpatizantes, aquellos que equivalen a los adherentes, a los socios de las ONG anglosajonas. Es necesaria, además, una política respecto al sector empresarial de los respectivos países. Aquí el tema presenta varias dimensiones delicadas. ¿Cómo crear un conjunto de valores compartidos que pueda consolidar una práctica legítima y socialmente positiva de intervención y apoyo de las empresas a los temas ambientales? ¿De qué manera se pueden transferir donaciones a organizaciones sin fines de lucro sin comprometer la autonomía y la misión propia de esas organizaciones? ¿Cuán legítimo puede ser que las entidades empresariales creen organizaciones dependientes de la gestión empresarial para desarrollar alguna actividad ambiental? En realidad, al proponer estos problemas no estoy reclamando criterios específicos para lo ambiental. Al contrario, el dilema y la posibilidad de solucionarlo radican en la identificación de principios generales para la donación legítima para fines sociales por parte de personas particulares. La donación requiere una ética y esta debe ser construida en cada sociedad.

Esto que señalo como camino para la solución es también parte de los problemas, pues algunas de nuestras sociedades se caracterizan por sus sistemas políticos de legitimidad poco consolidada y en permanente discusión.

También es necesario redefinir una relación clara con el Estado. Aquí los motivos de tensión son numerosos. Con frecuencia su rol en temas ambientales ha sido precariamente construido. Además, las autoridades en

esta materia no solo experimentan una serie de problemas debido a su debilidad frente a otros organismos del Estado sino que en más de un caso son débiles frente a las propias organizaciones ambientalistas.

Pero el problema no termina allí. Existe un conflicto respecto a la representatividad. El Estado, en los países menos institucionalizados, oscila entre extremos desconcertantes. En ocasiones entrega su representación a “técnicos” de países del Norte o a organismos no gubernamentales. En el otro extremo, la representación de un país en temas ambientales puede ser casi un secreto de Estado totalmente impermeable a lo planteado por los grupos ambientales de ese país. Existen, además, problemas de transparencia en contrataciones. En definitiva, se encuentran todas las dificultades que se asocian con la construcción de una institucionalidad democrática.

De todas maneras, el problema más significativo que debe ser negociado con el Estado es el de las condiciones asociadas con la recepción de donaciones. Si no se logra un acuerdo sobre este tema, se desperdiciará todo el potencial que surge de la diversidad y la iniciativa de la sociedad civil.

Es también necesaria una reflexión sobre la relación que estas entidades mantienen con otros sectores de la sociedad, con lo que llamaré las organizaciones de base, entre las cuales juegan un papel destacado las organizaciones indígenas. Ya se había anotado que la queja de estos sectores con respecto a las políticas y las formas de gestión de las organizaciones ambientales es clara y expresa. Un reclamo es claro: las necesidades humanas son más importantes que las animales. Pero la respuesta, afirmo, no es sacrificar los recursos para proteger lo ambiental. Las necesidades sociales, humanas, deben ser atendidas, son prioritarias, pero no pueden significar el sacrificio de las obligaciones ambientales.

Un desafío para el cual no tengo una respuesta concreta es que todo esto que he descrito debe vincularse con el territorio, con sus poblaciones, con su herencia cultural y territorial. Para lograrlo es necesario superar algunas trabas. La primera es la dinámica especulativa, pues la especulación arrasa toda cultura territorial precedente (Cabero Diéguez 2006b). La segunda es la politización clientelar articulada a la especulación, que destruye la posibilidad de una gestión local identificada con la dinámica territorial. Y la tercera es el riesgo de la gestión tecnocrática, que no se subordina a

acuerdos sociales previos y que puede encontrar rentable dismantelar las estructuras sociales ligadas al territorio (Cabero Diéguez 2012).

La dificultad de crear una “cultura territorial” es especialmente fuerte en las zonas de colonización. En ellas muchos de los habitantes desconocen su territorio, y todas las formas previas de uso son ignoradas o desvalorizadas. De allí que sea necesario realizar esfuerzos para que los pobladores asuman conciencia de la situación de su territorio. Trabajos como los del Grupo Faro (Villacís, Bravo y Vásconez 2011) apuntan en esa dirección, pero muestran, a su vez, carencias. De todas maneras, el trabajo con indicadores es solo un insumo que no incluye todas las dimensiones de lo que sería un saber territorial, esto es, un acumulado social de conocimiento sobre cómo se comporta el territorio, cuáles son las capas de intervención humana que le dan forma y cuáles son las formas adecuadas de usarlo y cuidarlo.

Para que todo esto que propongo y sugiero pueda llegar a ser una realidad es necesario algo más. Esto debería integrarse en una capacidad de la sociedad para pensarse a sí misma, una capacidad para discutir sus mitos. Sin ello, no será posible lo que he propuesto aquí, e incluso se podría decir que si el recorrido realizado en este libro tiene algún valor, es el de contribuir a que ese cambio de mirada sobre nosotros mismos sea una posibilidad.

Referencias

- Abdhalla, Mauricio. 2006. "La crisis latente del darwinismo". *ASCLEPIO* 58 (1): 1-26.
- Abercombie, Thomas. 1992. "Carnaval postcolonial en Oruro: Clase, etnicidad y nacionalismo en la danza folklórica". *Revista Andina* 10 (2): 279-325.
- Acosta Solís, Misael. 1936. *Filosofía biológica a través de los tiempos*. Quito: UCE.
- 1982. "Científicos alemanes que han contribuido a la geografía y a la historia natural en el Ecuador". *Revista Cultura* 5 (13): 135-203.
- Adorno, Theodor y Max Horkheimer. 1971. *Dialéctica del Iluminismo*. Buenos Aires: Sur.
- Aguirre, Juan Bautista. 1982. *Física*. Quito: Pontífice Universidad Católica del Ecuador.
- Aguirre, Milagros. 2007. *A quién le importan esas vidas*. Quito: CICAME.
- AID, Agencia para el Desarrollo Internacional. 1972. *30 años de cooperación entre el Ecuador y los Estados Unidos*. Quito: AID.
- Albornoz, Oswaldo. 1976. *Las luchas indígenas en el Ecuador*. Guayaquil: Editorial Claridad.
- Altvater, Elmar. 2004. "La ecología de la economía global o el ascenso y ocaso del régimen de energía fósil". En *Globalización: La euforia llegó a su fin*, editado por CEP FLACSO, 17-52. Quito: CEP FLACSO.
- Amaya, J.A. 1986. *Celestino Mutis y la expedición botánica*. Madrid: Debate.

- American Red Cross. 2008. *2007 Financial Report*. Red Cross. Acceso el 26 de febrero de 2008. http://www.redcross.org/services/governance/10,108,2_234_00.html#financials 2008.
- Arrom, Juan José. 1992. "Las primeras imágenes opuestas y el debate sobre la dignidad del indio". En *De palabra y obra en el Nuevo Mundo*, editado por Miguel León Portilla, Manuel Gutiérrez Estévez, Garry H. Gossen y J. Jorge Klor de Alva, 63-85. Madrid: Siglo XXI, Junta de Extremadura.
- Aruca Alonso, Josefina Lohania. 2003. "Expediciones, exploraciones y viajeros en el Caribe. La Real Comisión de Guantánamo en la isla de Cuba". *Revista Mexicana del Caribe* 8: 15-26.
- Asimov, Isaac. 1999. *Grandes ideas de la ciencia*. Madrid: Alianza.
- Avendaño, Joaquín de. 1985. *Imagen del Ecuador. Economía y sociedad vistas por un viajero del siglo XIX*. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Avilés Pino, Efrén. 2004. "Alcedo Bejarano". En *Enciclopedia del Ecuador*, editado por Efrén Avilés Pino. Acceso el 30 de octubre de 2014. <http://www.encyclopediadelecuador.com/>.
- Ayala, Enrique. 1990. "La fundación de la República, panorama histórico". En *Época Republicana I*. Vol. 7, *Nueva historia del Ecuador*, 145-195. Quito: Corporación Editora Nacional - Grijalbo.
- Ayala Mora, Enrique. 2008. "Los muertos del Floreanismo". *Procesos* 27: 57-80.
- Báez, René. 2009. "Ecuador: tribulaciones universitarias". *Revista América Latina en Movimiento* (22 de julio). <http://www.alainet.org>.
- Bajaña, Fernando, Santiago Kingman, Didier Sánchez y Daniel Valdiviezo. 2004a. "Estudio de alternativas de manejo para el área de El Zarza, cantón Yantzaza, provincia de Zamora Chinchipe". Quito: Ministerio del Ambiente - Fundación Natura.
- 2004b. "Expediente técnico para el área a ser declarada bosque protector 'Cordillera del Condor'". Quito: Ministerio del Ambiente, Fundación Natura.
- Basalla, George. 1967. "The Spread of Western Science". *Revista Science* vol. 156: 611-622.
- Bedoya, Ángel. 1969. *Bicentenario del nacimiento de Federico Enrique Alejandro Barón de Humboldt*. Quito: Casa de Cultura Ecuatoriana.

- Beerman, Eric. 1992. *El diario del proceso y encarcelamiento de Alejandro Malaspina (1794-1803)*. Madrid: Editorial Naval.
- Berman, Morris. 1987. *El reencantamiento del mundo*. Santiago de Chile: Cuatro Vientos.
- Bernabéu Albert, Salvador. 1994. "La religión ofendida: Resistencia y rebeliones indígenas en la baja California colonial". *Revista Complutense de Historia de América* 20: 169-180.
- Berrios, Manuel. 1992. "La construcción de la idea de la ciencia en la América Latina". En *La cultura en la historia*, editado por Jorge Núñez, 73-80. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Bilborrow, Richard, Alkison Barbier y William Penn. 2004. "Mudanças populacionais e de uso da terra na amazonia ecuatoriana". *Acta Amazonica* 34 (4): 635-647.
- Bleichmar, Daniela. 2012. *Visible Empire: Botanical Expeditions and Visual Culture in the Hispanic Enlightenment*. Chicago: University of Chicago Press.
- Bolom Ton, Fausto. 2008. "Indígenas y pérdida de biodiversidad". En *Ajedrez ambiental: Manejo de recursos naturales, comunidades, conflictos y cooperación*, editado por Joseph Weiss y Teodoro Bustamante, 27-42. Quito: FLACSO Sede Ecuador.
- Borchart de Moreno, Christiana. 2001. "Quito-Cádiz: Una relación comercial compleja". En *Ecuador-España: Historia y perspectiva*, editado por María Elena Porras y Pedro Calvo-Sotelo, 48-51. Quito: Embajada de España en el Ecuador y el Archivo de Historia del Ministerio de Relaciones Exteriores.
- Bottasso, Juan. 1982. *Los shuar y las misiones: Entre la hostilidad y el diálogo*. Quito: Mundo Shuar.
- Bourdieu, Pierre. 1998. *La distinción, o las bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- Bravo, Carmen. 1985. *La maravilla de América. Los cronistas de Indias*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica.
- Bray, Tamara. 2003. *Los efectos del imperialismo incaico en la frontera norte*. Quito: Marka.
- Bretón, Víctor, Alain Dubly, Luciano Martínez Valle y Marco Antonio Guzmán. 2000. *El desarrollo comunitario como modelo de intervención en el medio rural*. Quito: CAAP.

- Bretón, Víctor. 2005. *Capital social y etnodesarrollo en los Andes*. Quito: CAAP.
- Bromley, Ray. 1979. "Urban Rural Demographic Contrasts in Highland Ecuador. Town Recesion in a Period of Catastrophe". *Journal of Historical Geography* 3 (5): 281-295.
- Bruckner, Pascal. 1996. *La tentación de la inocencia*. Barcelona: Anagrama.
- Brush, Stephen. (1974) 1987. "El lugar del hombre en el ecosistema andino". En *El ecosistema andino*, editado por HISBOL, 69-101. La Paz: HISBOL.
- Buesa Oliver, Tomás. 1993. "Sessé y Del Castillo en la Nueva España". En *Homenaje a Martín Sessé y Juan del Castillo, naturalistas jacetanos del siglo XVIII*, editado por el Instituto de Estudios Altoaragoneses, 17-19. Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses, Instituto Pirenaico de Ecología.
- Büsches, Christian. 2007. *Familia, honor y poder: La nobleza de la ciudad en la época colonial tardía (1756-1822)*. Quito: FONSAL.
- Bustamante, Teodoro. 1988. *La larga lucha del Kakaram contra el Sucre*. Quito: Abya Yala.
- 1991. "Sobre conflictos, victorias y derrotas". En *Frontera amazónica: Historia de un problema*, editado por Marco Restrepo, María Eugenia Tamariz y Teodoro Bustamante. Puyo: CEDIME y Casa de la Cultura Ecuatoriana, Puyo.
- 2005. "Los hoarani, tagaeri, taromenane: ¿La dinámica de autodestrucción de etnias poco contactadas o la voluntad de autodegradarse de un país plenamente contactado?" *Antropología. Cuadernos de Investigación* (6): 39-50.
- 2007. "El inicio de la explotación petrolera y tres variables estadísticas". En *Detrás de la cortina de humo: Dinámicas sociales y petróleo en el Ecuador*, editado por Teodoro Bustamante, 13-19. Quito: FLACSO Sede Ecuador.
- Bustamante, Teodoro y María Cristina Jarrín. 2005. "Impactos sociales de la actividad petrolera en el Ecuador: Un análisis desde los indicadores." *Íconos* 21 (enero): 19-34.
- Bustamante, Teodoro y Sylvia Vidal. 2000. *Los proyectos integrados de conservación y desarrollo para las zonas de amortiguamiento y las áreas protegidas*. Quito: FLACSO Sede Ecuador.

- Butler, Judith, Ernesto Laclau y Slavoj Žižek. 2004. *Contingencia, hegemonía y universalidad: Diálogos contemporáneos en la izquierda*. Buenos Aires: FCE.
- Cabello, Patricio. 2006. "Proyecto construcción de alianzas equitativas para la conservación", documento sobre Chile. En *FLACSO-UICN*. Santiago.
- Cabero Diéguez, Valentín. 1997. "Portugal y España: Una mirada geográfica a las relaciones ibéricas". *Boletín de la A.G.E* (25): 3-13.
- 2006a. "Cultura territorial y cordura ecológica en las políticas de la tierra". En *IV Encuentro de Políticas de la Tierra*, editado por Alfonso Guerra y José Félix Tezanes Tortejada, 237-260. Madrid: Fundación Sistema.
- 2006b. "Incertidumbre, crisis ambiental y comportamiento social". En *Sociedad y medio ambiente*, editado por Luis Enrique Espinoza y Valentín Cabero, 11-14. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- 2007. "Bosque y sociedad rural". En *Atlas forestal de Castilla y León*, editado por Gil Sánchez L. y Antón M. Torre, 643-682. Valladolid: Junta de Castilla y León.
- 2010a. "El mensaje científico de Humboldt y la sostenibilidad: una nueva *Aufklärung*". En *El espacio europeo y la investigación: Nuevos desafíos y oportunidades*, editado por Asociación Alexander von Humboldt de España, 131-149. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá, Instituto de Dirección y Organización de Empresa.
- 2010b. "Prologo: Los caminos del Oeste peninsular y las tramas del paisaje". En *De Babia a Sierra Morena*, editado por Manuel Rodríguez Pascual, 10-19. Mieres (España): Wenaewe.
- 2012. "Ordenación del territorio o apropiación". Acceso el 1 de noviembre de 2014. http://www.diariodeleon.es/noticias/opinion/ordenacion-territorio-apropiacion_748769.html.
- Cabero Diéguez, Valentín, Antonio Campesino y Lorenzo López. 1996. "Knowledge of Border Areas. The Contribution of Spanish Geographers". *Boletín de la A.G.E* (21-22): 83-96.
- Cabero Diéguez, Valentín y Beatriz Peralta García. 1997. "La Unión Ibérica. Apuntes histórico-geográficos en la segunda mitad del siglo XIX". *Boletín de la A.G.E* (25): 17-38.

- Cabodevilla, Miguel Ángel. 1998a. *Coca: La región y su historia*. Coca: CICAME.
- 1998b. “Ecuador 1864-65 y la Comisión del Pacífico”. En *El gran viaje*, editado por Miguel Ángel Cabodevilla, 5-19. Quito: CICAME-Abya Yala.
- Cáceres Macedo, Justo. 1999. *Las culturas prehispánicas del Perú: Guía de arqueología peruana*. Lima: impreso por el autor.
- Cárdenas Reyes, María Cristina. 1992. “La opción monárquica en el Ecuador de 1828: Un proyecto de imperio constitucional americano”. En *Nación, Estado y conciencia nacional*, editado por Jorge Núñez, 183-194. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Caro Baroja, Julio. 2000. *Los judíos en la España moderna y contemporánea*. Madrid: Istmo.
- 2003. *Los moriscos del Reino de Granada*. Madrid: Alianza.
- Carrasco, Alfredo, Octavio Latorre y Ernesto Ortiz. 1997. *Las islas Galápagos en la prensa nacional, 1932-1997*. Quito: Fundación Charles Darwin. Inédito.
- Castoriadis, Cornelius. 1997. *El avance de la insignificancia*. Buenos Aires: EUDEBA.
- 1998. *El psiconálisis: Proyecto y elucidación*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Castro Gómez, Santiago. 2005. *La hybris del punto cero: Ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Cavieres, Eduardo. 2007. “Mestizaje y crecimiento de la población latinoamericana en el siglo XVIII”. En *Historia general de América Latina (procesos americanos hacia la redefinición colonial)*, editado por Enrique Tandeter, 67-89. Madrid: Ediciones UNESCO y Editorial Trotta.
- Chapin, Marc. 2004. “A Challenge to Conservationists”. *Worldwatch Magazine* 17(6):17-31.
- Cicala, Mario. 1994. *Descripción histórico-topográfica de la provincia de Quito de la Compañía de Jesús (1771)*. Quito: Biblioteca Ecuatoriana Aurelio Espinosa Pólit.
- Cieza de León, Pedro. 1880. *Crónica del Perú*. Editado por Marcos Jiménez de la Espada. Madrid: Biblioteca Hispano - Ultramarina.

- Coatsworth, John. 2007. “El Estado y la actividad económica colonial”. En *Historia general de América Latina (procesos americanos hacia la redefinición colonial)*, editado por Enrique Tandeter, 301-324. Madrid: Ediciones UNESCO y Editorial Trotta.
- Colón, Cristóbal. (1791) 1972. *Diario de Colón. Versión del Libro de la primera navegación y descubrimiento de las Indias, extractado y manuscrito por Fray Bartolomé de las Casas*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica.
- 1986. *Los cuatro viajes: Testamento*, editado por Consuelo Varela. Madrid: Alianza Editorial.
- Collantes, María José. 2008. “El diputado José Mejía Lequerica y la Inquisición española”. En *Mejía: Portavoz de América*, editado por Jorge Núñez, 181-196. Quito: FONSA.
- Cook, Noble David. 2005. *La conquista biológica: Las enfermedades en el Nuevo Mundo*. Madrid: Siglo XXI.
- Coppens, Yves. 2009. *La historia del hombre*. Barcelona: Tusquets.
- Cueva, Agustín. 1990. “El Ecuador de 1925 a 1960”. En *Época Republicana IV*. Vol. 10, *Nueva historia del Ecuador*, 87-120. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Cunill Grau, Pedro. 1995. *Las transformaciones del espacio geohistórico latinoamericano*. México: FCE.
- Curia del Propósito General de la Compañía de Jesús. 1996. *Constituciones de la Compañía de Jesús anotadas por la Congregación General XXXIV y normas complementarias aprobadas por la misma congregación*. Bilbao: Compañía de Jesús.
- Currier, Charles Warren. 1999. “Universidades hispanoamericanas”. En *Enciclopedia católica on line*. Acceso el 2 de noviembre de 2014. http://ec.aciprensa.com/wiki/Universidades_Hispanoamericanas.
- Curtis, Randi, Corinne Schmidt, Achim Steiner, Abby Sarmac, Carmen Monico, Lee Zahno y Scott Overall. 1997. *Partners or Hired Hands? Procurement Reform for Effective Collaboration between NGOs and Multilateral Institutions: The Case of the Global Environmental Facility*. Washington, D.C.: The Nature Conservancy.

- Cuvi, Nicolás. 2005. "Misael Acosta Solís y el conservacionismo en el Ecuador, 1936-1953". Revista *Scripta Nova* 9 (191). Acceso el 3 de noviembre de 2014. <http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-191.htm>
- Darwin, Charles. (1921) 2000. *Diario del viaje de un naturalista alrededor del mundo en el navío S.M. Beagle*. Madrid: Calpe.
- Dávila, Tania. 2010. *ONG y Estado: Participación, rivalidad y cooperación en la gestión ambiental*. Quito: FLACSO Sede Ecuador, Abya-Yala.
- De la Maza, Javier, Rosaura Cadena y Celia Piguérón. 2003. *Estado actual de las áreas naturales protegidas de América Latina y el Caribe*. México: PNUMA - Quercus Consultora Ecológica.
- De la Sota Ríus, José. 2002. *Tras las huellas de Malaspina: Crónica de una expedición científica de la Ilustración española*. Madrid: Lunwerg.
- De la Vega, Garcilaso. (1609) 1945. *Comentarios reales de los incas*. Buenos Aires: Emece.
- De Sousa Santos, Boaventura. 2010. *Refundación del Estado en América Latina*. Lima: Instituto Internacional de Derecho y Sociedad.
- Deler, Jean Paul. 1983. "Estructuración y consolidación del área central (1830-1942)". En *El manejo del espacio en el Ecuador - etapas claves. Geografía básica del Ecuador*, tomo I, editado por Jean Paul Deler, Nelson Gómez y Michel Portais, 171-239. Quito: Centro Ecuatoriano de Investigación Geográfica.
- 1987. *Ecuador: Del espacio al Estado nacional*. Quito: Banco Central del Ecuador.
- 1992. "Estructuras espaciales del Ecuador contemporáneo (1960-1980)". En *Ensayos generales I. Espacio, población y región*. Vol. 12, *Nueva historia del Ecuador*, 73-134. Quito: Corporación Editora Nacional.
- 1994. "Transformaciones regionales y organización del espacio nacional ecuatoriano entre 1830 y 1930". En *Historia y región en el Ecuador 1830-1930*, 295-353, editado por Juan Manguashca. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Demélas, Marie Danielle e Yves Saint Geours. 1988. *Jerusalén y Babilonia. Religión y política en el Ecuador, 1780-1880*. Quito: IFEA, CEN.
- Demént, Philippe. 2001. "El Norte busca el eco de su propia canción". *Co-rreo de la UNESCO*, 60-64, julio-agosto 2001.

- Descola, Philippe. 1987. *La selva culta*. Quito: Abya Yala.
- 2003. *Antropología de la naturaleza*. Lima: IFEA, Lluvia Editores.
- Diamond, Jared. 1998. *Armas, gérmenes y acero*. Madrid: Editorial Debate.
- 2007. *Colapso*. Barcelona: Debolsillo.
- Dinerstein, Eric, David Olson, Douglas Graham, Avis Webster, Steven Primm, Marnie Bookbinder y George Ledec. 1995. *Una evaluación del estado de conservación de las ecoregiones terrestres de América Latina y el Caribe*. Washington, D.C.: WWF.
- Dollfus, Olivier. 1981. *El reto del espacio andino*. Lima: IEP, IFEA.
- Dourojeanni, Jean Marc. 2005. "El futuro de las relaciones entre las organizaciones no gubernamentales ambientales transnacionales y nacionales". Ponencia del seminario *Estrategias para o Seculo xxi para Reducir a Pobreza e Conversar a Naturaleza na America Suloccidental. Rumos a Modelos de Gestao Participativa Cobija Pando*, Bolivia del 29 al 31 de octubre de 2007.
- Durschmied, Erik. 2001. *The Hinge Factor*. New York: Little Brown.
- Dussel, Enrique. 2004. "Transmodernidad e interculturalidad (interpretación desde la filosofía de la liberación)". En *Crítica intercultural de la filosofía latinoamericana actual*, editado por Raúl Fonet Betancourt, 123-160. Madrid: Trotta.
- Earls, John. 1998. "The Character of Inca and Andean Agriculture". Ponencia presentada en Israel en 1998, publicada electrónicamente por PUCP. <http://macareo.pucp.edu.pe/jearls/documentosPDF/theCharacter.PDF>.
- Echeverría, José. 2007. "Arqueología de una batalla: El lago Yahuarcocha". *Apachita* 9. 12 de junio. Acceso el 4 de noviembre de 2014. <http://revistas.arqueo-ecuatoriana.ec/es/apachita/apachita-9>.
- Eldredge, Niles y Stephen Jay Gould. 1972. "Punctuated Equilibrium: An Alternative to Phyletic Gradualism". En *Models in Paleobiology*, editado por Thomas Schoopt, 82-115. San Francisco: Freeman Cooper.
- Eliade, Mircea. 1973. *Lo sagrado y lo profano*. Madrid: Guadarrama.
- Escalante, Javier. 1994. *Guía arqueológica de Bolivia*. La Paz: Producciones CIMA.
- Escobar, Arturo. 1994. "El desarrollo sostenible: Diálogo de discursos". *Revista Foros* (23): 98-112.

- Escobar, Arturo. 2004. *La invención del tercer mundo*. Bogotá: Norma.
- 2005. “El postdesarrollo como concepto y práctica social”. En *Políticas de economía, ambiente y sociedad en tiempo de globalización*, editado por Daniel Mato, 17-32. Caracas: FACES.
- Espinosa, Carlos. 1989. “The Fabrication of Andean Particularism”. *Bulletin de l'institut français d'études andines* 18 (2): 269-298.
- Espinosa, María Fernanda. 2005. “The Role of Environmental Organizations in Southern Conservation Agendas” (Conferencia, FLACSO Ecuador, 15 de septiembre).
- Espinoza, Leonardo y Lucas Achig. 1990. “Economía y sociedad en el siglo XIX: Sierra Sur”. En *Época Republicana I, el Ecuador de 1830 a 1895*. Vol. 7, *Nueva historia del Ecuador*, 69-101. Quito: Corporación Editora Nacional - Grijalbo.
- Estrada, Jenny. 1988. *La balsa en la historia marítima*. Guayaquil: Instituto de Historia Marítima.
- Estrella, Eduardo. 1989. *Flora huayaquilensis de Juan Tafalla*. Madrid: ICONA, Real Jardín Botánico.
- Ferrater Mora, José. 2006. *Cuatro visiones de la historia universal*. Madrid: Alianza Editorial.
- Fontaine, Guillaume. 2007. *El precio del petróleo: Conflictos socio-ambientales y gobernabilidad en la región amazónica*. Quito: FLACSO, IFEA, Abya Yala.
- Fontaine, Guillaume e Iván Narváez. 2007. “Prólogo. Problemas de gobernanza ambiental en el Ecuador”. En *Yasuni en el siglo XXI. El Estado ecuatoriano y la conservación de la Amazonía*, editado por Guillaume Fontaine e Iván Narváez, 13-31. Quito: FLACSO Sede Ecuador.
- Fontaine, Guillaume y Alicia Puyana. 2008. “La investigación latinoamericana ante las políticas energéticas”. En *La guerra del fuego. Políticas petroleras y crisis energéticas en América Latina*, editado por Guillaume Fontaine y Alicia Puyana, 11-32. Quito: FLACSO Sede Ecuador.
- Fontana, Josep y José María Delgado. 2002. “La política colonial española: 1700-1808”. En *Historia general de América Latina (procesos americanos hacia la redefinición colonial)*, editado por Enrique Tandeter, 17-32. Madrid: Ediciones UNESCO y Editorial Trotta.

- Fuertes Herreros, José Luis. 2002. “‘Como la vihuela templada, que hace dulce armonía’: imagen del hombre y de la ciencia en el Renacimiento desde un relato de Pérez de Oliva (1494-1531)”. *Revista Española de Filosofía Medieval*. (9): 327-337.
- 2003. “Relatos sobre el hombre en torno al ‘De indis prior’ de Francisco de Vitoria”. *Cuadernos Salamantinos de Filosofía* (30): 371-384.
- Galindo Tixaire, Alberto. 2008. “La Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales y la sociedad española del siglo XXI: Retos y perspectivas”. Ponencia presentada en el congreso *The Role of Scientific Academies in Modern Societies*, San Sebastián, 29 de agosto.
- García de Cortázar, José Ángel. 1973. *La Época Medieval*. Vol. 3, *Historia de España*, editado por Miguel Artola. Madrid: Alianza-Alfaguara.
- García, Paola. 2010. “El Desarrollo Sostenible y su eficacia en los proyectos de turismo responsable: Un estudio comparativo entre los poblados de San Clemente (Imbabura) y el Recuerdo (Los Ríos)-Ecuador”. Tesis de Maestría, Estudios Socioambientales, FLACSO Ecuador.
- Gardeta Sabater, Pilar. 1966. *Sebastián José López Ruíz (1741-1832). Sus escritos médicos y el ejercicio de la medicina en el Virreinato de Nueva Granada durante la segunda mitad del siglo XVIII*. Málaga: Universidad de Málaga.
- Gavilanes, Carla. 2008. “El mapeo participativo: Una herramienta apropiada para la construcción social del territorio”. Tesis de Maestría, Estudios Socioambientales. FLACSO Sede Ecuador.
- Gelman, Jorge. 2007. “La lucha por el control del Estado: Administración y élites coloniales en Hispanoamérica”. En *Historia general de América Latina (procesos americanos hacia la redefinición colonial)*, editado por Enrique Tandeter, 251-264. Madrid: Ediciones UNESCO y Editorial Trotta.
- Georgescu-Roegen, Nicholas. 1980. “The Entropy Law and the Economic Problem”. En *Economics, Ecology, Ethics. Essays toward a Steady-State Economics*, editado por Herman E. Daly. San Francisco: W.H. Freeman.
- Ghezzi, Iván. 2007. “La naturaleza de la guerra prehispánica temprana”. *Revista Andina* 44: 199-226.

- Gómez de la Torre, Sara. 2011. "Dinámicas socio-ambientales del manejo de los bosques: Caso de la parroquia Cosanga, provincia de Napo". Tesis de Maestría, Estudios Socioambientales. FLACSO Sede Ecuador.
- Gondard, Pierre. 2004. "Pistas para la investigación de los cambios en el uso del suelo y paisajes vegetales en la region Sur". En *Hacia la elaboración de una imagen compartida de la región Sur*, editado por Universidad Nacional de Loja, 87-112. Quito: Abya Yala.
- González, Ana María y Ángela Sue Martin. 2007. *Community-based Sustainable Natural Resource Use in Protected Areas*. Arlington VA: The Nature Conservancy.
- González Bueno, Antonio. 1999. "Pehr Loffing en el Orinoco. Un discípulo de Carlos Linneo en el Orinoco, 1754-1756". *Jardín Botánico de Madrid*. Acceso el 5 de noviembre de 2014. <http://www.rjb.csic.es/jardinbotanico/jardin/index.php?Pag=87>.
- González Montero, Marisa. 1992. *La Ilustración y el hombre americano*. Madrid: CISC.
- González Palencia, Ángel. 1942. *El arzobispo Don Raymundo de Toledo y la escuela de traductores*. Barcelona: Labor.
- Gould, Stephen Jay. 2000. *Ciencia versus religión: Un falso conflicto*. Barcelona: Crítica.
- 2008. *Dientes de gallina y dedos de caballo. Reflexiones sobre historia natural*. Barcelona: Crítica.
- Goycochea, Robert. 2000. "Metafísica del infinito y concepto del espacio en Giordano Bruna (1548-1600)". *A parte rei* (12). Acceso el 6 de noviembre de 2014. <http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/brunorob.pdf>.
- Gramsci, Antonio. (1924) 1959. *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Grassé, Pierre. 1977. *La evolución de lo viviente*. Madrid: Blume.
- Greenpeace. 2007. "Annual Report 2006". Editado por Greenpeace. Amsterdam: Greenpeace. Acceso el 7 de noviembre de 2014. <http://www.greenpeace.org/international/pressreports/anualreport-2006>.
- Grenier, Christophe. 2007. *Conservación contra natura: Las islas Galápagos*. Quito: Abya Yala, IFEA, IRD, UASB, Embajada de Francia.

- Grosrichard, Alain. 1979. *Estructuras del harén. La ficción del despotismo asiático en el Occidente clásico*. Barcelona: Ediciones Petrel.
- Gruzinski, Serge. 1985. "La segunda aculturación: El Estado ilustrado y la religiosidad indígena en Nueva España". *Estudios de Historia Novohispana* 8:148-171.
- Guamán Poma de Ayala, Felipe. (1615) 1980. *Nueva crónica y buen gobierno*. México: Siglo XXI.
- Guerrero, Andrés. 1995. *La semántica de la dominación: El concertaje de indios*. Quito: Librimundi.
- Haffer, Jürgen. 1969. "Speciation in Amazonian Forest Birds". *Science* 165 (3889): 131-137.
- Hancock, Graham. 1989. *The Lords of Poverty: The Power, Prestige, and Corruption of the International Aid Business*. London: McMillan.
- Harner, Michael. 1978. *Shuar, pueblo de las cascadas sagradas*. Quito: Mundo Shuar.
- Hemming, John. 1987. *Amazon Frontier: The Defeat of the Brazilian Indians*. Londres: McMillan.
- Hernández Asensio, Raúl. 2006. "Representaciones sobre el paisaje y la naturaleza en la frontera occidental de la Audiencia de Quito, 1595-1630". *Procesos: Revista Ecuatoriana de Historia* 23 (1): 7-38.
- Hernández, Francisco. (1651) 1959. *Historia natural de Nueva España*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Hildebrand, Martín von. 1987. "Una interpretación indígena del ecosistema amazónico". En *Hombre y naturaleza en la Amazonía*, editado por Gerd Kohlhepp y Ackim Scraeder, 122-142. Tübingen: Tübingen Beiträge zur Geographischen Lateinamerika-Forschung n.º 3.
- Hinkelammert, Franz. 2002. "La inversión de los derechos humanos". En *El retorno del sujeto reprimido*, editado por Franz Hinkelammert, 45-77. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Hocquenghem, Marie. 2004. "¿Una posible macro región binacional andina?" En *Memorias del seminario taller: Hacia la elaboración de una imagen compartida con la región sur*, editado por Universidad Nacional de Loja, 23-78. Quito: Abya Yala.

- Holl, Frank. 2001. "Alexander von Humboldt en Colombia y Ecuador". En *El regreso de Humboldt*, editado por Museo de la Ciudad, 13-29. Quito: Museo de la Ciudad.
- Hudelson, Edwin. 1987. *La cultura quichua en transición*. Quito: Abya Yala.
- Humboldt, Alexander von. 1858. *Cosmos: A Sketch of the Physical Description of the Universe*. Londres: Harper Brothers.
- 1980. *Cartas americanas*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- 1986. *Reise auf den Magdalena*, vol. 2. Berlin: Forchung.
- Hurtado, Oswaldo. 1988. *El poder político en el Ecuador*. Quito: Planeta.
- 2007. *Las costumbres de los ecuatorianos*. Quito: Planeta.
- Institut de France. 2011. L'academie des Sciences. Acceso el 8 de noviembre de 2014. <http://www.institut-de-france.fr/ft/une-institution/les-acad%C3%A9mies/lacad%C3%A9mie-des-sciences>
- IGM, Instituto Geográfico Militar. 2002. *100 años de ingeniería militar en Ecuador*. Quito: IGM.
- Irrarázabal, Ignacio y Julio Guzmán. 2000. "Incentivos tributarios para instituciones sin fines de lucro: Análisis de la experiencia internancional". *Revista Centro de Estudios Públicos* 77: 203-272.
- Jiménez de la Espada, Marcos, Francisco de Paula Martínez, Manuel Almagro y Juan Isern. (1866) 1998. *El gran viaje*. Quito: CICAME, Abya Yala.
- Johnson, Paul. 1989. *Historia del cristianismo*. Buenos Aires: Editorial Javier Vergara.
- Jorgensen, Peter. 1999. "Historia de las colecciones botánicas". En *Catálogo de las plantas vasculares del Ecuador*, editado por Peter Jorgensen y Susana León, 25-43. San Luis: Missouri Botanical Garden, Herbario QCA, Universidad de Arhus, Museo Nacional de Ciencia Naturales.
- Jouanen, José. 1941. *Historia de la Compañía de Jesús en la antigua provincia de Quito: 1570-1774*. Quito: Editorial Ecuatoriana.
- Juan, Jorge y Antonio de Ulloa. (1826) 1982. *Noticias secretas de América*. Madrid: Ediciones Turner.
- Karsten, Rafael. 1935. *The Head Hunters of the Western Amazon*. Helisnki: Societas Scientarum Fennica.

- Kech, Margaret y Kathryn Sikkink. 1998. *Activist Beyond Borders: Transnational Activist Networks and International Politics*. New York: Cornell University Press.
- Keuthe, Allan. 2007. "Conflicto internacional, orden colonial y militarización". En *Historia general de América Latina (procesos americanos hacia la redefinición colonial)*, editado por Enrique Tandeter, 325-348. Madrid: Ediciones UNESCO y Editorial Trotta.
- Kimerling, Judith. 1991. *Amazon Crude*. Nueva York: Natural Resources Defense Council.
- Kingman, Santiago, Patricia Peñaherrera y Robert Samaniego. 2010. *Territorio, bosques y cultura en la Cordillera del Condor*. Quito: Fundación Natura.
- Larraín Barros, Horacio. 1980. *Cronistas de raigambre indígena*, Parte II. Otavalo: IOA.
- Larrea Maldonado, Carlos. 2006. *Hacia una historia ecológica del Ecuador. Propuestas para el debate*. Quito: Ecociencia, Univeridad Andina Simón Bolívar, Corporación Editora Nacional.
- Larrea, Carlos Manuel. 1977. *Cartografía ecuatoriana de los siglos XVI, XVII y XVIII*. Quito: CEP.
- 2007. "El barón de Carondelet. XXIX Presidente de la Real Audiencia de Quito". En *Carondelet: Una autoridad colonial al servicio de Quito*, editado por Carlos Manuel Larrea, 1-161. Quito: FONSAI.
- Larthrap, Donald. 1970. *The Upper Amazon*. Londres: Tames and Hudson.
- Latorre, Octavio. 1991. *Manuel J. Cobos: Emperador de Galápagos*. Quito: Fundación Charles Darwin.
- 2005. "La cartografía en la época de Maldonado". *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, n.º 176: 25-48.
- Latorre, Sara. 2008. "El pago de servicios ambientales por conservación de la biodiversidad como un instrumento para el desarrollo con identidad: Caso La gran reserva Chachi, cantón Eloy Alfaro, provincia de Esmeraldas". Tesis de Maestría. Estudios Socioambientales. FLACSO Sede Ecuador.
- Latour, Bruno. 2005. *La science en action, introduction a la sociologie des sciences*. París: La Découverte/Poche.

- Laviana Cuetos, María Luisa. 2001. "Astillero, puerto, ciudad: Modernización y desarrollo del Guayaquil colonial". En *Ecuador - España: Historia y perspectiva*, editado por María Elena Porras y Pedro Calvo-Sotelo, 44-47. Quito: Embajada de España en el Ecuador, Archivo Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores del Ecuador.
- Levasseur, Victor. 1847. *Amérique Méridionale*. Tomado de la versión electrónica de la Mapoteca del Ministerio de Relaciones Exteriores del Ecuador (MRREE) (No consta signatura, sino como MMRE AMERIQUE V LEVASSEUR-1).
- Le Brun, Charles. 1998. "L'Hérésie cathare en Occitanie". *Histoire* (31): 30-90.
- Little, Paul. 1992. *Ecología política en el Cuyabeno. El desarrollo no sostenible en la Amazonía*. Quito: ILDIS-Abya Yala.
- Llanos Vargas, Héctor. 1987. "Tiempos y espacios coloniales amazónicos". En *Colombia amazónica*, editado por Universidad Nacional de Colombia, 155-180. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- MA-Ministerio del Ambiente. 2005a. *Análisis de las necesidades de financiamiento del Sistema Nacional de Áreas Protegidas del Ecuador*. Quito: Ministerio del Ambiente.
- 2005b. *Fondo de áreas protegidas: Una apuesta para lograr la sustentabilidad del Sistema Nacional de Áreas Protegidas*. Quito: Ministerio del Ambiente.
- 2007. *Plan estratégico del Sistema Nacional de Áreas Protegidas del Ecuador 2007-2016. Informe final de consultoría. SNAP, GEF, REGAL, ECOLEX*. Quito: Ministerio del Ambiente.
- 2008. *Informe nacional para el Convenio sobre la Diversidad Biológica*. Quito: Ministerio del Ambiente.
- 2013. *Proyecto de sostenibilidad financiera del SNAP*. Quito: Ministerio del Ambiente.
- MA-Ministerio del Ambiente, Socio Bosque. 2012. "Línea base de deforestación del Ecuador Continental".
- MacDonald, Theodore. 1997. *De cazadores a ganaderos*. Quito: Abya Yala.
- MacKinnon, John, Kathy MacKinnon, Graham Child y Tim Rosell. 1990. *Aménagement et gestion des aires protégées tropicales*. Gland: UICN.

- MAG-Ministerio de Agricultura y Ganadería. 1990. "Plan de manejo de la reserva geobotánica Pululahua". Quito: Documento público.
- Magnin, Jean. 1993. *Chronique d'un chasseur d'âmes, Un jesuite suisse en Amazonie au XVIII siècle*. Fribourg: Editions de L'hèbe.
- Malaspina, Alejandro. 1994. "Textos políticos, económicos y filosóficos". En *Alejandro Malaspina: La América imposible*, editado por Blanca Sáiz. Madrid: Compañía Literaria.
- Malo González, Hernán. 1990. "Perspectiva general del siglo XIX". En *Época republicana*, vol. 8, *Nueva historia del Ecuador*, 145-152. Quito: Corporación Editora Nacional - Grijalbo.
- Maquiavelo, Nicolás. (1532) 2010. *El príncipe*. México, D.F.: Editorial Porrúa.
- Margulis, Lynn. 1998. *Symbiotic Planet*. Amherst MA: Basic Books.
- Mariátegui, Carlos. (1928) 1984. *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima: Amauta.
- Martínez Allier, Joan. 1994. *De la economía ecológica al ecologismo popular*. Barcelona: Icaria.
- Matamoros, Antonio, coord. 2008. *Informe nacional para el Convenio sobre Diversidad Biológica. Revisión del avance y situación actual del patrimonio de áreas naturales protegidas del Ecuador*. Quito: Ministerio del Ambiente.
- Mauss, Marcel. 2000. *The Gift*. Londres: Norton.
- Medina Castro, Manuel. 1992. "La cuestión limítrofe en el Ecuador". En *Ensayos generales I. Espacio, población y región*, vol. 12, *Nueva Historia del Ecuador*, 307-350. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Megggers, Betty. 1999. *Amazonia: hombre y cultura en un paraíso ilusorio*. México: Siglo XXI.
- Mena, Carlos F., Richard E. Bilborrow y Michael E. McClain. 2006. "Socioeconomic Drivers of Deforestation in the Northern Ecuadorian Amazon". *Environmental Management* 37 (6): 802-815.
- Menzies, Gavin. 2003. *1421, el año en que China descubrió el mundo*. Barcelona: Debolsillo.
- Mery, Gerardo, Glenn Galloway, César Sabogal, René Alfaro, Bastiaan Louman, Sebastião Kengen y Dietmar Stoian. 2009. *Making Latin American Forests Work for People and Nature: Essential Forest Policies for Latin America*. Turrialba: CATIE.

- Mesclier, Évelyne. 2001. "Un atlas para reflexionar: Integración y acentuación de las diferencias espaciales en el Perú de los años 1990". En *Dinámicas territoriales, políticas nacionales, presiones externas, mercado y movimientos sociales: Los territorios cambian y su fisonomía revela nuevos equilibrios*, editado por Pierre Gondard y Juan Bernardo León, 77-84. Quito: PUCE, IRD, CGE, CEN.
- Mignolo, Walter. 2000. "Diferencia colonial y razón postcolonial". En *La reestructuración de las ciencias sociales en América Latina*, editado por Santiago Castro Gómez, 3-28. Bogotá: Instituto de Estudios Sociales y Culturales.
- Miño, Leonardo. 1994. *El manejo del espacio en el Imperio inca*. Quito: FLACSO Sede Ecuador.
- Miño, Manuel. 2007. "De la manufactura a la protoindustria". En *Historia general de América Latina (procesos americanos hacia la redefinición colonial)*, editado por Jorge Tandeter, 167-191. Madrid: Ediciones UNESCO y Editorial Trotta.
- Miño, Wilson. 1990. "La economía ecuatoriana de la gran recesión a la crisis bananera". En *Época republicana IV*, vol. 10, *Nueva historia del Ecuador*, 37-70. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Moller, Alois. 1992. "Organizaciones populares y clientelismo internacional". *Pasos* (14):1-9.
- Monardes, Nicolás. 1574. *Historia médica de las cosas que traen de nuestras Indias occidentales que sirven en la medicina*. Sevilla: Alonso Escribano.
- Mones, Álvaro y Miguel Klappenbach. 1997. "Un ilustrado aragonés en el virreinato del Río de la Plata; Felix Azara (1742/1821). Estudios sobre su vida, su obra y su pensamiento". *Anales del Museo de Historia Natural de Montevideo* 1 (1): 1-231.
- Montero, Ángel y Carmen Diéguez. 1998. "Datos para la paleontología chilena. La paleontología en la expedición Heuland a Chile y Perú". *Asclepio* 50 (1): 69-78.
- Monterroso, Iliana. 2001. "Comunidades locales en áreas protegidas: Reflexiones sobre las políticas de conservación en la reserva de biosfera Maya". En *Los tormentos de la materia: Aportes para una ecología política latinoamericana*, editado por Héctor Alimonda, 239-274. Buenos Aires: CLACSO.

- Mora Mérida, José Luis. 1992. "Formación de los Estados nacionales: Primeros idearios de la Iglesia, los eclesiásticos y el neo-Estado". En *Nación, Estado y conciencia nacional*, editado por Jorge Núñez, 91-130. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Morelli, Federica. 2005. *Territorio o nación: Reforma y disolución del espacio imperial en el Ecuador, 1765-1830*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Moreno Yáñez, Segundo. 1977. *Sublevaciones indígenas en la Audiencia de Quito, desde comienzos del siglo XVIII hasta finales de la Colonia*. Quito: PUCE.
- 2007. "Motines, revueltas y rebeliones en Hispanoamérica". En *Historia general de América Latina (procesos americanos hacia la redefinición colonial)*, editado por Enrique Tandeter, 423-458. Madrid: Ediciones UNESCO y Editorial Trotta.
- Morin Edgar, Cornelius Castoriadis y Claude Lefort. 2009. *La revolución anticipada*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Muñoz, Andrés. 2006. "Resultados preliminares de una encuesta sobre el rol de las ONG internacionales ambientales". Conferencia presentada en el seminario Alianzas Equitativas para la Conservación, Valdivia, 20 de enero.
- Muñoz, Blanca. 2005. *Modelos culturales: Teoría sociopolítica de la cultura*. Editado por José María Ortega. Vol. 152, *Penamiento crítico/pensamiento utópico*. Barcelona: Anthropos.
- Muratorio, Blanca. 1998. *Rucuyaya Alonso*. Quito: Abya Yala.
- Murphy, Robert y Julian Steward. 1956. "Tappers and Trappers. Parallel Processes in Acculturation". *Economic Development* 4: 333-353.
- Murra, John. 1972. "El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas". En *La visita a la provincia de León de Huanuco, 1562*, editado por John Murra, 431-476. Huanuco: Universidad Ermili Baldazán.
- 1975. *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- 1985a. "El archipiélago vertical'. Revisited". En *Andean Ecology and Civilization: An Interdisciplinary Perspective on Andean Ecological Complementarity*, editado por Izumi Shimada, Shozo Masuda y Craig Morris, 3-14. Tokio: University of Tokyo Press.

- Murra, John. 1985b. "The Limits and Limitations of the Vertical Archipelago in the Andes". En *Andean Ecology and Civilization: An Interdisciplinary Perspective on Andean Ecological Complementarity*, editado por Izumi Shimada, Shozo Masuda y Craig Morris, 15-19. Tokyo: University of Tokyo Press.
- Museo Geológico Virtual del Venezuela. 1997. "Hierro". <http://www.pdv.com/lexico/museo/museo.htm>
- Nácar, Eloino y Alberto Colunga. 1964. *Sagrada Biblia*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Naredo, José Manuel. 2006. *Raíces económicas del deterioro ecológico y social*. Madrid: Siglo XXI.
- Naredo, José Manuel y Antonio Valero. 1999. *Desarrollo económico y deterioro ecológico*. Madrid: Fundación Argentaria.
- Narváez, Iván. 2009. *Petróleo y poder: El colapso de un lugar singular. Yasuní*. Quito: FLACSO Sede Ecuador, GTZ.
- Nicoulin, Martin. 1993. "Un fribourgeois sur la planète. La découverte de la vie et oeuvre de Jean Mangin". En *Chronique d'un chasseur d'âmes*, editado por Louis Necker, 13-25. Friburg: Editions de l'hèbe.
- Núñez, Jorge. 1990. "La Revolución de los Chiguaguas". En *Independencia y período colombiano*, vol. 6, *Nueva historia del Ecuador*, 167-170. Quito: Corporación Editora Nacional.
- 1992. *Historia política: Siglo XX*. Quito: Secretaría Nacional de Comunicación Social, SENAC.
- 2000a. "Inicios de la educación pública en el Ecuador". En *Antología de Historia*, editado por Jorge Núñez, 189-209. Quito: FLACSO Sede Ecuador.
- 2000b. "Orígenes del pensamiento nacional en América Latina". En *Nación, Estado y conciencia nacional*, editado por Jorge Núñez, 189-209. Quito: Editora Nacional.
- Oberem, Udo. 1980. *Los quijos*. Otavalo: IOA.
- O'Connor, James. 2003. "¿Es posible el capitalismo sustentable?". En *Ecología, política, naturaleza, sociedad y utopía*, editado por Hector Alimonda, 27-52. Buenos Aires: CLACSO.
- Orduna, Jorge. 2005. *O.N.G., las mentiras de la ayuda*. Quito: Sur Editores.

- Ormaza, Paulina y Pilar Troya. 2003. "Evaluación del primer año de implementación del cilco FAP, eficiencia y cumplimiento de gasto, informe final, parque nacional Sangay, parque nacional Podocarpus, parque nacional Yasuní, reserva ecológica Cayapas Mataje". Quito: Programa de Cooperación de los Países Bajos, Ministerio del Ambiente.
- Ortiz Crespo, Fernando. 2002. *La corteza del árbol sin nombre*. Quito: Fundación Fernando Ortiz Crespo.
- Ortiz Crespo, Gonzalo. 2001. "Manuel de Jijón y León en la Andalucía del siglo XVIII". En *Ecuador-España: Historia y perspectiva*, editado por María Elena Porras y Pedro Calvo-Sotelo, 52-55. Quito: Embajada de España en el Ecuador y el Archivo de Historia del Ministerio de Relaciones Exteriores.
- Ospina, Pablo. 2001. *Identidades en Galápagos: El sentimiento de una diferencia*. Quito: Trama.
- Oviedo Carrillo, Gonzalo. 1992. *Naturaleza y sociedad en América Latina*. Quito: Fundación Natura.
- 1993. "Áreas protegidas y comunidades locales". En *Ponencias del Ecuador presentadas en el IV Congreso de Parques Nacionales y Áreas Protegidas, Caracas, febrero 1992*, editado por Fundación Natura, 11-21. Quito: Fundación Natura.
- Oxfam International. 2006. "Informe Anual 2005", Oxfam International. Londres: Oxfam. Acceso el 9 de noviembre de 2014. http://www.oxfam.org/es/files/informe_anual_2005.pdf.
- Oyarzún, Francisco Javier. 1976. *Expediciones españolas al estrecho de Magallanes y Tierra del Fuego*. Madrid: Cultura Hispánica.
- Pagden, Anthony. 1995. *Lords of All the World*. New Haven: Yale University Press.
- Paladines Escudero, Carlos. 2009. *El movimiento ilustrado y la independencia de Quito*. Quito: FONSA.
- Paredes Ramírez, Washington. 1990. "Economía y sociedad en la Costa: Siglo XIX". En *Época Republicana I, el Ecuador de 1830 a 1895*, vol. 7, *Nueva Historia del Ecuador*, 103-140. Quito: Corporación Editora Nacional - Grijalbo.

- Paz y Miño Cepeda, Juan. 2000. "Fray Vicente Solano y el pensamiento conservador ecuatoriano". En *Antología: Historia*, Editado por Jorge Núñez. Quito: FLACSO Sede Ecuador.
- Pérez de Tudela, Juan. 1970. "El presidente Loaysa, real provisión de Granada y las Leyes Nuevas." En *El Consejo de Indias en el siglo XVI*, editado por Luis Suárez Fernández, 49-60. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- Pérez Pimentel, Rodolfo. 1987a. "Eugenio Espejo". En *Diccionario biográfico del Ecuador*, 537. Guayaquil. Acceso el 10 de noviembre de 2014. <http://www.diccionariobiograficoecuador.com/>.
- 1987b. "Misael Acosta Solís". En *Diccionario biográfico del Ecuador*, 1-4. Guayaquil. Acceso el 10 de noviembre de 2014. <http://www.diccionariobiograficoecuador.com/>.
- 1987c. "Pedro Franco Dávila". En *Diccionario biográfico del Ecuador*, 134. Guayaquil. Acceso el 10 de noviembre de 2014. <http://www.diccionariobiograficoecuador.com/>.
- 1987d. "William Jameson". En *Diccionario biográfico del Ecuador*, no. xvi: 223-225. Acceso el 10 de noviembre de 2014. <http://www.diccionariobiograficoecuador.com/>.
- 2010. "Francis Hall". En *Diccionario biográfico del Ecuador*. Acceso el 10 de noviembre de 2014. <http://www.diccionariobiograficoecuador.com/>.
- Pérez Ramírez, Gonzalo. 2008. *Del Vesubio al Cotopaxi. Historia memorable*. Quito: Abya Yala.
- Piaget, Jean. 1982. *Los estadios de la psicología del niño*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Picas-Contreras, Joan. 2006. "Los límites de la solidaridad. Las ONG y el mercado de bienes simbólicos". *Gazeta de Antropología*, n.º 22. Acceso el 10 de noviembre de 2015. http://www.ugr.es/~pwlac/G22_08Joan_Picas_Contreras.html.
- Pichón, Francisco. 1991. *Colonización y deforestación en la frontera agrícola de la región amazónica ecuatoriana*. Quito: Abya Yala.
- Pimentel, Juan. 2001. *Viajeros científicos: Tres grandes expediciones al Nuevo Mundo: Jorge Juan, Mutis, Malaspina*. Madrid: Nivola.

- Pinto, Carlos. 1936. *Los trabajos de la Misión Geodésica Franco-Española del siglo XVIII*. Quito: Escuela Politécnica Nacional.
- Ponce, Javier. 2004. *Sentado entre dos sillas*. Quito: Planeta.
- 2006. "Notas escépticas sobre la cooperación internacional". En *Retos del desarrollo local*. Compilador Patricio Carpio Benalcázar, 387-402. Quito: Abya- Yala.
- Portais, Michel. 1983. "De los cazadores recolectores hacia el sistema colonial de dominio del espacio". En *El manejo del espacio en el Ecuador: Etapas claves. Geografía básica del Ecuador*, editado por Nelson Gómez, Michel Portais y Jean Paul Deler, 11-102. Quito: Centro Ecuatoriano de Investigación Geográfica.
- Puente, María Cristina. 2008. *Perdidos entre las leyes y los árboles. Propiedad y posesión en un bosque protector ecuatoriano*. Quito: FLACSO Sede Ecuador, Abya Yala.
- Putney, Allen. 1976. "Estrategia preliminar para la conservación de áreas silvestres sobresalientes en el Ecuador". Quito, manuscrito inédito.
- Quishpe, Jorge Marcelo. 2001. "Sublevaciones indígenas en la Audiencia de Quito, siglo XVIII". En *Ecuador - España: Historia y perspectiva*, editado por María Elena Porras y Pedro Calvo-Sotelo, 26-29. Quito: Embajada de España en el Ecuador, Archivo Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores del Ecuador.
- Ramón Valarezo, Galo. 2001. "Norandinos y españoles: Alianzas y resistencias". En *Ecuador - España: Historia y perspectiva*, editado por María Elena Porras y Pedro Calvo-Sotelo, 14-17. Quito: Embajada de España en el Ecuador, Archivo Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores del Ecuador.
- 2004. "La región en las utopías lojanas". En *Memorias del seminario taller: Hacia la elaboración de una imagen compartida con la región sur*, editado por Universidad Nacional de Loja, 79-86. Quito: Abya Yala.
- Ramos, Demetrio. 1970. "El problema de la fundación del Real Consejo de Indias y la fecha de su creación". En *El Consejo de Indias en el siglo XVI*, editado por Luis Suárez Fernández, 11-48. Valladolid: Universidad de Valladolid.

- Ravines, Rogger. 1982. *Panorama de la arqueología andina*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Red Cross. 2008. "Financial Report for the Year 2007". Geneva: Red Cross.
- Renard Casevitz, France Marie, Thierry Saignes y Anne Christine Taylor. 1988. *Al este de los Andes: Relaciones entre las sociedades amazónicas y andinas entre los siglos XV y XVII*. Lima: IFEA.
- Renner, Susanne. 1993. "A History of Botanical Exploration in Amazonian Ecuador". *Smithsonian Contributions to Botany* (82): 8.
- Rist, Gilbert. 2002. *El desarrollo: Historia de una creencia occidental*. Madrid: Catarata.
- Rivas, Jorge, Roberto Ulloa e Isidro Gutiérrez. 2005. *Fortalecimiento de la efectividad de manejo de áreas protegidas en los Andes. Memorias del Taller*. Quito: Conservation International, Fundación Natura, UICN, Ministerio del Ambiente, Fondo Ambiental.
- Rivera, Claudio. 2010. "Internacionalización de los movimientos sociales ¿Cuán efectivas son las redes internacionales de apoyo?". *Papel Político* 15 (2): 617-636.
- Rivera Rossi, Jade. 2007. "Reserva de producción de fauna Manglares del Salado". En *Guía del Patrimonio de Áreas Naturales Protegidas del Ecuador*, editado por ECOLAP y MAE. Quito: ECOFUND, FAN, DarwinNet, IGM.
- Rocafuerte, Vicente. (1845) 1947. *A la Nación*. Vol. XIV, *Colección Rocafuerte*. Quito: Imp. Ministerio del Tesoro.
- Rodríguez Castelo, Hernán. 2008. "Mejía, el poeta". En *Mejía: Portavoz de América (1775-1813)*, editado por Jorge Núñez, 197-249. Quito: FONSAL.
- Rojas de Perdoma, Lucía. 1995. *Arqueología colombiana: Una visión panorámica*. Bogotá: Círculo de Lectores.
- Roosevelt, Anna. 1980. *Parmana: Prehistoric Maize and Manioc Subsistence along the Amazon and Orinoco*. New York: Academic Press.
- Roth, Roland. 2003. "Las ONG y las políticas internacionales". En *Hacia una sociedad civil global*, editado por José Vidal Beneyto, 245-295. Madrid: Taurus.

- Rudel, Thomas y Bruce Horowitz. 1996. *La deforestación tropical: Pequeños agricultores y desmonte agrícola en la Amazonía ecuatoriana*. Vols. 35 y 36, *Hombre y Ambiente*. Quito: Abya Yala.
- Saignes, Thierry. 1986. "Las sociedades de los Andes orientales frente al Estado republicano: El caso chiriguano (siglo XIX)". En *Estados y naciones en los Andes. Hacia una historia comparativa: Bolivia-Colombia-Ecuador-Perú*, editado por Yves Saint Geours y Jean Paul Deler, 173-203. Lima: IFEA, IEP.
- Saint Geours, Yves. 1990. "Economía y sociedad, la Sierra centro norte". En *Época Republicana I, el Ecuador de 1830 a 1895*, vol. 7, *Nueva historia del Ecuador*, 37-68. Quito: Corporación Editora Nacional - Grijalbo.
- Salas Catalá, José y Antonio Lafuente. 1992. "Ciencia colonial y roles profesionales en América española en el siglo XVIII". En *La cultura en la historia*, editado por Jorge Núñez, 53-72. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Salazar, Ernesto. 1989. *Pioneros de la selva: Colonos del proyecto Upano Palora*. Quito: BCE.
- Salomon, Frank. 1980. *Los señoríos étnicos de Quito en la época de los incas*. Otavalo: IOA.
- 1992. "La Yumbada, un drama ritual quichua en Quito". En *Ciudades de los Andes, visión histórica y contemporánea*, editado por Eduardo Kingman, 457-480. Quito: Ciudad.
- Sánchez Blanco, Francisco. 1999. *La mentalidad ilustrada*. Madrid: Taurus.
- Sandín, Máximo. 1995. *Lamarck y los mensajeros: La función de los virus en la evolución*. Madrid: Ediciones Istmo.
- 1997. "Teoría sintética: Crisis y revolución". *Arbor* 623/624: 269-303.
- 2004. "¿Pensamiento único o ausencia de pensamiento? Una llamada a la reflexión". Acceso el 11 de noviembre de 2014. https://www.uam.es/personal_pdi/ciencias/msandin/pensamientounico.htm.
- 2005. "La transformación de la evolución". *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural. Sección Biología* 100 (1-4): 139-167.
- Sanson, Nicolas y Guillaume Sanson. 1679. *Amérique Méridionale*. Versión electrónica. MRREE. FMRE 218 ECU MMRE RC 2010 0304 0001. Acceso el 11 de noviembre de 2014. [DGG_BustamantePonce_Interpretacion_Naturaleza_espacio_Ecuador.pdf](#)

- Santa Cruz y Espejo, Francisco Javier Eugenio. (1792) 1947. *Primicias de la Cultura de Quito*, vol. XXIII, Publicaciones del Archivo Municipal. Quito: Consejo Municipal de Quito.
- Santos Granero, Fernando. 1993. "Anticolonialismo, messianismo y utopía en la sublevación de Juan Santos Atahualpa". En *Opresión colonial y resistencia indígena en la Alta Amazonía*, editado por Fernando Santos Granero, 133-152. Quito: CEDIME.
- Santos, Milton. 2000. *La naturaleza del espacio*. Barcelona: Ariel.
- Sarmiento, José Domingo. 1844. "Lograremos exterminar a los indios. El Progreso". *Argennoticas*, 27 de septiembre. Acceso el 13 de noviembre de 2014. <http://argentina.ar/2013/02/15/efemerides-16936-sarmiento-la-barbarie-de-la-civilizacion.php>.
- Schávelzon, Daniel. 2010. "La Comisión Científica Francesa a México (1864 -1867) y el inicio de la arqueología en América". Acceso el 12 de noviembre de 2014. <http://www.danielschavelzon.com.ar/?p=15>.
- Schedel, Hartmann. (1493) 2001. *Nuremberg Chronicle*. Nuremberg: Tashen.
- Schek, Ronald. 1969. "An Historical Geography of Quito Ecuador". Tesis de PhD, Departament of Geography, University of Oregon, Portland.
- Schiller, Friedrich. (1793) 2007. *Of the Sublime*. Schiller Institute. Acceso el 14 de noviembre de 2014. http://www.schillerinstitute.org/trans/trans_schil_essay.html.
- (1801) 2007. *On the Sublime*. Washington: Schiller Institute. Acceso el 14 de noviembre de 2014. http://www.schillerinstitute.org/trans/trans_on_sublime.html.
- Schom, Alan. 1997. *Napoleón Bonaparte, a Biography*. New York: Harper Collins.
- Scott, James. 1990. *Domination and the Arts of Resistance: Hidden Transcripts*. New Haven: Yale University Press.
- Shepherd, Gill. 2006. *El enfoque ecosistémico: Cinco pasos para su implementación*. Editado por Gland y Cambridge-UK: UICN.
- Sierra Club Foundation. 2007. *Sierra Club Foundation Annual Report*. Sierra Club <http://www.sierraclub.org/foundation/downloads/2006/annualreport/pdf>.

- Soares de Oliveira, Ricardo. 2007. *Oil and Politics in the Gulf of Guinea*. Londres: Hirst and Company.
- Soto, Leidy. 2009. "Un caso de tensiones sociales generado por las políticas ambientales: Refugio de vida silvestre 'Manglares El Morro'". Tesis de Maestría. Estudios socioambientales. FLACSO Sede Ecuador.
- Sotres, Gerardo. 2004. "El farmacéutico navarro Juan José Tafalla y Navascués y las expediciones botánicas del siglo XVIII". *Albarelo* 2 (4): 12-14.
- Southgate, Douglas y Morris Whitaker. 1994. *Economic Progress and the Environment: One Developing Country's Policy Crisis*. New York: Oxford University Press.
- Steele, Arthur Robert. 1964. *Flowers for the King: The Expeditions of Ruiz and Pavón and the Flora of Perú*. Durham: Duke University Press.
- Steward, Julian. 1948. "South American Cultures. An Interpretative Summary". En *Handbook of South American Indians*, editado por Julian Steward, 669-771. Washington: Smithsonian Institute.
- Suárez de Freitas, Gustavo. 1997. *Áreas Naturales protegidas para la conservación y el desarrollo sostenible*. Lima: Pronaturaleza
- Sulloway, Frank J. 1982. "Darwin and his Finches. The evolution of a legend". *Journal of the History of Biology* 15 (1): 1-53.
- Sunyer Martín, Pere. 2000. "Humboldt en los Andes del Ecuador. Ciencia y romanticismo en el descubrimiento científico de la montaña". *Scripta Nova* (58). Acceso el 15 de noviembre de 2014. <http://www.ub.edu/geocrit/sn-58.htm>.
- Sygne, Hugh. 1994. *Parques para la vida: Plan de acción para las áreas protegidas de Europa*. Madrid: Icona.
- Sylva, Paola. 1992. "Las islas Galápagos en la historia del Ecuador". En *Ensayos generales I. Espacio, población y región*. Vol. 12, *Nueva historia del Ecuador*, 253-303. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Tandeter, Enrique. 2007. "Los ciclos de la minería de metales preciosos: Hispanoamérica". En *Historia general de América Latina (procesos americanos hacia la redefinición colonial)*, editado por Enrique Tandeter y Jorge Hidalgo, 127-148. Madrid: Ediciones UNESCO y Editorial Trotta.

- Tapir Specialist Group. 2010. *Estrategia nacional para la conservación de los tapires (Tapirus spp.) en el Ecuador*. Quito: Grupo Especialista de Tapires de la UICN.
- TePaske, John Jay. 2007. "La crisis de la fiscalidad colonial". En *Historia general de América Latina (procesos americanos hacia la redefinición colonial)*, editado por Enrique Tandeter, 285-300. Madrid: Ediciones UNESCO y Editorial Trotta.
- Terán Najas, Rosemarie. 2001. "Humanismo, barroco y religiosidad colonial". En *Ecuador - España: Historia y perspectiva*, editado por María Elena Porras y Pedro-Calvo Sotelo, 58-61. Quito: Embajada de España en el Ecuador, Archivo Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores del Ecuador.
- TNC, The Nature Conservancy. 2008. "Financial Report". TNC. http://www.nature.org/aboutus/anualreport/files/tnc_fs_fyo7pdf.
- Todorov, Tzvetan. 1984. *The Conquest of America*. New York: Harper.
- Trabulse, Elías. 1994. *Ciencia y tecnología en el Nuevo Mundo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Troger, Vincent. 2002. "Les Ong a l'épreuve de la critique". *Sciences Humaines*, octubre 2002, 16-19.
- Troll, Carl. 1987. "Las culturas superiores andinas y el medio geográfico". En *El ecosistema andino*, editado por HISBOL, 1-67. La Paz: HISBOL.
- Tufiño, Paúl. 2010. "Causas de la insostenibilidad del modelo conservacionista en el Ecuador". Tesis de Maestría. Estudios Socioambientales. FLACSO Sede Ecuador.
- UICN, Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza. 1994. *Parques para la vida. Plan de acción para las áreas protegidas de Europa*. Madrid: Icona.
- UNEP, WCMC y UICN 2011. The World Database on Protected Areas (WDPA). *National Stats for 1990-2009*. Cambridge. Acceso el 16 noviembre de 2014. <http://www.wdpa.org/Statistics.aspx>.
- Uquillas, Jorge. 1986. "Colonización y asentamientos espontáneos en la Amazonía ecuatoriana". En *Desarrollo amazónico: Una perspectiva latinoamericana*, editado por Carlos Aramburú y Carlos Mora, 359-383. Lima: CIPA INANDEP.

- Urteaga, Horacio. 1938. *Los cronistas de la conquista*. París: Descalée de Bouvier.
- Valdez, Francisco. 2009. *Informe final de los trabajos arqueológicos en el yacimiento Santa Ana - La Florida: Investigación y puesta en valor de los recursos patrimoniales en la frontera Sur: Palanda, Zamora Chinchipe*. Quito: IRD
- Valdez, Francisco y Diego Veintimilla. 1992. *Signos amerindios, 5000 años de arte precolombino en el Ecuador*. Quito: Ediciones Colibrí, Dinediciones.
- Vallejo, Fernando. 1998. *La tautología darwinista, y otros ensayos sobre biología*. Medellín: Santillana.
- Vallejo, María Cristina. 2006. "Estructura biofísica de la economía ecuatoriana: Un estudio desde los flujos directos materiales". *Revibec* 4: 55-72.
- Vallejo, María Cristina, Carlos Larrea, Rafael Burbano y Fander Falconí. 2011. *La Iniciativa Yasuní-ITT, desde una perspectiva multicriterial*. Quito: PNUD.
- Varese, Stefano. 2006. *La sal de los cerros*. Lima: Congreso del Perú.
- Vargas, José María. 1944. *Arte quiteño colonial*. Quito: sd.
- 1983. *Polémica universitaria en Quito colonial*. Quito: Banco Central-PUCE.
- Vespucio, Américo. (1500) 2013. "Carta a su majestad". Acceso el 17 de noviembre de 2014. <http://memoriapoliticadenexico.org/Textos/Independencia/1500ENM.html>.
- Victoria, Pablo. 2008. *El día en que España derrotó a Inglaterra*. Barcelona: Altera.
- Vikers, William. 1989. *Los siona secoya y su adaptación al ambiente amazónico*. Quito: Abya-Yala.
- Villacís Taco, Mireya, Daniel Bravo Acosta y Sigrid Vásquez. 2011. *Monitoreo ambiental y local. Un insumo para la gestión ambiental territorial*. Quito: Grupo Faro.
- Vivanco, Eliana. 2000. "Vilcabamba: Conflictos culturales, prácticas y discursos en torno al uso del San Pedro". Tesis de licenciatura, Departamento de Antropología, Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito.

- Von Hagen, Víctor Wolfgang. 2008. *Grandes naturalistas en América*. Bogotá: Taurus.
- Whitten, Norman. 1978. *Sacha Runa*. Urbana: Illinois University Press.
- WCS, Wildlife Conservation Society. 2006. "Annual Report". Acceso el 27 de febrero de 2008. <http://intranet-staging.wcs.org/Organizacion/-/media/From%20WCSONly/WCS%20Annual%20Reports/Annual%20Report%202006.ashx>.
- WWF. 2005. *7 Messages for the E.U. Strategic Guidelines for Rural Development*. Gland: WWF.
- WWF-Brasil. 2007. "WWF Brasil Relatorio Anual 2006". Brasilia.
- WWF-International. 2008. "WWF Annual Report". Acceso el 27 de febrero de 2008 http://assets.panda.org/downloads/lpr_2008_span_lo_res.pdf.
- WWF-Pakistan. 2007. "WWF Pakistan Annual Report". http://foreverindus.org/pdf/180808annual_report_2007.pdf.
- WWF-USA. 2008. "Funding and Financial Overview". http://assets.panda.org/downloads/lpr_2008_span_lo_res.pdf.
- Zemelman, Hugo. 2004. "Pensar teórico y pensar epistémico". En *América Latina: Los desafíos del pensamiento crítico*, editado por Irene Sánchez Ramos y Raquel Sosa, 21-33. México: Siglo XXI.
- Zizek, Slavoj. 2002. *El frágil absoluto o ¿Por qué merece la pena luchar por el legado cristiano?* Valencia: Pretextos.
- 2003. *Tredici volte Lenin. Per sovvertire il fallimento del presente*. Milano: Feltrinelli.
- 2005. *El títere y el enano: El núcleo perverso del cristianismo*. Buenos Aires: Paidós.
- Zuidema, Tom. 1989. *Reyes y guerreros: Ensayos de cultura andina*. Lima: Fomciencias.

Este libro se terminó de
imprimir en noviembre de 2016
en Editorial Abya-Yala
Quito-Ecuador